
3 1761 08104226 9

Magdalena B. de Anaya
á
Hugo Lena.
Sep. 21/922.

MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ



MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO TERCERO



LA PLATA

IMPRENTA «LA DISCUSIÓN» CALLE 9 Y 47

1892



MEMORIAS PÓSTUMAS

CAPÍTULO XXVIII

LA GUERRA CONTRA ROSAS

El ejército Libertador en la provincia de Buenos Aires.—Reflexiones sobre la conducta de Lavalle en esta campaña.—Su retirada.—Causas que influyen en el general Lavalle para tomar esta resolución.—Sus movimientos en Santa Fé.—Fatalidad que presidió los destinos del infortunado General.—Plán de resistencia en las provincias del norte.—Desastre de San Calá.—El general Rivera.—Su origen.—Su educación.—Su conducta pública, y aptitudes como guerrillero.—Causas de desinteligencia con el general Paz.—Sus intrigas y desleal conducta.—Entromisión de Urquiza en estos manejos.—Los hermanos Madariaga.—Pretensiones que persiguen.—Traiciones que preparan.—Proyecto de hacienda.—Trabajos y preparativos de defensa.

Los primeros pasos del general Lavalle en la provincia de Buenos Aires fueron felices, y es una injusticia lo que algunos han pensado, que obró sin plán y al acaso. Nunca pensó en operaciones serias sobre Santa Fé (hablo cuando dejó Punta Gorda), de modo que sus movimientos parcia-

les sobre Coronda y el Rincón, más bién eran diversiones ú operaciones, cuyo fin era proporcionarse caballos para penetrar en Buenos Aires. Acaso era también una concesión hecha á las exigencias de algunos oficiales santafecinos que lo acompañaban, y una experiencia de la opinión pública en aquella provincia, que se suponía favorable.

Recuerdo que el General me habló en Punta Gorda de su desembarque en la costa de la provincia de Buenos Aires, de las precauciones que debería emplear, de los medios que pondría en juego para hacerse de caballos y conseguir una sorpresa. Contaba para ello con los conocimientos y cooperación de los muchos hacendados del norte de la campaña que lo acompañaban y que le ofrecian ilimitadamente sus servicios. En fin, me acuerdo que oí hablar al General de una operación más ó menos parecida á la que practicó en San Pedro, lo que prueba que ella fué calculada y prevista.

Nada puede decirse en cuanto á su ejecución, pués el felíz resultado que la coronó, es la mejor prueba del acierto. El golpe dado al general Pacheco, fué de una inmensa trascendencia. Si se pudo sacar mayores ventajas de él, es lo que no me atrevo á decir; ni estuve presente para poder juzgar, ni he hablado detenidamente con personas imparciales, porque en lo general, era una época de pasiones en que es difícil llegar al conocimiento de la verdad. Unos, lo criticaban todo; otros, por el contrario, daban una omnímoda aprobación. Otro tanto ha sucedido sobre las disposiciones que encontró el ejército Libertador en la provincia de Buenos Aires; unos la hacen subir á un grado de eminente simpatía, mientras otros la confunden con una marcada indiferencia ó una positiva hostilidad.

De cualquier modo que esto sea, no puede desconocerse que hubiera sido de desear que el general Lavalle hubiese marchado sobre Rosas, con más rapidez que lo hizo des-

pués de la derrota de Pacheco. Es probable que sorprendido Rosas, no hubiera podido reunir todos los medios de defensa que acumuló en los Santos Lugares, ni dar ese ensanche á sus medidas en la campaña del sur, que se hubiera resentido de la conmoción general.

Habiendo llegado el ejército Libertador hasta Morón, se presenta otra cuestión que tampoco me atrevo á resolver, por falta de datos imparciales. ¿Debió el general Lavalle atacar á Rosas en su *madriguera?* ¿Debió desentenderse de él, y dirigirse á la capital, donde se asegura, que lo esperaba la población para pronunciarse? ¿Debió marchar al sur? ¿Hizo mal en emprender su retirada? Que lo resuelva el que se halle en estado de hacerlo, que yo me contentaré con algunas reflexiones generales.

Quizá el general Lavalle se equivocó al calcular las disposiciones de la provincia de Buenos Aires, como yo me había equivocado, porque así me lo habian hecho entender las de las provincias interiores, cuando once años antes había marchado á libertarlas de sus caciques (1). Nada más exacto que lo que oí al general Iriarte, discurriendo á este respecto en Punta Gorda. *Pienso,* dijo, *que los grados de división que encontraremos en la provincia de Buenos Aires, deben medirse por las probabilidades del triunfo que les ofrezcamos. Según este cálculo, si llevamos tres mil hom-*

---

(1) En 1829 cuando yo marchaba á Córdoba, salieron acompañándome hasta San José de Flores, muchos sujetos patriotas, y amigos mios. Se preparó allí un pequeño refresco, y con el vaso en la mano se hicieron votos por la felicidad de mi expedición. Era la opinión más común, que no tendría que combatir, y que sería un paseo militar. Decian que el descrédito de los caciques era tan grande, que se verian abandonados á mi aproximación. ¡Ah! combatí dos años sin cesar; vencí en todas partes; corrieron arroyos de sangre, y si después se perdió todo, fué por causa de esa misma confianza. Las seguridades que me daban las personas mejor instruidas, me hicieron creer que las poblaciones saldrian á mi encuentro; y llegué á la ciudad de Córdoba, sin que una sola persona se hubiese puesto en inteligencia conmigo.

bres, tendremos una tercera parte por nosotros; si penetramos en ella con cinco mil, debemos contar con la mitad; y con tres cuartas partes, si llevamos de seis mil para arriba. Preciso era no confundir un entusiasmo generoso, con una decisión equívoca y combinada con los frios cálculos del egoismo. Marchando sobre este pié, se hubiera acertado mejor. ¿Y qué nos admiramos de esto, cuando los mismos que habian huido de Buenos Aires porque sus vidas estaban amenazadas, y que no podian esperarse racionalmente composición de ningún género con el dictador argentino, necesitaban de ilusiones que los mantuviesen en sus buenas disposiciones? Ya hice mención de la razón que se me dió para disculpar ese espíritu de decepción y engaño que dominaba en todas las comunicaciones, referente al poder de nuestros ejércitos y al resultado de nuestros combates.

Nadie ignora que en todas partes y en todas épocas hay hombres tímidos, egoistas é instrumentos que obran en las resoluciones políticas como en los demás actos de su vida; pero en la proporción en que están estos, es de lo que se debe inferir el grado y quilates del entusiasmo general. A juzgar por lo que hemos visto, estamos tentados en creer, que la mayoría de los enemigos de Rosas, pertenecía á aquella clase (1). Puede ser que se alegue también el *positivismo del siglo;* pero entonces es preciso confesar que nadie más que Rosas marcha al nivél de él; porque nada más positivo que el puñal, la verga y la geringa por un lado, y por el otro, la impunidad y las ventajas materiales.

Volviendo al general Lavalle, añadiré que nadie debió sorprenderse tanto como él de la fría indiferencia ó sea opo-

---

(1) La revolución del sur el año anterior, es una excepción, pués que el pronunciamiento fué tan general, como desinteresado, tan uniforme, como generoso, tan valiente, como desgraciado.

sición que creyó encontrar en la provincia de Buenos Aires, porque todos sus trabajos y esfuerzos se habian dirigido á vencer á sus enemigos con las armas que antes lo habian vencido á él, y debió esperar que esa conmoción eléctrica que sublevó la campaña contra el gobierno, el año 1829, hiciese lo mismo contra Rosas, en 1840. Esta persuasión, que sin duda era mejor que no hubiera alimentado, viéndola frustrada, influyó poderosamente en sus resoluciones.

Había otra causa que debió influir en ellas, y era la confusión misma del ejército, que como hemos dicho antes, carecía de organización y disciplina. El general Lavalle acostumbraba llamarlo *ejército pueblo*, y ya se deja entender que un ejército de esta clase, no es el más á propósito para una campaña, que empezaba á tener los visos de duradera. Por otra parte, el desorden que hacía pesar sobre la provincia de Buenos Aires, los males que trae en pós de sí, podía al fin enagenarle las voluntades, y producir mayor explosión en el sentido contrario al que debía desear. Algo de esto hubo en el interior, donde vimos pueblos que se habian declarado con unanimidad contra Rosas, vacilar después, y hasta hostilizar á sus libertadores. Si no es por todo, al menos debió entrar por mucho en este cambio, la conducta irregular del ejército, aún que no fuese más que para servir de pretexto á las difamaciones de sus enemigos.

Finalmente, ni el caracter, ni la educación, ni los principios del general Lavalle, le hacian adecuado para esta clase de guerra, ni para mandar esa clase de ejército. Por más que sus convicciones del momento lo hubiesen arrastrado á ese sendero, sus hábitos, su genio, y si me es permitido el decirlo, una cierta inconstancia en su caracter, lo desmentian á cada paso. De todas estas causas reunidas, provino, á mi juicio, que el mismo anheloso empeño que puso en dejar Entre Rios y llevar la guerra á la provincia

de Buenos Aires, le vimos emplear mes y medio después, de abandonarla.

Se dice que lo alarmó la formación de un cuerpo de ejército que reunía á su espalda el gobernador de Santa Fé, don Juan Pablo Lopez; más, esto no merecía la pena de un movimiento tan decisivo, tanto más cuanto no debía sorprenderlo, porque debió contar siempre con eso. Tampoco debió extrañar, que el ejército de Lopez se le escapase de entre las manos, porque nadie ignora la movilidad, y puede decirse, invisibilidad de esas reuniones de gauchos en su país, que se desaparecen como por encanto, para después volver á presentarse, como sucede cuando están animados de esa decisión personal que han desplegado muchas ocasiones.

Malogrado el ataque que preparó contra Lopez, se dirigió el general Lavalle á Santa Fé, donde tomó la ciudad por fuerza de armas, pero dejando en pié la oposición de la campaña, que continuaba la guerra, sin intermisión. Ignoro el plán que se proponía el general Lavalle ocupando la ciudad de Santa Fé, porque el pensamiento de ir á Córdoba no le vino sinó después que supo la revolución en su favor que hizo aquella provincia. Se me ha asegurado que tuvo intenciones de dirigirse por el Chaco á Corrientes, lo que hubiera sido el más original expediente; digo original, porque ningún peligro inminente amagaba ya á aquella provincia, y porque abandonaba la revolución entera con una retirada tan extraordinaria. Me inclino á creer, que fué un pensamiento fugáz, que nunca tuvo una verdadera acogida, ó que fué un arbitrio para halagar momentáneamente á los correntinos.

Es incomprensible, me decía un sujeto, hablando del general Lavalle; *destruyó en los campos de Santa Fé y en algo más de un mes, veinte mil caballos que trajo gordos y potentes de la campaña de Buenos Aires;* dicho señor ignoraba lo

que puede causar de mal, el desorden en un ejército. Puede ser que hubiese exageración en el número de caballos, pero es fuera de duda, que el ejército sacó de Buenos Aires excelentes y numerosos caballos, y que estos desaparecieron, quedando á pié. Otro desastre causó la indisciplina, en la sorpresa que sufrió á las goteras de la ciudad, la división del coronel Mendez, que por su falta de vigilancia fueron los que la componian, lanceados en sus camas. Otros encuentros hubo menos desgraciados, sin que por eso mudasen la fáz de los negocios. Esto había llegado á un grado en que era preciso tomar un partido para salir de aquella posición, y el general Lavalle prefirió el de dirigirse á Córdoba, á reunirse con el general La Madrid, que con un cuerpo de ejército ocupaba aquella provincia.

Pero, ¿qué fatalidad presidió los destinos del infortunado General, y del ejército que mandaba? ¿Por qué no emprendió su marcha tres dias antes? No habiéndola hecho con esta anticipación, ¿por qué no la hizo por el camino más recto y de consiguiente más corto? ¿Por qué, supuesto el rodeo que prefirió dar, no abandonó la mitad ó dos tercios de sus carretas, para aplicar los bueyes de las que dejaba á las que le convenía conservar? ¿Por qué no las dejó todas, si era indispensable para evitar una batalla desventajosa, y alcanzar los auxilios que le venian de Córdoba y reunirse al general La Madrid? No puedo absolver estas preguntas sin atribuir una parte de estos errores al caracter del general Lavalle, cuyo amor propio sufría, presentándose en Córdoba como fugitivo, y mendigando los auxilios que le eran tan necesarios. No tengo, repito, los datos necesarios para emitir mi juicio decisivo, pero no puedo explicar de otro modo esa cadena de prolongadas faltas, que dió por resultado la desgraciada acción del Quebrachito (1). Si

(1) En una carta que escribió el finado doctor Varela (don Florencio) al general Lavalle, carta que fué tomada en el Quebrachito, y cedida por

por dos dias hubiera podido retardarla el general Lavalle, su ejército hubiera sido abundantemente provisto de caballos, á cuya falta se atribuye el desastre; y el general La Madrid se hubiese reunido muy poco después con un cuerpo de más de dos mil hombres, entre los que más de una tercera parte eran de infantería. La pérdida de Oribe era entonces cierta, infalible, y la revolución triunfante se hubiera enseñoreado del territorio argentino. No sucedió así: Oribe triunfó en vez de ser vencido. ¡Oh! ¡Lo que media entre una batalla ganada y una perdida! Media todo el presente, y hasta el porvenir.

Aún después del desastre del Quebrachito, en que fuera de la infantería, la pérdida fué de poca consideración, hubiera podido remediarse mucho, con la incorporación del general La Madrid, sin los elementos de desorden en que iban envueltos los restos de aquella joruada. La retirada era á discreción; la provisión de víveres era arbitraria; el remonte de la caballería estaba al cargo individual de los soldados y oficiales. Solo en Chinsacate, á catorce leguas al norte de Córdoba, pudieron medio reunirse los dispersos, y eso, porque Oribe no los persiguió con

---

Rosas al almirante Mackau, quién la publicó en Francia; después de desaprobar de un modo violento la retirada de Buenos Aires, le reprobaba aún más su marcha á Córdoba, recordándole que este fué en otro tiempo el sepulcro de la revolución. Es indudable que aludía á los sucesos de 1831, en que yo caí prisionero, y entró en aquella provincia el ejército federal, lo que no pudo quedar sin contestación mía. Según el señor Varela, la revolución no murió en Buenos Aires con las transacciones del año 29, que dieron todo el poder á Rosas; en el desafio del general Lavalle en su proclama contra el que osase pisar el territorio sagrado; con las declaraciones de que no había encontrado en los federales, sinó buenos porteños; con la disolución del ejército, con la dispersión y fuga de los unitarios, y con su absoluto vencimiento en dicha provincia. Yo creo poderle decir con tanta verdad como propiedad contestándole, que en Buenos Aires había muerto del todo la revolución, y había recibido el triste honor de la sepultura; que yo la resucité en Córdoba y demás provincias, y que si allí murió el año 31, fué por causas que no es de este momento especificar. La alusión, es, además de falsa, una muestra de negra ingratitud.

la actividad que pudo hacerlo, y quizá por los respetos del cuerpo de La Madrid.

Allí, me han asegurado, que se formó el plán de organizar una guerra popular, ó sea de partidas y recursos, en escala mayor. Con este fin se destacó al coronel Vilela con una gruesa división que debía atravesar por trás la sierra de Córdoba, dirigirse al sur, promover el levantamiento de las provincias de Cuyo, y apoyarse á la vez en ellas; al mismo tiempo el general Lavalle fomentaría la guerra en el norte, es decir, la resistencia á las tropas federales, si seguian en su persecución, para lo que le ayudaría eficazmente el general La Madrid, que tenía tropas de Tucumán, y el gobernador Sola de Salta, que se avanzaba con una división de dicha provincia.

Según se deja entender, el general Lavalle renunciaba hasta cierto punto á la posibilidad de dar una segunda batalla, reduciéndose á una guerra de gruesas partidas ó divisiones, que abarcaba la mayor parte del territorio de la República. Tampoco me atreveré á dar una opinión decidida sobre este gigantesco plán, porque para hacerlo sería preciso fundarse sobre las disposiciones de los pueblos, sobre las cuales no sé hasta qué punto se podía contar. Además, necesitaba mucha confianza en la capacidad de los jefes que habian de presidir estos movimientos, y la elección que se hizo del coronel Vilela, no prueba ni discernimiento, ni abundancia de ellos. Vilela era un excelente hombre privado, pero no era ni un mediano jefe.

El desastre de San Calá, es de lo más terrible que puede suceder en la milicia; una división escogida del ejército Libertador, fué batida por otra que tenía menos de la mitad de su fuerza, sin combatir, sin oponer resistencia, sin hacer algo por el honor de las armas que empuñaban y de la causa que defendian: fué una sorpresa, una fuga, una vergüenza, todo junto.

Los generales Lavalle y La Madrid siguieron su retirada al norte, y para evitar la provincia de Santiago del Estero se dirigieron por Catamarca. Tenian que pasar una *travesía* ó despoblado de cerca de treinta leguas, sin agua ni recursos. La imprevisión y el desorden, corrian parejas, de modo que la confusión llegó á lo sumo, y no faltaron desgracias, consecuencia inevitable de aquellos antecedentes. Siempre el general La Madrid fué tenido como jefe poco cuidadoso en materia de disciplina y orden militar, lo que ha motivado que algunos oficiales, queriendo hacerme una descripción apropiada del estado de las cosas, después de relatar algunos pormenores, me decian: *Figúrese usted del orden del ejército Libertador, cuando el cuerpo que mandaba el general La Madrid, era el modelo de disciplina.*

Demasiado he seguido al ejército Libertador, separándome de mi principal objeto. Volveré á él, dejando que el primero siga su campaña y sus reveses, y del que volveré á ocuparme cuando lo halle conveniente.

Anteriormente dije, que pensaba ocuparme del caracter, capacidad y conducta pública del general Rivera; más, he mudado de propósito y solo diré algunas palabras, porque está tan conocido, tan definido, tan explicado, que poco más podría decir.

Su origen arranca de la última clase, y su educación ha sido la correspondiente á ella; su ignorancia es grande, por más que el roce con personas instruidas y cultas, le haya dado ciertos ribetes que á veces quisieran desmentir aquellos principios. En un país rico como la Banda Oriental y en que era tan facil adquirir, adquirió desde su niñez esos hábitos de prodigalidad y despilfarro que ha conservado siempre. Dotado de una imaginación viva, de una vista penetrante, de un caracter sagáz, de una audacia genial, debió desde su juventud distinguirse entre sus compañeros, en las hazañas de la carpeta y demás actos de una

vida ociosa y medio vagamunda, que era á la que se dedicaban los mozos de su clase; digo de su clase, porque me dicen que su padre tuvo bienes de fortuna, que no gastó seguramente en proporcionar á su hijo una educación científica y esmerada.

Adiestrado desde sus primeros años en esas intrigas vulgares, y alentado con el suceso, las ha aplicado constantemente en los negocios públicos que han estado á su cargo. De aquí ese espíritu de falsedad, esa poca fé en sus promesas, y esa dilapidación en los intereses de la comunidad, que no ha mirado sinó como mira los suyos propios. Cómo pudo ascender con tan limitados principios á la altura que llegó, se explica por el estado de nuestra sociedad, por la situación excepcional del país, y por otras mil circunstancias propias de la época; además, no le faltan cualidades relevantes que lo recomiendan, ni méritos de que no se puede menos que hacer el justo homenage.

Como necesita tanto de la indulgencia agena, es muy tolerante, lo que ha sido un suplente de la libertad en sus varias administraciones. Un hombre que mira los bienes de fortuna tan en poco, y que ha tenido tanta facilidad en adquirirlos, los malbarata del mismo modo; esto le ha valido la fama de generoso, y la merecería seguramente, si hubiese dado con más justicia y discernimiento. No ha sido así; pués, generalmente los que han utilizado de sus prodigalidades, han sido pillos ó malvados, que han tenido el arte de lisonjear sus debilidades. Además, un hombre que no tiene moralidad, ni aún ideas exactas de lo que ella significa, y de lo que la constituye, todo lo confunde en su mente, resultando una mezcla indigesta de actos diversos y contrarios. Así, el general Rivera piensa que es liberalidad el más desenfrenado despilfarro, y que es un medio de premiar servicios, ó de complacer á los que quiere agraciar, ponerlos en una posición donde ellos puedan por me-

dio de expeculaciones sórdidas ó de robos positivos, apropiarse la fortuna pública. De allí reportaba la ventaja de que el agraciado le quedaba agradecido y dependiente, por cuanto la ilegalidad de sus adquisiciones, le hacía más necesario el apoyo de la autoridad.

Bajo su administración llegó la inmoralidad al más alto punto que pueda imaginarse; dudo que en pueblo alguno se haya visto tan entronizado el peculado y en cierto modo la rapiña. Para probarlo, basta iudicar que el vicio había levantado con tanta altanería su horrible cabeza, que el hombre probo era despreciado y mirado como un cuitado, un imbecil, un inepto para la carrera pública. Pienso que es lo sublime del vicio, cuando este se enseñorea hasta hacer avergonzar y esconderse á la virtud contraria, y esto es lo que sucedía en la capital del Uruguay, sin que haya un ápice de exageración.

En esta corrupción general, es muy facil conjeturar que casi sin excepción, los empleados públicos eran prevaricadores; más, lo que hay de admirable, es la consecuencia que se guardaban y se han guardado hasta el fin entre sí. En vano es que las querellas políticas los hayan dividido, que se hayan jurado enemistad, que se hayan combatido por la fuerza sin piedad; jamás tocaban este punto delicado, porque al hacerlo, sancionaban su propia condenación, y lo que es más, despertaban al país para que se ocupase de los males que querian perpetuar. Parecía una arma vedada cuyo uso se había prohibido por el universal consentimiento.

El mismo silencio que en la prensa, se observaba en la tribuna, y mientras se veía á los oradores de los cuerpos deliberantes ocuparse de bagatelas, jamás una acusación, ni una ligera censura de las horribles y nunca vistas dilapidaciones de los caudales públicos. *Los lobos entre sí, no se muerden*, dijo uno; estos se mordian cuando se trataba de

otros negocios, pero en el de la administración de las rentas, jamás.

Cuando ascendió Oribe á la presidencia, publicó un cuaderno en que están registrados innumerables cargos que una comisión encargada de revisar las cuentas de la administración de Rivera en campaña, formuló con documentos á la vista. ¿Se creerá que este célebre documento no le ha traido responsabilidad alguna ante la opinión del numeroso partido que lo ha sostenido, y que jamás se tomó el trabajo, no de desmentirlo, porque era imposible, pero ni de disculparse? Bién sabía que no lo necesitaba, porque nadie se atrevería á tirar la primera piedra.

En estas dilapidaciones escandalosas, los militares, si tales deben llamarse esos caudillejos que mandaban sus reuniones de hombres, por los mismos principios que el caudillo principal los mandaba, eran los menos beneficiados. Descendiendo la escala hasta los soldados, hallaremos entre estos unas víctimas sacrificadas á la corrupción general. Servian mal sin duda, pero sin sueldo, generalmente sin vestuario, sin premios, y morian para dejar sus familias en la horfandad y la miseria. En cambio se tenía con ellos una tolerancia, mediante la cual la deserción era casi un acto indiferente, y aún cuando estaban en sus casas, y esto era general á toda la plebe, vivian sin ley, sin regla, y sin sentir la acción de la autoridad. En la campaña oriental, era desconocido el ejercicio de la judicatura, y puede decirse enteramente, el de la policía. Los asesinatos eran bién frecuentes, y los robos no eran escasos, sin que sus autores tuviesen mucho que temer. Cuando llegaba á arrestarse á algún criminal y remitirlo á Montevideo, si tenía medios pecuniarios, ó protectores, luego volvía á su distrito (según oí decir generalmente) á vengarse del que había promovido su prisión (1).

(1) Cuando el año de 1840, pasé por Mercedes para ir al Cuartel

Los que verdaderamente sacaban provecho de ese desorden, eran esos intrigantes de profesión, esos palaciegos del vicio, esos políticos exclusivos que hay en todas partes, y que rodeaban al poder. Dejaban á Rivera en plena posesión de ciertos goces y fomentaban su inclinación favorita por la campaña, para quedar más á su salvo, dueños de la fortuna pública. A ellos seguian una infinidad de mandones subalternos, de comerciantes fraudulentos, de bribones de toda clase, que se enriquecian á costa del Erario. Nadie, nadie de Montevideo ignora esos contratos escandalosos, que exceden á cuanto puede decirse.

El general Rivera, considerado como militar, tendrá muy poco mérito, si lo juzgamos por sus principios é instrucción profesional. Ningunas son las nociones que tiene de táctica, y poquísima la importancia que dá al régimen militar. Esto solo basta para hacerlo poco apto para un mando extenso y en escala mayor, aún que tenga y haya tenido en grado eminente, otras cualidades que lo hacian distinguirse en uno más pequeño. Efectivamente, como guerrillero, y aún mandando cuerpos poco numerosos, ha hecho campañas muy felices y logrado triunfos importantes. En la que más sobresalió fué en la de 1838, contra Oribe, en la que con sus movimientos rápidos y bién combinados, inutilizó las ventajas del número y del poder. Para ello, tuvo auxiliares poderosos.

General de Rivera, el comandante Cano me presentó un joven oficial (un perfecto gauchito) que tenía el mérito particular de haber dado muerte al caudillo enemigo, Doroteo Velez. En proporción de la importancia del caudillo era la nombradía del matador y las recomendaciones que de él se hacian. Un año después pregunté por él, y me dijeron muy francamente, que como se hubiese hecho incómodo y acaso peligroso á algunos vecinos, se habian prorateado y dado doscientos patacones á la partida que se decía de policía, para que lo asesinase. Así se hizo, sin que esto tuviese resultas, ni arrancase un signo de reprobación. Como este hecho hay infinitos, y podrian llenarse libros.

El primero, fué la ineptitud de su adversario, sin que prueben nada en contrario, sus posteriores triunfos del Quebrachito, Famallá y Arroyo Grande. En segundo lugar, su perfecto conocimiento de la campaña, pués le son familiares los de las cuchillas, los arroyos, sus pasos, sus bosques, etc. En tercero, sus vastísimas relaciones personales en todas las poblaciones y hasta en los ranchos aislados del campo, en donde hormigueaban los compadres, las comadres y los ahijados; cada uno de ellos era un centinela avanzado, que le advertía los movimientos del enemigo, y que encubría los suyos. Estas ventajas han disminuido mucho cuando ha salido del territorio oriental, y cuando ha decaido su omnipotente popularidad. En fin, cuando la guerra se ha hecho en escala mayor, y cuando ha sido preciso aplicar otros principios, que los que él aprendió en la escuela de Artigas.

Lo que le hace un alto honor, es su clemencia con los vencidos, su generosidad con sus enemigos. Por más que estos lo hayan provocado con actos de crueldad y barbarie, no ha desmentido esas inclinaciones de humanidad, que lo distinguieron entre los tenientes de Artigas; desde entonces llamó la atención por el contraste que hacía su conducta moderada, con Otorguéz, *Blasito*, y *Andreito.*

Mis desinteligencias con él empezaron, según llevo indicado, por no querer darle una prenda contra el general Lavalle; después ocurrió otro motivo que acabó de indisponer los ánimos. Sus primeras comunicaciones fueron en el sentido de dar impulso á la guerra, dejando ese sistema de mentiras y de falsas promesas con que hasta entonces había engañado á los pueblos, esperanzados en sus auxilios. Yo, olvidando su desleal conducta cuando la invasión de Echagüe, que acababa de pasar, manifesté olvidarla y tomar al serio sus nuevas protestas; en consecuencia, de ellas le hablaba francamente y lo urgía con el mayor respeto

para que las hiciese efectivas. Hablándole como su subordinado, le pedía órdenes terminantes, que huía de dar, para hacer menos notable su falta de cumplimiento. Me dijo últimamente, que por Febrero abriría la campaña pasando el Uruguay, para cuyo tiempo debía yo estar pronto. A fines de Noviembre fué la acción de Caaguazú, y él no se había movido del Durazno.

Entre tanto, estalló nuevamente su cólera, bajo el pretexto de que mis cartas eran muy exigentes, lo que prueba que ellas lo mortificaban, no por su estilo, que era moderado, sinó por la solidéz de las razones que empleaba para persuadirlo. Sin pretensiones de ser un elocuente escritor, alguna diferencia había de notar entre ellas y las que recibía de algunos de sus generales, y de consiguiente, era preciso romper una correspondencia que no podía sostener con la misma facilidad. Quiso también menoscabar el concepto que merecía yo á los correntinos, y ocurrió á un medio víl, que al fin no le produjo más que vergüenza, si hubiera sido capáz de tenerla.

Ya se recordará la carta que me escribió mi señora de Montevideo, y que sustrajo de mi correspondencia, en que me hablaba de un recado del ministro Arana. Hacía más de ocho meses que tenía la carta en su poder, sin haber dicho una palabra, correspondiéndose conmigo y tratando asuntos de la más grave importancia. Acababa yo de repeler la invasión de Echagüe, y conservaba un puesto eminente y de la más alta confianza. Cualquiera de estas cosas bastaba para poner en ridículo las sospechas que quería arrojar sobre mí, y seguramente no se hubiera atrevido á emitirlas, sin contar con la ignorancia y sencilléz de los correntinos. Insinuó, pués, á Valdéz y Bompland, para que reservadamente lo trasmitiesen á Ferré, que yo no merecía plena confianza, y que tenía documentos que autorizaban sus sospechas. Hasta manifestó la carta, haciendo misterios

y suponiendo que se me había caido del bolsillo inadvertidamente, cuando estuve en su Cuartel General, queriendo con esto ocultar la sustracción que hizo de mi correspondencia, á que yo mismo dí poquísima importancia.

Con una sola palabra podía haberse contestado á su torpe calumnia, pués si tenía la carta, y con ella ese motivo poderoso de sospecha desde el mes de Mayo anterior, que yo estuve en su campo, ¿cómo es que no habló de ella, hasta que su resentimiento le aconsejó que la usase como una arma ofensiva? ¿Cómo es que no lo advirtió al Gobierno, cuando me dió el mando del ejército, cuando vió librada á mi dirección la salvación de la provincia? ¿Cómo es que no habló nada al comisionado don Baltasar Acosta, cuando celebró el tratado de alianza en Agosto? ¿Cómo es que no insinuó cosa alguna al comandante don Manuel Diaz, cuando iba á buscarme á la Colonia, y antes le dió una carta recomendándome que aceptase el llamamiento del gobierno de Corrientes? El sentido común basta para conocer la mala fé de su hipócrita insinuación, que por otra parte, no hizo efecto alguuo en el gobierno de Corrientes.

Sin embargo, yo me valí de ella para renunciar el mando del ejército y solicitar mi salida de Corrientes, á lo que no accedió el Gobierno, dándome inequívocas pruebas de ilimitada confianza (1). No obstante, yo quería por lo menos

---

" ¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

" El Gobernador y Capitán General de la Provincia.

" Corrientes, Febrero 3 de 1841.

" Al Exmo. señor Presidente del Estado Oriental del Uru-
" guay.

" El General en Jefe del Ejército de Reserva de esta provin-
" cia, Brigadier don José María Paz, ha sido instruido por el

un descanso temporal, y solicité permiso para ir á la Colonia, donde estaba mi familia; se opúso también el señor Ferré, y para disuadirme, me propuso la venida de ella, que él se ofreció á facilitar.

El poco caso que se hizo de la pérfida sugestión de Rivera, fué un desengaño para él de que sus arterias estaban conocidas, pero no por eso mejoraron sus disposiciones; más bién empeoraron, con el motivo que voi á decir.

El general don Angel María Nuñez, ofreció sus servicios al gobierno de Corrientes, y este los aceptó. Rivera lo desaprobó altamente, protestando que no veía en Nuñez sinó un traidor (1). Ni el señor Ferré ni yo hicimos caso, y Nuñez vino al ejército. Después me ocuparé de este desgraciado hombre, retrocediendo ahora un poco para recordar un incidente que hace juego con otros posteriores, y con las esperanzas presentes que forman los enemigos de Rosas, en cierto personaje que más de una vez ha hecho creer que quiere ser él también. Hablo de Urquiza, gobernador de Entre Rios en la actualidad.

---

(1) Esta palabra *traidor*, á fuerza de abusar de ella ha perdido su significado y su valor. El general Lavalle fué declarado *traidor* por Ferré, y yo lo fuí después por los Madariaga. Estos, que habian declarado *traidores* á los Virasoro, anularon su misma declaración cuando ellos traicionaron la causa. Ha sucedido lo mismo que en Buenos Aires, donde Rosas declara *salvajes unitarios*, á sus enemigos personales.

" Comisionado de este Gobierno cerca de ese Estado, don Gre-
" gorio Valdéz, que V. E. de un modo firme y sin reserva algu-
" na, ha asegurado: « que tiene motivos bastantes para dudar
' de la fidelidad del expresado General; opinando la convenien-
" cia de su separación, fundada además, en que en el Estado
" Oriental, debian solo quedar orientales, y correntinos en Cor-
" rientes ».

" Ofendido así, por primera vez, este acreditado argentino,
" y creyendo que su conservación en el mando del ejército po-

Este caudillo, que no era entonces sinó comandante de un departamento de la provincia de Entre Rios, manifestaba por Echagüe, gobernador de ella, una aversión decidida. Esto, y los deseos que tenía de sucederle, lo hacian creer dispuesto á separarse de la causa que servía, y abrazar la contraria. Alucinado con estos antecedentes, el general Rivera entabló ciertas relaciones por medio de don Juan Benito Chain, amigo personal de ambos; relaciones de que se hablaba con gran misterio, y á que se daba una inmensa importancia. Pienso que debo conservar carta de Rivera en que habla y encarga una religiosa reserva sobre tan delicado asunto. Entre tanto, era todo una burla de Urquiza, á favor de la cual se hacian algunas especulaciones mercantiles. No tengo motivos para creer que Chain obrase de mala fé, porque me han asegurado que Urquiza lo miraba con desprecio, y que solo lo toleraba manteniendo sus tontas esperanzas, por el interés de su comercio.

Cuando avisé al general Rivera que el enemigo se aproximaba á la frontera, con el ánimo, sin duda, de invadir, me

---

" día traer algún mal que pesase sobre su acendrada delicade-
" za, lo renunció decididamente en nota del 20 del pasado, sin
" embargo de estar convencido del alto aprecio que merece á
" los argentinos, y de la entera confianza que el pueblo, el Go-
" bierno y el ejército correntino, tienen en su nacionalidad,
" honor, valor y pericia.

" El Gobierno, por estos antecedentes tan bién conocidos co-
" mo valorados por todos los pueblos de la República, y grato
" como el que preside, al nuevo é importantísimo servicio que
" el general J. M. Paz acaba de prestar á la Nación, y muy es-
" pecialmente á esta provincia, debido á las cualidades que lo
" hacen caro para los argentinos, se hubiera degradado á sus
" propios ojos, á los de los pueblos, sus hermanos, y hubiera
" contrariado los intereses nacionales, admitiendo la renuncia;
" y expresó al General de un modo tan irrevocable, como él la
" hizo, que no la admitiría.

contestó que no creyese tal, pués aunque el general don Servando Gomez se había aproximado con su vanguardia, le iba orden para que no penetrase, y que Echagüe, que se conservaba en su estancia de Alcaraz, había licenciado su ejército. Al ver el tono de seguridad con que se me daba la noticia y la clase de ella, debí juzgar y hasta hoy lo creo que fué participada por Urquiza, por conducto del intermediario Chain; y al considerar que al mismo tiempo que esto se escribía, no solo no retrocedía el general Gomez, sinó que Echagüe en persona penetraba en Corrientes y pasaba el río de este nombre, creo firmemente que fué la tal noticia un medio combinado entre Urquiza y Echagüe para descuidarme, y para que el general Rivera no concibiese temores por la suerte de Corrientes, ni le prestase auxilio. Sin embargo, de esta flagrante superchería, el general

---

" El gobierno de Corrientes hace la justicia que debe, á la " circunspección de V. E., y no cree, en consecuencia, haya " emitido ideas de tanta gravedad, del modo que se refieren, " y tan inmerecidas para el general Paz, sin haberlas antes co- " municado á este Gobierno.

" Así lo aseguró á aquel, en contestación á su renuncia, re- " servándose promover á este respecto las explicaciones que " requieren la armonía entre dos poderes íntimamente aliados " á un objeto noble y común, la justicia y la conveniencia de " ambos.

" El infrascripto cree la revelación del señor Valdéz, obra de " alguna grave é involuntaria equivocación, la que espera fun- " damentalmente ver desvanecida en la contestación á la presen- " te nota, en la que no duda le hablará V. E. con la franqueza " y lealtad que se debe á un Gobierno aliado, y que tanto reco- " miendan el caracter personal, y marcha pública de V. E.

" Dios guarde al Exmo. señor Presidente muchos años.

Pedro Ferré. "

«Historia de Rosas», por el doctor don Adolfo Saldias. (Tomo III, pájinas XVII y XVIII, del apéndice).

(*Nota del Editor*).

Rivera no se apercibió, y continuó engañándose y engañando á todos, con sus supuestas inteligencias.

Preciso es creer que el general Rivera ó aparentaba darles más valor de aquel en que las apreciaba, para dar un colorido á su incomprensible inacción y acallar las críticas que ella merecía en el público, ó que es el más cándido de los hombres. Me inclino á pensar, que había de uno y de lo otro, porque la experiencia nos enseña que por lo común los hombres adiestrados en intrigas vulgares y pequeñas, son más niños cuando se trata de negocios de otra esfera más elevada. Al fin, jamás se supo como terminó esa decantada amistad, ni el desenlace de esas pobres relaciones. Después los hemos visto combatirse con encarnizamiento, y á fé que Rivera no ha llevado la mejor parte. Lo singular es, que ni aún se ha sacado fruto de las lecciones de la experiencia, y que después no han faltado alucinados en el mismo sentido.

Trataron también de persuadirme de las favorables disposiciones de Urquiza, y me instaron algunos amigos para que tentase el camino. Me aventuré á ello, y le dirigí una carta por conducto del doctor don Juan Andrés Ferrera, quién la acompañó con otra suya. Tuve el honor de que Urquiza no me contestase; más, quedé en la duda de si se la había tragado ó dado cuenta de ella al jefe de que dependía; no tardé mucho en salir de la duda, porque tanto mi carta como la del doctor Ferrera, fueron encontradas en el archivo de Echagüe cuando lo perdió en Caaguazú. Posteriormente, cuando á consecuencia de esta victoria ocupé el Entre Rios, el cura de la Bajada, don Francisco Alvarez, amigo y paniaguado de Urquiza, se empeñaba en persuadirme que mi carta no había llegado al poder de este, y que fué interceptada por Echagüe. ¡Vano subterfugio que no podía engañar á nadie!

El señor Ferré concibió esperanzas de que Urquiza

abrazase nuestra causa, y dió el paso, de perfecto acuerdo conmigo, que voy á referir.

El general Rivera había propuesto una entrevista al gobernador de Corrientes, que este había aceptado. Con este motivo se trasladó el señor Ferré á Villa Nueva, con el fin de pasar al Salto, lugar designado para la reunión de ambos. La entrevista no tuvo lugar, porque Rivera, noticioso sin duda de que las disposiciones de Ferré no le eran favorables, faltó á ella apelando á diversos pretextos. Mientras esto, Ferré se detuvo en Villa Nueva (que era mi Cuartel General) muchos dias.

Entre tanto, don Gregorio Valdéz había regresado después del cange de la ratificación del tratado, y pasado á la capital de Corrientes. A su paso por la costa del Uruguay, supo que don Vicente Montero estaba en la Concordia, y le escribió saludándolo. Esto motivó una carta de Montero invitándolo á una conferencia en la costa de Mocoretá, en que decía se podía poner término á los males públicos.

Montero, cuñado, amigo íntimo y socio de negocios de Urquiza, no podía obrar aisladamente; era indudable que obraba por autorización de este. Los Madariaga, que ocupaban con sus escuadrones la vanguardia de Curuzú-Cuatiá, habian recibido y abierto la carta de Montero por comisión que tenian de Valdéz. Ellos la presentaron al señor Ferré, quién creyó, como todos, que la negociación propuesta iba á entablarse en un sentido favorable á nuestra causa.

Se hizo un extraordinario llamando á Valdéz, y se le autorizó para que ocurriese á la cita de Montero, el día y hora, y en el lugar que señalaba. A los Madariaga, como encargados de la vanguardia (1), se les ordenó que diesen

(1) Preciso es hablar en plural, porque la autoridad de estos herma-

una pequeña escolta y auxiliasen la marcha de Valdéz. El hermano don Juan quiso cumplir tan exactamente esta orden, que él mismo fué mandando la escolta, y se ingirió en la negociación, como luego se verá.

Valdéz era esperado en Villa Nueva con una ansiedad difícil de explicar, y esperábamos nada menos que comprobantes auténticos de la defección de Urquiza, de la causa á que había pertenecido.

Era el 4 de Abril (año de 1841) por la noche, cuando supe que Valdéz había regresado, y me trasladé á una casa inmediata al campo, en donde vivía el señor Ferré, deseosísimo de saber el resultado. El semblante glacial de los circunstantes me reveló antes de hablar, que la misión nada había producido. Efectivamente, Valdéz repitió lo que había dicho antes á Ferré, reduciéndose todo á que Montero, de acuerdo con Urquiza, proponía que para ahorrar los males de la guerra, me separase yo de Corrientes, y la provincia entrase en el gremio de la confederación con todas las añadiduras que requiere *el santo sistema*. Nada, pués, se había adelantado, sinó poner en claro las disposiciones de Urquiza, destruyendo de raíz las ilusiones que habíamos formado.

Desde que sin hablar á Valdéz inferí de su modo forzado

---

nos era una de las más raras anomalias. Cuando llegué á Corrientes ya ocupaban el punto de Curuzú-Cuatiá, y todas las comunicaciones eran suscriptas por don Juan, que es menor que don Joaquín. Cuando preguntaba yo cual de los dos hermanos tenía el mando, me decia Ferré que los dos, y que era indiferente dirigirse á uno ó á otro. Yo, como ninguno que tenga tintura militar, no podia admitir ese duplomando, esa media responsabilidad, y seguí considerando á don Juan como jefe del cantón y de la vanguardia. Lo mismo sucedió en toda la campaña, sin que el hermano mayor reclamase, ni aún lo extrañase. Cuando la reacción en 1843, don Joaquín, que sin duda era más capáz, se puso á la cabeza de ella, y ocupó en seguida la silla del gobierno. Posteriormente, el descrédito de don Juan ha llegado á lo sumo, justificando la elección de su hermano para el primer puesto; digo justificando la eleccion, solo con respecto á la que podría haber recaido en su hermano.

de explicarse, que no decía todo lo que había ocurrido, y supuse que querría tener con Ferré confianzas que no quería hacer extensivas hasta á mí; suposición que era tanto más natural, cuanto que yo era la persona excluida por el negociador enemigo. Me retiré á mi campo en esa persuasión, pero contando con que al día siguiente el mismo Ferré, en cuya lealtad confiaba, me aclararía el enigma.

Don Joaquín Madariaga había obtenido licencia para ir por algunos dias á la capital, y con este motivo había acompañado á Valdéz, que debía llevar el mismo camino. Esta circunstancia es esencialísima para probar que deseaba explorar los ánimos en la ciudad de Corrientes, y ver si era posible llevar adelante el plán que habian concebido, y que su hermano de acuerdo con Valdéz había propuesto al enemigo. Era una verdadera, una positiva traición, sin que pueda confundirse con las otras clasificaciones arbitrarias, de que antes hice mención. Los hechos nos lo dirán.

Antes de ir á casa de Ferré, y sabiendo ya que el hermano don Juan había ido á la conferencia con Montero, quise hablar á don Joaquín, quién me repitió lo mismo que había dicho Valdéz sobre mi exclusión, pero añadiendo que *si consentía en retirarme, me ofrecian los enemigos asegurarme una pensión adecuada en un país extrangero*. El tono misterioso y acautelado que tomó Madariaga para hacerme esta como revelación, contrastó fuertemente con la indignación en que estallé cuando oí la revelación á que aquel parecía dar algún valor. *Si los correntinos*, le dije, *quieren entenderse con Rosas, pueden hacerlo, en cuyo caso yo me retiraré de la provincia, pero no será aceptando pensiones y vendiendo la causa que me había propuesto defender*. Madariaga, que sin duda había querido hacer un tanteo, y que no esperaba una salida mía tan vehemente, se replegó sobre sí mismo, protestándome que no había hecho

sinó referir lo que sabía por su hermano, que había propuesto el enemigo, pero sin pensar inferirme el menor agravio (1). Tuve que contentarme con esta explicación, pero sin deponer mis sospechas.

Poseido de ellas, es que volví á verme con Ferré, contando con adelantar algo más en el asunto, pués creía que Valdéz había sido más franco en mi ausencia. Me maravillé al verlo á él como á su ministro Leiva, tan tranquilo, tan satisfecho y contento, como si no hubiese ocurrido á su ánimo la menor desconfianza. Cuando yo le manifesté la mía, se mostró sorprendido y me protestó que nada había añadido Valdéz á lo que yo había oido. *Si usted,* le dije, *no me guarda reserva, crea firmemente que se la guardan á usted, como el tiempo lo acreditará.* Mis sospechas tomaron nuevo vigor con la reticencia de Valdéz, y ya no dudé que había un secreto que no me era posible penetrar. Tan solo me quedaba la duda de si lo conocía Ferré, y los hechos me probaron que no.

Ferré partía ese día 5 de Abríl para la capital, y yo me había prestado á acompañarlo porque me proponía dar algunos pasos, cuya necesidad era imperiosamente reclamada por las circunstancias. Fuera del partido, que llamaremos *federal neto*, había otro de oposición personal á Ferré en que estaban inscriptos muchos de los más decididos liberales. No habian dejado de hacerme insinuaciones para atraerme á sus miras, pero ocupado exclusivamente del gran objeto de la revolución, las había desatendido. El fin que me proponía en mi viaje á la capital, era llamar á to-

---

(1) Me ruborizo y me indigno de que Madariaga llegase á entender que era capáz de halagarme la propuesta que me hacia; por entonces no tenía fundamentos para calcular su malicia, y cuando más, me asaltaban sospechas; es después que conocí que él medía á los demás por sus propios sentimientos.

dos los amigos de la causa, á la unión y excitarlos á que renunciando á pequeñeces de partido, contrajesen sus esfuerzos al interés común.

El 8 llegamos á la capital que estaba ocupada en los deberes religiosos de la Semana Santa. Don Joaquín Madariaga, siempre con el pretexto de visitar á su madre y hermanas, llegó casi al mismo tiempo. Yo empecé mi obra, y él la suya.

Echagüe había conocido que mi permanencia en Corrientes era un gran obstáculo á sus miras, por lo cual promovía mi separación; los enemigos de Ferré, sin serlo quizá de la causa, percibieron que para derribarlo del poder, debian contar conmigo; Madariaga, con el solo objeto de entronizar su familia, quería servirse de estas disposiciones y traicionar á todos.

Convencido de que yo no me separaría de Corrientes, según el plán primero, mudó de rumbo, y haciéndose el emisario de la oposición, vino á ofrecerme á nombre de ella, que concurriría con todo su poder á que me suministrase la provincia, toda clase de recursos para el sostén del ejército y campaña que debía abrir; pero que estos recursos no habian de pasar por manos del Gobierno sinó directamente á las mias.

Fundaban esta pretensión en los temores de que Ferré emplease los recursos (1) en ganar prosélitos (como decian lo había hecho antes), más bién que en sostener el ejército que iba á combatir, y se extendian á otras acusaciones que

---

(1) En el Congreso Provincial habia sido tan violenta la oposición á Ferré, unos meses antes, que este se vió precisado á tomar medidas de cuya legalidad ni quiero ni puedo juzgar. Era indudable que la mayoría del Congreso le era contraria, á vista de lo cual, no se extrañará que la oposición se creyera en el caso de disponer de las rentas públicas y de los sacrificios particulares, que además se prometian hacer. Esta oposición, repito, era personal á Ferré, y de ningún modo á la causa. Madaria-

no es de este lugar referir. Ya se deja entender que semejante pretensión importaba una revolución, y sin hacerme cómplice, no podía aceptar la proposición. La rechacé, pero asegurándoles hasta el punto de contraer un compromiso, que los caudales públicos, ya fuesen procedentes de arbitrios extrangeros, ya fueran de las rentas ordinarias, serian empleados en el objeto preciso de su destinación, pero sin privar al Gobierno de su administración.

Al señor Ferré y á sus ministros, sin participarles lo que se me había propuesto, les hice ver que el grande y único fin que debian tener en vista, era combatir á Echagüe y triunfar de Rosas, y que esto solo se conseguiría fomentando el ejército, y no haciendo *ahijados* que de nada valdrian si éramos vencidos. *Por el contrario,* les dije, *si somos vencedores, el señor Ferré tendrá á sus enemigos á sus piés, y habrá dado el más solemne desmentido á las que considera imputaciones calumniosas.*

Me lisongeo de que no fueron inútiles mis persuasiones, y que mi viaje produjo los buenos efectos que me prometí. La oposición desistió de sus maniobras, y Ferré, libre de sus ataques, pudo dedicar su atención á objetos más importantes: la opinión pública se uniformó, se reanimó el espíritu de todos, y los esfuerzos generales se dirigieron al objeto común.

Conseguí que se estableciese un periódico, recabando del doctor don Santiago Derqui que se encargase de su redacción. Llamé la atención hacia algún proyecto de ha-

---

ga y algún otro de su familia, eran quienes se proponian sacar partido de todo, aunque fuese á costa de la libertad y gloria de Corrientes. Puedo asegurar que no reveló á la oposición la tenebrosa negociación de Mocoretá: á hacerlo, se hubiera perdido. Quería entronizar á su familia por cualquier medio, y para esto era preciso trastornar el orden existente, aunque fuese traicionando la causa á que había servido.

cienda que ofreciese recursos pecuniarios, lo que ocasionó la discusión sobre esta materia. De allí resultó la idea de emitir á la circulación una cantidad de papel moneda, garantido por suscriciones voluntarias de los más ricos propietarios. Ya no estaba yo en la capital, cuando la adopción de este pensamiento, pero sé que el señor Ferré tuvo una parte muy principal, tanto en la concepción, como en su ejecución. Es de notar que desde que empezó á circular la nueva moneda, estuvo á la par del metálico, y que conservó el mismo valor en los dias de la batalla decisiva de Caaguazú. ¡Tal era la confianza que reinaba! No fué sinó después de la desgraciada batalla del Arroyo Grande, que el papel empezó á disminuir y que ha continuado sufriendo alteraciones, sin bajar por eso como en Buenos Aires.

Además de estas mejoras, se dió impulso á los preparativos militares; se estableció una maestranza regular; se obtuvo que viniesen al ejército algunos jefes y oficiales argentinos del Estado Oriental, á pesar de las dificultades sin número que opuso el general Rivera; se estableció un correo periódico á Montevideo, y se organizó mejor el servicio en todos los ramos.

Del número de los jefes recientemente llegados, fueron el coronel don Faustino Velasco, el comandante don Felipe Lopez, y otros oficiales de menos graduación. Todos ellos prestaron muy buenos servicios y fueron de mucha utilidad.

Yo pude entonces contraerme á los prolijos cuidados de mi destino, con mejores esperanzas de obtener resultados felices. Desde que situé mi campo en las márgenes del arroyo de Villa Nueva, me había dedicado con todo el celo de que era capáz, á la instrucción del soldado, á la formación de oficiales, y el arreglo y disciplina del ejército. Más, ¿para qué ocuparme de referir los pormenores de mi ingrata tarea, las vigilias y las amarguras que tuve que devorar?

Luchando sin cesar con el espíritu de desorden, con el mezquino sentimiento de localidad, con la más crasa ignorancia, con la penuria de recursos, con dificultades sin cuento, hube de agotar mi paciencia. Sin embargo, experimenté un consuelo, que no sentía años después en el mismo teatro, y era el presentimiento de que mis trabajos no serian estériles, y que aquel ejército que tantos me costaba, reportaría una victoria.

Cuando el espíritu está ocupado de negocios tan graves y de tamaños intereses, me parece ridículo hacer ostentación de los sufrimientos corporales á que están sujetos los militares en nuestro país. A presencia de aquellos, se reputa en nada la precisión de vivir años bajo un techo de paja que uno mismo se fabrica, cuando no está á la intemperie, de comer un pedazo de mala carne, y de sujetarse á toda clase de privaciones.

CAPÍTULO XXIX

EL «EJÉRCITO DE RESERVA»

Traidora negociación de don Juan Madariaga.—Torpezas y falsedad de este.—Importancia que daba Echagüe al doble papel de Madariaga. —Desavenencia de Paz y de Ferré.—Su causa.—El general Paz promulga un bando en el ejército.—Llega á Corrientes la familia del General.—Hechos de armas.—Echagüe emplea la seducción.—Provincialismo. — El general Nuñez.—Oficiales desertores. — El doctor Ferrera.—Sus pretensiones y su caracter.—Aplicación de leyes militares.—La ordenanza militar y los castigos.—El «Ejército de Reserva».—El general Nuñez toma el mando de la vanguardia.—Sus cualidades para este servicio.—Paso del arroyo Payubre y el río Corrientes.—Plán del general Paz para batir á Echagüe.—Reconocimiento del paso de Capitaminí.—Posición del ejército federal.—Movimientos del ejército de reserva.—Dificultades del general Paz.—Arbitrio adoptado.—Preocupaciones del Gobernador.—La caja del ejército.—Operaciones de campaña.—Ataque de Mercedes.—El estado de las fuerzas de la revolución obligan al general Paz á precipitar la batalla.—Cuatrocientos hombres del ejército Libertador atraviesan el Chaco.—Su incorporación al ejército de reserva.—El coronel Salas.—Recibimiento á las fuerzas que comanda.—El capitán Acosta.—Cartas del general Lavalle.—Su fatal destino.

En los últimos dias de Abríl había regresado de Corrientes, y con muy corta diferencia de tiempo recibí una comunicación de don Juau Madariaga que estaba siempre en Curuzú-Cuatiá, avisándome que había llegado á su poder una correspondencia traida del campo enemigo por dos solda-

dos con sus divisas punzóes y demás zarandajas federales, los que se habian presentado á la hora más pública del día, en el pueblito que le servía de cantón. La publicidad de su llegada le impidió ocultar su misión, pero al avisar la noticia, no remitía las comunicaciones y se contentaba con decir muy sucintamente, que todo era un mal entendido resultante de algunas palabras sueltas, largadas en la conferencia, y cuyo sentido se había interpretado equivocadamente (1). Que el negocio era de ningún valor, y en consecuencia, había despedido á los conductores.

Como se deja entender, no me satisfizo esta explicación, y le exigí la correspondencia original. Entró entonces en cuidado, y se vino en persona á mi Cuartel General á traer la carta en cuestión. Era de Montero, avisándole que instruido Echagüe de su propuesta, rechazaba la candidatura de don Baltasar Acosta para el gobierno de Corrientes, por cuanto sus antecedentes no merecian la confianza de los gobiernos federales, sin perjuicio de que por sus actos posteriores pudiese después obtar á él. En su lugar proponía á Cabral, Araujo ó Gaona, y terminaba ofreciendo la cooperación de fuerza armada, si se juzgaba precisa para asegurar el movimiento.

La realidad estaba descubierta, y Madariaga estaba confundido; trató de disculparse lo menos mal que pudo, repitiendo que Montero había dado un valor que no tenian, á algunas expresiones que dejaron él y Valdéz escapar en la conferencia, mientras que no había sido sinó un juego de voces, y concluyó negando la candidatura del señor Acosta. La torpeza y falsedad de sus excusas, era

---

(1) Quizá explico mejor sus conceptos que lo que el mismo Madariaga lo hacía. Debo conservar su carta, más no estoy en disposición de registrár papeles. Escribo de memoria, pero como esta me es fiél, no temo equivocarme sustancialmente.

patente, pero se me humilló, me rogó que lo disculpase con el señor Ferré, y terminó haciendo las más solemnes protestas de adhesión y fidelidad á la causa.

Si Madariaga no era de los mejores jefes correntinos, era de los más ladinos; tenía una larga parentela y relaciones con el partido de oposición. Me convencí, además, de que no era capáz de dañar, tanto más cuanto que á él y á su hermano los tendría á la vista. Le reprobé severamente su conducta, más le prometí olvidarla; hice más: le prometí interceder con el Gobierno para que no tuviese consecuencias lo sucedido. Para probar mejor sus disposiciones, me avancé á proponerle que pidiese á Echagüe, por conducto de Montero, el auxilio de una división de su ejército que apoyase el movimiento que esperaba se hiciese, á la que yo pondría una emboscada que le hiciese pagar su confianza. Con admiración mía accedió al momento, más luego deseché la idea, porque generalmente me han repugnado esta clase de operaciones, y porque no quise correr el albur de esa prueba.

El señor Ferré á su vez, exigió la carta, y al mandarla, empleé mis persuasiones é influencia para que se cortase el negocio y no se le diese ulterioridad alguna; hubimos de contentarnos con una solemne protesta (1) que hizo el hermano don Joaquín, por la prensa, renovando sus juramentos de fidelidad á la causa, y su firme propósito de defenderla. Es excusado repetir que lo que decía un Madariaga se entendía que lo hacía á nombre de la familia: de consiguiente, este nuevo compromiso, ligaba á su hermano en la misma forma que si hubiese sido por él hecho.

A esta protesta hacía alusión Montero en otra carta

---

(1) Publicada en *El Nacional* de Montevideo, el 19 de Julio de 1841. *(Nota del Editor)*.

posterior dirigida á Urquiza, en que manifestaba no desesperar aún del cumplimiento de los ofrecimientos hechos por los Madariaga, porque podian haberse visto compelidos á dar aquel paso para disipar las sospechas que contra ellos se hubiesen concebido. Esta carta y otras referentes al mismo negociado, existen en mi poder; ellas fueron tomadas en el archivo de Echagüe, que como he dicho, cayó en Caaguazú. Urquiza, sin dejar de blasfemar contra su gobernador y compadre, no solo lo instruía de todas estas ocurrencias, sinó que le mandaba la correspondencia original de Montero. Por una copia de esta, escrita á Rosas, tomada también en el archivo, se refiere que este tenía un pleno conocimiento del negocio. Todos los papeles de esta referencia fueron encontrados en una cajita de lata barnizada de punzó, y cuidadosamente conservada, lo que me induce á creer que Echagüe les daba bastante importancia, pués los honores de este acomodo, no los merecieron otros muchos papeles de interés.

Hé aquí el resultado de los negociados que en aquella época se entablaron con el señor Urquiza, juzgándolo siempre pronto á desprenderse de la cadena que lo ata al carro de la federación. Desde entonces tuvo la rara habilidad de hacer creer á los que combatía, que estaba dispuesto á pertenecerles, y siempre los engañó. ¿Será una fortuna ó una desgracia, un mérito ó una indignidad, aquella singular arteria? Júzguese como se quiera: yo pienso que al fin se enredará en sus mismos lazos, y no es aventurado decir, que es con este designio que muchos alientan las disposiciones que se le suponen. Dejemos este asunto, para ocuparnos de él después.

Sucede algunas veces, que incidentes pequeños producen efectos más graves que lo que podría esperarse, y tal fué el que voy á referir: Entre la correspondencia de Montero, tomada á Echagüe, venía una carta que comprometía á

un vecino de Corrientes, sujeto de mi amistad, y enemigo de Ferré. Aunque este conservaba contra él amargos sentimientos, á mi insinuación había depuesto sus ódios, y trabajaba sinceramente á favor de la causa. Me propuse ocultar la carta para que no llegase á noticia del Gobierno, quitándole de este modo la ocasión y los medios de dañar á este buén hombre, á quién solo podría acusarse de un momento de debilidad, porque debe advertirse que la carta no era de él, y que solo se hacía una referencia que podía haber negado. Solo mi secretario don Gregorio García y Castro, era depositario de este secreto, que reveló en confianza al doctor Derqui. Este, sin duda ignorando mis intenciones, lo trasmitió al señor Ferré, haciendo inútiles mis precauciones. Todo esto sucedió en tiempo posterior, pero lo refiero ahora por no volver sobre ello otra vez.

El señor Ferré, que después de la batalla de Caaguazú, quiso á mis instancias visitar al ejército, y que nos alcanzó en Curuzú-Cuatiá, quiso absolutamente ver la carta, á lo que me presté con repugnancia; en seguida pretendió quedarse con ella, y me negué resueltamente; insistió con la más terca tenacidad, y yo me negué con la misma. Hé aquí una pobre competencia, que produjo efectos graves, por cuanto fué causa de un profundo resentimiento de parte del señor Ferré. Mi intención era buena, pués no le quería dar armas para herir á un amigo mío, pero quizá en política hice mal, pués hubiera evitado un motivo no pequeño de desavenencia, además de que es probable que Ferré no hubiera llevado lejos su venganza. Debo advertir, que una de las razones de mi obstinación, fué el contraste chocante que formaba la acrimonía contra mi protejido, con la indulgencia sin límites que mostraba respecto de otros mucho más comprometidos, pero contra quienes no abrigaba prevenciones personales.

Esta bagatela, pués tal debe considerarse á presencia de

los grandes intereses que se versaban, tuvo no pequeña parte en las desavenencias que luego estallaron. Todo fué debido á la facilidad de mi secretario García y Castro, y la indiscreción del doctor Derqui, quienes sin calcular el mal que iba á resultar, se permitieron confidencias, que tuvieron un efecto deplorable.

Terminaré con decir, que desbaratada que fué la traidora negociación de los Madariaga, para quitar las tentaciones de que se entablase otra, promulgué un solemne bando en el ejército, en los pueblos de campaña, y en el mismo Curuzú-Cuatiá, imponiendo la última pena al que mantuviese comunicaciones con el enemigo, ó recibiese comunicaciones sin manifestarlas. Los Madariaga, que veian en este caso una pública reprobación de su atentado, y que marcaba al mismo tiempo su magnitud, se resintieron sin duda; pero era lo menos que debian sufrir.

Mi familia se aproximaba al territorio de Corrientes, habiendo tenido que vencer dificultades, que no pudieron preveerse. Luego explicaré mejor esta idea.

En la madrugada del 22 de Mayo, tuve el indecible placer de abrazar á mi esposa é hijos, sin olvidarme de mi hermana, que los acompañaba, después de once meses de ausencia, en que todos habíamos sufrido y teníamos pérdidas que llorar. Las familias emigradas de Buenos Aires, habian traido á la Colonia esa fiebre conocida con el nombre de *sarampión*, y se cree que contagiaron á mis hijos y domésticos.

En el mes de Octubre anterior, mi casa se había convertido en un hospital, y era tal la violencia del mal, que había en ella seis enfermos de gravedad, inclusos mis tres hijos. En la noche del 20 al 21, la enfermedad llegó al último período de irritación, y la vida de todos estaba en el más inminente peligro. Mi hijo mayor estuvo desahuciado, como también el menor; quiso la providencia salvar al

primero, pero el segundo pereció á los cinco meses de su casi milagroso nacimiento.

Llegado que hube á Villa Nueva, de donde había salido cuatro dias antes con el doble fin de visitar la vanguardia de Curuzú-Cuatiá, y encontrar á mi familia, esta se estableció en una casa distante una milla del campo. Su compañía me hizo más llevaderos los cuidados de un mando tan prolijo.

He olvidado decir, que durante los meses anteriores, hubo dos hechos de armas, poco importantes sin duda, pero que contribuian á crear el espíritu militar de mi flamante ejército. El primero fué una excursión que hicieron con mi conocimiento los Madariaga sobre Mandisoví, en la cual, si no se recogió el fruto que podía esperarse, por la inepcia de los jefes, no se sufrieron pérdidas. El segundo fué más felíz, pués el mayor Borda sorprendió al célebre Cabral, que había reunido á su cuerpo algunos correntinos prisioneros en varias acciones, del ejército Libertador (1).

Tampoco desechó Echagüe los medios de seducción,

---

(1) " Corrientes.

" Ejército de Reserva.

"(Orden General del 31 de Agosto de 1841)

" 1° Con esta fecha dirigió S. E. el señor General en Jefe " del Ejército, al Teniente Coronel graduado, don Antonio Bor- " da, una carta del tenor siguiente:

" Señor Comandante don Antonio Borda.

" Villa Nueva, Agosto 31 de 1841.

"Mi estimado Comandante:

" Algunos compatriotas nuestros me han remitido el sable " que acompaño para que se lo presente en su nombre. Al " hacerlo, experimento la más grata complacencia, persuadido " que usted lo apreciará, no por su valor que no tiene, sinó co- " mo una muestra de la estimación que le tributan los amantes " de la libertad, y como un recuerdo del felíz suceso del 27 de

pués hizo venir á Corrientes como escapados de su prisión, á varios oficiales correntinos que habian pertenecido al ejército del general Lavalle, y que se hallaban prisioneros en Entre Rios, después de haber estado muchos de ellos en Buenos Aires. Un mayor Alonso tuvo la poca destreza de empezar su predicación desde el día que llegó; lo hice arrestar con otro oficial que lo acompañaba, y lo remití á Ferré, quién no quiso ver en su conducta toda la gravedad que tenía; después de algún tiempo de prisión fué puesto en libertad, más no volvió al ejército.

Con el mayor don Valentín Silva, á quién tomaron prisionero en los puntos avanzados, hicieron lo mismo, más este no pudo por circunstancias especiales llevar adelante el engaño, y confesó paladinamente su vergonzosa misión. Otros varios, de menores graduaciones, la obtuvieron idéntica, y la desempeñaron como quisieron; es decir, ó confesando que habian aceptado aquel encargo, por salvar de las prisiones, ó simulándola, en cuyo caso se les alejaba, mandándolos á la capital á disposición del Gobierno.

" Abríl pasado, en San José, en que usted tuvo tan gran parte.
" Soy de usted con los mejores sentimientos de aprecio, su
" más atento servidor y compatriota.

José María Paz. "

" 2º Además, los mismos compatriotas nuestros, remiten una
" onza de oro para el soldado que se hubiese distinguido en la
" expresada jornada de 27 de Abríl, en San José; y habiéndose
" tomado los informes convenientes al efecto, ha resultado ser
" el soldado de la compañía de guias, Bautista Perez, al que se
" ha mandado comparecer, desde la vanguardia donde se halla,
" para hacerle este pequeño presente, que él sin duda, valorará
" únicamente por el noble origen que trae, y porque es un com-
" probable de su valor.

Paz. "

Publicado en «El Nacional» de Montevideo el 27 de Octubre de 1841.
(*Nota del Editor*).

Es imponderable la fuerza del provincialismo que distingue á los correntinos, aunque sean de las clases más elevadas de la sociedad. El punto jefe en que estribaba la seducción y que hacian valer todos los emisarios de Echagüe, era decir á sus comprovincianos, que yo era un *extrangero*, que solo quería servirme de ellos para ir á mi provincia. Les ponian delante el ejemplo del ejército Libertador, y concluian por asegurarles que yo hacía lo que había hecho Lavalle. Querian, además, persuadirles que era mengua que fuesen mandados por uno que no fuese correntino, siendo esta razón tan poderosa, que aunque no adhiriesen á sus solicitudes, hallaban en todos la más ámplia disculpa. En el mismo Ferré encontraban siempre iguales sentimientos en tan alto grado, que parecía olvidar que el golpe que dirigian contra mí, debía herirlo á él sin remedio.

El general Nuñez llegó al ejército en el mes siguiente, y pasó á la capital á presentarse al Gobierno. Sus servicios fueron aceptados y obtuvo colocación, no obstante las protestas del general Rivera. Aunque no tenía una gran idea de él, como un jefe de orden y de instrucción, nunca lo creí capáz de las faltas con que después se manchó. Ignoraba también un hecho reciente, que bastará por sí solo para cubrirlo de infamia.

Cuando atravesaba la provincia brasilera del Río-Grande del sur, para venir á Corrientes, lo hacía acompañado de un joven, que no conocí, pero que según informes que me dieron, no carecía de mérito. En un exceso de cólera y de embriaguéz, lo mató por su propia mano, y trató por todos los medios imaginables de ocultar el homicidio. Más, estas cosas nunca quedan secretas; el doctor don N. Funes, que es la persona de quién hablo, desapareció; y él aseguró que se le había separado en el camino, y que ignoraba su paradero. El estado de inseguridad por la guerra civil, que de-

voraba la provincia limítrofe, hizo al principio creer que hubiese sido víctima de alguna emboscada de bandidos; nada de esto hubo, pués después se supo que su amigo y compañero de viaje, su correligionario político, había sido su asesino (1).

Otro escándalo dieron dos oficiales que desertaron por meterse en los buques, y sin duda esperar allí al ejército de Echagüe, cuya invasión se esperaba á cada instante; uno de ellos, era un Romero, hijo del Gobernador de este nombre que fué de Corrientes años anteriores; el otro, cuyo nombre no recuerdo, era de una familia más oscura. Este, fué sin embargo más felíz, pués que salvó la vida; el otro pereció en el suplicio.

Romero fué primero aprehendido por un sargento que mandaba la partida de policía del departamento de San Roque, que era su enemigo, y traido al ejército, fué procesa-

---

(1) Los pormenores de este suceso quedaron sepultados en el más profundo misterio, porque nunca se hizo diligencia judicial para descubrirlo. Yo lo ignoré por bastante tiempo, y cuando llegaron á mi conocimiento las primeras sospechas del hecho, se había separado Nuñez del ejército, y estaba en Montevideo. Quién sabe este horroroso arcano, es un mayor Ortega, oriental, que debió presenciarlo, y acaso algo más. Una conversación que les oyó el señor Murguiondo á dos oficiales de Nuñez, fué el primer indicio que se tuvo. El mismo Nuñez me dió otro, que solo después pude comprender y explicarme. Sucedió, después de la batalla de Caaguazú, que se sacaban los prisioneros de tropa para los cuerpos, y él había informado contra dos hermanos entrerianos, para que no se les sacase de la prisión por ser unos malvados: alguno sin duda, le informó mal, que habian salido sus recomendados del depósito de prisioneros, y vino á reclamar en términos algo altaneros, diciendo que eran unos asesinos que no debian obtener su libertad, y antes al contrario, continuar en su calidad de presos. Altamente chocado de sus modales y tono, le dije: *¿De cuando acá General, tiene usted tanto horror á los asesinos?* Yo aludía á varias solicitudes que había hecho, para que al desgraciado Pancho Alzaga se le permitiese permanecer agregado al ejército, revocando la orden que había dado, de su separación; más, él, sea que temiese que yo hubiese tenido noticia de su atentado, sea que el crimen se presentase á su imaginación, sea en fin, algo de remordimientos, el hecho es, que mis palabras tuvieron el efecto de un rayo; perdió el color, se demudaron sus facciones, y vaciló sobre sus piés. Por entonces, no supe distintamente á que atribuir su turbación, después pude explicarla.

do y puesto en consejo de guerra. Este, separándose de la severidad de las leyes, lo sentenció á presidio por intervención clandestina del Auditor de guerra, doctor don Juan Andrés Ferrera, y en consecuencia, quedó guardando arresto hasta ser remitido á Corrientes (á la capital). En estas circunstancias, vino á alguna diligencia el sargento que lo había apresado, y llegó por la guardia donde estaba preso; apenas lo vió Romero, prorumpió en insultos y amenazas de muerte, protestando que se vengaría, y que no pararía hasta acabar con su vida. El sargento se quejó, lo que dió motivo á otro juicio, en el que el consejo de guerra lo condenó á muerte, que fué ejecutada al frente de todo el ejército. Debo advertir, que las amenazas que hizo al sargento, iban mezcladas con palabras subversivas y ofensivas á las autoridades y á la causa que defendíamos.

El otro oficial, se presentó él mismo, sin que por eso dejase de ser sujeto á un juicio, en que salió sentenciado á prisión, que fué á cumplir á disposición del Gobierno, lo que era poco menos que nada.

Habiendo nombrado al doctor Ferrera, me es forzoso decir algo sobre este señor, y de las causas que originaron su separación del ejército. Poco antes del juicio de Romero, se había presentado ofreciendo sus servicios, y los acepté dándole interinamente la Auditoría de guerra. Cuando se aproximaba la celebración del consejo de guerra, y que debía decidir la suerte de aquel oficial, me habló confidencial y privadamente para saber si mi deseo era que se fusilase; mi contestación fué, que no quería sinó que se cumpliesen las leyes militares; él insistió, y yo me mantuve en mi primera contestación. Cuando ví la flojedad con que había procedido el consejo, no supe á que atribuirlo; más, luego fuí instruido de que había dicho en confianza á los jueces, que yo que-

ría que se condenase á muerte al reo, con el fin de indultarlo, y recomendarme por la clemencia. Los jueces no quisieron ser menos clementes que yo, y hé aquí el motivo de su flojedad.

Esta intriguilla, que sin duda había sido dirigida á salvar al reo, para captarse la benevolencia de los correntinos, me disgustó en alto grado, pero me contenté con una desaprobación pasajera, y quedaron las cosas en el mismo estado. Cuando el segundo juzgamiento de Romero, no estaba él en el campo, porque había marchado á Paisandú á hacer pasar á manos de Urquiza, aquella carta mía, de que antes hice mención.

A este motivo de desagrado, se unieron otros pequeños, cuyo detalle sería muy prolijo. Baste decir, que él venía de acuerdo con algunos personajes de Montevideo, con el designio de ganar mi confianza, entrar en mis consejos, y dirigirlos, si era posible. Aspiraba también á hacerse un circulito de algunos jefes, y á tomar la posible influencia en todas las deliberaciones; jamás he rehusado los dictámenes juiciosos y aún los consejos; lejos de eso, los busco y adopto, aunque vengan de mis inferiores, si me parecen justos y racionales, pero jamás he pensado por eso renunciar á mi propio juicio, y mucho menos, á mi conciencia.

Tampoco he querido, ni tenido favoritos en los mandos que he desempeñado, de modo que los que se han quejado de que yo reducía mi amistad á cierto número de personas, no han obrado de buena fé, pués que el verdadero motivo ha sido que no los admitía á ellos en la clase de amistad que apetecian: la del *favoritismo*. Volvamos al doctor Ferrera.

No hablaré de las rarezas de su genio, de su caracter original, que toca en estravagante, pero sí de los arbitrios que tocó para acercárseme y dominarme, si le hubiese sido posible. Trató primeramente de hacerme creer que era pro-

vinciano, nacido en Corrientes; en seguida, que era un hombre de una severidad de costumbres y principios, aún superior á la que me suponía; y finalmente, que era tan religioso, que tocaba en devoto. Creyó que esto último era una buena recomendación para un cordobés, y así se lo dije un día en tono jocoso. No quiero decir que él no posea esas virtudes, pero es seguro que las exageraba, si es que las tiene, con fin de cautivarme. Otra cualidad tenía, que lo recomendaba mucho á mi estimación, y era su incansable contracción al trabajo. A toda hora del día ó de la noche, que lloviese ó hiciese calor, siempre estaba pronto para escribir y despachar cualquier asunto, y con la advertencia de que cuando no estaba ocupado por mí, escribía de su cuenta, y sin cesar. Escribir, es su entretenimiento, su diversión, su pasión dominante. Tanto por lo que he observado personalmente, como por lo que he oido á sus amigos, debe tener algunas toneladas de papeles escritos de su puño.

Ahora que escribo esto, me lo figuro con la pluma en la mano y gastando tinta con profusión. Si supiera que yo me ocupo de él, me consagraría sin duda algunas líneas más de las innumerables que me había ya consagrado. Solo desearía que escribiese con la misma buena fé que yo lo hago, y le quedaría agradecido. Sin que él lo quede de mí, por la justicia que le hago, diré que su desinterés, según lo que yo he visto en sus acciones, es superior á todo encarecimiento.

Para dar la última mano á los tintes de resfrío que aquellas disposiciones habian engendrado en nuestras relaciones, vino otro pequeño suceso que acabó de echarlas á perder. Fué cuando invadió Echagüe, y yo moví el ejército en dirección al río Corrientes. Marchaba una tarde á la cabeza de la columna, y el doctor Ferrera venía á mi lado, conversando de objetos indiferentes. Como media legua antes de llegar al campo que iba á ocupar, se presentó el doctor Derqui, que venía de la capital de Corrientes,

enviado por el Gobernador con objetos de servicio. La recepción que le hice fué amistosa y urbana, y pasados los cumplimientos de estilo, se colocó á mi lado, y continuamos el camino. Ni aún noté por el momento el desvío del doctor Ferrera, pero habiéndolo luego apercibido, lo llamé para que tomase parte en la conversación, á lo que se negó con cualquier pretexto. No paró aquí su displicencia, pués llegado que hubimos al campo, no quiso acercarse á mi tienda, ni aún venir á cenar, dando muestras del más marcado descontento. Ya esto era demasiado, pués pretendía circunscribir mis relaciones á la esfera que él quisiese señalarme. No pude ya contenerme, y quise corresponder su terca incivilidad, de un modo que comprendiese para siempre, que no era hombre que le pediría licencia para saludar á mis amigos. Quizá fuí algo severo, más el caso no era para menos. Sea como fuere, nuestras relaciones, aunque no terminaron del todo, y aunque al día siguiente estuvo más tratable con el doctor Derqui, á quién no había querido ni saludar, bién que jamás lo hubiese visto, mi alejamiento por él, y recíprocamente, se hizo más patente. Así seguimos algunos dias; casi ya no lo ocupaba, cuando aconteció la derrota del coronel enemigo, Tacuavé, y captura del comandante don Desiderio Benitez, pasado al ejército de Echagüe.

La justicia, la política, la disciplina militar, nuestra propia seguridad, requería un ejemplar castigo, y para su aplicación, deseaba que fuese juzgado con rectitud y sin esas intrigas forenses, que tan bién saben manejar los togados. Temí una nueva embrolla de parte de Ferrera, y la misma noche del día en que recibí el parte, lo hice marchar á la capital de Corrientes. Después encontré al doctor Ferrera en Montevideo, y últimamente en el Paraguay, adonde llegó por Cuyabá desde Bolivia en solicitud mía, trayendo comunicaciones de varios argentinos, que estaban

en el Perú. No tengo motivos para creer que sea mi enemigo, más tampoco lo tengo por amigo. Es uno de esos hombres que sin simpatizar conmigo, no puede menos de hacer justicia á mis puras intenciones y buenos deseos. Es un sincero enemigo de Rosas, á quién hace la guerra de todos los modos que puede.

He olvidado decir un incidente importante, que explica la aplicación de leyes militares que yo hacía en el ejército. Desde que me recibí del mando, pedí al Gobierno una regla para conducirme, consultando si regía la ordenanza militar para hacerla observar, y en caso negativo, exigiendo una ley que marcara mis atribuciones y los deberes mios y de mis subordinados. El Gobierno contestó, declarando que la ordenanza militar debería observarse en el *ejército de reserva,* que es la denominación que había tomado el que estaba á mis órdenes.

Cualquiera comprenderá que estaba muy lejos de exigir la rigorosa observancia de la ordenanza militar, pero al menos una base que servía de regla, sin la cual era imposible marchar. Algunos sabios superficiales dicen, que es injusto hablar de leyes militares, respecto de soldados que no se pagan; digan esos sabios, si deberemos romper nuestro único código, y declarar que cada uno puede hacer lo que quiera. En tal caso, una guardia podrá abandonar impunemente su puesto; un centinela se echará á dormir; un oficial desobedecerá á su superior; el cabo hará otro tanto con el sargento, y todo será una horrenda confusión. Entre tanto, el enemigo ataca, sorprende el campo, y obtiene la victoria, sin que el general pueda impedirlo.

Si se quiere que precava estos resultados, será preciso que aplique algunas penas, y si no son las de la ordenanza, es indispensable que se le designen, á no ser que se prefiera que obre á su discreción y arbitrio. En este caso, habrá el peligro de que el día que esté de mal humor,

abunde en severidad, mientras que si lo toman en su buena hora, dejará impune el delito, pero al fin sabrá que su simple arbitrio, ha de ser la regla de su conducta, y para que lo sepa él y sus subordinados, bueno sería que lo declarase el gobierno.

Más, es en esto en lo menos que se ha pensado, y lo que se ha querido es dejar indefinida tanto la autoridad del que manda, como la obediencia de sus subalternos. Algunos privadamente han expresado sus conceptos, manifestando que querrian la observancia de la ordenanza militar, pero templada, según las circunstancias y las personas. Esta sola vaguedad, encierra graves dificultades en la práctica, pero para su satisfacción, les diré, que así ha sucedido, pués nunca puede alegarse que se ha hecho una exacta aplicación. En prueba de ello, les haré observar que hablando yo continuamente de ordenanza, de leyes militares, y de disciplina, es difícil que haya ejército donde menos castigos se hayan hecho que en los que he mandado, mientras en otros, donde no se mentan las reglas y las formas, corre la sangre á torrentes, y se estremece la humanidad al ruido de horrendos castigos.

Era el mes de Setiembre, y el general Rivera que había ofrecido que en Enero anterior estaría con su ejército en el Uruguay, para pasarlo en Febrero, ni aún había movido del Durazno unos cuantos cientos de hombres á que llamaba ejército, y él mismo se había marchado á Montevideo. Entre tanto, Echagüe completaba sus preparativos para la campaña que abrió en dicho mes. Antes de concluirse, ya pisaba el territorio de Corrientes y se avanzaba en solicitud del ejército de reserva, que yo mandaba, para librar la batalla. Yo no podía ni debía aceptarla, sin reunir todos mis medios; es decir, sin aumentar mis fuerzas, que eran bién inferiores á las invasoras, con las milicias de la provincia que habian de reunirse en este caso extremo. Para

ello necesitaba retirarme, en la inteligencia de que á proporción que perdía algún terreno, mi ejército se aumentaba.

Ganaba, además, tiempo para ir organizando las milicias, ó si se quiere, reclutas que llegaban, operación que facilitaba la disciplina que había dado al cuerpo de ejército que había formado en Villa Nueva, que podría subir á dos mil hombres. Encajonados en estos escuadrones los nuevamente venidos, me era mucho más fácil, esa educación rápida, esa media instrucción con que por lo menos debía contarse, para que fuesen útiles en el día de un conflicto. No se perdió tiempo, y ayudado de la buena voluntad que reinaba y que se había avivado á presencia del peligro, se hizo cuanto podía esperarse.

Quería también aprovechar este tiempo debilitando al enemigo con una guerra de partidas, mientras me ponía en estado de darle el gran golpe, á lo que el país se presta admirablemente, siempre que haya quién quiera y sepa practicarla.

Los Madariaga, y principalmente don Juan, me habian ponderado hasta el fastidio, lo mucho que debía esperar en este sentido de los cuerpos que mandaban él y su hermano don Joaquín, que eran precisamente pertenecientes á los departamentos de Curuzú-Cuatiá y Payubre, que eran los primeros que había de tocar el enemigo. En su jactancia, me dijo muchas veces, que solos sus dos cuerpos, bastarian para enloquecer al enemigo y rechazar la invasión. Aunque no diese crédito á tan ridícula promesa, esperaba que hicieran algo que se pareciese á esa clase de hostilidad, pero sucedió lo contrario, porque cuando las cosas se presentaron serias, hubo de perder la cabeza, y me pidió con fastidiosa repetición y en tono clamoroso, un jefe que los mandase, y refuerzos sobre refuerzos. Así lo tenía yo pensado, é hice marchar al general Nuñez, con un aumento

de tropas, que unidas á las de los Madariaga, formaba una vanguardia de ochocientos hombres.

Después de algunas guerrillas de poca importancia, hubo un encuentro más formal, en el arroyo llamado *María Grande*, donde por descuido de un jefe hubo de ser sorprendida nuestra vanguardia. Perdimos un capitán, y cosa de veinte hombres muertos; los enemigos tuvieron su parte proporcional. Esto nada decidía, pero Nuñez que no carecía de valor, y de práctica en este servicio, al modo que se hace en nuestro país, perdió la confianza en los jefes correntinos, y me declaró positivamente, que valian muy poco los que tenía á sus órdenes, no obstante que eran de los mejores que había.

Sin embargo de ese valor y esa experiencia, tenía Nuñez todos los resabios de un gaucho, ó lo que es casi lo mismo, de un jefe educado en la escuela de Rivera. Las órdenes que llevó á vanguardia eran de hostilizar al enemigo por todos los medios posibles, y obrar según las circunstancias, atacando á un cuerpo que pudiese hacerlo con probabilidades de vencerlo, y retirándose cuando se le presentase otro de mayor fuerza. Afectando que no comprendía el sentido de mis instrucciones, me urgía para que le diese órdenes positivas de atacar ó retirarse. Como no podía dar las primeras de un modo absoluto, porque hubiera sido preciso decirle que combatiera todo el ejército de Echagüe, esperaba las segundas, y en este caso hacía recaer sobre el General en Jefe, su inacción y el desaire de la retirada.

Son bién comunes estos manejos en esos caudillejos que quieren á todo trance formar su crédito personal á costa del general que los manda, y de la disciplina misma. En eso hacen consistir una parte de su habilidad y mérito, contando en poco, con tal que logren su objeto, hasta el éxito real de la operación que se les ha encargado.

Nuñez, después del suceso de *María Grande* ó *los Molles*

porque allí fué lo principal de la refriega, ya no pensó en probar la suerte en otro combate, ni en urgirme exigiendo órdenes perentorias; se redujo á observar al enemigo, evitándolo, á pesar de que tuvo ocasiones bellas para intentar nuevos empeños. Estoy persuadido de que influyó en su desaliento el conocimiento práctico de las tropas y jefes que mandaba, los que no eran sin duda, lo que se había imaginado. Habian bajado muchos grados en su concepto.

Entre tanto, el ejército había emprendido muy lentamente su movimiento, no tomando el camino más corto para dirigirse al río Corrientes, sinó tomando el camino del paso de Pucheta en el Payubre. Este arroyo, con las lluvias estaba á nado, y en esta forma lo pasaron los cuerpos. El enemigo nos siguió, pero pasó este arroyo por el paso del Naranjito, que está más arriba, quedando ambos ejércitos en el rincón que forma con el río Corrientes.

Más, no era mi ánimo esperarlo allí, y pasé á la margen derecha de dicho río, en el paso de Caaguazú. El río Corrientes estaba á nado y se pasó también en la misma forma que se había hecho con Payubre, bién que aquel sea de mucho más caudal. Algunos de los rios de la provincia de Corrientes, tienen la singularidad de que mientras más se aproximan á su vertiente, son menos accesibles, y el que lleva su nombre es de esta calidad. Principiando, pués, por la parte superior de dicho río, el primer paso que se presenta, es de Moreira; una legua más abajo está el de Capitaminí, y á las dos leguas bajando aún, está el de Caaguazú. En seguida tiene otros muchos pasos, cuya enumeración no viene á nuestro caso.

Desde que me cercioré del estado del río y reconocí los pasos, me decidí á empeñar el combate, cuando Echagüe se propusiese atravesarlo. Esta operación debía consumirle algún tiempo, que era el bastante para trasladarme al punto de pasaje que él eligiera. Con el fin de engañarlo,

luego que hubo pasado el río todo el ejército, lo moví por una diagonal, aparentando internarme, pero sin alejarme más distancia que la que pudiese andar en la mitad del tiempo que él había de emplear en la operación (1).

Había hecho reconocer todos los pasos con la más prolija exactitud, y de todos los informes resultaba que el paso de Moreira estaba intransitable por una planta acuática, que llaman *camalote*, que forma una especie de tejido en forma de red, sobre la superficie del agua, ó muy cerca de ella. Es verdad que no es imposible romperse, pero requiere mucho trabajo, tiempo, y canoas ó botes, que no había dejado yo uno solo. Quedaba, pués, el paso de Capitaminí, que es contiguo, y al cual parecian dirigirse los movimientos de Echagüe, que aún no había tocado la ribera izquierda del río. Yo, apenas distaba dos leguas, pero mi posición estaba oculta por las quiebras del terreno, y por el bosque que intencionalmente había elegido.

En la madrugada del 12 de Octubre, me trasladé con los

---

(1) " Ejército de Reserva.

" Boletín Nº 4.

" El enemigo avanza tan lentamente, que es hoy, que por " primera vez ha tocado su vanguardia el río Corrientes por " el paso de Capitaminí. Nuestro ejército lo pasó por el de Caa- " guazú, habiéndolo verificado nuestra vanguardia ayer tarde.

" En los tres dias anteriores ha habido frecuentes guerrillas, " en que el enemigo ha perdido varios hombres muertos, y un " oficial, que se cree que es un capitán Pereyra, por los papeles " que se hallaron en su gorra; se han hecho también tres pri- " sioneros, y á más, hemos tenido seis pasados, que se remiten " á la capital.

" Nuestro ejército se engrosa con las milicias que llegan de " los departamentos.

" Todo hace presagiar que dará un día de gloria á la patria, " y un nuevo aliento á la causa de la libertad.

generales y jefes de división sobre el paso de Capitaminí, para reconocerlo personalmente, dar mis órdenes á los dichos jefes, y explicarles lo que convenía que supiesen de mis intenciones, si el enemigo, como parecía, se resolvía á franquear el río en dicho punto. Asomaba el sol sobre el horizonte, cuando vimos al ejército enemigo, que formando una columna, tomaba la dirección del paso de Moreira. No me inquietó esto, porque como he dicho, se me había avisado que estaba impracticable; más, fué otra cosa, cuando recibí el parte de las avanzadas de ese lado, de que había pasado un escuadrón, y luego otro, y otro, en términos, que guardaban proporción: debía luego estar en la margen derecha todo el ejército enemigo. Confieso que casi me abandonó mi sangre fría, y que en aquel momento hasta me creí vendido por una infame traición, ó cuando menos, engañado del modo más torpe y culpable. Recuerdo que dije algunas palabras duras al capitán de guias ó baqueanos, el célebre *mocito Acuña*, que era uno de los que había man-

---

" Desde que el enemigo pisa en el territorio de la provincia " de Corrientes, no ha hecho un solo prisionero, pués los pocos " hombres que se han perdido, han muerto valerosamente con " las armas en la mano; muchos más ha perdido el enemigo, y " de estos (sea dicho en honor de nuestros soldados), varios " existen prisioneros, y han sido tratados del modo más hu- " mano.

" El enemigo no ha tomado un solo caballo del ejército, y de " los del vecindario, solo puede haber caido en su poder, algu- " no que haya quedado disperso en los montes.

" Cuartel General en la Estancia de La Fuente, Octubre 13 de 1841.

José María Paz."

Este Boletín y otros, fueron publicados en el « Nacional Correntino », en 1841.

(*Nota del Editor*).

dado á reconocer los pasos, y que había clasificado de impracticable el de Moreira. El pobre hombre se confundía, y con razón, porque efectivamente, su reconocimiento había sido exacto; más, titubeaba y se desesperaba á vista de partes positivos y repetidos de que el enemigo había pasado algunas fuerzas, y que continuaba haciendo lo mismo con el resto. Lo singular era, que para pasarlas con tanta rapidéz, era preciso, no solo que estuviese despejado de camalote, sinó que estuviese vadeable, ó que la hondura fuese insignificante.

Desde que ví al ejército enemigo marchando sobre el río, había destacado ayudantes que llevasen órdenes para que el ejército nuestro se alistase para moverse inmediatamente, y luego otras, para que lo hiciese en dirección al enemigo. Yo mismo fuí para acelerar y coordinar el movimiento, dando órdenes al general Nuñez, cuya posición quedaba más cerca de Moreira, que detuviese cuanto le fuese posible al enemigo, para que retardase su operación, y nos diese tiempo á suspenderla ó batirlo. Habríamos andado media legua aproximándonos al río, cuando recibí nuevos partes que desmentian los primeros. El enemigo, no podía, ni había pensado pasar el río; por el contrario, luego que se aproximó al paso de Moreira, hizo alto, armó su tienda, y acampó tranquilamente (1).

Ya no quise volver á mi campo, y renunciando á la ventaja de permanecer oculto, vine á situarme á media legua del río, para estar más en aptitud de disputar el paso. Lo sucedido, me revelaba la poca pericia de los correntinos en esta clase de servicio, porque era indudable que las guardias avanzadas, no habian cumplido sus deberes. Era muy

(1) No se crea que nuestros ejércitos ván provistos de tiendas, como los de Europa; las tienen algunos jefes y oficiales, en escala muy diminuta; por eso deja de ser un signo de acamparse, el acto de armarlas.

claro, que asustadas con la presencia del enemigo, se habian retirado á largas distancias, no obstante que mediaba un río profundo, y que su imaginación aturdida, y acaso engañada con las quiebras del terreno, les hizo ver ya al enemigo en la misma margen que á ellos. En todas partes se castigan del modo más severo estas equivocaciones, ó estas mentiras, que pueden acarrear males irremediables; pero en nuestros ejércitos, apenas son venialidades poco importantes. Si un general quiere dar al hecho una parte de la gravedad que merece, luego viene la cantinela: *Son ciudadanos; es demasiada tirantéz; no se les puede sujetar á la ordenanza*, etc. Entonces, pués, ó será preciso dejarnos de guerra, ó ser más indulgentes con los generales que tienen que lidiar con dificultades tan enormes.

En esta situación permanecimos algunos dias, sin más movimientos que los precisos para mudar de campo y procurar pasto para nuestros caballos. El ejército iba siempre aumentándose, pero no sucedía esto sin trabajo; y trabajo que provenía no solo de la primera autoridad del país, sinó de los comandantes de departamentos y hasta de los empleados subalternos. No sucedía esto por mala voluntad, ni por falta de patriotismo, sinó por la ignorancia, las preocupaciones y escaséz de inteligencia; me explicaré.

Había, por ejemplo, en la capital, un batallón cívico (al que denominé Guardia Republicana) compuesto de artesanos y gente pobre, que no podía conseguir que me mandase Ferré, porque alegaba que era la guarnición de la ciudad. En vano le decía que en la capital nada se había de decidir, y que el resultado de la batalla que iba á darse, sería todo; que si ella se ganaba, sería salva la capital, y si se perdía, nada haría el batallón que había dejado ocioso (1): la con-

(1) Catorce meses después, la sola noticia de la pérdida del Arroyo Grande, causó tal trastorno en la provincia, en la capital y en la cabeza

testación era que la capital no podía quedar *exenta*. A la par del Gobernador, pero proporcionalmente, pensaban y obraban los comandantes de departamentos, queriendo cada uno, con pretexto de conservar partidas de policía, guardar cerca de sí los mejores hombres, las mejores armas, los mejóres caballos, que al fin no venian á servir sinó á su seguridad personal, y ni aún esto, pués debo advertir, que entonces no había el menor peligro interior, ni asomos de montoneras en el centro de la provincia. En cuanto al exterior, el ejército cubría perfectamente todas las avenidas, de modo que nada absolutamente tenian que temer de esa parte.

Más, no se piense que para darme esas repulsas se empleaban los conceptos expresos y categóricos, según los he referido: se entretenía, se tergiversaba, se ofrecía, y se mentía al fin. Para cosa de estas, y aún para pequeñeces de menor importancia, tenía que escribir pliegos enteros y agotar los recursos de mi pobre elocuencia, sin obtener á veces, más que resultados mezquinos é insuficientes. Recuerdo que para obtener una parte del batallón cívico, que fué lo que vino, adoptamos con el doctor Derqui, que estuvo unos cuantos dias en el ejército, el arbitrio siguiente:

El general Nuñez, desde que en los primeros pasos de la campaña se puso al frente de Echagüe, reconoció la fuerza y calidad de su ejército, y me pasó un parte y cartas particulares en que me decía que el ejército enemigo era respetable y numeroso, que era disciplinado y aguerrido. De estas cartas se apoderó el doctor Derqui, y además, nos propusimos abultar el peligro de nuestra situación, para intimidar á Ferré y que consintiese en mandar el batallón cí-

---

de Ferré, que dejó la silla del gobierno, y huyó, cuando estaban los enemigos á ciento veinte leguas, dejando perdida para la causa, la provincia toda. ¿Qué hubiera sido, cuando el enemigo estaba á cuarenta leguas?

vico, y dejar *exenta* la capital, que nadie pensaba atacar; produjo esto su efecto, pués se consiguió no solo el batallón, en su mayor parte, sinó que apurase á los comandantes de departamentos, para que mandasen también una parte de sus guarniciones.

No menos trabajo costaba el que mandase el Gobierno, armas, municiones, vestuarios y otros artículos, porque á más del extraño error de creer que estos enseres tienen la virtud de obrar por sí solos, aunque estén depositados en los almacenes, en el sentido de defender el país, creía que era un atributo de la dignidad gubernativa, el tener bajo su mano algunos repuestos de artículos militares (1), sin los cuales pudiera considerarse menguado su poder. Yo hubiera perdonado muy de buena gana estas debilidades, si hubiera tenido las bastantes armas; pero no era así, y tenía que sostener una lucha continua, y hasta donde podía, moderada.

Es una grave dificultad, cuando los que están á la cabeza de la administración de un país que está en guerra, no tienen tintura de ella, ni de las necesidades de un ejército. Graduando sus consumos por los de una casa particular ó una estancia, todo les parece excesivo, sin calcular que no se llevan los hombres á la muerte, sin ofrecerles algunos goces que les hagan menos ingrata la profesión y la disciplina que es indispensable para vencer. Es una extraña anomalía de ideas, la de los que quieren que no se

---

(1) Quién conozca al señor Ferré, no extrañará esta observación. Hombre metódico, arreglado y económico, hallaba un placer en hacer acomodar y conservar con esmero, los efectos de propiedad pública. Como Brigadier que es, y en circunstancias de una guerra activa, los militares le merecian la preferencia, y llegó á creer que se consideraba descendido de rango, si no tenia algunas espadas ó fusiles encajonados, de que poder disponer; su actividad, por otra parte, necesitaba alimento, y este cuidado la entretenía. Cuando el Arroyo Grande, se perdió un gran repuesto de armas, sin sacarse de los cajones.

use de rigor con el soldado, porque no se le paga, y que no se le pague en dinero ú otros artículos, porque no lo consideran preciso.

Cuando el Gobierno había mandado algunas arrobas de tabaco y algunas camisetas, creía haber hecho más de lo necesario, y contaba con descansar durante medio año. Casi llegué á pensar que consideraba al ejército como un cuerpo inanimado, como á un fardo, que puede guardarse y encontrarlo intacto después de muchos meses. Apurando una vez mis solicitudes, le dije al señor Ferré: *Figúrese usted, que un ejército debe ser considerado como un mónstruo que consume mucho.* Celebró la ocurrencia mucho, pero mirándola solamente como una figura retórica, no mudó de opinión, ni de conducta. En obsequio de la justicia, debo decir, que lo que jamás escaseó fué *jabón*, pués frecuentemente venian gruesos cargamentos, en términos, que cuando llegó la retirada, se hallaba atestada la comisaría. No sé lo que motivaba esta parcial generosidad, y me inclino á pensar, que como Corrientes es un país ardiente, y sus habitantes gustan de bañarse y andar limpios, ponía esto en la categoría de la primera y principal necesidad.

En cuanto á dinero, ya recordarán todos, que publiqué el *estado de la caja del ejército* (1), á la que en un año ape-

---

(1) " S. S. E. E. del «Nacional Correntino».

" Hoy hace un año que el gobierno de la provincia de Cor-
" rientes me encomendó la organización del Ejército de Reser-
" va, nombrándome General en Jefe de él. Reconocido á tan
" alta confianza, no puedo dar un mejor testimonio de mi agra-
" decimiento, tanto á la autoridad que me confirió aquel encargo
" como al pueblo que tan dignamente preside, que dando una
" razón exacta de las cantidades que han entrado en la comi-
" saría de dicho Ejército, durante el año que ha precedido; tal

nas habian entrado unos pocos miles de pesos. Los que me conocen, y aún los que no me conocen, saben que no soy un despilfarrador; harto he sufrido las censuras de mis compañeros, por mis principios de orden y de economía; harto me han criticado también otros, que no eran militares, por mi *misma delicadeza*, como la llamaban; y después de esto, tener que estar pidiendo continuamente, á peligro de que se atribuyesen mis solicitudes á causas menos justas, era un sacrificio casi superior á mis fuerzas. Mi ejemplo, mi modo de vivir, mi completa abnegación, todo era poco para persuadir que merecian alguna atención mis representaciones. Ferré es uno de los hombres que mira á los militares de todos rangos, cuyo vestido gusta cargar sin embargo, como unos miserables peones, á quienes considera desde una elevada posición. Volvamos á las operaciones de la campaña.

El tiempo que permanecimos al frente de Echagüe, no solo fué aprovechado en sentido de las mejoras materiales, sinó que se adiestraba el ejército, se familiarizaba con la presencia del enemigo, y se aguerría con pequeños encuentros. Había hecho pasar algunas partidas que lo hostilizaban por la espalda, y que si no le impedian del todo la saca de ganado, la dificultaban al menos, obligándolo á emplear gruesas divisiones. Sus comunicaciones con el Entre Rios

---

“ es la relación que acompaño, y que ruego á ustedes se sirvan
“ publicar. Con estas, se han dado algunas buenas cuentas á los
“ señores jefes, oficiales y soldados, y se ha atendido á todos
“ los gastos ordinarios y extraordinarios en el modo que ha
“ sido posible. Además, S. E. el señor Gobernador, ha hecho
“ suplementos á muchos individuos del Ejército, cuando las
“ circunstancias especiales de cada uno ha hecho indispensable
“ este auxilio.

“ Como me prometo dar á ustedes igual razón todos los me-
“ ses, resuelvo para entonces noticiarles sucesivamente del ves-

estaban tan completamente cortadas, que en dos meses no recibió Echagüe una sola correspondencia, habiendo todas caido en mi poder, con pérdida de los conductores y derrota de las partidas que los escoltaban.

En todos esos pequeños encuentros fuimos felices, pero sobre todo en el ataque de Mercedes, pueblo situado cerca de Villa Nueva, y que quedaba diez leguas á retaguardia del enemigo. Como la emigración había sido universal, el pueblito quedó desierto, y Echagüe, que no quería conquistar solo paredes, llamó á algunos vecinos de los que habian ganado las fragosidades de los desiertos, para que lo poblasen. Un antiguo comandante de milicias, hombre pudiente, perteneciente á las primeras familias, llamado don Desiderio Benitez, se había ido con un hermano, teniente también, que había servido en el ejército, á las filas enemigas. Nombrado por Echagüe, comandante del departamento que ocupaba, logró atraer algunas familias y repobló Mercedes, haciendo una mala trinchera pa-

---

" tuario y otros artículos que han sido y que vayan suministrándose, y que deseo se sirvan ustedes publicar á su tiempo.
" Entre tanto, espero que no verán ustedes S.S. E.E. en este paso, sinó la consideración que debo á la primera autoridad del Estado, mi reconocimiento al pueblo generoso que hace tantos sacrificios, y mi respeto á las formas republicanas.
" Soy de ustedes señores editores, su muy atento servidor.
" Villa Nueva, Agosto 10 de 1841.

José María Paz."

Relación de dinero entrado en la Comisaría del Ejército de Reserva desde el 10 de Agosto de 1840, hasta el 10 del mismo de 1841.

" 1840—Agosto 18.—Recibido del teniente don Estanislao Fernandez, dos mil pesos.. 2000
" " 21.—Mandados entregar por el Exmo. señor Gobernador, cuatrocientos

ra su defensa, y apoyándose en un escuadrón fuerte, que mandaba el ya mencionado coronel Tacuavé.

El coronel don Faustino Velasco fué destinado á dirigir las operaciones de las partidas al sur del río Corrientes, y tuvo la orden de reunirlas para caer sobre el pueblo de Mercedes y sorprenderlo. Lo consiguió cumplidamente, pero teniendo que batirse con bravura y buena fortuna. Primero batió al fuerte escuadrón de Tacuavé, que se le presentó fuera del pueblo, y en seguida penetró en él, empleando para ello una pequeña partida de infantería que le había dado. La mortandad del enemigo fué proporcionada, y quedaron prisioneros el comandante Benitez y el mayor Maroto, ayudante de campo del general Echagüe, con otros más de menos importancia. Velasco, después de dar el manotón, se apresuró á replegarse al ejército, por los pasos de más abajo del río Corrientes, que era por donde había pasado al emprender su marcha. Fué en vano que el enemigo ocurriese á Mercedes

---

	ocho pesos.	408
" 1840—Se'tbre 17.—	Conducidos por don Alberto Villegas, tres mil pesos.	3000
" " 30.—	Donativo hecho por el capitán Niella, seis pesos	6
" Noviembre 12.—	Entregado por el comandante Canedo, como sobrante de un dinero, que administró en Goya, ciento setenta y siete pesos	177
" " 14.—	Conducidos por don Martín Loreto, mil pesos.	1000
" 1841 — Marzo 10.—	Entregados por el mayor don Miguel Virasoro, seis mil pesos . . .	6000
" " 14.—	Entregado por el mismo, ciento cincuenta onzas de oro	2650
" Junio 8. —	Recibido por orden del señor Ge-	

con fuerzas numerosas; ya no halló ninguna nuestra, ni habitantes; tampoco quiso repetir la tentativa de repoblarlo.

Maroto, fué considerado como prisionero, perfectamente tratado y remitido á Corrientes. Tuvo la complacencia de recibir cartas de su familia, que se le mandaron entregar, lo que no había sucedido en su ejército, porque todos los correos venian á mi poder. En cuanto á Benitez, era otra cosa: era correntino, trásfuga, y sobre trásfuga, activo cooperador del enemigo. Era á todas luces conveniente hacer un ejemplar que quitase las tentaciones de imitarlo, y que nos hiciese respetar del enemigo mismo. Fué juzgado como militar por un consejo de guerra, y sentenciado á muerte con la observancia de todas las formas. El general Ramirez presidió el consejo; don Juan Madariaga se escusó de entrar en él como vocal, por ser pariente del reo. Pienso que él y su hermano, serian los únicos en el ejército que desaprobaron este acto de justicia, más si fué así, no se atrevieron á manifestarlo. Bién sabian, á que haber obrado

---

neral, para el pago de la doma de potros, mil pesos. 1000
Recibido del mismo, seiscientos veinte y cuatro pesos, con seis rs. 624 6
" 1841 — Julio 11.—Entregados por don León Spaldin, para pago de cueros, según contrata hecha con el Exmo. Gobierno, seiscientos noventa pesos. . . 690

" Villa Nueva, Agosto 10 de 1841.

Tomás L. Conde. "

" Conforme—

PAZ. "

Publicado en «El Nacional» de Montevideo el 17 de Setiembre de 1841.

(Nota del Editor).

con igual severidad con respecto á ellos, no estarian tan tranquilos al frente de sus escuadrones. Ferré aprobó cumplidamente todo.

Por las comunicaciones tomadas al enemigo, había sabido los desastres ocurridos al ejército Libertador; tenía en mi poder los partes oficiales de la derrota de Famallá, en que fué batido el general Lavalle en Tucumán, y de la del Rodeo del Medio, en que lo fué el general La Madrid, en Mendoza. Era fuera de duda, que por aquella parte estaba todo concluido para nosotros. A pesar de que el silencio sobre estos sucesos, fué rigurosamente guardado por el Gobierno y por mí, era de temer que traspirasen y que influyesen de diversos modos en los dos ejércitos contendientes; es decir, animando á los ya desalentados soldados de Echagüe, y abatiendo á los nuestros que se habian engreido con los sucesos que habíamos obtenido. No es temeridad pensar, que si en ambos ejércitos hubiera sido bién conocido el verdadero estado de las fuerzas de la revolución, hubiera sido muy difícil llevar al combate á los correntinos, ó por lo menos, todas las probabilidades estaban por el enemigo. Esta fué una poderosísima razón que me obligó á apresurar la batalla, aunque fuese franqueando yo el río que servía de barrera al ejército contrario, como sucedió.

Al fin fué imposible ocultar una parte de estas desgracias, porque se recibieron avisos de que una división perteneciente á las fuerzas del general Lavalle, batidas en Famallá, había atravesado el Chaco, y se aproximaba á Corrientes. Era conducida por el coronel Salas y otros jefes, que arrastraban como cuatrocientos hombres de varias provincias, pero en su mayor parte correntinos. Si este suceso patentizaba uno de los desastres que se había querido ocultar, se compensaba la mala impresión que producía, con el aumento de fuerza que nos daba, y la cooperación de jefes de crédito que venian á reunírsenos; así fué, que

neutralizado este golpe, no produjo todo el mal efecto que pudo temerse. En el mismo ejército enemigo, más llamó la atención del vulgo, la incorporación del de una división al nuestro, que la causa que la producía.

Por otra parte, los expedicionarios del Chaco, venian impresionados de los triunfos del ejército del general La Madrid, por la brillante victoria del general Acha en Angaco, y no sospechando ni remotamente los desastres que se subsiguieron á tan insigne hecho de armas, suponian al primero de estos jefes reunido al segundo, y obrando victoriosamente en el centro de la República. En prueba de ello, referiré lo que sucedió con el coronel Salas, jefe como he dicho, de la división del Chaco.

Desde que llegó á la capital de Corrientes, había propuesto al Gobierno un proyecto de obrar separadamente, con una fuerza que se le confiase, sobre la frontera de Córdoba, atravesando una parte del Chaco. Cuando llegó á mi noticia este proyecto, *un si es no es* apoyado por Ferré, me indignó por su inoportunidad, creyendo ver una repetición de la funestísima campaña de Reinafé el año anterior. Lo desaprobé altamente, y el señor Ferré le contestó á Salas remitiéndomelo á mí. Cuando este llegó al ejército, me presentó su proposición, que quise rebatir con observaciones generales; más, como se encastillase en el triunfo de Acha y en las soñadas ventajas del general La Madrid, á quién era conveniente auxiliar con caballadas, que él podía sacar de Córdoba, tuve que revelarle con las debidas precauciones, una parte de nuestros secretos. Le dije que las operaciones del general La Madrid debian haberse paralizado, por la derrota de Acha en San Juan, y que por bién que hubiesen ido después las cosas, no podría estar en situación de ocupar la provincia de Córdoba.

El sentimiento de la más viva incredulidad se pintó en el semblante de Salas, y aunque no era dable que me

la expresase, no me quedó la menor duda de que pensaba que era un cuento forjado por mí para disuadirlo de su brillante concepción. Sin embargo, ya no podía hacer más, y le dije terminantemente, que olvidase por entonces semejante pensamiento, y que solo nos ocupásemos de batir al enemigo que teníamos al frente; que cuando fuese tiempo y oportunidad, yo tomaría la iniciativa para practicar la misma operación que ahora no convenía.

El coronel Salas es un paisano de buena razón, sumamente moderado, y que bajo la apariencia de una frialdad glacial, encubre una alma ardiente y un espíritu perseverante y hasta tenáz. Es un oficial valiente, y aunque todas sus aptitudes, su educación, y sus tendencias son las de un caudillo, no es inclinado á la crueldad, ni á los desórdenes. Su aspecto y todo su talante, es el menos militar que se pueda imaginar, de modo que la especie de disciplina que imprime en sus subordinados, quiere que sea más bién efecto de la persuasión que de sus órdenes imperativas. No siempre le ha salido bién ese arbitrio, á pesar de los eternos sermones que dirige á sus soldados, como sucedió el año 1845 en su desgraciada expedición al Chaco, de que trataré después, pero no por eso deja de seguir el mismo sistema. Voy á dar la razón por qué supongo, que entonces me miraba con desconfianza.

Cuando estuve en Córdoba el año 31, abrazó el partido federal, y combatió contra la causa que yo defendía, y á la que él ha prestado después buenos servicios. Cuando caí prisionero, estaba entre mis enemigos, y es probable que temiese que yo conservase esos recuerdos. Fuera de este, había otros motivos más poderosos.

Me dicen que el general Lavalle le había ofrecido el gobierno de Córdoba, ó apoyar su elección, que es lo mismo, y como podía hallar en mí un concurrente peligroso, nada tiene de extraño que me mirase como rivál. Temería,

además, que yo cruzase sus designios, inutilizándolos por los medios que tiene un general, ó que me lo anticipase, abriéndome el camino por una victoria. Hé aquí, pués, un motivo para que él desease ir antes á Córdoba, y entenderse con el general La Madrid, más bién que conmigo. Después ha conocido el coronel Salas que yo no le pondría embarazo personal á sus miras, y pienso que se tranquilizó completamente sobre este punto. Más tarde, no una, sinó por varias veces, yo mismo he propendido á que verificase sus deseos expedicionarios, y si no tuvieron efecto, no fué por culpa mía.

Después de un descanso de unos cuantos dias en la capital de Corrientes, la división del Chaco, con alguna diminución, llegó al ejército, donde le hice un digno recibimiento. Salí á su encuentro y le hablé adecuadamente, encomiando sus servicios y agradeciéndolos á nombre de la patria. El ejército se formó en su campo para recibirla. Después de acampada, vino el coronel Salas con todos los jefes y oficiales, que andarian por cincuenta, para cumplimentarme en mi Cuartel General. Habian formado un círculo, el que fuí recorriendo, dando la mano á todos, y dirigiéndoles algunas palabras; llegué á un oficial, que al hablarle, se demudó notablemente; su mano temblaba dentro de la mía, y vaciló sobre sus piés, en términos, que temí que cayese. Creí que se hubiera enfermado, y dí orden que se le atendiese, mientras concluía mi revista. Luego supe que era el capitán Acosta, el mismo que me hizo prisionero en Córdoba, diez años antes. El recelo de que lo reconociese, y el temor de que me vengase, traicionaron su firmeza, y hubo de sufrir un desmayo. ¡Qué mal conocía mi corazón! Ni por un instante abrigué un sentimiento poco generoso; le mandé ofrecer todas las seguridades, y se tranquilizó completamente.

¡Se creerá que esos soldados tan indisciplinados del ejér-

cito Libertador, sin más que el ejemplo, entraron sin dificultad en el sendero del orden! Tan cierto es esto, como que nuestros paisanos son dóciles, y que esos gauchos tan indómitos al parecer, son muy susceptibles de disciplina, cuando se les inculca con sensatéz, y no se les tiraniza ó se les extravía.

Al principio solo apareció la venida de la división del Chaco, como una resolución expontanea de los jefes que la mandaron, tomada á consecuencia de los últimos desastres, pero no en contradicción con las órdenes del general Lavalle, y mucho menos, como efecto de una verdadera sublevación. Se creyó que en una universal dispersión, en que unos toman un camino, y otros otro diverso, ellos habian elegido el más digno, buscando la reunión con sus nuevos compañeros, para volver á combatir por la causa que habian defendido. Después se supo que desgraciadamente era lo contrario, y que si el objeto era bueno, los medios no habian sido los mejores. Los jefes principales solicitaron efectivamente permiso para dirigirse á Corrientes por el Chaco; el General, sin negarse, les dijo que aguardasen, y lo hicieron, hasta recibir un socorro pecuniario que se daba al ejército; más, después se separaron desconociendo la autoridad del General, y apartándose sin su consentimiento de la columna, á cuya cabeza marchaba él en persona. En la carta que me escribió el General tres dias antes de su muerte, me dice que se ocupaba de continuar la guerra en Salta, y que si esto no era posible, me mandaría dichos jefes (á quienes me recomendaba) con la fuerza que lo seguía.

Quizá no era ya posible continuar la guerra; quizá se pasaba el tiempo y la oportunidad de poder emprender la jornada del Chaco; quizá todo esto tuvieron presente los jefes que á ello se decidieron. Bueno es también advertir, que en el sistema adoptado y seguido en el ejército Liberta-

dor, esos actos no presentaban la deformidad, que en otro mejor constituido. Sin embargo, no quiero juzgarlos; que lo haga el país y la historia. Lo que han dicho algunos de que su separación fué á causa de la muerte del General, es inexacto, porque el general Lavalle, pudo salvar, como salvaron los restos que llevó el general Pedernera al Perú. La muerte, fué obra de su confianza, de una casualidad, y de una fatalidad también.

Casi al mismo tiempo que la división del Chaco llegó á Corrientes, no recuerdo qué oficial traía dos cartas para mí, del general Lavalle, del 2 y 3 de Octubre. La primera de una gran extensión, era un detalle de su última campaña, y de la desgraciada batalla de Famallá, que la terminó. De estas cartas, han corrido innumerables copias, sin que nuestros escritores públicos hayan querido imprimirlas, ni aún mostrarlas. ¡Rara reserva! cuya causa es difícil adivinar, al que las lea con un poco de cuidado.

Por entonces no se supo positivamente la muerte del General, pero un rumor vago la anunciaba. Pienso que alguno de los últimos que se separaron de los restos de ejército, y alcanzaron la división del Chaco, trajo la noticia, que trataron de tener oculta los jefes de aquella: pronto llegó por otras vias la confirmación de su triste destino.

Como creo que he insinuado en una nota anterior, yo no había escrito una palabra al general Lavalle, desde mi separación de Punta Gorda; la frialdad y el desvío de este antiguo compañero, me autorizaban para cortar mi correspondencia, y así lo había hecho, mientras Rivera y aún Ferré, afectaban sospechar que yo venía á obrar no solo por sus inspiraciones, sinó por sus órdenes. Ya dije también que lo que el primero quería, era una declaración mía, cualquiera, contra el general Lavalle, para publicarla y agitar más la discordia entre los argentinos.

Cuando á mediados del año fué enviado el capitán Al-

dao á la provincia de Salta, atravesando el Chaco, escribí al gobierno de Salta y al general La Madrid. Estas cartas fueron las que vió el general Lavalle, y de que hace mención en la suya. Cuando todo se hubo perdido, cuando se disiparon las ilusiones, cuando llegó la hora del desengaño, se acordó del amigo, de cuya lealtad, acaso había dudado. Entonces, sin más consejeros que sus sentimientos, hizo justicia á los mios, y echando la vista sobre todos los argentinos que sostenian la causa de la libertad, me prefirió para desahogarse, y legar su última memoria. No escribió á nadie más, fuera de su señora, á quién remitió inclusa en la mía, una cartita, que tuve cuidado de hacer poner en sus manos.

He dado mucho aprecio á esta última prueba de confianza, tanto más apreciable, por cuanto antecedentes bién desagradables, habian resfriado nuestras relaciones. La correspondo ahora mismo, deplorando sinceramente su fatal destino, y tributando un recuerdo honroso á su digna memoria.

CAPITULO XXX

CAAGUAZÚ

Carta del general Rivera.—Análisis de esta carta.—Principios militares de Rivera.—Valor de sus promesas.—Los coroneles Chenaut y Baez. —Ferré, visita al ejército.—Echagüe se mantiene clavado en el rincón de Moreira.—Incidentes.—El doctor Acuña. —Llegada del enviado del gobierno de Santa Fé acerca del de Corrientes.—Antagonismo entre Rosas y Juan Pablo Lopez.—Doble papel de Lopez.—Honores con que se recibe en el ejército al enviado santafecino.—Discursos.—Preparativos de combate.—El general Paz resuelve tomar la ofensiva.—Difícil situación del general Paz.—Pasa el río Corrientes. —Maniobras de la vanguardia.—Campo de batalla preparado.—Combate nocturno. —Estero, convertido por el general Paz, en llave de la posición.—Instrucciones al general Nuñez.—Papel de este en la batalla.—Sus aspiraciones.—Orden á los generales y jefes de división.—Resultado de los cálculos egoistas. — Escuadrones femeninos.—La artillería de los contendientes.—Rechazo de la derecha de Echagüe.—Soldados bisoños.—Carga de Ramirez y de Velazco.—Dispersión de la caballería enemiga.—El centro de ambas líneas.—Paz vencedor. —Retirada del ejército de Echagüe.—Se rinde su infantería y artillería.—Triste papel de don Juan Madariaga. —Fuga de Echagüe.— Combate original.—Demostraciones en el campo correntino.—Partes de la victoria.—Perseverancia del general Paz por conservar la disciplina.

Mi correspondencia con el general Rivera, antes de la batalla de Caaguazú, estaba poco menos que interrumpida; más, luego de la invasión de Echagüe, recibí una car-

ta de letra suya, del tenor siguiente (1): «Señor general don « José María Paz. Montevideo, Octubre 9 de 1841. Con fe« cha 22 del pasado escribí á usted lo conveniente respecto « á la invasión del ejército de Entre Rios, el cual, por las « noticias recibidas del Uruguay, el 28 estaba ya en Pago « Largo. Confio que en caso de que aquel ejército se inter« ne, buscará á usted con el objeto de batirse; importa que « usted se le excuse maniobrando hábilmente sobre el flan« co izquierdo, es decir, á ponerle por delante el Miriñay, y « dejando que él maniobre sobre el territorio de el Batel, « ó río de Corrientes, para así entretenerlo y alejarlo del « interior de ese país, que usted debe dejar desierto si es po« sible, apoderándose de todos los elementos de movilidad, « y evitar una batalla, que usted sabe lo que esto importa. « Yo voy á marchar, y pronto estaré en el Uruguay, y no « dude *que lo pasaré antes de veinte dias, con cuatro mil hom« bres*. Le daré mis noticias; espero que usted me dé las « suyas, para entendernos, mientras no lo haga con el go« bernador Ferré, á quién me dirigiré oportunamente. Sa-

---

(1) Innumerables cartas y papeles como este, existen en mi poder, que podrian servir de documentos justificativos de estas memorias, y que los habría citado en sus lugares respectivos, si no me fuera muy penoso revolver papeles para extraer los que dicen relación á mi asunto. Dejo esta tarea á mi hijo, si algún día quiere decir algo de los hechos y vida de su padre, como también la de corregir alguna pequeña inexactitud que pueda haber, y aún la de suprimir algunos pasajes, que sea conveniente callar. Yo no desconozco, que mientras más me aproximo á la época presente, en que he desempeñado un rol más elevado que en mis primeros años, mis impresiones son más fuertes y están más vivas; de consiguiente, puede ser que cargue la mano más de lo que convenga, á una obra de esta clase; más también, de lo que pueda ser util para la historia. Acaso soy demasiado prolijo, á lo que puede aplicarse el mismo remedio. Sin embargo, de la omisión de innumerables documentos, he querido copiar esta carta del general Rivera, porque muestra la falsedad é inconsecuencia de este hombre, y sus miras interesadas, pero torpemente interesadas en los consejos ú órdenes que me daba. La carta es toda de su puño, y abunda en incorrecciones de estilo, que he suprimido, y que se verán en el original.

« ludа á usted afectuosamente su servidor Q. B. S. M.—
« Fructuoso Rivera».

Sin el perfecto conocimiento que tenía de este hombre, la carta que acabo de copiar, hubiera podido distraerme de mi objeto, y trastornar el proyecto que había formado, esperando la realización de los sucesos que me anunciaba. ¿Quién puede dudar que el éxito de la campaña hubiera sido más seguro, esperando que él invadiese el Entre Rios? Felizmente no me aluciné ni por un instante, y obré como si tal carta no hubiese llegado á mi poder. Sin embargo, ahora merece que haga de ella un ligero análisis.

A quién tenga la más vulgar tintura de la provincia de Corrientes, le costará trabajo comprender, cuanta es la ignorancia de su topografía, que manifiesta el autor de la carta, y á mí me hubiese costado otro tanto, si no me lo hubiese explicado, por el deseo que tenía el general Rivera de verme llegar al Estado Oriental, con dos, tres, ó cuatro mil correntinos, y seis ó diez mil caballos, importándole bién poco que la provincia hubiese sucumbido, y hubiese sido derrotado sin batirme. Desde mucho tiempo, estaba resuelto á llevar sus tropas fuera del Estado que presidía, y empleaba todo su poder y habilidad en atizar la guerra en el nuestro. Bastante se ha repetido, sin que yo responda de su autenticidad, la exclamación que le arrancó la desgraciada jornada del Pago Largo, donde los correntinos fueron por él cruelmente abandonados, sin embargo de sus más solemnes promesas. *¡Ya corrió sangre;* dijo, *ya los correntinos son mios!* Y se engañaba miserablemente: los correntinos dejaron de pertenecerle, para siempre.

Si se exceptúa la parte norte de la provincia de Corrientes, en que el gran lago Iberá, casi toca en el Paraná, ocupa el lago en lo demás, el centro de su territorio, desprendiendo en su extremo sur, como dos brazos, que son los rios Corrientes y Miriñay, de los que el primero se arroja en el

Paraná, y el segundo se echa en el Uruguay. Las antiguas Misiones jesuíticas, que en el día son un terreno despoblado, quedan entre el lago y el último de dichos rios, quedando de la otra parte, toda la riqueza, los pueblos todos, y casi toda la población, inclusa la capital. Este territorio, que hace la totalidad de la provincia, era el que se me aconsejaba ú ordenaba que abandonase, retirándome trás del Miriñay, donde nada tenía que cubrir, sinó un árido desierto, y donde hasta mis comunicaciones con el Gobierno eran difíciles, y no podian conservarse, sinó haciendo un gran rodeo por la Tranquera de Loreto.

Por de contado, que con solo practicar el movimiento que me indicaba, había puesto la provincia en manos del enemigo, siendo hasta imposible que el Gobierno se conservase en la capital. Además, los soldados del ejército, cuyas familias quedaban abandonadas, se hubiesen desbandado, y hubiera sido inevitable la más vergonzosa y cobarde derrota. Toda la ventaja que realmente tenía este movimiento, en el concepto del general Rivera, era que me aproximaba al Uruguay, y que pasando este río, con algunos miles ó cientos de hombres, y acaso con familias, iríamos á engrosar lo que llamaba su ejército.

El general Rivera, aún después del baño de civilización que ha recibido, no ha renunciado del todo á los principios militares que aprendió de Artigas, y dá una gran importancia á esas reuniones, informes y confusas, en que ván mezclados hombres, niños, mujeres, viejos y mozos; en que ván carretas, ganados, caballadas y cuanto tiene piés y pueda arrearse, de los pueblos y de los campos. Esas reuniones han sido el medio y el núcleo de sus ejércitos indisciplinados, en medio de las cuales se ufanaba más, que si se tuviese en el centro de una gran capital. Una cosa parecida es lo que pienso que deseaba: venir de Corrientes á pedirle asilo en sus Estados, adquiriendo así, el derecho de organizar los

correntinos á su modo, en numerosos escuadrones, y acaso proporcionarse alguna infantería, para la que á su juicio, no pueden ser destinados los orientales, porque sería una especie de envilecimiento. Entre las ideas singulares que tiene, cree que solo los negros (hablo de la gente de su país), pueden ser empleados en esta arma, así es que se le oye decir, y á muchos de sus jefes lo mismo: *Que nos manden negros, y tendremos infantes . . .*

La prevención de que procurase evitar una batalla, era buena, porque él creía que nuestro ejército no estaba en estado de poder ofrecerla ni aceptarla; más, el medio que me proponía de maniobrar hábilmente detrás del Miriñay, era el más absurdo que podía imaginarse (1). Ya he demostrado que él era ruinoso; ahora solo he querido indicar, que lejos de probar habilidad, era fuera de todo cálculo.

¿Y qué diremos de la promesa de estar pronto con *cuatro mil hombres,* y pasar el Uruguay, *antes de veinte dias?* Quizá preguntará alguno: ¿Cuando escribió estas terminantes palabras, tuvo ó no la intención de cumplir lo que ellas prometian? Le diré decididamente que no; porque para él, el ofrecimiento más solemne, hasta la fé jurada, no es más que un juego de voces sin resultado ni consecuencia. Establecido ya como está, sobre bases indestructibles, su crédito de falsario, ó mejor diré, su descrédito, ha declinado toda responsabilidad, de modo que esta vendría á pesar sobre el que le creyese, fiándose de sus promesas. Así me hubiera sucedido, si no las hubiera apreciado como merecen.

---

(1) Esto no impidió que el coronel Chilavert, procurando suavizar la fuerte y dolorosa impresión que le hizo la victoria de Caaguazú, le dijeso en una arenga: *Aunque V. E. no se ha encontrado en el campo de batalla, suya es la victoria, pués que V. E. es quién la ha ganado. Este triunfo es debido á sus sabias disposiciones.* Esta tirada tiene tanto de falsa como de ridícula. Es por el general Pacheco y Obes, testigo presencial, que sé este incidente.

Jamás pensó el general Rivera en hacer cosa alguna en favor de Corrientes, relativamente á repeler la invasión que sufría, y voy á dar una prueba incontestable. El coronel don Bernardino Baez, estaba situado con quinientos hombres en el paso de Higos ó Bella Unión, que es lo mismo, mirando el territorio de Corrientes, que solo divide el río Uruguay; no solo, según sus órdenes, no pasó un solo hombre de su fuerza, pero ni hizo una simple demostración, como podía, sin compromiso y sin el menor peligro; fué, en todo el rigor de la expresión, un frío espectador de la campaña y de nuestra victoria. No fué sinó después de obtenida esta, que hizo pasar algunas partidas, que tomaron pocos prisioneros, sin resistencia y sin trabajo. Esto no tiene contestación, como tampoco tiene duda, que la comisión única de Baez, se reducía á recoger los restos del ejército correntino, que pensaba habian de ir á asilarse en el territorio oriental.

El ya coronel Chenaut, jefe de E. M. G. del ejército de reserva, había ido á Montevideo meses antes, con licencia temporal, y allí lo tomó la invasión enemiga. Cuando la supo, se apresuró á venir á reunirse al ejército, trayendo consigo al coronel don Federico Baez, al mayor Echenagusia, y entre ellos, al ayudante mayor Tejerina, que con una rapidéz asombrosa, hemos visto un año después figurar en Corrientes en clase de coronel.

Mientras estaba nuestro ejército al frente del de Echagüe, mediando solo el río Corrientes, quiso á mis instancias hacer una visita al ejército el señor Ferré. Lo verificó, gozando del espectáculo que ofrecía el enemigo clavado, en el rincón de Moreira, sin poder avanzar ni adelantar un punto en su conquista, antes por el contrario, perdiendo en moral y fuerza física, por la deserción, y nuestras armas. Allí tuve ocasión de explicar de viva voz al señor Ferré, mis proyectos para que fuese batido Echagüe, que aprobó in-

mediatamente, dándome una ilimitada extensión de facultades. Para que se entienda mejor lo que después sucedió, quiero hacer mérito de un incidente especial.

Cuando retirándome de Echagüe, pasé al norte del río Corrientes, se me ofrecieron caballos de los departamentos allí situados, y los rehusé, y aún hice devolver alguna partida, diciendo al Gobierno, que por entonces tenía los bastantes, pero que llegado el caso de batir á Echagüe, los necesitaba con urgencia, para cuyo caso exigía que estuviese pronto el mayor número posible. Mis recomendaciones fueron tan vivas, que el Gobierno me contestó diciendo, que no solo estaban prevenidos .los comandantes de departamentos de tener prontas las caballadas, sinó que estaban, aunque sin fecha, tiradas las órdenes para su remisión, economizando de ese modo, el tiempo que materialmente se emplearía en escribirlas. Esta idea, á que yo daba una gran importancia, porque me proponía sacar todo el provecho posible de la victoria, fué tratada á viva voz, y obtuve las más completas seguridades. Para no dar ni aún pretextos á demoras, me limité rigorosamente á solo hacer uso de los caballos que había traido del sur del río Corrientes, y ni aún esto bastó para que no me viese engañado, como lo diré á su tiempo.

Otro incidente hubo que nos puso á todos en conflicto, y fué un ataque de fiebre que sufrí en lo más crítico de las operaciones. Hubo una circunstancia, que si yo hubiese sido aprehensivo, hubiera agravado notablemente mi situación; no fué así, porque miré con indiferencia lo que voy á referir: El doctor don Juan Gregorio Acuña, era el médico principal del ejército, y bajo su dirección se había puesto mi curación. Al saberlo Ferré, me escribe reservadamente, y aún me manda decir con un oficial de su confianza, que no tomase los remedios que me propinase Acuña, sinó los que él me remitía, á cuyo efecto me fué entregada de

su parte, una dosis proporcionada de medicamentos adaptados. Véase la idea que tenía el mismo Ferré de la moralidad de Acuña; desconcepto que se había grangeado por el desarreglo de sus principios, y ciertos rumores, quizá infundados, que circulaban en el público. El gobernador Atienza, recorriendo la provincia fué atacado de una violenta enfermedad, que lo concluyó en pocos dias, sin que hubiese tiempo de trasladarlo á la capital. Acuña había sido el médico de cabecera, y se sospechó que hubiese abusado de su ministerio, para acelerar la muerte del gobernante. Berón de Estrada era amigo íntimo de Acuña, y tomaba frecuentemente brevages, que este le suministraba. Bién sabido es, que cuando la batalla del Pago Largo había llegado á un estado de entorpecimiento moral y físico, que fué causa de su muerte, en la derrota que él mismo se preparó. El vulgo también atribuyó á Acuña, esta fatal metamórfosis.

He sido siempre inclinado á despreciar en honor de la humanidad, esas imputaciones atroces, que constituyen en la peor clase de asesinos, á los hombres destinados precisamente á salvar á la humanidad, y socorrer á sus semejantes. No niego que todo es posible, pero es muy raro hallar esos mónstruos destituidos de todo sentimiento honroso, como es preciso que sea el bárbaro que abusa de la más sagrada de las confianzas. Diré en obsequio de Acuña, que tomé sus remedios, y con ellos me restablecí. Este acto de justicia que hago, es tanto más sincero, por cuanto me dió infinitos motivos de queja; tuve que separarlo del ejército, y fué muy luego mi enemigo declarado.

Hacía tiempo que se sabía la desinteligencia que mediaba entre Rosas y el gobernador de Santa Fé, don Juan Pablo Lopez. Hacía meses, que tanto el señor Ferré como yo, habíamos anticipado algunos pasos cerca del último, que si no habian producido efecto, por lo menos no habian

sido mal recibidos. En tal estado se hallaban las cosas, cuando pocos dias antes de la batalla de Caaguazú, se anunció la llegada de un enviado de Santa Fé, que era el coronel don Ramón Ruíz Moreno, que venía autorizado para celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Corrientes, contra el dictador de la República Argentina. ¿Se creerá que lo que al parecer debía retardar la explosión, es lo que la precipitó? Nada es más cierto, como también, nada prueba más la poca capacidad de Lopez.

Hacía mucho tiempo, como he dicho, que entre los dos gobernadores, Rosas y Lopez, reinaba el más completo entredicho. Nadie ignora que en el estado actual de la República Argentina, equivale esto á una declaración de guerra, á una enemistad jurada, y á una hostilidad de muerte. Sin embargo, Rosas, que tenía sus ejércitos en las provincias interiores, hacía pasar por la de Santa Fé, caballadas que iban ó venian, vestuarios, armas y municiones, sin que Lopez pusiese obstáculo ni se apoderase de ellos. Rosas lo dejaba andar, reservándolo para su tiempo, que era cuando hubiese terminado la guerra que sostenía con el general Lavalle; y Lopez, que lo conocía hasta la evidencia, no tomaba otras medidas que acoger uno que otro desertor, que se venía del ejército de Oribe, y balandronear en los ranchos de sus comprovincianos.

Durante ese largo período de espectativa, ni quiso declararse contra Rosas abiertamente, ni estrechar sus relaciones con Corrientes. Cuando los ejércitos de Rosas hubieron vencido en Famallá y Rodeo del Medio, y calculó que esas fuerzas, ya desocupadas, se convertirian contra él, se apoderó de su alma el temor, y vino á hacer por miedo, el acto más arriesgado de toda su vida. Ni aún esperó para esto, que se decidiera la cuestión en Corrientes, y en vísperas de una batalla decisiva, vino á entablar relaciones que debería haber aceptado seis meses antes.

Si así lo hubiese hecho, hubiera sido crítica la situación de los ejércitos de Rosas en el interior. Sus comunicaciones estaban cortadas; inhabilitada la vía de remitirles auxilios; los ejércitos contrarios y los pueblos, es decir, los nuestros, hubieran recobrado un aliento incontrastable; es probable que Oribe y Pacheco hubiesen sucumbido, ó por lo menos, hubieran tenido que retirarse con los restos de sus numerosas fuerzas. Los temores que podía inspirarle el ejército de Echagüe, que sin duda estaba más cerca, antes de la invasión á Corrientes, eran de poquísima importancia, tanto porque no podía este General desentenderse de nosotros, cuanto porque el ejército de reserva hubiese maniobrado en el sentido de no dejarlo operar sobre Santa Fé. No puede concebirse, y mucho menos explicarse, la conducta de Lopez, sinó admitiendo la más marcada imprevisión, ó una segunda intención, que es menos honrosa (1).

No pudo, pués, menos de sorprendernos la decisiva misión del coronel Ruíz Moreno, cuando creíamos que Lopez,

---

(1) Lopez, tanto por su educación, como por sus principios, y además, por los ejemplos que le dejó su hermano don Estanislao, á quién se ha propuesto por modelo, no puede pertenecer al partido que desea el progreso, y que promueve la civilización. Si él desertó del partido federal, si se hizo enemigo de Rosas, fué por motivos de otra naturaleza:

Primero, porque Rosas no quiso, ni podía consentir que conservase la influencia que su hermano, en los negocios generales, y que la provincia moribunda de Santa Fé, continuase gozando de la importancia política que antes había ejercido, únicamente por el prestigio de su caudillo.

Segundo, porque desengañado Rosas de las aptitudes militares de Lopez, y conociendo que no tenía capacidad para dirigir un ejército, le confirió á Oribe el mando del que destinaba á obrar contra el general Lavalle. Como, además, mediasen antipatias personales respecto del elegido, fué más, creo, el resentimiento de Lopez, que desde ese momento manifestó su disgusto, pero lo limitó, como he dicho, á promover secretamente la deserción, y acoger á los que desertaban.

El coronel Andrade, que siguió constantemente en el ejército de Oribe, y que por lo mismo mereció sus distinciones, fué ya un objeto de emu-

después de contemporizar tantos meses, estaría aterrado con los triunfos de Rosas y ocupado en buscar arbitrios que lo recomendasen con el dictador, si era posible. Aún al efectuar dicha misión, se echaba de ver un tinte de timidéz que contrastaba singularmente con la sustancia del negocio. Quería el señor Lopez, que el tratado se tuviese oculto por algún tiempo; reserva, que hasta ahora puedo atinar qué objeto tenía. Más, todo esto era ya poco importante, y se atendió solo al fondo del asunto.

El señor Ferré, que estaba en el pueblo de Saladas, recibió al enviado santafecino, y nombró al doctor Derqui como apoderado del de Corrientes, para que ajustasen el tratado, que se hizo sin la menor dificultad. En cuanto á las convenciones militares que eran consiguientes, se le insinuó á Ruíz Moreno, que se dirigiese á mí, y él, que tenía deseos naturalmente de ver el ejército y observar las posiciones respectivas de los contendientes, se trasladó á mi Cuartel General.

Lo recibí, como es de conjeturarse, del modo más amisto-

---

lación y de odio para Lopez, que no le perdonaba el que no se hubiese vuelto á Santa Fé.

En este estado, es muy posible que Lopez calculara que Oribe, cuyo ejército subrepticiamente quería desmembrar, sufriría algún contraste, y que entonces Rosas se vería forzado á buscarlo á él. Entonces lo llamaría y le daría un mando superior; le prodigaría auxilios y recursos, con que formaría un ejército, y habría satisfecho sus miras ambiciosas. Se habría también gozado en el descrédito de Oribe.

Más, las cosas sucedieron al contrario, pués que este, lejos de sufrir contrastes, obtuvo las victorias del Quebrachito y Famallá, sin contar las de San Calá y Rodeo del Medio, que consiguió Pacheco, que era su subalterno.

Todas las esperanzas de Lopez vinieron entonces por tierra, trayéndole, además, la nueva situación, muy graves y muy serios cuidados.

No solo era imposible que Rosas le diese el mando deseado, sinó que era seguro que al regreso de Oribe, le pediría cuenta de sus manejos, de su incomunicación, que equivalía á una desobediencia, y lo que es más, de los desertores que había apadrinado.

Lopez tembló, y de miedo buscó la alianza, que meses antes le hubiera sido más provechosa.

so, y le hice ver los cuerpos del ejército, que maniobraron por divisiones, á su presencia. Gustó mucho de este espectáculo, y concibió las más fundadas esperanzas, de que obtendríamos completa victoria. Es excusado decir, que lo felicitaron muy cordialmente todos los jefes con sus respectivos oficiales, dirigiéndole palabras análogas al suceso que celebrábamos.

La división del general Nuñez, quién había venido solo á cumplimentar al enviado, acampaba á media legua ó más de distancia, observando el paso de Capitaminí, razón porque el señor Ruíz Moreno no la vió maniobrar, cuando lo hicieron las demás del ejército. Sin embargo de estar el día muy avanzado, Nuñez manifestó deseos de que su división tuviese también este honor, y me interesó, en que no pudiendo ella abandonar su puesto, llevase al enviado á las inmediaciones de su campamento. Así lo hice, siendo el mismo Nuñez de la comitiva, sin perjuicio de haber anticipado órdenes á don Juan Madariaga, que accidentalmente había quedado á la cabeza de la división, para que la hiciese montar y formar en parada.

Después de hacer algunas maniobras, luego que hubimos llegado, se le mandó echar pié á tierra, y con todos los oficiales se avanzó, Madariaga, á cumplimentar al señor Ruíz Moreno. Los que componian mi comitiva, ó sea la del enviado, serian treinta ó cuarenta generales y jefes en su mayor parte, y los oficiales que traía Madariaga, serian otros tantos, con los que formó al frente en línea paralela, á distancia de veinte ó treinta varas. De allí se avanzó solo, unos cuantos pasos, y tomando la palabra, hizo un discurso de felicitación á nombre de la división que momentáneamente mandaba, al enviado santafecino. Este, que no le iba en zaga en punto á locuacidad, avanzándose también algunos pasos, contestó con otro discurso no menos altisonante. Madariaga, que al parecer había resuelto no dejar á

Moreno con la palabra, ó impelido quizá de esa irresistible manía de hablar, que lo domina, pronunció una segunda arenga, que por supuesto, el enviado no dejó sin contestación. Por tercera vez habló Madariaga, y Moreno tampoco quiso quedarse atrás, de tal modo, que sucediéndose uno á otro en su ridícula charla, nos habian espetado como una docena de discursos, dados y recibidos.

Para que el paso fuese más divertido, cada vez que hablaba uno de ellos, daba un paso adelante, en forma, que vinieron á quedar al último, á una vara de distancia, mientras las respectivas líneas se conservaban á las mismas que estuvieron cuando principió esta lucha de cortesía. Madariaga, para encontrar materia digna á tantos discursos, había ido sucesivamente tomando la personería de su división, del ejército, de la provincia de Corrientes, de la República, y de la humanidad entera; Moreno, le contestaba en el mismo tono, supliendo, además, ambos con gestos y ademanes cómicos, la deficiencia de palabras que empezaban á sentir.

La escena se volvía soberanamente ridícula, y empezaba á excitar la risa de los circunstantes, excepto quizá uno ú otro oficial correntino, que con la boca abierta, admiraba la elocuencia de su paisano. Forzoso era terminar, para precaver que se apercibiese el señor Ruíz Moreno, y me apresuré á aproximarme á los interlocutores, cuyo diálogo (pués al fin iba tomando este caracter), no me costó poco cortar. Conseguido que lo hube, regresamos al Cuartel General, donde nos ocupamos de otras cosas más importantes.

Estábamos á mediados de Noviembre, y ofrecí á Ruíz Moreno, que antes de terminar el mes, atacaría á Echagüe, pasando el río que nos dividía, si él no se atrevía á franquearlo. A mi vez le exigí que Lopez hiciese en los mismos dias un movimiento para ocupar la Bajada, capital de

Entre Rios, que estaba casi indefensa. Así lo ofreció á nombre de su Gobierno, el cual no lo cumplió, pués en los primeros dias de Febrero siguiente, que yo entré en dicha ciudad, hallé las cosas en el mismo estado, sin más diferencia que haber huido las personas de la administración, sin que Lopez hubiera hecho algo para apoderarse de ellas. Ruíz Moreno partió sin tardanza, y nosotros quedamos preparándonos para el combate, y esperando mucho para lo sucesivo, de nuestro nuevo aliado.

No puedo discernir hasta ahora, si Echagüe pensó sériamente en pasar el río Corrientes. Verdad es que á falta de botes ó canoas, mandó construir dos botes de cuero, que es bién sabido, que suplen perfectamente. Es cierto también, que varias veces aproximó sus columnas á la ribera del río, aparentando la intención de atravesarlo; pero esto fué todo, porque muy luego se retiraba y volvía á sus posiciones. El río estaba á nado, sin duda, pero en ciertos pasos el trecho que no daba vado era cortísimo, y por otra parte, nadie ignora que los entrerianos son casi tan nadadores como los correntinos, lo que hacía la operación menos difícil de lo que puede creerse á primera vista. Sin embargo, me persuadí que no la intentaría, y que si habíamos de combatir en una batalla, era preciso que yo me anticipase.

La noche del 26 al 27 de Noviembre, fué la destinada para que nuestro ejército atravesase el río, haciéndolo á nado la caballería é infantería, y en las canoas que pude reunir, los cañones, y los que no supiesen nadar. Al anochecer, debian las divisiones aproximarse á la orilla del río para que no fuesen observadas por el enemigo, en los puntos que les estaban designados, é inmediatamente debía darse principio á la operación. El paso de Caaguazú fué el elegido, con otros nuevos principales, como el del Hinojo, la Garita, etc., que le son como adyacentes. De este mo-

do, el paso de las divisiones era simultaneo en cuanto era posible.

El enemigo, que se había concentrado sobre el de Capitaminí, que como he dicho, está dos leguas más arriba, nos dejaba en estos puntos libre la orilla opuesta, y cuando más, la hacía recorrer con partidas, que más de una vez habian sido escarmentadas. Era, pués, probable que no hallásemos resistencia, y aún, que no nos sintiese: todo vino á concurrir para dar este resultado.

Era un día solemne, en que se toma una de esas grandes resoluciones que deciden, no solo de la reputación de un general, sinó de la vida de millares de hombres, y del destino de los pueblos. Iba á dar una gran batalla, y combatir con un río poderoso á la espalda, en cuya situación, una derrota sería tremenda para los vencidos. Iba á jugar la suerte de la revolución argentina, y á destruir ó aumentar las únicas esperanzas que quedaban á los amigos de la libertad. Este día, cuyas emociones tengo muy presentes, hubo todavía de verme vacilar en mi firme propósito de franquear el río, por la circunstancia que voy á referir:

No eran aún las dos de la tarde, cuando se dejó oir un vivo fuego de fusilería acompañado de algunos cañonazos, por la parte de Capitaminí. Indagada la causa, supe que todo el ejército enemigo se había aproximado á la playa, y que colocando infantería y artillería, hacía serios amagos. Una compañía de infantes nuestros, con dos cañoncitos de á uno, contestaban los fuegos enemigos desde la orilla opuesta del río, que tendrá ochenta varas de ancho, pero cediendo á los contrarios, muy superiores, había tenido que replegarse un tanto, con pérdida de ocho muertos y algunos heridos. Dos ó tres soldados enemigos alcanzaron á pasar el río, y recuerdo que se llevaron como trofeo, una ó dos armas de nuestros muertos ó heridos. No menciono estos pormenores, sinó para dar á entender que el empeño

parecería serio, y que tuve razón para vacilar en mi resolución.

Si el enemigo había por una rara casualidad ó por algún medio que yo no alcanzaba, resuelto pasar en Capitaminí al tiempo que yo lo hacía en Caaguazú, iba á resultar la más singular situación, cuyas desventajas eran para mí; ambos quedábamos cortados de nuestras bases respectivas de operaciones, pero con la diferencia que á él no le traía ningún resultado sensible, por cuanto sus comunicaciones estaban interceptadas, mientras que yo no conservaría las mias, y lo que es peor, le dejaba la parte poblada de la provincia, quedándome solo un desierto. Si él obraba con actividad, se apoderaría de todos ó mucha parte de los recursos, y sometería las poblaciones, pudiendo extender su influencia hasta la misma capital, donde seguramente, no hubiera permanecido el Gobierno. El terror se había apoderado de todos, y mi mismo ejército corría peligro de desbandarse, para ir sus individuos á socorrer sus familias, que estaban á merced del enemigo. No me quedaba sinó repasar el río por donde lo había pasado, lo que podía estorbarme el enemigo, ó ir á buscar otros pasos mas abajo, ó dirigirme al Miriñay, según el plán de Rivera, si es que la obediencia de los soldados me lo hubiese permitido; y todo era fatal. Lo que pensaban algunos, de abandonar á Corrientes, y dirigirme al Entre Rios, es un disparate que no merece contestación.

Ignoro si Echagüe, cansado de su inacción, meditaba alguna operación más formal, como parece indicarlo la demostración de esa tarde. Puede ser; más entonces renunció á ella, y al caer el sol, retiró todo su ejército á su campamento, dejando tranquilo el paso que había amagado con tanto aparato. Yo me persuadí entonces, que podía proseguir mi intento con más seguridad que nunca, pués después de haber hecho sufrir á sus hombres y caballos un

sol abrasador, durante las horas del día más calorosas, nada era más consiguiente, sinó que esa noche los hiciese descansar. Yo tenía la ventaja de no haber fatigado á los mios, y podía sin grave inconveniente, aprovechar la noche, con una tropa descansada.

Los preparativos de acercar al río algunas canoas, y unos cuantos cientos de cueros para hacer pelotas, de tener reunidas las calidades de hacer fiambres, para no encender fuego al día siguiente, se habian suspendido por una consecuencia natural del movimiento del enemigo, esa tarde. A la caida del sol se aceleraron, pero sin poder impedir que la operación principal se retardase de dos horas.

Serian las nueve, cuando el cuerpo de vanguardia que encomendé al coronel Velazco, había pasado el río y empezaba á extender sus reconocimientos para cerciorarse de que no había enemigos en las inmediaciones. Las demás divisiones llegaron también á los puntos que les estaban señalados, y dieron principio á su pasaje inmediatamente. El modo era el siguiente:

Luego que la división había llegado á la orilla del río, formaba en batalla ó por escuadrones, si el terreno lo permitía, y desensillaban; los hombres se desnudaban, y haciendo una especie de cajón, que es lo que llaman *pelota,* con la carona de cuero, cuyo uso es casi general, depositaban en ella sus armas y municiones, su ropa y montura, sin exceptuar la balija, el que la tenía; á este cajón ó *pelota,* se asegura una cuerda de cuero, por la cual tira el nadador. Hecho esto y colocado el soldado á la orilla del río, monta á caballo en pelo, y hace entrar al animal en el agua; mientras el caballo hace pié, vá montado; más, cuando empieza á nadar, se tira el ginete á su lado y le agarra de la crín ó de la cola, sin abandonar la *pelota,* que llega á la banda opuesta, sin haberse mojado lo que vá dentro. Para esto, es preciso que el conductor sepa no solamente nadar,

sinó conducir el caballo, porque es bién general que este se vuelva atrás, manotea, y puede sumergir y matar al ginete, si no es diestro y anda muy listo.

El bufido y respiraciones violentas de dos ó tres mil caballos que nadaban á la vez, era tan fuerte, que debía oirse á gran distancia. Me parecía muy difícil que hubiera dejado de sentirnos el enemigo, y entre tanto, nada era más cierto, porque Echagüe y su ejército descansaban profundamente de la inutil fatiga del día antes, sin imaginar siquiera que los *escueleros de Paz* (1), pasasen esa noche el río, para buscarlos en seguida.

La infantería pasó lo mismo, sin más desgracia que dos ahogados, y algunas municiones mojadas, principalmente del batallón voltígeros, que tuvo gran pérdida de ellas. Como todos los hombres tenian caronas á propósito, se distribuyó un número de cueros de vaca para pelotas; los hombres que no sabian nadar, y principalmente los oficiales de otras provincias, eran auxiliados con las canoas.

La artillería se desmontó, para pasarla en las canoas, y principalmente, en una que era de mayores dimensiones. No quise que se pasase á la prolonga, por las desigualdades y barrancos del cauce, para no exponerme á la desgracia que hubo de sucederme la primera vez que pasé el río, en que casi se perdió el cañón de á 12; desgracia que esa noche hubiera sido irreparable, por falta de tiempo. El parque y municiones de repuesto, pasaron en las canoas también; operación que por mucho que se activó, no pudo estar concluida hasta amanecido el día siguiente.

---

(1) Era opinión corriente en el ejército de Echagüe, que habiendo llevado el ejército Libertador la mejor parte de la gente de Corrientes, no habian quedado sinó los muchachos de la escuela, que habian sido llamados á formar el de reserva. Como por otra parte yo los enseñaba á ser militares, los llamaban y gritaban en las guerrillas, *escueleros de Paz.*

Sería la media noche cuando yo pasé, á tiempo que ya montaba una gran parte de la caballería, y que la división de vanguardia empezaba á avanzarse, en cumplimiento de las órdenes que había recibido. Después de eso, todos tomaron los puestos que se les había designado, y esperamos la aurora, sin separarnos mucho de la ribera del río.

Amaneció el 27, cuando nuestra vanguardia se había perdido de vista, sin que hubiese dado muestras de tropezar con el enemigo. Mi plán era, que este cuerpo que constaría como de quinientos hombres, se hiciese ver del enemigo, el cual destacaría un cuerpo doble ó triple, en su persecución; la vanguardia se retiraría atrayéndolo, y yo podía dar un golpe parcial, pero fuerte, al invasor. Mis cálculos fueron errados, porque si el coronel Velazco, anduvo tan circunspecto, lo que no desapruebo, que fué cerca de medio día que se presentó al enemigo, este anduvo mucho más prudente, pués no quiso destacar fuerza alguna, y lejos de eso, reunió todas sus partidas, y con su ejército en masa, se precipitó esa tarde sobre nuestra pequeña división de vanguardia.

El coronel Velazco se vió acosado por una multitud de tiradores, apoyados en fuertes reservas, que lo oprimian de todos lados, y aunque no perdió tiempo en retirarse, se vió tan apurado, que me pidió refuerzo sobre refuerzo, hasta que hice mover casi toda la caballería. Estas remesas sucesivas de tropa, que no iban sinó á sostener el movimiento retrógrado del coronel Velazco, tuvieron su utilidad, porque impedian que el enemigo se precipitase sobre un cuerpo que era reforzado á cada instante por otros, cuya fuerza y procedencia no podian comprender. Por otra parte, el enemigo venía más bién á un reconocimiento en que quería emplear todo su ejército, porque no calculaba que uua batalla general, estaba tan próxima, sin dejar por eso de estar dispuesto para todo.

Desde por la mañana había formado mi ejército sin desplegarlo, haciendo que la infantería conservase sus caballos á soga, á retaguardia de la línea, avanzando un poco de la cabeza del *estero*(1), que está marcado en el croquis que se hizo de esta batalla; lo dejaba á la espalda á muy corta distancia, y si ese día hubiera venido el enemigo, es probable que en esa disposición nos hubiéramos batido; más, al cerrar la noche, cuando había dispuesto de la caballería de la derecha y de la reserva, quise hacer mudar de posición á la infantería, haciendo que practicase un cambio oblicuo de frente, retirando su ala derecha. El fuego era cada vez más vivo, y se aproximaba rápidamente; el menor desorden de nuestra caballería avanzada, podía comprometer gravemente los negocios, y en precaución de esto, es que quité la infantería de la primera posición, haciéndola entonces apoyarse en el estero. Los caballos de esta, que se conservaban aún atados, eran una especie de obstáculo de que se podía sacar algún partido, si avanzaba caballería, y todo me persuadió á esperar en esta situación.

El fuego aumentaba por instantes, y lo que más llamó mi atención fué, que empezaba á extenderse á nuestra izquierda, de modo que la división del general Nuñez, que hasta estonces no había disparado un tiro, tuvo que sostener un fuerte tiroteo. Serian las diez, cuando el coronel Velazco dió parte de que el enemigo empleaba guerrillas de infantería, y en consecuencia, pedía se le mandase de esta arma: fué primero una compañía, luego dos y tres y hasta un batallón, con cuyo auxilio se reduplicó el fuego, en términos, que parecía una batalla dada á seis ú ocho cuadras del cuerpo principal. Era un espectáculo curioso, por no decir

---

(1) Véase el plano.

(*Nota del Editor*).

PLANO
DE LA
BATALLA DE CAAGUAZÚ

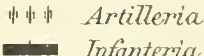
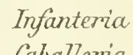
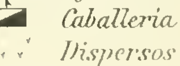
Referencias:

Azules. Ejército de Reserva, al mando del general Don José Maria Paz
Colorados. Ejército de Entre Rios, mandado por el general Don Pascual Echagüe

A *Batallón "Republicano"*
B *id. "Voltigeros"*
C *id. "Cazadores"*
D *Divisiones del general Nuñez*
E *id. del general Ramirez*
F *Reserva al mando del coronel Velazco*

a *Divisiones entre-rianas*
b *Infanteria*
c *Artilleria*
d *Divisiones del general D. Servando Gomez*
e *Reserva*

Signos:

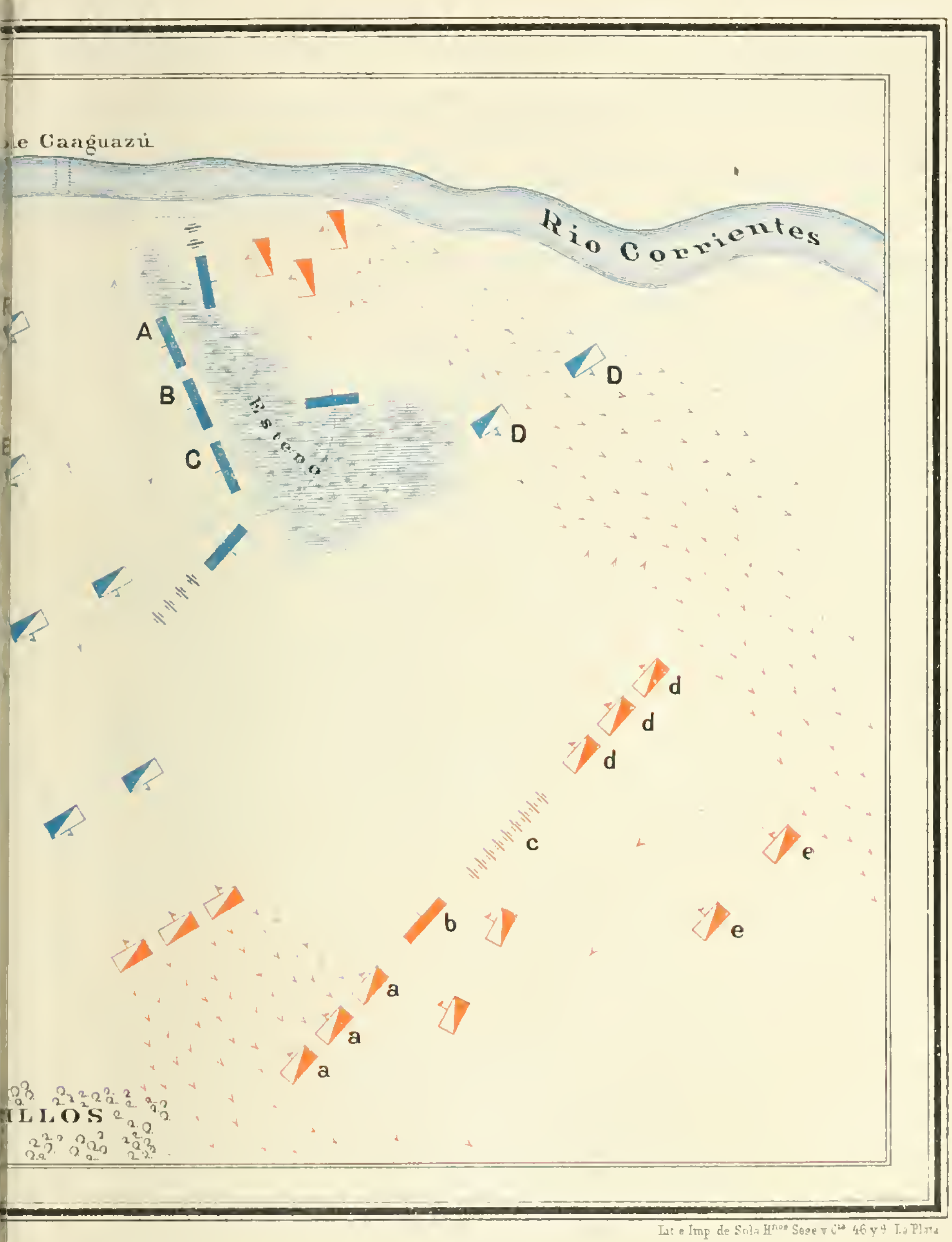

Artilleria

Infanteria

Caballeria
Dispersos



Rio Corrientes

F

E



Lit e Imp de Sola Hnos Sese y Cia 46 y 9 La Plata

magnífico, ver en la extensión de dos ó tres mil varas, batiéndose en la oscuridad de la noche, dos cuerpos numerosos, cuyos fogonazos equivalian á una vistosa luminaria. Por otra parte, el ruido de la mosquetería, el sonido de los clarines y cornetas, que se dejaban oir con frecuencia, no pocos gritos y voces de mando, con el estrépito de los caballos, daban á la escena un aspecto solemne y particular.

El empeño del enemigo de prolongarse por su derecha, me reveló que allí sería el punto principal de sus esfuerzos, y me sugirió el medio de inutilizarlos. Percibí también, que el estrecho en que el río se aproxima al estero, aunque quedase á retaguardia de la división, era un punto importante que debía conservar, y mandé desde luego un piquete de infantería, que luego aumenté con todo el batallón republicano, que serian más de doscientos hombres.

Serian las doce de la noche, cuando acompañado del jefe de E. M. recorrí el campo y reconocí prolijamente la circunferencia del estero, no obstante haberlo hecho ya de día. Llegado á la izquierda, no quise separar de ella al general Nuñez, para darle mis órdenes sobre el terreno, pero llamé y llevé conmigo al coronel Salas, á quién dí las instrucciones más prolijas, para que las trasmitiese al general de su división.

El general Nuñez debía hacer demostraciones sobre su izquierda, para engañar mejor al enemigo, llamar toda su atención, y atraerlo al lazo que le estaba preparando. Cuando el enemigo hubiese pronunciado su movimiento ofensivo, debía replegarse rápidamente, entrar en el embudo (digámoslo así) que formaba el estero y el río, y escurrirse por la abertura estrecha, que guarnecía un batallón con dos piezas de á uno, y la ventaja, además, de las quiebras que tenía el terreno. Nuñez, obrando siempre con la misma rapidéz, debía trasladarse á nuestra derecha, á la

que serviría de reserva, obrando según las circunstancias.

Salas comprendió perfectamente mis explicaciones, y las trasmitió á Nuñez, con igual exactitud. Este verificó el movimiento al día siguiente con gran destreza, y puede decirse, que fué toda la parte que tuvo en la batalla, porque al colocarse á la derecha, ó no comprendió bién mis intenciones, ó no fué exacto en llenarlas. Se fué muy sobre la derecha, como para ser espectador de la batalla, sin que esto importase otra cosa que esas tendencias de caudillo, de que ya me había dado una muestra.

El coronel Velazco me había referido algunos dias antes de la batalla, que Nuñez, en ciertas visitas que había dado en hacerle, en las que entablaba largas conversaciones confidenciales, con el vaso en la mano, le decía que no tenía fé en el éxito de la batalla; que no tenía confianza en los correntinos; que el general Ramirez, era un iuepto; el otro, un cobarde, y los demás, unos entes nulos: que cuando más, esperaba que su división haría algo por la victoria, y que por lo tanto, le encargaba que lo tuviese presente el día del combate; que la buscase y se le reuniese. Velazco, que sin ser un santo, oyó con escándalo esta proposición, no la contradijo, sinó en parte, pero vino á darme cuenta, para que tomase mis precauciones reservadamente contra las aspiraciones de este gaucho mimado.

La tarde del 27, cuando ya era inminente la ocasión de la batalla, aprovechando estos solemnes instantes, y para que la impresión no tuviese tiempo de borrarse, redacté una orden, y la escribí de mi puño sobre la rodilla, y dándosela al jefe de E. M., lo mandé á que él en persona la leyese y explicase á los generales y jefes de división. Siento no haber conservado un ejemplar, porque el único que se escribió, se perdió entonces, pero poco más ó menos decía lo siguiente: «Que los generales, ni jefes de división, se permitirian movimiento alguno aislado, que no estuviera

en íntima relación con el plán general de la batalla; que sería criminal y tratado como tal, el que hiciese, con pretexto cualquiera, distraer á otros de su deber, y separarlo del punto ú objeto que se le había confiado. Finalmente, que era una rigorosa obligación de todos y cada uno de los jefes, concurrir por todos su medios, al éxito general de la batalla, sin detenerse en consideración de ningún género, bajo la más severa responsabilidad, que pesaría sobre el que contraviniese, etc». Nuñez debió creerse adivinado, y si la admonición no era bastante para corregirlo, sobraba para contenerlo por el momento.

Este naciente caudillo, desde la acción de Cagancha, en que no sé si con entera justicia ó por odio á Rivera, le adjudicaron muchas personas toda la gloria, quería que en todos lo combates que subsiguieron, se le considerase como el héroe del día, á lo que habian contribuido jóvenes lisonjeros que lo habian afiliado á una sociedad secreta, con el fin de hacerle un pobre instrumento de su ambición y sus miras. Para conseguir su intento, de hacerse notar como de primer personaje de la batalla, y sacar el mayor partido que pudiese, del conflicto general, es que convidaba á otro ú otros jefes á que se le incorporasen, desatendiendo por supuesto, sus esenciales deberes, y luego aparecer, si las cosas iban bién, como el principal ó el único resorte de la victoria, y si las cosas tomaban un aspecto adverso, procurarse una buena escolta para salir del peligro.

Estas habilidades, que nada tienen de nuevo, pero que él como otros, las creen fruto de su sublime inteligencia, comprometen por lo general el éxito de los combates, y son frecuentemente la causa de los desastres. Se figuran, que dejando batir y debilitar otros cuerpos y conservando los suyos, ván á hacer los reguladores de la batalla, y dueños de la victoria. Arrastrados de estos cálculos egoistas, en que puede mezclarse muy bién la cobardía, dejan pasar

las ocasiones de obrar, y cuando acuerdan, ya el mal está hecho y no es posible remediarlo, es decir, ya la victoria se ha declarado por el enemigo, y es imposible volverla á nuestras filas. No sé si me engaño, pero pienso que una cosa parecida sucedió al ejército federal en Cagancha, cuando el general Lavalleja se entretuvo inútilmente en el Hospital Rivera, pensando que siempre tendría tiempo de cantar victoria.

Estos inconvenientes son más graves, cuando un jefe de división, además de ambición, tiene enemistad por el general en jefe, pués entonces se propone el doble objeto de desacreditarlo y de adquirir toda la gloria. En los combates, más que en ningún otro negocio, se necesita la uniformidad y la simultaneidad de los esfuerzos y de los movimientos. El jefe, que por efecto de pasiones mezquinas, se separa de estos principios, es un mal patriota, y sin conocerlo, puede hacer tanto mal, como un declarado traidor. Muchos ejemplos pueden comprobar lo que he dicho, y los hallaría si los buscase en mi memoria, más no quiero omitir uno, que es tan saliente como verídico: El año 1831, en la batalla de la Ciudadela en Tucumán, el general don Javier Lopez, enemigo declarado del general La Madrid, que lo era en jefe, se retiró con su fuerte división, y dejó batir el ejército á que pertenecía, pensando dominar después los acontecimientos. El resultado fué, dar la completa victoria á Quiroga.

Serian más de las dos de la mañana del 28 de Noviembre, cuando empezó á debilitarse el fuego que había durado toda la noche con rara actividad, pero no por eso se retiraron los contendientes, y tan solo se propusieron tomar algún pequeño descanso, para disponerse á la batalla que era inevitable. Yo, que no había dormido la noche ni dias anteriores, necesitaba algún reposo, y mis ayudantes y el jefe de E. M., se empeñaron en proporcionármelo.

La noche era calorosa en proporción del día que había precedido, que fué abrasador, y la falta de agua en el punto en que estaba colocada la línea de guerrillas, hacía que á cada momento viniesen á buscar agua en cuernos ó porongos, pués no tenian caramañolas nuestros soldados. Las mujeres eran las encargadas espontáneamente de esta operación, y aunque habian pasado muchas contraviniendo mis órdenes que les había mandado quedar al otro lado, tuve que capitular y permitirles seguir en su utilísima ocupación. A la verdad, me admiró ver la actividad con que venian á llenar de agua sus vasijas para volver, sin permitirse la menor detención, á las guerrillas donde se hallaban sus maridos legítimos, ó no legítimos; operación era esta, que no carecía de peligro, pero que al paso que probaba su tierna solicitud, mostraba el interés que tomaban en que los soldados no dejasen sus puestos. Sin embargo, las que habian pasado no eran en gran número, habiendo quedado la mayor parte, que había yo mandado que se formasen á guisa de soldados, en la banda opuesta, para abultar algunas guardias, que había dejado en los pasos de más arriba, y hacer creer al enemigo que estaban guardados. El capitán correntino, don Juan Bautista Vargas, á quién dí la comisión de arreglar y mandar estos *escuadrones femeninos,* se manifestó muy contento de su comisión, y aún pienso, que se creyó muy honrado.

Como yo estaba sobre la orilla del estero, me hallaba expuesto á ser pisoteado á cada rato por los caballos de las conductoras de agua, y fué preciso colocar á mi alrededor, unos cuantos centinelas para preservarme. Estos solícitos cuidados, como el empeño de que reposase, fueron efecto de pura oficiosidad de varios jefes, y de mis ayudantes (1).

---

(1) "Solemne debía ser, como lo es toda batalla, y tanto más,

Todos á porfía, querian conservar mis fuerzas para el acto solemne y clásico que nos restaba.

He hablado después con algunos del ejército enemigo, y me han asegurado, que esa noche fueron atormentados por la sed, lo mismo que al día siguiente. Debía ser así, porque ocupando nosotros la ribera del río y el estero, no les quedaba otra agua. De este modo no le quedaba otra alternativa á Echagüe, que atacarnos ó retirarse, para satisfacer esta necesidad. Su amor propio de invasor, no le permitía lo último; tenía, pués, que hacer lo primero.

Ya muy anunciado el crepúsculo me recordaron, y muy luego alcancé á ver el ejército enemigo, que apenas distaba dos mil varas del nuestro. Toda nuestra caballería, á excepción de la división Baez, se había replegado, y quedaba franco el campo que nos separaba. Los dos batallones que me quedaban, pués el Republicano estaba en el estrecho, se conservaban en columna, y algo ocultos por el estero (1).

---

(1) El de cazadores, tenía gorras punzóes, y el de voltígeros, verdes. El primero perdió catorce hombres de los fuegos del cañón enemigo, mientras el segundo no perdió ninguno; lo que atribuyo al color de las gorras que los hacía percibir, en tanto que los otros, se confundian con el juncal de que abundaba el estero.

" considerando lo que esta acción de guerra pesaría en los des-
" tinos de la República.

" Se requería heroismo, y para esto, corazones templados al
" calor de los nobles sentimientos de *unión nacional*. Esta idea
" se revela en la siguiente proclama, en que el amor se armoni-
" za con la patria, no solo tegiendo coronas cívicas en el hogar,
" sinó compartiendo de los peligros del combate, como acaba-
" mos de ver:

" Las matronas de Corrientes, al batallón cívico que marcha
" á campaña:

" ¡ Soldados del orden !

" ¡ Paisanos queridos !

" La fama ha instruido al orbe de las calamidades, destro-

La artillería tenía la misma posición. Esta disposición hacía que el General enemigo no pudiese percibir distintamente nuestra formación, aunque para conseguirlo, se trepase sobre la tolda de una carreta, é hiciese uso de su anteojo.

En esos momentos me dirigí al estrecho, y considerándolo como la llave de nuestra posición, le recomendé su defensa al comandante Virasoro, dándole la orden de sostener su puesto *á toda costa;* me lo ofreció con tal expresión de seguridad, que quedé satisfecho. Sin embargo, después mandé al jefe de E. M. que asistiese allí personalmente.

El enemigo se movió; el coronel Baez, tomó su puesto en la línea; la artillería empezó á jugar; la nuestra infinitamente más debil y más mal servida, al mismo tiempo que escasa de municiones, no podía competir con la enemiga. No había podido conseguir otro comandante para esta ar-

---

" zos y atrocidades que en repetidas ocasiones, nos ha infrin-
" gido el bárbaro tirano Echagüe, y sus sostenedores: ella, con
" su sonoro clarín, también publica nuestro unánime grito de
" *¡Libertad ó Muerte!* Vais á marchar para uniros á nuestros
" hermanos y compatriotas, *los bravos guerreros del Ejército*
" *de Reserva.* A su cabeza está el virtuoso y valiente general
" Paz, azote de los tiranos de la Patria. El Angel de la victoria
" guia su estandarte.

" ¡ Paisanos amados !

" Seguidle en la carrera de la gloria; contribuíd con los es-
" fuerzos de vuestro patriotismo, á la expulsión y escarmiento
" de nuestros enemigos, que vienen sedientos de nuestra liber-
" tad, de nuestra sangre y propiedades; haced que la victoria
" ponga término á nuestros padecimientos y zozobras, y que
" ella también asegure las libertades patrias.

" ¡ Amados paisanos !

" Seguid al general Paz, y él os conducirá de triunfo en

ma (1), que un joven extrangero llamado Picard, enteramente inepto (2), pero que á falta de otro, suplió en aquel lance, y es preciso decir, lo hizo lo mejor que pudo.

Yo no me había engañado, conjeturando que los esfuerzos principales del enemigo serian sobre nuestra izquierda, pués sobre ella es que se dirigió la numerosa y acreditada caballería que mandaba el general don Servando Gomez. Su empeño, siempre constante de extenderse á su derecha, probaba que quería flanquearnos, y el general Nuñez, que había comprendido perfectamente mis intenciones, obró diestramente en el sentido de alucinarlo y atraerlo al lazo que le estaba preparado. Después de hacer amagos de carga y demostraciones falsas, cuando lo vió ponerse en movimiento, se replegó con rapidéz, é hizo lo que yo le había mandado. En proporción que el general Gomez avanzaba con su división, se estrechaba el terreno entre la barranca del río y el estero, y oprimidos sus

---

(1) En los dias antes de la invasión, había venido de la Banda Oriental conduciendo oficios del general Rivera para el gobierno de Corrientes, el mayor Goyena, antiguo oficial de artillería, que había servido conmigo en el ejército que llevé á Córdoba. Como lo tomase allí la invasión y casí le cerrase el camino para volver, y como me hallase falto de un jefe ú oficial de su arma, le escribí á la capital llamándolo y ofreciéndole el mando en comisión de la artillería, mientras se diese la batalla, sin que por eso dejase el servicio del Estado Oriental, que había tomado. No solo se negó este argentino á prestarse al esfuerzo patriótico que le pedia, sinó que se apresuró á salir de la provincia, dando un gran rodeo por la Tranquera de Loreto y el territorio brasilero, y fué á hacerse el mérito con el general Rivera, de haber resistido *á mis seducciones*. Le valió esta conducta, algunos cientos de pesos y el grado de teniente coronel. Debo advertir, que yo ofrecí en mi carta, dar cuenta al general Rivera, y obtener su aprobación.

(2) El mismo que se pasó al enemigo con Nuñez en Montevideo, el año 43.

" triunfo; en tanto que quedan tegiendo coronas cívicas, con
" qué adornar las sienes de los valientes,
" Vuestras conciudadanas,

Las matronas correntinas."

costados por estos obstáculos, perdía cada vez más su formación. El batallón más fuerte que tenía, que era el de cazadores, colocado convenientemente, tomó en flanco á la división Gomez, la que no obstante sus mortíferos fuegos, continuó su movimiento sobre la división Nuñez, que se retiraba. Cuando esta pasó el estrecho y dejó libres los fuegos de otro batallón (el Republicano) que lo ocupaba, ya el enemigo no presentaba sinó un pelotón informe, que no pudo resistir á los duplicados fuegos, y volvió las grupas, para salir por donde había entrado.

El batallón de cazadores volvió á emplear segunda vez sus fuegos sobre la malhadada división Gomez, que sin forma ni concierto, solo trataba de salir en el mayor desorden de aquel infierno, en que se habian metido. Los fuegos cruzados de dos batallones, debian producir un gran efecto en más de mil hombres agrupados, que por algunos minutos trataron de sostener la lucha y aún ganar terreno; pero, no fué así, porque registrado después el campo, el núme-

---

" Esta alocución fué publicada en «El Nacional» de Monte-
" video, el 11 de Noviembre de 1841, á la vez que la respuesta
" á ella, del Jefe y oficiales del «Batallón del Orden», al que
" el general Paz denominó luego *Guardia Republicana.*

" Fatalmente para la República, y lamentablemente para
" Corrientes, los hombres que dirigian el Gobierno de esta pro-
" vincia, con opiniones opuestas, cegados por un localismo es-
" trecho, *exentos* de iniciativa, sin cualidades para dominar las
" situaciones difíciles y sin las virtudes indispensables en aque-
" llos momentos, no respondieron por falta de talento y de lu-
" ces, á los patrióticos conceptos de esta proclama, privando así
" á Corrientes de su mejor título de gloria: ser el baluarte de
" la *libertad*, así como lo fué Salta de la *independencia.*

" Cuando faltó el sentimiento, triunfó la perfidia; la indisci-
" plina y el pillaje, sustituyeron al orden y al honor del ejército;
" entonces ya no fué posible que Corrientes, que había alum-
" brado la cuna del general San Martín, se cubriera de un lau-

ro de muertos era mucho menor del que debía esperarse. La razón no era otra, que la impericia de nuestros infantes; aturdidos con un espectáculo á que asistian por primera vez, sorprendidos con maniobras que no habian previsto, estaban azorados, en términos, que para que los cazadores apuntasen sus fusiles, fué preciso que me desgañitase; aún cuando dispararon, creo que más de la mitad dirigieron sus tiros á las nubes, pués que los fusiles estaban en una oblicuidad que se acercaba á la perpendicular. Verdad es que la retirada de Nuñez los había sorprendido, porque al principio no entendieron lo que nos proponíamos, y esto pudo influir en su aturdimiento.

Cuando esto sucedía, nuestra derecha ya se había puesto en acción, y atacado la izquierda enemiga; veamos como se practicó esto: Momentos antes del ataque del general Comez, me dirigí rápidamente á la caballería de la derecha, y alzando mi voz cuanto pude, les dije: *Soldados, tengo que daros una gran noticia; Sabed que teneis el honor de dar*

" rel inmarcesible, dando nuevas victorias é iluminando la liber-
" tad, que la ansiaban tantos argentinos. Todo lo perdió,
" cuando el destino le ponía á su frente al general Paz, á ese
" artista de la guerra, quién, con su acrisolada lealtad y entera
" consagración en aras de la patria, con ideas políticas defini-
" das, hubiese entonces organizado la República, *pulverizando*
" las tropas de la tiranía, como él solo sabía hacerlo.

" Tristes momentos fueron aquellos para Corrientes, inuti-
" lizando las disposiciones y el patriotismo de sus buenos hi-
" jos, los tiros envenenados de la malevolencia y la envidia,
" que nublaron el horizonte de la patria, al eclipsar el sol de
" Caaguazú. ¡Deplorable tanta ingratitud! hasta renunciar al
" honor de ser mandados por el general Paz, y ser conducidos
" á la victoria, á libertar á Buenos Aires y demás provincias,
" oprimidas por el puñal de la tiranía. *Juan A. Mendoza.*"

(*Nota del Editor*).

la primera carga. A mis palabras, fué visible el sentimiento de curiosidad que experimentaron mis buenos correntinos, y que asomó sin disimulo, á sus semblantes; cuando dije las últimas, creo que no fueron mal recibidas, y al menos yo quedé satisfecho. Dirigiéndome luego al general Ramirez, que mandaba esta caballería, le dije en privado: *General, no puede usted ignorar que su crédito ha sufrido mucho en otros combates, y que la opinión pública lo condena con razón, ó sin ella. Hé aquí una ocasión de recuperar una gloriosa reputación, que le ofrezco, y le deseo como su amigo. Marche usted, triunfe, y desmienta prácticamente á sus detractores.* El viejo general quiso darse por ofendido, más le dije rápidamente: *Dejémonos de satisfacciones; lo que le he dicho es cierto, y lo que le exijo, de absoluta necesidad para su crédito y su gloria.* Debió conocer que mi voz era la de un amigo, y me dijo: *Señor General, haré ver que no merezco las imputaciones de mis enemigos personales;* y diciendo esto, pidió su lanza, que llevaba su asistente, se encasquetó el sombrero, dió la voz de mando, y partió (1). El coronel Velazco, que mandaba la reserva, siguió trás él para apoyar y proteger su carga. Yo me trasladé otra vez al centro, y de consiguiente, no fuí testigo inmediato de lo que pasó en este costado; pero según todos los informes, fué lo siguiente:

El general Ramirez cargó bién, más sin necesitar que la división del coronel Velazco entrase en acción, para decidir el éxito de aquel empeño; varios escuadrones fueron rechazados, pero se rehicieron, y protegidos por otros, vol-

---

(1) Era de la más rigorosa verdad, cuanto había dicho al general Ramirez, y aún más; pués, su descrédito entre los mismos correntinos, llegaba á términos, que nadie quería estar en su división. Para que le obedeciesen, tuve muchas veces que hacer valer mi autoridad. A la verdad, estaba muy viejo: él cargó y llenó su deber.

vieron á hacer frente al enemigo; al fin la victoria fué nuestra en este punto, y la caballería enemiga, dispersa en su mayor parte, y arrinconada la poca que quedaba, á retaguardia de su infantería, ya no disputaba la victoria. Entonces fué que se presentó Nuñez con su hermosa división, que era capáz de hacer mucho, si hubiera habido algo que hacer; más, ya estaba casi todo decidido en este punto, y sin embargo se fué muy á la derecha, como á tomar una posición espectativa y de cálculo (no militar, seguramente), que tanto he reprobado anteriormente.

Las dos alas del ejército de Echagüe, podemos decir, que estaban fuera de combate. De la izquierda acabo de hacer mención; la derecha, después de salir del *cul-de-sac*, donde imprudentemente se había introducido, se retiró en desorden, fuera del alcance de nuestros fuegos, donde, á lo que me parece, se ocuparía el general Gomez de reorganizarla, para hacerla pesar aún en la balanza del combate. Más, fuese que encontrase dificultades en la voluntad de la tropa, sea que el desastre de su izquierda acabó con el poco de ánimo que les había dejado su aventura del estero, nada hizo de provecho. El desorden continuó, y viéndose amagada de nuevo por nuestra caballería, se deshizo y desbandó.

Mientras esto, los centros de ambas líneas no estaban ociosos; según creo, el pensamiento de Echagüe, era debilitar el mío, con su superior artillería, que estaba bién servida y regularmente mandada por un oficial extrangero, cuyo nombre no recuerdo. La situación de nuestros batallones en un bajío, en que en mucha parte los cubría el terreno, los preservó de tener mucha pérdida. Más, yo, que con una comitiva como de veinte hombres, entre ayudantes, guias, asistencia, etc., era lo único que había allí montado, era el blanco de los cañones enemigos. Fué preciso hacer retirar los asistentes á una buena distancia, pa-

ra no exponer á tantos hombres á un riesgo inutil, y quitar al enemigo aquel punto de dirección. Nuestra artillería contestaba, aunque débilmente, al fuego enemigo, siendo casi inútiles cuatro cañoncitos de á uno, que apenas podian compararse á unos pedreros. Sin embargo, nos fué util, pués supe que había sorprendido al enemigo, que suponía que no teníamos ninguna. Pienso que Echagüe no participaría de este error, que era común entre sus tropas.

Cuando llegó la oportunidad, nuestros batallones hicieron un movimiento de frente, que no aguardó el enemigo, poniéndose en retirada. La emprendió en orden, con su artillería, parque, bagajes, infantería, y los restos que le quedaban, de su derrotada caballería. Más, ya era su situación desesperada; atacados de frente, oprimidos por ambos flancos, por numerosos escuadrones, su destino estaba irrevocablemente fijado. La poca caballería que les restaba, se desprendía en grupos para salvarse por la única abertura que les quedaba, en términos, que antes de media legua, ya no quedaban más que los infantes, y la artillería con el parque y bagajes (1). Nuestra infantería había

---

(1) " Exmo. señor Presidente, don Fructuoso Rivera.

" Inmediaciones de Payubre, Noviembre 28 de 1841.

" General :

" El ejército de Echagüe ha sido hoy reducido á la nada. " Toda su infantería, artillería, gran parque, y porción de car- " retas, de vestuario y armamento, es en nuestro poder. Se per- " sigue á sus restos con tenacidad, y me mandan á cada ins- " tante prisioneros; hay muchos oficiales y jefes. Echagüe y " Servando, es difícil que escapen. Puedo asegurar á V. E., que " no irán al Entre Rios doscientos hombres reunidos. La bata- " lla ha sido en Caaguazú.

" Soy de V. E. affmo. José María Paz."

Publicado en «El Constitucional» de Montevideo, el 7 de Diciembre de 1841.

(*Nota del Editor*).

acelerado el paso cuanto era posible, más no podía dar alcance á la enemiga, que parecía tener alas. Sin embargo, por dos veces hizo un pequeño alto, como para tomar aliento, en que volvió á jugar su artillería; más, luego que la nuestra se acercaba, emprendía la retirada con igual empeño. Ni las carretas, ni los cañones, podian acompañar tan rápido movimiento, y empezaron á quedar las primeras, de á una, de á dos, ó más. Ningún soldado se separó á aprovecharse del botín, y siguieron ordenadamente la marcha y formación que llevaban. Cosa ha sido esa nunca vista, ni imaginada en Corrientes, cuyos habitantes son propensos á la dispersión y al merodeo.

Lo mismo que con las carretas, sucedió muy luego con los cañones, que empezaron á abandonar de uno en uno, porque los caballos se cansaban, y no podian seguir, con la celeridad de la marcha. Con este motivo me sucedió una cosa graciosa con el general Nuñez, cuya relación no quiero omitir: Yo, con la infantería y alguna caballería que había llamado cerca de mí, seguía sobre las huellas de la columna enemiga, de modo que los cañones que abando-

---

" Señor don Julián Paz.

" Inmediaciones de Payubre, Noviembre 28 de 1841.
A las 7 de la tarde.

" Mi querido Julián :

" Hoy, á las once de la mañana, estaba derrotado y pulveri-
" zado el ejército de Echagüe.

" Toda su artillería, infantería, gran parque, porción de car-
" retas, y todo, todo, está en nuestro poder. Hay muchos jefes
" y oficiales prisioneros. Echagüe y Servando, quizá no es-
" capen.

" La mortandad es grande; el campo, por más de tres leguas,
" está sembrado de cadáveres. La pérdida por nuestra parte,
" es muy poca, casi nada. La batalla ha sido en Caaguazú, y se
" dió principio á las siete de la mañana.

" No pudo darse victoria más completa; es imposible que la

naba, no solo eran vistos, sinó ocupados por la tropa que iba á mis inmediatas órdenes, antes que por otra. El general Nuñez, colocado sobre mi flanco, seguía el movimiento general, á una distancia que solo alcanzaba á ver las piezas de artillería que abandonaba el enemigo. Acaso también ignoraba, que yo iba á la cabeza, dirigiendo en persona la persecución, y quería darse el aire y el mérito de haber tomado cañones, que el enemigo abandonaba, y que no era él materialmente quién se apoderaba de ellos. Repentinamente se me presentó un oficial Roa, que era su ayudante, y á grandes voces me dió el pomposo parte á nombre de su general Nuñez, de que se había tomado al enemigo un cañón. Me sorprendió, que en la dirección que llevaba este General, á cuyo frente no había enemigo alguno, se hubiese encontrado una pieza de artillería, y pidiendo explicaciones, vine á saber que el cañón de que me hablaba, era el que estaba ya en mi poder. Despedí al ayudante, y continuamos nuestra marcha.

Al poco rato volvió el mismo Roa con segundo parte, en

" haya. Luego daré detalles, que ahora demorarian al conduc-
" tor. Sosa quiso ir, pero en este momento no puedo juntarme
" con él.

" Tan lejos de ponderarte, persuádete que no sé explicar bién
" la completa destrucción del ejército enemigo. Es terrible, es
" horrorosa. No ván cién hombres reunidos, y no llegan á tres,
" los grupos que ván.

" Cuento con las cooperaciones que me has ofrecido á nom-
" bre de los patriotas, en todas partes. Muy pronto te escribi-
" ré largo. Entre tanto, que no se pierda un tiempo precioso,
" que yo aprovecharé, obrando con la celeridad del rayo. Ha-
" gan, pués, ustedes lo mismo.

" Te felicita y abraza, tu hermano affmo.

José María Paz."

Publicado en «El Constitucional» de Montevideo, el 7 de Diciembre de 1841.

(*Nota del Editor*).

que avisaba el generel Nuñez, que se habian tomado otros dos cañones al enemigo; que averiguada otra vez la cosa, eran los mismos de que acabábamos de apoderarnos. Entonces comprendí el espíritu de su oficiosidad: conocí que era, lo que llaman nuestros paisanos, *una gauchada*; quería, sin duda, que lo recomendase en el parte como apresador de toda la artillería, por haber ido avisando el abandono que hacía el enemigo, de los cañones, que tenía en mi poder.

Diga usted al general Nuñez, previne al ayudante, *que antes de recibir sus partes, ya estos cañones estaban en nuestro poder, y que será excusado me avise de los restantes, que antes de mucho, habrán corrido la misma suerte.* Esto bastó para que no volviese á incomodarme.

Poco más de una legua habría andado la columna enemiga, cuando tuvo que rendirse totalmente; ya había dejado todos sus cañones y carretas, ya había perdido muchos hombres, que quedaban exhaustos de fatiga, calor y sed. He visto espirar algunos en los tormentos que les causaban estas urgentes necesidades, sin que fuese ya tiempo de socorrerlos. Además, numerosas guerrillas de caballería, porque las de nuestra infantería no podian alcanzar, hostilizaban por todas partes á aquellos pobres restos, cuya tenacidad podía venir á serles fatal. Al fin hicieron alto, y levantaron una señal blanca; visto lo cual, se aproximaron algunos nuestros, á quienes ofrecieron rendirse, pidiendo por gracia, la conservación de sus vidas. En el acto se rindieron, fueron desarmados, y dí las órdenes más positivas, para que se les respetase y tratase con humanidad.

Mandé que volviesen al campo de batalla, y fuesen entregados al jefe de E. M., á quién había dejado encargado de los arreglos consiguientes; más, era una verdadera dificultad hacer marchar á aquellos hombres enteramente agotados. Sobre todo, la sed, los devoraba, y se tuvieron

que hacer positivas diligencias para proporcionarles alguna agua.

Entre los rendidos allí, no había ningún jefe de consideración, pués se habian ido separando en proporción que su situación se ponía más desesperada. Nada pude adquirir de Echagüe, ni sé hasta el presente, en qué hora se separó del combate. No obstante, él corrió muy grandes peligros, por una circunstancia que debió serle muy funesta, si don Juan Madariaga, que no se halló en la acción, cumple mejor con las órdenes que tenía.

Hacía como seis dias que lo había destacado con su escuadrón, para hostilizar, por el lado de Payubre, la retaguardia y flanco izquierdo del enemigo. Antes de la batalla, le previne expresamente, que luego que el cañón le anunciase que se empeñaba la acción, se hiciese sentir á toda costa sobre el flanco ó retaguardia del enemigo. Nada de esto hizo, y me dió por pretexto, que prolongándose mucho el cañoneo, juzgó que no llevábamos la mejor parte del combate. Que juzgue cualquiera del mérito de esta excusa, y de la situación de un general que tiene que contentarse con ella, en nuestros ejércitos de paisanos. Sin embargo, como vagaba en la dirección que llevaba el enemigo en su retirada, se encontró á medio día, es decir, más de seis horas después del cañoneo que anunció el principio de la batalla, con un grupo que huyó en esa dirección, por el bosque, á su sola presencia; en este grupo iba Echagüe, quién, en su rápida carrera, perdió el sombrero. Al fin pudo salvar y ganar el Entre Rios, con cuatro ó cinco hombres.

Hubo otro hecho original y característico, que no supe sinó mucho después. Al principiar la batalla, se me dió parte, de que un cuerpo enemigo, ocultándose en el bosque, que á distancia de un cuarto de legua, circuía nuestra derecha, trataba sin duda, de flanquearnos. No dí gran impor-

tancia á la noticia, pero mandé un ayudante al general Ramirez, para que lo hiciese observar. Este General, mandó un escuadrón con este objeto, el cual se encontró luego con el enemigo que iba á observar. Ambos destacaron sus guerrillas, que rompieron luego sus fuegos; después de algunos tiros, los oficiales que las mandaban se hablaron, y se hicieron mútuamente el siguiente raciocinio, que luego sometieron á la ratificación de sus jefes respectivos: *Nuestro combate,* se dijeron, *en nada ha de influir para la decisión de la batalla, y sería una tontera, matarnos sin necesidad y sin utilidad conocida; mejor será que nos conservemos inofensivos, hasta ver á quienes corresponde ceder el campo.* Así se hizo, y cuando vieron la derrota de Echagüe, el oficial correntino, dijo al entreriano: *Ya es tiempo de que ustedes tomen el portante;* quién lo hizo con los suyos, sin hacerse de rogar. (1)

Yo no volví más al campo de batalla, y en vez de eso, seguí mi marcha, reuniendo cuanto podía de nuestra caballería, que en la persecución se había diseminado por escuadrones, compañias, y aún menos. Para reposar durante las horas más calorosas del día, y proveer al posible arreglo de los escuadrones y divisiones, acampé en un bosque, donde había una laguna, en que todos nos guarecimos bajo las sombras que hacian los árboles. Apenas haría algunos minutos que me había desmontado, se oyó un tiro, y luego otro, y otro, que disparaban los soldados, como muestra de alegría y de fiesta por la victoria. Mandé á varios de mis ayudantes á renovar la prohibición mil veces hecha, de no disparar tiros arbitrariamente; más, como si-

(1) Pienso que esto lo he referido en otra parte, aunque no puedo asegurarlo. Si así fuese, téngase por dicho una sola vez, pués me sería muy trabajoso releer lo que ya he escrito.

guiesen los disparos, lleno de cólera, monté á caballo, y me dirigí al lugar de donde salian. Difícil era atinar de qué punto partian precisamente, porque bajo cada arbol había un fogón con sus grandes asados, y en cada fogón, un círculo de soldados. Sin embargo, lleno de indignación, me encaré con uno de estos grupos, y lo reprendía acremente, cuando á mi espalda salió una voz que gritaba: *¡Viva nuestro General!* la cual fué repetida por mil bocas, ocasionando una confusión mayor que la de los tiros, que quería impedir; tuve que serenarme para agradecer aquella demostración de afecto, tan sincera y espontanea, como universal, pero sin dejar de requerirlos sobre la prohibición de los tiros.

Puedo decir, que en este momento empezó la lucha que tuve que sostener en toda la campaña, contra el desorden, que hacía esfuerzos para introducirse, y que apoyaban con todo su poder, varios jefes correntinos, y nada era más aparente para conseguirlo, que esa libertad del soldado de disparar sus armas, gastar municiones, y faltar á todas las reglas del orden militar. Yo, con mi cabeza llena de los proyectos de invasión, que á mi vez iba á ejecutar sobre el Entre Rios, calculaba, que para hacerla con suceso, debía no permitir que se relajase la disciplina, y que por el contrario, debía vigorizarla. Hasta allí, los correntinos habian defendido sus hogares, sus familias, sus intereses, y cualquiera se hace cargo, de cuán poderosos eran estos estímulos, para que ellos se dejasen conducir. Cuando estos iban á faltar en una guerra que tomaba el caracter de ofensiva, era menester emplear otros resortes, de los que el principal era la obediencia militar. Por otra parte, la de Entre Rios era una provincia hermana, y este era un motivo para que yo no consintiese que entrasen como salteadores, los que íbamos á libertarla. Y eso era lo que querian muchos correntinos, á la cabeza de los cuales, estaban

los Madariaga, como lo demostraré en el curso de estas memorias.

Mi primer parte al gobernador Ferré (1), había sido dirigido desde el campo de batalla, aún antes de rendirse la infantería, por conducto de mi ayudante Portaleá, que solo

---

(1) " ¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

" El General en Jefe del Ejército de Reserva.

" Cuartel General en Villa Nueva, Noviembre 29 de 1841.

" Exmo. señor Gobernador y Capitán General:

" Pongo en conocimiento de V. E., que á esta hora, que son " las ocho de la noche, son ya en nuestro poder más de qui- " nientos prisioneros, entre los jefes, oficiales y tropa, contán- " dose entre los primeros, los coroneles Algañaráz y Meneses, y " varios tenientes coroneles, y sargentos mayores, cuyos nom- " bres, así como el de los muchos oficiales, trasmitiré á V. E. " oportunamente. Aún sigue la persecución en todas direccio- " nes, y continuamente me están mandando prisioneros, los en- " cargados de ella.

" Acabo de tener parte, que el general Gomez, iba á la vista " del comandante Madariaga, que con cién hombres fué desti- " nado á darle alcance.

" Ayer, en el primer aviso, no fué posible dar á V. E. una " verdadera idea de la derrota de Echagüe: su ejército ha sido " pulverizado; puedo asegurar á V. E. que no ván doscientos " hombres al Entre Rios, pués los restos de su caballería, que " consiguió escapar del campo de batalla, se hallan casi todos " diseminados por estos montes. La mortandad es grande; to- " do el campo desde Caaguazú hasta el arroyo de Payubre, está " sembrado de cadáveres.

" Pasaré á V. E. un parte detallado, luego que adquiera to- " dos los datos que deben formarlo.

" Dios guarde á V. E. muchos años.

" Exmo. señor.

José María Paz. "

Publicado en el «Nacional Correntino», el 5 de Diciembre de 1841.

(*Nota del Editor*).

llevó dos cartas de mi secretario: para el Gobernador, y para mi esposa. El segundo parte (1), lo remití esa tarde desde la costa de Payubre, donde acampé, y en él, ya hice mención de las caballadas que tanto había recomendado. Mi intención era abrir la campaña ofensiva antes de diez

---

(1) "¡Patria! ¡Libertad! ¡Constitución!

" Cuartel General en Villa Nueva, Diciembre 3 de 1841.

" El General en Jefe, al Exmo. señor Gobernador y Capitán
" General de la Provincia.

" Mes y medio hacía, que el ejército invasor permanecía co-
" mo clavado en la banda sur del río Corrientes, mientras el de
" mi mando estaba en la opuesta, observando cuidadosamente
" el momento en que aquel se propusiese atravesar aquella
" barrera, para atacarlo sobre la marcha.
" El río, que tendrá de cincuenta á sesenta varas de ancho,
" estaba á nado, y el General enemigo, no obstante haber man-
" dado construir dos grandes botes de cuero, y hecho otros pre-
" parativos, no parecía dispuesto á franquearlo. Nuestras par-
" tidas lo acosaban en varias direcciones, y habíamos logrado
" repetidos, aunque pequeños triunfos; más, sin embargo, era
" preciso terminar con tal estado de cosas, y salir de tan in-
" cierta situación. Al efecto, resolví ahorrar al enemigo el pa-
" so del río, verificándolo con nuestro ejército, y reducir nues-
" tras operaciones, á la limitada área que circunscribe el ex-
" presado río Corrientes, el Payubre, y la gran montaña, que á
" distancia de algo más de una legua, corre paralela al prime-
" ro. En la tarde del 26 del pasado, debió nuestro ejército
" acercarse cautelosamente al río, para atravesarlo del mismo
" modo, con la noche; pero esta operación se retardó de dos ho-
" ras, porque el enemigo, ese mismo día, hizo un serio amago
" por el paso de Capitaminí, empeñando un fuerte combate, en
" que fueron balanceadas las pérdidas. Este incidente me hizo
" sospechar por algún tiempo, que el enemigo, cansado al fin
" de su inacción, se hubiese resuelto á forzar el paso, pero á la
" caida dela tarde, volvió á sus posiciones, confirmándome en el
" concepto de que estaba muy distante de resolverse á una ma-
" niobra tan atrevida. Entonces se activó nuestro movimiento,
" y el ejército se dirigió en varias columnas á los puntos más

dias, ó por mejor decir, continuar la persecución que había principiado desde el campo de batalla. Así hubiera sido, sin la fatal demora de tan indispensable artículo.

Al día siguiente, 29, por la noche entré en mi campo de Villa Nueva, que encontré sin más detrimento que el que

---

" aparentes, para efectuar el pasaje. A las dos de la mañana " lo había verificado la infantería y caballería en Caaguazú, " pero la artillería y parque, no obstante haber reunido algu- " nas canoas, no pudo practicarlo tan pronto. Fué ya de día, " que acabó de pasar el último. El ejército acampó en un ba- " jío, y con el fin de atraer la orgullosa vanguardia del gene- " neral Gomez, hice adelantar solamente una división, al man- " do del coronel Velazco. Luego que esta se hizo sentir, fué " recibida por otra, á la que en vano provocó, para que se ale- " jase de su ejército; no lo pudo conseguir, contentándose el " enemigo con empeñar fuertes guerrillas, que duraron todo el " día, y las que al anochecer tomaron un caracter demasiado " serio, por la mucha fuerza que cargó sobre nuestra división " avanzada, la que tuvo que replegarse, sosteniendo valerosa- " mente el empuje de las armas enemigas, no obstante que fué " apoyada por la división del general Ramirez.

" Era ya cerrada la noche, y el fuego se sostenía con encar- " nizamiento por ambas partes, pero la audacia do las guerrillas " enemigas era tal, que revelaba la proximidad de todo su ejér- " cito. Muy pronto se hizo también sentir el fuego por nuestra " izquierda, que ocupaba la división del general Nuñez, de mo- " do que fué general, un vigoroso tiroteo por todo el frente de " nuestra línea, y á no muchas cuadras de ella. La tenacidad de " los enemigos, hizo indispensable reforzar nuestras guerrillas " con el batallón voltígeros, habiendo hecho lo mismo el ene- " migo, por su parte.

" Entonces el fuego recobró una viveza extraordinaria, que " presentando una iluminación de nuevo género, en la exten- " sión de muchas cuadras, duró hasta las tres de la mañana. Su " actividad y duración fué tal, que pudo equipararse á una ba- " talla nocturna. A la dicha hora, calmó, para dar descanso á " los combatientes, y tiempo de prepararse para la batalla, que " debía tener lugar muy luego.

" Amaneció el 28 de Noviembre, y apareció el ejército del " enemigo, á dos mil varas, poco más ó menos, del nuestro. El

le habian hecho sufrir las aguas, y el abandono en que quedó. Al enfrentar la columna, se dispararon algunos tiros como en señal de alegría y triunfo, lo que me causó el mayor desagrado, tanto por las razones que he apuntado antes, cuanto porque parecía que era una expresa resisten-

---

" General contrario, puesto de pié sobre una carreta, según lo " he sabido después, procuraba en vano, descubrir la situación " de nuestras fuerzas, las cuales, ya por la aparente irregulari- " dad de nuestra línea, ya por las pequeñas desigualdades del " terreno, no podian ser bién observadas.

" Más, era forzoso llegar á las manos, y en consecuencia, " desplegó su línea de batalla, teniendo á la derecha, las divi- " siones de vanguardia del mando del general Gomez; al centro, " su infantería y artillería; á la izquierda, la caballería entre- " riana, y á retaguardia, su parque, bagajes y reserva. En esta " forma, se movió sobre nuestro ejército, que estaba organiza- " do en la forma siguiente: La ala derecha, á las órdenes del " señor general Ramirez, se componía de la segunda división " de caballería, de su inmediato mando, y de la cuarta, que " manda el coronel don Federico Baez; el centro, compuesto " de la artillería y los batallones cazadores, voltígeros y guar- " dia republicana, estaba á las órdenes del teniente coronel " don Felipe Lopez; la izquierda, al mando del señor general " Nuñez, se componía de la primera división que está á sus in- " mediatas órdenes, y de la quinta que obedece las del coronel " Salas; la reserva, á las órdenes del coronel don Faustino Ve- " lazco, se formaba de la tercera división de su mando y del " escuadrón escolta. Muy inmediato al paso de Caaguazú, se " encuentra un estero vadeable de figura irregular, pero oblon- " ga, cuyo extremo norte toca casi con el río, dejando solamen- " te una abertura de ochenta varas, inclinándose á la parte de " arriba; dicho estero dividía nuestra línea, dejando á una par- " te, el centro, derecha y reserva, y á la otra, la ala izquierda " del ejército.

" Era de creer, que el enemigo atacaría esta ala que parecía " más debil, como sucedió efectivamente; en consecuencia, el " señor general Nuñez, tuvo la orden de hacer demostraciones " de recibir la carga, para mejor atraer al enemigo, y replegarse " rápidamente en los momentos precisos, por la abertura que " quedaba á retaguardia, entre el estero y el río, para pasar á

cia á mis órdenes. Como era de noche, era difícil encontrar á los culpados, que conocidamente, eran protegidos por los comandantes de pelotón, y aún de escuadrón; más, no por eso dejé de tomar medidas, haciendo á estos responsables si tal cosa se repetía. Me resolví á luchar á todo

---

" ocupar nuestra derecha y completar la derrota de la izquier-
" da enemiga, que estaba destinada á sufrir todo el peso de
" nuestra caballería. El movimiento de nuestra izquierda fué
" ejecutado con habilidad y precisión, al tiempo que la derecha
" enemiga se precipitaba sobre ella, y el señor general Nuñez,
" se trasportó con su fuerte división á la nuestra, llenando de
" terror á el ala enemiga, que le era opuesta, y contribuyendo á
" completar su derrota. En la expresada abertura ó boquerón,
" se había colocado el batallón guardia republicana, y fué des-
" tinado el coronel Chenaut, jefe del Estado Mayor, á tomar el
" mando de este importante punto.

" La derecha enemiga, terriblemente alucinada por la calcu-
" lada retirada del general Nuñez, se lanzó audazmente en su
" seguimiento, teniendo al mismo tiempo que romper su for-
" mación, porque el terreno, que disminuía sucesivamente, le
" obligaba también á disminuir su frente. En tal estado, reci-
" bió primero por su flanco izquierdo los fuegos del batallón
" de cazadores, que había vadeado el estero; pero sin desistir
" del ataque, continuó su marcha hasta dar con el batallón
" guardia republicana, que guarnecía el estrecho, el cual lo re-
" cibió con los suyos.

" Fué entonces todo confusión en el enemigo, y retrocedió es-
" pantado, sufriendo por segunda vez los fuegos de los cazado-
" res, para ir á medio rehacerse á gran distancia, y replegarse
" sobre su infantería.

" Al mismo tiempo que nuestra ala izquierda ejecutaba el
" movimiento que acaba de describirse, nuestra derecha car-
" gaba bizarramente la opuesta enemiga, por orden que para
" ello recibió el señor general Ramirez, siendo no menos bi-
" zarramente sostenida la carga por la reserva, en virtud de
" orden que también le fué dada al señor coronel Velazco.

" El combate se trabó encarnizadamente en este punto, con-
" tribuyendo á prolongarlo, la caballería del general Gomez,
" que según se ha dicho, se había replegado sobre su centro,
" para venir á tomar una parte en el empeño, lo que sin em-

trance contra la indisciplina, y aventurarlo todo, antes que transigir con ella.

No era este un ciego capricho; mi resolución provenía no solo de mis principios, sinó del convencimiento de que sin ella sucumbíamos, y yo me sacrificaría sin utilidad del pú-

---

" bargo, no hizo sinó muy debilmente.
" Muy luego todo fué confusión en el ejército enemigo, que " solo presentaba una enorme y desordenada masa, circulada " por nuestra caballería, excepto por el lado en que se jugaba ' su superior artillería contra la nuestra, y las columnas de " nuestra infantería.
" Acosado este, en la forma que se ha dicho, empezó á pro- " nunciarse su derrota, y se separaban gruesos grupos de su " caballería que pretendian ganar el bosque, y que eran perse- " guidos y despedazados por los escuadrones de la nuestra, " continuando así, hasta que quedó sola la infantería y artille- " ría, con su parque y numerosos bagajes.
" Nuestros batallones se habian puesto también en movi- " miento, con lo que, los restos del ejército enemigo, consistentes " en su artillería é infantería, emprendieron la más desastrosa " retirada. Después de algún tiempo, hicieron un pequeño alto " para disparar algunos tiros de cañón, que siendo contestados " por nuestra artillería, los obligaron á precipitar su mcvi- " miento, para no detenerlo hasta después de rendido. Sus " carretas iban quedando sucesivamente, por el cansancio de los " bueyes, y muy luego sucedió lo mismo con los cañones, no " obstante de estar sus cajas perfectamente provistas; nuestra " infantería no podía darles alcance, y de la caballería se des- " tacó una nube de tiradores que acosaban aquellos mutilados " restos, sin cesar; el calor era excesivo, y al fin, exhaustos de " fatiga, de sed y cansancio, se rindieron como doscientos in- " fantes, que era lo único que les quedaba, pués lo demás había " perecido en la persecución, después de haber combatido con " bravura y hasta con desesperación.
" Desde el principio de la batalla, es asombrosa la actividad " con que han obrado las baterias enemigas, disparando sus " tiros en todas direcciones, pero muy principalmente contra " la artillería y los batallones de nuestro ejército; pero la Pro- " videncia ha preservado á nuestros valientes, y su efecto ha " sido poquísimo. Nuestra artillería, no obstante su inferiori-

blico, y sin gloria. Al día siguiente, al primer tiro que se oyó, hice buscar al que lo había disparado, y le mandé aplicar un castigo; lo mismo con el segundo y tercero, lo que bastó para que no continuase; pero muy luego vino don Joaquín Madariaga, á interceder por uno de los sentenciados,

---

" dad, ha prestado importantes servicios, y ha impuesto no po-
" co al enemigo. La persecucion de la dispersa caballería ene-
" miga, continuó por muchas leguas, y aún hasta hoy se están
" trayendo prisioneros, de los extraviados, que han quedado en
" los montes.

" Antes de ayer, el comandante don Juan Madariaga, que
" obraba cuando la acción, por el otro lado de Payubre, en-
" contró un grupo de sesenta hombres en Abalos, y habiéndo-
" les intimadó rendición, y negándose, los batió y acuchilló,
" tomándoles algunos prisioneros; estos mismos, el día antes nos
" habian muerto villanamente cuatro hombres que cuidaban
" una caballada, á menos de una legua de este campo, arreba-
" tándola, pero que fué también represada.

" El resultado de la batalla, ha sido pulverizar completamen-
" te el ejército enemigo; tomarle su artillería, consistente en
" nueve cañones, su parque, bagajes, tres banderas, que presen-
" tará á V. E. el teniente coronel don Joaquín Madariaga, co-
" misionado al efecto; gran porción de armamento de toda
" clase, que es imposible por ahora especificar, porque aún se
" está recogiendo, y toda su caballada.

" La mortandad del enemigo es grande, y tenemos hasta la
" fecha, prisioneros en nuestro poder, los jefes y oficiales cuya
" lista acompaño (1), y más, ochocientos hombres de tropa.
" Nuestra pérdida es pequeña, y sin embargo, hemos sufrido la
" muy sensible de los valientes oficiales don Ambrosio Zárate,
" don Bruno Gonzalez, don José B. Cabral, y el alferez don
" Julián Lemos, que murieron gloriosamente, rindiendo su úl-
" timo aliento en defensa de la noble causa á que se consagra-
" ron. La relación que se adjunta, instruirá á V. E. de los
" individuos de tropa, que igualmente han perecido, y de los
" heridos de toda clase, que hemos tenido. Es también inclusa
" la relación de todos los señores jefes y oficiales que se halla-
" ron en la gloriosa jornada de Caaguazú.

---

(1) Y que se ha publicado en boletín suelto, y en el «Nacional» de hoy.

alegando que era un soldado muy benemérito. Con este motivo le hice una buena reprimenda, cuyos pormenores excuso, por no incurrir en proligidad, pero que serian muy útiles, para hacer conocer bién el espíritu de estos caudillejos, que entonces empezaban á manifestarse. Este también es el motivo, que hace á cada rato ocuparme de ellos, porque como después jugaron un rol elevado, á la par que funesto, no están de más estos antecedentes.

" Los señores Generales y Jefes de división, y los señores " Oficiales todos, se han conducido del modo más honroso; las " clases inferiores y los soldados, han correspondido igualmen- " te á las esperanzas que la Patria tenía de ellos; mi edecán, " don José Ignacio Serrano, y mis Ayudantes de Campo, todos, " han desempeñado sus funciones con honor y exactitud; mi " secretario militar, ciudadano don Gregorio García y Castro, " no se ha separado un momento de mi lado, durante el comba- " te, como tampoco el capitán de guias, don Juan Gregorio " Acuña, el cual ha prestado muy buenos servicios durante la " campaña. El coronel jefe del E. M. y los Ayudantes depen- " dientes de este ramo, se han conducido dignamente, y han " llenado sus deberes del modo más satisfactorio.

" La heroica provincia de Corrientes debe gloriarse de tener " tan dignos defensores, y de contar entre sus hijos, los valien- " tes soldados que han sabido humillar tan orgulloso enemigo, " y hacer triunfar la justicia y la dignidad de la República Ar- " gentina. Finalmente, Exmo. señor, me sería difícil recomen- " dar particularmente á los individuos que lo merecen, porque " todos, generalmente, nada han dejado que desear en el desem- " peño de sus respectivas funciones y deberes. La Patria debe " serles reconocida, y la causa sagrada de la Libertad, espera " mucho de su valor, virtudes y constancia.

" Dios guarde á V. E. muchos años, Exmo. señor.

JOSÉ MARÍA PAZ."

Es cópia— *Gregorio García y Castro.*"

Publicado en «El Nacional» de Montevideo, el 14 de Diciembre de 1841. (Biblioteca del doctor Angel J. Carranza).

(*Nota del Editor*).

Logré sobreponerme á todo, y mal que les pesase, se conservó el orden y se observó la disciplina. Si me he fijado tanto en los disparos arbitrarios de sus armas, es porque este era un abuso muy antiguo, contra el que había luchado constantemente, no solo como un punto disciplinal, sinó también como una medida económica, que hacía necesaria la escaséz de municiones (1). Jamás pude decir que hubiese abundancia de este preciso artículo, y si cuando no escasea, es preciso conservarlo, ¿qué será cuando es poco?

---

(1) Cuando los Madariaga obtuvieron después un mando más extenso, su gran medida era tener á los cuerpos, aún no lejos del enemigo, sin cartuchos, y cuando se los daban, porque era indispensable, el campo parecía un campo de batalla, por el fuego graneado que se sentía. Bién caro han pagado después el desorden que ellos mismos promovian sin ser capaces de contenerlo, cuando quisieron.

CAPÍTULO XXXI

CARACTER COMPLICADO DE LA GUERRA

Observaciones sobre Caaguazú.—Echagüe como general.—Sus errores de estrátego y táctico.— Prisioneros.—Distracciones.—Inequívoca conducta de Ferré.—Precauciones que toma.—Nueva fáz de la guerra.—Premios que propone Paz para evitar el pillaje. — Los Madariaga representantes del desorden.—El fantasma aterrador.—Inmovilidad del ejército.—Sus causas.—Rivera antes y después de Caaguazú.—Urquiza, gobernador de Entre Rios.—Paz y Rivera penetran en esta provincia.—Rivera marcha contra Urquiza.—Este consigue escapar por la ineptitud de Nuñez.—Situación de los beligerantes en Entre Rios.—Juan Pablo Lopez.—Su comisionado: Ruíz Moreno.—Decadencia de los santafecinos.

Ya instalados momentáneamente en Villa Nueva (1), reorganizando los cuerpos, aumentándolos con más de ochocientos prisioneros, y formando otros nuevos, tal como el batallón Unión, y varios escuadrones, nos separaremos un poco de esta narración, para ocuparnos de algunas obser-

---

(1) " La batalla de Caaguazú es de las más difíciles de cuan-
" tas se hayan librado por las armas argentinas. Maypo y Cha-
" cabuco, las dos memorables batallas de San Martín, son un
" tipo, clásico, si se quiere, de táctica la primera, de estratégi-
" ca la segunda. La situación del general Paz, al norte del río
" Corrientes, á la cabeza de un ejército de reclutas, sin jefes
" ni oficiales preparados ni medianamente, sin práctica y ex-
" periencia de la guerra, frente á un enemigo, por cuya bande-

vaciones generales sobre la batalla, y los movimientos estratégicos, que la precedieron. Procuraré ser tan suscinto, como posible me sea.

El general enemigo Echagüe, educado en la escuela de don Estanislao Lopez, no conoce otros medios de disciplina, que los que empleaba aquel caudillo. Sumamente tolerante con sus subordinados, sacrifica al concepto de *bueno,* que quiere conservar, todo otro interés, toda otra consideración. Ya creo que he dicho en alguna otra parte, y repetiré ahora, que esto no proviene de la bondad de su corazón, pués en tal caso, no lo hubiésemos visto ser pasivo instrumento de las más bárbaras crueldades; tampoco creo que es cruél por inclinación, porque no se complace en ejecutarlas él mismo. En lo que consiste realmente su caracter, es en un egoismo perfecto que lo hace indiferente á los males agenos, é indolente en todo lo que no le afecta personalmente. Semejante á su modelo, quiere dar á entender, que le horroriza la sangre, pero sirve con bajeza al

---

" ra de guerra á muerte, más eran los prisioneros fusilados ó " degollados, que los muertos en el combate, lo que influyendo " en los ánimos, propendía á la dispersión ó la derrota triste, " sin pelea, se coloca por su iniciativa, en estos momentos su- " premos, en la situación del más *sobresaliente* de los genera- " les argentinos.

" Grande fué la iniciativa de San Martín: ¡Libertar á Chile y " el Perú! grande la idea, como también los recursos de su ge- " nio poderoso, al organizar su ejército en Mendoza. Chacabu- " co, está ganada de antemano; es un triunfo estratégico. " Maypo, es una batalla reñida, batalla oblícua; el oportuno " ataque de la reserva, dá el triunfo, heróicamente disputado " por ambos contendientes. Allí están distinguidos jefes y " oficiales, que saben sacar de las distintas armas, los recursos " tácticos en los críticos momentos de la batalla. La infante- " ría, es de lo mejor, pués otra, no podía disputar la victoria, á " la heroica, que mandaba el esforzado Ordoñez. La artillería y

que hace correr torrentes. Como militar, tiene muy limitada capacidad, y carece de resolución; es tímido en sus planes, lento en sus operaciones, menos en la de dejar el campo de batalla, cuando la suerte de las armas se ha declarado en contra. Si no es en la de Cágancha, en que este triste honor le corresponde á Urquiza, que vino con una celeridad prodigiosa, y casi solo al Uruguay, en todas las demás que ha mandado, y en que no ha vencido, se ha retirado antes de tiempo.

Sus movimientos primeros en la invasión de Corrientes, nada tienen de censurable, porque eran los marcados por la simple razón natural, pero la poca celeridad que empleó, nos dió tiempo á prepararnos mejor, para recibirlo. Pudo haber picado nuestra retaguardia con más viveza, á no ser que le sirva de disculpa, el mal estado de sus caballos; más, él tenía la culpa de ello, pués su ejército, algo desordenado, consumía más de los que mejor regularizado hubiera destruido. En esto le hace gran ventaja Urquiza, como que

---

" la caballería, complementan la ejecución de la victoria. Sol-
" dados bién mandados debian ser aquellos, que, á los pocos
" dias del desastre de Cancha-rayada, podian presentar una ba-
" talla como Maypo. El general que la mandaba, debía tener
" gran aliento para disputar el triunfo. Pués no lo tuvo menos
" Paz, en Caaguazú; el paso del río Corrientes, y la batalla, son
" operaciones, las más hábiles que se pueden hacer, y que con
" razón han llamado la atención de los entendidos en el arte
" de la guerra. La inspiración del general Paz, pendiente de
" las maniobras que descubre en el enemigo, que quiere flan-
" quearlo, á lo que opone como primer recurso, el terreno, en
" el que ha calculado la llave de su posición. El rechazo y des-
" moralización de la superior caballería del enemigo, como su
" primer objetivo del combate, la manera como manda á aque-
" llos hombres sin instrucción militar, desconfiados, y hasta
" tímidos, muestran al más *General* de los generales argenti-
" nos, quién en los momentos supremos de la batalla, venció

profesa distintos principios en cuanto á disciplina. Me dicen, que al principio de su carrera, era entusiasta admirador de Quiroga, y que preconizaba la sabiduría del sistema gubernativo de este feróz caudillo. Como si no le ha igualado, poco le resta, es natural que la aproximación haya disminuido la vehemencia de su entusiamo.

Desde que desaprovechó los primeros momentos, ya le fué más difícil conservar la superioridad que le daba el rol de invasor. Situado en el rincón de Moreira, cada día perdía en prestigio y poder Su inacción allí, fué memorable, pués no se puede atinar como no intentó cosa alguna en cincuenta dias que estuvo allí plantado, y aún ni se concibe, qué es lo que pudo estar pensando. Si era que algunos correntinos buscasen su ejército, y que sus intrigas ganasen algún terreno, pronto debió desengañarse, y más creible me parece, que frustrados sus primeros intentos, perdió la cabeza, y se quedó en la posición de aquel, que pretendien-

---

" obstáculos que no los tuvo iguales ningún otro; y esto, á más " de ser un motivo de admiración para el ilustre soldado, que " allí dió un día de gloria á las armas y á la causa de la civili- " zación, triunfo celebrado en Montevideo y Corrientes, con " justo regocijo, encierra una gran enseñanza, pués mostró " una vez más, que entonces como antes y como hoy, no es el " valor ni las armas lo que triunfa en la guerra, sinó la inteli- " gencia, acompañada del ardor que produce la justicia, á lo " que concurre la organización y la disciplina en la obediencia, " y en el empleo de las armas. Y mientras los enemigos inmo- " laban cobardemente á los vencidos, y hasta mutilaban los " cadáveres, el general Paz, magnánimo, coronaba su triunfo, " haciendo honor á la causa que defendía, por sus sentimientos " y su inteligencia. Si San Martín es el más *notable* de los ge- " nerales argentinos, Paz es el más *sobresaliente*. *Juan A. Mendoza*."

(*Nota del Editor*).

do subir á una altura, se quedó en la mitad del camino, sin poder subir ni bajar.

Sin duda estaba equivocado con respecto á la importancia real de nuestro ejército, á quién no suponía capáz de presentársele en batalla campal; y aunque su modo de pensar no fuese exacto en toda su extensión, hasta cierto punto, debo confesar, que no carecía de fundamento. Sus tropas eran mejor armadas é infinitamente más aguerridas. El bajo concepto que tenía de los correntinos, era disculpable, porque siempre que estos han hecho algo, ha sido con jefes y oficiales extraños, y ahora tenian muy pocos. Después de la batalla, he podido apreciar lo que valian las tropas contendientes, y persuadirme que á lances iguales, todas las probabilidades del triunfo estaban por las enemigas.

Puede argüirse descuido al General enemigo, pués no solo no sintió á nuestro ejército cuando pasaba el río Corrientes, sinó que casi dos dias después, ni aún sabía si lo tenía todo á su frente. Su marcha del 27 fué inconsiderada por la hora, pués pudo hacerlo con más comodidad el día siguiente, y tomándose tiempo para tomar mejores informaciones del terreno. Por lo demás, la acción fué lo que debía ser, si se exceptúa la inmovilidad en que mantuvo su centro, mientras que sus alas eran acribilladas. Reducido á tal conflicto, lo peor era estarse inmovil, y fué precisamente lo que hizo; más le valiera haber intentado un ataque central, brusco que fuese, para probar si adquiría una ventaja que equilibrase las pérdidas de los costados. Nunca podía serle más funesto el resultado que lo que fué, y él había ensayado un golpe, que muchas veces ha llamado la victoria, que parecía escaparse decididamente.

¿Pudo poner algún arreglo en la retirada, de modo que salvase al menos un cuerpo formado de caballería? Lo dudo, porque teníamos la ventaja de los caballos, y hubiera sido perseguido de cerca. Sin embargo, ningún es-

fuerzo hizo en este sentido, cuando no fuese más que para llenar hasta el último, los deberes de un general, como lo hizo Quiroga en la Tablada y en Oncativo, en donde, perseguido con vigor, conservó siempre un cuerpo formado, con el que si no disputaba la victoria, quería mostrar que había sido digno de obtenerla. Ni Echagüe, ni ninguno de sus jefes, trató de otra cosa, que en salvar, sin pensar en lo que dejaban, ni en lo que podian aún salvar.

Por el espacio de seis dias estuvieron llegando á Villa Nueva, gruesas partidas de prisioneros que se hacian en todas direcciones, siendo más de setenta, los jefes y oficiales, y mil doscientos ó más, los de tropa. Todos fueron tratados con humanidad, sin que ni uno solo fuese destinado á la muerte. Por más que quiera el mentiroso Rosas, oscurecer la generosidad con que se ha correspondido á sus bárbaros asesinatos, no podrá conseguirlo. Los hechos, el país entero, los prisioneros, los Lamas, los Galan, los Vergara, los Benitez, publicaron su mentira y nuestra generosidad (1). A pesar de que estaban aún frescos los atroces asesinatos del Pago Largo, no hubo venganzas fuera del campo de batalla, no hubo malos tratos, ni hubo insultos. El único desahogo que permití á los correntinos, era, que cuando traian al Cuartel General alguna partida de cincuenta ó cién prisioneros, que inmediatamente eran conducidos al lugar del depósito, que apenas distaba dos cuadras, la

(1) Un mes después de estar los prisioneros en la capital de Corrientes, se intentó por algunos de ellos, una conspiración, á cuya cabeza estaba el coronel Algañaráz, que denunciada por uno de ellos mismos, dió lugar á indagaciones que llevaron al cadalso, á dicho coronel. Al secretario de Echagüe, Benitez, se le creyó también complicado, y me han asegurado que estuvieron en peligro sus dias; más, salió con un recargo de prisión. Rosas, en el pobre designio de fijar que yo he fusilado prisioneros, ha querido echar á mi cuenta la muerte de Algañaráz, de que ni supe, porque estaba á más de cién leguas. Además, no murió, sinó por conspirador.

multitud que los había rodeado, le gritaba en coro: *Al chiquero! al chiquero!* aludiendo á lo que ellos (los enemigos) les decian en las guerrillas, cuando tenian que cederles el terreno. Protesto por mi honor, que no se derramó una sola gota de sangre de los prisioneros, fuera de juicio y fusilamiento del coronel Algañaráz, más de un mes después, en la capital de Corrientes; y eso, porque conspiraba, no solo por escaparse, sinó contra la seguridad y tranquilidad pública, y contra las autoridades existentes.

Varias personas me han preguntado, si premeditadamente elegí el 28 de Noviembre, aniversario de la batalla del Quebrachito, para dar la de Caaguazú, y les he contestado que no hubo una designación fija de ese día, porque pasando el río en la noche del 26, pudo muy bién la batalla tener lugar en el día 27, pero preví, y aún lo expresé á algunos, antes de pasar el río, que era muy probable que diéramos un aniversario glorioso á aquella fatal jornada. Como no creo en los dias nefastos, dí poquísima importancia á aquella circunstancia, y antes, por el contrario, algo hallaba de consolante para nosotros, y expiación para nuestros enemigos, en revindicar las glorias de las huestes libertadoras humilladas un año antes, en ese mismo día.

Habian pasado diez dias después de la batalla, y sin embargo que mis pedidos de caballos eran continuos, no veía sus efectos, ni los de las reiteradas promesas que me habian hecho. El gobernador de Corrientes y el pueblo, locos de contento, se entregaban á las diversiones y festejos de la victoria, sin recordar que para completarla, era preciso emplear su actividad, y una suma, quizá última, de esfuerzos. Ferré, ya pensando en la omnipotencia de Corrientes, juzgaba muy subalterno lo que faltaba que hacer, y graduaba mis pedidos, de exagerados caprichos, y lo que es peor, por detalles de una ambición prematura. Suponía que la victoria me había envanecido, y que el calor de mis solicitu-

des, envolvía miras siniestras. Cuando menos, empezó á temer que quisiese hacer lo que hizo el general Lavalle, de pasar el Paraná con los correntinos, contra su voluntad; creyó también que debía ponerse en guardia contra la preponderancia que me podía dar la gloria militar, que había adquirido.

Por otra parte, un hombre de mediana capacidad como el señor Ferré, que tampoco ha mandado ejército, aunque se adorne con los bordados que condecoran la última graduación militar, no puede comprender, cuanto importa aprovechar los momentos de una victoria, y sacar partido de la sorpresa y desorden que causa en los enemigos, una insigne derrota. Se asombraba del valor que yo daba á los instantes, y pensaba, hasta cierto punto candorosamente, que la pérdida de tres ó cuatro semanas en diversiones, misas de gracias y bailes, importaban muy poco. Mal podía yo oponerme á las diversiones, que las creo muy útiles para conservar el entusiasmo público; pero sí repruebo y reprobé, que el Gobierno se distrajese en fruslerias, de sus más serios deberes.

En el Entre Rios había aún medios de resistencia, pués Urquiza había quedado con fuerzas considerables en la costa del Uruguay, y era muy posible que Rosas los reforzase, haciendo pasar instantáneamente auxilios por Gualeguay ó Gualeguaychú. Mi objeto era sorprender el Entre Rios con la rapidéz de mis marchas, y ocupar antes que acabase Diciembre, la capital de la provincia, como se lo había ofrecido á Lopez, de Santa Fé. Así pudo haberse hecho, si me vienen esas caballadas ofrecidas, para cuya conducción estaban (según me lo había asegurado) prontas las partidas en los departamentos, y en la secretaría, escritas las notas para ordenar su remisión, sin más que ponerles la fecha.

Ante todas cosas, organicé una vanguardia que hice

mover á cargo del general Nuñez, y yo empecé á arrastrarme con el ejército, por divisiones, para no perder tiempo, esperando que las caballadas me alcanzarian. Así llegué á Curuzú-Cuatiá, donde á mi solicitud me alcanzó el señor Ferré. Ya el asunto de la caballadas era un motivo de resfrío, por más que trató de justificar su demora; á él, se agregó el de la carta que me negué á entregarle, según refiero anteriormente.

Otro de los graves motivos que tenía para acelerar mi movimiento, era precaver la deserción, pués era evidente, que aprovechando esos momentos de entusiasmo, de embriaguéz, que causa la victoria, los hombres se dejarian más facilmente arrastrar lejos de sus hogares y familias. Mientras más tardase, mientras más tiempo diese á la reflexión, la imaginación del soldado le pintaría con viveza, los peligros y trabajos de una nueva campaña, y trataría de evitarlos, por la deserción. Ferré, parecía dar poca atención á estas reflexiones, y me daba el inexprimible sinsabor de dudar si las atribuía á otros motivos menos nobles. Y no hay duda; después he conocido que si no lo creía del todo, lo sospechaba al menos, y que tomaba miserables precauciones.

Otro era el modo de pensar de ciertos jefes que querian decididamente la campaña, pero por fruto de ella, no se proponian sinó el pillaje, más no un pillaje cualquiera, sinó un pillaje desordenado, discrecional, y arbitrario. Cuando se les hablaba de distribuciones regulares y premios, manifestaban la más fría indiferencia, mientras en los fogones y en los círculos, excitaban la codicia y la venganza de los correntinos, recordándoles los saqueos y arreos de ganados, que en épocas anteriores habian hecho los entrerianos en su provincia. La cuenta que se hacian estos predicadores, se reducía, á que en un orden regular de premios les tocaría una cantidad determinada, según

su graduación, mientras que admitido el desorden que promovian con todas sus fuerzas, y jugando ellos de *diestros* y *maestros,* sacariau grandes rodeos de ganados, caballadas, yeguadas, muladas, etc., con que se enriquecerian en un momento. A la cabeza de estos especuladores estaban los Madariaga, porque calculando la mayor inmediación de sus departamentos á la frontera, los hombres más á propósito que por la misma razón tenian en sus escuadrones, la popularidad que les daba su inmensa charlatanería, su descaro para adular las pasiones populares, su impudor para corromper las masas, su poco patriotismo en fin, para convertir en su provecho particular, los resultados de una gran victoria, contaban con sacar mejor partido del desorden, que ningún otro.

El señor Ferré deseaba que el Entre Rios pagase los gastos de la guerra, sin que por entonces dejase percibir el medio que se proponía; y todos en general, deseaban alguna indemnización, ya como una compensación de las contribuciones y expoliaciones que habian sufrido en otro tiempo, ya como una recompensa de los servicios prestados en la campaña y en el campo de batalla. Me han acusado injustamente, de una rigidéz de principios y de una severidad de ideas exageradas. Han dicho falsamente, que yo rehusaba premiar á los que habian servido á la causa, por una delicadeza que podrá llamarse ridícula. Lo que quería era orden, y á buén seguro que hubieran ganado mucho en sus intereses, los buenos servidores, y aún los mismos díscolos, pués hubieran aprovechado mejor lo que debió ser el premio de sus buenas acciones, y no el fruto de sus rapiñas.

He aquí lo que propuse al señor Ferré, tanto para realizar el sistema de premios que me había propuesto, como para evitar la deserción, y atender á otros objetos importantes.

Primero, que él (el señor Ferré) se estableciese por unos dias en la frontera, y cuando él no pudiese por cualquier motivo, su hermano don Manuel Antonio, ú otra persona caracterizada que perteneciese al ejército, munida con la autoridad bastante y poderes en forma, del Gobierno.

Segundo, que á su disposición quedase una fuerza de doscientos ó cuatrocientos hombres, con que cubriese las avenidas de la provincia que íbamos á invadir, con el fin de precaver la dirección y los arreos clandestinos de ganados, caballadas, etc., los que deberian prohibirse, bajo penas correspondientes.

Tercero, que se destinase un gran rincón ó potrero, como el de San Gregorio, por ejemplo, ó el que forma el Miriñay con el Uruguay, donde se depositarian religiosamente las haciendas, que por orden y ministerio de la autoridad, se extrajesen del Entre Rios, de las que no se podría distraer parte alguna, salvo para manutención, hasta concluida la campaña.

Cuarto, que yo, general en jefe del ejército, ó si se quería, el mismo Gobierno, mediante las formas que se quisiesen establecer, clasificaría los establecimientos de estancias, como pertenecientes ó no, á enemigos de la causa, haciendo arrear las de los enemigos, para ser conservadas en el depósito ó depósitos, que establecía el artículo anterior.

Quinto, que de estas haciendas se sacaría para los gastos de la guerra, según se juzgase indispensable, pero conservando la mayor parte y la mejor, para premio del ejército, que era el fin principal de esta medida.

Sexto, que se adjudicase un número proporcionado, según el grado y clase de cada uno, tanto en vacas como en caballos, yeguas, mulas, y demás, no debiendo hacer la distribución, sinó después de terminada la campaña.

Séptimo, que el que desertase, perdía el derecho al premio

antedicho, como también al premio de tierras que se había ofrecido, por una ley del Congreso Provincial.

Este pensamiento nada tenía de injusto ni de irrealizable. No era injusto, porque el enemigo confiscaba sin piedad, las fortunas, muebles y raices, de nuestros amigos; ni irrealizable, porque era sencillísima la clasificación de personas. Casi todos los grandes hacendados que habian levantado gigantescas fortunas á expensas de nuestros correligionarios políticos, andaban con las armas en la mano, ó habian emigrado. Sobre la capacidad de los depósitos para conservar en Corrientes esas haciendas, baste decir, que los había tan seguros y tan extensos, que podian contener muchos cientos de miles de animales de todas clases.

El señor Ferré, sin contradecir cosa alguna, ofrecía ocuparse del pensamiento y prestarse á su ejecución; más, lo hacía con tal vaguedad, que me dejaba en la incertidumbre de si merecía ó no su aprobación. Hasta el punto de despedirse, me aseguró que nombraría un sujeto de caracter y representación, para que con su respeto (porque dijo que no podía ser él), hiciese guardar el orden en la frontera; y nada hizo, y me engañó completamente. ¿Quería ó no impedir el pillaje de haciendas, desordenado, y que yo había querido precaver? No lo sé: quizá temía despopularizarse; quizá no veía el peligro de que se verificase lo que yo estaba palpando; quizá temía, también, como otros, aún más conspícuos personajes que el señor Ferré, que yo lo militarizase todo, porque quería regularizarlo todo.

De los Madariaga, supe algunos dias después, que habian dicho, refiriéndose á mí: *Ya este viene como su antecesor* (el general Lavalle) *constituyéndose en defensor de los enemigos. No sería así, si él hubiese perdido lo que han perdido los correntinos.* Ya he manifestado cuales eran mis miras, que ellos comprendian muy bién, pero que como he demostrado, no les convenía á las suyas, un orden equitativo en

las distribuciones: querian *manchancha,* para tomar una mucho mayor parte. Advertiré con este motivo, y 'porque tiene relación con lo que sucedió después, que los Madariaga quisieron tomar un tono colectivo, ya en sus declaraciones, ya en sus representaciones, como si representasen á todos los correntinos; tono, que aunque se los reprobé y contuve, volvía á retoñar á la primera ocasión que se ofrecía.

Alguno dirá, que por qué no castigué á los Madariaga, ó al menos, por qué no los separé; y en contestación diré, que en mi presencia, eran sumamente humildes; que afectaban una suma docilidad; que tenian entre sus paisanos, un cierto prestigio, quizá por su misma tendencia al desorden, que convenía considerar; y que finalmente, no los creí peligrosos en alto grado, y que no lo hubieran sido, sin las faltas y el apoyo que les dió al fin Ferré, contra quién no cesaron sin embargo, ni un solo día de conspirar.

Espero que se me dispense el que me ocupe tanto de los Madariaga, considerando que no es por personalidad, sinó porque eran los representantes del desorden, del montonerismo y del vandalismo. Ya se han visto después las poquísimas aptitudes que tienen para jugar este rol, y no necesitaría decir una palabra sobre ellos; más, lo que quiero, es dar una idea clara de los sucesos, y hacer conocer ese funesto espíritu que anima á los gobiernos de nuestro país, esa tendencia á dominar las masas ignorantes, por la licencia, para después tiranizar á todas las clases; no dejaré de volver muchas veces sobre esos pobres imitadores de Artigas, y de Lopez, de Santa Fé.

Antes de despedirse Ferré para volver á la capital, le rogué que hablase á las clases y á los oficiales, pero en familia (permítaseme la expresión), para que fuese más eficáz la persuasión. Le indiqué que los exhortase á concluir la campaña, y á que observasen la disciplina militar, etc.

Accedió sin dificultad, y tuvieron orden, primero los oficiales, luego los sargentos y últimamente los cabos correntinos, de venir á su alojamiento. A todos les habló sin testigos extraños, y para que fuese la excusa más correntina, no dijo una palabra en castellano, y todas sus elocuencias fueron en guaraní. Estoy seguro, que sin contrariar abiertamente lo que yo me había propuesto, no lo hizo en el sentido que más convenía.

La pasada del Paraná era para los correntinos un fantasma aterrador, y el modo casi mágico con que el general Lavalle los trasportó á la margen derecha de aquel río, sin poderlo evitar ellos, mortificaba su amor propio (1). Ahora era imposible repetir aquella operación por los mismos medios, pués tomaban en su ignorancia, precauciones excesivas y hasta ridículas. La principal, era mantener en alarma continua, al soldado; ponderar los sufrimientos de los que siguieron al ejército Libertador, é inspirar desconfianza en el General en Jefe, y en todos los que no eran correntinos. Sobre este punto era que yo deseaba que Ferré los hubiese tranquilizado, asegurándoles que nada intentaría semejante á lo sucedido anteriormente, y que llegado el caso de pasar, se verificaría con su aprobación y con la más perfecta seguridad, de que regresasen á su país en breve tiempo. En una palabra, deseaba que les inspirase confianza en mis promesas, que estaba firmemente resuelto cumplir.

No lo hizo así Ferré, sea porque realmente tenía desconfianza, sea, y es lo más cierto, porque ya se ocupaba de desvirtuar mi poder. Les habló, finalmente, y limitándose á encargarles que hiciesen la campaña de Entre Rios, y cuan-

(1) Recuerdo haber oido decir á don Juan Madariaga, que solo por la imbecilidad de Ferré, pudo el general Lavalle obtener este resultado.

do un sargento se avanzó á preguntarle, ¿qué conducta deberian tener si se les mandaba, y aún si se les compelía á pasar? contestó, que lo resistiesen. Esto lo supe después, porque como era consiguiente, me lo ocultó, haciéndome entender que había satisfecho mis deseos. Si se me pregunta, ¿quería en este tiempo Ferré que se llevase la guerra á la margen derecha del Paraná? Contestaré, que creo que sí, pero á su modo, como luego veremos.

Con estas disposiciones se despidió Ferré de mí, en Curuzú-Cuatiá, para volver al interior de la provincia, á activar la remisión de caballos, que no se había hecho sinó en escala menor, y que había sido durante su permanencia en el ejército, un punto de constante discusión. Al mismo tiempo me puse yo en marcha para el Mocoretá, casi arrastrándome, con solo el fin de ganar algunas leguas, mientras me alcanzaban las caballadas. Así llegué al paso del Cerrito, en dicho río Mocoretá, donde tuve que detenerme muchos dias, por falta de movilidad.

Estos se pasaban, el enemigo volvió de su sorpresa y tomaba aliento; podía ser reforzado, y lo que no era una menor dificultad, daba lugar á la concurrencia de un tercero, que debía embargarnos mucho, y contribuir poderosamente á que se perdiesen tantos esfuerzos y sacrificios. Este tercero, era el general Rivera, de quién debo decir algunas palabras.

Ya se recordará que en 9 de Octubre, ofrecía el general Rivera, que antes de veinte dias, habría pasado el Uruguay con cuatro mil hombres; pués reparé que en los primeros dias de Diciembre, que se tuvo noticia de la victoria de Caaguazú, estaba á más de sesenta leguas del Uruguay, con unos cuantos cientos de malos soldados, y sin pensar siquiera en moverse. La noticia de nuestra victoria, despertó en él los sentimientos más vivos de emulación, y sin haber concurrido en cosa alguna á nuestro triunfo, se propuso sacar

todo el provecho, acelerando entonces con rara actividad su movimiento, y la invasión que practicó al mismo tiempo que nosotros.

Durante el mes que nos había hecho perder, la falta de caballos, importantes sucesos habian tenido lugar en la capital del Paraná. Echagüe, después de su derrota, llegaba precisamente al espirar el término legal de su gobierno, y debía la Representación Provincial, proceder á nueva elección. Si este General hubiera sido más felíz en su campaña, es más que probable que hubiese sido reelecto; más, el clásico desastre que acababa de sufrir en Corrientes, no era una buena recomendación para captarle los sufragios. No sin temores de una violencia por parte de Echagüe, la Sala de R. R. nombró á Urquiza, que era comandante general del departamento segundo, de gobernador y capitán general de la provincia. En cierto modo me debió su elección, porque si no hubiese vencido á su rival, no le hubiera este dejado el puesto de sus constantes aspiraciones.

Urquiza manifestó en esta crítica situación, actividad y energía. Con las divisiones que tenía bajo su mando, más cuanto pudo reunir de dispersos de la última batalla, y otros elementos, se puso en campaña para repeler la doble invasión que lo amagaba. Verdad es que no ofreció combates; que no disputó el terreno sinó muy débilmente; más, sin embargo, la actitud que tomó, por sí solo tenía su mérito, pués que le venian encima fuerzas muy superiores y triunfantes.

Mientras yo penetraba por el norte, el general Rivera, habiendo pasado el Uruguay con dos mil hombres en San José, lo hacía por el este de la provincia. Urquiza, bajo esta doble presión, emprendió su retirada para Gualeguay, aproximándose al río Paraná, en los pasos que correspondía á la provincia de Buenos Aires. Nuestras comunicaciones con el general Rivera, se abrieron naturalmente, á vir-

tud de nuestra aproximación, y pudimos girar nuestra correspondencia en derechura.

Después de noticiarme su movimiento, me proponía una entrevista en Perucho-Verna, que no queda distante del Uruguay. Sobre ser inadecuado el punto, por cuanto me separaba demasiado de mi línea de operaciones, que era paralela y próxima al río Gualeguay, me debía hacer perder un tiempo precioso, que era indispensable aprovechar, para concluir con toda resistencia. Además, ya entreveía una de las artimañas con que él quería entretenerme para lograr su fin, de apoderarse de la capital de la provincia.

Sin negarme á la entrevista, la diferí para mejor tiempo, motivando fundadamente las razones que se oponian á que se efectuase incontinenti, y despaché al ciudadano don Andrés Pueyrredón, para que nos sirviese entre tanto, de órgano de nuestra mutua inteligencia. La vuelta de Pueyrredón, me probó hasta la evidencia, la exactitud de mis sospechas, y solo me ocupé ya de asegurar el país, á despecho de sus arterias.

Parece que Urquiza prefería hostilizar á Rivera antes que á nosotros, que lo buscábamos por otro lado. Pienso así, porque no se presentó al ejército que yo mandaba, ningún cuerpo ni aún partidas enemigas, salvo alguna insignificante, que revoloteaba á la distancia. Más, retirándose de Rivera, se aproximaba al Gualeguay, por cuya margen izquierda yo descendía. Es claro que aunque yo, con todo el ejército, estuviese en la imposibilidad de alcanzar su flanco, podía hacerlo con una división fuerte, oportunamente destacada. Así lo verifiqué, haciendo marchar al general Nuñez con mil hombres de caballería y cién infantes, escogidos y montados, como iban la mayor parte de los que llevaba el ejército (1).

(1) Cuando marchaba Nuñez, me trasladé á su campo y reuní los jefes

Nuñez se separó del ejército para esta expedición, en el Gualeguay, Paso de la Laguna; tuvo más que sobrado tiempo para haber caido sobre el flanco de Urquiza, que perseguido por Rivera, se aproximaba á dicho río, pocas leguas más abajo. No puedo comprender, por qué Nuñez, en vez de la diligencia, que debía poner en bién de los intereses generales y de los suyos propios, empleó más de treinta horas en andar seis ú ocho leguas. No fué sinó el día siguiente de su marcha, que recibí una nota de Rivera, solicitando que hiciese un movimiento parcial, idéntico al que había practicado Nuñez, pero en posdata y de su propia letra, me decía: *Que no fuera Nuñez el que mandase la división indicada, por el bién de la paz y armonía que debía reinar entre nosotros.*

No quise negarme á esta indicación, hecha en términos tan moderados; y á las veinte y cuatro horas de haber marchado Nuñez, partió el coronel Velazco en su alcance, para tomar el mando de la división, y de obrar de acuerdo con Rivera. Fué á esa distancia de seis ú ocho leguas, que lo alcanzó, y que hecho cargo de la fuerza, se puso en contacto con Rivera, para obrar en común acuerdo. Ya era tarde; Nuñez había perdido un tiempo precioso, había

---

de su división y la de Baez, que eran las destinadas á la operación, y les hablé recomendándoles el orden y la disciplina. Ya por ese tiempo, y antes, habian los Madariaga estallado en ciega enemistad contra el general Nuñez, á quién, cuando llegó, habian cortejado asíduamente. El motivo principal era el de siempre, porque no creyó conveniente favorecer sus miras personales; más, además había otra razón: Nuñez, como entreriano, y aún como pretendiente al gobierno de la provincia, quería que los correntinos no robasen, mientras los Madariaga predicaban la expoliación y el saqueo. Para estas predicaciones, uno tomaba la representación de una provincia, y los otros, la de Corrientes. Recuerdo que en mi discurso, les dije: *No reconozco aquí representante ninguno de Entre Rios, ni tampoco nadie está autorizado para serlo de Corrientes. Ni estas provincias ni ninguna lo necesitan, porque estoy dispuesto á hacer ejecutar mis órdenes, que son de respetar las propiedades particulares.* Los Madariaga, lo tomaron para sí.

dejado escapar á Urquiza, y avanzarse demasiado á Rivera, para que este fuese quién lo persiguiese de cerca, y se apoderase de las inmensas caballadas que dejó, cuando se vió precisado á arrojarse al Paraná.

Pienso que Nuñez, dotado de una ambición insensata, y engreido con los inciensos de jóvenes inconsiderados, debió haber aprovechado, con apresuramiento, la ocasión que se le presentaba de adquirir gloria, obteniendo sobre Urquiza una semi-victoria; además, se habrian apoderado de numerosas caballadas, que tomó Rivera, y hubiera atraido á su partido los rezagados, que por cientos dejaba el flamante Gobernador. La suerte misma de este, era problemática, y es probable, que ni los pobres restos que pasó al Tonelero, hubiera podido salvar. Yo puse á Nuñez la ocasión en la mano, y no supo agarrarla; la culpa es suya, y desde entonces, el crédito de este caudillejo, no hizo sinó retroceder á largos pasos. Pienso que le faltaba resolución en las grandes ocasiones, y que tampoco tenía el suficiente talento para discernirlas.

Cuando lo retiré de la vanguardia, tan lejos de desairarlo, motivé la orden con el pretexto de que debiendo yo ausentarme del ejército, era llamado á quedar interinamente á cargo de él. El motivo era tanto más natural, cuanto era pública la solicitada entrevista, y se urgía con generalidad, que yo debía asistir á ella. El, sin embargo, se dió por ofendido, y habló de retirarse y salir del ejército. Cuando le dije que su demora había ocasionado todo, pués sin ella, el reclamo de Rivera, ni la ida de Velazco, hubieran llegado á tiempo, no supo qué contestar, y tuvo que resignarse con su destino.

Otro motivo de disgusto, fué la candidatura para gobernador provisorio, que se hizo en la persona de don José Seguí, vecino de la capital del Paraná, y á quién ni conocía de nombre. Me dijeron que era amigo de Ferré, y bas-

tó para que me conformase. Nuñez había creido, sin que yo se lo ofreciese, que subiría sin más preámbulos, á la silla del gobierno, y aunque el nombramiento de Seguí era provisorio, le desagradó altamente. No podía ser de otro modo, por mil razones de política. Una sola basta: era una declaración de guerra al general Rivera, el nombramiento de Nuñez.

Sin embargo, le hablé como un amigo, y le persuadí á que quedase mandando el segundo departamento general; que formase una división de dos mil entrerianos, con que engrosaría el ejército, cuando pasásemos el Paraná; que prestase nuevos servicios, y que ganase crédito y gloria. *Lo demás*, le dije, *vendrá pronto, y usted se verá á la cabeza de la provincia, de un modo decoroso, firme y honorable.* A todo se conformó, y lo dejé encargado de los objetos que he indicado, con una fuerza proporcionada, para llenarlos.

Al mismo tiempo disponía que otra división, al mando del general Ramirez, marchase sobre la capital, mientras yo, con el resto, seguía en la misma dirección. La suerte de Urquiza no era dudosa, y muy poco tardó en saberse, que perseguido por la vanguardia de Rivera, se había arrojado al Paraná, ganando la isla del Tonelero, para pasar en seguida á la provincia de Buenos Aires, cerca de San Nicolás.

Desaparecido del teatro aquel, ya no quedaba resistencia seria, y tan solo una que otra montonera de poca importancia, á las órdenes de Crispín Velazquez, Abraham, Olivera, y otros caudillejos, podian incomodar las comunicaciones. Las mandé perseguir, y se logró con facilidad disolver las del primero, y que los otros se sometiesen y prestasen obediencia al nuevo Gobierno. Verdad es, que después lo traicionaron, desertando segunda vez, para volverse á buscar á su antiguo jefe; más, estoy persuadido de que fué efecto su inconstancia, de las circunstancias, y que

nos hubieran servido fielmente, sin la dislocación que sobrevino en el ejército.

En los primeros dias de Febrero llegué á la ciudad de la Bajada, que acababa de ser ocupada por la división del general Ramirez, que era entonces mi vanguardia; á su aproximación, había huido el Gobernador delegado y las autoridades principales, dejando el pueblo en completa acefalía. El gobernador Lopez, de Santa Fé, que según me había ofrecido, debía haber obrado militarmente sobre dicha ciudad, desde dos meses antes (adviértase, que desde la capital de Santa Fé y vice-versa, se vén los edificios de la Bajada, que no está separada sinó por el río Paraná), no solo nada había hecho, sinó que ni prestó cooperación alguna á la división de ocupación, ni hostilizó á los prófugos, que debieron caer en su poder con los caudales públicos, armamentos y pertrechos que llevaban. La operación era sobre facil, segurísima, pués tenía una flotilla, relativamente muy superior á la que mandaban aquellos, y el Paraná, en una extensión de más de cuarenta leguas, hasta entrar en las aguas de Buenos Aires, le ofrecía un campo seguro y vasto para perseguirlos, si se hubiese anticipado, como debió hacerlo. El resultado fué, que se les dejó ir tranquilamente, sin que me diese Lopez posteriormente otra excusa, que el descuido ó mala voluntad del comandante del puerto y del jefe de la flotilla (1), á los que no sé que hiciese los cargos que merecian. Ya llega el tiempo que empecemos á ocuparnos de este ente original, á quién procuraré hacer conocer, aunque sea rápidamente.

Antes de llegar á la Bajada, á distancia de diez ó doce leguas, ya me encontré un enviado suyo, que era el mismo

(1) De Corrientes habian sido mandados uno ó dos lanchones armados para aumentar la flotilla de Santa Fé, en previsión de lo que sucedió.

coronel Ruíz Moreno, que había intervenido en el tratado de alianza con Corrientes. Desde sus primeras palabras, ya ensartó una cáfila de pedidos, entre los que era el más notable, la remisión de una división de ochocientos ó mil hombres, á la que colocaría á vanguardia, durante una excursión que pensaba hacer Lopez sobre la frontera de Buenos Aires: detrás de esta pretensión, venía el pedido de caballos, armas, etc. El comisionado ponía un empeño tan porfiado en obtener cualquier cosa, que recordé la observación que había hecho durante mi prisión en Santa Fé, en donde los talentos diplomáticos se miden, ó si se quiere, se pesan por la *tajada,* que saca el empleado en intereses materiales. Por fortuna, no era preciso mucho para contentarlos, asi es que cuando Cullen en sus misiones á Buenos Aires, traía algunas armas, vestuarios, regalitos, etc., se hacía subir á las nubes, su habilidad y profunda experiencia.

Sin embargo de esto, las peticiones de Moreno eran inacordables en su mayor parte. En primer lugar, el envio de una división, importaba la solución del problema *del pasaje del Paraná* por los correntinos, y á cualquiera se le ocurre las dificultades que esto tenía, principalmente tratando de hacerlo con la aprobación del gobernador Ferré. En cuanto á caballos, había una verdadera dificultad, ó diré mejor, imposibilidad, pués apenas llevábamos los precisos para marchar. En cuanto á armas, le dí algunas, y aún pocos dias después, le mandé algún dinero, asegurando al gobernador Lopez, que partiría los recursos de que pudiese disponer.

Más, dejando esto aparte, porque desaparece á presencia de otra mayor consideración, diré que me llenó de asombro la vaciedad del comisionado y de su poderdante, cuando quise abordar asuntos de mayor importancia. Cuando quise entrar en el plán que debíamos proponernos para las futuras, pero próximas operaciones de la campaña,

nada encontré de sustancial, y me convencí de que nada habian pensado á este respecto; lo peor, y lo que más me desesperaba, era que cuando quería traerlo á este terreno, sobre no adelantar, veía que daban poquísima atención. Luego diré de las conferencias que tuve con el mismo Lopez, en que me acabé de persuadir que este pobre hombre, nada había pensado, y que no había extendido sus meditaciones, más allá del día de mañana.

Cuando quise investigar qué clase de operación se proponía con la división de ochocientos hombres que me pedía, no me dió otra explicación, sinó que pensaba hacer una entrada en la provincia de Buenos Aires, cuyo mejor resultado, podría ser un arreo de ganado. Más, no era esta clase de operaciones en las que yo debía emplear las fuerzas disciplinadas del ejército, teniendo por otra parte, fuerza de sobra para ellas, la provincia de Santa Fé, en más de tres mil soldados de tropas irregulares, de que podía disponer. Yo, y todos, debíamos suponer que don Juan Pablo Lopez, era un hombre algo semejante á su hermano don Estanislao, cuyas gauchescas hazañas, no se le caian de los labios, y era natural hallar en los santafecinos algo parecido á lo que habian sido en épocas anteriores. Más, todo estaba mudado: ni el caudillo se asemejaba á su modelo, ni los santafecinos del día, eran los de diez años antes.

No sería difícil analizar las causas de esta mudanza, pero esta tarea me llevaría muy lejos, á más de que bién pueden inferirse de lo que vaya expresando en el curso de estas memorias. Fuera de eso, quiero cerrar este cuaderno, para tomar por entero, los célebres sucesos de la Bajada, que decidieron de esta campaña.

CAPÍTULO XXXII

MOMENTO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN

Atraso de la oficialidad argentina.—Sus causas.—Redacción de estas Memorias.—Dificultades del autor.—La capital de Entre Rios.—Disposiciones de sus habitantes.—Conducta de Rivera en estas circunstancias.—Resultado de sus errores.—Sus falsas promesas á los entrerianos.—Provoca la rebelión.—Los proyectos de anexión de Entre Rios y Corrientes á la República Oriental.—Epoca fecunda en errores.—La deserción en el ejército correntino.—Causas que la producen.—Ferré llega al Paraná.—Tramas que prepara.—Sus pretensiones y mezquindades.—Ridículos convenios que propone.—Crítica situación del general Paz.—Deja el mando del ejército.—Acepta el gobierno de Entre Rios.—Ingratitud de Ferré.—Abandona al general Paz.—Los Madariaga y Ferré.

A los militares de nuestro país, es á los que menos se puede aplicar lo que se dijo de Cesar, *que sabía hablar y escribir, como sabía pelear;* y á la verdad, que son dignos de disculpa. A la poca instrucción, que era bién general en nuestra juventud, se debe agregar la más completa desaplicación, proveniente de la ignorancia de la mayor parte de los jefes de cuerpo, que tan lejos de estimular á sus subalternos, hallaban cierta complacencia en que no fuesen más adelantados que ellos. Por otra parte, las preocupaciones; se miraba con desdén y hasta desprecio, á un oficial joven que diese mucho valor á la instrucción en

otras materias, fuera de aquellas muy triviales de la profesión. Para colmo de dificultades, la escaséz de libros, principalmente en el ejército que operaba en el interior, era absoluta, de modo que aunque alguno quisiera aprovechar mejor su tiempo, le era imposible conseguirlo.

La clase de oficiales, se componía por lo común de antiguos sargentos que habian aprendido la rutina del servicio, y que por su buena conducta habian ascendido; ó de jóvenes petimetres, que hacian consistir todo su mérito, en ponerse bién la corbata, y hacer con elegancia su corte á las damas; los jefes que habian producido estas dos clases, en nada menos pensaban que en formar otros que pudiesen aventajarlos.

Con tales antecedentes, ¿qué extraño es que no haya habido quién escriba los hechos militares de nuestros ejércitos, y que yo mismo, al redactar estas memorias, sienta las dificultades que son consiguientes, á la falta de ejercicio? Sensible me es, ahora más que nunca, no haber cultivado este talento, para dejar una cosa más digna del asunto que trato, y del objeto que me propongo. A cada paso tropiezo con mi falta de costumbre en este género, y además, no escribo sinó á intervalos y sujetándome á largas y profundas interrupciones. Ellas provienen, fuera del estado precario de mi salud, y de otras circunstancias que afectan mi actual situación, de la desconfianza que se apodera de mí, de que no llenaré ni medianamente mi tarea. Cuando esta llega, tiro los papeles y la pluma, y no vuelvo á acordarme en muchos dias, en que no me faltan las tentaciones de arrojar al fuego, cuanto he escrito. Esta desconfianza nace también del tono cáustico y grandemente crítico, que temo haber dado á mis pobres producciones. Escribo lo que siento, lo que pienso, lo que he visto, según lo he comprendido, sin ocuparme mucho de pomposos panegíricos, como suele acostumbrarse en semejantes obras. Los partes mili-

tares, la prensa, la opinión pública, han hecho ya el elogio de los que han merecido bién de la patria. Ahora me propongo, principalmente, referir los hechos, y asignarles sus causas, según me lo indica mi modo de entenderlos. Si como deseo, alguna vez escribo sobre las operaciones estratégicas de nuestros ejércitos, y sobre los sucesos puramente militares, no dejaré de encomiar debidamente á los que á mi juicio lo merezcan, y hacer á todos la debida justicia.

La advertencia que acabo de hacer, explicará por qué había en estas memorias repeticiones que hubiera deseado evitar, pero que me es bién difícil conseguirlo, atendida la especialidad de mis circunstancias. Cuando después de una interrupción tomo otra vez la pluma, se me presenta una idea ó un hecho que he referido, y vuelvo á hacerlo, en la inteligencia de que es la primera vez que lo emito. La repetición entonces, es tanto más irremediable, por cuanto no tengo paciencia para recorrer lo que he escrito. Agregaré, que mi trabajo se empezó y se continúa sin plán trazado de antemano; que los ocios que me deja mi actual situación, apenas me permiten escribir al acaso, y que yo mismo me asombro de la cantidad de papel que he llenado. ¿Por qué no diré también que es tiempo ya de que mi memoria flaquee, y de que mis facultades se resientan de mis sufrimientos y de mis cincuenta y ocho años? Volvamos al asunto.

En la capital del Entre Rios me recibió la población con muestras de benevolencia, lo que nada tiene de extraño, porque si no era sincera, la creian necesaria sus habitantes, para desarmar el resentimiento del vencedor. Adviértase, que no había allí un partido que nos fuese favorable, y que los únicos que se dejaban sentir, eran puramente personales, sin dejar por eso de pertenecer á lo que llaman *federación*. La opinión estaba dividida entre los dos caudillos

que habian predominado; de modo que quitando los *Echagüistas y Urquizistas*, nada quedaba de provecho en la provincia. Forzoso era servirse de alguno de ellos, y entonces, como ahora, se creyó que el partido de Urquiza simpatizaba más con nosotros; fué también el que se me aproximó, y que como ya indiqué otra vez, quiso persuadirme que su patrono estaba dispuesto á entenderse conmigo.

Por más que Rosas nos proclamase unitarios, todos nuestros actos manifiestan que estábamos dispuestos á abrazar la forma federal, siempre que la adoptase la República. Queriendo sin duda hacer un ensayo ó prueba, de mis disposiciones, los Representantes, las autoridades y vecinos de distinción, se presentaron á cumplimentarme el día de mi arribo, adornados de la divisa punzó en el pecho, que en su concepto simbolizaba la federación. Aunque en el momento nada reprobé, les hice insinuar después que se retiraron, que se la quitasen, pués la consideraba no como un emblema del sistema federal, sinó como signo del partido que está personificado en el individuo que ejerce la dictadura argentina, y á quién hacíamos la guerra. Así lo hicieron, y desde este instante, no se vió otra vez esa divisa de terror, de opresión y de sangre.

Los individuos que componian la Sala de Representantes, eran tenidos por adictos al orden de cosas que acababa de cambiarse, pero además que hubiera sido imposible encontrar amigos nuestros que les subrogasen, debo decir en su obsequio, que en su mayor parte se prestaron de buena fé, al que acababa de establecerse. No tengo la menor duda en asegurar, que se hubieran desempeñado con fidelidad y se hubieran entendido perfectamente con nosotros, sin la fatal dislocación que vino á echar por tierra, nuestras mejores esperanzas. No les haré por esto, favor de suponerlos animados de un ardiente y desinteresado patriotismo. Nada de eso; pero conociendo en lo íntimo de su

corazón, la justicia de la causa que yo defendía, la hubieran servido, si hubieran podido hacerlo sin comprometer su seguridad personal, y sus comodidades. Desde que vieron vacilar el edificio, cuyos cimientos se habian puesto en Caaguazú, solo trataron, con poquísimas excepciones, de reacomodarse con su antiguo patrono, lo que no les fué difícil conseguir. Lo mismo sucedió con los demás empleados, que habian sido conservados en sus destinos.

El general Rivera, forzando sus marchas, había procurado anticiparse en la ocupación de la capital; más, fué inutil su empeño. Temiendo quizá lo que sucedió, ó buscando un pretexto, se aventuró á despachar un parlamentario con una nota de intimación al Gobernador delegado que tenía Urquiza, avisándole su aproximación, y sus disposiciones á entrar en arreglos pacíficos. La nota, de que siento no conservar copia, aunque recuerdo que ví alguna, estaba concebida en los términos más blandos y conciliadores, queriendo con ella formar un contraste con el tono imponente de vencedor, que juzgaba que yo asumiría. Ofrecía al mismo tiempo, pomposamente, garantir las personas, las propiedades, las opiniones, etc.

Lo chistoso fué, que el mayor Mendoza, conductor de la expresada nota, llegó á la Bajada cuando ya la división del general Ramirez había ocupado la ciudad, que ya había un nuevo gobernador, y que el delegado de Urquiza, á quién venía dirigida, había fugado. Cuando yo llegué, aún permanecía el parlamentario con su nota, que fué á presentar, preguntándome, qué haría de ella. Mi contestación fué, que me parecía mejor que se volviese al campo de su General, si no es que prefería ir á Buenos Aires, á entregarla á su título. Hizo lo primero.

No obstante este contratiempo, el general Rivera continuó sus marchas hasta cinco leguas de la Bajada, donde fijó su campamento. Desde allí se propuso promover algu-

nas intrigas, y entablar relaciones con los gobiernos de Santa Fé y Entre Rios, reanudando las que estaban casi concluidas, con el de Corrientes. Más, entonces marchaba sobre distinto plán. Ya no quería ni entrevistas, ni comunicaciones conmigo, y se empeñaba cuanto podía, para persuadir que no reconocía en mí, caracter oficial, ni capacidad ninguna política, para que debiera tomar parte en los arreglos que se hicieran. Su malevolencia provenía del vivo resentimiento que le había causado el chasco de la Bajada (1).

Mucho fué lo que nos dañó este hombre singular, y sin embargo, no hubiera sido lo bastante, para hacer inutil el fruto de nuestra victoria, sin los errores de Ferré y Lopez.

Jamás pensó sériamente Rivera, en dar un impulso vigoroso á la guerra, que la terminase con brevedad. Al contrario; sus concepciones no iban más allá del muy vulgar plán de alimentar las montoneras de Santa Fé, mientras que él aumentaba su poder en Entre Rios, atrayendo las masas, y haciendo jugar los resortes del caudillaje. Imbuido también en la ridícula idea de que el progreso de un país nace de la ruina de sus vecinos, se proponía parapetarse de la barrera que ofrece el caudaloso río, y atizar el incendio y la devastación, en la opuesta orilla. ¡Ah! ¡Qué caro ha pagado el Estado Oriental los groseros errores de su gober-

---

(1) Posteriormente he sabido, que son los dos fuertes motivos de queja que alegaba contra mí, expresándose entonces con la mayor vehemencia: Primero, el haber contribuido á que variasen las disposiciones del señor Ferré y su política, cuando el general Lavalle pasó el Paraná, y dió aquel, su tremenda proclama. Segundo, el haberme anticipado en la ocupación de la Bajada, arguyéndome de engaños, lo que sobre ser falso, es absurdo; pués ni le prometí, ni pude prometerle renunciar á las ventajas de vencedor. Más, dado que fuese un engaño, no es él, que *hace alarde de engañar*, quién debía quejarse de haber sido atrapado en sus propios lazos.

nante! Ha llamado á sí, los males que quiso echar á su enemigo.

Los recursos de la provincia de Corrientes, eran muy limitados para continuar la guerra, y forzosamente debíamos servirnos de los que ofrecía la nuevamente libertada. Ya indiqué antes, que Ferré pretendía indemnizaciones, y el ejército reclamaba los premios. A una gran parte de estas necesidades, debía proveer Entre Rios, y hé aquí que Rivera se presenta apadrinando los intereses de los que podian alarmarse por aquellas medidas.

Fuera de una pomposa proclama, en que ofrecía las más cumplidas garantias, decía en su Cuartel General, á todos los entrerianos que iban á visitarlo: *Este país ha sufrido mucho, y no debe gravársele con nuevas cargas. Si se necesitan recursos para continuar la guerra, el Estado Oriental, á quién tengo la honra de presidir, los tiene de sobra, y está dispuesto á emplearlos, para no gravar á esta pobre provincia.* En seguida hablaba de una remesa de doscientos mil duros que esperaba; de refuerzos de tropas; de vestuarios, y de otras mil cosas de esta naturaleza, con que si no había alucinado, sinó á rarísimos, había al menos lisonjeado á los que temian se les hiciese contribuir con alguna parte de sus intereses.

Entre tanto, el hombre que se producía de esta manera, asolaba y robaba al país escandalosamente, por medio de sus paniaguados, en términos, que por todo el territorio que había dejado á su espalda, no se veian sinó esos arreos clandestinos de ganado, mulada y caballada, que tan habilmente saben practicar nuestros gauchos, y los orientales, que es lo mismo. Puede decirse, sin la menor exageración, que pasado algunos dias, más de la mitad de lo que él llamaba su ejército, no se empleaba en otra cosa, y que muchos de sus jefes, como el funestamente célebre Chila-

vert (1), habian olvidado sus funciones militares, para convertirse en ruines merodeadores.

Para que el lenguaje que usaba el general Rivera, sobre ser falso, llevase el sello del ridículo, debe advertirse, que abrió su precipitada campaña con una caja militar, exhausta, ó mejor dicho, sin caja militar. Apenas se tuvo noticia de algún limitadísimo gasto que hiciese, como por ejemplo, el que voy á referir:

Pagó una sola vez á buén precio unas pocas reses, y aún, menos número de mulas y caballos, para poder asegurar, con citación de testigos, que había comprado estas especies. Así es que se le oía decir frecuentemente, y lo que es asombroso, no temió decírselo al gobernador mismo de Entre Rios, cuando este le reclamó de los robos escandalosos que hacía su ejército: *He pagado las reses, á tanto; las mulas y caballos, á cuanto; como lo puede decir don fulano de tal, á quién le compré.* Debo coservar copias de las justas reclamaciones del gobierno de Entre Rios, y otros documentos, que hacen al intento.

En la campaña, y muy particularmente por la costa del bajo Paraná, que era el camino que había traido Rivera, y por donde luego se retiró, había muchos jefes y oficiales partidarios de Urquiza, que aunque estuviesen retirados, conservaban gran influencia. Por entonces no maquinaban, ó si lo hacian, era tan cautelosamente, que no se dejaban sentir. Ponerlos en juego, hacerlos aparecer en oposición á los que había colocado el Gobierno al frente de la milicia, y de los departamentos, y últimamente, persuadirlos á que levantasen el estandarte de la rebelión, fué obra

(1) Chilavert había quedado atrás con un poco de infantería y seis cañones, que pasaron el Uruguay. Esta situación le permitía ocuparse exclusivamente de la expoliación del país, á que su patrono había ofrecido ostentosamente las más cumplidas garantias.

del general Rivera. El fué quién excitó á Ereñúz, Paez, y otros caudillos, y les puso las armas en la mano, sin más objeto que causarnos dificultades y dañarnos, sin advertir que él mismo, cavaba el abismo que había de tragarlo.

La sublevación de Nogoyá, la derrota y muerte del joven comandante Ostrez, fueron fruto de sus maniobras; maniobras no subterraneas, sinó públicas, y que él mismo me ha confesado después, hasta cierto punto. Se persuadía néciamente, que esos hombres á quienes excitaba á la rebelión, le quedarian suyos, que los dominaría, y por lo menos, podría desarmarlos, cuando le placiese. Fueron ellos poco después, y son hasta ahora, sus más encarnizados enemigos; los que lo han perseguido sin cesar, y batido no solo en Entre Rios, sinó en el corazón mismo del territorio oriental.

Hizo en esta vez el general Rivera, faltas muy graves, y los mayores males á la causa, sin proporcionarse provecho alguno, y lo que es más, alejándose como nunca de su proyecto favorito, de incorporar las provincias de Entre Rios y Corrientes, á la República de que él dependía, ó que dependía de él. Muy al contrario de sus deseos, llegó su descrédito á lo sumo, y puede asegurarse, que desde entonces cesó toda posibilidad de llevar á cabo su idea predilecta.

Esta, no era solo de él, por cuanto participaban de ella muchos orientales de distinción y de más luces que él; consistía en agrandar el Estado Oriental, ó sea la República del Uruguay, con la anexión de las provincias de Entre Rios y Corrientes, pertenecientes á la República Argentina, y la de San Pedro al sur, que depende del Imperio del Brasíl, sin perjuicio de agregar, andando el tiempo, la del Paraguay, con lo que quedaba redondeada la nueva nación. Este sueño, que sin los crasos disparates del general Rivera y los errores del gobierno oriental, pudo tener algo de realizable, dejó de serlo enteramente, sin que ofrezca en el

día, ni una sombra de esperanza de que pueda verificarse.

La denominación de *orientales del Uruguay,* que no solo con el más chocante énfasis, sinó también con fastidiosa repetición, daba Rivera á sus paisanos, desorientalizaba á los correntinos y entrerianos, que son *occidentales del Uruguay*, y fortificaba su verdadera nacionalidad. Todo creía remediarlo, empleando la ya importante palanca del gaucherío y caudillaje. Si en tiempo de Artigas, fué ella bastante fuerte para trastornarlo todo, al presente, ni aún para eso podía servir, y mucho menos, para levantar el soberbio edificio que había podido concebir una imaginación desarreglada.

Agréguese á lo que he dicho, la inmoralidad de su administración, el desarreglo de las rentas, el desorden y pequeñéz de su ejército, sus imprudencias de todo género, y se verá con qué pobrísimos medios, se proponía cambiar la fáz de una gran parte de nuestro territorio. Jamás hubo plán más mal concebido, ni más descabelladamente ejecutado. Jamás ofreció ni una vislumbre de probabilidad.

Disculpo al general Rivera como oriental, y también á los otros que concibieron tan grandioso proyecto, porque nada es más natural, que deseasen el engrandecimiento de su país. Tanto más racional era ese deseo, cuanto que por su pequeñéz, está expuesto á sufrir la influencia de vecinos poderosos; más, es forzoso confesar, que él y sus colaboradores se equivocaron en la adopción de los medios. No faltaban entre ellos, hombres de talento, ni aún jóvenes de los que pertenecian á la *nueva generación,* y por lo mismo, es más de admirar que se alucinasen hasta dar á un proyecto *gigante,* las dimensiones y la medida de un *enano.*

Dejaremos al general Rivera para ocuparnos después de él, mientras nos llaman la atención otros incidentes no menos graves, que tuvieron lugar en esta época, fecunda en errores; preciso me es ir por partes, pasando ahora á decir

algo del ejército que estaba á mis órdenes, y de las disposiciones de varios de sus jefes.

El coronel don Faustino Velazco, á quién en subrogación del general Nuñez, había mandado con mil hombres, á que de acuerdo con Rivera persiguiese á Urquiza, no pudo entenderse con aquel; pués desde los primeros pasos estalló la desinteligencia. Como el objeto de Rivera era anticiparse á la Bajada, hizo que Velazco se le quedase muy atrás; de modo que solo llegó después de dias que yo la ocupaba. Esta linda división sufrió un contraste de otro género, que me fué mucho más sensible.

Cuando se me incorporó en dicha ciudad, había perdido casi la mitad de su fuerza, por la deserción, siendo los cuerpos que mandaban los hermanos Madariaga, los que más habian sufrido. Hasta había algún oficial, que se había manchado con este feo crimen.

No puedo asegurar que los Madariaga lo promovieron expresamente, pero es fuera de duda, que prodigando su sistema de robo y de desorden, eran los verdaderos causantes del mal, sin percibirlo quizá en toda su extensión (1).

Nada es más cierto, que cuando el soldado miliciano adquiere algo en la guerra, trata luego de desertar, para asegurar lo que ha adquirido. He hablado del soldado miliciano, porque el veterano, que no tiene más hogar que su cuartel ó campamento, ni más familia que sus armas, disipa entre sus camaradas, lo que le ha producido la guerra; pero el miliciano que cuenta pronto volver á los objetos de su afección, no tiene otro medio mejor de gozar lo que ha ad-

---

(1) Me inclino á creerlo así, porque años después, en circunstancias más críticas, los he visto, agitar y promover la insubordinación y el desorden, sin apercibirse que iban á ser sus primeras víctimas. La campaña que precedió á Vences, y la jornada de este nombre, son buena prueba de ello.

quirido, que volviéndose á su casa: así lo hace, luego que puede llevar algo á su mujer é hijos. No pretendo que estos sentimientos sean reprochables, pero no se me negará, que en ciertas circunstancias es conveniente reprimirlos ó evitarlos, y es lo que me proponía, estableciendo recompensas, que tendrian su efecto, terminada que fuese la campaña.

El coronel Velazco, me participó que no tenía datos positivos para convencer á los Madariaga de ser los autores de tamaño escándalo, pero que su íntima convicción era de que sinó con una determinada y expresa intención, al menos indirectamente, lo habian promovido en sus conversaciones y doctrinas.

Puede ser que alguno que leyere estos apuntes, extrañe que un jefe experimentado como Velazco, no hubiese podido precaver los males, ó por lo menos, descubrir sus autores. Su extrañeza cesará, si considera que el provincialismo de los correntinos es de tan subidos quilates, que consideran como extrangeros á los que no son nacidos en su provincia, que tienen un idioma exclusivo, cual es el *guaraní,* que los pone en aptitud de conspirar en presencia del jefe á quién traicionan, que tenian los díscolos un resorte poderoso que tocar, excitando la repugnancia general que tenian á pasar el Paraná, sin olvidar lo que halagaba á la muchedumbre, el cebo del pillaje, y sobre todo, el arreo de las haciendas (rebaños), del Entre Rios, que pensaban hacer en su retirada. ¿Qué extraño, pués, que fuese facil á los revoltosos hallar un auditorio adecuado, y que un jefe extraño se viese aislado, traicionado y vendido?

Sucedió, que esas partidas de desertores que atravesaban el Entre Rios para volver á Corrientes, cometian robos, violencias, y toda clase de excesos. Esta conducta originó naturalmente la resistencia de los habitantes, de los que muchos se armaron; hubo varios choques con los desertores, y no pocos fueron exterminados.

Cuando se me presentó la división, le hablé en términos algo duros, y le manifesté mi profundo desagrado, pero sin particularizarme individualmente. Su mismo pecado hacía que los Madariaga se atribuyesen las expresiones de mi desaprobación, y quedaron, respecto á mí, en el más completo retiro. Supe después, que manifestaron grandes temores de que hiciese con ellos un acto de justicia, y que tomaron sus precauciones. Estaban á todas horas con caballo ensillado, y pasaban la noche en regalía, prontos sin duda, para fugarse.

Dejando la infantería y artillería en la ciudad de la Bajada, había sacado la caballería al campo de las Conchillas, cinco leguas al norte de dicha ciudad. Yo me trasladaba con frecuencia del campamento á la capital, y de la capital al campamento, según lo requerian las necesidades del momento. Nuestras caballadas que habian sufrido por las marchas, y más que todo, por la espantosa seca que afligía el país, llamaban urgentemente mi atención; su reparación no podía hacerse, sinó empleando tanta eficacia como orden.

Otro inconveniente que nos traía la deserción que había empezado á picar en el campamento de las Conchillas, sin que por eso se pareciese ni con mucho á la que sufrió la división de Velazco, era que los desertores se llevaban los mejores caballos, y si podian, hacian un buén arreo de ellos. Varios jefes correntinos, manifestaban una pronunciada tibieza. Sin embargo, jamás se desmintieron por entonces en el respeto que me tributaban, y donde quiera que me presentase, parecía recibir la confianza y aún el entusiasmo.

Desde antes de mi marcha de la provincia de Corrientes, había sido convenido con el señor Ferré, que se trasladaría á la Bajada luego que la ocupase, y en consecuencia, se lo avisé con repetición, cuando podía hacerlo, sin peligro. No

obstante la urgencia de mis instancias, se demoró preparando buque, cargándolo, y arreglando no sé qué cosas más.

Nuestras primeras entrevistas, sin dejar de resentirse de frialdad, nada tuvieron de inamistoso, sin embargo que me maravillaba la tibieza con que abandonaba los puntos esenciales de nuestra situación, ya tergiversando, ya demorando su acuerdo ó discusión. No fué sinó más despacio, que pude comprender los pensamientos que lo ocupaban, y que puedo reducir á los siguientes:

Primero, impedir que el ejército pasase el Paraná. Segundo, hacer que la provincia de Entre Rios pagase los gastos de la guerra, é indemnizase los perjuicios que sufrió la de Corrientes en la campaña del Pago Largo, y siguientes. Tercero, como medio de facilitar la consecución de sus primeros objetos, desautorizarme cuanto le fuese posible, reduciéndome al rol de un simple oficial subalterno, con lo que satisfacía también sus privados resentimientos.

Facil es considerar, que principió por el último de estos objetos, obrando cautelosa y reservadamente. Se empeñó en persuadir al gobernador de Entre Rios, don Pedro Seguí, que no debía reputárseme, sinó como un jefe dependiente del gobierno de Corrientes, sin más representación, autoridad y misión, que la que de él emanaba, y que había querido conferirme. Que el mismo Seguí, como gobernador y capitán general de un Estado soberano é independiente, como el de Entre Rios, era una entidad tan superior á mí, que lo separaba una inmensa distancia (1). Por este estilo le lle-

(1) Permítaseme citar una anécdota particular y pequeña, que muestra el orgullo que logró Ferré inspirar á don Pedro Seguí: Yo había mandado formar un cuerpo cívico, ó si se quiere, de guardia nacional, en la ciudad, en que se enrolase lo principal del vecindario, para lo que estaba autorizado, como jefe militar de todas las fuerzas de Entre Rios.

nó la cabeza de ideas tan extravagantes, que este Gobernador de mi hechura, tomó un tono y aire de superioridad exagerado, sin excitar en mí, otro sentimiento que la risa y el desprecio. Bién lo probé cuando un mes después me recibí del gobierno de Entre Rios; pués no solamente no le hice el menor cargo, sinó que lo honré, delegando en su persona el gobierno, y dispensándole mi confianza.

Desde mi llegada á la capital había sido investido con toda la autoridad militar de la provincia, y nombrado general en jefe de sus fuerzas. No podía ser de otro modo, y era lo menos que podía hacerse, si se deseaba sériamente que llevase la guerra á su término. Ferré desaprobó secretamente esta medida, y se me insinuó por el ministro de gobierno, doctor don Florencio del Rivero, que convenía que renunciase esta investidura. No tuve dificultad, y se admitió en el acto mi renuncia.

No se crea por esto que Ferré quería desprenderse de mí, ni que yo me desprendiera de la provincia de Corrientes; por el contrario, quería que dependiese exclusivamente de él, pero conservándome para su seguridad personal, para la de su gobierno y su provincia. Todo lo que diré en seguida, prueba evidentemente esa suposición.

Otro de los empeños de Ferré, fué persuadir á los gobiernos de Entre Rios y Santa Fé, que yo no debía tener parte en las deliberaciones, y que á ellos incumbía exclusivamente discutir y establecer los arreglos necesarios para continuar la guerra. Al efecto, nombraron sus comisarios ó representantes, que se ocuparon de un proyec-

---

Como don Pedro Seguí no tenía más graduación que la de Mayor, creí que podía la Sala de Representantes nombrarlo coronel de este cuerpo, con lo que él obtenía una graduación superior, y estimulaba al vecindario á enrolarse. Dije á algunos este pensamiento, y cuando lo supo, lo recibió como un insulto y una ofensa: Tal era el orgullo á que había llegado.

to de acuerdo, ó tratado, para la formación del ejército que debía llevarla á su término.

Al gobierno de Corrientes, lo representaba el señor don Manuel Leiva; al de Entre Rios, el doctor don Florencio del Rivero; y al de Santa Fé, el señor don Urbano de Iriondo, munidos todos de los respectivos poderes. Estos comisionados se reunieron muchas veces, y bosquejaron un proyecto sobre las instrucciones que Ferré había dado al suyo; más, al quererlo formalizar, tocaron con la dificultad, de si el general en jefe que nombrarian los tres gobiernos contratantes, querría aceptar la misión de mandar un ejército que ellos confeccionaban á su modo, y la responsabilidad que se le imponía, sin su participación.

Ese general era yo, y se vieron precisados á venir los comisionados, á consultarme su trabajo, é inquirir mis disposiciones. Facil es conjeturar que todo era obra de Ferré, pués el gobierno de Entre Rios no tenía voluntad propia, y el de Santa Fé, en nada más pensaba que en sacar, aparentando docilidad, auxilios de armas, caballos, y alguna fuerza, que fuese á servir á sus órdenes. Mejor diría, que nada importante pensaba, y que solo pensaba en ridiculeces, que lo ponian muy abajo de las solemnes circunstancias en que se encontraba.

Mis objeciones al proyecto, fueron terminantes, lo que hizo que se retirasen los comisionados á consultar á sus poderdantes. Ignoro si lo hicieron; más, puedo asegurar, que el convenio no se hizo, y que las cosas quedaron en el estado indefinido en que estaban antes. Estoy firmemente persuadido, que Ferré nunca pensó de buena fé, que un acuerdo semejante podía dar resultado alguno; y que si lo propuso, fué para encubrir sus miras secretas y salvar las apariencias. Daré aquí un resumen del proyectado convenio:

Cada una de las tres provincias debía dar un contingente

de dos mil hombres, para formar un ejército de seis mil. Cada contingente tendría su caja particular para subvenir á sus gastos, y su jefe, dependiente del general en jefe, sin dejarlo de estar de su gobierno respectivo. El equipo y armamento de estos cuerpos, sería de cuenta de las provincias á que pertenecian. El general don José M. Paz, era nombrado General en Jefe del ejército.

No recuerdo si conservo alguna copia, pero poco más ó menos, esta era la sustancia del convenio. Al menos perspicaz se le ocurre las dificultades, por no decir imposibilidad, de su ejecución. Baste decir, que la provincia de Santa Fé no tenía ni un solo escuadrón de tropas organizadas, capáz de concurrir á la formación de un ejército regular, y que la de Entre Rios, aún tenía menos, pués lo que no nos era abiertamente hostíl, era de una decisión vacilante y dudosa. Lo particular es, que el señor Ferré, que exigía que dicha provincia de Entre Rios, diese dos mil hombres para combatir sobre la marcha á Rosas y Urquiza, antes de un mes se retiró á Corrientes, dando por pretexto, que toda la población era enemiga, y que de consiguiente, no podía sostenerse en ella.

Había otro gravísimo inconveniente para la guerra ofensiva, que era la que hasta entonces nos convenía, y la que llamaba toda mi atención. Este inconveniente era la demora que necesariamente traería la reunión de estos contingentes en las provincias de Entre Rios y Santa Fé, y su tal cual organización; demora que daba tiempo á que Rosas reuniese sus fuerzas dispersas en los pueblos del interior, logrado lo cual, el proyectado ejército venía á ser insuficiente, aún cuando se hubiesen vencido las dificultades que se ofrecian, y se hubieran subsanado los vicios orgánicos de que adolecía.

Mi situación, sobre ser penosa y desagradable, era en extremo delicada. El país, los emigrados de Montevideo, los

mismos enemigos, me miraban como el director de una guerra, en cuyos preparativos ni aún se me permitía deliberar. Mi reputación y mi honor estaban comprometidos, sin darme los medios de salvarlos, pués no se me dejaba más que una tremenda responsabilidad. De todas partes se fijaban las miradas en mí, y se creía que me estaba confiado el timón de los negocios, cuando no tenía ni participación en ellos.

En tal conflicto, resolví dar una prueba patente y pública de la prescindencia á que se me había obligado, y manifesté mi deseo de separarme é ir á Corrientes á reunirme á mi familia, mientras se hacian los arreglos que tenian entre manos. Ferré no solo acogió mi idea con apresuramiento, sinó que manifestó los más vivos deseos de que la realizase cuanto antes. Me facilitó buque; hizo aprestar una escolta de su confianza; hizo provisionar aquel, y se mostró tan diligente, como si de eso dependiese el éxito de una grande empresa.

Efectivamente; sin pensarlo le facilitaba la ejecución de todos sus planes, que ya creyó ver realizados con mi ausencia. Cubría la vergüenza de la retirada del ejército, que tenía decidida, diciendo, que habiéndose retirado el General en Jefe, no había podido hacer otra cosa, y podía entregarse, sin el contrapeso que yo le hacía, á la expoliación de la provincia de Entre Rios, que era la segunda parte de la comedia que representaba.

La alegría que manifestó por mi ausencia y su apresuramiento porque la realizase, lo traicionaría, revelando á los entrerianos el peligro que iban á correr desde que quedasen en poder del gobernador y del ejército correntino. Al mismo tiempo, algunos emigrados de la República se alarmaron, y hasta el comercio temía por sus intereses. Hé aquí, pués, una especie de conspiración, para impedir que yo marchase á Corrientes.

Eran las once de la noche del día anterior á mi partida, y ya se había embarcado algo de mi tráfago, cuando se generalizó la voz de mi próximo viaje. A esa hora se me llenó la casa de gente, viniendo personas respetables, y varios de los representantes. El objeto, era pedirme que suspendiese mi viaje, y que al menos les ofreciese no verificarlo hasta el día siguiente. No tuve arbitrio para otra cosa, y se lo prometí.

Al otro día firmaban muchos vecinos y emigrados una solicitud á la Sala de Representantes, para que interpusiese sus respetos, á fin de que yo no me ausentase. La Sala, por sí, y á nombre del vecindario, me pasó una nota interesándose vivamente en lo mismo. No recuerdo ahora precisamente todos los pasos que se dieron en el mismo sentido, pero puedo asegurar que fueron tantos, cuantos era posible dar.

No podía yo negarme á solicitudes tan fuertes y repetidas, y suspendí mi viaje sin saber precisamente lo que había de hacer; tampoco había desistido de él enteramente, más esperaba que se calmasen los ánimos, para emprenderlo de nuevo. Yo había dejado, desde que resolví marchar, el mando inmediato del ejército, en lo que también se había glorificado Ferré, y era ridículo que manifestase deseos de volverlo á asumir. Era también peligroso, pués que podría sospecharse una segunda mira, de que estaba yo muy distante. Los correntinos, sin dejar de tributarme consideraciones y respeto, estaban muy avenidos con la ida á su país, la que al paso de asegurarles un pronto regreso con arreos abundantes de ganados, les daba la certeza de que si volvian á ser invadidos, tendrian otra vez un defensor.

Mi posición era, pués, desairada, y sobre desairada, era inutil para el objeto que se habian propuesto los peticionarios; se apercibieron de esto, y deseando una oficial que

me pusiese en el caso de obrar, se fijaron en el gobierno de la provincia, que quisieron absolutamente que yo admitiese. Adviértase, que Ferré, creyéndose ya solo en el teatro, se había quitado la máscara, y declarado sus exigencias. Pedía que se abonasen á la provincia de Corrientes, no recuerdo qué cantidad de pesos que había dado al gobierno de Entre Rios, después de la derrota de Pago Largo, y aún alguna otra cosa más, de que no hago memoria.

El gobernador Seguí, que dias antes se había conducido conmigo con altanería, fué uno de los más empeñados para que yo aceptase el fardo, que él era insuficiente á llevar, en lo que no sé si obraba por voluntad propia, porque aunque no la tuviese, el clamor público no le dejaba otro arbitrio.

A los entrerianos de la ciudad, se reunieron los emigrados, y á estos, mis amigos particulares, para persuadirme á que aceptase, interesando en ello hasta mi honor.

Si usted no acepta, me decian, *forzoso es que se vaya á Corrientes ú otro punto, pués que no puede continuar en una situación vaga, inactiva é indefinida. Si usted lo hace, Ferré vá á disculpar todos sus actos con la retirada suya. El vá á dejar el teatro de la guerra; vá á abandonar cobardemente la provincia de Santa Fé, faltando á sus más solemnes promesas; vá á inutilizar todas las ventajas de la victoria; haga usted que sobre él recaiga la responsabilidad de tamañas aberraciones.* Estas razones, más que ningunas otras, vencieron mi resistencia, y me presté á la aceptación de un destino que no ambicionaba, y que no podía conservar. Era un verdadero sacrificio, sin que ninguno de sus lados tuviese el más pequeño aliciente que lo compensase.

Se ha dicho que los federales de la Bajada, prepararon diestramente, y atizaron nuestras desavenencias, para sacar partido para su causa. Puede haber habido algo de esto, más si lo hubo, fué tan poco, que apenas tendría muy debil

influencia. Al principio pareció que se inclinaban á Ferré; después se convirtieron á mí; más, ya he explicado las causas de estos cambios, y á fé que no es preciso fatigar mucho nuestra inteligencia, para comprenderlos. Los federales se han alabado de su habilidad en dislocarnos, pero era porque así les convenía, para hacer un mérito con su antiguo patrono, y para lavar ciertos pecadillos que no dejaron de cometer.

En mi nueva posición, ya no podía pensar en llevar la guerra ofensivamente, pero me proponía hacer un esfuerzo desesperado, si era preciso, para conservar la barrera del Paraná, mantener en quietud la provincia de Entre Rios, y servir de apoyo al general Lopez, que en Santa Fé esperaba la tormenta que estaba próxima á descargar. Nada de esto era imposible, si hubiese sido ayudado en alguna manera por las fuerzas de Corrientes ó del Estado Oriental; pero, ¡cuánto es el poder de las pasiones que ciega á los hombres más perspicaces, hasta hacerlos desconocer sus más claros y positivos intereses!

Era evidente, que colocado yo en la Bajada, servía de vanguardia á la provincia de Corrientes y á la República Oriental, que no podian ser atacadas, sinó después que hubiesen vencido los enemigos la resistencia que debía yo oponerles. Eran, pués, esos gobiernos los más interesados en que yo conservase esa posición, y lo hubieran logrado á poquísima costa. Nada quisieron hacer en ese sentido, principalmente el de Corrientes, y yo tuve que abandonarla, para que luego pagasen muy caros los efectos de su obstinación.

Ferré dejó definitivamente la capital y se trasladó al campamento de las Conchillas, situando su cuartel en medio del ejército correntino, más dejando siempre un cuerpo de infantería y una parte de la artillería que hacian la guarnición de la ciudad. Los Madariaga, aunque enemigos de-

clarados de él, se le plegaron con el solo fin de apoyar las medidas que tomase contra mí. Tuvo la debilidad de creerles, para recoger bién pronto los frutos de su ceguedad.

A pesar de que para aceptar el gobierno de Entre Rios guardé para con Ferré todas las consideraciones debidas, pués que no lo acepté hasta haberle pedido y obtenido su aquiescencia, en virtud de estar al servicio de Corrientes, reputó mi admisión como un desaire, como un desafuero y hasta como un crimen. En su campo y alrededor de él, dejaron oir sus paniaguados, la palabra *desertor,* al paso que por otro lado decian á las correntinos, que mi separación y disgusto era únicamente, porque no me permitía el Gobierno que pasase con ellos el Paraná y los llevase á perecer en paises lejanos, como hizo el general Lavalle con los del ejército Libertador.

Marchando en esta línea, se propuso dejarme enteramente indefenso en medio de una población, que si no era enemiga hasta entonces declarada, tampoco era amiga, y que solo esperaba la ocasión propicia de abandonar una causa, que no conocian, y á un jefe que apenas habian visto. Ordenó, pués, Ferré, que toda la tropa correntina de la guarnición, dejase la ciudad y se trasladase á las Conchillas (1),

---

(1) " No es posible comprender acontecimiento tan extra-
" ño, sin estar en algunos antecedentes, que explican las
" ideas y preocupaciones quo guiaban á don Pedro Ferré, el
" gobernador de Corrientes. Era este, un vecino de caracter
" decidido y firme hasta la terquedad, que de años atrás se
" había hecho el órgano, aunque no el déspota de su provincia.
" Ferré, era uno de los federales que en 1826 hacian oposición
" á la constitución de la República, bajo un poder central; él
" promovió el pacto que unió á las provincias del litoral de la
" Plata, en una confederación; y por conservar esta confedera-
" ción é independencia provincial, era que Ferré había estado

y empleó medios rastreros, para que hasta mis ayudantes me dejasen solo. No lo consiguió, pués que varios correntinos, exponiéndose á la clasificación de *traidores* con que se les amenazaba, prefirieron no abandonar á su antiguo jefe.

Más, en esta medida de Ferré hay una circunstancia, que si no fué obra exclusiva de su política, prueba muy poca generosidad.

No ignoraba el fuerte resentimiento de los Madariaga para conmigo, y es quizá por eso que eligió á don Joaquín para que viniese á desmantelar la plaza, y llevarse la guarnición. Lo hizo con tal proligidad, que no dejó municiones, ni armas, ni ningún artículo que pudiera servir para la defensa; tomó, además, un tono altamente ofensivo, agra-

---

" siempre agitando la guerra contra Rosas, desde que empezó " á dominar y absorber las otras provincias federales. Este " hombre, pués, estaba dominado por el espíritu de provincia- " lismo estrecho, que le había dado su papel de federal en 1826. " Cuando el general Lavalle pasó el Paraná con el ejército de " Corrientes, en los últimos tiempos del bloqueo francés, Fer- " ré lo declaró traidor, por salir de los límites de la provincia. " No alcanzando á comprender los cambios que se habian obra- " do en la República, y la imposibilidad de conservar la liber- " tad en una de sus partes, sin asegurarla en el todo. Ultima- " mente, cuando el general Paz llegó con el ejército de reserva " hasta la Bajada para pasar el río, y echarse á marchas forza- " das sobre Buenos Aires, desguarnecida, Ferré se opuso deci- " didamente á la operación, que llevaba el ejército correntino, " á un teatro, que para la provincia de Corrientes no era de in- " mediato interés. Así que, después de haber reunido ganados " y caballadas entrerianas, y no consiguiendo hacer desistir al " general Paz de su empeño, de dar golpe tan osado al poder de " Rosas, Ferré tomó su ejército y lo condujo á Corrientes, don- " de fué disuelto.

" Esta es la única explicación racional que puede darse de la " conducta de Ferré, dejando á un lado, lo que los malos mane- " jos del general Rivera pudieron contribuir á empeorar la si-

viando á varios oficiales, que no siendo correntinos, no querian marchar á reunírsele.

La conducta de Ferré, empleando á Madariaga, y recomendándole, sin duda, una chocante exactitud, fué también ingrata, pués que el motivo principal de la desafección de los Madariaga, venía de que nunca quise apoyar la oposición que estos le hacian. Por esto es que llegué á sospechar, que su elección fué efecto de la política, queriendo por este medio, hacerlos irreconciliables conmigo. En tal caso, su astucia es digna de elogios; pero de los elogios que se dán á Luís XI, ú otro semejante.

¿Y se creerá que Madariaga dió todavía un paso para entenderse conmigo, en los momentos en que acababa de desempeñar tan rigurosamente su comisión? Quiso verme,

---

" tuación. ¡Todavía una reproducción de los acontecimientos " de 1831! El general Paz era arrebatado de la cabeza de su " ejército en el momento de dar un golpe decisivo.

" Quedábanle en Entre Rios, donde él se fijó, el arma- " mento y prisioneros tomados á Echagüe, para principiar de " nuevo, la penosa tarea de disciplinar un nuevo ejército, si " Rosas quería olvidarse de él por algunos meses; pero apenas " tuvo tiempo de poner mano á la obra, antes que una subleva- " ción de los prisioneros, no lo forzase á pensar en su salva- " ción, ya que no le había sido dado por dos veces salvar la Pa- " tria. Con un grupo de oficiales y de vecinos comprometidos, " se retiró al territorio Oriental, favorecido por una espantosa " borrasca, que impidió á sus enemigos que siguiesen en su per- " secución. Hemos oido á uno de sus compañeros, que en aquella " peligrosa fuga, después de hacerlos abandonar el dinero que " habian salvado en algunas carretas, después de atravesar á " la lúz de los relámpagos, los bosques inundados por torrentes " de agua que corría en todas direcciones, y mientras, empa- " pados hasta los huesos aguardaban á los que iban quedando " medio sepultados en el fango, que pudiesen poner de nuevo " en marcha sus extenuadas cabalgaduras, el general Paz, im- " pasible á tanto sufrimiento, y con serenidad inconcebible de " espíritu, después de aquel gran naufragio de sus más caras

y rehusé recibirlo; insistió, y lo admití. Principió por cargar á Ferré con los actos que acababa de ejercer, y no quise escucharlo. Estoy seguro, que á la menor abertura que le hubiera hecho, para conspirar contra Ferré, se presta á una nueva traición.

Quedé, pués, solo en la Bajada á merced de los acontecimientos; tan solo conseguí que se entregasen los prisioneros de Caaguazú que había en los cuerpos, con los que se formó un escuadrón, que se dijo de mi escolta, y un pequeño batallón de negros, que estaba ya formado.

Quiero suspender aquí esta relación, para dar una vista sobre Santa Fé, y sobre el campo del general Rivera, que se conservaba en Entre Rios, pero en las inmediaciones del Uruguay.

" esperanzas, se entretenía, para animarlos, en referirles los
" padecimientos, conflictos y privaciones mayores aún, en que
" más de una vez se habian encontrado en las guerras de la
" Independencia.

" Así escapando á la muerte el general Paz, pudo llegar hasta
" el campamento del general Rivera, presidente de la Banda
" Oriental, quién le ofreció el empleo de jefe de su Estado Ma-
" yor. Pero el General, al primer golpe de vista echado sobre
" aquellas bandas sin disciplina, se convenció que el Estado
" Mayor era un armazón vacío, y un muelle sin elasticidad;
" porque el general Rivera pertenece á la escuela de los caudi-
" llos, entre los que la disciplina severa y la táctica europea,
" son trabas, más bién que auxilios puestos á la movilidad de
" bandas de caballería, que forman casi siempre el grueso de
" sus ejércitos. El general Paz, pasó, pués, á Montevideo á
" esperar el desenlace de los acontecimientos, prefiriendo el
" humilde caracter de emigrado, á un empleo en el que no con-
" taba con asegurar la victoria, por operaciones sábiamente
" combinadas, y un ejército debidamente preparado. Domingo
" Faustino Sarmiento."

(*Nota del Editor*).

CAPÍTULO XXXIII

EL FATAL ERROR DE FERRÉ

Don Juan Pablo Lopez.—Su retrato.—Falta de sinceridad en los hombres pensadores.—La prosecución de una idea.—Causas que se oponen á su realización.—Los ejércitos de Oribe y Pacheco.—Recursos diplomáticos del general Rivera.—Pretende atacar al general Nuñez.—Resistencia de sus subalternos.—Nuevas relaciones de Paz con Rivera.—Ferré niega á Paz todo recurso.—Buenos oficios de don Manuel Leiva.—El comandante Pirán.—Su influencia con Ferré.—El apego de este á las insignias militares.—La elocuencia de Pirán.—Vindicaciones de Ferré.—No puede justificar su fatal error.—Motivos públicos y secretos, que lo impulsan.

Desde mi llegada á la Bajada, había procurado estrechar mis relaciones con el general Lopez, conocer el estado de sus fuerzas, sus planes, sus miras, y las probabilidades de su ejecución; más, nunca podía traerlo al punto esencial de la dificultad, porque divagaba, y me dejaba en la misma oscuridad. Dándose los aires de un supremo gobernador de provincia independiente y soberana, sus relaciones se resentian de cierto embarazo, que no quería yo atacar de frente. Mientras no vino el señor Ferré, Lopez no pasó á

la Bajada; más, luego lo hizo, y yo me lisonjeaba que entonces se arribaría á conocer su verdadera situación, y lo que en ella se proponía. Me engañaba redondamente, porque es imposible figurarse un espíritu más superficial.

Llegó á la Bajada, y tuve una conferencia de tres ó cuatro horas, en que me fatigué inutilmente, por traerlo al punto de la dificultad, sin que pudiese adelantar cosa alguna. Una vez me dijo, que había tenido un pensamiento, y me lisonjeaba de que iba á decir algo de sustancia; y, ¡cuál fué mi asombro cuando supe que se refería á varias activas diligencias que practicaba, para descubrir el paradero del caballo *mala cara*, de Echagüe, para apropiárselo, por supuesto! En este caballo, que sería muy bueno, salvó este general, de la batalla de Caaguazú, y debía haberlo dejado en Entre Rios, por cuanto no lo había llevado por agua, á Buenos Aires. A mí, que era el vencedor de Echagüe, no se me había ocurrido ni indagar ni apropiarme este despojo, y él, no solo se ocupaba de eso, sinó que daba al asunto, una importancia no común.

En suma; después de una eterna conversación, nada obtuve, y me quedé ignorando qué fuerzas, qué clase de tropas, qué elementos de guerra, qué planes ó miras, y dificultades tenía. Todo su empeño consistía (y de aquí partian y venian á parar todos sus esfuerzos oratorios), en sacar armas, municiones, vestuarios, y sobre todo, caballos, sin perjuicio de algún dinero, ú otra cualquier cosa. Es indecible el ahinco que ponía en la adquisición, de caballos sobre todo, sin que entre tanto pudiese explicar, como una provincia que hacía tiempo disfrutaba de quietud, no los tenía. Pienso que esta exigencia provenía menos del militar que del campesino, pués cuando se le decía que nuestros caballos estaban flacos, no los rehusaba por eso, como si las circunstancias hubiesen de darle tiempo de invernarlos y engordarlos.

La operación jefe que tenía que practicar el general Lopez, estaba saltando á los ojos del menos perspicaz; ella consistía en hacer lo posible para dificultar la marcha de Oribe, que venía del interior con su ejército, compuesto en gran parte de reclutas, y muy mal de caballos. Ya que no pudiese impedir su reunión con los fuegos de Buenos Aires, hacer cuanto estuviese á su alcance para embarazarla, debilitarlo, entre tanto, cuanto le fuese posible. Cuando tocaba este punto, y me esforzaba en traerlo á este terreno, divagaba y se salía inmediatamente de la cuestión; hube de creer alguna vez, que lo tenía tan pensado, acordado y meditado, que juzgaba inutil ocuparse conmigo de ello, ó que quizá quería tener por entero el mérito de la concepción, como tendría el de la ejecución.

Lo mismo sucedía, cuando le hablaba de la campaña que podría hacerse sobre Buenos Aires; parecía dar poquísima importancia, y cuando más, se contraía á alguna irrupción pasajera, que solo produciría el arreo de algunos miles de cabezas de ganado. En fin, me persuadí, que en esa guerra irregular, en que el mayor costo lo hace la decisión de los habitantes, podría ser más diestro de lo que se manifestaba, y que algo podría esperarse de los esfuerzos de los santafecinos.

Algo podía influir en esta falta de confianza, porque me persuado que también adolecian de ella sus relaciones, los celos que le causaría la importaucia de mi posición. Heredero del gobierno de don Estanislao Lopez, quería serlo también de esa influencia que ejerció en otras provincias de la República, y nada tiene de extraño que mirase con prevenciones desfavorables, al hombre que podía balancearlo. Tengo certidumbre de que el general Rivera, siempre constante en el propósito de dislocarnos, tocó este resorte por medio de ofrecimientos y lisonjas. ¡Ah! Después, otros que no eran el general Rivera, y que eran argentinos, han

empleado iguales medios con otros fines algo mas remotos, pero con el mismo fatal resultado.

Por otra parte, don Juan Pablo Lopez se habia propuesto por modelo á su hermano, y lo mismo que él, pensaba identificarse con el gauchaje para regentearlo, extendiendo hasta donde pudiese, su caudillaje. Naturalmente, veía en mí el representante de un sistema distinto, y era otro motivo para debilitar sus simpatias. Estas dificultades, que nunca faltan ni faltarán, entre hombres dotados de pasiones é intereses diversos, se hubieran vencido con la concurrencia sincera y leal de los hombres pensadores, asi es que no les doy tan gran valor, que deba atribuirles una gran parte de las desgracias de esta época. Sin embargo, ellas marcaban la disposición de los ánimos, que más tarde se hubiera manifestado con más fuerza, y de que se hubieran aprovechado los díscolos, como lo han hecho siempre.

Estas operaciones, que no he hecho sinó indicar, como la de caer sobre los ejércitos de Oribe y Pacheco, que se replegaban del interior, y la de marchar sobre Buenos Aires, eran las mismas que yo hubiese practicado en escala mayor, si me hubiese sido dado pasar el Paraná con el ejército de Corrientes. Es indudable, que si hubiésemos convenido todos nuestros medios y puéstolos en acción, hubiésemos anonadado el poder de Rosas, y redimido al país de la opresión (1).

---

(1) Hallándome yo en Río de Janeiro, me visitó un joven salteño, Chavarría, dotado de muy buena razón y de muy nobles sentimientos. *La acción de Caaguazú*, me decía, *salvó á la provincia de Salta el año 1841. Vencedor Oribe en Famallá, marchaba con su ejército triunfante, y amenazaba envolverla en los mismos horrores que habian sufrido las de Córdoba, Catamarca y Tucumán. En Concha, cuarenta leguas antes de la capital, recibió la noticia de la victoria de Caaguazú, y retrocedió en el acto, porque debió recibir órdenes para ello. A esta circunstancia debe la provincia de Salta, no haber visto su suelo cubierto de cadáveres y correr á torrentes la sangre de sus hijos. No en la guerra, porque no la había, sinó bajo el puñal de los asesinos.*

Cuando Oribe y Pacheco, pasaron tranquilamente con sus fuerzas, atravesando toda la campaña de Santa Fé, sin que se les opusiese la menor resistencia, empezaron á temer los hombres pensadores; cuando conocieron las intenciones del señor Ferré, de retirar el ejército de Corrientes, se apoderó de todos, el desaliento. La incapacidad del general Lopez, que el peligro ponía en transparencia, hizo llegar al colmo, la desesperación. Desde entonces todo se dió por perdido en aquella provincia, cuya población estaba tan bién dispuesta, y cuyos antecedentes habian hecho concebir otras esperanzas.

Si aún después de haber renunciado á la idea de pasar el Paraná con el ejército de Corrientes, y llevar la guerra ofensiva, hubiera podido conservarme en la Bajada, les hubiera sido de gran auxilio á los santafecinos. Independientemente de lo que podría haberlos ayudado con algunas fuerzas, en más ó menos número, relativamente á las que se me hubieran dejado, los hubiera reanimado la idea de tener un asilo inmediato para sus familias, y un punto facil de retirada. Hubieran podido poner con tiempo, en salvo sus depósitos, sus caballadas sobrantes, y la gente inutil para la guerra; hubieran, de consiguiente, quedado expeditos para esa, de movimientos y partidas, que era la que unicamente les convenía.

Llegado el caso de abandonar enteramente su provincia, hubieran pasado á la de Entre Rios, dos mil por lo menos, que podian contribuir á hacer más respetable la barranca del Paraná, que es la que me hubiera propuesto guardar, con la ventaja, además, de que hubieran tenido en continua inquietud la ribera opuesta, adonde podian pasar con facilidad á procurar sorpresas y golpes de mano, en menos escala.

El señor Ferré, retirando el ejército de Corrientes y negándose á dejar en Entre Rios un solo hombre, come-

tió un doble error, cuyas consecuencias han costado muy caras. Más, no he llegado aún á este punto, que trataré más adelante.

El general Rivera, mientras permaneció en las inmediaciones de la Bajada, no cesó de poner en juego sus *recursos diplomáticos*, para conquistar una influencia, á que no le daban mucho derecho, ni la victoria, ni su cualidad de extrangero (1). Ya he indicado alguno de los medios de que se valía para desvirtuar las otras influencias y hacer prevalecer la suya. Ahora solo añadiré, que entabló relaciones con los gobiernos de las tres provincias, ya separada, ya conjuntamente, en lo que fué menos desgraciado. Propuso también una conferencia, que se verificaría en su campo, y mandó un comisionado, que fué su secretario don José Luís Bustamante; aquella no se verificó, y la misión de este, tampoco dió resultado alguno. Es curioso notar, que después que se había empeñado en excluirme de toda deliberación en los negocios, el secretario quiso entenderse privada y casi exclusivamente conmigo. Sucedió lo que debía suceder: que se hizo mucho mal, sin provecho alguno para la causa, ni para él.

Desengañado, levantó su campo, y se puso en retirada por el mismo camino que había traido, lleno de irritación y de disgusto. Fué principalmente en esa marcha que trabajó en suscitar una oposición armada contra el Gobierno, sirviéndose de los partidarios de Urquiza, y sirviendo por este medio eficazmente á la causa contraria. Queriendo resucitar los tiempos de Artigas, ensayó arrastrar al vecindario, y formar eso que él llama *convoy*, más no pudo

(1) La influencia que quería el general Rivera, era la única, la exclusiva de toda otra influencia: la omnipotencia. Antes, ni después, nadie le negó una influencia racional y adecuada; más, esto no satisfacía sus planes de agregación.

conseguirlo. Los habitantes prefirieron quedar en sus casas, y es preciso decirlo, no empleó la violencia. Aún, á unas familias de indios de Mandisoví, que había arrastrado, les permitió que se fuesen á su domicilio, cuando lo solicitaron.

El general Nuñez, á quién dejé, según se recordará, al este del río Gualeguay, había sido nombrado comandante general del segundo departamento militar, que es el que queda entre dicho río y el Uruguay. En él, es también que asentó su campo el general Rivera, produciendo un conflicto, que pudo tener muy graves consecuencias. Son bién sabidos los motivos de enemistad que mediaban entre ellos, desde que aquel se separó del ejército oriental, para reunirse al general Lavalle; más, era tan fuerte y profundo el odio que ahora le manifestaba el general Rivera, que los mayores esfuerzos, que yo mismo hice para reconciliarlos, fueron del todo inútiles.

Aunque Nuñez no dependía de él, aunque no estaba al servicio oriental, y que se hallaba en otro territorio, se propuso atacarlo, y destruir las fuerzas que por orden del gobierno de Entre Rios estaba formando. Así lo hubiera hecho, sin la formal oposición de sus jefes, que le declararon categóricamente, que no desenvainarian sus espadas, sinó contra los enemigos de la causa y de su país. No obstante, sus disposiciones hostiles alarmaron á Nuñez, que por su parte tomó medidas de defensa, llegando el caso de considerarse como dos cuerpos enemigos, olvidándose de los verdaderos, que casi tenian al frente.

Cuesta trabajo comprender, como el general Rivera, que sabe dominar sus afecciones, y que siempre fué generoso con los que lo habian ofendido, como lo mostró después con el mismo Nuñez, pudo dejarse arrastrar de un sentimiento de aversión tan profundo, que quisiese emprender una nueva guerra, por un motivo puramente personal.

Verdad es, que él quería aniquilar la influencia de Nuñez, que no podía serle favorable, pero era una insensatéz procurarlo por unos medios, que debian suscitarle otros muchos y mayores enemigos.

Me inclino á creer, que tenía en mira crear al nuevo gobierno de Entre Rios y sus aliados, dificultades tales, que los llevasen al punto de no poder marchar, y echarse en sus brazos. Al fin, y después de causar inmensos males, vino á conseguirlo, como lo dirá el curso de estas memorias; más, también se verá que no sacó más provecho que la convicción universal de que en sus manos se había perdido todo.

Con el fin de persuadir á sus jefes de la necesidad y conveniencia de atacar á Nuñez, hizo una reunión de los principales, en la costa del Uruguay, y agotó su elocuencia para inclinarlos á su modo de pensar. No por eso fué menor la resistencia de ellos, distinguiéndose en sus respetuosas observaciones, los coroneles don Fortunato Silva y don Bernardino Baez. El general Rivera, entonces dejó el tono de autoridad; se quejó amargamente, y protestó que se desnudaba de un mando que no era respetado por sus subalternos, y que cesaba desde aquel punto, de ser general en jefe del ejército.

Cualquiera percibirá que este no era más que un arbitrio oratorio, lo que se confirmó con la circunstancia de no haberse dado un sucesor; más, tampoco se desconocerá que tanto para sostener las apariencias de su supuesta abdicación, como por el resfrío que se ocasionó entre los jefes y el General, quedó el ejército en una especie de acefalía, y aún de dislocación.

Debe advertirse, que los jefes en su oposición, no se limitaron á resistir respetuosamente el proyectado ataque contra Nuñez, sinó que reclamaron contra sus manejos anarquizadores (los mismos que he descrito, y que como referí,

eran demasiado públicos), rogándole que se abstuviese de ellos. Exigieron también, que se decidiese á hacer lealmente la guerra al enemigo común, y que uniese francamente sus esfuerzos á los mios, y demás.

Se vé, pués, que al mismo tiempo que en el Paraná hacian ilusorias las más bellas esperanzas, nuestras pobres desavenencias, en el Uruguay no eran menos felices nuestros aliados. Un estado semejante debía tener un término, y es curioso observar, que por distintos caminos vinimos á arribar á un mismo punto: el de la debilidad y la impotencia; lo que nos puso en la necesidad de entendernos y aproximarnos.

Visto el profundo desagrado con que Ferré recibió el aviso de mi elección para el gobierno de Entre Rios, y cierto de que se llevaba el ejército, me dirigí al general Rivera, noticiándole oficialmente mi nombramiento, y usando de expresiones atentas y comedidas. Nada más importaba esta diligencia, que un simple aviso, pero ella y el modo, indicaban mejores disposiciones. Era reanudar nuestra correspondencia que estaba interrumpida, era abrir la puerta á nuestras inteligencias. El general Rivera, que se veía aislado, y casi abandonado de sus jefes, abrazó con apresuramiento este camino que se le presentaba, contestó del modo más satisfactorio, y mandó al teniente coronel Calventos, quién, además de lo que decian las comunicaciones, tenía orden de felicitarme á nombre del General, y darme las mayores seguridades de su amistad y buenos oficios.

Cuando llegó Calventos al Paraná, era terminado ya todo negocio con Ferré, y de consiguiente, perdida toda esperanza de que variase de resolución en cuanto á la retirada del ejército, y de que dejase alguna fracción de él, por pequeña que fuese, para sostenerme en mi nueva posición. Calventos regresó con comunicaciones mias; más, antes de ocuparme de ellas y de la prosecución de mis nuevas rela-

ciones con el general Rivera, debo terminar la relación de lo que pasaba en la Bajada. Me contentaré con decir ahora, que ni el general Rivera supo mis apuros en la costa del Paraná, ni yo sus conflictos en la costa del Uruguay. Se deduce, pués, que nuestra aproximación no fué ni por él, ni por mí calculada, sinó obra de las circunstancias.

No faltaron algunos amigos de la causa, y particulares mios, que oficiosamente se propusieron mediar, para hacer menos desastrosos los efectos de nuestras divergencias con el señor Ferré. Uno de ellos fué don Manuel Leiva, que lo acompañaba en clase de secretario. Me insinuó una vez, que aquel estaba dispuesto á dejar la parte de fuerza correntina que pudiera necesitar, vestir, y sostener la provincia de Entre Rios, siempre que yo se lo pidiese. No vacilé un momento, y me dirigí oficialmente, y del modo más comedido, haciéndole presente la utilidad de conservar la posición de la Bajada y el resto de la provincia, y la necesidad que había para ello, de que dejase un cierto número de tropa que se le asignaba, comprometiéndome á asistirla debidamente, y hasta con abundancia. Su contestación fué perentoria, terminante, y negativa.

Tengo la más perfecta seguridad de que el señor Leiva, no obró por sí solo al hacerme la insinuación, sinó por inspiración, y aún orden de Ferré; y, ¿qué motivo tuvo entonces para negar un pedido que él mismo había promovido? Lo ignoro; pero no por eso dejaré de decir las conjeturas que formé, y que después ha corroborado el tiempo.

Lo más sencillo es pensar que quiso verme tomar el rol de suplicante, para tener el placer de negarse. Si tal hubo, fué un ridículo desquite, porque nada pedía para mí, pués que la fuerza que solicitaba, era para emplearla en beneficio del común, inclusa la provincia de Corrientes, á quién iba á servir de un puesto avanzado.

Sin embargo, no estoy enteramente por esta suposición,

y me inclino á creer, que ella no entró por todo en el negocio. No hay duda, que después de un hecho tan notable como el que acabo de referir, y con las circunstancias de que apenas mediarian veinticuatro ó treinta horas, entre el ofremiento y la negativa, cuesta trabajo hallar un motivo que atenúe su gravedad. Pero yo lo emprenderé, porque me complazco en no atribuir todo, á la falsedad de los hombres, cuando hay un resquicio que pueda salvarla.

Quizá tenía Ferré solo un deseo debil; quizá fluctuaba en la duda; quizá luchaba en lo interior de su alma, la conveniencia pública y el deber, con otro sentimiento menos noble, cuando se dejó arrastrar por las persuasiones de Leiva. Más, luego que este se separó para venir á hacerme el ofrecimiento, entraron otros consejeros, y desbarataron aquellas disposiciones. No lo creo imposible, porque había hombres muy dispuestos al efecto, quienes llevaban la ventaja de halagar las pasiones de Ferré, que se saboreaba con la idea de verme pedirle misericordia. Se fué tan persuadido de esto, que en todo el camino, en Goya y en Corrientes, decía con maligna sonrisa: *No tardará el general Paz en venir huyendo de la Bajada; más, Corrientes lo recibirá siempre como amigo.*

Ya que he hablado de consejeros, forzoso es que diga algo del señor Pirán, persona que representó por un tiempo un papel importante, causando muchísimos males.

Apenas conservaba una idea confusa de don José María Pirán, cuando fué capitán de artillería en el ejército nacional, que hizo la guerra del Brasíl en la Banda Oriental. Después sirvió á las órdenes del general Rivera, en la guerra civíl, y llegó á teniente coronel. En esta graduación se había retirado, y vivía en un pueblo de campaña.

Los Madariaga, de quienes era pariente y amigo, me lo propusieron como un oficial inteligente en la arma que había servido, y los autoricé para que lo llamasen, ofrecién-

dole el mando de la artillería del ejército de reserva, mucho antes de la batalla de Caaguazú. El, no aceptó y se dejó estar en su retiro, viendo venir los sucesos, hasta que se ganó dicha batalla y ocupamos la Bajada, en cuya época se apresuró á venir, sin que nadie lo llamase.

Recuerdo que la tarde de esa misma noche en que debian reunirse en mi casa los comisionados de los gobiernos aliados, para ofrecer á mi consideración el proyecto del tratado de que hice mención, se presentó un hombre que deseaba hablarme. Supe luego, por él mismo, que era el comandante Pirán que venía á ofrecer sus servicios al ejército, sin siquiera tomarse el trabajo de formular alguna excusa, por no haberlo hecho antes de la batalla, y cuando tanto se necesitaba un jefe de su arma. En la actualidad habian variado las circunstancias, por cuanto el comandante don Carlos Paz, había obtenido el mando de la artillería, desde más de dos meses antes.

Lo recibí con la más perfecta urbanidad, sin darme por entendido de su notoria lentitud, lo que no me costó trabajo, porque estando ya casi desprendido del ejército, miraba con indiferencia la venida de Pirán, y sus motivos.

A pesar de sus comunes modales, tuve la paciencia de dejarlo seguir por dos horas con la palabra, que había tomado luego que entró. Me espetó sin piedad, el más extravagante discurso, dirigido á probar, que no solo se le debian á él todas las disposiciones que dieron la victoria de Cagancha, sinó que, própiamente hablando, había sido el *heroe de la jornada.*

En su clase de comandante de artillería, había dado órdenes á los generales, quienes le prestaban obediencia. Por este estilo ensartó tales desatinos, que ya rebosaba yo de impaciencia, cuando vinieron en mi auxilio los comisionados, á quienes esperaba. Entonces lo despedí atenta-

mente, aplazando para otra vez, la continuación de su interminable narración. Fué también la primera y última que lo ví en la Bajada, pués que no volvió á poner los piés en mi casa.

Por más que me esforcé para no darle motivo de queja, me queda la duda de si algo pudo resentirlo, sin que tuviese parte mi voluntad; pienso que no, y que el motivo de su desvio y de su enemistad, provino de otras causas. Deseoso de figurar á toda costa, se le presentó un camino de conseguirlo con toda facilidad, alistándose en el bando contrario, y esto es todo.

Luego que llegó, tomó nociones del estado de las cosas, y es muy natural, que sus amigos los Madariaga, se las dieron sumamente desfavorables á mi persona y á mi situación. Se aproximó á Ferré, cuyo lado debil le fué facil encontrar, y sin quizá esperarlo él mismo, se vió constituido en una especie de consejero, de confidente y de amigo.

Bajo estos caracteres, principió y siguió cultivando sus relaciones con el gobernador de Corrientes, sin dejar por eso su estrecha amistad con los Madariaga, lo que me persuade, ó que se servian de él como un ciego instrumento, ó que se puso de acuerdo con ellos, para á su tiempo abandonar á aquel. Sea como sea; él fué cerca de Ferré, el sostenedor de los Madariaga, y contribuyó á su momentánea y fingida unión.

El señor Ferré, aunque es brigadier que usa banda y bordados, y que suele llevar el rigorismo de las divisas militares, hasta poner presillas de charreteras en el poncho, no entiende una palabra, ni de guerra, ni de milicia, ni de ejército, ni de soldados, ni de cañones, ni de cosa que se parezca. No necesito esforzarme mucho, para probarlo, pués que nadie ignora, que el señor Ferré jamás desenvainó su espada, ni ha quemado un cartucho. ¿Qué extraño

es, pués, que oyendo dogmatizar á Pirán, y viéndolo abordar las cuestiones más difíciles de la guerra con la mayor serenidad, lo creyese un militar consumado? ¿Qué extraño, que siguiese sus consejos? Me han asegurado, que sostenía en presencia de Ferré, quedándose este pasmado de admiración, que la operación más acertada y más estratégica, era la retirada del ejército, arrastrando *de malilla*, como suele decirse, con todo lo que le pertenecía. *Habiendo descansado algunos meses en su país*, continuaba, *se llenará de nuevo vigor y se llevará de un solo envión, ejércitos enteros, rios caudalosos, y cuanto se le ponga por delante.*

De la admiración, pasó el señor Ferré á la confianza, y por supuesto, lo instruyó de los motivos de desacuerdo que había tenido conmigo. Pirán los apoyaba, irritando su ánimo y los celos de que no estaba sinó muy poseido; para corresponder mejor á tamañas confidencias, salía por los fogones ponderando la moderación de Ferré, y la ingratitud mía. Una vez decía, en una rueda de veinte oficiales y soldados: *Supongamos que un negociante acaudalado, toma un dependiente á quién confía cierto caudal, para que lo gire en utilidad común. El dependiente hace un buén lance, y se rebela contra su protector, queriendo adjudicarse toda la ganancia. ¿No será esto la más flagrante injusticia? Pués, señores, el negociante acaudalado es el gobernador Ferré, y el dependiente rebelado, es el general Paz.*

Ya se comprenderá que no siempre uso de sus textuales palabras, porque no son las más adecuadas. Adviértase también, que como esa, podría citar otras mil comparaciones, sacadas de las carreras de caballos, de las tabernas, ó del juego de naipes, si no fuera por el temor de incurrir en una fastidiosa proligidad.

Estos chistes, que reproducía en presencia de Ferré, al paso que lo lisonjeaban, servian de distracción á sus pesares. A la verdad, debió ofrecérselos muy graves, el reproche

interior de su conciencia, sin dejar duda de que esas chanzonetas, hacian una tregua á sus remordimientos.

No es que carezca Pirán de donaire, y hasta de cierto ingenio para esa clase de producciones, en que no suele economizar á sus amigos los chistes, y los que hallaron alguna vez acogida entre gentes, que se tienen por más adelantadas que los correntinos; no es, pués, de admirar, que estos á quienes quería persuadir de lo mismo que deseaban con todas las fuerzas de su alma, que era volver cuanto antes á comer la mandioca de Corrientes, hallasen su elocuencia irresistible.

Subyugado Ferré por tan *relevantes méritos,* no solo aceptó su amistad, sinó que se apresuró á ofrecerle la suya. Por lo pronto lo hizo coronel, y en seguida, comandante general de artillería y jefe de E. M. Fuera de favores de otro genéro que le dispensó, lo honró también con comisiones diplomáticas, que desempeñó, ni más ni menos, de lo que debía esperarse. Creyó haber hecho para sí y para Corrientes, una preciosa adquisición: nada menos que un sabio en el consejo, y un paladín en el campo de batalla, que fuese la espada y el escudo de su provincia y de su persona. Tengo aún otros poderosos antecedentes, para creer que las sugestiones de otros díscolos, tuvieron su parte en la funesta resolución de la retirada. Este antecedente lo tengo del mismo Ferré, que lo hizo llegar á mi noticia, por varios conductos.

Cuando á fines del año 1844, me aproximaba al Uruguay para tomar por segunda vez el mando del ejército de Corrientes, el señor Ferré, que se hallaba en San Borja, proscripto y perseguido por los Madariaga, que estaban en el poder, me hizo insinuar que la retirada del ejército de Entre Rios, se había hecho por solicitudes de varios jefes, y muy principalmente, de los mismos Madariaga, de lo cual conservaba documentos auténticos que podía exhibir. Esta

misma noticia fuéme trasmitida por otros, el año siguiente, cuando ya estaba en Villa Nueva, entre los que recuerdo á don Manuel Díaz. Mi contestación fué, que no me ocupaba de sucesos anteriores, y fuera de eso, el señor Ferré debía tener presente, que los Madariaga entonces se habian declarado mis enemigos, más que por cualquier otra cosa, había sido porque no había querido fomentar la oposición, y aún conspiraciones que hacian contra él.

Posteriormente me ha asegurado el señor don Juan Andrés Gellí, que en San Borja tuvo largas conferencias con el señor Ferré, que este le refirió lo mismo que había dicho á otros muchos, y que le mostró una representación suscrita por varios jefes correntinos, entre ellos los Madariaga, alegando la necesidad de retirar el ejército, y concluyendo por pedirla.

Nada de esto justifica á Ferré, y mucho haremos, concediendo que algo disminuya la más grave falta de toda su vida. Aún, dado esto, su responsabilidad está íntegra, porque él solo debe responder de un acto que violó sus más solemnes compromisos, que burló las fundadas esperanzas de todos los patriotas, y que ha traido la causa, porque se había sacrificado Corrientes, al estado en que ahora se encuentra.

Para persuadir al gobernador Lopez, de Santa Fé, á que hiciese cuanto antes su pronunciamiento contra Rosas, le prodigó promesas de auxiliarlo con todas las fuerzas de Corrientes, cuando llegase el caso inevitable de ser atacado. Posteriormente, cuando en los dias que precedieron á la batalla de Caaguazú, se hizo el tratado de alianza con Santa Fé, yo mismo, á nombre de la provincia de Corrientes, renové los mismos ofrecimientos, añadiendo que pasaría el ejército el Paraná en su auxilio. Conservo comunicaciones de Ferré, sobre este asunto.

A mí, que le había declarado muy categóricamente, des-

de que me recibí del mando, que no consideraba mi misión como limitada á defender á Corrientes, sinó á libertar, si posible nos era, toda la República, me había protestado con no menos solemnidad, que me dejaría la más completa libertad de obrar con el ejército, pasando el Paraná, y llevándolo adonde conviniese, hasta la conclusión de la guerra. Cuando sobre esto conversábamos, añadía: *Mire usted, General; es una injusticia, una falsedad decir, que yo me oponía á que el general Lavalle llevase á los correntinos á la campaña de Buenos Aires. En lo que no consentí, ni debí consentir, era en que lo hiciese dejando en pié el ejército enemigo de Echagüe, y á Corrientes, á merced de él.*

Sus proclamas, sus manifiestos, sus declaraciones, y todos sus actos gubernativos, habian autorizado al público, y muy particularmente á los hombres comprometidos por la causa, á esperar esta vez del gobierno de Corrientes y de su ejército, esfuerzos decisivos. El público y los patriotas se vieron chasqueados, y el enemigo, cantando victoria, sin haber corrido los riesgos del combate, hacía correr á torrentes la sangre de nuestros amigos, por las calles de Buenos Aires. Díganlo las matanzas de Abríl de ese mismo año.

A más del horrible abandono en que dejó la provincia de Santa Fé, que había sido excitada por él mismo, en circunstancias, en que fuerzas considerables la atacaban, fué desocupada, y por lo mismo, perdida para nosotros, la de Entre Rios; esto lo hizo sin que peligro ninguno la amenazase de proximo, sin motivo, y hasta sin pretexto.

No sacó más fruto, que los arreos de ganado de toda especie, que hicieron los correntinos en su tránsito; más, aún esto, se hizo sin cuenta ni razón, y en el mayor desorden. El público nada utilizó, y solo fueron particulares, y en lo general, los particulares que menos lo merecian,

los que utilizaron. Los Madariaga se distinguieron en esta gentíl empresa.

Ferré tuvo la insensatéz de creer que los correntinos habian ganado la batalla de Caaguazú, y de muy buena fé los declaró en su mente y en su corazón, valerosos, aguerridos é invencibles. Pensó que una gran victoria era una cosa muy trivial, y que se repetiría la escena del 28 de Noviembre, cada y cuando él quisiese. Este fatal error le indujo á otros muchos, cuyos resultados deploramos aún.

Es tiempo de hablar de otros ambiciosos ó díscolos, que desde otros puntos y por otros medios, prepararon, sin apercibirse de ello, los terribles errores en que incurrió Ferré. Había de estos seres perniciosos, en Montevideo, en Corrientes, y en otros puntos, y todos de consuno dirigieron sus esfuerzos al mismo objeto.

Alarmados con el poder que podía darme la victoria, abrumados con la gloria que de ella me resultaba, desesperados de ver una reputación que se elevaba más alto de lo que ellos deseaban, se propusieron antes de tiempo, atenuar la rapidéz de mi carrera, y preparar el *ostracismo* con que premiarian más tarde mis servicios.

Principiaron por halagar á Ferré, ensalzando extremadamente, sus talentos civiles, administrativos y diplomáticos, y dándoles una intempestiva preferencia sobre todos los méritos militares. Hicieron más; pués hubo quién se propuso probar, que no era el general que había llevado los soldados á la victoria, ni los jefes que los habian dirigido, ni los que habian derramado su sangre para obtenerla, quienes ganaban las batallas, sinó el frío diplomático, que desde su gabinete combina y prepara los sucesos (1).

(1) Un médico Salinas, hombre célebre por su inmoralidad y por sus crímenes, se hallaba aislado en Corrientes, contra el fallo de las leyes, que años antes lo persiguió en Buenos Aires. Se declaró campeón

A virtud de estos argumentos, el señor Ferré se creyó que él era el vencedor de Caaguazú.

Desde Montevideo, á más de tributarle en público los elogios que eran justos, y que sin duda merecía, se procuró hacerle entender en reserva, que su prestigio era inmenso, y que debía contar con el apoyo de la opinión de los emigrados y del séquito que arrastraban en la Banda Oriental. Rosas publicó después unas cartas, que interceptó de un canónigo Vidal, en que le decía todo esto á Ferré, y le nombraba cierta categoría argentina, notable por el misterio de que se rodea.

No es que los emigrados fuesen realmente afectos á Ferré, ni que hubiesen depuesto su amargo resentimiento por su conducta anterior con el general Lavalle; estoy seguro, de que había contra él, prevenciones cién veces más fuertes, que contra mí, pero lo que se quería, no era ensalzar á Ferré, sinó excitar su ambición y promover sus celos, para hacer un contrapeso (es su expresión) á mi poder.

Se equivocaron esta vez, como les ha sucedido en otras, consolándose con decir entre sus parciales, que habian creido poder dominar la situación, y que no lo habian conseguido.

---

de Ferré, y publicó un artículo en que explicaba la metafísica, distinción de lo que son *méritos y servicios*. Los primeros, consistian en las sublimes concepciones del espíritu; los segundos, consistian en los actos materiales, comandados por aquellas. *De tal modo*, decía, *que los caballos, las carretas, y los fusiles, prestan servicio, pero no hacen mérito.* Bién podía el articulista haber ensalzado á su heroe cuanto quisiese, sin colocarnos en la categoría de fusiles, carretas ó caballos, que era la que en suma nos asignaba á los militares.

CAPÍTULO XXXIV

MARCHA DEL GENERAL PAZ POR LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS

Los que se conservaron en el puesto del honor.—Los hermanos Virasoro.—El general Paz resuelve situarse en Gualeguay.—La Sala de Representantes.—Estado de la capital de Entre Rios.—Partida del general Paz con trescientos hombres. — Dificultades de marcha.—Dispersión de las fuerzas de los coroneles Velazco y Baez.—Terrible situación del general Paz.—El arroyo Nogoyá.—Extrema resolución.—El doctor Florencio del Rivero.—Caracter y sentimientos de Urquiza.—Triste fin del doctor Rivero.—Orden de marcha de la pequeña columna que sigue al general Paz.—Sublevación de una parte de esta.—Necesidad de separar la infantería.—Extraordinaria tempestad.—Atractivo en el camino.—Hay que renunciarlo.—Digno comportamiento del mayor Echenagucía.—El general Rivera.—Rápida ojeada sobre el ejército oriental.—Tratado de Galarza.—El general Paz deja el campo de la lucha, al general Rivera.—Delega el mando de la provincia, en una persona de la voluntad de Rivera.—Partida del doctor Derqui para Corrientes.

En Marzo, emprendió el ejército de Corrientes su retirada, quedándome en la Bajada, sin más apoyo que los prisioneros de Caaguazú, que permanecian aún, y varios jefes y oficiales que quisieron partir mis peligros, y conservar hasta el fin, aquel puesto de honor. Justo es que haga una

mención honrosa de ellos, y que les tribute el justo elogio á que se hicieron acreedores. Si olvidase á alguno, será por falta de memoria, y no debe imputarse á mi voluntad.

El doctor don Santiago Derqui, que era asesor del gobierno de Corrientes, había querido acompañar al ejército, y me servía de secretario. En esta clase prestó muy buenos servicios, y obró con una lealtad que mereció mi entera satisfacción. Indignado con la conducta de Ferré, renunció la asesoría, y prefirió correr los riesgos de una situación especial y dificilísima. El señor Leiva, aunque acompañó al señor Ferré á su regreso, solo lo hizo para reunirse á su familia, con la que salió de la provincia, inmediatamente, dejando el ministerio que desempeñaba.

Los coroneles Chenaut, Baez (don Federico), Velazco, Lopez (don Felipe), los comandantes Paz, Silva, Murillo, Gigena, Canedo, los mayores Echenagucía y Rodriguez, se condujeron muy noblemente. El comandante don Manuel Hornos, merece una particular mención, como lo diré cuando describa la trágica marcha que tuve que emprender al Gualeguay y Uruguay. Tampoco debo olvidar á mis ayudantes de campo, Gomez, Pucheta, Forrens, Paz, Arroyo y Soler, siendo los dos primeros correntinos, que se separaron espontáneamente de sus comprovincianos, á pesar de la declaración de *traidores* con que los amenazaba Ferré, y habiendo apostatado después, los dos últimos, pasándose el año 45 al enemigo.

Don Santiago Albarracín, á quién había encargado de la comisaría; don Justo Pastor Figueras, jefe del ramo de maestranza; don Braulio de La Torre, á quién agregué á mi secretaría, tuvieron una conducta digna de elogios. Acaso en este momento olvido algunos, que agregaré por una nota, cuando los traiga á la memoria. No me es posible nombrar á todos los oficiales, para evitar proligidad, pero tributo á todos, la estimación á que se hicieron acreedores.

Entre ellos hubo unos pocos correntinos, de los que recuerdo á los alféreces Nuñez y Leyes, con unos cuantos soldados, que estaban afectos á mi comitiva.

Después de marchar el ejército de las Conchillas, y al día siguiente, si no me engaño, llegó de paso á la Bajada un escuadrón al mando de don José Virasoro, que hallándose en comisión, seguía en alcance de los suyos. Se presentó diciéndome, que había entrado sin necesidad, para ofrecerme los servicios que pudiera prestarme. En su concepto, no eran otros que escoltarme para que me fuese á Corrientes, pués gradnaba mi posición de tan peligrosa, que no creía que pudiese ni quisiese permanecer en ella. Le agradecí sus buenos deseos, y se marchó. Tanto este jefe, como su hermano don Benjamín, actual gobernador de Corrientes, obtuvieron un certificado de sus buenos servicios y honrada comportación, porque efectivamente lo merecian. Sin haber tenido ocasión de distinguirse extraordinariamente, mostraron siempre más espíritu de órden, más moralidad, más honradéz, y menos propensión al caudillaje, que sus antagonistas los Madariaga. Quizá estas distintas propensiones, son una de las causas de su antipatía.

Mi objeto, al recibirme del gobierno de Entre Rios, había sido reunir todos los elementos que aún podian utilizarse para conservar aquella provincia, y oponer la resistencia posible al enemigo, cuando hubiese de franquear el Paraná. Más, como es sabido, esos elementos en nuestro país están por lo común en la campaña, concurriendo, además, en la situación en que me hallaba, la necesidad de pacificar la de Entre Rios, que por varios puntos había empezado á rebelarse.

La posición de la capital en un ángulo del territorio, y sin duda el menos importante, no era el más adecuado para este fin, y resolví salir á situarme en Gualeguay, donde pensaba establecer mi Cuartel General, y un campo de instruc-

ción, para las fuerzas que reuniese. Me propuse llevar, además, el armamento que tenía, los efectos para vestuarios, las municiones (1), y demás que podía sernos util.

Este pensamiento pareció al principio tan adaptable, que la Sala de Representantes quiso asociarse á él. Su presidente, director y factotum, el doctor don Francisco Alvarez, cura y vicario del Paraná, me propuso que expidiese un decreto, mandándola reunir en el punto central de la campaña que fuese adecuado, y que estuviese más cercano de mi Cuartel General. Pienso que era sincero el deseo de ayudarme, porque no hallo qué segunda intención podía abrigar su solicitud. Buena prueba es de ello, que cuando los negocios se pusieron más delicados por la explosión, que fué sucesivamente manifestándose en otros puntos de la provincia, ya desistió de su pensamiento, y yo no se lo recordé, porque no me pareció adaptable. Hubiera tenido que llevar conmigo y escoltar á los Representantes, porque los caminos estaban intransitables, por las partidas de los sublevados.

Era evidente, que la situación de la capital, que ya era crítica, iba á serlo aún más, después de mi salida. Por única guarnición quedaba un piquete de infantería de los prisioneros de Caaguazú, el cuerpo cívico, y la tropa de policía. Los afectos de Urquiza y Echagüe, levantaban por todas partes la cabeza, para deshacerse de sus huéspedes y apresurar nuestra expulsión. Pensé no haber dejado jefe alguno de los de fuera, deseando que don Pedro Seguí, en quién delegué el mando, se redujese á conservar la tranquilidad,

---

(1) He olvidado decir, que en los momentos de retirarse Ferré, y después de muchos altercados y contestaciones, pude conseguir que me dejase una parte del armamento y municiones, últimamente venidos de Montevideo. Estos no habian sido costeados por los fondos de Corrientes, sinó por el gobierno Oriental, y parte, por donativos particulares.

con los elementos propios del país. El, se avenía á esto, y aún lo creía más seguro, sin que me hiciese la menor objeción, ni por ello, ni por su permanencia en la capital.

Sin embargo, el coronel don Felipe Lopez, vino á proponerme que se quedaría mandando la guarnición, en la cual tenía confianza, y además, alegando relaciones importantes que había adquirido, y que le servirian á su vez. Este jefe merecía mi plena confianza, y de acuerdo con Seguí, accedí á su proposición, nombrándolo comandante de armas de la capital.

Es probable, que sin la derrota que sufrieron los coroneles Velazco y Baez, en las inmediaciones de Nogoyá, que causó la dispersión de la fuerza que iba á mis órdenes, se hubiese conservado tranquila la Bajada, y los que allí quedaron, no hubiesen corrido los peligros que los hicieron emigrar.

El gobernador Lopez, de Santa Fé, viéndose abandonado por Ferré, se vió igualmente en la necesidad de reanudar y estrechar sus relaciones con el general Rivera, y á este efecto, nombró un comisionado, que fué el señor Crespo, que partiese á su campo con poderes bastantes para celebrar convenios y recabar auxilios. Más, como no podía atravesar la campaña, tuvo que unirse á mi comitiva, y con ella marchó.

En los últimos dias de Marzo me moví de la Bajada con más de trescientos hombres de los prisioneros de Caaguazú, de los que algo más de la mitad era infantería. La penuria de caballos, era suma, porque el ejército correntino no dejó uno que sirviese, en las inmediaciones, y un mayor Berón, á quién había encargado la custodia de una caballada, para cuando llegase este caso, se mandó mudar con sus paisanos, llevándose todos los caballos.

Llamábase don Benito Berón, correntino, pero antiguo vecino del Entre Rios. Sin embargo, era empleado en el

ejército de reserva, y había hecho en él la campaña. A nuestra llegada á Entre Rios, tomó servicio en la provincia, y le conferí la comandancia de Alcaráz y otros puntos de la costa del Paraná. En previsión de lo que podía suceder, formé un depósito de caballos, con orden de que los conservase cuidadosamente; cuando los necesité, me encontré sin comandante, sin caballos y sin noticias suyas, porque había seguido el movimiento de los correntinos, sin instruirme siquiera de lo que se proponía hacer. Después lo volví á encontrar en el ejército de Corrientes, el año 45, y no tomé más venganza, que despreciarlo; la excusa que me dió, fué que lo forzaron á seguir los correntinos que pasaron, quienes se habian llevado también los caballos.

Este incidente hizo aún más crítica mi situación, pués que tuve que salir de la Bajada arrastrándome; llevaba de doce á quince carretas cargadas con efectos de comisaría, de maestranza y de parque, de modo que mi marcha era sumamente lenta. El país, que es bastante despoblado, donde no se manifestaba hostíl abiertamente, se mostraba notablemente esquivo. Esto provenía del conocimiento de nuestro estado precario, y de temor de los antiguos dominadores, que no tardarian en volver.

Antes hablé del teniente coronel Calventos, que vino á la Bajada con comunicaciones del general Rivera, muy satisfactorias, y á quién despaché con otras de igual naturaleza. En ellas le participaba la retirada de Ferré, y el abandono en que había dejado todo; le instruía de mis proyectos y de mi próxima marcha; le pedía una fuerza de trescientos hombres que me esperase en el Gualeguay, los que me serian de grandísima importancia, tanto para asegurarme de los servicios de los prisioneros de Caaguazú, que hacian toda mi fuerza, como para contener las montoneras que se habian levantado, y que se engrosaban rápidamente. Con esta confianza, seguí mi penosa marcha

hasta Nogoyá, adonde llegué en la mañana del 2 de Abríl.

Desde algunos dias antes, los coroneles Velazco y Baez habian sido destinados á mandar las milicias del partido de la Victoria, formando una división tan grande como pudiesen. Oportunamente les instruí de mi movimiento, y tuvieron orden de reunírseme en el mismo día en Nogoyá. Apenas serian las ocho de la mañana, hora en que acababa de acampar, cuando por algunos dispersos, se me anunció la derrota de estos jefes, en la madrugada de ese mismo día, no lejos del punto donde estaba. Durante la marcha, que verificaban en virtud de mis órdenes, no diré que fueron atacados, porque no se puede llamar ataque una gritería que armaron los enemigos dentro del bosque que atravesaban, y unos pocos tiros que á nadie ofendieron.

Cual sería la disposición de la tropa, que esto bastó para que se dispersase ó se reuniese á los enemigos, quedando los jefes solos, que procuraron escapar por donde mejor les pareció. Velazco apenas pudo escribirme un papelito, que llegó esa misma mañana á mis manos, por medio de un niño, hijo de un vecino amigo nuestro, y se dirigió al Paraná. Había creido tan crítica mi posición, que creyó más seguro tomar ese camino, lo que hubo de costarle caro. Baez se dirigió á la parte del Uruguay, y se me reunió á los tres dias.

Efectivamente, mi situación era terrible, y demandaba instantáneamente un partido decisivo, y lo tomé, sin lo cual hubiera sido imposible salvar.

Sobre mi derecha y á distancia de menos de dos leguas, se encontraba el caudillo Paez, que era el que había derrotado á Velazco, el cual, con los que había reunido de la fuerza dispersa de este, podría tener más de quinientos hombres.

A mi izquierda se encontraba el coronel enemigo Crispín Velazquez, con otra reunión no menos considerable, y

que aumentaba por instantes. Todas estas fuerzas podian caer de un momento á otro sobre mí, lo que no me hubiera dado mucho cuidado, si hubiera tenido confianza en los trescientos ó cuatrocientos que tenía á mis órdenes; más, lejos de eso, eran el objeto de nuestras mas vivas sospechas.

A la cualidad de ser prisioneros, á quienes acababa de poner las armas en la mano, concurría la circunstancia de pertenecer á las provincias que quedan al oeste del Paraná. Si cuando yo marchaba de frente, tenian el aliciente de aproximarse á sus hogares, ahora que me retiraba, se alejaban de ellos, lo que era un motivo más para que rehusasen acompañarme. Se deben exceptuar los ciento sesenta ó ciento ochenta negros de infantería que eran del Arroyo de la China, y que en consecuencia, no estaban en este caso.

El arroyo de Nogoyá parece á la vista de poquísima importancia, pero se muda de opinión cuando se ha entrado en él. Sin más que treinta varas de ancho, poco más ó menos, es un verdadero obstáculo, principalmente para carruages, porque es un pantano que parece insondable. Para pasar las carretas que llevábamos, declararon los prácticos y nuestra propia vista, que era preciso hacer lo que allí llaman *puente*, en lo que tardaríamos por lo menos, de tres á cuatro dias. El puente consiste en hacer un corte de árboles y faginas y formar una calzada, terraplenada después, del ancho y solidéz bastantes para que pasen los rodados.

Podía prometerme ocultar por algunas horas, la derrota de Velazco y lo crítico de nuestra situación, pero era imposible por más tiempo. Algunos hombres ó mujeres que venian del pueblito, que está á pocas cuadras, y soldados nuestros que iban á proveerse de sus pequeñas necesidades, debian esparcir necesariamente la noticia. Yo había pues-

to incomunicados á tres ó cuatro dispersos que llegaron, pero no era lo bastante, y por la tarde ya empezaba á propagarse. Iba á ser conocido del soldado, nuestro mal estado en toda su extensión, y entonces todo era desesperado. Era preciso obrar, y obrar pronto para no dar lugar á la reflexión. Hé aquí lo que practiqué:

Hice repartir con profusión, vestuarios, tabaco, yerba, municiones, y cuanto podía cargar el soldado sobre sí. Dije que me preparaba para caer esa noche sobre una montonera, dando á mi retirada todo el aspecto de una operación ofensiva. Con las distribuciones y estos preparativos, sin excluir el de ensillar los mejores caballos de los que en las marchas habíamos conseguido, logré distraer la atención del soldado, y entretener la espectación pública. Los vecinos mismos, fueron engañados, y estoy cierto de que los avisos que darian á los montoneros que nos circundaban, serian en este sentido, y aún tomarian sus precauciones para no ser sorprendidos.

El dinero que había en comisaría, que estaba en oro, lo distribuí á los ayudantes ú otros oficiales de confianza, para que lo llevasen sobre sí. Se prohibió llevar equipajes, ni cargueros, á excepción de uno solo, en que iban los papeles de secretaría.

El doctor don Florencio del Rivero, á quién había yo continuado en el ministerio de gobierno y relaciones exteriores, confiriendo el de guerra y hacienda al doctor Derqui, me acompañaba y traía consigo á su familia en un carruage. Tanto por esta circunstancia, como por la elevación de su puesto, fué preciso confiarle la realidad de nuestra situación, y la resolución que había tomado. Su agitación fué extrema, y su irresolución sobre el destino de su familia, lo mortificó por unas horas. Llevarla con nosotros, ofrecía el inconveniente de que era preciso que marchase á caballo, pués que ningún rodado podía acom-

pañarnos; dejarla en el pueblito, y seguir él conmigo, hubiera sido lo mejor; pero no pudo separarse de objetos queridos, y ya muy tarde me declaró que se quedaba al lado de su familia, con el designio, decía, de volver á la Bajada, y trasladarse por agua á Corrientes. Para apoyar su proyecto, me dijo tenía buenas relaciones en el pueblito y en el tránsito, y que le sería facil verificarlo.

Ya entonces me engañaba; en ese día, que se descorrió enteramente el velo que encubría á sus ojos nuestros peligros, resolvió abandonarnos, y por una deserción caracterizada, reconquistar la gracia de Urquiza, de quién había sido amigo y partidario. He dicho caracterizada, porque fué revestida de circunstancias que hicieron tan poco honor á su lealtad como á su patriotismo.

En su caracter de ministro, era dueño de parte del archivo que venía, del cual sustrajo copias importantes, que fué á presentar á su antiguo patrono. En vano fué que ante él quiso darse el triste mérito de haber atizado nuestras discordias, y alegar que si admitió, fué para traicionarnos y enredarnos; llegado que hubo al Paraná ó Bajada, el gobernador que había sucedido á Seguí, que era el presidente de la Sala y cura vicario, don Francisco Alvarez, lo mandó en comisión cerca de Urquiza, que estaba aún en el Tonelero, jurisdicción de Buenos Aires. Debía instruirlo del estado de las cosas, invitarlo á que fuese á ejercer su gobierno, y recomendarse él mismo de los pobres servicios que alegaba hechos en su obsequio.

Urquiza lo recibió bién, y aún pareció agradecerle sus oficios; más, á una insinuación de Rosas, se lo remitió á los Santos Lugares, donde fué fusilado.

Se me ocurre una observación, que puede servir para comprender el caracter y sentimientos del actual gobernador de Entre Rios. El, como he dicho, pareció satisfecho del doctor Rivero, pués que lo acogió bién, y nada menos

le hizo sospechar, que el cruél destino que le esperaba. Pienso que hasta aquí obró Urquiza con sinceridad con respecto á él, porque además de que sus faltas eran disculpables por las circunstancias, las había reparado; los unía también una antigua amistad, y Rivero era de gran utilidad en la Bajada, siendo el único médico que había. Todo me induce á creer, que estaban restablecidas entre ambos las buenas relaciones, y aún la amistad.

Pero habló Rosas, y Urquiza no vaciló ni un momento en sacrificarlo para dar esa prueba de su sumisión y de su consecuencia, á lo que se dice *sistema federal*. Para entenderse bién esto, debe saberse que las imprudencias de Urquiza, ó sea su veleidad, ó sea mala fé, lo había hecho sospechoso á Rosas, y que Echagüe, su capital enemigo, apoyaba estas sospechas con todas sus fuerzas. La circunstancia de haberse aproximado á mí los *urquizistas*, más que los *echagüistas*, daba valor á ellas. La idea del doctor Rivero, debió acaso interpretarse en este sentido. Este desgraciado, por no separarse de su familia unos cuantos dias, tuvo que dejarla para siempre, sin recoger más fruto de su debilidad, que la infamia y la muerte.

Se ponía el sol del día 2 de Abríl, cuando yo me movía de Nogoyá, dejando las carretas, las pocas tiendas que teníamos armadas, y una guardia de los soldados negros, más viejos é inútiles, á cargo de un sargento de la misma clase, el cual tuvo orden de conservar el puesto y el campamento, hasta mi vuelta. Ni él, ni los soldados, nada tenian absolutamente que temer del enemigo, de modo que ningún mal se les infería.

No fué sinó con mucho trabajo que pasamos el arroyo de Nogoyá, en cuyo fango se sumian los caballos hasta más arriba del pecho; algunos no pudieron vencer esta dificultad, y fué preciso hacer esfuerzos para sacarlos. Cerraba la noche, que era oscura y tempestuosa, cuando nos pusimos

en marcha; no habíamos andado media legua, cuando nos rodearon las tinieblas, en términos, que nos costaba distinguir los objetos más cercanos.

Un hermano del comandante Ostrez, muerto por los montoneros pocos dias antes, se me presentó ese día ofreciéndome sus servicios con una partidilla de diez voluntarios, á quién acogí, como deja entenderse. En la marcha de esa noche, le confié la vigilancia de mi flanco derecho, que era el que más cuidado me inspiraba. No habíamos andado media legua, cuando unos tiros, disparados sobre el mismo flanco, me obligaron á mandar inquirir la causa de ellos: el oficial Ostrez y su partida, habian desaparecido. Los disparos que hizo, fueron sin duda para darnos una falsa alarma, é incomodarnos, porque ellos no podian interpretarse como una verdadera hostilidad.

Este pequeño hecho, que me mostraba á las claras que el verdadero de mi movimiento empezaba á comprenderse, y por él, nuestra crítica situación, me obligó á hacer un *alto* de pocos minutos, para cerrar algunas distancias que podian haberse abierto en la pequeña columna, cuyo orden era el siguiente:

Al frente, sirviendo de guía, el comandante don Manuel Hornos con diez y seis hombres de su escuadrón, gente del país y práctica de la campaña. Estos hombres, que le eran personalmente adictos, me fueron de la mayor utilidad, como también el comandante, con sus conocimientos locales y sus relaciones. En seguida, venía yo con mi estado mayor, y luego dos mitades formadas de los jefes y oficiales sueltos y paisanos, que seguian nuestra marcha. Detrás de ellos, venía una mitad de tropa escogida por de confianza, á las órdenes del teniente don Manuel Leaniz.

Seguía el pequeño batallón de infantería, luego un piquete de artilleros prisioneros, que habian sido destinados á esa arma, y cerraba la marcha el escuadrón de mi escolta,

compuesto también, como se ha dicho, de los mismos prisioneros. Este escuadrón había estado hasta ese día, á las órdenes del mayor Silva; más, acababa de encargarle del mando en jefe, al comandante Murillo, quién nada hizo por contener la sublevación, siendo solo el Mayor quién desplegó energía y actividad.

Apenas había andado un par de cuadras, después del pequeño alto que había hecho, cuando nuevos disparos, aunque pocos, y un rumor confuso, se dejaron sentir á nuestra retaguardia. Un nuevo alto fué preciso para indagar la causa de este nuevo accidente, que muy luego se supo provenía de la sublevación de la mayor parte del escuadrón escolta, encabezada por el capitán Vazquez Noboa, á quién se había adherido el capitán Corbera, del mismo cuerpo. La sublevación no tenía más objeto que separarse, para volverse á buscar á los enemigos; así fué, que no hubo desgracia particular alguna. Hé aquí como sucedió:

El comandante Murillo marchaba á la cabeza del escuadrón, y el capitán Vazquez Noboa á la de su compañía, que era la primera. Al pasar una pequeña zanja en donde estrechaba el camino, el capitán Vazquez, que se había confabulado con unos cuantos, hizo contramarchar su compañía por medio de dos cuartos de conversión, que hizo dar á la primera mitad, tomando de consiguiente, una dirección contraria. El comandante Murillo, que ya había pasado la zanja, se contentó con gritar, preguntando la causa de aquel movimiento, y sobre la insolente contestación de Vazquez, se resolvió á llevarme el parte de su *defección*. No así el mayor Silva, que cubría la retaguardia del escuadrón, quién hizo más dignos esfuerzos, que tuvieron éxito felíz, hasta cierto punto.

Todo el escuadrón seguía el movimiento de la cabeza, contramarchando como lo hacía esta. El mayor Silva, que

lo notó, quiso imponerse del motivo de esta novedad, y obteniendo igual contestación de Vazquez, que la que dió á Murillo, trató sériamente de oponerse. Entonces fué que se dispararon unos cuantos tiros, con los que acaso no hubo intención determinada de ofender..

En esta lucha en que Silva gritaba *alto*, y Vazquez *marchen*, se dislocó el escuadrón, y una parte siguió á este, y la otra se quedó con aquel. Fué esta la que se salvó, continuando la marcha cuando volví á emprenderla, fuera de algunos hombres que naturalmente desertaron, ó acaso se extraviaron en la terrible oscuridad que no permitía ver los objetos.

Era imposible perseguir á los prófugos, y además, no había con qué hacerlo; hubiera sido exponerlo todo, y diré asertivamente, perderlo todo, pensar en semejante operación. Varios jefes y otras personas me rodearon para conjurarme á que no me ocupase de otra cosa, que de continuar con toda la rapidéz posible, nuestra marcha. Accedí; más, como la infantería no podía seguir el trote, y además, está sujeta á más frecuentes descansos, resolví dejarla atrás, consultándolo con el mayor Echenagucía, que la mandaba. Este jefe halló justo mi pensamiento, que, como he dicho, era sugerido por todos, y protestándome que tenía bastante confianza en los negros, siguió su marcha separadamente. Recuerdo que le dejé al famoso baqueano Biquilo, á quién ofrecí entonces, y dí después, una fuerte recompensa pecuniaria.

Como indiqué antes, yo había pedido al general Rivera una fuerza de trescientos hombres que me esperase en el Gualeguay, distante veinte leguas de Nogoyá, y todo mi empeño era llegar á este punto, reunirme con esta fuerza, si es que me había sido remitida, y volver sobre Nogoyá, y aún sobre la Bajada. Es probable, que si el general Rivera hubiera sido exacto, y hubiese apoyado mis movimien-

tos, las cosas hubieran tomado otro curso. No fué así, como diré en seguida:

Al amanecer del 13 de Abríl, descargó la tempestad con fuerza tan extraordinaria, que pocas tormentas he visto tan terribles. El agua caía á torrentes mezclada con granizo, y la fuerza del viento que nos batía de frente, era tan terrible, que fué imposible continuar marchando. Hicimos alto, é involuntariamente dimos frente á retaguardia, porque ni los caballos ni nosotros podíamos arrostrar la tempestad. En esta posición estuvimos dos horas, hasta que amainó. Era ya de día, y estábamos sobre el arroyo nombrado el Clé: con la lluvia había engrosado su caudal, y nos costó mucho vadearlo.

El día nos permitió ver la diminución de nuestra columna, que estaba reducida á unos sesenta hombres por todo. El comandante Paz, con su piquete de artilleros, no parecía, y otros oficiales faltaban también: probablemente muchos soldados que aún restaban fieles, no eran más que extraviados. Era forzoso tomar alguna medida para reincorporarlos.

Inmediatos aún al Clé, avistamos una casa habitada, é hice adelantar al comandante Hornos, para tomar informaciones. Yo mismo me anticipé una cuadra, y sin desmontarme llamé los hombres que encontré en el patio, y les previne saliesen en todas direcciones á buscar los soldados dispersos, y ofreciéndoles buenas gratificaciones. Me ocupaba en esto, sin haber tardado ni cinco minutos, cuando llegaba por el camino que pasaba por el costado, mi pequeña columna, en que como he dicho, venian formados jefes, doctores, diplomáticos y simples paisanos.

Todos veníamos tan mojados, que no teníamos un solo hilo seco, y el viento frío que corría, hacía más incómoda nuestra situación. La presencia de una casa, de cuya cocina salía una humareda que indicaba un buén fuego, tenía

un atractivo tan poderoso, que luego de gustado, hubiera sido costoso arrancarnos, para continuar otra vez la marcha. Un mate, una taza de café, en aquellas circunstancias, era un presente inestimable, pero que desgraciadamente para servirlo á todos, hubiera sido preciso emplear mucho tiempo. Agréguese que les habría venido la tentación de secar al fuego sus ropas, y no era tiempo de pensar en detenernos.

Los semblantes me revelaron la viveza de los deseos comunes, y fué preciso toda mi autoridad para contrariarlos. Sin haberme desmontado, y sin aceptar una taza de café, que el dueño de casa había salido á ofrecerme, corrí á ponerme al frente de la columna, y dí la voz *de frente, marchen*, á que tuvieron todos que sujetarse.

Sin embargo, el comandante Hornos, que estaba en la casa tomando las informaciones de los caminos, de los enemigos y demás novedades, quedó allí, y á él se había agregado el doctor Derqui, que se había entrado en ella sin que yo viese. Otros que venian más atrás, ó que se escabullian, sin que pudiese yo remediarlo, hicieron lo mismo, lo que no detuvo mi marcha, esperando por instantes, que el comandante me alcanzaría.

No sucedió así, y tuve que marchar solo, y entregado á prácticos ignorantes ó infieles, que me extraviaron de la ruta que debía seguir, de modo que solo fué muy tarde de la noche que pude llegar á San Antonio Petisco, en el Gualeguay. Allí estaban desde la tarde, Hornos, Derqui y el comandante Paz con su piquete de artilleros, que viniendo por un camino más directo, me habian precedido.

No es por minuciosidad, y aún mucho menos por otro sentimiento más pequeño, que pongo estos pormenores; creo que ellos pueden ser útiles al que se vea en iguales circunstancias. Probarán también, que en estos casos, más que en ningún otro, se necesita orden y disciplina. Es pro-

bable que la detención del doctor Derqui, aumentó la de Hornos y del baqueano que lo acompañaba, y esta hubo de producir una grave dificultad. Muchas mayores hubieran sido, sin la resolución firme que manifesté en no dejar detener á los demás.

Llegado que hube al Gualeguay, tuve la certeza de que el general Rivera no había mandado un solo hombre, y que no podía contar sinó con mis propios recursos. El, se mantenía sobre el Uruguay y Gualeguaychú, completando la expoliación de esos partidos. No me quedaba más arbitrio que aproximármele, pués que mi posición en el Gualeguay, ya ni tenía objeto, ni dejaba de ser arriesgadísima.

Sin embargo, me mantuve seis dias con el doble fin de recibir alguna noticia de él, y de no dar, en cuanto era posible, á mi movimiento, el aspecto de una fuga. Al segundo ó tercero de mi permanencia, se me reunió el mayor Echenagucía con sus ciento y tantos negros de infantería, habiendo verificado su viaje sin novedad. Este jefe contrajo un mérito digno de elogio.

Al sexto día de hallarme en San Antonio Petisco, tuve las primeras noticias del general Rivera. En vez de mandar la fuerza que le había pedido, prefería una misión pacífica, compuesta de un mayor, cuyo nombre he olvidado, del capitán Ereñú y otro oficial, quienes llevaban el encargo de persuadir á los caudillejos que estaban en armas, á deponerlas y entenderse con él. Los oficiales comisionados, eran los más acérrimos federales que se habian acogido en su campo, y á quienes había patrocinado.

Cuando me hicieron relación de su comisión, y me protestaron el empeño que llevaban de corresponder á los deseos de Rivera, les dije: *Si ustedes de buena fé se proponen desempeñar la misión que se les ha encargado, serán las primeras víctimas, porque no es ya tiempo de conciliaciones, y estoy viendo, que aunque ustedes se rehusasen, se verán*

compelidos á empuñar las armas contra su poderdante. Así sucedió á los muy pocos dias, pués que aparecieron en las filas enemigas, y son los que han perseguido al general Rivera, hasta expulsarlo de su país.

Perdida toda esperanza de volver sobre Nogoyá ó la Bajada, me aproximé á Gualeguaychú; tan luego como hube pasado este arroyo, nos encontramos con el general Rivera, que se adelantó á mi encuentro. Nuestra entrevista fué amistosa, y nos colmamos de atenciones por ambas partes. Como esto sucedía á inmediación de la estancia de Galarza, nos dirigimos á ella, y tomamos alojamiento.

En vista de las protestas de amistad y confianza que me prodigó, creí aún conveniente insinuarle que podría hacerse un movimiento sobre Nogoyá ó la Bajada, siempre que se obrase con prontitud, y con una división ya mayor que la que hubiese sido bastante ocho dias antes. Se convino, y hasta me proponía, yo ponerme á la cabeza de esta fuerza, agregando los restos que me quedaban; pero ocurrieron nuevas demoras, y solo fué después de cuatro ó seis dias que se me dijo, que el coronel Blanco estaba pronto con su división, y á mis órdenes.

Esta, que se decía división, no pasaba de trescientos hombres, los que disminuyeron la primera noche en más de cincuenta, que desertaron cuando supieron que se trataba de marchar. Esto era irrisorio, y por de contado le declaré, que aquella fuerza por su número y calidad, era insuficiente. Que si no lo creía él así, podía el coronel Blanco, que era un jefe, á quién le suponian una gran capacidad, presidir la operación.

Blanco marchó, y solo anduvo seis leguas hasta Gualeguaychú, donde creyó prudente detenerse y esperar. Allí permaneció por muchos dias, hasta que se tomaron otras providencias.

Lo que admirará á quién leyere esto, es que no sé hasta

qué punto deba condenar al general Rivera, por esta falta de sinceridad y formalidad en sus promesas, porque á veces he creido que no podía hacer mucho más de lo que hizo, atendiendo el desgreño de lo que él llamaba su ejército. Para que esta disculpa sea mejor comprendida y apreciada, daré una ojeada rápida sobre el ejército oriental, el modo de reunirlo y organizarlo.

Cuando llega el momento de la necesidad, ó del peligro, salen jefes destinados á reunir hombres donde los encuentren, lo que ocasiona que muchas veces arrebatan los peones de las estancias y hasta los capataces, según el buén querer del comisionado. Los comandantes de los departamentos hacen otro tanto por su parte, sin que haya una ley, un reglamento, una disposición cualquiera, que metodice el reclutamiento. Ya se apercibirá la puerta que se abre á las injusticias, á las venganzas y á los abusos. Que no haya innumerables, es la mejor prueba del buén caracter de los hijos del país.

Empiezan á llegar las partidas al lugar destinado para acamparlas, y cuando hay un número de cién ó doscientos hombres, se hace de ellos dos montones, que se llaman compañias; entonces se les designan oficiales, se improvisan sargentos y cabos, se les distribuye armamento, y hé aquí que se dice, muy sériamente, que se ha organizado un escuadrón. Con unos cuantos de estos, ya está formada una división, y siguiendo del mismo modo en progresión ascendente, se cree ya formado el ejército. Más, adviértase que ese ejército, esas divisiones (1), esos escuadrones,

---

(1) En la gigantesca forma que se dió á los ejércitos en los últimos tiempos del Imperio, el Gran Capitán, para dar más movilidad y mejor organización á aquellas formidables masas, aumentó las unidades progresivas del grande ejército, con lo que se llamó, *cuerpo de ejército*, que era mandado generalmente por un Mariscal, y tenía tropa de las tres armas. El general Rivera, parodiando al ejército que invadió la Rusia en 1812,

con la facilidad misma que se hacen, se deshacen cuando pasa el peligro ó lo aconseja la necesidad, al modo más ó menos, que cuando se manda romper filas á una tropa formada. Entonces se vá cada uno por su lado, sin que se cuide mucho de recoger el armamento y municiones, pués que es sabido que en otra reunión, se volverá á distribuir otro.

Había otro modo de terminar una campaña y disolver un ejército, y quizá no me equivoco en asegurar, que era el más frecuente. Esta tropa colecticia y sin disciplina, se fastidia muy pronto del servicio, y deserta con facilidad y abundancia; por este medio, el ejército se iba consumiendo, y entonces el General tomaba el arbitrio de destinar al jefe de un departamento ó de un cuerpo, para que, retirándose con los pocos hombres que le hubiesen quedado, procediese á hacer nueva reunión, que á su vez tenía el mismo fin. Esos hombres que el jefe llevaba, le servian de escolta, de base, ó de señuelo, para llamar otros.

Bién se comprende que el servicio de las milicias no sea tan regular como el de las tropas de línea, ni su permanencia en las filas tan constante; pero que un general crea que este es el único medio de formar ejército, sin tener un cuerpo de tropas regulares y disciplinadas, es cosa que admira, y sin embargo, tal es el general Rivera. Desconoce enteramente las ventajas de la regularidad y del orden militar, y ya es demasiado viejo, para que modifique sus ideas. No me cansaré de repetirlo: el general

---

llamó *cuerpos de ejército,* á unos miserables grupos de cuatrocientos ó quinientos hombres, y aún había algunos que no llegaban á ese número. Yo usé de esa denominación, cuando mandé el ejército aliado pacificador, pero, además de que tenía el objeto político de conservar la separación del cuerpo paraguayo, no bajaban de tres ó cuatro mil hombres cada uno.

Rivera no ha marchado con el tiempo, y piensa aún, que el sistema militar de Artigas, es todavía adaptable. Otro tanto le ha sucedido en otros ramos de la administración.

Ya nada podía yo esperar ni intentar con respecto al Entre Rios, fuera de dejar enteramente libre la acción del general Rivera, para que llevase la guerra según sus principios y su modo de conducirla. Para ello, el mejor medio era separarme del teatro, porque era incuestionable, que á cada instante resultarian conflictos de nuestro modo de ver y obrar, que es diametralmente opuesto. ¿Cómo podría yo avenirme con las irregularidades del general Rivera, con su despilfarro, y la indisciplina de su ejército? ¿Cómo amoldar mis ideas á las suyas? A mi vez diré también, que soy demasiado viejo para variarlas. Cuando más, hubiera podido desearse que marchásemos separadamente y por distintos caminos á un mismo fin; lo demás, era imposible. Los que han calculado de otro modo, si lo han hecho de buena fé, ó ignoran la marcha de los negocios, ó desconocen el corazón humano.

Mi intención fué desde entonces, retirarme, dejando el campo libre al general Rivera para que reuniese á su placer, y utilizase los elementos que aún restaban, que no dejaban de ser de mucha consideración. Sin embargo, me presté á un tratado, que sin ligarme á permanecer personalmente, establecía una alianza ofensiva y defensiva, entre el Estado Oriental y las provincias de Entre Rios y Santa Fé; la de Corrientes debía ser invitada á entrar en él.

Este fué el tratado de Galarza, pués que fué celebrado en una hacienda de este nombre, en Abríl de 1842, cuyo original y demás documentos conservo en mi poder. El, daba la dirección de la guerra al general Rivera, y de consiguiente, el mando de las fuerzas; le otorgaba la facultad

de celebrar tratados; los gobiernos contratantes se comprometian á poner en acción todos sus medios y recursos para llevar á cabo la guerra, y el del Estado Oriental, se obligaba á dar un subsidio de ocho mil pesos fuertes mensuales á cada uno de los otros gobiernos, para subvenir al reclutamiento, equipo y armamento de sus tropas, con cargo de devolución, concluida que fuese la guerra.

Suscritos tres ejemplares del tratado, por los comisionados, que fueron los señores Bustamante, Derqui y Crespo, se tocó la dificultad del cange de la ratificación, por la demora que debía ocasionar la del gobierno de Santa Fé, cuya correspondencia estaba interrumpida por los efectos de la misma guerra. En este estado, acordamos con el general Rivera, y se cangearon notas oficiales en este sentido, que aunque no hubiese podido tener lugar el acto material del cange, se tendría y se consideraría entre ambos, como real y positivamênte ratificado el tratado. No impidió esto, sin embargo, que seis meses después, el general Rivera alegase esa falta de cange para negarse á la observancia del tratado, y para negar su vigencia.

Firme siempre en mi resolución de no permanecer al lado del general Rivera, de dejarle el campo y allanarle el camino, le propuse que delegaría el mando de la provincia de Entre Rios, en una persona de su plena confianza, hecho lo cual, me retiraría á Montevideo. Se conformó, y después de muchas deliberaciones, me indicó á un comandante de los tiempos de Artigas y Ramirez, llamado don Mariano Calventos, de tristísima celebridad. Este vivía lejos y retirado, y mientras se le llamaba, consultaba y preparaba, el general Rivera se trasladó á Paysandú, quedando yo en el arroyo de la China.

En esos mismos dias partió para Corrientes el doctor Derqui, con la misión de invitar al Gobierno de aquella provincia, á suscribir al tratado de Galarza, y yo aproveché

esa ocasión de remitir un carruage, para que se trasladase mi familia al punto que yo ocupaba.

Dejaré las cosas del Uruguay en este estado, para dar un salto al Paraná y Santa Fé, donde tenian lugar sucesos bién adversos.

CAPÍTULO XXXV

ROSAS OPONE EL TERROR Á LOS EXTRAVIOS DE SUS OPOSITORES

Sucesos en la capital de Entre Rios.—El doctor Francisco Alvarez.—*Espléndida derrota* de los santafecinos—El general don Juan Apostol Martinez.—Su muerte *en la forma ordinaria.*—Dispersión del ejército santafecino.—¡Lo que vá de Lopez á Lopez!—Inútiles cuestiones que ocupan á Lopez.—Rivera parte á Montevideo.—Queda el general Paz al frente de las fuerzas orientales.—Delegación irregular y equívoca.—Desgreño de la tropa.—Ignorancia de los jefes.—Subordinación solapada.—El general Paz se sitúa en Paysandú.—El general Aguiar.—Su actitud. — Escandaloso comercio.—Insinuación del general Paz para que cesasen las crueldades con que se hacía la guerra por parte de Rosas.—El señor Mandeville.—Digna actitud del comodoro Purvis.—Rosas, el más bárbaro de los tiranos.—Circunstancias en que ordena los asesinatos.—Los emigrados en Montevideo. —El general don Martín Rodriguez.—Su carta al general Paz.—Contestación á esta carta.—Las virtudes y las manias en la juventud.—El coronel Olazabal.—Irregularidades en el gobierno oriental.—Patriótico pensamiento del doctor Manuel Herrera y Obes.—Causas que se oponen á su realización.—La administración del general Rivera. — Las fracciones del partido unitario. — Errores. — El almirante Brown.—Sus sentimientos.—Sus servicios á la tiranía.—Perspicacia de Rosas, para conservarlo adicto.—Los padecimientos mentales del almirante Brown.—La escuadra oriental.

Ya se ha dicho, que el estado en que quedó á mi salida la capital de Entre Rios, era sumamente delicado; sin embargo, es probable que se hubiese así conservado, sin los

acontecimientos de Nogoyá. Apenas llegó la noticia de la derrota de los coroneles Velazco y Baez, que la plebe se manifestó, no solo alterada, sinó hostíl al Gobierno, el que no tenía sinó un piquete de infantería, que le restaba fiél. Cuando este le faltó, porque los negros también participaron al fin de la general exaltación, no le quedó más recurso que la fuga, en que le acompañaron muchos comprometidos. Como la campaña era enemiga, no tuvo más medio de salvación, que la marina, y ganó los buques que había en el puerto, no sin correr grandes peligros.

Ni aún eso pudo hacer el coronel don Felipe Lopez, comandante de armas, quién tuvo que ocultarse en una casa particular, de la cual pudo escapar por la cooperación de algunas personas generosas y la tolerancia de la autoridad recién establecida, que hasta le suministró avisos que le fueron muy útiles.

Después de este movimiento, la plebe de la ciudad, á que se agregaron algunos gauchos de la campaña, quedó dueña y árbitra de la población, y para precaver los males de un tal orden de cosas, fué preciso nombrar un gobierno, cuya elección recayó en el presidente de la Sala de Representantes, y cura vicario, doctor don Francisco Alvarez. Ignoro si debió su nombramiento á la representación de la provincia, lo que es muy probable; más, de cualquier modo fué un acierto, porque sus respetos y la amistad que merecía á Urquiza, le dieron bastante ascendiente sobre la canalla, para que no se entregase á excesos de todo género.

Los sucesos se precipitaban, pués casi al mismo tiempo sufría Santa Fé los efectos de la más inaudita derrota. Oribe, que con su ejército pasó por el territorio de la provincia, sin ser hostilizado sériamente, como antes dije, apenas reforzado con algunos cuerpos en Buenos Aires, abrió nuevamente su campaña. Jamás la imprevisión, la ignorancia, la incapacidad, y la cobardía también, se vieron obrar

tan de acuerdo para inutilizar las buenas disposiciones de un pueblo. A nadie podía sorprender la invasión, pués el más estúpido sabía muy bién que ella había de venir; más, cuando llegó la ocasión, nada se había preparado, nada se había prevenido; así fué, que nada se hizo para rechazarla, ni aún para disputar el terreno.

Marchando los enemigos sobre la capital, fueron naturalmente arrollando las fuerzas de Lopez, quién no pudo menos de reunir al fin sus fuerzas, ó como él llamaba, su ejército, fuerte de tres mil hombres. Con estos ocupaba la margen izquierda del Salado, mientras el enemigo asomaba por la opuesta. Un cuerpo destacado de este, franqueó el río por un paso de más arriba, y esta fué la señal de la fuga más vergonzosa y de la más *espléndida derrota.* Apenas el cuerpo del coronel Salas, que llevaba la vanguardia, que se convirtió en retaguardia, disparó algunos tiros con las partidas avanzadas del enemigo.

En esta triste jornada, y en la no menos triste campaña que le precedió, y que solo duró el tiempo que naturalmente necesitó para marchar el ejército invasor, no hubo un solo hecho digno de elogio, ni aún de mención honorable. Hubo, sin embargo, uno bién indigno, que merece consignarse en estas memorias:

El general don Juan Apostol Martinez, santafecino, que se me había incorporado después de la acción de Caaguazú, cuando la retirada del ejército de Corrientes, solicitó ir á servir en aquella provincia, que se hallaba tan inmediatamente amenazada. Pudo reunir unos cuantos hombres, con los que pasó el Paraná, y se presentó al general Lopez. Después de un semi-encuentro de vanguardia que hubo en Coronda, se desquició un cuerpo de santafecinos, dos ó tres dias antes de la dispersión general, y el general Martinez que se halló en él, llegó casi solo y desorientado á una casa, donde pidió práctico que lo llevase al campo de Lopez.

Fuese una infame combinación de varios, ó no, el hecho es que el infiél guía lo condujo mal, con el designio de que cayese en poder de los enemigos, como sucedió. A las pocas horas le fué cortada la cabeza, *en la forma ordinaria,* para servirme de las palabras del mismo Oribe, en otras ocasiones semejantes.

Varias veces quise informarme de los pormenores de este hecho infame, y de las providencias que tomó Lopez para vengarlo, y quedé siempre asombrado de su glacial indiferencia. No solo no manifestaba indignación contra sus autores, pero ni mostraba remotamente apercibirse de que le incumbía haber hecho algunas indagaciones, para descubrirlos y castigarlos. Estoy por lo menos, cierto, de que no encontraba en este hecho, la deformidad y horror que á primera vista halla en él, un hombre de sentimientos más delicados.

La dispersión del ejército santafecino, fué completa, y sin embargo, no se diseminó, sinó que en su mayor parte se metió en el desierto del Chaco, para ganar la provincia de Corrientes, subiendo la margen derecha del Paraná. Esa fué la dirección que llevó Lopez; otra parte, la menos numerosa, como también familias y vecindario, se apoderó de los lanchones, botes y canoas que hubo á la mano, y navegó río arriba, en donde sufrieron indecibles trabajos, hasta que pudieron también llegar á Corrientes.

Este fué el desenlace que tuvo la insurrección de la provincia de Santa Fé contra la dictadura de Rosas. Esta provincia, que en años anteriores, bajo las órdenes de un Lopez, había rechazado victoriosamente los ejércitos de Buenos Aires, que había batido sus tropas y generales, y que había llevado sus armas hasta enseñorearse de la plaza de la Victoria de la gran capital, sucumbió esta vez bajo las órdenes de otro Lopez, al solo amago de una pequeña vanguardia, sin gloria y sin haber siquiera hecho algo para

dejar medianamente puesto su honor. ¡Lo quevá de tiempos á tiempos! dirán unos. ¡Lo que vá de Lopez á Lopez! dirán otros. En cuanto á mí, pienso que todos tienen razón, como me sería muy facil demostrarlo.

El general Lopez se quejó del coronel Salas, acusándolo de que no había llenado sus deberes, y con mucha más acritud, lo hizo contra el comandante Oroño, quién, decía, había desobedecido sus órdenes. A este último, lo puso preso luego que llegó á Corrientes, y quiso ejercer contra él, actos de autoridad, á que se opuso el Gobierno territorial. Qüedó, pués, indecisa la cuestión, y no estoy tampoco habilitado para resolverla; sin embargo, creo poder decir, que fuese ó no culpable Salas, fuese ó no criminoso Oroño, no por eso hubiera sido menos infelíz el resultado de la campaña. El, estaba irrevocablemente fijado antes de empezarse, así fué, que á nadie sorprendió.

Si se hubieran aprovechado débidamente los restos del ejército santafecino, asilados en Corrientes, pudieron dar un cuerpo de cerca de mil hombres, que fuera de su país, hubieran sido susceptibles de una regular disciplina. Lopez no pensó en esto, y fuera de las querellas particulares con sus jefes, de que ya hablamos, y otras menos ruidosas con el gobernador de Corrientes, no se ocupó sinó de sostener á toda costa la pomposa iuvestidura de gobernador y capitan general *legal* de la proviucia de Santa Fé, á virtud de la cual quería que se le guardasen ciertos fueros, que eran ridículos é incompatibles con el orden de cosas existente. Después de algunos meses, consumidos en inútiles cuestiones, vino con lo que le quedaba de su fuerza, al Entre Rios, como luego veremos.

La candidatura de Calventos, para el gobierno delegado de Entre Rios, á pesar de que no podía ser ejercida sinó en la costa del Uruguay, que ocupábamos, alarmó á algunos vecinos que vinieron, á representarme los terribles antece-

dentes del candidato. Entre otros, recuerdo á don Francisco Barú, respetable vecino, y á don Mariano Elias, que me hicieron una reseña de hechos, que lo recomendaban muy poco. Otros conocimientos que adquirí, vinieron á corroborar aquellos informes, que desgraciadamente vino después á justificar el mismo Calventos, pasándose al enemigo. Era forzoso entenderme con Rivera nuevamente sobre este particular, y me disponía á hacerlo, cuando recibí una invitación suya á que me trasladase á la hacienda del Espiro, adonde concurriría él también, para que tuviésemos una conferencia sobre asuntos de alta importancia.

Accedí, y luego fuí impuesto de lo que se trataba. Se proponía ir á Montevideo á activar las medidas gubernativas y financieras que debian aumentar, y proveer de recursos al ejército, hasta ponerlo en el pié de respetabilidad que se necesitaba, y entre tanto, quería que me resolviese á permanecer hecho cargo del mando durante su ausencia. *Esta*, me decía, *no será sinó de veinte dias, pués no necesito sinó ocho de Montevideo, empleando los doce restantes, en ida y vuelta.* No era preciso que fuese él quién hacía esta promesa, para desconfiar de su cumplimiento, pués que era casi imposible que en tan poco tiempo pudiese expedirse. Ni para lo material del viaje le alcanzaba el tiempo que prefijaba, pués nadie ignora su inveterada costumbre de ir por los ranchos haciendo paradas inútiles. Más, ni era racional negarme á su insinuación, aunque su ausencia durase unos dias más, ni me perjudicaba, pués que yo tenía que esperar á mi familia que tardaría aún de Corrientes.

Todo se acordó según su deseo, y partió para Montevideo, diciéndome, que todas las fuerzas orientales, quedaban á mis órdenes. El general Aguiar, que era el jefe del E. M., tenía el mando inmediato, y en esos dias se había movido con algo más de mil hombres, á apoyar al coro-

nel Blanco, á quién dejamos anteriormente sobre Gualeguaychú, sin que hubiese hecho otra cosa, que revoletear por allí inutilmente. El general Aguiar con más fuerza, no hizo mucho más, ni le era posible á la verdad, porque ya Urquiza había vuelto al Entre Rios, y reorganizaba lo que después fué su ejército. Este, cada día era más fuerte, en términos, que muy pronto se vió en estado de tomar la ofensiva, y perseguir al general Aguiar, que se había aproximado al Gualeguay.

El mando que me había dejado el general Rivera, era como todas sus cosas, irregular y equívoco. Después que se marchó, me presenté en el campamento del coronel don Santiago Lavandera, que tenía un batallón y la artillería del ejército, consistente en ocho piezas y sesenta ú ochenta artilleros, á las órdenes del coronel Chilavert. Luego que hube llegado, vinieron los jefes y oficiales á cumplimentarme; se me saludó con una salva de artillería, y la música se dejó oir, para celebrar mi presencia. Todas estas señales exteriores, parecian indicar que efectivamente se me reconocía como el jefe de aquellas fuerzas; más, cuando quise descender á los pormenores del servicio, é informarme del número de hombres que tenian los cuerpos, del estado de las caballadas, de las municiones, parque, almacenes, etc., me dijo, encogiéndose, el coronel Lavandera, que no se les había hecho saber oficialmente mi nombramiento, y que tan solo se les había dicho, confidencialmente, *que en caso de apuro, ó de conflicto de enemigos, se obedeciesen mis órdenes.*

Sin expresarse tan claramente el general Aguiar, me dió á conocer lo mismo, pués en cerca de cuatro meses, no pude conseguir que me mandase un estado de la fuerza que estaba á sus órdenes, lo que evitaba con varios pretextos, y alegando por lo común, que esperaba las que debian pasarle los cuerpos, para formalizar el estado general.

Quizá no podría hacerlo aunque quisiese, porque en el desgreño de aquellas tropas, y en la ignorancia de aquellos jefes, en que la mayor parte no sabian leer ni escribir, facil es concebir, que les sería muy difícil saber ellos mismos, el número de soldados que mandaban, ni los destinos en que estaban ocupados.

Lo célebre fué, que después de esta *dependencia á medias*, de esta insubordinación solapada, cuando Urquiza se le vino encima, y tuvo que replegarse hasta el paso de Paisandú, para reunirse con la infantería y artillería que mandaba Lavandera, junto con el susto, les entró una docilidad y subordinación, que de puro excesiva, vino á parecer insolente. No sabian qué hacer, no querian dar un paso, si no se los ordenaba, y llovian los partes de los movimientos del enemigo, y de las más vivas solicitaciones, para que les ordenase lo que habian de practicar.

Debo advertir, que á esa fecha yo me había situado en Paisandú, y me había obligado á abandonar el arroyo de la China, que ocupó el enemigo, cometiendo todos los horrores que acostumbra. El general Aguiar, pués, era el jefe de operaciones de las fuerzas que obraban en la parte occidental del Uruguay, el cual había sido arrinconado sobre las costas, como he referido.

Uno de tres partidos le quedaba que tomar, que eran, el de aceptar una batalla, el de evitarla, pasando á la margen oriental de este río, ó marchando de flanco, é ir á buscar la reunión del general Lopez, que con la división santafecina, fuerte de quinientos hombres, bajaba desde Corrientes. Esto mismo le expuse á Aguiar, pero sin decidir resueltamente sobre ninguno de dichos puutos, por cuanto no podía hacerlo sin los conocimientos que tanto había pedido, y que no se me habian suministrado. Y en verdad, ¿podía aconsejar una batalla sin saber que fuerza teníamos para aceptarla? ¿Podía mandar resolutivamente una marcha de

flanco con el enemigo inmediato, sin saber siquiera los medios de movilidad con que contábamos? Lo dejé, pués, á la elección de Aguiar, sin dejar de indicarle que creía preferible el último de los tres arbitrios, que fué el que aceptó.

Permítaseme no ocuparme del vergonzoso comercio que hacian muchos jefes orientales, no solo pasando caballos, mulas y ganados, sinó estableciendo matanzas y graserias, en que ocupaban la mayor parte de su tropa. El coronel Chilavert se distinguió en este escandaloso tráfico, no menos que un célebre Masangano, proveedor que se decía del ejército, y que estaba exclusivamente contraido á hacer matanzas en Entre Rios, y acopiar cuerambres que se remitian á Montevideo, por cuenta del general Rivera. Sería fastidioso y prolijo descender á estos miserables detalles, cuando quizá he olvidado otros de mucha mayor importancia, como uno que ahora diré. Sírvame de disculpa, que habiéndose ocupado la prensa de entonces de los sucesos más prominentes, y omitido oscuros pormenores, no creo inutil para la historia, hacerlos conocer á ellos y á sus autores.

Dije que hablaría de un suceso de importancia, que había olvidado quizá por lo mismo que no es desconocido del público, pués que varias veces se ha hecho mención de él, por la prensa. Me refiero á una insinuación que hice por medio del agente acreditado por el gobierno de Corrientes y por mí, que estaba en Montevideo, y que era mi hermano Julián Paz, al ministro inglés señor Mandeville, que no sé con qué motivo, vino de Buenos Aires á aquella capital. Se le rogó que interpusiera sus buenos oficios para que cesasen las crueldades y barbaries con que se hacía la guerra por parte de Rosas, prestándome á regularizarla, cangear los prisioneros, asegurarles entre tanto, un trato pasable, y garantirles sus vidas. Esta proposición era tanto

más oportuna, por cuanto el gobierno de Corrientes había declarado su resolución de tomar represalias, y hacer la guerra en la misma forma que se la hacian.

El señor Mandeville no solo se negó á intervenir en este negocio, sinó que manifestó un horror por él, que extinguió hasta la más remota esperanza de que se encargase del asunto. No le haré la injusticia de creer, que le fuese indiferente, y que no desease en el fondo de su alma, que se adoptasen esas prácticas más humanas, que ha introducido en la guerra, la civilización y el cristianismo; pero estaba, á mi entender, tan persuadido de la ferocidad de Rosas, y estaba tan penetrado de la inutilidad de su tentativa, que era mejor no hacerla.

Y es probable que así hubiese sido, y que en lugar de mitigar los males, los hubiera agravado. Más, esto era por el ascendiente que el señor Mandeville dejó tomar á Rosas, por sus ciegas deferencias, por sus adulaciones, y por sus condescendencias, en fin. Si en lugar del señor Mandeville, se hubiera hallado otro ministro más independiente, que se hubiera sabido conservar á su altura, es seguro que su insinuacion, cuando no hubiera cortado los males, los hubiera disminuido. Una buena prueba de ello es, que desde que en Montevideo el comodoro Purvis y otros extrangeros de nota, clamaron contra las brutales crueldades de Oribe, crueldades de que eran testigos, se ha visto obligado Rosas y su teniente, á minorarlas, ocultarlas, y lo que es más célebre, á atribuir á sus enemigos los mismos actos bárbaros con que se habian manchado.

Dije que el gobierno de Corrientes había declarado que tomaría represalias, más debo advertir en su obsequio, que nunca pensó en llevarlas á efecto. No era el señor Ferré hombre capáz de ponerse al nivél de Rosas, en esa carrera de sangre, y en cuanto á mí, innumerables pruebas había dado de mi respeto á los derechos de la humanidad, en

muchos miles de prisioneros, cuyas vidas he conservado, en muchos pueblos, que no han encontrado sinó hermanos en sus vencedores, y en innumerables familias, cuyas lágrimas he enjugado.

La represalía, pués, decretada por el gobierno de Corrientes, no fué más que un arbitrio para contener si era posible, á Rosas; y tampoco podía ser de otro modo, ya que se consulte el caracter y principios de sus enemigos, ya que se atienda á los consejos de la política. Me explicaré:

El terror, es un medio de gobernar que han empleado los tiranos de todos tiempos y de todas partes, más será difícil encontrar uno que lo haya llevado á tan alto grado como el dictador argentino: el historiador á quién quepa la tarea de narrar sus hechos, se verá en conflictos para no darles la apariencia de exageraciones, y la posteridad tendrá trabajo en persuadirse de que es posible lo que nosotros hemos visto. ¿Y podíamos proponernos, racionalmente, los enemigos de Rosas, inspirar un terror igual ó mayor, ejerciendo actos tan crueles y bárbaros como él? Además de que hubiera sido consumar la destrucción de nuestro país, es bién difícil que lo hubiésemos conseguido, pués estando Rosas desde tan largo tiempo en posesión exclusiva de *esta arma,* era más difícil de lo que se piensa, arrancársela, para servirnos de ella. Forzoso era, pués, resignarnos á combatir de otro modo, contentándonos con aquellos actos de severidad, si se quiere, pero que son reclamados por la justicia y por la conveniencia, para que no se interpretase nuestra moderación, como una muestra de debilidad ó de temor.

Este fué mi modo de pensar y obrar, y me pareció entonces y me parece hasta ahora, tanto más acertado, por cuanto contraría los deseos de Rosas, dejando á sus adeptos, siempre una puerta abierta á la conciliación. He dicho que esto contraría sus deseos, porque todo ha demostrado

que su política ha consistido en colocar á sus partidarios entre la victoria y el exterminio, exigiéndoles compromisos personales, de tal naturaleza, que no les dejasen esperanza de indulgencia, si eran vencidos. Las matanzas de Octubre del año 1840, se repitieron en la misma escala en Abríl del 42; más, no dejaré de hacer notar una circunstancia, que muestra bién á las claras, el caracter de nuestro enemigo. En ambos casos, para entregarse al desenfreno y á los inauditos actos de crueldad y venganza, esperó que hubiese pasado la inminencia del peligro. En Octubre, ya retirado el ejército Libertador á Santa Fé, no daba cuidados al dictador; en Abríl, ya se había disipado la tormenta que sériamente lo amenazaba.

En proporción que la victoria de Caaguazú y la pronta ocupación del Entre Rios, exaltaron las esperanzas de los emigrados de Montevideo, fué terrible la impresión que hizo en sus ánimos, el triste desenlace de aquellos tan prósperos sucesos. De todos los ángulos del Estado Oriental, y de la capital, más que de ninguna otra parte, se lanzaron militares de todas graduaciones y edades; jóvenes que hacian profesión de la poesía y de las letras; simples paisanos, y toda clase de gente, con destino al ejército, según decian, pero muchos con el único fin de ingerirse como pudiesen, en los negocios, sin tomar parte en los combates.

El antiguo general don Martín Rodriguez, fué uno de los que al ruido de nuestros triunfos, se dejó arrastrar de su ardor guerrero, y salió de Montevideo en solicitud del ejército y de las fatigas de la campaña, que creyó próxima á abrirse sobre Buenos Aires. Lo particular es, que lo rodearon muchos jóvenes de grandes pretensiones, que sin duda creian servirse de los respetos debidos al General, para ejercer su influencia, más ó menos extensa, hasta el número de quince ó veinte.

Había llegado el General á Gualeguaychú con su bri-

llante comitiva, cuando supo el fatal desenlace de los negocios en la Bajada, y que yo venía casi solo, en retirada. Suspendió en consecuencia su marcha, hasta tomar mejores informes, y en seguida me dirigió una carta, que aunque amistosa, no dejaba de contener conceptos que encerraban una fuerte censura. Recuerdo que reprobaba francamente, que hubiese admitido el nombramiento de gobernador de Entre Rios, y concluía, deseando que pudiese decir yo, como Francisco I: *Todo se ha perdido, menos el honor;* pero debe advertirse, que al expresarme este buén deseo, dejaba entrever la más amarga duda.

Confieso que la carta me incomodó, más sin que ni por un momento fuese el viejo General, objeto de mi irritación. Comprendí perfectamente de donde venía el golpe, y le contesté más ó menos, en estos términos. Después de las expresiones de sincera urbanidad, le manifestaba un completo desvío de la pretensión de discutir ó justificar mi aceptación del gobierno de Entre Rios, y me limitaba á decirle, que creía tener tanto derecho como Francisco I, para decir que *se había salvado el honor*, pero que este, á mi juicio, no consistía en la opinión de cuatro mentecatos, sinó en la estimación de los hombres sensatos.

Supe luego, que apenas llegó el conductor de mi contestación, se reunió la comitiva para considerarla á la manera que lo haría un cuerpo deliberante, y en sesión plena, que presidía candorosamente el viejo General, se abrió mi carta, y se dió principio á la lectura; era el señor Terrada el encargado de ella, quién lo hacía con un tono, energía y unción, que tenía á todos pendientes de sus palabras. Más, cuando llegó á la explicación que yo hacía del honor, ó mejor diré, de la clasificación de las personas cuya opinión podía darlo, mudó de tono, balbuceó, y tuvo al fin que suspender la lectura para recuperarse. A cualquiera le parecerá bién extraña y hasta inconcebible tan notable alteración,

pero dejará de serlo, si se considera que estos jóvenes se creian como los órganos únicos, los directores y los representantes de la opinión pública. Se creen también muchos de ellos, los únicos jueces competentes para juzgar á los hombres públicos, y los dispensadores exclusivos del honor, de la fama, y de la reputación.

Protesto con toda la sinceridad de mi alma, que gusto mucho de la juventud; que aprecio débidamente los bellos sentimientos de que generalmente está dotada; que llevo hasta el entusiasmo, mi admiración por los caracteres generosos, sin consultar la edad, que siempre he estimulado la aplicación, y distinguido á los que sobresalian en el estudio y las buenas acciones; pero que jamás he capitulado con la pedantería, y con esa manía insensata de anticiparse al tiempo, y á la naturaleza misma. Esto me ha valido censuras amargas y enemistades reales; más, descanso en mi conciencia y en la confianza, de que esos mismos jóvenes, que tan injustamente me habrán tratado, me harán algún día, plena justicia.

El general don Tomás Iriarte, se dirigía también al ejército de Corrientes, arrastrando una comitiva más moderada; el coronel Olazabal hacía otro tanto, pero con la diferencia, de que este había recibido considerables auxilios del gobierno de Montevideo, en armas, vestuarios, monturas, municiones y dinero. Salió de la capital con un buén cargamento, y facultado para enganchar soldados, y reunir jefes y oficiales. Lo admirable, y que contribuirá á dar una idea del irregular proceder del gobierno oriental, es que esta expedición, que debía componerse de una división que reclutaría el coronel Olazabal, se hacía sin conocimiento del General en Jefe del ejército, ni de las autoridades del territorio en que debía obrar. Esta comitiva, que nunca pasó de veinte hombres, llegó á Gualeguaychú, desde

donde regresó, habiéndose perdido casi todo su costo, que no bajaría de veinte mil duros.

Para comprender las razones que tuvo el gobierno de Montevideo para esta generosidad con el coronel Olazabal, cuando otros no le merecian ninguna clase de auxilios, se debe advertir, que era protegido por algún funcionario público, que quería formarse un partido que le fuese afecto en el ejército que se disponía á abrir la campaña sobre Buenos Aires, y juzgó que el coronel Olazabal con estos elementos de que carecian otros, podría formarlo y apoyarlo también con la supuesta división, que hubiese reunido y estaría á sus órdenes.

Si el gobierno de Montevideo, tan interesado en el buén éxito de la campaña, deseaba que llegase á un término pronto y felíz; lo natural, lo regular, y lo más sencillo, era ofrecer esos recursos al encargado de dirigirla, ó si se quiere, al gobierno de Corrientes, que estaba al frente de la oposición argentina al dictador de Buenos Aires. Cuando no se prefiriese esto, podría haber organizado una división, y mandádola á disposición del General, con previo acuerdo; pero armar un coronel como por cuenta particular (permítaseme la expresión), para que se presentase sin duda al General, haciendo valer personalmente el servicio y los recursos que traía, y reclamando una influencia proporcionada, es saltar por todas las reglas del orden, y hasta de la dignidad de un gobierno regular.

Para que pueda apreciarse mejor este rasgo de generosidad del gobierno de Montevideo, convendrá compararlo con otro que propuso uno de los más distinguidos miembros de la Cámara de Diputados, en ese mismo tiempo, y que fué desechado precisamente, porque no adolecía de los mismos vicios que el que acabo de referir.

El señor doctor don Manuel Herrera y Obes, hizo moción para que se acordase un subsidio mensual de quince

ó diez y seis mil pesos al ejército de reserva, mientras durase la campaña que iba nuevamente á abrir. Las razones en que la fundaba, eran tan claras, tan convincentes, y tan palpables, que nadie podía combatirlas; de modo que la moción fué aprobada casi por unanimidad. Pasó al Senado para que la considerase; más, este *augusto cuerpo,* demoró muchos dias sin reunirse, por falta de número, decian, y la moción y los auxilios quedaron en el olvido, en términos, que jamás volvió á hablarse del asunto.

El pensamiento del señor Herrera y Obes era tan patriótico y tan util, que no pudo ser combatido en público, y fué por el contrario, acogido con entusiasmo; eran precisas las tinieblas, para contrarestarlo, y en ellas se encerró el Senado, pués no podía desconocerse que el ejército de reserva, era la vanguardia del Estado Oriental; que si vencía, nada tenía este que temer, y que por el contrario, si no triunfaba, tendría muy luego una invasión poderosa, como sucedió en el curso de ese mismo año. La fatal jornada del Arroyo Grande, la desolación de la República del Uruguay, y todos los desastres que se han seguido, han sido la consecuencia de tantos errores.

Las más mezquinas personalidades intervinieron en este negocio, y á ellas fué debido que él no tuviese efecto. Hé aquí como sucedió:

Al general Rivera no le faltaron nunca ni le faltarán jamás, amigos enteramente consagrados á su servicio, por la razón muy sencilla de que medran con dilapidaciones, y viven grandiosamente, de los abusos que este hombre deja correr con el más inaudito desenfreno. Por sentado, que los tenía en la administración, en las Cámaras, y muy particularmente en el Senado. Muy luego se apercibieron estos, de que el subsidio propuesto por el señor Herrera, por mezquino que fuese, administrado con regularidad, con economía y con probidad, daría más resultados efectivos

que las cuantiosas sumas que dilapidaba todos los dias su patrono, de lo que resultaría un contraste sumamente desventajoso para él. Además, calcularon, que contribuyendo á que el ejército de reserva continuase en sus progresos, contribuian también á la gloria de su General en Jefe, lo que aumentaría los pobres celos de Rivera, que desgraciadamente no eran sinó demasiado manifiestos.

Por lo pronto se limitaron á combatir el proyecto del señor Herrera y Obes, empleando únicamente la fuerza de inercia; es decir, rehusando con pretextos ó sin ellos, asistir al Senado, de modo que no pudiese haber número bastante, mientras se escribía al General Presidente, consultándole sobre el asunto. Cuando la contestación negativa de este, llegó, no fué precisa otra cosa que hacer correr la voz de que la moción del señor Herrera y Obes era desaprobada por S. E., con lo que nadie volvió á chistar, y, ¡cosa singular! quedó el negocio tan olvidado, como si no hubiera sido iniciado (1).

No me sorprende que el señor Herrera y Obes no insistiese, ni quiero sorprenderme tampoco de que la Cámara de Diputados no reclamase del Senado la consideración de una sanción suya, adoptándola ó rechazándola, porque esto se explicaría por el temor que tuviesen de desagradar al

---

(1) Hay ciertos hechos, que sin que uno pueda explicarse muchas veces la razón, nos impresionan fuertemente; tal es el que voy á referir. El, dará idea de lo que era desde años anteriores la administración del general Rivera, lo que valía la responsabilidad de los ministros, como entendian su misión los representantes del pueblo, y como la desempeñaban. Probará también, cuanta era la impasible moderación, ó sea la inmoralidad pública, porque algo de esto es preciso que sea, para tolerar lo que aconteció cuatro ó cinco años antes de la época de que me ocupo: Hizo un ministro un contrato clandestino, y en extremo fraudulento, vendiendo á vil precio el derecho de pesquería en la isla de Lobos, y otras inmediatas al puerto de Maldonado. Cuando se supo, muchos propietarios y comerciantes de aquella ciudad, elevaron una petición á la Cámara de Diputados patentizando el fraude y ofreciendo una suma in-

general Rivera, ó por el recelo de hacer aparecer una oposición en circunstancias inadecuadas. Lo que me admira es, que en el público, y en la opinión, no tuviese la menor consecuencia, y que antes de tres dias ya se hubiese olvidado todo, no quedándonos más, que la triste convicción de que no estamos muy adelantados en el orden constitucional.

Fuera de las expediciones mencionadas que venian á reforzar el ejército, había otras de menos cuantía, en que se mezclaban militares, literatos, poetas, y simples particulares, pero todas representaban los distintos matices de las fracciones en que está dividido el partido enemigo de Rosas. Ya se habrá percibido, que el general don Martín Rodriguez y su séquito, eran los agentes del partido dicho por excelencia, *unitario,* y que don Manuel Olazabal, era el representante del denominado, *lomos negros.* El general Iriarte, era una cosa media, entre ambas fracciones. Otras subdivisiones podría indicar, pero sería muy prolijo, y además, quiero concluir para decir, que tampoco faltaron patriotas desinteresados y puros, que vinieron á ofrecer sus servicios, animados de sentimientos intachables: tales fueron Albarracín, Figueras y otros.

No desconocía yo, las tendencias y las miras, más ó menos disfrazadas, de los partidos que se proponian hacerme

---

mensamente mayor, por el derecho de pesquería en cuestión. El ministro interesado, se vió horriblemente contrariado, y encargó á un tal Roso, escribano de Maldonado, hombre travieso y malvado, ofreciéndole una gratificación de media onza de oro por cada firma que buscase, para una representación redactada en sentido contrario. Difícil cosa era, hallar firmas para una cosa tan contraria á justicia, y á lo mismo que habian solicitado; más, el escribano Roso no se detuvo, y ocurrió al sencillo expediente de redactar una solicitud corroborando la primera, á que no tuvieron dificultad de prestar sus firmas; y en seguida sustrajo el primer pliego, sustituyéndole otra solicitud en los términos que quería el ministro prevaricador, á que acompañaba por supuesto, el otro pliego de firmas, que se habian puesto para pedir lo contrario. La solicitud fué; se sirvió de ella el ministro; el contrato fraudulento no se anuló, y la cosa pasó así, sin que tuviese otra consecuencia.

servir á sus intereses: á sus intereses digo, salvando, se entiende, los de la causa, exclusivamente, porque yo no podía tenerlos personales, desde que era un provinciano, que no podía aspirar á ocupar la silla del gobierno de Buenos Aires. Sin embargo, me propuse no negar á nadie el acceso al ejército, y antes al contrario, acogerlos á todos con la más completa benevolencia. Los que llegaron á incorporarse á él, antes de los acontecimientos de la Bajada, lo experimentaron así; los que no consiguieron llegar á tiempo, no tuvieron motivo para temer lo contrario.

Dejo para otra ocasión el tratar de los inconvenientes que me ha traido mi calidad de provinciano, para dirigir con suceso la guerra contra Rosas: por ahora solo diré, que esos partidos añejos, esos hombres apasionados, aunque no viesen en mí, disposiciones, ni posibilidad de apoderarme del gobierno de Buenos Aires, se alarmaban de la influencia que podrian darme mis victorias y del poder militar de que dispondría. A más, les fatigaba la independencia de mi carácter y mi entera prescindencia de partidos y fracciones. Aunque generalmente hablando, no pudiera decirse que me hacian positivas hostilidades, no es por eso menos cierto, que empleaban una guerra solapada, como la que se hace menos á un enemigo que á un hombre que puede ser un embarazo para el progreso de ciertas miras. Tiempo hubiera llegado en que se quitasen la máscara y obrasen abiertamente, pero no había llegado el caso, y se trabajaba con cautela. Sin embargo, no fué tanta como la que les convenía; pués habiendo dejado traslucir muy anticipadamente sus manejos, ellos mismos han confesado su error y arrepentídose de haberse anticipado á los sucesos.

Otro incidente de diverso género tuvo lugar en esta época fecunda, que pudo haber influido poderosamente en el éxito favorable de la guerra, y que se inutilizó completamente, por nuestras desgraciadas divergencias. Hablo de la

negociación que el almirante Brown, que mandaba la escuadra de Rosas, entabló con el gobierno de Montevideo. Según ella, el Almirante y la escuadra debian dejar el servicio del dictador, sin dejar el pabellón argentino, mediante la suma de doscientos mil pesos fuertes que se le darian para gratificar las tripulaciones. Esta negociación, cuyos detalles no son bién conocidos, ha sido el objeto de mis más prolijas indagaciones, y de todo he deducido, que fué iniciada de buena fé por el general Brown, con el decidido fin de separarse de Rosas y pasar al partido de sus adversarios políticos, sin abjurar por eso su nacionalidad, ni dejar de ser argentino.

Si para esto se dirigió al gobierno de Montevideo, debió ser, porque hallándose muy distante del ejército de reserva, no podía comunicarse ni con el gobierno de Corrientes, ni conmigo, y porque el gobierno de Montevideo, era el único que podía por entonces hacer efectiva la condición del dinero, que sin duda creía necesario para que sus subalternos lo siguiesen. Sin eso, es probable que con nadie mejor que conmigo se hubiera entendido.

El viejo almirante Brown sirvió siempre con fidelidad á la causa de la libertad, en época anterior. Cuando la revolución de Diciembre, mereció tanta confianza al general Lavalle, que le dejó el gobierno en delegación mientras él salía á campaña, y lo desempeñó leal y satisfactoriamente. Cuando tomó servicio con Rosas, fué cuando el bloqueo francés, y á nadie admirará que un inglés se alistase en la bandera opuesta á sus enemigos tradicionales.

Después combatió contra el Estado Oriental, que estaba en guerra con la República Argentina, ó contra Rosas, si se quiere; más, en su calidad de extrangero originario y argentino adoptivo, y en su limitado alcance político, no es de extrañar que no llegase á esas distinciones, que á los demás nos habian puesto las armas en la mano, asociándo-

nos á los orientales. El, no veía más que la bandera de la patria de su adopción, y otra que le era contraria. Hé aquí el motivo y la explicación de sus procederes.

No fué así, cuando ocupada la ciudad del Paraná por nuestro ejército, decididas las provincias de Corrientes, Entre Rios y Santa Fé, y en vísperas de armar una flotilla argentina que hubiera sido opuesta á la que él mandaba, vió entre sus contrarios tremolar el pabellón á que él había dado no pocas glorias. Creyó entonces que podía sin deshonor, dejar el servicio del dictador, sin abandonar sus antecedentes, sus compromisos y su bandera. Así fué, que un capítulo expreso de sus proposiciones, era que conservaría su escuadra el pabellón argentino, bajo el cual había combatido siempre.

Estando las cosas tan adelantadas, que el asunto del dinero estaba pronto y allanado, y que el convenio parecía próximo á su cumplimiento, repentinamente lo abandonó Brown, retirando sus proposiciones y negándose á toda ulterior inteligencia. No puedo menos de creer, que la causa de este cambio fué el conocimiento que tuvo en esos momentos, de los sucesos de la Bajada. Desde entonces percibió que la oposición argentina á Rosas, era impotente, y estaba vencida. El, retrocedió, porque no combatiendo al lado de argentinos y bajo la bandera de su patria, juzgaba que era una *traición* el paso que había meditado.

Si Brown hubiese obrado de mala fé, y solo se hubiese propuesto, como han pretendido algunos, dar un chasco al gobierno de Montevideo, arrancándole una buena suma de dinero (fuera de que no es de ningún modo admisible esta suposición en el honrado caracter del viejo Almirante), nada le estorbó que pudiese hacerlo, y por lo menos, en una gran parte, que estaba pronta para serle entregada. Además, de que en tal caso, sería preciso convenir en que inició la negociación, con autorización ó consentimiento de

Rosas; lo que no es creible en este hombre desconfiado, que no quería poner á prueba los sentimientos del antiguo gobernador delegado del general Lavalle.

Acaso también contribuyeron al malogro de la negociación, las imprudencias del gobierno de Montevideo, la publicidad que se dió al asunto, y otras necedades muy propias del desgreño é incapacidad del ministro general, principal y único resorte de la administración de entonces. Quizá he hecho mal circunscribiéndome en cierto modo á esa época, pués que la falta de secreto y circunspección, parece hereditaria en todas las administraciones de Montevideo, y durable *in sæcula sæculorum.*

Una razón poderosa, al parecer, puede oponerse para combatir mi modo de pensar, y es que no se supo que Rosas le hiciese cargos, y que lo conservó en el mando que tenía. A lo primero contestaré, que Brown era un hombre necesario para Rosas, pués que no tenía otro que mandase su escuadra; que á pesar de lo sucedido, miraba en él un hombre de corazón sano, é incapáz de un profundo y dilatado disimulo; que debió considerar que su extravío era momentaneo, y que aún pudo atribuirlo á esos padecimientos mentales que lo dominaban, sobre ciertos puntos y á ciertos intervalos.

Es de creer, que si lo conservó en el mando, tuvo buén cuidado de rodearlo de hombres de su plena confianza, como el famoso Alzogaray, y encargar el mando particular de los buques, á oficiales adictos y comprometidos. Además, Rosas tenía demasiada perspicacia para conocer, que habiendo desaparecido el poder própiamente argentino que lo combatía, Brown no volvería á caer en la tentación de dejarlo.

Ultimamente, si hubiese preferido castigarlo, naturalmente lo hubiera hecho, según su sistema de arbitrariedad y de irresponsabilidad, sin instruir un proceso, ni observar

forma alguna; más, esto no era tan sencillo tratándose de un hombre tan espectable como el almirante Brown, relacionado con extrangeros, inglés de origen, y que estaba rodeado del prestigio de célebres victorias. Es, pués, fuera de duda, que quiso Rosas cerrar los ojos sobre este negocio, ó que si lo miró, lo hizo como sobre un hecho sin importancia y sin consecuencias.

Sin embargo, los padecimientos mentales del almirante Brown se agravaron, y debe advertirse, que su mal consistía en sospechar de los que lo rodeaban, suponiendo que querian envenenarlo. Todos recordarán las precauciones que tomaba, llegando hasta el punto de preparar por su mano, la comida que había de alimentarlo. Y cuando hacía esto un jefe de un valor á toda prueba, que no economizaba su persona en lo más rudo del combate, ¿no es natural creer que su enfermedad provenía de un antiguo y arraigado sentimiento de desconfianza, avivado aún por los últimos sucesos, el cual lo había preocupado contra los hombres de que lo había rodeado Rosas, y contra Rosas mismo? Lo particular es, que fuera de esto, el general Brown, discurría siempre con acierto, y no se le podian negar sus aptitudes para dirigir una división naval en las aguas del Plata, teatro en otro tiempo de sus hazañas y de su gloria.

Hay otro antecedente digno de notarse, y es que jamás cometió el almirante Brown actos de crueldad, y antes por el contrario, manifestó decidida aversión á ellos, sin que Rosas lo reprobase, ni se los exigiese, como lo hace con todos sus generales. Esto prueba que Brown era una excepción, y que el dictador tenía un modo particular de considerarlo. Si hubo algunos, fueron practicados por sus subalternos, sin su consentimiento, ni participación. Tampoco se le advirtió jamás esa animosidad feróz é insensata contra los unitarios, que tanto inculca Rosas en

los que le obedecen. Todos los esfuerzos hostiles del general Brown, sin ultrapasar de lo que exigen los usos de la guerra, se dirigieron contra la escuadra y costas orientales, que juzgaba enemigas de su patria adoptiva.

Ya que he tocado este punto, me parece oportuno decir algunas palabras sobre la escuadra oriental, aunque me vea obligado á volver á algunos meses atrás.

El gobierno oriental, ó para hablar con más propiedad, el general Rivera, que nunca supo apreciar lo que valía un ejército regular, instruido y disciplinado, nunca prestó atención á este importante objeto, y creía muy bién defendido el país, por esas bandas irregulares que se reunian á su voz, y se disipaban con la misma facilidad. Esto era tanto más sorprendente, por cuanto el país abundaba en recursos, y sus rentas habian subido á un punto, que sus mismos hijos no lo habian previsto ni esperado.

Como por lo regular no había ejército, ni aún en el sentido en que allí se tomaba esta voz, pués fuera de algunos cientos de hombres, los demás andaban en sus casas hasta el momento en que se les mandase reunir, consumian muy poco, á más de que era rarísimo que se les abonase alguna *buena cuenta*. Razón era esta, para que debiese haber un sobrante extraordinario en las rentas, lo que si no sucedía, era porque Rivera dilapidaba una parte, y la otra mucho mayor, era presa de la rapacidad de los empleados y otros especuladores con la fortuna pública. Sería prolijo referir los escandalosos abusos y públicos latrocinios que se cometian, sin tomarse siquiera el trabajo de disimularlos. Baste por ahora decir, que el mal había llegado al más alto grado, y que me parece imposible que en parte alguna se hayan visto en este género, mayores desórdenes.

En medio de ellos, se tuvo la ocurrencia de formar una escuadra, que disputase á la de Buenos Aires el dominio de

las aguas, sin que me sea permitido, porque lo ignoro, dar á Rivera el mérito de la invención. Más, él no debe penarse por esto, porque el pensamiento no era muy felíz en el estado presente de las cosas. Habría sido más acertado contraer esos caudales y la atención del Gobierno, á poner un pié de ejército respetable, de donde debía indudablemente surgir la victoria, que en armar unos malos buques que no sabrian preparar, ni conservar después.

Es probable, que en la concepción del proyecto, se mezclasen sórdidas especulaciones, en razón de que los mismos que lo promovian, se proponian hacer exorbitantes ganancias.

El Gobierno, ó mejor diré, el país, gastó sumas crecidas, y aún puede decirse, inmensas, comparativamente á la importancia de la escuadrilla. No hay una sola persona en la Banda Oriental, que ignore los contratos fraudulentos y robos escandalosos que se perpetraron para aprontar, armar y tripular cinco ó seis buques, que se pusieron al mando del norte-americano Coé, antiguo oficial de la marina de Buenos Aires.

Sin embargo de que no era mayor la fuerza del general Brown, nada hizo aquella de provecho, y después de unos cuantos encuentros incalificables, y por lo común desgraciados y sin gloria, en que solo hizo Coé y sus compañeros, aquello muy preciso, para no dejar enteramente en descubierto sus compromisos, dejó á Rosas la superioridad marítima, y se encerró en el puerto de Montevideo.

CAPÍTULO XXXVI

EL GENERAL PAZ EN CORRIENTES

El general Paz parte de Montevideo.—Obstáculos en la marcha.—Motivo de esta.—Llega á Río Grande.—Semillero de intrigas.—Abismo de anarquía.—*Nacionalidad y orden.* —Tendencias del partido que hacía la guerra á Rosas.—Los militares que peleaban contra la tiranía.—La Constitución de la República.—Reticencias en los directores del partido unitario.—El coronel Baltar y los negocios de Corrientes. — Las comunicaciones de los Madariaga. — Don Mariano Gainza.—Tentativas del general Paz para explorar la opinión en Corrientes.—Su embarque en San Francisco de Paula.—Peligros en la travesía.—Tentativas de asesinato.—El general Paz llega al paso de los Libres.—Regocijo en las poblaciones.—Llegada á Corrientes.—Pretensiones de los Madariaga.—Los intereses de familia.—Antecedentes militares de los Madariaga.—Sus odios á las personas acomodadas y decentes.—Grados militares de los Madariaga.—Incidente entre Baltar y Gainza.—Conferencia que sobre él tiene el general Paz con el Gobernador.—Causas de la reyerta entre Baltar y Gainza.—El general Paz manda sobreseer la causa de Baltar.—Las deudas de Corrientes.—Don Juan Pablo Lopez.

---

(1) El día 3 de Julio de 1844, cerca de la noche, me embarqué en el muelle de Montevideo en compañía del coronel Chenaut, y del doctor don Santiago Derqui. En el bergantín de guerra brasilero «Capibaribi», que debía conducirme al Janeiro, encontré á los coroneles Lopez y Cáceres, que ha-

---

(1) " Tenemos el sentimiento de anunciar á nuestros suscri-
" tores, lo infructuoso de nuestros esfuerzos para proporcio-
" narnos los apuntes autógrafos del finado General, sobre el

bian obtenido pasaje en el mismo buque, por relaciones particulares con el Consul y Encargado de Negocios de la misma Nación.

El 4 dimos la vela, al mismo tiempo que mi familia que iba en la barca «Nuestra Señora de la Guarda», con destino al Río Grande. En este buque, fletado y provisionado por mí, se apiñaron un gran número de jefes y oficiales que debian seguir viaje á Corrientes, luego que hubiesen arribado á dicho puerto de Río Grande.

Se temió que la escuadrilla de Buenos Aires, que bloqueaba á Montevideo, pusiese embarazo á nuestra salida, ó que por lo menos quisiese visitar el buque en que iba mi familia. El «Capibaribi» le dió convoy hasta fuera de cabos, siendo el 5 á la tarde que nos separamos y perdimos de vista.

El 16 desembarqué en Río Janeiro, después de haber sido obsequiado ese día á bordo de la fragata de guerra inglesa «Alfredo», donde fuí cordialmente recibido por el comodoro Purvis.

" sitio de Montevideo, cuya heroica defensa inició; suponemos
" con fundamento, que existen en poder del personaje que
" conserva los concernientes á la campaña del Brasil, y reitera-
" mos á nuestros suscritores la promesa de publicarlos, tan lue-
" go como lleguen á nuestras manos; entre tanto, supliremos
" esta falta, publicando dos interesantes escritos sobre el mis-
" mo objeto, que hemos hallado entre los papeles del señor
" General, y cuyos autores bién merecen todo crédito, por ha-
" ber sido el uno, testigo presencial de los acontecimientos, y
" persona caracterizada para escribirlos, como secretario que
" fué en varias ocasiones del ilustre General; y el otro, un pa-
" triota distinguido, ilustrado y laborioso, que ha prestado á la
" causa de la civilización, los más señalados servicios con su
" pluma, y todo género de sacrificios.

(*Los Edictores.*—Primera edición, tom. IV, páj. 102).

Yo venía investido con el caracter de ministro plenipotenciario cerca de la República del Paraguay; esta misión se había calculado, más bién como medio de facilitar mi viaje por el territorio neutral del Brasíl, que porque realmente tuviese el encargo de tratar negocios diplomáticos. Así sucedió, que jamás hice uso de esta autorización, ni aún me anuncié en este caracter.

No dejé por eso de sufrir serias dificultades para continuar mi viaje. La política vacilante é indecisa del Imperio, las maniobras de Guido, ministro de Rosas en dicha corte, el respeto que imponía el dictador argentino, eran otros tantos obstáculos contra los que había que combatir. Quizá me ocupe otra vez de estos pormenores; ahora quiero tratar por encima este asunto, para arribar cuanto antes á Corrientes, cuyos negocios llaman mi atención con preferencia.

No pudiendo obtener pasaporte, salí bajo un nombre supuesto, en el vapor "Todos os Santos", el 30 de Agosto,

---

" Rosas había llamado, á consecuencia del desastre inesperado de sus armas en Caaguazú, los ejércitos que al mando de Oribe y Pacheco, habian llevado el terror á los confines de la República, pero habiéndose encontrado á su arribo, disipado el peligro, el inmenso ejército de Rosas, pudo entonces pasar los límites de la República, y llevar la guerra á la del Uruguay, para establecer en la presidencia, al General de sus tropas.

" El general Rivera, que le salió al encuentro, fué completamente derrotado en el Arroyo Grande; su infantería, prisionera; su parque y bagajes, tomados; escapando, él con algunos centenares de esa caballería indisciplinada, tan pronta á desbandarse y abandonar el campo de batalla, como facil de reunir de nuevo, donde quiera que uno de los caudillos lo intenta. Rosas había triunfado, pués, de todas las resistencias que el país le había podido oponer; la República vecina,

y llegué á Santa Catalina el 2 de Setiembre. Allí fuí reconocido, y obligado por el presidente Antero, á permanecer mientras se daba cuenta á la Corte. Después de una detención de cuarenta dias, tuve que continuar mi viaje en el vapor «Thetio», tomando otra vez nombre supuesto, que conservé hasta que llegué á Corrientes.

A mediados de Octubre estuve en Río Grande, donde me reuní á mi familia. Estaban allí también muchos de los jefes y oficiales que habian salido de Montevideo; algunos, á virtud de mis órdenes comunicadas desde Río de Janeiro, se habian puesto en marcha para Corrientes.

Desde entonces empezaron á sentirse los destellos de una faccioncilla que se formaba entre algunos jefes, en unión con otros emigrados. Como ella hizo no poco papel en los sucesos posteriores, es conveniente hacerla conocer, tanto en su nacimiento, como en su marcha progresiva. Recomiendo al que leyere esto, que observe cuidadosamente sus pasos, según los vayan marcando estos apuntes.

" quedaba, por la victoria sobre Rivera, y la consiguiente ele-
" vación de Oribe, sumisa y complaciente aliada.

" Oribe, se avanzaba lentamente sobre su buena ciudad de " Montevideo, al frente de doce mil hombres, el ejército más " numeroso que jamás había militado en aquellos paises, bajo " un solo jefe. Precedíanle el terror de su nombre, espantosa- " mente célebre por las matanzas de prisioneros y ciudadanos, " hechas en el Quebracho-errado, y en las ciudades de Córdo- " ba, Tucumán y Mendoza, y la repetición de iguales atrocida- " des con sus propios compatriotas, después de su facil victoria " en el Arroyo Grande, donde habian sido degollados, sin ex- " cepción de uno solo, todos los oficiales tomados prisio- " neros.

" La noticia de la batalla del Arroyo Grande, se esparció " por todos los paises interesados en el éxito de la guerra, co- " mo el desenlace final de la lucha, y los espíritus más obstina-

Si he hablado de su nacimiento, es con respecto al ejército, pués en lo demás, venía de muy atrás, y tenía su origen, raíz y fundamento, en una parte de la emigración de Montevideo.

Su objeto era hacerme marchar, según sus miras é intereses, en cuyo caso me apoyarian, haciéndome cruda guerra, siempre que no me mostrase docil á sus inspiraciones. A nadie son desconocidos los resortes que se tocan en lances semejantes, para interesar en ciertas miras á militares jóvenes, inexpertos y poco versados en intrigas. Esto es lo que se hizo entonces, y con lo que se consiguió, por medio de dos ó tres colaboradores, seducir á unos pocos, que se dejaron arrastrar ciegamente: tal fué el comandante don Carlos Paz.

Principiaron su trabajo procurando predisponer mi ánimo contra otros jefes que querian excluir de mi estimación y de mi confianza, para dejarme más dependiente de ellos. Esto solo era ya exigir de mí, una injusticia en que ni podía

---

" dos, pudieron al saberla, enrollar el mapa de la República, " como Pitt, después de la batalla de Marengo.

" En Montevideo, pasados los primeros momentos de cons- " ternación, el Gobierno y los millares de hombres, cuyas cabe- " zas quedaban desde aquel momento, puestas á talla, compul- " saron sus medios posibles de defensa, que por entonces con- " sistian en trescientos hombres armados. No había fondos " en caja, no había artillería, nada en fin, de lo que puede " asegurar la defensa de una ciudad. Pero entre sus habitantes, " se contaba por entonces, un General, sobre cuyos talentos " militares, todos tenian una absoluta confianza. Cuatrocientos " emigrados argentinos, se agolparon á su modesta habita- " ción de emigrado, á obligarlo por su intercesión, á admitir el " empleo de General en Jefe de la plaza, que el Gobierno le " ofrecía: *Todavía es quizá tiempo de salvar la ciudad,* de- " cian, *si el general Paz quiere ponerse á la cabeza de los ciu-*

ni debía consentir, pués que en mis principios y en los de toda recta justicia y equidad, el mérito y los servicios, deben ser los únicos reguladores de las distinciones, y de la preferencia de un general. En vano fué que se les quisiese hacer comprender, porque no se satisfacian sinó con la *privanza exclusiva*, y el *favoritismo*.

El coronel don Manuel Saavedra, que se puso, según parece, pués que obraba muy cautelosamente, al frente de estas intrigas, hizo llegar á mis oidos un sin número de chismes contra varios de sus compañeros, y muy particularmente contra el coronel don Faustino Velazco, de quién refería agravios que me había inferido después de mi salida de Montevideo. Guardando las consideraciones posibles al coronel Saavedra, mandé al desprecio sus manejos, lo que no obstante, no debió agradarle, pués que se enfrió mucho, y fueron los primeros síntomas de su alejamiento. El coronel Chenaut conoce bién estas intrigas, y puede dar pormenores, si se le pregunta.

" *dadanos*. El general Paz, admitiendo el peligroso empleo " que se le confiaba, aseguró, que si el enemigo dilataba quince " dias y se trabajaba con actividad, la plaza podría resistir.

" No es nuestro ánimo establecer, que al general Paz ex- " clusivamente se haya debido, la sorprendente y por siempre " memorable resistencia de Montevideo. Muchos orientales " animosos, y la población en masa de aquella ciudad, recla- " marian por su parte de esfuerzos y de valor. El joven coro- " nel Pacheco, venía desde la campaña, reanimando los espíri- " tus aturdidos por el reciente desastre, con actos de energía y " valor, dignos de un heroe; la Legislatura dió la libertad á los " esclavos, para formar de ellos soldados, y todas las medidas " tomadas, mostraban el deseo, por lo menos, de resistir. Pero, " mucha distancia hay entre desear las cosas á conseguirlas. " Montevideo, sin el general Paz, carecía de un general de re- " putación que inspirase confianza; que reuniese todos los vo-

Desde que en Montevideo me ocurrió el pensamiento de trasladarme á Corrientes, fué basado mi plán sobre dos puntos esenciales, de que hacía una condición *sine qua non*. La experiencia del pasado, y muy particularmente de lo que acababa de sucederme dos años antes en el mismo teatro, formaban en mí una convicción profunda. Además, el interés futuro de la República, y el deseo de contribuir á que se cerrase alguna vez ese abismo de anarquía á que parece estar condenada, obraban también en mi ánimo poderosamente.

Los dos puntos á que he hecho alusión, estaban comprendidos en estas dos palabras: *nacionalidad y orden*. Mi intento era centralizar en lo posible la revolución, darle un movimiento regular y uniforme, y un caracter verdaderamente nacional. En cuanto á la organización del ejército, debía girar sobre un pié de orden y disciplina racional; quiero decir, una disciplina moderada y convenientemente arreglada á nuestro estado y circunstancias.

" tos; y sobre todo, que por su sistema de guerra, fuese capáz " de organizar la defensa de una ciudad. Rivera, muy apto en " otro tiempo para mantenerse en las campañas, no solo era el " menos adecuado para esta tarea, sinó que había dado órde- " nes al coronel Pacheco Obes, para que recabase fondos del " gobierno de Montevideo, llevase todos los recursos de guerra " que encontrare, y fuese á reunírsele á la campaña, adonde " se proponía hacer su guerra habitual, y restablecer en una " larga campaña, sus fuerzas debilitadas. El éxito ha probado, " cuán poco debía esperarse de este plán.

" Pero una vez decidido el general Paz á encargarse del " mando de la plaza, los espíritus se reanimaron, brotaron de " todas partes los medios de defensa, según que el General in- " dicaba su oportunidad; improvisose de la noche á la mañana " una muralla, que dividía la ciudad de la campaña; las reclu- " tas de los negros se disciplinaban sin descanso; los ciudada-

Apenas se creerá que estos pensamientos encontrasen oposición en hombres interesados en la causa; y sin embargo, nada es más cierto, pero con la diferencia de que esa oposición tenía diversos orígenes, es decir, que partía de distintas clases de personas, aunque todas deseasen sinceramente la caida de Rosas.

Ciertos hombres, dotados sin duda de muy conspicuos talentos, que dirigieron otra vez los negocios públicos, ó que tuvieron gran influencia en ellos, pretenden recuperar su anterior posición, lo que ni es extraño, ni tiene nada que admirar, tanto más, cuanto que es incuestionable que el país ganó mucho con su administración, y que en muchos respectos, son muy acreedores al reconocimiento público.

Para conseguirlo, promueven con todas sus fuerzas la resistencia al dictador argentino, y se afanan en buscarle enemigos, no solo en el exterior, sinó en todos los ángulos de la República. Pero para ocultar ciertas miras, que no di-

---

" nos, sin excepción, reconocian un cuerpo, hasta que al fin, " cuando el enemigo triunfante se presentó, la ciudad estaba " en las trincheras, resuelta á disputarle la entrada.

" Cuando los hechos están consumados, no siempre el común " de los hombres alcanza á descubrir los motivos, al parecer " injustificables, de tal ó cuál línea de conducta. Pregúntase " ahora, ¿por qué después de tres años de sitio no se ha podido " tomar la ciudad de Montevideo, y por qué Oribe no se avanzó " á marchas forzadas, con mil hombres, inmediatamente de " haber vencido en el Arroyo Grande, en lugar de haber de- " jado pasar dos meses, antes de acercarse con el grueso de su " ejército? Pero Oribe podría contestar por otra pregunta. " ¿Cómo era posible entonces concebir, que la ciudad de Mon- " tevideo, cuyos recursos militares conocía él, sin fortificaciones, " sin artillería, sin ejército, osaría resistir el poder de Rosas, " reconcentrado en un ejército, cinco años victorioso, y mucho

go que sean antipatriotas, se rodean del más impenetrable misterio, en cuanto á su marcha y planes futuros, y quieren rigorosamente *personalizar la guerra,* sin ofrecer por remate á los pueblos, más que vaguedades y palabras, que por el abuso, son casi vacias de sentido.

Como si Rosas hubiera de ser eterno; como si después de él, no pudiesen venir otros tiranos; como si la tiranía y la libertad, fuesen dos seres humanamente organizados, y personificados en Rosas, y ellos (adviértase que estos hombres se llamaban por excelencia, *hombres de cosas* y no de personas, como si las cosas fuesen *nada*, y las personas todo), quieren persuadirnos que destruido el dictador, y colocados ellos en el poder, está ya todo conseguido, y que por lo tanto, no hay más que hacer, que empuñar la espada y marchar á ojos cerrados sin preguntar siquiera, ¿qué haremos después de dado el golpe?

Por patrióticas y liberales que sean las intenciones que se les supongan, no pueden negarnos el derecho de inves-

---

" más terrible, que por un número irresistible, por los horrores " que perpetraba como un medio de someter los pueblos, á la " sola idea de su aproximación? No llegan los deberes de un " general hasta preveer lo imposible, y acaso á la dignidad del " Presidente Legal, que después de seis años venía á tomar po- " sesión de su *ínsula*, no sentaba bién presentarse sinó rodea- " do de todos los esplendores del triunfo, haciendo desfilar por " las calles de Montevideo, las columnas sin fin, del ejército de " un grande aliado.

" Ni todas las dificultades de la defensa de Montevideo es- " taban vencidas, con haber desenterrado algunos cañones car- " comidos por el orín, y levantado una muralla de ladrillos. " El día que Oribe saludó enfáticamente la plaza con veinte y " un cañonazos, un sacudamiento eléctrico de pavor recorrió " de un extremo al otro, la línea de vecinos armados, que se " había improvisado para resistirle. La noche sobrevino, cen-

tigar si los nuevos sacrificios que se reclaman, tendrán un mejor resultado, que los de cuarenta años que llevamos de anarquía, y si se piensa en establecer unas bases más sólidas del orden futuro. A nosotros los militares, que vamos á derramar la sangre de nuestros compatriotas, sin economizar la nuestra, que vamos á arrostrar los cadalsos y demás cruentas ejecuciones que ha inventado la tiranía, justo era, cuando menos, darnos una vislumbre de esperanza, de que nuestros trabajos tienen un objeto más permanente, si dijéramos, como la Constitución de la República (1). Es admi-

(1) Dudo si en otra parte de estas memorias he hecho mención de un reproche que me hizo entre sus confidencias, una de las mayores notabilidades argentinas; si fuese así, se me dispensará la repetición, porque ahora viene muy al caso. Dijo, que la revolución no había progresado, porque de sus generales, el uno se abstraía enteramente de las cosas políticas (aludía al general Lavalle), y el otro, que era yo, se contraía demasiado á ellas. No contestaré la exactitud de esta observación en cuanto al general Lavalle, de quién era preciso que dijesen algo, porque pudieron haber circunstancias especiales que les hiciesen desear que tomase más ingerencia en la política de los pueblos que fueron teatro de sus

---

“ tenares de los defensores de la ciudad abandonaron sus pues-
“ tos para ir á esconderse en sus casas, ó estar listos para
“ embarcarse al menor amago, llegando en las noches subsi-
“ guientes á tal punto el desaliento, que fué preciso establecer
“ un cordón de centinelas á la retaguardia. Más tarde, los espa-
“ ñoles que hacian el servicio de escuchas, se pasaban al enemi-
“ go, por batallones, con sus oficiales á la cabeza, y nada sin
“ embargo era más natural. Cualquiera que sea el entusiasmo
“ del momento, los hombres no están dispuestos á las fatigas
“ de la guerra, sinó después de ese largo noviciado, y de esa
“ segunda naturaleza, que en el soldado forman el hábito y la
“ disciplina. Eran los soldados de Montevideo, ciudadanos ricos,
“ comerciantes ó artesanos, arrancados repentinamente á sus
“ goces, ó á sus ocupaciones; eran los oficiales, jóvenes doctores,
“ literatos, poetas, llenos de entusiasmo y de abnegación; pero
“ que flaqueaban ante las fatigas á que no estaban acostum-

rable, diré mil veces, que en punto á estas reticencias, Rosas y sus más encarnizados enemigos, estén en un perfecto acuerdo.

La resistencia á que yo estableciese una regular disciplina, no venía expresamente de esa misma clase de personas, sinó de aquellos que pretendian erigirse en caudillos, y de otros muchos que se proponian especular con el desorden. Son tan conocidos los manejos de esa especie de gentes, que no merecen la pena de describirlos, pero habiéndose puesto los Madariaga á la cabeza de ellos,

---

campañas; pero en cuanto á mi, puedo asegurar, que el cargo es injusto, ó al menos mi conciencia me lo dice así. No he tomado más parte que la que me dictaba el más puro y desinteresado patriotismo, mientras que mis censores, ó mi censor, quería (á lo que pueden también haber concurrido circunstancias especiales), que no tomase ninguna. Lo que de mí han exigido esos señores, es que, desenvainando mi espada, marchase á derribar al tirano, sin permitirme la menor investigación. Cuando he preguntado *¿Qué haremos después que caiga? ¿Qué deben esperar los pueblos? ¿Qué piensan ustedes sobre esto?* La respuesta ha sido un desdén ofensivo.

" brados, como viajero, que seguro de que está rodeado de bandoleros, se duerme sin poderlo remediar.

" El general Paz, que se ha hecho notable, con su apego á la disciplina de las tropas, sin la cual no aventuraría jamás una batalla, tenía sin embargo esta vez, que combatir á la cabeza de hombres que no sabian hacer una evolución, ni disparar un tiro, y lo que es más, incapaces de obedecer, por la conciencia de su importancia individual. Pero el General, forzado por la necesidad, no se arredró, en presencia de dificultades de este género, y en presencia del enemigo, emprendió la misma tarea que dos años antes en los pantanos apartados de Corrientes. Desde que Oribe se hubo acercado á tiro de cañón, el general Paz empezó á hacer mañana y tarde, pequeñas salidas, para mantener un fuego continuo; para habituar á sus reclutas al zumbido de las balas; para familiarizarlos con el espectáculo de sus compañeros, muertos á

me será forzoso luego ocuparme de su caracter, de su capacidad y sus maniobras. Entre tanto, solo diré, que partiendo estos dos ramos de la oposición que he sufrido, de estos puntos distintos, venian al fin á confundirse y mancomunarse, lo que explica esa liga entre las que se suponen, y acaso son nuestras más altas capacidades, y los caudillejos de Corrientes, de quienes pensaban servirse.

Ya se comprenderá también, que la facción militar que empezaba á mostrar su cabeza, era una emanación de la primitiva, y que el cargo de indocilidad, que me han hecho algunos, viene á ser el mismo que acabo de contestar. Se deduce, pués, que esos partidos que pusieron embarazos á mi marcha, y que la cruzaron después abiertamente, no pretendian otra cosa que hacerme un instrumento de sus miras é intereses, y que mi culpa real y verdadera, ha sido querer tener juicio y conciencia propia.

Más, no se crea por lo que he dicho, que esta oposición se manifestó al descubierto desde el principio, pués que

---

" centenares diariamente, sin contemplación al rango de las
" personas así sacrificadas; y sin apear de este sistema, hasta
" que hubo alejado los puestos avanzados del enemigo á una
" conveniente distancia, y establecido baterias exteriores, fue-
" ra de la muralla. Si un jefe no se desempeñaba dignamente,
" si un doctor retrocedía con su compañía de doctores, litera-
" tos, y comerciantes y banqueros, el General estaba allí para
" apellidarlos, al jefe y compañía, cobardes y poltrones, y seña-
" larles una posición enemiga que debía ser tomada á la ba-
" yoneta incontinente, después otra, y otra después, hasta que
" lograba hacerlos cruzar sus bayonetas con las de los enemigos.
" El resultado de este sistema, fué más allá de donde los
" espíritus pequeños, que lo desaprobaban altamente, podian
" alcanzar. No solo logró el general Paz reducir el espíritu
" indocil del ciudadano, á la sumisión pasiva y maquinal del
" soldado; no solo dió á los hombres de fraque, la conciencia de

supieron encubrirla hasta que yo estuviese comprometido en una situación, de donde no me fuera facil retroceder.

Tan lejos de eso, me manifestaron en Montevideo disposiciones contrarias, siendo el señor doctor don Julián S. de Agüero, uno de aquellos á quienes manifesté francamente mis vistas, y no las desaprobó. Lo mismo hicieron otros muchos, porque no hice misterio de mi modo de pensar, y con la más pura intención, quise oir el dictamen de los demás, deseando que me demostrasen que era malo el mío. Protesto, con cuanta solemnidad y veracidad me es posible hacerlo, que me hubiese adherido á una opinión cualquiera, que se me hubiera presentado como más util á nuestro país. Las reticencias que se tuvieron á este respecto, prueban que no eran buenas las razones que tenian que aducir, ó que no me consideraban digno de conocerlas.

En prosecución de las ideas que acabo de emitir, que son las mismas que emití entonces, quise conocer con anticipación las disposiciones de los Madariaga, reinantes en-

---

" su superioridad, sobre las tropas de bárbaros que sostienen
" á los tiranos; no solo introdujo la emulación que sostiene al
" guerrero, y la sed de gloria, sinó que la transformación fué
" á obrar de rebote en el campo enemigo, y quebrantar el
" orgullo de aquellos asesinos, que cinco años había, estaban
" habituados á pisotear pueblos, y vencer los mal organizados
" ejércitos que á sus furores oponian, hasta que de victoria en
" victoria habian llegado á las puertas de Montevideo, que en-
" contraban guarnecidas por una turba de ciudadanos, de ante-
" mano señalada á las ejecuciones horribles de la mazorca. Y
" en efecto; *el Cerrito de la Victoria*, ocupado por Oribe al
" frente de Montevideo, ha sido el Kremlim del poder de Ro-
" sas, su zenit y su apogeo. Desde allí ha empezado á descender
" y desmoralizarse. El general Paz, no obstante la incapacidad
" de sus tropas, tuvo desde el primer día la alta inspiración de
" arrebatarle la iniciativa, y condenándolo con sus salidas dia-

tonces en Corrientes, y las del pueblo, que los había elevado al poder, resuelto á que si no se conformaban con las mias, no encargarme de una obra, que si era posible, era superior á mis fuerzas, en la forma en que otros podian concebirla. Para obtener esos conocimientos, practiqué varias diligencias, sirviéndome para la primera, del coronel Baltar, que se me presentó un día, por los primeros meses del año 44, para decirme que pensaba trasladarse á Corrientes.

Este jefe, durante el laborioso sitio de Montevideo, no había querido ceñirse, y mucho menos, desenvainar su espada, contrayéndose exclusivamente á algunos pequeños contratos de víveres, que celebró con el Gobierno (1).

(1) Juzgando que haciendo sociedad con mi hermano Julián, hallaría en mí una protección indebida, lo buscó, de modo que cuando vino á solicitarla, lo primero que me dijo fué, que mi hermano estaba también interesado. Mi contestación fué decirle, que eso no me haría variar de mis principios, con lo que sin duda quedó desagradado, aunque no lo mani-

---

" rias á defenderse, no obstante ser el invasor, y retirarse aban-
" donando palmo á palmo el territorio adyacente á la ciudad.
" De doscientos combates que han tenido lugar en aquella
" lucha memorable, los ciento noventa han sido provocados
" por los sitiados, y la victoria coronádolos casi siempre de
" sus laureles. El ejército de Rosas ha obtenido algunas ventajas
" accidentales, colocando emboscadas, ó haciendo volar minas,
" y el uso de estos medios, prueba que los sitiados tenian el
" hábito de pisar el territorio ocupado por los sitiadores.

" Montevideo fué por estos medios colocado fuera de la posi-
" bilidad de ser tomada por las armas, y Rosas, obligado á es-
" perar del hambre y de las privaciones de los sitiados, lo que
" no le era dado esperar del valor de sus soldados, ó de la
" habilidad de sus tenientes.

" La resistencia de Montevideo trajo todavía otras conse-
" cuencias que hoy día han tomado un caracter tan elevado,

Repentinamente dió de mano á sus pacíficas ocupaciones, y manifestó sus deseos de enfrascarse en la política y en la guerra, pero no allí, sinó en el territorio argentino de Corrientes, adonde pensaba dirigirse.

Fué á verme, como he dicho, para comunicármelo y pedirme, según se expresaba, instrucciones; hizo alarde de sus servicios, de su patriotismo, de la pureza de sus intenciones, y de su ferviente anhelo, por obrar en consonancia con mis opiniones y deseos. Si él, como creo ahora, hizo todo esto nada más que para explorarlos, se tomó un trabajo perdido, porque no necesitaba tanto para saberlos, desde que yo no hacía un misterio, ni el menor empeño en ocultarlos.

---

festó. Recuerdo que se trataba una vez de las raciones de maíz para la caballería, y me vino con la solicitud de que pidiese el triple ó el cuádruple de las que se necesitaban. Ya se comprenderá que fuí muy bondadoso, rehusándome urbanamente.

" que han llegado á ocupar el primer papel de este drama de la " oposición, al despotismo de Rosas. La provincia de Corrien- " tes, conquistada casi sin disparar un tiro, desde que el gene- " ral Paz le faltó, volvió á echar por tierra las autoridades de " Rosas, y principiar la lucha en que por dos veces había su- " cumbido.

" Montevideo victorioso definitivamente de Rosas, la situa- " ción de la República Argentina no cambiaba, porque es bién " claro, que el Estado Oriental, después de una lucha tan pro- " longada, no se hallaría en estado de llevar la guerra á la mar- " gen opuesta del Plata. El general Paz y la Legión Argen- " tina, que contribuian á la defensa de Montevideo, no se hacian " ilusión ninguna á este respecto; la sangre allí derramada, nin- " gún cambio podría preparar para su patria. La revolución " de Corrientes establecía un centro argentino, para llevar de " nuevo la guerra á Rosas, é intentar arrebatarle la República

Le hice, pués, una franca manifestación de mi modo de pensar, sin reservarle mi resolución de no ponerme al frente de los negocios de Corrientes, sin que el Gobierno y la provincia adhiriesen, á la que yo juzgaba indispensable condición. Le manifesté, además, que mi intención no era ir solamente á defender á los correntinos, sinó á salvar la República, y que quería que los Madariaga y sus comprovincianos, supiesen muy claramente esto. Todo lo encontró muy patriótico, en todo convino, y se comprometió á generalizar mis ideas y empeñarse en su adopción.

Aún hizo más, pués que me ofreció que me avisaría religiosamente lo que observase, para que en vista de ello, pudiese yo conducirme. Si en algo me equivoqué, fué en creerlo capáz de buena fé, porque á la verdad, no podía concebir, que si este hombre me era desafecto, ó no se conformaba con mis opiniones, tuviese interés en que yo hiciese un viaje inutil. Los sucesos aclararon después todo esto; por ahora baste saber, que desde que llegó á Corrien-

---

" que despotizaba. Esto fué, al menos, lo que el general Paz " comprendió, desde que la noticia de aquel acontecimiento lle- " gó á sus oidos; por lo que sin dejar el mando de la plaza, " empezó desde Montevideo á concertar los medios de sacar " partido del acontecimiento.

" Empezaban por otra parte, á desenvolverse en Montevideo, " males incurables en medio de tantos conflictos y consecuen- " cias necesarias, que nada podía evitar. Cuando la ciudad es- " taba en peligro, todas las miradas se reconcentraban en el " general Paz; todas las medidas que proponía, eran llevadas " á efecto por el Gobierno civíl, como otras tantas órdenes su- " periores; bién así como el enfermo, que amenazado de morir, " toma sin replicar cuantos remedios le aconseja el facultativo. " Cuando las fuerzas le vuelven, empero, y se siente convale- " ciente, discute, escoge, resiste en fin, si su paladar ó su razón " no le predisponen á aceptar el brevaje. Contra la práctica de

tes no se ocupó de otra cosa que de captarse el favor de los Madariaga, sin cuidarse de hacerme la menor participación, según me lo había prometido.

Desde antes de mi salida de Montevideo, había recibido comunicaciones de los Madariaga, concebidas en sentido favorable, pero atestadas de pomposas vaguedades, que aún cuando yo hubiese tenido mejor idea de su caracter, no me hubieran inspirado mucha confianza, porque abundando hasta el fastidio, en protestas de ardoroso patriotismo, nada determinaban clara y distintamente, al menos en el genuino sentido que yo deseaba. Añadiéndose á esto, la incomunicación de Baltar, quise explorar nuevamente el campo por medio de otra persona, que fué el señor don Mariano Gainza, que se hallaba en Río Grande.

Escribí desde Río de Janeiro para que sin pérdida de tiempo se adelantase á Corrientes, con el mismo encargo de que había ido incumbido Baltar. Así lo hizo, pero aunque no

---

" las ciudades sitiadas, había un General de las fuerzas, y una " autoridad civíl, con cámaras y demás ruedas del sistema " constitucional. Ambiciones nuevas se desenvolvian, muy " nobles sin duda, pero muy solícitas por abrirse paso, y sa- " cudir toda sujeción. El General en Jefe era, además, extran- " gero al país, y á la política del Gobierno. Pasado el pavor de " los primeros meses del sitio, y seguros ya de no caer en ma- " mos de Oribe, cada uno pudo repasar por el tamiz de la crí- " tica, la conducta del general Paz, brusco para algunos, exi- " gente é inconsiderado para con los que á su juicio no llenaban " su deber; poco económico de la sangre de los ciudadanos, que " debió tener en más que la de los negros. En una palabra, en " el estado actual de seguridad, la persona del general Paz, " no era en todo rigor absolutamente necesaria, y por lo me- " nos, dos reputaciones se habian formado durante el sitio, que " se creian capaces de reemplazarlo, explicándose las operacio-

por su culpa, ni por falta de fidelidad á su comitente, no tuvo su misión mejor resultado.

Llegado á Goya, cometió la indiscreción de hacer inoportunamente saber á algunas personas mis encargues, dándoles una atención mayor que la que realmente tenian; dichas personas, acaso de buena fé, lo trasmitieron al Gobierno, y los Madariaga no se dieron por satisfechos, afectando ver en Gainza un emisario sospechoso. He dicho que afectaron, porque ni de lo que había dicho Gainza, ni de lo que realmente era mi encargue, podian inferir cosa alguna, impropia en mí, ni desfavorable á ellos. Lo que más contribuyó al mal recibimiento de este, fué la antigua y jurada enemistad que le profesaba Baltar, quién se apresuró á perderlo en el ánimo de los Madariaga (1).

(1) Es bién sabido, desde Montevideo, el odio que profesaban á Gainza muchos argentinos, principalmente desde que entró á mandar la Legión. Sea porque este no era favorable al general Lavalle, sea porque en el desempeño de sus nuevas funciones, se manifestó extraño á la fac-

---

" nes militares, después de obtenido el resultado, como del
" viaje de Colón, los portugueses que decian: *¿Qué tiene de particular? ¡Yendo, yendo siempre al occidente, al fin había de descubrir la América!*

" El general Paz meditaba hacía tiempo una salida general, " para forzar á Oribe á una batalla, no obstante que los sitiados " no tenian caballería. Tiene la bahía de Montevideo, la forma " de una herradura, un costado de la cual, está ocupado por la " ciudad, terminando el otro extremo más prolongado, en el " Cerro, coronado de una fortaleza, que está también en poder " de los sitiados. El país medio entre la fortaleza y la ciudad " en su mayor parte, está en poder de Oribe, que á alguna " distancia de la bahía tiene su Cuartel General, en el *Cerrito*. " El general Paz, sin dejar traspirar su pensamiento, habia acu- " mulado en el *Cerro de Santa Lucía,* una fuerza respetable " de infantería, estando allí de antemano situados los trescien-

Llegado que hube al Río Grande, traté de practicar aún nuevas diligencias en el mismo sentido, y dispuse que me precediese mi secretario, doctor don Santiago Derqui, á quién hice las mismas recomendaciones, con el expreso encargo, de que luego de que hubiese explorado las disposiciones de los Madariaga y del pueblo de Corrientes, me las hiciese saber, aunque no fuese sinó por una comunicación escrita, para en caso de que no fuesen conformes á mis deseos, suspender mi viaje, y evitar el escándalo de regresarme, quizá después de una abierta ruptura.

Se me dirá acaso, que por qué no escribía directamente á los Madariaga, consultándoles su modo de pensar; á lo que responderé, que conociéndolos, no podía acreditar nada de lo que me dijesen, y que además, necesitaba saber el

---

ción que quería dominar, sea en fin, porque me fué afecto, sus comprovincianos de Montevideo le eran opuestísimos, y Baltar se constituyó su campeón en Corrientes. Luego se verá la hidalguía de este *desfacedor de agravios.*

" tos hombres de caballería, con que aún contaba la plaza. El " comandante de la posición recibió instrucciones escritas, que " le trazaban los movimientos que á tal hora de la noche de " un día designado, debía hacer sobre las vecinas posiciones " enemigas; el General fué en persona después, y con presencia " de los lugares, explicó más detalladamente su propósito. " Cuando todo estuvo preparado, á media noche se puso él " en movimiento con la mayor parte de la guarnición de la " plaza, y marchando en torno de la bahía, llegó al punto que " quería atacar, pero extrañó no oir el fuego, que según las ins- " trucciones, debía hacer el jefe de la fuerza de la fortaleza. " Tuvo, pués, que esperar el día para reconocerse, y grande fué " su sorpresa cuando vió la división, de cuyos movimientos " dependian los suyos, formada á tres cuartos de legua del " lugar que entre ambos debian atacar. El general Paz tuvo el " sentimiento de ver la llanura cubierta de soldados enemigos,

estado de la opinión pública, para lo que ellos no eran órganos adecuados. Era, pués, preciso que alguna persona que me inspirase confianza, se acercase al Gobierno, ó por mejor decir, á la familia que tenía el poder, y hablándole francamente, obtuviese su conformidad, ó su negativa, y que además, pulsase la opinión pública, y me hiciese conocer el resultado de sus observaciones.

Esto era aún sin contar las dificultades que había para las comunicaciones, que tenian que atravesar un país devorado por la guerra, y á la especial situación en que me encontré al fin, cual era la de tener un plazo marcado y perentorio para hacer mi viaje, pasado el cual, no podría verificarlo. Solo una persona que conociese mi modo de pensar, y estuviese en antecedentes, podía hacerse cargo de las objeciones, y darles solución: solo *silla á silla*, pués que por cartas hubiera sido muy moroso, podian darse y recibirse explicaciones indispensables. Entre tanto, no se perdía tiempo, pués que yo me iba acercando, y si se alla-

---

" que confiaban á la fuga su salvación, sin tener á su lado
" los trescientos hombres de caballería que había ordenado
" ocupasen en la noche, un lugar preciso. El general Paz, sin
" arredrarse todavía, acomete al campo enemigo; introduce la
" confusión y el desorden por todas partes, y después de ar-
" rollar cuanto encuentra, y hacer un buén número de prisio-
" neros, se retira al Cerro con sus tropas, que habian alcanza-
" do hasta la retaguardia de las posiciones de Oribe. Las
" personas menos entendidas, concibieron, cuando la científica
" operación hubo fallado, que el ejército de Oribe había estado
" á un dedo de su pérdida, y que Montevideo había perdido
" la ocasión de levantar el sitio con la victoria más completa,
" obtenida por una batalla, cuyo plán había sido calculado,
" estudiado y comprobado, desde un mes antes. ¡Cuánto no
" debía amargar al que había concebido este proyecto, verse
" arrebatar el fruto de sus meditaciones, por un cuitado que

naba el camino á mi recepción, no se había malgastado ni un solo día.

Todas estas diligencias fueron inútiles, pués que no recibí en mi camino aviso alguno. Mis comisionados, al menos los dos últimos, no querian mentir, dándome unas seguridades que ellos mismos no tenian, y tampoco querian que se suspendiese mi viaje, no queriendo responsabilizarse del mal, que á su juicio traería esto, á la causa, ó lisonjeándose (esto es lo más cierto) con la esperanza de que mi presencia allanaría las dificultades, y haría ceder á los ambiciosos hermanos.

El 30 de Octubre por la noche, me embarqué en San Francisco de Paula, guardando siempre el incógnito; al siguiente, atravesamos la Laguna de los Patos, y al tercero, arribamos á Porto Alegre. Llevaba conmigo toda mi familia, y algunos jefes y oficiales afectos á mi comitiva.

Fué la más acertada disposición la de tomar esa vía, pués es casi seguro, que si hubiera dirigídome por el cami-

---

" no se creyó con el derecho y la capacidad de discutir y exa-
" minar el acierto de planes, de que no se le confiaba sinó
" una pequeña parte de la ejecución! Este mismo jefe es el que
" no ha muchos meses perdió la plaza de Maldonado por una
" torpeza, y una petulancia igual.

" Desobedecido el general Paz de un modo tan injustifica-
" ble, y no creyendo al Gobierno muy dispuesto á castigar el
" atentado de un jefe que gozaba de todo su favor, dió su dimi-
" sión, y con una veintena de oficiales argentinos, que escogió
" de entre los centenares que habian tomado las armas con él,
" se embarcó en un buque de guerra brasilero, revestido del
" caracter de enviado plenipotenciario de la República Uru-
" guaya, cerca del gobierno del Paraguay.

" Para dar una idea de su conducta administrativa duran-
" te su encargo del mando de la plaza, solo recordaremos, que
" no gozando de sueldo ninguno, los miembros del Gobierno y

no ordinario, habría perecido. En la *Sierra das Asperezas,* he sabido después, á no dudarlo, que me esperaba una partida para asesinarme. Dicha partida se mantenía emboscada, pero estaba en relación con un vecino, cuya casa me han señalado, que le servía de centinela, de avanzada, y de espía. Por entonces solo recibí un aviso reservadísimo y confidencial del coronel Saens, oriental, al servicio del Imperio, en que me aconsejaba que no tomase esa ruta, advirtiéndome, *que no me fiase* (eran sus palabras) *de farrapos, ni no farrapos,* con lo que pienso hasta ahora, que quería indicar enemigos, que eran ó no eran brasileros. Después he tenido ocasión de hablar con este señor, pero afirmándose en los motivos que tuvo para darme este aviso, jamás quiso adelantar su revelación.

Seguí mi viaje por agua hasta Santo Amaro, feligresía que está diéz leguas antes de llegar al Río Pardo, y de allí continué por tierra, sirviéndome de bueyes, que es el único medio de conducción que se presenta. Ya entonces em-

---

" algunos amigos, se reunieron para costearle un vestido de " que sus exterioridades hacian sentir la indispensable falta.

" Oribe hizo á sus talentos el álto honor de acometer la pla- " za dos dias después de su salida, equivocando la influencia " personal con los resultados del trabajo de dos años sobre los " espíritus, que no era la obra de un día destruir. Mientras tan- " to, la diplomacia de Rosas se encargó de perseguir al General " fugitivo en la capital del Imperio, y la *Gaceta* agotó el diccio- " nario de los epitetos para caracterizar la política brasilera " que rompía la neutralidad, prestando sus buques de guerra " á las maquinaciones del manco boleado general Paz. El " tiempo descubrirá la parte que el gobierno del Brasíl toma- " ba en estos actos; por lo que al General respecta, él fué á " establecerse modestamente en Río de Janeiro, en una quinta " apartada de Playa Grande, donde se habría hecho olvidar " de todos, si un día después de haber asistido la noche ante-

pezaban á ser peligrosas nuestras marchas, porque íbamos internándonos en un país devorado por la guerra civíl. Yo había obrado de modo, que ninguno de los partidos beligerantes pudiera quejarse de mí; pero, sin embargo, desde que las autoridades legales no pusiesen embarazo á mi marcha, á pesar del incógnito, era de temerse que los republicanos concibiesen sospechas de mis designios. Bién conocerá cualquiera, cuanto importaba á los dos partidos, la amistad del jefe que iba á mandar las fuerzas de la provincia limítrofe de Corrientes. En Río Pardo encontré al argentino don Policarpo Elias, á quién merecí buenos servicios, con sus relaciones y noticias. El, debía en pocos dias seguir viaje hasta la costa del Uruguay, y me ofreció alcanzarme en el camino: lo cumplió.

En Santa María era ya muy peligroso el continuar mi marcha sin algunas precauciones, y pensé tomar la de separarme de mi familia y tráfago. Sabiendo, decía, que mi familia vá sola, no habrá interés en incomodarla, mientras

---

" rior á un baile que daban los extrangeros, no se hubiese " sabido que había desaparecido. Súpose después, que las auto- " ridades de Santa Catalina lo habian detenido; que continua- " ba su marcha al interior del país; y que honrado y favoreci- " do por las demás autoridades locales, había llegado por fin " con un numeroso acompañamiento á la frontera de Corrien- " tes, en donde el ejército lo recibió con todos los honores " debidos al General en Jefe, pués hacía seis meses, por lo " menos, que la orden del día lo había hecho reconocer como " tal. Montevideo había dado ya para la guerra en general, " todos los resultados que podian esperarse de su fuerte posi- " ción, y dejándola confiada á sus propias fuerzas, cualquiera " que fuese el resultado del sitio, el General no traicionaba " deber alguno, puesto que su presencia allí nada podría hacer " contra el hambre, único medio de rendirlo, puesto que era " de todo punto imposible, tomarla por la fuerza de las armas.

que yo, acompañado de dos hombres, hago la travesía hasta el Uruguay, guardando más que nunca, el incógnito. Las instancias de mi familia me hicieron mudar de resolución.

Durante cuatro dias que pasamos en Santa María, una partida de republicanos tuvo un encuentro con otra de legales, á distancia de una legua, en que hubo alguna sangre.

Nuestro viaje continuó no sin graves recelos, hasta cerca del río Ytú, donde se nos incorporó don Policarpo Elias. Este, había hecho su marcha por Alegrete, y había tomado luego á la derecha para reunírseme. Me dió la alarmante noticia, de que una partida me buscaba por el camino de Alegrete, que creía debía llegar, y que ocultaba, bajo el pretexto de entregarme unas comunicaciones del general Rivera, algún designio siniestro. Más, ya entonces había mejorado mi situación, porque se me había reunido el capitan Aldao con algunos caballos y mulas, mandados de Corrientes á mi encuentro. Sobre ir más acompañado,

---

" Su presencia en Corrientes, por el contrario, establecía un " centro poderoso de acción para reorganizar las resistencias " puramente argentinas, y llevar de nuevo la guerra al punto " de donde había partido; interceptadas las comunicaciones " entre Montevideo y Corrientes, por un ejército de observa- " ción, que Rosas colocó en el Entre Rios, el nombre del gene- " ral Paz dejó de sonar en las márgenes del Plata, y tan solo " servía como de norte lejano, para dirigir á su apartado cam- " pamento los militares y patriotas, que de los diversos puntos " de América venian á ayudarlo, en su futura empresa, en " aquella tarea de tantas veces comenzada como destruida, " para volverla á principiar de nuevo.

" La intervención anglo-francesa, llegó por fin al Río de la " Plata, á poner un término, de grado ó por fuerza, á la guer- " ra entre Buenos Aires y la Banda Oriental, cuando llegó la " noticia de la declaración de guerra contra Rosas, hecha por

estaba en aptitud de acelerar mi marcha, como lo practiqué. En la noche del 18 de Noviembre estuve en Itaquí: fué también un singular acierto de haber dejado á mi izquierda el camino de Alegrete y Uruguayana, para ir á tocar la costa del Uruguay, veinte leguas más arriba, en Itaquí. Si es efectivo que algunos mal intencionados me buscaban por el primero, quedaron chasqueados.

Es ocasión de decir, que meses después se me presentó en Corrientes, un vecino del Estado Oriental, sujeto á quién tengo por verídico y formal, y me aseguró que el general Rivera había comisionado á dos oficiales farrapos, llamado el uno Pintos, y el otro Ferreirinha, para que me buscasen en el camino; y preguntándole yo con qué objeto, me contestó muy francamente, que con el fin de hacer *otro Barranca-Yaco;* que esto lo sabía por un tal Baillo, escribiente de confianza de Rivera, y que había creido conveniente avisármelo, para que me precaviera en lo sucesivo, ya que había escapado de esta primera emboscada. Sensi-

---

" el Paraguay, y la existencia de un ejército de seis mil hom-
" bres, perfectamente disciplinados, armados y equipados, al
" mando del general Paz, independientemente de diez mil, que
" á sus órdenes había puesto el Paraguay. Todo arreglo para
" terminar la guerra entre las dos Repúblicas del Plata, de
" parte de las potencias interventoras, se hacía por el momen-
" to, inutil é ilusorio; puesto que entraba una tercera Repú-
" blica en la lucha, y una cuarta y poderosa entidad, en el ge-
" neral Paz, con todo lo que no habian contado las instruccio-
" nes de los agentes europeos, por manera que el sitio de
" Montevideo, venía á ser un hecho accesorio de la gran lucha,
" que lejos de terminarse, apenas iba á principiar.

" Inutil sería detenerse á señalar el importante papel que el
" general Paz tiene en todos estos acontecimientos; baste de-
" cir, que el tratado de alianza del Paraguay con Corrientes,
" lo señala á él, como representante de la República Argenti-

ble es que Baillo pereciese después en la India Muerta, para que aclarase este misterio, si no es que existan otros que puedan hacerlo. En cuanto á mí, no puedo formar un juicio cierto: no hago sinó presentar los hechos, para que el lector forme ó suspenda el suyo.

El 20 de Noviembre me embarqué en una chalana, y descendiendo al Uruguay, estuve el 21 en el Paso de los Libres, territorio de Corrientes. Allí estaba el comandante don Juan G. Acuña, álias *mocito*, el coronel don Zenón Perez, como jefe de la costa del Uruguay, y don Antonio Madariaga, que sin tener investidura alguna, lo mandaba todo, lo embrollaba todo, y lo echaba á perder todo. El pueblo se embanderó, hubo algunos disparos de armas con pólvora, aunque los correntinos recordaban lo enemigo que era yo en tiempos anteriores, del desperdicio de cartuchos, economía, que en la absoluta carestía de pólvora que había, era más esencial.

La alegría degeneraba en locura en la masa de la

" na, en el tratado; y que al confiarle á él sus fuerzas, el Para-
" guay deja traslucir demasiado, cuanto había trepidado en
" declarar la guerra á enemigo tan poderoso y temible, si no
" hubiese contado con un General, cuyo nombre solo, es una
" prenda y una garantía de la victoria.

" Es un hecho notable, esta confianza de tres Repúblicas,
" depositada en él, para que las salve en los momentos de ma-
" yor conflicto, y el acierto con que ha correspondido á la alta
" idea que tienen, de sus talentos; mucho más en América, don-
" de precisamente, porque es facticio, el espíritu de naciona-
" lidad, verdadero provincialismo, se muestra esquivo, y hostíl,
" para aquellos que han aprendido á apellidar extrangeros. Las
" cartas del general Paz, recibidas en Montevideo y Río de Ja-
" neiro, á principios de este año, mostraban un entusiasmo por
" el estado de sus tropas y la posición imponente que había
" organizado, que le es enteramente extraño en él, que nunca

población, por más que los adeptos de los Madariaga procuraban hacerme comprender, que si yo veía aquellas demostraciones, era porque sus patrones las permitian y autorizaban. Recuerdo que don Antonio Madariaga hizo cantar entre otras, una canción, himno, vidalita, ó no sé qué, dedicado á su familia. Todo era para hacerme entender la gran popularidad de que gozaban. Como yo no me manifestase decidido á obrar activamente, sinó después de saber si las ideas del Gobierno estaban de acuerdo con las mias, y quisiese entre tanto, dejar mi familia en la Uruguayana, para volver á buscarla, si no nos conveníamos, don Antonio Madariaga quiso desesperarse, y me juraba que sus hermanos lo pondrian todo á mi disposición. No dejé de extrañar no hallar correspondencia del Gobierno, pero contestaban que se había ignorado á punto fijo mi venida.

No obstante, el pronunciamiento público era universal, y la opinión se manifestaba tan á las claras á mi favor, que al paso que ello obligaba al Gobierno á obtemperar,

---

" deja traslucir otra cosa, que una fría seguridad en sus me-
" dios, y fé casi ciega é instintiva en los resultados; cuando
" tuvo noticia de la llegada de los agentes interventores, pidió
" á estos, por sus comisionados en Montevideo, una declaración
" de lo que podría prometerse de ellos, en el concepto, de que
" teniendo á su disposición un ejército poderoso, estaba dis-
" puesto á abrir la campaña contra Rosas, cualesquiera que
" fuesen las disposiciones de la Francia y de la Inglaterra. Los
" señores Deffaudis y Oussaley le hicieron contestar, que para
" no inducirlo en error, nada podian prometerle que no estu-
" viese sujeto á modificaciones, que no les era dado preveer;
" pero, que mientras sus gobiernos estuviesen en hostilidad
" con Rosas, podía contar con la cooperación de las fuerzas na-
" vales, que estaban á sus órdenes. Estas explicaciones, y las
" solicitudes del gobierno del Paraguay, han debido influir en
" mucha parte, para decidir á los agentes interventores á en-

me forzaba también á condescender con los deseos de todos, de que siguiese á la capital. Era necesario pasar primero por el campo de Villa Nueva, donde estaba reunido el ejército, y á los pocos dias estuve en Mercedes, pueblecillo que está inmediato. Allí recibí una felicitación de don Juan Madariaga, nombrado General en Jefe, y de otros muchos empleados, y particulares. Todos insistian en la conveniencia de mi viaje á la capital, asegurándome que quedarian allanados todos los obstáculos, y quedó resuelto.

En el pueblito de Mercedes tuve varias conferencias privadas, que me hicieron conocer que estaba en obra la faccioncilla de que ya hice mención, hija de la de Montevideo. Todo su empeño consistía, en abultarme el poder de los Madariaga, y ofrecerme su cooperación como único medio de dominarlos, con tal que yo les dejase toda la influencia en el consejo y operaciones que se ofreciesen. Sin ellos, daban á entender que no podría dar un paso.

" viar la expedición que remontó los rios, con los vapores
" «Fulton», «Gorgon» y «Firebraud», y que después de la san-
" grienta jornada de Obligado, llegaron hasta los puntos ocu-
" pados por el general Paz. Los oficiales de la marina inglesa
" y francesa que visitaron su campamento, no han hallado pala-
" bras suficientes, para expresar á sus superiores, la admiración
" que habian experimentado al encontrar en el seno de las selvas
" primitivas de la América, un ejército tan rigorosamente dis-
" ciplinado, y un acantonamiento en que las reglas, usos y prác-
" ticas del arte militar europeo, eran observados con la mayor
" escrupulosidad; y la verdad sea dicha, esta minuciosidad en
" los detalles, ha sido llevada por el general Paz á un punto
" que él mismo no había alcanzado en sus anteriores ejércitos;
" oficiales superiores, han sido depuestos por faltas de insubor-
" dinación ó de servicio, y un hecho reciente muestra, cuanta
" es su severidad para restablecer las prácticas militares, y el

Sin ocuparme mucho de estas insensatas pretensiones, sin halagarlas ni contrariarlas abiertamente, me dirigí á la capital de Corrientes, siendo mi camino una ovación continuada, tanto más lisonjera, por cuanto era sincera y expontanea. Debe tenerse presente, que en los mandos que he obtenido, y destinos que he desempeñado, jamás he formado partido, y que si he procurado merecer el aprecio de mis conciudadanos, ha sido por un proceder imparcial y justo, y no por chocantes preferencias. Las demostraciones del pueblo de Corrientes, eran una expresión de sus verdaderos sentimientos, y no el desahogo de una facción vencedora, pero tenian el inconveniente que casi siempre acompaña á las que no son producidas por el espíritu de partido. Sin duda, que los hombres entonces son conducidos por principios más nobles y más honrosos, más como no son impulsados por las pasiones, no son tan activos, ni tan tenaces, ni tan atrevidos. Los Madariaga, encerrados en el círculo de sus adeptos, toleraban todo,

---

" exacto cumplimiento de los deberes que el servicio impone.
" El general Lopez, de Santa Fé, aquel caudillo que en 1842
" se ligó con él antes de la batalla de Caaguazú, fué encargado
" de hacer una incursión en su provincia, con instrucciones
" que demarcaban la conducta que debía observar. El General, llevado de su celo ó de su valor, traspasó las instrucciones, y no obtuvo todos los resultados que el General en Jefe
" se prometía de su empresa. Sometido á un tribunal militar,
" fué declarado culpable, y depuesto, dejando muy en breve el
" territorio de la provincia. Este hecho, que en Europa es insignificante, en la guerra del Plata, es muy significativo.
" Rosas lo habría hecho fusilar por una simple orden, y sin
" forma de juicio; un general de los muchos que le han hecho
" la guerra, había disimulado la falta, por aprovechar de sus
" posteriores servicios.

" Las últimas cartas del general Paz, anunciaban su deter-

pero se proponian minar mi reputación, y fulminaban anatemas en secreto, contra los que se mostraban más solícitos en aplaudirme.

Festejado y obsequiado, aunque marchando muy rápidamente, para huir en lo posible de esos festejos que chocaban á la autoridad, llegué á la capital el 5 de Enero de 1845, y á una legua de distancia, empecé á encontrar la población que salía á recibirme. Es singular que allí recibiese por primera vez carta del doctor Derqui, que por supuesto, no tuve tiempo de leer, la que me fué entregada por el comisario Albarracín: á los pocos pasos ya me encontré con el mismo Derqui. En seguida vino el Gobernador, jefes militares, vecindario, etc., y entramos á Corrientes con repiques de campanas, cohetes, y aclamaciones de todo género. Fué de noche bién tarde, que pude leer la carta del doctor Derqui, que me desazonó en sumo grado.

Se habian redactado en privado varios proyectos de ley para la creación de un directorio de la guerra, en mi per-

---

" minación de abrir la campaña con el principio del año de " 1846, y por rumores muy acreditados, pero que aún carecian " de un caracter oficial, se sabía que Urquiza, el jefe que Rosas " había mandado á su encuentro, había firmado un armisti- " cio con el general Paz. Este acontecimiento tan extraño en " las guerras del Plata, puesto que Rosas tiene por fin el ex- " terminio de sus enemigos, y estos, la caida del tirano, era " considerado muy posible, sin embargo, por los que están in- " teriorizados en los antecedentes biográficos de los hom- " bres llamados á figurar en aquellas sangrientas escenas. Al " conocimiento que se tiene de la política del general Paz, so- " lícito siempre de atraer á sus intereses los caudillos y los " jefes que por motivos muchas veces secundarios sirven á Ro- " sas, se añade que Urquiza ha pertenecido hasta 1831 al parti- " do unitario, del que se separó cuando con la captura del general " Paz, y la pacificación que este suceso trajo por consecuen-

sona, pero el Gobierno insistió en que el nombramiento fuese de su exclusiva nominación, de modo que á su antojo podría revocarlo ó suprimirlo. Yo había indicado desde antes, que quería que en todo interviniese el Congreso Provincial; hé aquí, pués, que apenas había puesto el pié en la capital, y ya tropezaba con una tremenda dificultad, que me habian antes ocultado cuidadosamente.

Será oportunidad de decir algo de mis comisionados y de la forma en que procedieron. Baltar, por supuesto, traicionó completamente mi confianza, no porque tuviese revelaciones que hacer y con qué dañarme, sinó porque nada hizo para allanar el camino, y antes al contrario, alarmó á los Madariaga, torciendo sin duda, mis patrióticas miras. Cuando llegué, estaba completamente vendido á esos desgraciados hermanos.

El comandante Gainza, mi otro comisionado, pienso que obró con lealtad, pero poco versado en esta clase de negocios, se condujo con inhabilidad; aborrecido por otra

---

" cia, el gobierno de Entre Rios ofreció una amnistía á los " que do su provincia estaban emigrados, como sucedió con " Urquiza. Por otra parte, aunque este caudillo entrase en las " miras de Rosas más tarde, seducido por los honores y empleos " que le prodigaba, no ha llevado á la guerra otra pasión, que " un odio inestinguible, inveterado contra el general Rivera, " del Uruguay, á quién ha hecho desapiadada guerra, hasta " derrotarlo definitivamente en la India Muerta.

" Sea de ello lo que fuere, el general Paz se halla hoy día en " la situación más imponente que se encontró jamás jefe ninguno, de los que han intentado la ruda empresa de desbaratar el " poder del tirano, que en quince años ha ahogado en sangre todo " espíritu de resistencia. A más de su ejército superior en disciplina, á las bandas aguerridas de Rosas; á más de la alianza " de dos Repúblicas; á la cooperación de la marina de la Inglaterra y la Francia, cuenta con un prestigio inmenso entre

parte, por la facción madre, de Montevideo, y de consiguiente, por su subalterna, de Corrientes, hicieron todo lo posible, por perderlo en el espíritu de los gobernantes, presentándolo como un espía que yo había hecho preceder: como si su comisión, no hubiera sido la más relevante prueba de mi franqueza y sinceridad. Sea ignorancia de lo que pasaba, sea temor que le inspiraron, no me dijo una sola palabra sobre lo que le había encargado, y de consiguiente, me fué no solo inutil su comisión, sinó también perjudicial, como después se verá.

El doctor Derqui se disculpó diciéndome, que su carta, que solo podía ir á mi encuentro por conducto muy seguro, había sido dejada por mi ayudante Arroyo, que debió haberla llevado, y se había marchado sin ella algunos dias antes, de modo que no pudo hacerla llegar á mi poder, hasta la misma tarde de mi entrada á la capital, según se ha dicho. Este amigo me explicó el estado de las cosas. Los Madariaga, en su opinión, resistirian hasta cierto punto,

---

" los hombres de su partido; prestigio que lo reviste de una au-
" toridad, obedecida donde hay un argentino que Rosas no ha-
" ya subyugado. Este es un hecho enteramente nuevo en la
" República Argentina. Los enemigos de Rosas carecieron
" siempre de un jefe que reuniese todos los votos, y sometiese
" todas las miras particulares de hombres que no tenian entre
" sí, otro vínculo que su deseo de ver restablecido un orden de
" cosas tolerable y racional. Para ellos un caudillo habría sido
" un tirano, y Rosas ha triunfado siempre, oponiendo á las re-
" sistencias parciales que los pueblos en masa, pero sin con-
" cierto, levantaban, la unidad de yerro de su poder que no re-
" conoce otro centro ni otro fin, que su persona. El general Paz,
" después de diéz y ocho años de perseverancia, de victorias,
" de cautiverio, y de contrastes personales, ha llegado por fin
" á identificar con su persona, la victoria en los campos de ba-
" talla, y por tanto, á hacerse la esperanza viva y oriflama de

pero el pronunciamiento general, los obligaría á ceder. El señor Marquez, ministro de la guerra, hombre despreocupado y amigo mío, parecía pensar del mismo modo, aunque no se expresaba tan claramente; quizá buscaba un término medio, entre mis condiciones y la resistencia de los Madariaga. Entonces comprendí el motivo del silencio de mis amigos durante mi viaje: temian, que sabedor de las dificultades que me esperaban, diese de mano á todo ulterior procedimiento, y me volviese por donde había venido. Querian impedir esto, concurriendo con sus reticencias á que se me mostrase llano el camino; en ello, obraban de perfecto acuerdo con los Madariaga, los cuales temian también, que yo tomase una resolución semejante, que iba á arruinar toda su obra. La miras, pués, de todos, se habian fijado en mi venida; los unos contando con que ella haría ceder á los Madariaga, y estos con la esperanza de que me rodearian, de modo que me hicieran plegar á sus exigencias, que consistian en investirme del *poder militar,* pero deján-

---

" todos los partidos. El general Paz, ha llegado por una re-
" putación adquirida por medio de servicios honrados y leales,
" al mismo punto que Rosas á fuerza de crímenes espantosos,
" matanzas y confiscaciones. Cuando un gobierno se ha extra-
" viado, el general Paz no pudiendo evitarlo por el consejo, lo ha
" dejado extraviarse, y aguardado pacientemente que el tiempo
" lo aleccione; cuando se le ha pedido que entregue el ejército
" que él ha creado y conducido á la victoria, lo ha entregado,
" descendiendo él, del mando supremo, á la condición de simple
" particular ó de emigrado.

" Esta personificación de todas las resistencias opuestas á
" Rosas, y su sistema, durante tantos años, trae aparejada una
" consecuencia política para el día siguiente á la última vic-
" toria de Paz sobre Rosas; victoria que puede demorar más ó
" menos tiempo, según que Rosas quiera ó pueda llevar su
" estúpida y brutal tenacidad, hasta lo imposible; pero que

dome enteramente dependiente de ellos. ¡Ojalá en esto solamente hubiera consistido la felicidad del país y el triunfo de la causa! No era el sacrificio de mi amor propio, el que me imponía el empeño de no condescender; era el íntimo, el perfecto convencimiento de que constituido en esa dependencia, nada podría hacer. Conocía de muy atrás á los Madariaga, sabía su ambición insensata, su poca capacidad, sus tendencias desordenadas, su poca lealtad, sus prevaricaciones anteriores, y la falsedad de su caracter; era indispensable ligarlos de algún modo, ó por lo menos hacer todo lo posible para poner la legalidad y la razón de mi parte, y salvar mi responsabilidad.

Después de muchas conferencias y discusiones, en que amigos oficiosos intervinieron, los Madariaga cedieron, y se arregló el negocio, más ó menos, según yo lo había propuesto. Esos amigos oficiosos se aplaudieron de sus manejos, contando con que mi venida á la capital, había efectivamente allanado las dificultades, y terminado felizmente

---

" vendrá necesariamente como la consecuencia lógica sigue á " la causa, como la pólvora se incendia desde que está en con" tacto con el fuego. El general Paz será el Presidente futuro " de la República; proclamado por el triunfo, sostenido por el " partido que ha hecho á Rosas la guerra, y aceptado sin rece" lo y sin ojeriza, por los vencidos. Todas las calumnias ofi" ciales de Rosas, no han podido disminuir el respeto que sus " enemigos le tienen; y en las provincias del interior hay pue" blos que se levantarán en masa á su aproximación, y caudillos " que hoy sirven á Rosas, ante cuyos pasos, se adelantarán " con sus ejércitos.

" Su conducta desde 1829, su obstinación en no abandonar " las vias legales, y su moderación y pureza en la administra" ción, le han valido este respeto universal. En vano ha sido " que los políticos le hayan aconsejado muchas veces que " adopte el mismo sistema de Rosas, que oponga el terror al

el asunto. No consideraban que esos arreglos de circunstancias, poco sinceros en el fondo, no eran sinó una tregua á nuestras interminables discordias. Más hubiera valido que yo me hubiese entonces retirado de Corrientes, y que los Madariaga hubiesen seguido su camino como lo habian empezado. No dudo que el éxito no hubiera correspondido á los deseos públicos, pero puede ponerse en cuestión, si hubiera sido peor que el que al fin han tenido estas cosas.

Cuando esto sucedía, solo estaba en la capital don Joaquín Madariaga, y uno ó dos más de sus hermanos menos influyentes; pero es indispensable hablar en plural cuando se trata de ellos, tanto porque ellos mismos gustan de que se haga así, como porque se hablaba sin pudor de los intereses de la familia, como si estuviese esta, identificada con la causa. Sirva esta advertencia para siempre.

La ley del directorio, fué sancionada el 13 de Enero, y muy luego me recibí de él. Hubieron juramentos, felici-

---

" terror, para quebrantarlo. En el ejército no reconoce más
" autoridad, que la de los consejos militares, para imponer pe-
" nas, ni otra legislación, que la de las ordenanzas militares;
" para los pueblos, las leyes civiles y criminales, y los tribuna-
" les ordinarios. Pero con estos medios tan sencillos, la pre-
" sencia del General, se hace sentir donde quiera, por la
" asiduidad con que persigue no ya los crímenes, sinó las
" más leves infracciones, y esto con una tenacidad, con un
" ahinco, que llegan á hacerse molestos. Si la fortuna corona
" sus esfuerzos, llevará á la presidencia este espíritu de legali-
" dad, este culto á las reglas ordinarias de justicia, para reparar
" las brechas espantosas, que en la moral pública, ha hecho
" el crimen administrado oficialmente por la política subversi-
" va de Rosas, que ha hollado después de conculcar todas las
" leyes, los preceptos de la moral, aún en sus aplicaciones más
" indiferentes.

taciones, discursos, esperanzas, y demás que se acostumbra, como se puede ver en los papeles publicados de esa época, pero muy luego tuve motivos de advertir, que los Madariaga y su círculo, no obraban de buena fé. Mil incidentes pequeños, palabras sueltas, acciones equívocas, lo manifestaban; no me cansaré en su referencia, más no dejaré de mencionar dos que ocupan en esta historia un lugar preferente.

Los Madariaga en 1840, cuando yo fuí á Corrientes, eran mayores de milicias, y por mí fueron hechos comandantes de escuadrón. No tenian servicios, ni antecedentes, ni otra recomendación, que más facilidad en producirse (principalmente don Juan), y más actividad que el común de sus paisanos. La reacción del 43, á la que después dedicaré algunos párrafos separados, les dió nombradía, y obtuvieron del Congreso el grado de coroneles; hablo de don Joaquín y don Juan, que son los mayores, y que más suponen. Tan lejos yo de desconocer el mérito que habian

---

" Por lo demás, si el general Paz no es un político de altas " concepciones, está muy distante de hacerse un caudillo, ni " un tirano. Tiene con todas sus buenas prendas, la rarísima " cualidad de hacerse impopular. Sus maneras frias, previenen " poco en su favor, y el tono brusco con que corrige á cada " momento á los que de él dependen, por faltas que nadie ha- " bría reconocido, hasta que él las nota, le enagenan la afec- " ción de la multitud. Para amarlo, es preciso estar lejos de " él, y solo sus talentos de primer orden, como soldado, su inta- " chable pureza de miras y de costumbres, y su perseverancia " inaudita, han podido conciliarle la estimación alta, y el pres- " tigio sin límites que ha reunido entre sus compatriotas.

" ¿Cuál será la conducta de la diplomacia francesa é ingle- " sa en las márgenes del Plata, ahora que este nuevo campeón " se presenta en la arena? ¿Vá á limitar su intervención á Mon- " tevideo? ¿Vá á detener al general Paz en la carrera de triunfos

contraido en la reacción, lo ensalcé hasta las nubes, como puede verse en todos mis actos oficiales y privados. En prosecución de este designio, me propuse darles el empleo de coroneles mayores, y lo hablé con alguno, que sin duda se lo dijo al Gobernador. Este, quiso que su nueva investidura de general viniese del Congreso, é hizo que un tal Santos, hombre atrasado y oscuro, pero que era representante, hiciese repentinamente la moción para que el Congreso lo condecorase con ese título. Este, la desechó en el acto, diciendo que cuando acababa de crearse un poder militar, que era quién debía dar esos grados (guardadas las formas se entiende), no podía el Congreso dar aquel ejemplo de inconsecuencia. La irritación del Gobernador fué extrema con este motivo, y recuerdo que tratando yo de atenuarla, se me quejó de sus paisanos, diciendo, que se habian permitido algunos congresales, palabras inconvenientes á su respecto, como decir, que los Madariaga estaban ya demasiado premiados, y otras semejantes. Ignoro si fué verdad, pero lo cierto es que juró desde entonces, un odio implacable al Congreso, ó mejor diré,

---

" que lo traerán hasta derrocar al tirano, y si cae en sus manos,
" abandonarlo al juéz del crimen para que lo juzgue y senten-
" cie según lo que resulte del proceso? Sería curioso ver á la
" Europa, haciendo lo que un tiro de bolas hizo en 1831, lo
" que un gobernador provincialista en 1842, lo que un jefe
" indisciplinado en Montevideo en 1844; estorbarle que acabe
" con la guerra civil que despedaza las márgenes del Pla-
" ta, lo que no podrá obtenerse, sin la destrucción del gobierno
" sanguinario y absurdo que lo fomenta, con sus planes ambi-
" ciosos sobre las otras Repúblicas, con sus atrocidades y ve-
" jaciones en el seno de la que oprime; impedir que volviendo la
" República Argentina á entrar en las vias que la civilización
" cristiana ha acreditado para gobernar los pueblos, rehabili-

á las personas que lo formaban, que era lo más adelantado y respetable de Corrientes.

Debe advertirse, que los Madariaga, desde subalternos, pusieron todo su empeño en ganar la plebe, y principalmente los gauchos; para ello promovian la licencia y toda clase de seducciones, por poco honorables que fuesen. Los escuadrones que ellos mandaban, fueron siempre los más desordenados, y los que continuamente merecieron reprensiones. Tampoco habian desatendido la añeja táctica de los caudillos, de indisponer una contra otra las clases de la sociedad; predicaban entre los gauchos con el mayor descaro, el desprecio y hasta el odio, contra la parte más acomodada y decente. Con el supuesto desaire del Congreso, ese empeño se convirtió en furor, y no conoció límites. Varias veces me dijo, don Joaquín: *No se equivoque usted, General; esos hombres valen muy poco; con solo hacer venir á Nicanor Cáceres, están metidos en un zapato.* El comandante Cáceres, que después los ha abandonado, era el espantajo con que asustaban, porque tenía la fama de ser *gaucho malo.* Mi contestación fué decirle,

---

" tando el derecho, y limitando el poder á las prescripciones de " la moral siquiera, retorne, en producciones, hijas de la paz y " seguridad individual, los beneficios de un gobierno ilustrado. " En fin, los sucesos continuan aún su marcha fatal, y las noti- " cias de América nos traerán, de vez en cuando, un nuevo ras- " go que añadir á los datos que sobre la vida pública del " general Paz, nos ha suministrado nuestra residencia en " aquellos paises, y la atención con que hemos seguido siempre " la conducta de este hombre, que parece predestinado á tomar " lugar entre Bolivar y Washington, por sus talentos milita- " res, y sus severas virtudes republicanas.—Domingo Faustino " Sarmiento."

(Primera edición, tom. IV, páj. 104). *(Nota del Editor).*

que se equivocaba si creía que yo buscaba apoyo en una facción que pretendiese formar; que recorriese la historia de mi vida, y me hallaría siempre en el sendero de la patria, y nada más.

Cuando avisé oficialmente á dicho Gobernador, que lo hacía coronel mayor, rehusó aceptar, pretextando, *que sus paisanos no lo creian digno de ese honor*, pero el motivo real, era que no quería obtenerlo de mí; más, no por eso me dí por ofendido, como puede verse en las notas que se cangearon, y que manifestaré cuanto mis atenciones me lo permitan. Por el contrario, le dí las mayores seguridades, le brindé con mi amistad, y le protesté con todo mi corazón, de la rectitud de mis intenciones.

Al hermano don Juan, conferí igualmente el empleo de coronel mayor, y este, en los primeros momentos lo aceptó, y aún hizo conocer mi resolución en la orden general del ejército, que permanecía en Villa Nueva; más, después para uniformarse con el hermano, renunció á su vez, pretextando que las instituciones provinciales exigian la aquiescencia de la Sala de Representantes para la expedición de estos grados. Le contesté que entendía que la ley del 13 de Enero me facultaba para ello, pero que siendo mis intenciones respetarlas, como lo había jurado, no tenía embarazo en participarlo al Congreso, como se hizo, y con lo que quedó concluido el asunto, y él en posesión de su empleo. Mas tarde, es decir, meses después, el Gobernador se hizo dar el mismo grado por la Sala de Representantes, y lo aceptó muy corrientemente, sin que yo me diera por entendido.

El otro hecho, es el escandaloso procedimiento del coronel Baltar, que en día claro, á menos de una cuadra de mi habitación y en la calle pública, acometió al comandante don Mariano Gainza, armado de un rebenque con cabo de fierro, según unos, ó de uno de cuero, según otros, tan duro

y consistente, que equivalía al primero. Apenas hacía dos dias que me hallaba investido con toda la autoridad militar, cuando el coronel Baltar quiso desconocerla y desacatarla; eligió las circunstancias más propias al efecto, contando con que el Gobernador lo sostendría, y que por lo menos pondría en conflicto las relaciones de ambas autoridades. El comandante Gainza, sin que yo tuviese el menor antecedente, se me presentó una tarde en mi casa, con un paso vacilante y la cara horriblemente estropeada. Preguntándole que era aquello, me contestó, que el coronel Baltar había tratado de asesinarlo en media calle, y que venía á quejarse á la autoridad, para que se le hiciese justicia y se castigase al criminal. Hice venir un médico que practicase la primera cura, y me dirigí al Gobierno oficialmente, pidiendo un cuartel donde hubiese una decente comodidad, para poner en arresto al coronel Baltar, intimando á Gainza que lo guardase en su casa, donde pasó á continuar su cura.

Baltar desempeñaba las funciones de comandante general de armas de la capital, y al avisarle al Gobierno mi resolución, le indicaba que nombrase otro que las ejerciese. Acto continuo me ví con el Gobernador, á quién encontré muy embarazado con el suceso y con mi resolución. Procuraba disculpar á Baltar, alegando que había recibido una carta insolente de Gainza, y le contesté, que no estaba á fondo instruido del asunto, pero que por lo que acababan de informarme, ambos se habian dirigido cartas llenas de los más groseros insultos, y que Baltar había sido el agresor. Repuso, que Gainza, en tiempos anteriores, había hablado contra el general Lavalle, y que Baltar había creido justo vengar la memoria de su antiguo General. Le hice notar la irregularidad de semejante alegato, contestándole con una pregunta. *No ignoro*, le dije, *señor Gobernador*, *que contra mí se desbocan muchas personas de esta ciudad*, *¿le pa-*

rece justo y regular, que mande apalearlas, para lo que no faltarian algunos miserables que desempeñasen este servicio? Como sabía muy bién que era cierto lo que decía, pués él mismo promovía esas murmuraciones, retiró completamente su alegato, para concluir con una observación: *Quién vá á perder en este asunto,* me dijo, *soy yo, pués ván á censurarme de que no sostengo á mis amigos. Señor Gobernador,* le respondí, *¿qué quiere usted dar á entender con esa pretensión de sostener á sus amigos? ¿Es acaso el empeño de sustraerlos por esa circunstancia, del poder de las leyes y del alcance de los tribunales competentes? En el caso presente, no pienso obrar abiertamente, y al efecto, he mandado procesar al coronel Baltar y al comandante Gainza, nombrando para fiscal á un jefe amigo de usted* (el coronel don Felix María Gomez) *que seguramente no torcerá la justicia en disfavor de su protegido. Si se tratase de un hermano ó de un hijo mío, no obraria de otro modo, y me abstendría de emplear un argumento semejante al que acabo de oir. Persuádase usted, que lejos de censurarlo, toda persona sensata aplaudirá su imparcialidad y rectitud.* Así concluyó la conferencia; y como no pudiese el Gobierno disponer por lo pronto de alojamiento decente en un cuartel, que sirviese de prisión al coronel Baltar, me ofreció las Casas Consistoriales, que yo acepté, y adonde fué colocado sin incomunicación y con todo miramiento.

Diré algunas palabras sobre el verdadero motivo de la reyerta. Gainza había dicho en una casa de confianza, que Baltar en Montevideo, no había prestado servicio alguno, cuando la defensa de la plaza, lo que era evidente, pués nunca se dignó desenvainar, ni aún ofrecer su *cortante espada*, ocupándose solo en especulaciones mercantiles. Baltar supuso que Gainza había ofendídolo en su reputación, y le escribió una carta llena de groseros insultos, y provocando un duelo; Gainza contestó con no menores insultos, pero de un modo que podía dudarse si admitía

el duelo, sin embargo, que me han asegurado que no fué su intención rehusarlo. De allí tomó ocasión Baltar para una satisfacción, que suponía que Gainza no quería darle.

Gainza tenía un hijo joven, dotado de muy recomendables cualidades, que era de temer quisiese vengar la ofensa hecha á su padre. Uno de los objetos que me propuse, haciendo intervenir la autoridad y arrestando á Baltar, fué precaver desagradables ulterioridades. Cuando en mi conferencia se lo hice sentir al Gobernador, tomando un aire de confianza y aproximándoseme, me dijo: *Es que nosotros podemos impedirlo;* á lo que contesté: *El modo de impedirlo, es obrar en justicia.* Después he sabido, que el joven Gainza pasó á Baltar cartel sobre cartel de desafío, que el valentón rehusó admitir mientras estuviesen en el territorio de Corrientes, *de miedo,* decía, *de las providencias que yo podría tomar contra él,* siendo así que se podía contar como fuera de mi inmediata dependencia, pués me hallaba ya en el ejército á muchas leguas de distancia, y gozaba él de todo el favor de la familia Madariaga.

El verdadero motivo de la querella fué el deseo de satisfacer antiguas prevenciones que se tenian Baltar y Gainza desde el ejército Libertador, y complacer á los Madariaga que estaban resentidos con el segundo, por el modo con que había desempeñado la comisión que yo le dí; además, creía Baltar, que siendo Gainza un hombre de edad, y no arrastrando un concepto de valentón, era una victoria facil y un medio de hacerse respetar por un Francisco Esteban, *el guapo.* Es preciso advertir, que una fatalidad que no puedo penetrar bién, hacía que Gainza fuese un hombre generalmente mal querido. En Montevideo estaba votado al odio del círculo dominante entre los argentinos, y me costó muchos debates y contradicciones el sostenerlo en el puesto de comandante de la Legión argentina. La faccioncilla, hija de aquel círculo que se había trasladado

á Corrientes, llevó el mismo espíritu de persecución contra Gainza, y logró poner en sus miras á los Madariaga; hé aquí todo.

Conozco que se me dirá que me detengo demasiado en hechos particulares, pero reflexiónese que ellos hacen conocer á los personajes que han de figurar en esta historia, y esto es importante.

Se aproximaba el tiempo de mi salida de Corrientes para trasladarme al ejército, y la causa de Baltar seguía sin interrupción. Mi pensamiento era llevarla á cabo hasta que estuviese en estado de juzgarla, pero el Gobernador manifestó deseos de que se terminase el asunto, y su señora madre me hizo una visita para decirme, *que Baltar era querido de toda su familia, y que toda ella sentía sus sufrimientos, y deseaba su soltura.* Este modo de hablar, envolvía una tácita amenaza de ruptura, y por lo menos, era seguro que en cuanto yo marchase, se relajaría la prisión de Baltar, y no faltarian pretextos para colorar un acto tan avanzado. Quise, pués, ceder, y llamando la causa, puse un decreto de sobreseimiento, por razones especiales que no especificaba. El decreto fué firmado estando ya á bordo del buque que debía llevarme á Goya, desde donde pasaría por tierra á Villa Nueva.

Se me pasaba hacer mención de un curioso incidente que precedió á mi salida, y es el siguiente: Ese mismo gobernador de Corrientes, que tanto ha querido combatir y hasta ridiculizar el caracter de nacionalidad que se atribuía al directorio de la guerra, lo aceptaba con el más grande empeño, para que se reconociese como deuda nacional, la que había contraido y podía contraer Corrientes, en la guerra que sostenía; quería un reconocimiento en globo y á ciegas, á lo que no quise acceder. Mi resistencia era tanto más fundada, por cuanto sabía que los Madariaga habian hecho una emisión de papel moneda, sin estar

autorizados por el Congreso, y por cuanto era público el manejo irregular de los cuantiosos intereses adquiridos por el embargo del convoy. Existía una casa donde estaban amontonados sin cuenta ni razón, algunos efectos que ni quise ver, ni librar una orden, por una vara de lienzo, dejándoles toda la responsabilidad. A la singular pretensión de que reconociese la deuda, me contenté con decir, que era justo que la Nación cargase con la que había contraido Corrientes, pero que no podía reconocerla sin saber su monto, y su inversión. Medió un negociado de amigos oficiosos, y el Gobierno se contentó con mi respuesta, haciendo después alarde en su mensage al Congreso, de que yo había reconocido el derecho á los reclamos que podría hacer Corrientes.

El general don Juan Pablo Lopez, que conservaba el título de gobernador legal de Santa Fé, había sido llamado á la capital, para que si lo creía conveniente, prestase su aquiescencia á la ley de 13 de Enero, que establecía el directorio de la guerra. Aprovechó el buque en que yo viajaba, para regresar á su campo, establecido en el Rincón de Soto, á tres leguas de Goya; también me proponía con esta ocasión, pasar revista á la división santafecina que mandaba dicho General. Consistía esta, de trescientos á cuatrocientos hombres con poca instrucción y menos disciplina. Las quejas del vecindario por los daños que les ocasionaban, eran repetidas. Todo me persuadía de la conveniencia de mudar el campamento á Villa Nueva, donde reunido todo el ejército bajo mi vista, podría mejorarse su organización en todo sentido. Este era un golpe para el general Lopez, que conservándose aislado con los restos del ejército santafecino que lo habian seguido, se figuraba que era aún gobernador, y que estaba en el territorio de su provincia: creíase en una pequeña soberanía. El espíritu de localidad, y las preocupaciones insensatas de

los caudillos, han sido dos obstáculos con que he tenido que luchar constantemente; los he encontrado siempre sobre mi marcha.

Sin embargo, la revista se pasó, y la orden de marchar, luego que hiciese sus preparativos, fué dada al general Lopez. Demoró su cumplimiento bajo diversos pretextos, más fué preciso hablarle terminantemente, y la cumplió después de muchos dias.

CAPÍTULO XXXVII

CORRIENTES Y LOS HERMANOS MADARIAGA

El general Paz llega al campo de Villa Nueva.—Un aventurero.—Estado militar de Corrientes.—Las habilidades de don Juan Madariaga.—El material del ejército.—Colocación á don Juan Madariaga.—Pérfidos designios de este.—Los coroneles Baez, Velazco, Cáceres y Lopez.—Vástago de la facción de Montevideo.—Deserción en masa.—Tentativas de sublevación.—Es promovida por los Madariaga.—El alferez Candía.—Relaciones de Corrientes con el Paraguay.—El doctor Derqui es enviado acerca del Gobierno de esta Nación.—La familia Cossio.—Sus relaciones con el doctor Derqui.—Desaire á don Juan Madariaga.—Se pone este frenético.—Su oposición declarada á Derqui.—Situación de Corrientes después del Arroyo Grande.—Patriotismo de sus hijos.—Los señores Marquez y Murguiondo.—El servicio de los Madariaga á Corrientes.—Don Joaquín es electo gobernador.—Su campaña á Entre Rios.—El general Garzón hostiliza al ejército de Madariaga.—Unas partidas bastan para convertir en fuga la retirada de este.—Incidente en el encuentro de la vanguardia en el Arroyo Grande.—Desórdenes y hasta asesinatos dentro del ejército correntino.—La distribución de carne, tabaco, sal, yerba, etc.—Bosquejo de la administración financiera.—Negocios de los Madariaga.—Destrucción de las haciendas.—Descaro y falsedad de los Madariaga.—Desahogo del general Paz.

Llegué á Mercedes el 11 de Febrero, habiendo salido el 5 de la capital de Corrientes; hice una visita de paso, á la villa de Goya, la que aunque momentanea y de improvi-

---

(Continuación de los escritos sobre la defensa de Montevideo)

" Testigos de los sucesos de que fué teatro Montevideo,
" desde el 11 de Diciembre de 1842 hasta el 16 de Febrero
" del siguiente, y estimulados por el autor de los «Apuntes
" Históricos» sobre la defensa de aquella Plaza, nos hemos

so, me hizo conocer que los Madariaga no se dormian, y que trabajaban subterráneamente.

Ya me tienen en Mercedes, ó lo que es lo mismo, en el campo de Villa Nueva, á cuya inmediación está dicho pueblito. Muy luego pasé una revista al ejército, en que desplegó don Juan Madariaga, que lo había mandado, todos los recursos de su genio para presentarlo lucidamente. Claro es, que esta revista general, ni podía ni debía ser de investigación; recorrí ligeramente las filas, hablé al ejército convenientemente, y recibí los cumplimientos de los jefes. Allí encontré al celebérrimo inglés, pretendido general Plantagenet Harrison. Este aventurero había sorprendido á algunos patriotas de Montevideo, y trajo recomendaciones pomposas. Se decía que poseía un caudal inmenso, y que lo sacrificaba á impulsos de un entusiasmo caballeresco, por la libertad y la gloria: hubo sujeto bastante caracterizado, que me escribió que su adquisición valía un ejército. A muy pocas palabras ya se conocía que nada poseía,

---

" resuelto á escribir estas líneas con el objeto de citar algunos " hechos, que á nuestro juicio, contribuirán á explicar el es- " tado de esta capital, por aquel tiempo, el tamaño de la obra, " por su defensa, y los esfuerzos, capacidad y crédito, á que fué " debida.

" No intentamos una impugnación de los «Apuntes Histó- " ricos»: reconocemos desde luego, el mérito de esta obra, " que consigna los detalles de un suceso heroico, que hará una " época célebre en la historia del Río de la Plata. Pretende- " mos solo, referir hechos que no estuvieron en conocimiento " del autor, ó que creyó prudente silenciar, pero que deben " también, tenerse presentes para la historia.

" Estamos en posesión de documentos que obtuvimos enton- " ces, y que contienen algunos de los sucesos de que hablare- " mos; los otros, han pasado á nuestra vista, como á la de toda " la población de Montevideo.

porque todo era preciso darle, y que era un loco estrafalario. Quería ser reconocido como brigadier, y lo rehusé; solo lo aceptaba como coronel mayor. Me propuso un viaje á Río de Janeiro, con el objeto de procurar armas, y aproveché la ocasión de deshacerme de él.

Luego que se me hubo preparado una habitación, me trasladé al campamento de Villa Nueva, dejando mi familia en Mercedes. Entonces me dediqué á pasar revistas prolijas, cuerpo por cuerpo, para conocer el verdadero estado de ellos. Sabian hacer algunas maniobras, porque Madariaga había ojeado la táctica, pero nada entendian ni querian entender, ni sabian, ni querian saber de las obligaciones respectivas, de los pormenores del servicio, de los rudimentos primeros, del servicio de campaña, y mucho menos, de la parte moral de la disciplina. Todos los adelantos del ejército consistian en un medio barníz, en una simple apariencia que dejaba ver un fondo de ignorancia, de ineptitud y de atraso. Recuerdo lo que en conversación

---

" Si algunos arrojan una mancha sobre personajes de aque-
" lla escena importante, esto no entra en nuestro objeto; será
" lo que nos haga desagradable nuestra pequeña tarea; pero
" hemos creido deber, á la verdad y justicia, el sacrificio de
" esta consideración.

" Hablaremos del encargo de la defensa de Montevideo, he-
" cho al general don José María Paz, su dimisión, y aceptación
" posterior, del mando de las armas de aquella Plaza. Y co-
" mo en estos sucesos tuvo grande influencia la situación de
" este General en aquella época, respecto del gobierno orien-
" tal, nos será forzoso ocuparnos con preferencia, de sus cau-
" sas; pués, de otro modo, no explicarian lo bastante el origen
" y circunstancias de aquellos acontecimientos; por esto men-
" cionaremos algunos de los sucesos de Paisandú, pero lo ha-
" remos rápidamente, así porque no queremos escribir la his-
" toria de ellos, como porque ya de muchos años son del

confidencial, me dijo uno de mis ayudantes, después de esas revistas: *Señor General, la instrucción de este ejército se parece á la de un hombre que hubiese aprendido aritmética, sin saber leer ni escribir.* El mayor Villanueva (1), joven de un talento muy despejado, tenía razón.

Sin embargo, en todas mis notas oficiales encomié la disciplina y el arreglo del ejército, y el mérito de su General. No debía hacer otra cosa, ya para complacer á los amigos, como para no alentar á los enemigos. Consideraba también, que don Juan Madariaga, que había mandado en jefe, sentiría bajar al rol de subalterno, y procuré por honras y demostraciones extraordinarias, y por las consideraciones más delicadas, suavizar este paso indispensable. Por otra

(1) " El mismo que en la actual guerra de Oriente, ha figurado como General de Brigada en los ejércitos rusos.

(*Los Editores.*—Primera edición, tom. IV, páj. 161).

" dominio público, y bastará solo indicarlos, para que se sepa " de lo que hablamos.

" Como solo pensamos referir hechos que se omitieron en " los « Apuntes Históricos », dejaremos con frecuencia va- " rios, que pueden llenarse con la lectura de aquellos. Así, " pués, no nos prometemos que este escrito sea un trozo " de buena redacción historial; pero lo será de verdad incon- " testable.

" Situación del general Paz en Montevideo, " el 11 de Diciembre de 1842

" El resultado de las negociaciones de Paisandú, tan conoci- " das ya, acabó de convencer al general Paz, de lo que era una " verdad para todos: que la mira del general don Fructuoso

parte, ¿debía sufrir tanto su amor propio, cuando se ponía á mis órdenes? ¿No era yo su antiguo General, cargado de antecedentes y servicios? ¿No hacía un sacrificio en ir desde tan lejos á echarme encima la tremenda responsabilidad de salvarlos, y hacer triunfar la revolución? El, se atrevió una vez á expresarme sus designios, diciéndome. *Es inutil que el señor General se incomode en ponerse á la cabeza del ejército; mejor sería que nos dejase la tarea de mandarlo, y que usted permanezca gozando al lado de su familia, y conservando la alta dirección.* Este consejo encerraba todo el plán de sus miras, que como las de sus hermanos, fueron servirse de mi nombre y reputación, para aumentar el poder y conservarlo. Hubiera condescendido, y hubiera hecho este sacrificio á mi patria, si lo hubiera creido util; pero no lo era, y los tres mil hombres que componian el ejército, no hubieran sido otra cosa que lo que han sido en Vences; después en sus manos, perdieron lo que habian adelantado. Don Juan Madariaga posee una imaginación activa, pero

---

" Rivera, presidente del Estado Oriental, era la de absorber " los elementos de la revolución argentina, para sacar mejor " partido de las negociaciones de paz, con el tirano de Bue- " nos Aires, cuya realización esperaba de la mediación de la " Gran Bretaña, que solicitaba, y aún le había sido prometida; " y cuando esto no sucediese, hacer del Entre Rios el punto de " defensa para apoderarse de aquel país en el caso de una vic- " toria, y mantener á la defensiva, entre los límites del Paraná, " los elementos revolucionarios en aquella parte de la Repúbli- " ca Argentina, prolongando en ella la guerra civíl que tanto " incremento había dado ya al Estado Oriental. Asi lo proba- " ban todos los actos del presidente Rivera, muy especialmente, " las medidas que públicamente puso en práctica para impedir " una expedición sobre la margen derecha del Paraná, incitan- " do entre otras, y auxiliando la insurrección en Entre Rios, " por todos los medios que estaban en su posibilidad para em-

no tiene discernimiento, ni profundiza las cosas; es absolutamente incapáz de mandar un cuerpo de tropas regulares, y si tiene alguna habilidad, es para desquiciar, relajar y corromper todo lo que se le aproxima. Animado de los deseos más ardientes de ser caudillo, no tiene ni remotamente las cualidades que se necesitan; al fin, ha concluido por el más sublime ridículo.

El material del ejército presentaba un cuadro terrible, á la par que miserable; lo que se llamaba artillería, no merecía este nombre; lo que se llamaba parque, apenas encerraba unos cuantos miles de cartuchos, en términos, que á mi llegada, solo había en toda la provincia de Corrientes, treinta y tantos mil tiros de fusíl y tercerola. Un cuerpo que se engalanaba con el nombre de batallón de infantería, y que se había reunido apresuradamente para esperarme, estaba medio armado de malísimos fusiles, muchos de ellos, sin bayoneta. La caballería, casi en su totalidad, tenía lanzas sin regatón, y por moharra, un pedazo brusco de hierro

---

" barazar la acción del general Paz en aquella provincia, recién " ocupada por las armas de la libertad.

" El presidente Rivera recibió amargos desengaños; conoció " que su impopularidad en aquel país, crecía en una grande " progresión; y nada había que temer de su influencia en él. " Por otra parte, la fuerza oriental que podía pasar á la margen " derecha del Uruguay, era muy inferior á la argentina. De " manera, que vencido allí el ejército del tirano al mando de " Oribe, este hubiera elegido á su arbitrio el camino que le " aconsejaran los intereses de la causa que defendía, quedando " por el mismo hecho, asegurado el Estado Oriental; y en este " sentido se negociaba sin peligro, la reunión de los dos ejér- " citos, siempre que el nuestro quedase en la conveniente apti- " tud de obrar por sí mismo.

" Pero don Pedro Ferré, de ingrato recuerdo, gobernador de " Corrientes y juguete de mezquinas pasiones, entró de una

ajustado á la asta, con un fragmento de arco de barríl; los pocos tiradores que había en la caballería, estaban armados de un *número quebrado,* cuya unidad había sido una tercerola ó un fusíl; había, pués, soldados que tenian un medio, un tercio, un cuarto, ó un octavo de tercerola ó fusíl, por toda arma, pués sables eran tan escasos, que una gran parte de los oficiales no poseian ninguno. Para entenderse bién esto, debe tenerse presente, que los correntinos, más que ningunos otros de nuestros gauchos, gustan de la arma corta, y en el desorden que habian estado y estaban, podian cortar, y cortaban sin responsabilidad, las armas de chispa, en términos, que había muchos que habian sido fusiles, y que no tenian más que un palmo ó un pié de largo. Tal era el armamento del ejército correntino con que se debía batir á los ejércitos federales, y destruir el poder de Rosas. ¡Ojalá que este hubiese sido el único inconveniente, que al fin podía remediarse, como se consiguió! La más grande dificultad estaba, en moralizar esa masa de

---

" manera visible en el plán del Presidente, contrariando el
" pronunciamiento heroico y honorable de aquella provincia,
" cuyo ejército grande, entusiasta, y poco antes vencedor, vino
" á ser sin saberlo, en el Arroyo Grande la víctima de las miras
" personales de aquel hombre funesto.

" Semejante plán excluía necesariamente por sí mismo, al
" general Paz. Sin embargo, su espada y su crédito, valian
" demasiado, y premeditaron el medio de servirse de él, como
" de un instrumento que creian poder romper después del lan-
" ce difícil, es decir, después de la victoria sobre Oribe; al
" efecto, le nombraron Mayor General del Ejército Unido.
" Aquel esclarecido guerrero, tan incapáz de empuñar las ar-
" mas contra los intereses de su patria, y desesperanzado de
" poderle ser util en este puesto, rehusó con una franqueza y
" firmeza dignas de su nombre, como lo manifiestan las notas

hombres, en desarraigar vicios casi inveterados, y establecer una disciplina racional, sin la cual era imposible vencer. Este fué mi plán y mi empeño: veremos hasta donde pude conseguirlo.

Desde que se reconoció la ley del directorio, había sido una dificultad no pequeña, la colocación que se daría á don Juan Madariaga. El Gobernador, en una ocasión que exprofeso eligió, me habló con el mayor interés de su hermano, y de que deseaba se le asignase un puesto digno y conforme, á la estimación que de él hacía. El señor Marquez, algo más explícito, tuvo varias conferencias sobre la clase de colocación que le daría; algo se dijo de jefe del E. M., pero era el menos á propósito para ese destino, porque hubiera abusado de la facilidad que él dá á un espíritu turbulento y atrevido; por otra parte, no tiene idea, ni remota, del mecanismo de la administración de un ejército; carece de todo espíritu de orden, de método y de regularidad. El E. M. hubiera sido un semillero de vicios y

---

" que dirigió con aquella ocasión, al gobernador interino de " Corrientes (1) y al mismo presidente Rivera.

" Desde entonces fué el objeto de una visible persecución " del gobierno del Estado Oriental, y de don Pedro Ferré, con " escándalo de dos pueblos que conocian tan bién los ante- " riores y recientes servicios que les había prestado.

---

(1) " El Gobernador de la provincia de Entre Rios.

" Paisandú, Octubre 20 de 1842.

" Al Exmo. señor Gobernador y Capitán General interino de la provin- " cia de Corrientes, don Manuel Antonio Ferré.

" Cuando fuí llamado á reincorporarme á los valientes del ejército cor- " rentino, mis antiguos compañeros, para combatir contra el tirano, con-

desórdenes. Ofrecí, pués, que le daría una brillante división á mandar, y que llegado el caso de una campaña, obtendría el mando y título de general de vanguardia.

A consecuencia de ello, luego que tomé el mando del ejército, le dije que formase una división á su placer, que eligiese los cuerpos que desease, y me los indicase, para complacerlo. Se rehusó constantemente, pretextando que sus servicios serian más útiles ayudándome, con sus conocimientos locales, como un general suelto, y que cuando llegase el caso de invasión ó campaña, aceptaría el mando que le ofrecía. El verdadero motivo de esta resistencia, era que jamás había renunciado á la pretensión de mandar todo el ejército. Se veian forzados por las circunstancias, á hacer una tregua, pero con la mira de renovar sus exigencias en oportunidad. Fuera de eso, hacía años que no veía la capital, quería hacer una visita á su familia, deseaba partir en pocos dias, y era mejor dejar ese arreglo para después. Consentí, y marchó á principios de Marzo; así

" Se retiró de Paisandú acompañado de muchos jefes y
" oficiales argentinos, que no quisieron tomar parte en una
" lucha que no les sería honrosa; y llegó á Montevideo el 24
" de Noviembre, donde pensó hacer una morada transitoria.
" Este General, que había mandado en jefe el ejército que
" dió la independencia al Estado Oriental, y que acababa de

" testé que nada me sería más grato, si veía asegurada la nacionalidad
" del objeto de la guerra, y organizada la revolución, de modo que pu-
" diera consultar y defender los verdaderos intereses argentinos.
" Con este objeto, y á virtud de un acuerdo celebrado en las confe-
" rencias tenidas con el Exmo. señor Presidente de este Estado, como se
" informará V. E. por el protocolo, del que se ha dado un ejemplar á los
" Gobiernos, promoví un arreglo entre los Gobiernos argentinos, que
" felizmente nos hallábamos en este punto, y éramos los legítimos repre-
" sentantes de la revolución. Se propusieron varios y sencillos medios

como él, pidieron licencia otros jefes de los paniaguados de su familia, para ir á diversos puntos de la provincia, y la concedí á algunos, sin creer que su retiro envolviese un pérfido designio.

Casi junto conmigo, habian llegado á la provincia de Corrientes varios jefes antiguos, á algunos de los cuales, dí colocación poniéndolos al frente de las divisiones, que más tarde hice regimientos. Los coroneles don Federico Baez, don Faustino Velazco, don Ramón Cáceres y don Felipe Lopez, fueron de este número. Este fué el motivo aparente que tomaron, para entregarse á amargas murmuraciones. Debo advertir, que estas colocaciones las hice de acuerdo con don Juan Madariaga, quién no solo las aprobó, sinó que me instó muchas veces para que cuanto antes las verificase. Este consejo era dado muy de mala fé, pués trabajaba subterráneamente para que fuesen mal recibidos y produjesen descontento y hasta motines, contando con que entonces lo llamaría para echarme en sus brazos, y

---

" salvar á este, de la próxima invasión, que lo amenazó con una
" espléndida victoria, obra de su genio, recibió por toda acogi-
" da de la administración Vidal, la más fría y absoluta indife-
" rencia. Este ministro, que nada valía en sí mismo, ni en la
" oponión pública, debía su conservación en el puesto, á ser
" un eco del presidente Rivera; participaba ó fingía participar,

---

" de centralizarla y darle una autonomía propia, para que pudiera existir
" por sí sola, cuando llegase un momento en que así tuviera que lidiar
" con el poder del tirano, según consta de las adjuntas copias. El Exmo.
" señor Gobernador, general Lopez y yo, estuvimos de perfecto acuerdo,
" y animados de sentimientos verdaderamente argentinos, esforzamos
" las razones, en que era muy facil abundar, para demostrar la urgente
" necesidad de dar el centro y organización que nos eran indispensable-
" mente necesarios, para salvar nuestra infortunada Patria, expresándo-
" nos con la franqueza y verdad que demandaba la naturaleza del asunto

dejarlo campear á su placer. El, y los jefes que se ausentaban, debian aparecer tanto más inocentes, por cuanto estaban lejos del teatro; algunos agitadores subalternos eran los encargados de la obra.

Aquí volvió á aparecer en toda evidencia, ese vástago de la facción de Montevideo, de que he hablado más de una vez. Hicieron los mayores esfuerzos en desacreditar á los jefes colocados, y en irritar los ánimos contra ellos. Aparentaban por mí, la mayor estimación, y aún, respeto; convenian en mi capacidad y mérito; decian que estaban conformes con que los mandase, pero que no podian sufrir á hombres que eran inferiores á ellos. Se proponian formarme un círculo más digno, según ellos, separando de mi confianza, á los que creian que la poseian; hasta acordaron en sus consejos admitir á tres únicamente, de los que tenian por mis amigos, excluyendo á los demás. Eran los elegidos, el coronel Chenaut, el doctor Derqui y el comisario Albarracín. Era una concesión con que pensaban atraer á estos

---

" de los celos que le infundía el vencedor de Caaguazú, de la " manera más notable. Los argentinos emigrados en aquel " país, recibimos al general Paz con la más sincera expresión, " del respeto, aprecio y reconocimiento que debíamos á tan " ilustre compatriota; pero tuvimos que omitir una parte " de nuestras demostraciones, temiendo ser embestidos por

---

" y que debía viarse entre argentinos y hombres de honor; pero el " Exmo. señor Gobernador, don Pedro Ferré, hizo á todo una alarmante " resistencia, fundada en la no oportunidad, que él conocía, para centra- " lizar la revolución, y en otras, que él mismo dijo no podía expresar " en aquel acto.

" Creo conocer muy bién esas razones reservadas, entre otras causas, " por el hecho mismo de su reserva; y creo también, por una conse- " cuencia legítima, que los intereses argentinos no están consultados, ni " garantida la nacionalidad en la guerra contra el tirano. Tal es mi opi-

tres buenos patriotas, quienes en recompensa les ayudarian á apoderarse de toda la influencia. Asi raciocinaban estos mentecatos, y en este sentido contribuian á la agitación universal, con la esperanza de que en el conflicto buscaría su consejo y su apoyo. En su delirio, fundaron una semi-logia, en que iniciaron á algunos correntinos: tuvieron la audacia de venir á tentar á los oficiales de mi secretaría; pero todos sus pasos eran conocidos, y no les dieron resultado alguno.

En la noche del 10 al 11 de Marzo, se desertaron cuarenta hombres del escuadrón Itatí, que luego se supo que iban juntos, sin cometer otro desorden que tomar caballos, y que se dirigian á la capital á buscar al Gobernador, á quién deseaban ver. Se dieron las órdenes necesarias para su persecución en la campaña, y siguió todo en quietud hasta la tarde del día siguiente, 12, en que el mayor don Timoteo Villanueva, correntino, y que pertenecía al mismo escuadrón Itatí, me dió parte de que esa noche debía desertarse

---

" aquel Gobierno, quién, lleno de las esperanzas que le trasmi-
" tía la impericia militar, se creía ya victorioso, y se mostraba
" harto dispuesto á ejercitar pasiones poco comprimidas hasta
" entonces.
" El anonadamiento posterior de esta administración, fué
" igual á su funesta confianza; llegó la ocasión clásica en que

---

" nión, y este convencimiento, que no puedo deponer, me ha determina-
" do á separar completamente mi persona, de la actual lucha.
" Mi honor, la nacionalidad de mis principios, y lo más caro de mis
" deberes, como argentino, no me permiten derramar una gota de sangre
" de mis compatriotas, sinó es con el exclusivo objeto de restituirles una
" Patria libre y un régimen legal, que haga la garantía de su bienestar.
" Pero, cuando hay muchos argentinos libres, armados para combatir,
" no puedo ni debo envainar mi espada, sin manifestar á los Gobiernos
" que pertenecen á la revolución, y muy especialmente á la heroica pro-

el resto del escuadrón, encabezando la deserción el alferez Candía, del mismo cuerpo. Era la tarde, y muy luego fué la hora de lista, en la que me presenté solo con dos ayudantes delante del escuadrón mencionado; en el acto hice arrestar al alferez Candía, lo mandé á mi guardia del Cuartel General, y le hice remachar una barra de grillos. Cerrada la noche, no cesando un momento de tomar nuevos informes, hice arrestar á todos los sargentos y cabos del mismo escuadrón, pero faltaba uno de aquellos, que era uno de los principales motores. Este, fué al fin hallado en el rancho de una mujer, y declaró al mayor Villanueva (no es el mayor que era mi ayudante), que la cosa era más seria de lo que se había pensado; que había combinación de mucha tropa de todos los cuerpos, para sublevarse, tomar las armas, apoderarse del parque, municionarse, y cometer todos los desórdenes consiguientes. Se hicieron algunas prisiones en el batallón de infantería, que era el más indicado, y se esperó en la mayor vigilancia el resul-

---

" debía manifestarse su incapacidad en toda su extensión, y
" tuvo el término que describen los «Apuntes Históricos». Sin
" este, habrian valido poco, ó nada, los esfuerzos de aquel va-
" liente y decidido pueblo, como sucedió antes que la susti-

" vincia de Corrientes, las razones que me han determinado á ello, reser-
" vándome explanarlas y analizarlas oportunamente.
" Tengo la honra de dirigirme á V. E., para manifestarle el sentimien-
" to que me causa el incidente que me separa de mis compañeros de
" armas, no menos que la buena disposición en que he estado, de ayu-
" darlos en la lucha de la libertad, y para saludarlo con la expresión de
" mi distinguida consideración, aprecio y respeto.
" Dios guarde á V. E. muchos años.

" JOSÉ MARÍA PAZ.
" SANTIAGO DERQUI."

«Historia de Rosas» por el doctor Saldias, (tom. III, páj. XXX del Apéndice).

(*Nota del Editor*).

tado. Al sargento promotor, y ahora denunciante, se le tomó una tercerola fuera del campo, con algunos cartuchos, la que debía servir para hacer la seña á los coligados: al disparo de un fusíl ó tercerola, debian tomar las armas, y constituirse en rebelión. Entre las medidas que había tomado, antes de yo ir á Corrientes, don Juan Madariaga, era una, no dejar un solo cartucho á la tropa, porque á su juicio era imposible que se pudiese obligar al soldado á conservarlo. Los cartuchos que tenía el sargento, habian sido sustraidos á un oficial por su asistente, y suministrados al sargento.

La noche era sombría y oscura; los ánimos, á pesar del disimulo, parecian mal dispuestos; los secretos agitadores, ostentaban la más refinada hipocresía; los jefes fieles, estaban poseidos de una vaga desconfianza, pero siempre dispuestos á llenar honrosamente sus deberes. La tropa dormía ó guardaba silencio en sus cuadras ó ranchos, y yo me paseaba delante del Cuartel General, mandando á cada

---

" tuyera otra capáz de ponerse á la altura de las circunstan-
" cias, y de dar al gobierno de aquel país, el lustre de que ha-
" bía carecido durante ella.

" Encargo de la defensa de Montevideo, hecho
" al general Paz

" Tal era la situación de este General, cuando llegó á Monte-
" video la funesta noticia de la derrota sufrida en el Arroyo
" Grande el 6 del mismo. Un estupor desesperante se esparció
" en aquella capital, y la opinión general consideraba irrepara-
" ble el contraste, en el estado en que yacía el país, por efecto
" de inercia en el gobierno, adormecido por necias conjeturas; y
" creía ya tarde los remedios que pudiesen aplicarse á tamaño
" mal.

" En la mañana del mismo día, el ministro Vidal reunió una

momento ayudantes en diferentes direcciones, para asegurarme del estado del campo, cuando á las doce de la noche estalló sobre nuestra derecha, en un bosque cercano, el tiro anunciado. Fué simultanea la voz de los jefes que llamaban á sus cuerpos á las armas, y antes de cuatro minutos, todo el ejército estaba formado, pero en orden y con sus jefes á la cabeza. En esta situación se esperó un buén espacio de tiempo, y viendo que nada había por entonces que temer, la tropa recibió orden otra vez de entregarse al descanso. Los conjurados se intimidaron y retrocedieron; desde entonces no se ocuparon sinó de ocultar las señas que podian hacer conocer su mal proceder, y de aparecer inocentes. Forzoso es penetrar más en este negocio.

La fermentación que hubo de producir tan tremendo resultado, fué secretamente promovida por los Madariaga y por la faccioncilla argentina (la llamaremos así), en la esperanza de que yo me desprendería de los jefes que había colocado, para asirme de ellos. Más, no se crea por esto, que

---

" junta de notables, á que asistieron también los consejeros de
" Estado. La primera idea que hubo de ponerse en práctica,
" fué la de invitar al general Paz se pusiese á la cabeza de la
" Legión argentina, á efecto de cooperar á la defensa de aque-
" lla capital, y sin más examen, se diputó con este objeto al
" señor don Santiago Vasquez. No era esta la exigencia ni la
" opinión de aquel momento, y el señor Vasquez se ponía en
" marcha con la más notable expresión del convencimiento en
" que estaba, de la ineficacia, y aún de lo ridículo de aquella
" medida, y cuando el coronel Posolo observó que no era solo
" la Legión argentina que había de defenderlos, que el Gobier-
" no debía mover todos sus recursos y ponerlos en manos de
" aquel General, como la capacidad que podía utilizarlos. Esta
" era la verdadera exigencia de las circunstancias, y la pro-
" puesta se sancionó por aclamación.
" Uno de los concurrentes, sin duda con la mejor intención,

los Madariaga y la faccioncilla eran amigos sinceros; no: era unión de circunstancias. Ambos me ofrecian su poder para emplearlo contra el otro, y yo, no queriendo pertenecer, ni apoyarme en facciones, los había urbanamente despedido. He dicho que la fermentación fué promovida por ellos, más luego se asustaron con el caracter de rebelión que tomaba el movimiento, el cual amenazaba disolver y destruir todo, lo que no entraba en sus cálculos. Así fué, que vine á servirme de muchos de ellos, que contribuyeron á sofocar la naciente insurrección.

La causa del alferez Candía, en que estaba comprendida la del motín proyectado, se seguía; de las declaraciones resultó, que la causa del descontento general, era la violación de una promesa que solemnemente les había hecho el Gobernador, asegurándoles dos cosas: Primera, que nunca serian mandados por extrangeros, comprendiendo en esta clasificación á los jefes argentinos. Segunda, que nunca saldrian á llevar la guerra fuera de su país. En cuanto á lo

---

" hizo presente tenía noticia, que el General en aquel momento " se preparaba á ofrecer sus servicios al Gobierno, y que por " lo mismo, podía suspenderse la comisión. Entre tanto, el " mismo notable mandó á su hijo cerca de aquel, para invitarlo " á dar este paso.

" El general Paz, colocado siempre en posiciones difíciles, " reunía antecedentes, y estaba á una altura que lo ponian " fuera del caso de probar valor. Por otra parte, no le era " honroso parecer con ofrecimientos ante una administración " que había justamente merecido su desprecio, más que su " resentimiento. No era un novél en la carrera pública que " pudiese aspirar á ostentar generosidad y demás cualida- " des, que en alto grado de muchos años, distinguen su ca- " racter, y se negó breve y resueltamente, al ofrecimiento que " se solicitaba de él.

" Entonces fué preciso realizar la idea de la comisión, quién,

último, nada había hasta entonces; pero en cuanto á lo primero, habian sido engañados con la admisión de los jefes ya nombrados. Con este motivo me dirigí al Gobernador pidiéndole explicaciones, y conservo su contestación equívoca y evasiva, que sin embargo hice conocer de todo el ejército. Al mismo tiempo, este señor Gobernador, recibía en Corrientes los cuarenta desertores primeros, del escuadrón Itatí, los agasajaba y mandaba licenciados á sus casas, en vez de aprisionarlos y mandarlos al ejército, para que fuesen juzgados. Más tarde, el mismo don Juan presidió el consejo de guerra que juzgó á Candía, y era tal la evidencia de su crimen, que no pudo dejar de condenarlo. Fué sentenciado á perder su empleo, y diez años de trabajos públicos, donde yo lo destinase; lo mandé á la escuadrilla, y á los pocos meses lo sustrajo calladamente el Gobernador, para emplearlo otra vez de oficial en su departamento.

Mientras estos disturbios, don Juan Madariaga permane-

" después de haberle manifestado la mira del Gobierno y los " deseos de los primeros hombres del país, le invitó en nombre " del primero, á pasar á su despacho, donde estaban reunidos " los notables. Así lo hizo el General, con la urbanidad que " demandaba el caso, y después de haber escuchado tran- " quilamente las expresiones de un grande apuro, se retiró di- " feriendo su contestación.

" Eran críticas las circunstancias del general Paz, y debió " entregarse á muy graves consideraciones. No podía desco- " nocer que el procedimiento del Gobierno era la obra de un " grande conflicto, y del terror de que estaba dominado por el " momento, ni creer disipadas sus malas disposiciones, respecto " de él; al contrario, debía suponer que el pronunciamiento pú- " blico fuese un nuevo incentivo poderoso á los celos del presi- " dente Rivera, y que estos producirian luego su acostumbrado " efecto, en el señor Vidal. No debía contar con la lealtad de la

cía en Corrientes, donde se ocupaba de su proyecto de casamiento: suceso que no ha dejado de tener influencia en los males que se han sufrido; pero dejemos esto para después de tratar de un incidente más importante, con el que está relacionado. Rosas resistía á reconocer la independencia del Paraguay, que mira como provincia argentina. El presidente Lopez, fuertemente adherido al pensamiento de constituir una república soberana, era un enemigo natural del dictador de Buenos Aires; la alianza del Paraguay y Corrientes, era un consiguiente indispensable, que dias más ó menos, debía verificarse. En ello se negociaba, y la comunicación era bién activa, cuando el señor Lopez acompañó á una de sus cartas, un papel sin firma en que proponía la alianza, *siempre que se abriese su horizonte* (era su expresión) *y se le hiciese ver la posibilidad de que Corrientes se constituyese, asi como el Paraguay, en estado independiente.* Debo decir, que nadie manifestó el deseo de adherirse á la indicación del Presidente paraguayo,

---

" administración, ni con el buén uso de los elementos de defen-
" sa que esta poseía.
" Por otra parte, se le aseguraba resueltamente, que sin su " aceptación, se desecharía la idea de defender aquella Plaza; y " entonces se presentaba á su imaginación, una inmensa y des- " valida emigración argentina, en quién debía ejercitarse la " cuchilla del feróz Oribe. Hemos oido á una persona notabi- " lísima de aquel país, decir al General: *Si usted no acepta,* " *nos hemos de dar de estocadas en el muelle, cuando digan,* " *ya llega el enemigo.* La emigración argentina, sin recursos ni " simpatias en el Gobierno, siendo el objeto de la ira del vence- " dor, debía figurar sangrientamente en este cuadro. Sitiado el " General por todas partes, esta idea acabó de dominarlo y " resolverlo; tenemos evidencia de ello, y al referirlo, no pode- " mos dejar de reiterarle, conmovidos, la expresión de nuestro " reconocimiento.

pero sí de aprovechar la ocasión de estrechar las relaciones existentes, y obtener la alianza. El doctor Derqui, fuéme propuesto como negociador, por don Joaquín Madariaga, y se trasladó á mi campo para recibir mis instrucciones y diplomas correspondientes, que de nadie sinó de mí, podía obtener, con arreglo á la ley de 13 de Enero. No hubo dificultad en arreglarlo todo, y el doctor Derqui marchó de mi campo perfectamente despachado, para seguir su viaje al Paraguay.

El comisionado llegó á la Asunción, donde fué bién recibido, pero no en su caracter diplomático, y solo de un modo confidencial. Fuese falta de circunspección en el doctor Derqui, tratándose de un país tan delicado como el Paraguay, fuese excesiva susceptibilidad del Presidente, fuese en fin, que el negocio no estaba aún en sazón, á nada se pudo arribar, fuera de recíprocas protestas de amistad y buenos deseos. Hubo, según supe después, un incidente desagradable que indispuso al señor Lopez, pero no por

---

" Aceptó un mando y una empresa, digna de su coraje, y lo " hizo con la más recomendable franqueza. Dijo al Gobierno, " que era más que probable desaprobase el general Rivera su " nombramiento, cuya consecuencia sería la falta total de " inteligencia entre este General y el Jefe de la Plaza; que los " hombres personalmente adictos al Presidente, participarian " de sus ideas, y vendrian á ser un obstáculo á los preparativos " de una defensa difícil y premiosa; que los enemigos mismos " de la causa pública, se disfrazarian en partidarios de aquel, " para embarazar impunemente la acción de la autoridad mili- " tar; y que, de consiguiente, su presencia al frente de la de- " fensa, podría ser perniciosa en vez de util.

" Las personas del Gobierno, y demás notables, se exhalaban " en protestas de que el Presidente abrazaría y aprobaría esta " medida salvadora; y que en caso contrario, tenian bastante " resolución para no constituirse en juguete de sus pasiones,

eso dejó de tener conferencias con el comisionado, de las que no se hizo protocolo. Según Derqui, había convenido con el Presidente en redactarla en forma de nota oficial, cuando á su regreso diese cuenta de su comisión, y mandarle á él una copia de dicha nota, para que en términos más ó menos precisos, expresase su conformidad. Cuando llegó este caso, recibí una terrible nota del señor Lopez, desmintiendo á Derqui, y solicitando que la nota que había pasado, se tuviese por no recibida. Mi contestación fué simplemente, acusando recibo, y dejando las cosas en este estado: existen en mi poder estos curiosos documentos.

El doctor Derqui visitaba desde muchos años en casa de las señoras Cossio, cuya madre viuda, lo recibía con distinción. La menor de las hijas, llamada Modesta, lo trataba con estimación, y era grandemente correspondida. Era un rumor añejo su casamiento, que sin embargo se demoraba indefinidamente. En esto, nada había de positivo acordado, sinó esas indicaciones mudas, que tan elocuen-

---

" cuando estaba de por medio la salvación de la patria. El " General no creyó en las protestas del ministro Vidal, pero " estaba fuertemente impulsado por la consideración que hemos dicho; y bajo la condición que se le avisaría tan luego " como se supiera la desaprobación del Presidente, aceptó el " mando, con honrosa franqueza de no ocultar al Gobierno ni " al público, el principal ajuste de su resignación.

" El general Paz abrió sus tareas con su conocido tino, y actividad infatigable. Principió por establecer ese sistema de " probidad, responsabilidad y economía, que tanto contrastaba " con el anterior desarreglo y dilapidación. Creó una maestranza, que dió en tierra con el oneroso medio de contratos " para la provisión de útiles de guerra, y una comisaría del " ejército, que regularizó el reparto de víveres y demás artículos de consumo de que podía disponer.

" Este sistema se ha considerado generalmente como el

tes son entre los amantes, cuando algún secreto inconveniente los detiene. Las circunstancias políticas eran las que retraian al señor Derqui, que iba de día en día diferiendo una declaración, que solo faltaba expresarla verbalmente. En esta situación fué que hizo su viaje al Paraguay, y aún entonces, dió una prueba de afección á la familia de Cossio, llevando como secretario de legación, á uno de los jóvenes hermanos de su futura. La misma noche del día que se embarcó, estuvo la señora madre de Madariaga á pedir á Modesta, para desposarse con su hijo Juan. La señora madre de la niña le contestó, que su hija no conocía al señor su hijo, que no estaba dispuesta en su favor, etc. La señora de Madariaga insistió, y continuó sus visitas, que empezó también á practicar el presunto novio. Por más desengaños que le ofrecian, era tal la fatuidad y el orgullo de su familia, que ni suponía la posibilidad de la resistencia. La señora madre de la niña, que no tenía una solución expresa de parte de Derqui; el miedo, por otra parte, que le

---

" principio de la salvación de Montevideo, y nosotros somos
" de esta misma opinión; sin él, todos los recursos ideables hu-
" bieran sido pocos para el sostén de la guarnición de aquella
" Plaza, y lo que poco después eran conflictos graves, hubiera
" sido imposibilidad real de llenar este objeto. Es verdad que
" él presidió algo tarde, y á medias, en las administraciones
" que estaban fuera del alcance del General; pero también es
" cierto, que el ejemplo produjo su efecto, y que si no evitó
" absolutamente el desorden, este se contuvo en límites más
" estrechos; lo que era avanzar mucho.

" Una multitud de hombres avezados á medrar con el sacri-
" ficio del Erario, y que pensaban explotar la misma penuria
" pública, levantó un grito de desaprobación, el que, unido á la
" inercia de la administración Vidal, presentaba un obstáculo
" á cada paso del General, quién, oponiendo una firmeza y
" constancia incontrastables, hizo efectivo el orden y la respon-

imponía el poder de la casa Madariaga, y hasta de las amenazas que don Juan se había permitido contra la niña, que lo desairase en general, la ponía en el mayor conflicto. De estas indicaciones dedujo Madariaga, que todo estaba concluido en su favor, é hizo correr la voz de su casamiento, y hasta mandó un fardo de adornos mujeriles, acompañado de algún dinero, como regalo de nupcias.

Mecido en estas ilusiones, salió de Corrientes en el mes de Abríl para volver en todo Mayo, á concluir su desposorio. En esos mismos dias vino de regreso Derqui del Paraguay, y luego que hizo conocer expresamente sus deseos, la novia, que jamás había consentido en su matrimonio con Madariaga, y la madre, que solo intimidada había prestado un negativo consentimiento, se apresuraron á romper con este. El día antes de llegar al campo de Villa Nueva, recibió las cartas fatales que destruian sus necias esperanzas. El paquete de vestidos había sido devuelto sin abrirlo, lo

---

" sabilidad más severa, en cuanto estuvo dentro de la órbita " de su mando. No es facil comprender á primera vista y en " toda su extensión, el mérito de esta obra.

" Cualquiera que haya residido algún tiempo en Montevideo, " conocerá que ella presentaría gravísimas dificultades aún en " circunstancias ordinarias; pero si se considera que se realizó " en momentos en que era preciso formar y organizar un ejér- " cito en cincuenta dias, que dieron de término las marchas " del enemigo, sin la menor cooperación activa de parte del Go- " bierno, venciendo toda clase de resistencia, sin caja militar, " porque nunca se consiguió su establecimiento, y en fin, sin " quedar al General otros resortes, que su respetabilidad en el " ejército, y su tesón; si se considera, decimos, todo esto, la " obra del general Paz en este punto fué una hazaña, que pue- " de figurar como la primera entre las de su vida militar, y " digna de la gratitud del pueblo en cuya defensa se obró.

mismo que unas treinta ó cuarenta onzas de oro, que lo acompañaban.

Cuando me ví con él, no dejé de felicitarlo por su próximo enlace que era público, y me sorprendió sobremanera, que él lo negase; lo atribuí por lo pronto, á melindrosidad de novio, y no insistí; pero se me llegó, porque había otras personas, para decirme al oido lo mismo, añadiendo que luego hablaríamos, con lo que no toqué más el asunto. Cuando quedamos solos, se quejó amargamente de Derqui y de la familia de Cossio, pretextando que se vengaría. Lo particular es, que daba al agravio que se le había hecho, el aire de una traición á la patria, pués decía en su despecho, *que no era él quién debía sentirlo, pués era feliz en no enlazarse con una mujer que no merecía aprecio, sinó la causa, que sentía los efectos del insulto que había sufrido.* Cualquiera pensará que estas eran palabras vanas, y yo lo creí entonces, y sin embargo, nada es más cierto, que este suceso ha tenido una notable influencia en los que se han subse-

---

" Algún día una mano util reunirá los detalles de estos he-
" chos consignados, muy particularmente en las órdenes gene-
" rales, y en la dilatada correspondencia entre el General y el
" Gobierno. El libro que se forme de estos documentos impor-
" tantes, será una escuela de orden, pericia y probidad.

Renuncia del general Paz

" Mientras este General se ocupaba así, con tanto tesón y
" provecho, del objeto de que estaba encargado, el presidente
" Rivera marchaba con dirección á la capital, como lo detallan
" los «Apuntes Históricos». En su marcha había desaprobado ya
" el nombramiento de aquel, quién no lo supo, aunque lo sospe-
" chó. A fines de Enero se aproximó á Montevideo, y ya eran
" allí del dominio público, sus malas disposiciones respecto del
" jefe militar nombrado por el Gobierno; este incidente turbó

guido. El doctor Derqui era mi amigo, y yo no podía permitir que se le sacrificase á una venganza particular. Sin que yo se lo dijese, lo conocian ellos, y nuestras relaciones se resfriaron totalmente.

Entre tauto, el Gobernador fulminaba contra Derqui y la familia de Cossio. El ministro Marquez, amigo también de este y de la justicia, hacía lo posible por templar las iras de los Madariaga, y sustraer á Derqui de sus persecuciones. Como un medio de salir del paso momentáneamente, adoptó el de hacerlo marchar al ejército, con el pretexto de darme cuenta de su misión al Paraguay, encargándome que viese modo de arreglar las cosas lo menos mal que pudiese, entre él y Madariaga. Sondeé el vado con este, y era imposible, pués cuando se tocaba este punto, se extraviaba hasta perder la razón. Nada menos quería que Derqui renunciase al matrimonio con la señorita Cossio, y de este modo, vengase las calabazas que él había recibido. Derqui, como hombre de honor, no podía dejar chasqueada

---

" la confianza pública, que se había reanimado por grados. El
" resultado natural de aquellas disposiciones, era la separación
" del general Paz, y las conjeturas crecieron hasta el punto de
" no dudarse de ella.

" Desde entonces la escena cambió en Montevideo. Estaba pa-
" ra faltar el fundamento y garantias de la defensa, y el des-
" aliento se hizo general. Las innumerables personas que te-
" mian por su seguridad, pensaban en retirarse, y procuraban
" los medios de hacerlo. Se hizo una especulación entre los
" capitanes de buque, abrir registros para pasajeros, á precios
" moderados, y aparecieron varios anuncios de esta clase, co-
" mo el mejor suceso, porque acudian de tropél á tomar pasajes.
" Otros esperaban para hacerlo, el retiro del General, el que
" sin embargo, era una verdad para ellos, y muy pocos lo du-
" daban.

" Otro tanto sucedía en el ejército. El ardor con que los

á una familia que todo lo arrostraba por él, y que estaba resuelta á expatriarse, si era preciso. Aunque yo no era capáz de proponerle una infamia, se apresuró á declararme, que á su vez estaba resuelto á arrostrarlo todo, y que antes dirimiría la cuestión, en un lance de honor. Don Juan, aunque frenético, no era hombre que adoptase medios de esa naturaleza, y se contentó con renovar sus amenazas contra Derqui, contra la familia de Cossio en masa, y su descendencia.

Derqui volvió á Corrientes, y se casó, teniendo que vencer mil dificultades y hasta la resistencia del cura, que temía la cólera de los Madariaga. Si hubiera estado allí don Juan, es probable que no se hubiera verificado el casamiento, pero don Joaquín solo, era menos indocil á los consejos de la razón y á las persuasiones del señor Marquez y otros hombres prudentes. Después tuvo que vivir aislado, porque todo el que lo visitaba, incurría en la desgracia de la familia reinante, y rodeado de precauciones, que sin la

---

" jefes y oficiales se dedicaban á su instrucción, desaparecía " visiblemente; martirizaban al General con preguntas sobre " su permanencia en el mando, y exigiéndole la promesa de no " retirarse de él sin avisárselo, para separarse también oportu- " namente. Las exhortaciones de aquel, contra este propósito, " eran infructuosas, como lo manifestó el hecho.

" El presidente Rivera llegó al pastoreo de Pereira, donde " lo recibieron las personas del Gobierno y otras muchas nota- " bles, quienes fueron saludadas por aquel, con estas textuales " palabras: *Señores, cuatro mil hombres piden que se quite á* " *ese General extrangero.* ¡El general Paz! . . . . . No era la " verdad; el presidente Rivera tomaba falsamente el nombre " del ejército; sus jefes no podian desconocer que Montevideo " era la fuente de sus recursos en la campaña azarosa á que " se preparaba, y que su conservación desviaría de ellos la " mayor parte de la atención de Oribe, al paso que su pérdida

tierna afección de su esposa y familia, hubieran hecho un suplicio de los primeros meses de su matrimonio. Más tarde, en el mes de Octubre, con el fin de sacar al señor Derqui de su incómoda posición, me escribió el señor Marquez que podía llamarlo á mi secretaría, en lo que el mismo don Joaquín consentía. Cuando lo supo don Juan, que fué al marchar de Villa Nueva para ir á su misión del Paraguay, se renovó su frenesí; dijo que el casamiento de Derqui era un insulto hecho á la patria, y que no serviría, si su enemigo era empleado de cualquier modo, y logró trastornar á su hermano, en términos, que me escribió declarando que si insistía en llamar á Derqui, dejaría el puesto que ocupaba.

Para concluir este asunto, y no volver otra vez sobre él, he avanzado algunos meses, y debo volver atrás.

Anteriormente ofrecí dedicar algunos párrafos á la reacción de la provincia de Corrientes, el año 43, y había olvidado hacerlo, sin embargo, de que es muy conve-

---

" aumentaría la fuerza actual del enemigo; participaban de la " opinión pública, y creian vinculada la defensa, en la persona " del general Paz. Fué, pués, una falsa suposición del Presi- " dente, y Montevideo vió poco después á esos mismos jefes " hacer loables esfuerzos por la segunda aceptación de aquel " General.

" Este, hizo su dimisión el primero de Febrero, y fué acepta- " da por el Gobierno en la mañana del siguiente día. A esa " hora pasaban de sesenta las solicitudes de baja, de los prin- " cipales jefes y oficiales, que estaban en poder del General. " Un silencio desconsolador reinaba en aquel pueblo patriota, " que veía frustradas las esperanzas que había fundado en el " encargado de su defensa; mientras, la parte influyente de él, " se preparaba á oponer una resistencia enérgica al trastorno " que lo dejaba en poder del sanguinario enemigo.

" El Presidente debía entrar á Montevideo para reasumir

niente conocer este suceso, para mejor comprender los demás.

La provincia de Corrientes era decidida por la causa de la libertad; su aversión á Rosas era sincera; el odio á Urquiza era universal. Son los Madariaga los que han alterado estas disposiciones; son ellos, exclusivamente ellos, los que la han sometido á la influencia del dictador, y la han puesto bajo la cuchilla de Urquiza.

En la fatal jornada del Arroyo Grande, había sido vencido el ejército de Corrientes, pero su voluntad era la misma. Hizo Urquiza una media invasión, y no halló resistencia porque no hubo gobierno, no hubo generales, no hubo jefes, ni dirección. Los Madariaga fueron los primeros que se ocuparon solamente en pasar haciendas, propias ó agenas, á la Banda Oriental del Uruguay, para su negocio particular: todo Corrientes es testigo de lo que acabo de decir. Como ellos, emigraron una considerable porción de jefes y oficiales, y muchos hombres de tropa.

" momentáneamente el mando, y allí lo esperaban para mani-
" festarle y exigirle lo que demandaban la opinión y salvación
" pública. El General, por su parte, había fletado un buque, y
" se preparaba á partir con su familia para Santa Catalina.

" Por más que se quiera dignificar la mira del Presidente en
" su marcha sobre Montevideo, atribuyéndole objetos que no
" pudo tener, ella está perfectamente descubierta. Irritado con
" el nombramiento del general Paz, y herido su amor propio
" con las demostraciones de confianza que este recibía del
" pueblo y del Gobierno, quiso ostentar su poderío, destruyen-
" do la obra de ellos, sacrificando á este desahogo, la seguridad
" de la masa informe que componía su ejército. Ya hemos vis-
" to cual fué su primera exigencia, que apoyó en la fuerza
" armada que conducía, y sin duda, ella formaba el todo de su
" objeto.

" El día 2 de Febrero, al pasar por el cantón del Arroyo

Urquiza hizo un arreglo con el nuevo gobernador don Pedro Cabral, y regresó sin penetrar en la provincia, para atender á la guerra del Estado Oriental, que lo llamaba con urgencia, dejando una debil guarnición, insuficiente para sofocar el patriotismo de los correntinos. El menos perspicáz conocerá, que era la ocasión más oportuna para promover una reacción, y solo faltaba la elección del que debía encabezarla y dirigirla. Los que primero pusieron mano á esta obra, fueron los señores Marquez y Murguiondo: ambos han sido muy mal correspondidos por los Madariaga. Era indispensable la cooperación del gobierno brasilero republicano, que entonces imperaba en aquellos lugares, y esta se obtuvo sin mucha dificultad. La colocación de los Madariaga al frente de esta empresa, es exclusivamente debida á dichos señores Marquez y Murguiondo, que los pusieron en relación con el presidente Bento Gonçalves, y los recomendaron como los más indicados para ella. Sin duda, había personas de mucha más categoría, y

---

" Seco, donde se instruian los cuerpos de línea recientemente " formados, les hizo saber que les cambiaría de jefes. Ese mis- " mo día, el bergantín «Oscar», armado por Rosas, encalló fren- " te al Cerro; un oficial con dos piezas de artillería, marchaba á " batirlo desde la costa; el Presidente lo encontró en su trán- " sito, y lo hizo regresar mandando en su lugar un escuadrón " de caballería. Está visto que no pudo pretender mejorar la " operación, y sí ostentar mando, y desaprobación, á cuanta " medida de guerra se tomaba en Montevideo. Y para esto, " encerró su ejército, de manera que su ruina prematura era " inevitable á no auxiliarlo después la suma impericia de Oribe; " así mismo, la vanguardia al mando del general Medina que " cubría la retirada, fué desecha, y lo hubiera sido el todo, si el " enemigo marcha una hora más en pós de ella.

" El Presidente, que manifestaba estas disposiciones contra " el general Paz, que corrió en alas de sus celos á separarlo

jefes más graduados que los Madariaga, pero ellos lograron persuadir á los promotores del pensamiento, que eran los más aptos, tanto porque tenian más facilidad para explicarse que lo general de sus comprovincianos, como porque reunian más relaciones con el gauchaje.

Los Virasoro, émulos disimulados hasta entonces de los Madariaga, estaban también prontos para la empresa, pero hubiera sido preciso entenderse con ellos en primer lugar. Don Juan Madariaga, queriendo ostentar su desinterés, y hacer más gravosa á los Virasoro su defección, me dijo muchas veces, que cuando se trataba de pasar el Uruguay, lo había invitado con repetición á don Benjamín, á que tomase el primer puesto, y que él había preferido pasar á las filas enemigas. Como yo refiriese esto á un jefe correntino de graduación, pidiéndole explicaciones, me contestó: *Tenga usted por seguro, que si los Virasoro hubieran dirigido la reacción, hoy tendríamos á los Madariaga con Urquiza.* Desgraciadamente, no fué preciso tanto.

" de un mando que lo inquietaba, se mostró irritado con su " renuncia; y esto no puede explicarse de otro modo, que con " el desahogo á que aspiraba de destituirlo él, en uso de su " autoridad.

" Creemos una verdad cuanto dicen los «Apuntes Históricos» " sobre la utilidad y expontaneidad de la emigración de la " campaña; pero no somos de esta misma opinión respecto del " objeto de conducirla, que se atribuye á la marcha del ejército " sobre aquella capital. No es absolutamente cierto, que se " condujeron las familias por no dejarlas allí; pués con pocas " excepciones, ellas siguieron la marcha del ejército, en lo que " se llamaba *convoy*. Y aunque así no fuese, no podemos con- " cebir, que bastando un escuadrón para conducirlos en segu- " dad desde Santa Lucía, marchase con este fin todo el ejército " con todo su material de guerra; y mucho menos, cuando á " juicio de los militares inteligentes, el movimiento que hizo

De todos modos, el servicio que hicieron los Madariaga entonces, fué de la mayor importancia, y yo he sido el primero en encomiarlo. Todas mis comunicaciones, todos mis actos oficiales y particulares, demuestran que aprecié su hazaña más de lo que ella valía, y más de lo que la valoraban sus propios paisanos. Siempre hice justicia á don Joaquín, defendiéndolo contra otros correntinos que se esforzaban en probar que la empresa era tan facil, que solo bastaba intentarla para conseguirla. No debe olvidarse que hubo vacilaciones, en muchos de los que habian de acompañarlo, y él se sobrepuso á esos inconvenientes, y triunfó. La disposición de la provincia de Corrientes, era bellísima, y ni aún puede decirse que había sido enteramente sojuzgada por Urquiza, pués el comandante don Nicasio Cáceres con algunas partidas, se conservaba en insurrección, sin haberse jamás sometido á las fuerzas invasoras. Como los Madariaga habian mandado en los departamentos de Curuzú-Cuatiá y Payubre, que están inmediatos al

---

" desde el pastoreo de Pereira por un flanco del enemigo á
" tanto riesgo, pudo hacerse con seguridad y ventaja, por la
" margen izquierda de Santa Lucía.

" En los últimos dias de Enero y primeros de Febrero, no se
" oyó dar este objeto á la marcha del ejército, ni el de atraer
" al enemigo, lo que hubiera sido una necedad. El de alentar
" al pueblo, era el único con que se paliaba este paso tan des-
" aprobable, sin convencer á nadie. Pero podía aumentar la
" certidumbre moral de la existencia y número de ese ejército,
" situado á cuatro leguas de la capital, á la que había cuando
" distaba ocho ó diez, la que podía también inspirarse por
" otros medios que no ofreciesen tan eminente peligro. Como
" quiera que se mire, era un objeto muy pequeño, comparado
" al inconveniente de colocar en situación tan ruinosa la única
" fuerza con que se contaba en campaña.

" Creemos, pués, lo creen todos sin excepción, en Montevi-

Uruguay, y conservaban relaciones é influencia, fueron por esta circunstancia los más indicados; el mismo Nicanor Cáceres, había sido un subalterno suyo. Sin esta circunstancia casual, es probable que hubieran tenido mayores dificultades que vencer. En los departamentos interiores no eran conocidos, y hubiera sido preciso que otros jefes influyentes, tomasen la iniciativa.

Los Madariaga entraron á Corrientes como quién hace una correría; iban á probar fortuna, y tenian bién tomadas sus medidas para salvarse repasando el Uruguay, si no respondía la provincia á su llamamiento. Por medio de Cáceres y otros partidarios, tenian caballos apostados, y su pensamiento era salir por el Paso de Heigas, ó sus inmediaciones. Pero todo salió perfectamente, y los ciento ocho hombres con que pasó Madariaga, aunque algo más numerosos que los treinta y tres del general Lavalleja, tuvieron el mismo éxito que este, en la Banda Oriental. Es falso lo que han propalado, que había miles de entrerianos,

---

" deo, que el Presidente quiso imponer al pueblo, acercándosele " lo más fuerte que pudo, porque premeditaba obrar contra la " bién pronunciada opinión de él, sancionada con entusiasmo " por las Cámaras Legislativas. Con cualquiera otro objeto, " habría ido acompañado de su sola escolta.

" La reseña de estos antecedentes, se hace necesaria para " explicar las resistencias posteriores del general Paz; sin ella " podía atribuírsele insubsistencia, que tanto dista de la firme- " za de su caracter, y revelan también la causa del retroceso " que sufrieron los aprestos militares, muy especialmente, la dis- " ciplina del ejército.

" El general Paz, desde el principio tuvo un convencimiento " íntimo, de que el presidente Rivera imposibilitaría toda inte- " ligencia franca entre los dos, y no se engañó, porque nunca " la hubo. Se vió después, al segundo, ceder al torrente irre- " sistible de la opinión, y á la necesidad en que ella lo consti-

pués cuando más, llegaron á cuatrocientos. La resistencia que opusieron, fué poquísima, y no podía ser de otro modo; las cacareadas acciones de Bella Vista y Laguna Brava, apenas pueden ocupar lugar (hablando en un sentido militar), entre las más pobres guerrillas. Sé de cierto, que en la última, no tuvo Madariaga ni un muerto, ni un herido, ni un contuso, ni estropeado.

Cuando los Madariaga emprendieron la obra que por segunda vez libertó á Corrientes, no tenian plán ni mira política determinado. Ellos querian figurar y tomar el poder, pero no hubieran estado distantes de capitular con la llamada Confederación Argentina, para conservarlo. Bién sabido es, que don Baltasar Acosta, tío, amigo, y Gobernador delegado ya entonces, se dirigió á Urquiza por medio de un tal Barberán, muy conocido, y por el de algún otro, para decirle, *que lo sucedido en Corrientes, no importaba más que un cambio de personas.* Cuando se divulgó esto, y la opinión empezó á pronunciarse contra un paso que se repro-

---

" tuía, pero sin deponer, ni aún ocultar su gratuita enemistad.
" El General pudo tener este convencimiento, sin pensar
" siquiera que aquel llegase al extremo de manifestar su sa-
" ña tan inconsideradamente; y cuando esto sucedió, debió
" fortificarse en la idea de no volver á la defensa de Montevi-
" deo, y de esto debieron proceder los esfuerzos sobrehuma-
" nos que se le vieron hacer en su resistencia á reencargarse
" de ella.

NUEVO NOMBRAMIENTO DEL GENERAL PAZ,
Y SU ACEPTACIÓN

" En la noche del 2, el Presidente entró á la capital; y en la
" misma, una reunión de patriotas influyentes tuvo con él una
" sesión importantísima. Algunos ciudadanos, muy particular-
" mente el señor Muñóz, entonces ministro de Hacienda, lo

baba altamente, se contentó don Joaquín, que estaba en campaña, con mandar decir á su tío, *que no fuese majadero; que lo hecho en Corrientes, importaba una verdadera revolución*. ¿Se hubiera atrevido el Gobernador delegado á proceder de este modo, sin el beneplácito de los verdaderos depositantes del Poder? El tío, íntimo amigo de sus sobrinos, ¿hubiera obrado contra las intenciones de ellos? Y una traición tan patente, ¿hubiera quedado enteramente impune, si se hubiera hecho contra la voluntad del principal caudillo? Las relaciones del tío y los sobrinos eran estrechas. Si se han relajado, ha sido después; y aún ahora, puede sospecharse un convenio secreto.

La reacción fué completa, y la provincia de Corrientes dejó de pertenecer á Rosas, porque así lo quería la generalidad. En esta revolución aconteció lo que suele suceder en todas; que el caudillo que la ha dirigido, se sienta en la silla del poder: don Joaquín Madariaga, fué electo gobernador. La ocasión para obrar sobre Entre Rios, era á propó-

---

" hablaron en un lenguaje claro y enérgico, que quizá no había " oido hasta entonces, en las épocas de su poder. El peligro de " la patria, y la necesidad de la persona del general Paz, para " salvarla, le fueron demostrados de una manera amenazante, " pués se dejaba sentir la idea de desistir de la defensa, si se " había de desechar el principal elemento de ella, sin un moti- " vo legítimo que lo aconsejara.

" Allí fué que debió ver el Presidente, que la situación en " que lo había colocado la jornada del Arroyo Grande, no le " permitía lidiar esta vez contra la opinión pública, tan solem- " nemente pronunciada. Debió comprender, que los hombres " que habian atesorado á la sombra de su poderío, y que poco " antes aplaudian, y aún apoyaban sus más desconcertados pla- " nes, estaban defeccionados unos, y anonadados otros, por el " peligro; y que sus celos y miras irrealizables, de abatir y " anular cuanto pudiera competirle, en las dos Repúblicas del

sito; el general Urquiza tenía sus mejores fuerzas ocupadas en el Estado Oriental, y el general Garzón, con algunos cientos de hombres, era quién únicamente defendía la provincia. Madariaga reunió un ejército, que se hace subir á cinco mil hombres, y abrió su campaña. Ignoro que plán llevaba, y hasta donde pensaba extender sus operaciones, pero es seguro que el arreo de ganados vacunos y caballares, entraba por mucho, sinó por todo, en sus combinaciones. La cosa parecía facil; más, el general Garzón, que apenas pudo reunir mil doscientos hombres, tuvo un encuentro de vanguardia en el Arroyo Grande (nombre tristemente célebre) contra fuerzas muy superiores, y se replegó maniobrando según convenía. Los Madariaga avanzaron pocas leguas más; don Joaquín ocupó el Salto oriental, momentáneamente, donde estuvo á pique de ser batido por los derrotados en las inmediaciones del Cuarein, por el coronel don Bernardino Baez; la tropa correntina co-

---

" Plata, no tenian ya el eco que cincuenta dias antes. No pudo " dominar esta circunstancia clásica, y se sometió al poder " de ella, bién á su pesar, como lo manifestó después.

" Quedó acordado, encargar nuevamente al general Paz, la " defensa de aquella Plaza. El señor Vasquez, propuesto ya " para el ministerio de gobierno, fué encargado especialmente " de negociar su admisión, y que pasase á la Casa de Gobierno, " para tener una conferencia con el Presidente. Quedó tam- " bién realizada la idea de una nueva administración, de tan " felices resultados, y que con tan denodada firmeza, prestó tan " fuerte apoyo al jefe militar.

" Estas novedades circularon con una velocidad eléctrica. " Había el temor de que el General rehusase su nuevo nom- " bramiento, porque eran tan conocidas sus ideas á este res- " pecto, como las causas en que se fundaban; de manera que " el día 3, antes que el señor Vasquez pudiera verlo, estuvo

metió desórdenes, y tuvo que repasar el Uruguay, para proseguir su campaña de Entre Rios.

Un ejército como el que pueden formar los Madariaga, no necesita enemigos, ni batalla, para deshacerse. Apenas habian pasado algunas semanas, y ya la indisciplina, el desorden y la insubordinación, empezaron á mostrar su horrorosa cabeza. Garzón no los atacaba, pero los acechaba; hubo una que otra guerrilla desgraciada, y se empezó la retirada sin haber llegado al río Gualeguay, que divide la provincia en dos partes. Cuando Garzón supo el movimiento retrógrado de los Madariaga, se movió cautelosamente, y lanzó algunas partidas en su seguimiento. Entonces la retirada se convirtió en fuga, en términos, que encontrando el río Mocoretá, que divide las dos provincias, muy crecido, lo pasaron á nado en el mayor desorden, perdiendo más de seis mil animales, ahogados, ó extraviados en los bosques. Aún en el territorio de Corrientes, la fuga siguió en un espantoso desorden, el que fué trascendental

---

" asaltado por varios orientales y argentinos notables, quienes " encontraron la realidad de sus temores, y emprendieron " una lucha tenáz contra las resistencias de aquel, quién en " su primer impulso se negó á escuchar reflexión alguna.

" Se le decía que no se trataba de servir al presidente Ri- " vera, y sí de salvar el pueblo, la emigración, y el último " atrincheramiento de la libertad en el Río de la Plata. Estos " eran lugares muy comunes, y las razones del General no " eran de resentimiento ni odios personales. Fué vivamente " provocado á explicarse, y lo hizo con mucha claridad. El Pre- " sidente, como se ha visto, se presentaba enemigo personal de " él, ó más bién, lo era de su capacidad y su fama. ¿Habría " dejado de serlo? Debía creerse lo contrario; obligado á ceder " por el momento, debía considerársele más irritado que venci- " do, y se hacía aún más imposible una inteligencia leál entre " los dos. Los sucesos de la guerra, era probable la exigiesen, y

á una división de seiscientos hombres, que habian dejado en el campo de Villa Nueva, la cual, al ruido de una retirada desastrosa del *invencible ejército*, hubo de evaporarse.

No quiero pasar en silencio un incidente que tuvo lugar el día del encuentro de vanguardia en el Arroyo Grande, de que he hecho mención; lo sé de personas muy afectas á los Madariaga, y que no supondrian cosa alguna que no fuese en pró de ellos. Don Juan mandaba la vanguardia correntina, que se componía de tres cuartas partes del ejército, y con ella atacó á una fuerza enemiga infinitamente inferior. Los correntinos fueron rechazados, pero no puede decirse própiamente, batidos; sin embargo, estuvieron expuestísimos á derrotarse ellos mismos, por la confusión y el desorden, y en esa noche, después que don Juan, con su numerosa vanguardia se hubo replegado á tres ó cuatro leguas sobre el ejército, esta era un caos verdadero. Más, no es esto lo que quiero relatar, sinó lo que

---

" su falta, comprometería el éxito, en cuyo caso, la admisión " del General, acarrearía por este lado un grave mal á la cau- " sa que se pretendía defender. De esta naturaleza eran las " razones que el General explanó con vehemencia, y de modo, " que demostraba su convencimiento y decisión, que al mo- " mento juzgamos incontrastable; y lo habría sido, si el ra- " ciocinio y su propia inclinación, hubieran deliberado en el " asunto.

" No era facil contestarlas, sin negar hechos que estaban á " los ojos de todos. Antes de la India Muerta, nadie dudaba, " que salvándose el E. O., el jefe del ejército en campaña, do- " minaría todas las influencias, y en tal caso, el General habría " ayudádole á encontrar la ocasión de inferirle nuevos agra- " vios. Se le exigía un sacrificio, del que no podía esperar ni " gratitud; sus servicios, al fin, se habian de tachar, para des- " conocerlos. Esto era lo de menos; la satisfacción de hacer el

sigue: En medio de la confusión salieron muchas voces, acordándose de mí. *Ojalá estuviera aquí el general Paz*, gritaban. Cualquiera pensará que don Juan lo tuvo á mal; pués nada de eso, y muy al contrario, les dijo: *Sí, hijos, hemos de tener al general Paz; lo hemos de traer, y él nos ha de dirigir*. En esos momentos quizá hablaba con sinceridad.

Después de esta célebre campaña, el ejército, más ó menos numeroso, siguió acantonado en Villa Nueva; pero sin disciplina, nada adelantaba. Jamás pudieron los Madariaga restablecerlo en un pié de orden regular; los robos de ganados á todo el vecindario, hicieron casi desaparecer estancias populosas; las licencias arbitrarias que se tomaban los soldados, eran frecuentísimas, sin que el General se apercibiese de las fatales consecuencias de este desorden: asesinatos en el mismo campo, tuvieron lugar; un teniente, fué muerto por un soldado, y el capitán don N. Solís, fué asesinado por un capitán Baez; aquel, era uno de los que habian ido al Entre Rios con Urquiza, y pertenecía á la

---

" bién, tiene poder en las almas, como la del general Paz; y el " presidente Rivera, no veía la opinión pública, aunque la do- " minase. Pero, no se le podía decir, sin insultarlo, que se em- " barcase en la empresa, *á ver lo que salía*.

" Así, pués, todas las reflexiones se redujeron á echarse en " sus brazos, y decirle: *Si usted no toma el mando, la Plaza* " *se pierde, y quedamos en poder de Oribe*. Entonces, la idea " del peligro de la emigración, volvía á producir su efecto, y " por segunda vez, influyó poderosamente en los destinos de " aquel país.

" La nueva administración que se creaba, sin embargo de la " idoneidad de las personas, carecía de fundamento moral, por " efecto de los mismos sucesos. La derrota del Arroyo Gran- " de, había destruido todo prestigio en Montevideo, y solo exis- " tía el de la espada del general Paz; por lo mismo, era esta " quién podía darle la respetabilidad y fuerza moral, de que

división que mandaban los Virasoro; bién fuese que se cansó de la expatriación, que se arrepintió de servir contra la causa de la libertad, ó por otro motivo cualquiera, dejó las filas enemigas, y se vino á Corrientes; al otro día de haber llegado á Villa Nueva, y de haber sido recibido por Madariaga, fué atravesado de una estocada, en la puerta misma de la carreta de un vivandero, y á menos de una cuadra del Cuartel General. Tanto la perfecta impunidad del matador, como las antiguas reyertas que había tenido en tiempos anteriores con los Madariaga, dieron sobradísimos motivos para creer que no eran extrangeros á este crimen. El resultado fué, que ningún otro oficial se pasó de los correntinos que había llevado Urquiza. Bién elocuentemente les hablaba el asesinato del capitán Solís, para disuadirlos de imitarlo. ¡Y había entre ellos, tantos hombres sinceramente adictos á nuestra causa! ¡Tantos que yo había conocido, tan leales y patriotas! ¡Oh! Los Madariaga contribuyeron eficazmente, á que se perdiesen para nosotros.

" precisaba, para desplegar su capacidad. De manera, que uni-
" versalmente se consideraba salvador el pensamiento de la
" nueva administración, pero que no podría pasar de proyecto,
" sin la cooperación de aquel General; y este era el principal
" fundamento de aquella disyuntiva.

" Debieron ser estas mismas las consideraciones en que se
" apoyó más tarde el señor Vasquez, aunque con la penosa
" tarea de dorar la conducta del Presidente, respecto del Ge-
" neral. Era el lenguaje de todos en aquellos dias aciagos,
" y lo fué el de las personas del Gobierno, hasta más de un año
" después. Ya habian pasado muchos meses de la presencia
" de Oribe en el Cerrito; la resistencia estaba hecha: sin em-
" bargo, ellas lo usaban contestando al deseo que manifestaba
" aquel de retirarse. Hemos conservado copias de estas cartas,
" y respondemos de su fidelidad con mucha más razón, en los

La carneada, es decir, la matanza de reses para el abasto del ejército, ofrecía cada día el espectáculo más repugnante, por el desorden, por el desperdicio, y por la intolerable algazara que reinaba durante toda la operación. En los mismos corrales, que estaban á algunas cuadras de distancia, se hacía la distribución individual de carne, y cada soldado tomaba su pedazo, y se iba al bosque inmediato á asarlo con las ramas de árboles que reunía; no sucedía así con la ración de los jefes que se traía á sus ranchos. Por la profusión con que á estos se distribuía, se puede venir en conocimiento del enorme desperdicio, que no producía más ventaja, que dar muchos cueros para que los vendiese ó malbaratase el General. La carneada se hacía para dos dias, y en el que se practicaba esta operación, no había ejercicio, porque no se podía contar con la tropa. Cada jefe, de mayor arriba, tenía una res de ración, lo que produjo quejas, cuando habiéndome recibido del mando, se hubo de regularizar la distribución. El mayor del bata-

---

" primeros dias de Febrero debieron hacer valer este argumen-
" to que venció, sin persuadir al General.

" El mismo día 3, el señor Vasquez desempeñó con suceso
" su comisión, acompañado de algunas personas que ya estaban
" en la casa del General, y condujo á este, desde allí, á la del
" Gobierno, en donde aceptó por segunda vez, el encargo de
" defender aquella capital. El Presidente le recibió con un
" abrazo; y para reconciliarse con el público, le invitó á dar
" con él un paseo por las calles y puestos militares, que tuvo
" lugar en la tarde del mismo día.

" El sacrificio del general Paz fué grandioso, pero no de-
" bía consentir en un mando indigno de sus antecedentes.
" Cuando nada solicitaba, y cuando todo lo concedía, ¿debía
" también descender de su dignidad? ¿Podía exigirlo el Go-
" bierno oriental, ni dejar de ser justo para con él? Esto sería
" infame. El General rehusó con indignación la idea de la

llón Unión, Morales, se quejó al comandante don Matias Rivero (hoy Coronel), y de él, pasó á mí su reclamo. Preguntado por mí, ¿en qué invertía una res entera? me contestó, que era para que los soldados viniesen á su rancho, cuando se les hubiese acabado la carne; habiéndole dicho, que los soldados recibian con abundancia la que les correspondía, no tuvo que objetar sinó la costumbre en que habian vivido. El mismo desgreño se notaba en todas las distribuciones, y ¿quién lo creerá? el soldado estaba mal atendido. No es extraño, porque esta es la consecuencia natural del desorden.

Don Lino Lagos era comisario, y administraba según nuestro uso, el tabaco, la sal, la yerba, etc. Todos los dias se llenaba el patio de la comisaría, de soldados, que á guisa de limosneros, iban á pedir alguna de esas especies. El, entonces iba distribuyendo pequeños pedazos de tabaco, porcioncillas de sal, ó de yerba. Pero cuando se trataba de algún jefe ú oficial, á quién pensaba ganar, mandaba

---

" comandancia general establecida en Montevideo, que dejó " entrever el señor Vasquez. Las atribuciones de ella, eran " insuficientes al objeto, y hasta ridículo pensar en esto, en cir- " cunstancias en que la autoridad militar debía abrazar cuan- " to alcanzase á ser util á la difícil defensa que se preparaba, " y no se insistió ya sobre ello.

" El Presidente se retiró en la noche del 3, y el General " fué sorprendido el siguiente día, con un decreto de aquel, en " que suprimía el Ejército de Reserva, y ordenaba su cesación " en el mando de él, nombrándolo comandante general de " armas, en lugar del coronel Posolo, que había desempeñado " esta comisión. Desde el 2 de Febrero, el General no era jefe " del Ejército de Reserva, en virtud de su renuncia admitida " por el Gobierno, y suponer lo contrario, era mentir torpe- " mente, para aparecer destituyéndolo de aquel mando. La " comandancia de armas, era una oficina de plaza, de atribu-

muy bizarramente medio rollo de tabaco, ó un tercio de yerba, que llevaba por lo regular un soldado, arrastrando á la cincha del caballo; él, llegó á persuadirse que con esta conducta, y el auxilio de sus afiliados, se había formado un gran poder; él, ha contribuido á engañar á sus amigos de Montevideo, quienes á su vez, ponderaban hasta las nubes, sus talentos financieros.

Cuando esto llegó á noticia de don Juan Madariaga, creyó que se le defraudaba de esa parte de gloria, y se puso furioso. Decía que Lagos nada sabía en materia de hacienda, y que él lo había hecho todo; citaba hechos que no quise contestarle, y acumulaba palabras hasta el fastidio. Como nada había que mereciese elogio, como la administración había sido lo más escandaloso y desgreñado, no podía menos que admirarme de tanta audacia. Entre otros, hubo un célebre contrato con un francés, Mr. Iugrés, importante cuarenta mil pesos fuertes. Madariaga compró las facturas con un noventa por ciento de recargo; Ingrés cobraba

---

" ciones marcadas, y había sido justamente rehusada; de mane-
" ra que aquel decreto, en la parte que no contenía una falsa
" suposición, era inadmisible. Nuevos obstáculos y nuevos
" pasos con el General, ocasionó este mezquino procedimiento.
" La nueva administración, en la dificultad de variarlo, exten-
" dió la autoridad militar, sin restricción, hasta donde fuera
" necesaria á su objeto; y el General despreció el alevoso des-
" ahogo que contenía el decreto.

" Los jefes y oficiales que habian mandado sus dimisiones,
" consintieron en volver al servicio, con motivo de la acepta-
" ción del General, quién lo comunicó al Gobierno. Algunos
" estaban ya embarcados, pero volvieron á tierra, y á los pues-
" tos que antes ocupaban. Sin embargo, se notó alguna tibieza,
" que fué desapareciendo, con la presencia del jefe militar en
" todos los trabajos del ejército, y muy pronto se restableció
" la anterior actividad.

un veinte por ciento de comisión, y como aquellas iban falsificadas, montaba la pérdida del Estado, á ciento treinta, más ó menos, por ciento. Cuando hablé á Lagos de este contrato leonino, me dijo, que él no había tenido parte, pués aunque al principio Ingrés se dirigió á él, y aún le ofreció un cuatro ó seis por ciento, por su cooperación, se le retiró en seguida, concluyó el contrato con Madariaga, y no le dió parte ninguna. Esto nadie me lo ha contado: yo lo he oido y presenciado.

Ya que he dado una idea del estado militar de Corrientes, antes de mi ida á la provincia, concluiré este asunto haciendo un bosquejo de su administración financiera.

Por más que la provincia de Corrientes no hubiese sufrido en sus intereses, en la media invasión de Urquiza; por más que sus ganados se hubiesen aumentado con los arreos que hicieron de Entre Rios en 1842 y 44; por más que contase por consiguiente, con más recursos que cuando estuvo la administración en manos de don Pedro Ferré, el

---

" El enemigo estaba entonces á las puertas de aquella capi-
" tal, y fué preciso un empuje inimitable para prepararse á
" esperarlo á su entrada, once dias después, á pesar de las
" contrariedades y tropiezos, en los sesenta y cuatro dias que
" mediaron entre el 12 de Diciembre y 16 de Febrero.
" Las referencias de los «Apuntes Históricos» sobre la jor-
" nada de este día, y los que lo siguieron, son demasiado exac-
" tas, para tener que añadir cosa alguna sustancial, ni es
" nuestro propósito, escribir la historia militar de aque-
" llos sucesos. Sin embargo, debemos decir, que cuando el
" peligro hubo pasado, cuando las probabilidades de una vic-
" toria, estuvieron en favor del general Paz, en el caso de un
" ataque del enemigo, faltó la unidad del mando militar; pu-
" diéndose asegurar, que si la conducta del Gobierno hubiera
" sido la misma que el 16 de Febrero, con los elementos que
" tenía Montevideo, y los que posteriormente fueron en su

desquicio, la dilapidación y el robo, fueron tan escandalosos en tiempo de los Madariaga, que á mediados del 44 se tocaban los extremos, y el país y el ejército empezaban á carecer de todo. Al descontento que producía la escaséz, se agregaba el descrédito en que había colocado á la familia reinante, su última y descabellada campaña; finalmente, contribuian á hacer crítica la situación de ella, las diversas influencias que desde las fronteras de la provincia obraban en oposición, y que los Virasoro y más de setenta jefes y oficiales estaban en Entre Rios, y trabajaban incesantemente. En la Uruguayana se conservaban el general Abalos y coronel Ocampo, y aunque no obraban de acuerdo con los Virasoro, pués siempre estuvieron muy lejos de plegarse á la causa que sostiene Rosas, no eran menos enemigos de los Madariaga, y obraban en ese sentido. Ocampo, íntimo amigo de Nicanor Cáceres, estaba ya en relaciones con él, y este se prestaba secretamente, á derrocar al actual gobierno de Corrientes. Final-

---

" auxilio, el ejército se habría puesto en estado de atacar con " ventaja al enemigo, en sus mismas posiciones. Esta era la " opinión del General, y le debemos respeto con preferencia " á cualquiera otra.

" Algunas notabilidades de segundo orden, que andaban á " corso de influencia en Montevideo, estaban en algunos cuer- " pos de la guarnición, solo para tener mando, y de ningún " modo para exponerse á las balas. Esto ocasionó algunas di- " ficultades al General, quién, no pudiendo consentir en actos " contrarios á la disciplina y al valor, exigió la igualdad del " servicio de los cuerpos, y que sus jefes estuvieran á la cabe- " za de ellos, en las funciones de guerra, dándoles ejemplo él " mismo; pero muy luego los fuegos del enemigo lo libraron de " estos estorbos condecorados.

" El general Paz, perfeccionó su gloriosa obra, y se retiró, " cuando en la parte militar nada había que hacer, sinó era

mente, don Pedro Ferré se mantenía en San Borja en abierta enemistad con los Madariaga, y como es consiguiente, también tenía sus partidarios.

El anuncio de mi ida á Corrientes, contribuyó eficazmente á tranquilizar los ánimos, suspender las maquinaciones, y hacer renacer nuevas esperanzas. Esto explica el grande empeño de los Madariaga en que yo fuese á la provincia, y de que arribado á ella, no regresase; explica también, la aparente docilidad que manifestaron cuando mi recepción del directorio, y el empeño de los otros argentinos facciosos, en disimularme el verdadero estado del país, para que los aceptase como mis precisos sostenedores.

En estas circunstancias, dos sucesos vinieron en auxilio de la administración Madariaga, y consolidaron por entonces su poder. El uno, fué como he dicho, el anuncio de mi ida; y el otro, la captura del valioso convoy que iba de Buenos Aires al Paraguay. Cuarenta buques cargados de efectos de Ultramar, entraron á engrosar el tesoro de

---

" continuar una rutina harto bién establecida y ensayada. An-
" tes de hacerlo, aumentó el material de la defensa, y dejó inex-
" pugnable la fortificación, por la parte que hubiera podido ser
" atacada; á más de que el personal del ejército estaba en es-
" tado de combatir cuerpo á cuerpo con el del enemigo, si este
" dejaba sus atrincheramientos del Cerrito.

" No obtuvo del Gobierno, por la penuria del Erario, ni aún
" lo preciso para vivir; y, según las personas que estaban á su
" inmediación, gastó su dinero, quitándolo á la subsistencia
" de su familia. Se retiró con un objeto, á que más tarde de-
" berá su salvación la libertad Argentina y Oriental; y lo hizo
" sin el más insignificante socorro de parte del Gobierno, y á
" costa de su propio peculio, ya casi extinguido.

" Pero debió retirarse satisfecho de su obra, y de sí mismo.
" Luchó hasta contra la misma posibilidad, y triunfó. El ven-
" cedor en tantos campos de batalla, que venía triunfante y

Corrientes, é hicieron renacer la abundancia. Pero al mismo tiempo empezó el despilfarro y la más estrafalaria dilapidación; algo naturalmente se empleó en atender las necesidades del ejército, pero una parte inmensamente mayor, se empleó en habilitaciones particulares á los adeptos de los Madariaga, ó á los que ellos querian ganar; unos recibian á precios, *cómodos se entiende*, facturas de cuatro, seis, diez, y catorce mil pesos, que salian á expender bajo la promesa de abonar después al Estado su importe. De esta naturaleza, fueron los créditos de un tal Alias, y un español Saball, que se adjudicaron á la caja del ejército, y que pomposamente figuran en las partidas que ingresaron á comisaría, que han publicado los mismos Madariaga. El primero de estos señores, aunque no recuerdo si pagó el todo, puedo asegurar que abonó con grandes demoras la mayor parte; el segundo, no lo hizo, y cuando se trató de ejecutarlo, se escusó con el mal éxito de un negocio de cueros que había hecho á la Concordia en sociedad con

---

" fuerte á terminar sin esfuerzo el objeto de sus campañas,
" se contuvo ante el brillo de la espada de Caaguazú. El general Paz debe contar con la gratitud universal.

(Primera edición, tom. IV, páj. 103).

" Ministerio de Guerra y Marina.

" Montevideo, Diciembre 12 de 1842.

" Señor Brigadier General de la República Argentina, don José María Paz.

" Considerando el Gobierno, urgente y conveniente á la defensa de esta República, formar y organizar un Ejército de

uno de los hermanos Madariaga, en que había invertido el capital que se le cobraba. La invocación del nombre de Madariaga, importaba poner un obstáculo á la ejecución, porque entonces podía ser necesario desagradar á los hermanos, y romper. Estos hechos, é innumerables más, los sabe todo Corrientes mejor que yo, que nunca quise informarme de ellos; sin embargo, por una casualidad llegó otro á mi noticia, que no quiero omitir.

Con antelación á mi llegada, los Madariaga habian declarado por del Estado, toda bestia mular que hubiese en la provincia. En consecuencia, se había reunido un gran número, y las tenian en invernada en la costa del Uruguay, que es por donde se exportan para el Brasíl. Yo apenas dispuse de poco más de cién para el servicio del ejército, y otras en menor número, que recuerdo, se dieron á don Policarpo Elias, por artículos de guerra. Cuando en Junio del mismo año de 1844, marchó la expedición á Santa Fé, que tan hermoso principio tuvo, don Juan Madariaga fué en

---

" Reserva en la capital, y teniendo presente los buenos é im-
" portantes servicios que el señor general de la República Ar-
" gentina, don José María Paz, ha prestado en todas épocas á
" la Banda Oriental, ha resuelto nombrarlo durante las presen-
" tes circunstancias, General en Jefe del expresado Ejército de
" Reserva, y ha ordenado el infrascripto, Ministro general de
" la República, comunicar al señor general Paz, á quién tiene
" el honor de dirigirse, esta resolución, y saber de V. S. si está
" dispuesto á aceptar este nombramiento.

" Al resolverse el Gobierno á encomendar al señor general
" Paz, la organización y mando de un Ejército de Reserva, está
" determinado á poner en sus manos, y á su disposición, todos
" los medios y elementos de que pueda disponer, é investirlo
" de toda la facultad que sea necesaria, para lograr el objeto
" que se propone.

" Espera, pués, el infrascripto Ministro general, que el señor

comisión, como después se dirá, á la costa del Paraná. En momentos en que estaba en la mayor ansiedad por noticias de todas partes, llegó un *extraordinario* con una carta para dicho don Juan, con la recomendación de *muy urgente*. Creí que podía contener algún aviso importante, y la abrí para avisárselo luego, como lo hice. ¿Y con qué me encontré? Con un aviso de don José Luís Madariaga, desde la costa del Uruguay, en que participaba á su hermano la propuesta que le hacian desde el territorio brasilero, para compra de las mulas del Estado, y en seguida le preguntaba si la mulada que tenian de su cuenta, á la sombra por supuesto, de la del Estado, convendría incluirla en la venta. Pesaroso de aquel descubrimiento, me limité á remitir la carta abierta á don Juan, diciéndole los motivos por qué la había abierto. La venta no tuvo lugar por entonces, ya fuese por conveniencia ó vergüenza, más después la han consumado, como otras muchas. El medio era muy sencillo: después de haber declarado que el Estado necesitaba todas

---

" general argentino don José María Paz, no negará á la República Oriental, un servicio que esta sabrá apreciar, y que se servirá contestarle á la mayor brevedad, para expedir en su caso, el correspondiente nombramiento y hacerlo conocer en la guarnición.

" Dios guarde á V. S. muchos años.

" Francisco Antonio Vidal."

" Montevideo, 12 de Diciembre de 1842.

" Al señor Ministro general de la República.

" Señor Ministro:

" He recibido la respetable nota de V. E. fecha de hoy, en " que manifestando la urgencia de formar un Ejército de Re-

las mulas que tuviesen los particulares, en toda la extensión de la provincia, y de haberlas tomado el Gobierno ó los Madariaga, que era lo mismo, estos se reservaban una parte, y sin duda la mayor, para vender por su cuenta. Como se hizo con esto, se obró en todo lo demás.

Más, dije que de este modo ganaban también prosélitos, y efectivamente era lo que sucedía; el diputado Santos, que hizo la moción en la Sala para que el Congreso diese el empleo de coronel mayor á don Joaquín Madariaga, era uno de los agraciados, pués tenía una tienda en la que vendía de los efectos que se decian del Estado. A semejanza de este, había muchos que aspiraban á idénticos favores, y que para conseguirlos, era indispensable que se plegasen á las miras ambiciosas de los que podian y querian dispensarlos. Hubo hombres verdaderamente honrados y patriotas, que tenian que ocultar sus sentimientos, con la esperanza de alguna gracia, que en su concepto no se oponía á la probidad, pero que siempre les era de conveniencia. Pos-

---

" serva, me invita á aceptar el mando en jefe de él, en cuyo " caso pondrá en mis manos todos los medios y elementos de " que pueda disponer el Gobierno, y me investirá de toda la " facultad que sea necesaria, para el logro del objeto que se " propone en esta medida.

" No se ha engañado el Gobierno al considerarme dispuesto " á defender la libertad de esta República, por cuya indepen- " dencia tuve la gloria de combatir, que es hoy el asilo de mis " compatriotas, perseguidos de muerte por el bárbaro tirano de " mi patria, y á la que deseo manifestar mis simpatias. Puede " V. E. contar con mi más completa deferencia, y con que " seré infatigable para corresponder á la confianza con que se " ha dignado honrarme el Gobierno de la República.

" Dios guarde al señor Ministro muchos años.

" José María Paz. "

teriormente, ellos se han producido en un sentido que no lo hicieron antes, más era ya tarde para atajar el mal que ya se había hecho.

El desorden en la administración, mejor se diría en la destrucción de las haciendas de los que habian emigrado á Entre Rios, era absoluto. Me contraeré pasajeramente á la valiosa estancia de «Aguaceros», perteneciente á don Pedro Cabral, para que se deduzca lo que se hacía en las restantes. Cualquier jefe, oficial, y aún sargento ó cabo, sacaba, exigía, pedía reses, y caballos: todo se arreaba sin consideración. El mayordomo Camarra, que á mi juicio es un hombre honrado, se me quejó mil veces, y me aseguró que hasta que yo me había recibido del mando, no se había podido lograr la menor regularidad, ni evitar el desorden más escandaloso. Una vez hízome una representación por escrito, no recuerdo con qué motivo, en que exponía esto mismo, y por bién de él, para no exponerlo á la malevolencia de los Madariaga, tuve que llamarlo y encargarle que

---

" Montevideo, Diciembre 12 de 1842.

" Exigiendo la defensa de la República, la formación y or-
" ganización de un Ejército de Reserva, el Gobierno ha acorda-
" do y decreta:

" Art. 1º Se formará y organizará en el Departamento de
" la Capital un ejército, que se denominará *Ejército de Re-*
" *serva*.

" Art. 2º Queda nombrado General en Jefe del Ejército de
" Reserva, el Brigadier General de la República Argentina,
" don José María Paz.

" Art. 3º Formarán el Ejército de Reserva, los cuerpos de
" la guarnición de la capital, y los que nuevamente se for-
" men.

" Art. 4º Se destinan á los cuerpos de línea, todos los eman-

hiciera en otros términos su pedimento. No es solo con injusticia y falsedad; es con la más infame impudencia que los Madariaga, y principalmente el hermano don Juan, han querido echar sobre mi responsabilidad, la desmejora de las haciendas de los emigrados. Nada tendría de extraño, y cargaría gustoso con ella, si se hubiesen empleado debidamente sus productos; pero no ha sido así. Don Juan, imprime el sello del desorden en todo lo que está bajo su influencia, y las haciendas de los emigrados, no se libraron de ello. Aún sin estar emigrados los dueños de las haciendas circunvecinas al ejército, sufrieron lo mismo, y fueron también desoladas. Un anciano respetable, don N. Fernandez, llegó, en tiempo que mandaba el ejército don Juan, y encontró que varias partidas de tropa hacian correrias en su establecimiento de campo, y destruian los ganados; corrió á apersonarse al General para imponerlo de lo que pasaba, si no lo sabía, y reclamar el remedio; la respuesta que obtuvo, fué la siguiente: *No tenga usted cuidado, señor Fer-*

" cipados, en virtud del decreto de la Honorable Asamblea Ge-
" neral de esta fecha; y que sean útiles para el servicio.
" Art. 5º Comuníquese á quienes corresponde, publíquese y
" circúlese.

" SUAREZ.
" Francisco Antonio Vidal."

" PROCLAMA

" El General del Ejército de Reserva, á los individuos que lo componen.

" Compañeros :

" Al aceptar el mando del Ejército de Reserva, he tenido
" en vista la urgencia de la situación actual; que defendeis el

nandez, por las vacas que se extraen de su hacienda, pués le prometo que en llegando la oportunidad, le he de volver cuatro por una. No sabe uno que admirar más, si el descaro, ó la falsedad del ofrecimiento.

Si alguien leyese estos escritos, los censuraría acaso de muy personales, sin advertir que es muy difícil penetrar en los hechos y examinar sus verdaderas causas, sin conocer las personas que los produjeron. Hombre soy, y muy sujeto á pasiones y errores; pero tengo en mi favor, que se me conoce incapáz de una impostura, y que ni aún para herir á mi mayor enemigo, inventaría una mentira. Saben también, que si tengo pasiones, no soy un furioso, que me deje arrastrar ciegamente de ellas; si algo de lo que he escrito, es considerado como un desahogo, por lo menos créase que lleva el sello de la verdad, y que no soy inmoderado en ese desahogo.

Algunos me han invitado á que escriba para el público, porque piensan que mis escritos contendrán descripciones

---

" pueblo, en cuya independencia trabajé, que dá asilo á mis " compatriotas, y que declaró, el primero entre todos los otros " pueblos de América, guerra al tirano que la deshonra, sem- " brando de horribles delitos la República Argentina. Obliga- " ción he creido, escuchar el llamamiento que me ha hecho el " Gobierno y la Asamblea Nacional, y compartir con vosotros " los afanes de la más justa de las guerras.

" Soldados del Ejército de Reserva:

" El desastre que últimamente ha sufrido el ejército coaliga- " do, es uno de esos lances comunes en la guerra, y que por " ningún motivo puede mirarse como decisivo. El, por el con- " trario, inflamará vuestro valor para arrancar la victoria de " manos de un enemigo vencido tantas veces por vuestro ilus- " tre presidente, general Rivera, cuya capacidad militar y

de campañas militares unicamente, y que si toco otros asuntos, será sin desmentirlas calumnias de que han querido colmarme. Dicen que estoy muy arriba para descender á esas pequeñeces; pero, además de que sería imposible llenar sus deseos, porque no se pueden tratar estos asuntos con abstracción de sus autores, era de esperar que al-

---

" ardiente patriotismo, os dán sobradas garantias de un gran
" triunfo, que marchite en la frente de nuestros enemigos, los
" efímeros laureles con que los ha coronado la casualidad.
" Secundemos sus nobles esfuerzos y los de los valientes de su
" ejército, y con la práctica de las virtudes cívicas y militares,
" que solo pueden asegurar la victoria, domareis bién pronto
" la altanería de los esclavos de Rosas, que amagan sangrientos
" la libertad y la independencia nacional, nuestras fortunas y
" vidas.

"Montevideo, Diciembre 18 de 1842.

"José M. Paz."

" PROCLAMA

" El General del Ejército de Reserva, á los argentinos emigrados.

" Compatriotas :

" Sabeis que ni un momento he dejado de perteneceros,
" que os he consagrado mi vida, y que siempre me habeis
" visto donde ha flameado el estandarte de nuestra libertad.

" Argentinos :

" Llamado por el Gobierno de esta República para cooperar
" á los esfuerzos que hace para salvarla, su ilustre presidente,
" el general Rivera, ha sido poderoso para mí, el recuerdo que
" peleé por su independencia en aquel ejército, que en Ituzaingó
" dió uno de su más grandes dias á la República Argentina,
" y he recordado que esta tierra hermana os hospeda á vosotros,
" mis compatriotas, que sois una bella parte de nuestra patria

guno de estos oficiosos amigos se hubiese ocupado por patriotismo y amor á la verdad, de ahorrarme una parte de mi trabajo, dejándome la otra. No ha sido así; todos han considerado con indiferencia (muy pocas son las excepciones), los tiros de la envidia y de la calumnia con que se proponian anonadar mi reputación. No tengo mucha fé en tales consejeros.

" infelíz, y que en vuestras manos, como en las de los bravos
" hijos de Corrientes, y de los otros argentinos enemigos de la
" tiranía, reposan sus más dulces esperanzas de constitución y
" libertad.

" COMPATRIOTAS :

" Os miro unidos á vuestros hermanos y amigos los orientales, como en los dias gloriosos de las guerras de la independencia, y crece mi fé en nuestro hermoso porvenir. Recorro vuestras filas, y veo rostros donde se han reflejado los rayos del sol argentino triunfador en Tucumán, en Salta, en Chacabuco, en Maypú, en Ituzaingó, y en tantas otras jornadas de gloria, de cuyos trofeos son depositarias cuatro repúblicas, libres por vuestro indómito brazo; veo también rostros jóvenes que resplandecen con el entusiasmo de sus padres en 1810, y al contemplaros animados de un mismo pensamiento, creo que á pesar de todas nuestras desdichas, tornaremos á nuestra patria, vencedores de su tirano.

" ARGENTINOS :

" Dejad que os lo repita. Siempre he sido de vosotros, y me lisonjeo con que merezco vuestra confianza, y con que me seguireis por la senda del honor, que nos conducirá á la victoria y á la patria.

" Montevideo, 18 de Diciembre de 1842.

" JOSÉ M. PAZ."

Publicados en «El Nacional» de Montevideo, los dias 13, 15 y 19 de Diciembre de 1842.

(*Nota del Editor*).

CAPÍTULO XXXVIII

PLÁN DEL GENERAL PAZ PARA LA DEFENSA DE CORRIENTES

Empeños del general Paz para moralizar el ejército de Corrientes.—Don Justo Pastor Figueras.—La administración de justicia.—Trabajos inícuos de los Madariaga.—Academias de jefes y oficiales.—La ordenanza española.—No satisface á don Juan Madariaga esta ley militar. —Bárbara medida de Madariaga para contener la deserción.—Los correntinos engañados por los Madariaga.—Las censuras al general Paz.—Elementos con que se contaba para voltear á Rosas.—Destrucción de las armas del Estado.—Corrientes, después de la derrota de Rivera.—La Tranquera de Loreto.—El plán defensivo del general Paz. —Ventajas de la posición de la Tranquera.—Lo que pudo hacer Rivera para evitar su derrota.—La guerra popular.—El coronel Manuel Saavedra.—El teniente coronel de ingenieros, F. Wirner.—Dificultades para organizar los trabajos de la defensa.—Importancia de Santa Fé.—La falta de un hombre.—El general Lopez al mando de la expedición á Santa Fé.—Llega á esta ciudad.—Inaudita imprevisión de Lopez.—Se vé obligado á retirarse.—Relaciones de Lopez con los indios.—Error en seguir la escuela de las montoneras.—Pretensiones de Lopez.—Desorden en su retirada.—Providencias del general Paz para precaver un desastre.—Lopez rehusa los auxilios que se le ofrecen.—Propone al general Paz, cange de soldados.—Rechazo de esta propuesta.—Don Jorge Cardasi.—La soñada republiqueta de Lopez.—Jornada de Mal Abrigo.—Cobarde fuga de Lopez.—Digno comportamiento del coronel don Bernardino Lopez.—Retirada del mayor Orzeto.—Abandono del convoy.—Carga del cacique Pedrito.—Cobardía é ineptitud de Lopez.—Como entendian el honor militar los generales gauchos.—Lopez pasa el Paraná.—Papel de Madariaga.—Incorporación de Lopez al campamento en Villa Nueva.—Carta de don Agustín Murguiondo.—Los secretos de Estado en casa de los Madariaga.—Papel singular de don Joaquín.—Trabajos hostiles de don Juan.—Las *altas inteligencias.*

Vuelvo á tomar el hilo de mi narración, que suspendí para ocuparme de la reacción, y de donde insensiblemente

he pasado á dar una idea de la administración Madariaga.

Desde mi arribo á Villa Nueva, todo mi empeño fué establecer orden y regularidad en el ejército, cortar abusos, extirpar vicios, dar una educación militar al soldado, instruir á los jefes y oficiales en sus respectivas obligaciones militares y civiles, en fin, moralizarlo todo. Al desperdicio y desgreño en todos los ramos, sustituí un plán de economía y arreglo, cuidando siempre de mejorar la situación del oficial y del soldado, como efectivamente lo conseguí. Se estableció una maestranza, que no había, y se empezó á componer el armamento y construir buenas lanzas; la artillería se montaba, y se hacía lo mejor que se podía, adquisiciones de pólvora y otros artículos esenciales de guerra. Debo hacer justicia al mérito é infatigable actividad del comandante de este establecimiento, don Justo Pastor Figueras, que prestó servicios distinguidos. Todo empezaba á marchar con tal cual orden, y yo llegué á concebir esperanzas de mejor éxito.

La administración de justicia llamó tanto más mi atención, por cuanto la repetición de los crímenes era alarmante. Asesinatos y robos se cometian con una deplorable frecuencia, y necesitaban una represión vigorosa; pero bién lejos de buscarla en la arbitrariedad tiránica, de que hacen impudente ostentación los caudillos que infestan nuestro país, la busqué unicamente en la aplicación moderada de nuestras leyes, y me lisonjeo, que planté insensiblemente los fundamentos de un orden legal, de que estoy cierto, sí, estoy cierto, no se olvidarán tan pronto los correntinos. Todos los criminales eran juzgados según las formas; se sustanciaban sumarios y procesos, había fiscales, defensores, consejo de guerra de oficiales, general y ordinarios. Se pasaba la causa en consulta, al que desempeñaba provisoriamente las funciones de auditor de guerra, y

luego recaía la aprobación. Al principio parecía tarea muy difícil la de ser fiscal, defensor ó juéz, pero luego se fueron acostumbrando nuestros oficiales, se expedian con mucha mayor facilidad, y adelantaban visiblemente; los juicios eran públicos; y eran llamados á formar el tribunal, indistintamente los correntinos, ó los jefes y oficiales de otras provincias. Sin embargo, como era mayor el número de los primeros, se puede asegurar que siempre fueron más los correntinos que los de otra parte, aún cuando los reos no lo fuesen. El resultado fué el más felíz, pués los crímenes minoraron sin que se hiciesen más de cuatro ejecuciones de muerte, inclusa la del ex-capitán Corvera, autor de un motín el año 42, para pasarse al enemigo, como lo hizo; los otros tres fueron desertores, asesinos, ladrones, salteadores de caminos, raptores, y facinerosos, en toda la extensión de la palabra.

Más, estas semillas de orden y legalidad, que tan bién fructificaban, causaban un terrible disgusto á los Madariaga, que nunca quisieron ser más que caudillos, y que además, daban crédito á mi administración. Para destruir sus efectos, se dirigian á la ínfima plebe y la excitaban en sentido contrario al que yo obraba. Me ahorrará demostración á este respecto, el hecho que voy á referir: Un día, el coronel don Felipe Lopez, vino á decirme muy alarmado, que el señor Leus, joven mendocino, comerciante, sujeto de mucho juicio y patriotismo, que hacía tiempo estaba en Corrientes, y que entonces viajaba por la provincia en sus negocios particulares, se había costeado á comunicarle en reserva, al menos de su nombre, para que me lo trasmitiese, lo que había presenciado. Habiendo dicho sujeto, que por otra parte merecía todo crédito, llegado á una estancia de las inmediaciones del Miriñay, halló á don Antonio Madariaga en la puerta del corral, presidiendo á una porción de gauchos que se habian reunido para una

faena de campo, de los que la mayor parte, sinó todos, eran soldados. En medio de todos, predicaba contra mis disposiciones, y decía, *que yo ejercía una odiosa tiranía, sujetando á consejos de guerra, á los militares criminales; que esta tiranía era tanto más intolerable, por cuanto se les ponian por jueces, oficiales y jefes extrangeros,* clasificando de este modo, á los que no eran correntinos; *que él estaba mal mirado, lo mismo que sus hermanos, por mí, porque tomaban la defensa de los pobres correntinos, pero que estaban dispuestos á arrostrarlo todo, por sus paisanos;* añadiendo por este estilo, una sarta de desafueros y mentiras. La calidad de reserva que exigía el denunciante, la de pertenecer el falso predicador á la familia reinante, la que precisamente lo sostendría, el desconcepto personal de don Antonio Madariaga, todo contribuyó á que el asunto quedase en silencio, y no tuviese ulterioridad; pero sirvió para hacerme conocer lo que ya presentía, que empezaban á dar actividad á sus inícuos trabajos. Otros avisos, más ó menos expresos, indicaban lo mismo, y hasta don Juan Madariaga se atrevió en un papel oficial, cual era la defensa del coronel don Bernardino Lopez, á verter conceptos semejantes. En ella expresaba su extrañeza de que se les sujetase á esa vieja cartilla, la Ordenanza española, la que según sus expresiones, no conocía sinó los nombres de *rey y amo.*

Como yo hacía frecuentes reuniones de jefes y oficiales, que con el título de academias, eran una verdadera escuela de moral, de instrucción militar y civíl (don Juan no estaba entonces en el campo, y aún su defensa que mandó escrita, se leyó por otro), me serví de dichas reuniones para combatir sus doctrinas, y hacer triunfar los buenos principios. Recuerdo que en una de las más numerosas, hice mención de los conceptos vertidos en la defensa, y con la mayor moderación, pregunté: *¿ De qué cartilla ó código me serviría, si no era de la Ordenanza española?* Como no se

me designase ninguna, repuse que en tal caso, sería preciso que obrase por mi solo capricho, y les hice ver cuanto perdería la administración de justicia dejándola al puro arbitrio de un hombre, cualquiera que fuese. Les dije, que la Ordenanza española había sido formada bajo un régimen monárquico, pero que en muchos puntos estaba modificada por nuestras leyes patrias, y que solo obligaba, en los que estas habian dejado vigentes; que nuestros gobiernos, los más republicanos, habian mandado que rigiese la Ordenanza española, en lo que no estuviese derogada por nuestras leyes, lo que era indispensable, mientras no tuviésemos un código propio que la reemplazase, y que seguramente se le asemejaría mucho, como ha sucedido con el código militar de Bolivia, y los de todos los paises, ya republicanos, ya monárquicos. Más, esto, solo era un pretexto que empleaban muy de mala fé, con el doble fin de desacreditar mi modo de proceder, y de no dejarse arraigar instituciones de ninguna clase, en un país que ellos, los Madariaga, pretendian despotizar eternamente. ¿Y estos hombres manchados de crímenes, y de violencias las más arbitrarias, eran los que reclamaban en nombre de la libertad, contra el empleo de las formas tutelares, que en los juicios militares como en los demás, son la salvaguardia de la inocencia? ¿Eran los asesinos de Bedoya y Sopetegui (de este último me ha dicho francamente don Juan Madariaga, que él lo mandó matar cuando la reacción), vecinos honrados y respetables, los que se quejaban de la severidad de las formas judiciales, y de la vetustéz de nuestras leyes? ¡Ah! ¡Es que ellos no querian ninguna!

Cuando la expedición á Entre Rios, tomaron los Madariaga un arbitrio muy singular para contener la deserción. El comandante don Nicanor Cáceres fué colocado á retaguardia del ejército con su escuadrón, en un lugar aparente, para aprehender á los desertores que regresaban á la

provincia, con la orden de lancearlos indistintamente; lo hizo así con unos cuarenta, según unos, y con más del duplo, según otros, incluso un oficial, cuyas gorras y prendas de vestuario, eran conducidas al ejército, como pruebas de su trágico fin. Don Juan Madariaga, cuando me hablaba de esta grandiosa medida, se llenaba de orgullosa satisfacción, ponderando el buén efecto que había tenido, pués logrose contener la deserción; pero él no advertía que el efecto fué momentaneo, y que pasado el primer sentimiento de terror que inspiró tan bárbara medida, las deserciones iban á verificarse en grandes masas, de modo que hubiera sido preciso degollar á todo el ejército. Ellos lo previnieron, retirándose con una precipitación vergonzosa, que luego se pronunció en declarada fuga, según lo hemos indicado.

Considérese si los hombres que supieron emplear estos medios, debian escandalizarse de los consejos de guerra, y llamar tiranía, á la aplicación de las formas legales. Pero tal es el estado de nuestra sociedad, tal la ignorancia de las masas, que no distinguen la libertad de la licencia, ni la tiranía del ejercicio legal de la autoridad. De estas disposiciones se sirven los caudillos, y á trueque de fraternizar en una carpeta, ó con el vaso en la mano, se dejan nuestros pobres paisanos arrebatar por un tiranuelo, sus más caros derechos, y engañarse del modo más grosero.

Reasumiendo lo que he dicho, se concluye, que en proporción que aumentaba mi empeño en moralizar el ejército y darle una organización militar, crecía el de los Madariaga, en neutralizar los efectos de mi celo. Desgraciadamente es más facil destruir que edificar, y por mucho que trabajase, era poco lo que adelantaba. Entre tanto, yo no trabajaba para mí, sinó para la patria, para Corrientes, y para ellos mismos. Más tarde han recogido el fruto de sus errores, pués ese mismo ejército, que tanto trataron de corromper,

ha correspondido á sus esfuerzos, abandonándolos, defeccionándose, y huyendo vergonzosamente en Vences.

Me parece que esta es la oportunidad de contestar á una censura que se me ha hecho en otras partes, fuera de Corrientes. Se ha dicho, que yo quería militarizarlo todo; si por todo, se entiende los ejércitos que he mandado, el hecho es cierto, pero la censura injusta. Desgraciadamente los mandos militares que he obtenido, han sido siempre en circunstancias difíciles, en momentos apurados, y en lances críticos. En las circunstancias de abundancia y prosperidad, otros han sido siempre los llamados á los destinos públicos; yo, solo he merecido la elección en los de conflicto. En ellos ha sido necesario improvisar ejércitos (al menos en estos últimos tiempos), para combatir con otros, más formados y aguerridos. ¿Y que tiene entonces de extraño que haya querido poner los medios de vencer, militarizando esas masas que era preciso emplear militarmente? Singular modo de discurrir es el de ciertos hombres, que deseando ardientemente el objeto, se contradicen ellos mismos, tomando el camino opuesto al que debía conducirlos á él. Si se hubiera tratado de permanecer en una situación tranquila, ó de conservar el orden, en una población pacífica, ya se deja entender que no sería preciso establecer un orden militar; pero cuando se quiere defender un país, cuando se está en guerra abierta, ¡y, qué guerra!; cuando están los enemigos al frente, ¡y, qué enemigos!; censurarme, porque he querido adoptar los medios más eficaces, quizá los únicos de vencer, es una pueril necedad, y una ridícula maledicencia.

La misma crítica he sufrido en Montevideo, cuando quise organizar el ejército, que tan gloriosamente ha defendido la Plaza, y la experiencia ha contestado victoriosamente á esos importunos censores. Ellos han visto por sus ojos, que debido solamente á esa forma militar, que muy á

su pesar, logré dar á los cuerpos urbanos de la guarnición, es debida la conservación de la ciudad. Después de mi salida en 1844, la disciplina se relajó, ¿ y á cuantos escándalos se han dado? ¿Cuantos peligros se han corrido? Solo un milagro, y la intervención europea, han podido hacer que no caiga la Plaza en poder de Oribe, y que esos mismos censores conserven sus cabezas sobre los hombros.

Considéreseme desde que me recibí del directorio de la guerra, cargado con una inmensa responsabilidad, y con cortísimos medios de corresponder á ella. Veíame mandando un ejército, cuyo único y principal defecto no era ser bisoño y estar desarmado, sinó estar corrompido é indisciplinado. Con él, solamente debía contarse para destruir el poder de Rosas y combatir sus armas victoriosas. Mis primeros cuidados se redujeron á restablecer el orden militar, y proporcionarme municiones; con treinta y tantos mil cartuchos de fusíl y tercerola, que era todo lo que poseía Corrientes, no podía pensarse en invasiones, y ni aún era posible una defensa regular. Recuerdo que cuando lo supe, dije al Gobierno, *que me maravillaba de verlos dormir tan tranquilos.* Efectivamente, solo la ignorancia podía darles la seguridad que ostentaban, y permitirles distraer los recursos en otros objetos.

Un año antes, y cuando cayó la provincia en manos de los Madariaga, tenía muchos mayores elementos de guerra, tanto en material como en la disciplina de su ejército, que conservaba alguna de la que recibió en el de reserva, y que tenía más frescos los recuerdos de Caaguazú. Más, en el tiempo de que voy hablando, la desmoralización era completa, las municiones habian desaparecido, y las armas se habian inutilizado. Para conocerse la causa de esto, debe advertirse, que la administración de los Madariaga, principalmente en la parte militar, era destructora, y que un

ejército en sus manos, marcha en una progresión decrecente, como ha sucedido con el que han sacrificado en Vences. En este sentido fué también fatal su campaña á Entre Rios, pués dislocado el ejército, las municiones, fuera de lo que se perdió en la misma campaña, se gastaron sin combatir, y las armas se dispersaron por toda la provincia, antes y después de inutilizadas. No se podía viajar por todo el interior, sin encontrar en los ranchos, bayonetas sirviendo de asadores, ó de estacas en las paredes; fusiles destruidos ó reducidos por un recorte brusco á su mínima expresión; sables convertidos en machetes ó facones, y armas del Estado, de toda clase, destinadas á los más viles oficios.

En proporción inversa había mejorado el ejército de Garzón, que se había denominado *de reserva*: su personal se había aumentado, y abundaba en armas y pertrechos de guerra. Hasta se le suponía capáz, antes de que yo llegase, de tomar la iniciativa, en términos, que cuando me aproximaba al Uruguay, supe en el camino la alarma en que estaba Corrientes, por el amago de una invasión, lo que me obligó á apresurar mi marcha. La especie era infundada, pero la alarma fué positiva.

Sin embargo, hallándose el general Urquiza con la mayor parte de sus fuerzas, ocupado en la Banda Oriental, era la mejor ocasión que podía presentársenos de obrar ofensivamente en Entre Rios. Iba preocupado con esta idea, y la hubiera realizado, sin los inconvenientes que he expuesto. Antes de todo era preciso vencerlos, contando con que el general Rivera, aunque no lograse batir completamente al general entreriano, le daría al menos bastante en que entender, para debilitarlo y ocuparlo por algún tiempo; pero no fué así, y la batalla de la India Muerta, acabó con toda la resistencia que se hacía al invasor en la campaña oriental, y dejó á Urquiza con un ejército vencedor, y enteramente libre en sus movimientos.

Ya entonces era preciso renunciar á la invasión de Entre Rios, pero no por eso renuncié á operaciones parciales, y aún en escala mayor, como sucedió con la campaña sobre Santa Fé, de que luego hablaré. Por lo demás, al menos inteligente se le ocurre que una campaña sobre Entre Rios, era una operación desatinada, desde que el ejército invasor podía verse flanqueado y envuelto por tropas mejores y más numerosas, pués Urquiza, á la sola noticia hubiera pasado el Uruguay, fuera de los refuerzos que hubiera mandado Rosas, con las tropas que tan á mano tenía en Santa Fé, y en el norte de Buenos Aires. Mi posición vino, pués, á ser esencialmente defensiva, y mi tarea, la de salvar la provincia de Corrientes, esperando la oportunidad que podía ofrecernos la intervención de dos grandes potencias europeas, cuyos ministros se debatian á la sazón, diplomáticamente en Buenos Aires. A un mismo tiempo concebí dos pensamientos muy diversos, al parecer en su naturaleza y en sus objetos, y traté de ponerlos en ejecución: hablo de la proyectada fortificación de la Tranquera de Loreto, y de la expedición sobre Santa Fé, que fué encomendada al general don Juan Pablo Lopez, antiguo gobernador de dicha provincia. Me ocuparé antes de lo primero.

Sojuzgada enteramente la campaña oriental, por consecuencia de la batalla fatal de la India Muerta, era infalible que Urquiza, reforzando su ejército con el de Garzón, se lanzaría sobre Corrientes. Era también natural, que la invasión fuese poderosa, ya por la calidad de las tropas, ya por el número á que podrian subir, y en tal caso, no podía ni debía librar la suerte de la campaña y de la revolución, á una batalla desventajosa. Era necesario antes debilitar al enemigo con maniobras adecuadas, con una guerra de partidas, y con las ventajas naturales del terreno. Era probable que tuviésemos que abandonarle muchas

poblaciones, y hasta la capital, pero era también indudable la disposición de los habitantes á emigrar, lo que es esencial, para una guerra, y una defensa de esta clase. Para cuando llegase este caso, creí de la mayor importancia hallar un punto seguro, donde pudiese colocar esa inmensa emigración, con más la parte de sus rebaños, que hubiesen podido arrear, con más las caballadas sobrantes del ejército, sus depósitos, parque, bagajes, etc., y pensé haberlo encontrado. Este era la Tranquera de Loreto (1).

Cualquiera que estudie la carta de la provincia de Corrientes, verá que bordeada al lado norte por el río Paraná, se aproxima este, tanto á la laguna Iberá, formidable por su extensión y por su inaccesibilidad, que apenas deja una entrada de pocas cuadras, que así mismo, está cortada por un foso que solo tiene una entrada, que es lo que se llama la *Tranquera*. Fortificada esta línea, que tendría menos extensión que la actual de Montevideo, era muy facil defenderla con todo ó con una parte de nuestro

---

(1) " Viaje del coronel don Manuel Saavedra, des-
" de el campamento de Villa Nueva hasta la
" trinchera del Paraguay.

" Copia del informe que ha dirigido el señor coronel don Manuel
" Saavedra, á S. E. el señor Director de la Guerra, sobre
" el Rincón de Santa María.

" Exmo. señor Director de la Guerra, Brigadier y General en
" Jefe del 4º ejército Libertador, don José María Paz.

" Tranquera de Loreto, Junio 6 de 1845.

" Pongo en manos de V. E. los trabajos hechos en cumpli-
" miento de la comisión de que he sido encargado, y sentiría

ejército, mientras que la otra se ocupaba en otras operaciones. A la espalda quedan terrenos pingües, campos feraces, capaces de alimentar rebaños sin cuenta. Desenvolveré ahora los detalles de mi plán defensivo.

Suponiendo que sin dejar de maniobrar, me hubiese visto obligado á entrar en mi línea fortificada, esto sería á consecuencia de haber internádose el ejército enemigo en masa, hasta las mismas alturas. Para ello se habrá metido en una especie de embudo, ó mejor diremos, en un ángulo entrante, cuyos lados bordeados por el Paraná y la Iberá, tienen su vértice en la Tranquera, que ocupábamos y defendíamos nosotros. El cuerpo enemigo estaría entonces sin acción; para tenerla, era necesario que retrogradase en todo ó en parte, ó que atacase nuestra línea. Si retrocedía, nuestro ejército se movía en su seguimiento; si se fraccionaba, era nuestro deber sacar partido de esta circunstancia; y si atacaba, teníamos el de rechazarlo y batirlo. Si se resolvía á formar un sítio ó asedio regular, nuestra posi-

---

" que ellos no llenen los deseos de V. E., pero quedo satisfecho
" de haber puesto todos los medios para suplir la falta de un
" agrimensor, que me hubiera dado un resultado quizá más
" exacto y minucioso.

" Por el diario que adjunto á V. E., se verá que el 27 llegué
" á este punto, y el día siguiente hice marchar al comandante
" Rivera para que hiciera el reconocimiento de la Tranquera
" de San Miguel, y la parte del Aguapey, como lo verá V. E.
" en el citado diario.

" También despaché al capitán Rocha á la Trinchera del
" Paraguay, en cumplimiento del art. 12 de las instrucciones
" de V. E., encargándole á este oficial, que tomara los conoci-
" mientos de dicha campaña, que también encontrará V. E., y
" me reservé el reconocimiento de Santa María, zanja de Lo-
" reto, y el terreno que está fuera del Rincón, para con los cono-
" cimientos que recogieran estos comisionados, los mios, y los

ción, sin ser menos fuerte, era inmensamente más ventajosa que la de Montevideo, por cuanto teníamos á la espalda una campaña dilatadísima y abundantes recursos de subsistencia, además de una comunicación franca y facil con el Paraguay. Pero tampoco entraba en mi pláu dejar al enemigo tranquilo en esta posición, porque en él se incluía la guerra de partidas, de que he hablado; estas, á cargo de jefes y oficiales, seguros y prácticos del terreno, lo hubieran inquietado sin cesar (hablo suponiendo la decisión de los correntinos), y le hubieran dificultado su subsistencia, como sucedió con Echagüe antes de Caaguazú. Sus comunicaciones hubieran sido completamente cortadas, y el poderoso ejército enemigo, detenido por un obstáculo insuperable, se hubiera visto aislado.

Ya se comprenderá, que nunca entró en mi plán abandonar toda la provincia al enemigo, y que aunque reducido lo principal del ejército á defender sus líneas en la Tranquera de Loreto, hubieran quedado fuertes partidas que lo

---

" de algunos prácticos, que había recogido con escrupulosidad, " poder informar á V. E. con la exactitud posible, aunque las " demasiadas lluvias, no me han dejado penetrar hasta donde " quería.

" El Rincón de Santa María, se encuentra entre el río Para- " ná y el Iberá, y lo forman las dos Tranqueras de Loreto y San " Miguel, con una área de diéz y seis leguas, pero una parte " de sus campos son inútiles en la estación de lluvias, por " ser anegadizos y malezales, no quedando más campo transi- " table que una cuchilla de cinco leguas de largo, y de ancho " en algunas partes, de una y media leguas á la costa del río " Paraná, cuyas barrancas tienen varios puentes, y en algunas " partes se hallan vestidos de arboledas. El campo es bueno " para colocar talleres y familias, pués proporciona el auxilio " de montes, que siempre encierra alguna madera de provecho;

hostilizasen por su retaguardia. Considérese la penuria de sus caballadas, pués las de la provincia hubiesen sido aseguradas, y se convencerá el lector de las gravísimas dificultades en que se hubiese visto el invasor. Me queda una hipótesis, y es, que como lo ha hecho en su última campaña, que ha terminado con la jornada de Vences, hubiese destacado una división por las Misiones, con el objeto de rodear la posición de la Tranquera de Loreto, y tomarla por la espalda.

Debe tenerse presente, que esa división por el camino que únicamente podía llevar, tenía que andar mucho más de cién leguas, por caminos fragosos, y pasando rios fuertes y bordeados de terrenos pantanosos; mientras que nuestro ejército, dejando defendida su línea, podía destacar sobre ella las fuerzas que quisiese, con solo andar muy pocas leguas. Esa división, pués, debía obrar enteramente aislada de su ejército, de quién no podía recibir auxilios, ni aún, comunicaciones. Para que ella pudiese

---

" también puede colocarse alguna caballada en la Tranquera " de San Miguel, por ser sus pastos de la mejor calidad.

" La Tranquera de Loreto tiene una zanja, que arranca del " Paraná y se pierde en los grandes esteros del Iberá, y solo " se ha podido reconocer hasta tres cuartos de legua, por los " anegadizos que se han formado; pero según informes de al- " gunos prácticos en el terreno, la zanja sigue hasta encontrar " la que sale de la Tranquera de San Miguel y entra en el " Iberá.

" Los reparos que tendría que hacerse en la zanja de Loreto, " serian de un inmenso trabajo, y no podría jamás conseguirse " su seguridad, por lo guadaloso del terreno, y cualquiera es- " tacada, muro ó barricada, se destruiría con facilidad, y por " esto vendrá á conocer V. E. que convendría abandonar esta " antigua fortificación, y elegir otro punto que presente más " facilidad para construir una fortificación, que pueda ser de-

llenar las miras del general que la hubiese destinado, debería ser tan fuerte como el ejército que iba á circunvalar por su espalda; sin esto, estaba expuestísima á ser batida, á no ser que se conservase á tal distancia que no llenase su objeto.

Añádase á esto, la necesaria cooperación que debíamos esperar del Paraguay, pués aunque no había un pacto estipulado de alianza, ella estaba en la naturaleza de las cosas. El ejército de Rosas amagaba necesariamente su independencia, mientras que nosotros la garantíamos, y sin duda que entonces, ese tratado que hizo más tarde, y que tan poca duración tuvo, se hubiera verificado á presencia del peligro común, de un modo más sólido y permanente. Pienso que una comparación con lo que ha sucedido en la Banda Oriental, puede facilitar la inteligencia de mi modo de pensar, y para hacerla, recuérdese que el general Rivera llevó á efecto la emigración, que abandonó las poblaciones al enemigo, pero que no tuvo un punto seguro

---

" fendida y vigilada con facilidad, y creo será el más venta-
" joso, el estrecho que se halla entre el estero del Iberá y el
" Paraná, marcado con la letra A en el plano del Rincón de
" Santa María, que adjunto á V. E., pués no tiene más que mil
" doscientas cincuenta varas que habrá que defender, y presen-
" ta un terreno duro y dominante, y se aumentaría el Rincón
" cerca de una legua cuadrada de buén campo, que será de
" gran utilidad para maniobrar algunas fuerzas, pero muy par-
" ticularmente para establecer cuarteles, almacenes, y demás
" alojamientos necesarios.

" La zanja que se halla en la Tranquera de San Miguel, está
" en el mejor estado, y será muy facil su refacción; tiene varios
" puntos dominantes, que en caso necesario, podrá establecerse
" baterias que podrán defender este punto. El terreno es apa-
" rente para cuarteles, y la leña es abundante.

" Por la relación de algunos obreros de la isla de Apipé y

donde colocar las familias, sus repuestos, y sus caballadas. Adoptó el singular plán de andar maniobrando con un convoy de seiscientas carretas, en que iban multitud de mujeres, niños y ancianos, y en que iba la riqueza de la campaña. Sus depósitos de caballadas seguian al ejército, ó quedaban en lugares mal seguros; de aquí resultó, que unos trás otros fueron cayendo en manos de un enemigo activo y superior, que batía la campaña, indefensa por todas partes. Si en vez de andar errando con ese inmenso tráfago, que al fin fué presa del enemigo antes de ser batido, y que sin duda preparó su derrota final, lo hubiese colocado en Santa Teresa, por ejemplo, rehabilitando la fortaleza y cortando la boca del istmo que forma el mar con la laguna Merin, él se hubiera visto desembarazado en sus movimientos, y hubiera contado mejor con unos hombres, cuyas familias estaban seguras. Adviértase, que para la defensa de semejante punto, no necesitaba destacar fuerzas del ejército, pués sobraba la escolta que siempre

---

" otras, esta isla tiene como ocho leguas de largo y una de " ancho, siendo sus pastos los mejóres, y las maderas de la " mayor utilidad; sube como media legua más arriba de la " Tranquera de Loreto, y el resto de la isla, que es donde se " encuentran las mejores maderas, está antes de llegar á la " Tranquera, por cuya razón la conducción que podía hacerse " de sus maderas, será trabajosa, por tener que venir contra la " corriente; por su mucha extensión y por la distancia que está " del punto señalado para la fortificación, la creo difícil de po- " nerla á cubierto, en caso de una invasión marítima.

" Solo en esta isla es donde se encuentra la paja y caña, " aparentes para cuarteles y demás habitaciones, y es para " la conducción de estos materiales, que pido las cuatro em- " barcaciones.

" También se encuentran tres islas; la primera se halla como " á veinte cuadras de la costa, la segunda como á una legua, y

acompañó al convoy, más la multitud de hombres que se empleaban de picadores de carreta, caballerizos, y acompañantes, que me aseguran no bajaban de mil quinientos, y que debieran haberse armado y regimentado.

Desde los principios de estas guerras populares de nuestro país, desde los tiempos de Artigas, se ha visto que cuando un pueblo ha querido defenderse resueltamente, prefiriendo la expatriación á la servidumbre, esos convoyes, que facilitaban y regularizaban la emigración en masa, eran el medio de la unión, y un resorte secreto que mantenía la resistencia. Desde que los que están con las armas en la mano tienen los más caros objetos de su afección á su espalda, se creen en el deber de defenderlos; pero cuando esos objetos han caido en poder del enemigo, ó se hallan dispersos y abandonados, se les caen también las armas de la mano, y corren á reunírseles, ó á procurar el modo de auxiliarlos.

Vuelvo á tomar el hilo que había interrumpido, para de-

" la tercera es la conocida por la Paraguaya; todos sus ria-
" chos son navegables, y esta última encierra las mejores ma-
" deras, y su posición, nos facilitará la más facil conducción;
" si se pudiera recabar del gobierno del Paraguay, el que se
" nos dejara sacar los materiales necesarios, habría mucha
" economía de tiempo y de trabajo, pués las angadas vendrian
" aguas abajo.

"Incluyo á V. E. la vista de la isla; ella está conforme á
" los informes que se han recogido, y á lo que se puede descu-
" brir de la costa. La falta de una embarcación, me priva el
" poder hablar sobre sus canales, con exactitud; pero es indu-
" dable, que pasa como á veinte cuadras de la costa, y solo es
" navegable este río, hasta tres leguas más arriba de la Tran-
" quera, por los muchos bancos que se encuentran.

" Incluyo á V. E. una relación de los útiles que se necesitan
" para concluir la fortificación en sesenta dias útiles, siempre

cir, que á falta de oficiales científicos en el ramo de ingenieros, comisioné al coronel don Manuel Saavedra, para que, acompañado del comandante Rivera, del mayor Rocha, y de los capitanes Gallardo y Rivera, se trasladase á la Tranquera, y practicase prolijos reconocimientos. Lo hizo este jefe, y sus informes me confirmaron en la exactitud de mi plán, por más que este mismo no participaba, según se me aseguró, de la persuasión de su utilidad. Poco tiempo pasó en que el teniente coronel de ingenieros don Francisco Wirner de Morgenstein, húngaro de nación, y científico en la facultad, me ofreciese sus servicios, que acepté con gusto, destinándolo á desempeñar la comisión que antes se había conferido al coronel Saavedra. Llevó también la de dar desde luego principio á los trabajos, y recomendación eficáz para que el Gobierno le diese los hombres y auxilios necesarios al efecto. Wirner correspondió á mi confianza cumplidamente, pero la adhesión que siempre manifestó hacia mi persona, fué un motivo no menos eficáz para que

---

" que estén las herramientas, hombres, y cuanto sea necesario, " en este punto. También acompaño la comunicación que me " pasa el comandante de la Trinchera del Paraguay, y la vista " del campamento de San José.

"Creo haber dado cumplimiento á las órdenes de V. E. sobre " el reconocimiento que se me encargó, y solo me resta infor- " mar á V. E., que solo podrán estar seguras nuestras embar- " caciones, bajo los fuegos de nuestra batería, que se marca con " el número 1 en el plano de la Fortificación, que esta domina " una canal, que aunque no es la principal, no deja de tener " anchura.

" Los campos de Misiones que se encuentran del otro lado " de la Tranquera de San Miguel, según varios informes y " los del comandante Rivera y capitán Rocha, son de hermosí- " simos pastos y aguadas, y pueden apacentar doscientas mil

los Madariaga lo mirasen con fuertes prevenciones, y lo que es peor, para que le retirasen los auxilios que necesitaba para el desempeño de su encargo. Como la Tranquera de Loreto queda en el fondo de la provincia y á espaldas casi de la capital, solo el Gobierno podía suministrarle lo preciso: respecto de mí, estaba demasiado distante, para que pudiese hacer algo importante.

Sin embargo, fué prolijamente reconocido el terreno y sus adyacencias; se levantó el plano de la línea fortificada, que mereció mi aprobación; se hizo el corte de las maderas necesarias; se hicieron delineaciones, y á pesar de las innumerables dificultades suscitadas por el mismo Gobierno, la obra marchaba, aunque despacio, cuando vino en Noviembre la alianza del Paraguay, que nos ofrecía un ejército numeroso. Entonces creí que debía verme muy pronto en estado de dejar la defensiva, y mandé cesar unos trabajos que cada día se hacian más difíciles, por la mala voluntad y la ignorancia del mandón, y sus hermanos.

" cabezas de ganado, á más de las que tienen, sin que pueda
" considerarse oprimidas, y sin tocar la parte paraguaya.

" La emigración correntina que se encuentra en el territorio " que tiene el Paraguay en este lado del Paraná, es considera- " ble, pués se encuentran como trescientos hombres de armas " llevar, y casi todos son de los soldados dispersos de la batalla " del Arroyo Grande.

" Dios guarde á V. E. muchos años.

" Manuel de Saavedra.
"*Rocha.*"

Publicado en la «Revista del Club Naval y Militar», tomo III, pájina 368.

(*Nota del Editor*).

Quizá más tarde me ocupe más detenidamente de los pasos que dieron á este respecto, aunque en la multitud de ocurrencias de que he de hacer mención, no será extraño que omita infinitas, de menos importancia.

Acaso se me preguntará, ¿qué se proponian los Madariaga con su estudiada, aunque indirecta resistencia, á la fortificación de la Tranquera? Ninguna otra cosa, sinó llevar la contraria opinión á la que yo manifestaba, y por tanto, no perdian ocasión de desacreditar la medida, como dispendiosa y supérflua. Por otro lado, creian darse el aire de valientes, desdeñando las fortificaciones y obras del arte.

Dije antes, que el coronel Saavedra, aunque desempeñando la comisión que le había dado de reconocer la Tranquera, no participaba de mi persuasión. Este jefe, que también pertenecía á la facción que se me oponía sordamente, supe después, que en sus conversaciones privadas, desacreditaba la medida sobre que debía informarme: este era un título para la amistad de los Madariaga, que obtuvo desde entonces. ¡Cuantas veces se habrán acordado esos desgraciados, y habrán deplorado sus errores! Más, ya se había pasado el tiempo, y pagando la pena de sus extravios, han sacrificado la causa y nuestras más bellas esperanzas.

Ya se habrá notado que algo he alterado el orden cronológico de los sucesos, para concluir con este asunto antes de ocuparme de la expedición de Santa Fé. Voy ahora á hablar de esa tan felíz en su principio y al fin tan desastrosa campaña. No podré hacerlo sin emplear algunos tintes fuertes, pero es indispensable, para que se forme un juicio exacto de las cosas.

En ella, me proponía varios objetos: Primero, habituar á los soldados del ejército, á operaciones lejanas, y acostumbrar á los correntinos, á salir de su país. Segundo, dar un

soplo de vida á nuestra revolución, que parecía estacionaria y exhausta. Tercero, ensayar un movimiento sobre las provincias argentinas, para probar hasta qué grado podíamos contar con sus simpatias. Cuarto y principal, dar un desmentido á Rosas, que aseguraba á los ministros de los Poderes interventores, que no tenía oposición en la República Argentina, y que la de Corrientes, era insignificante y quimérica. Ella (la expedición), apareciendo triunfante á las puertas de la provincia de Buenos Aires, debía desengañar á los señores Deffaudis y Ouseley, y hacerles ver que los enemigos del dictador tenian un poder que él les negaba. No tengo duda de que ella contribuyó al desenlace que tuvieron las negociaciones, y me confirma en este propósito, una carta interceptada al general Garzón, que debo conservar en mi poder, en que lo manifiesta muy claramente. Fuera de que era un lenitivo para amortiguar las impresiones que había hecho en todos, la desastrosa jornada de la India Muerta, y era un signo de vigor y de vida, cuando se nos creía desalentados.

Atendidas las disposiciones que se me aseguraba haber en la provincia de Santa Fé, podía esperarse que prendida la mecha, reventaría la mina, y que esa provincia guerrera, y acaso otras del interior, se pusiesen en pié y abrazasen nuestra causa. La de Santa Fé, que tantas veces había resistido con suceso al poder de Buenos Aires, podía en esta, decidirse con igual resolución, y dar serios cuidados al dictador. Si se lograba, habría podido lanzar todos los elementos que no eran absolutamente necesarios para la defensa de Corrientes, y formar un centro de acción para todos los argentinos del otro lado del Paraná. Si no podía conservarse la posesión de la capital de Santa Fé, tenian el Chaco por suyo, y una retirada libre y segura. Por lo menos, se hubiera adquirido armamento, artillería, municiones, vestuarios, y algunos cientos de hombres, que natu-

ralmente hubieran aumentado el número de santafecinos que ya seguian nuestra bandera. Para todo esto, era necesario un hombre, y este hombre no lo hubo.

Era indispensable que el general don Juan Pablo Lopez, que ostentaba en todos los actos oficiales el título de *gobernador legal* de la provincia de Santa Fé, mandase la expedición; no podía ser de otro modo. A él, pués, le fué encomendada. Fué tal su contento, que no pudo guardar la reserva que requería una operación tan importante, y casi comprometió su resultado; tan pueril indiscreción, ya me hizo vislumbrar el poco fondo de su inteligencia; pero no era posible retroceder. En Junio se movió de Villa Nueva, lo que se decía la división santafecina, que era un cuerpo de cuatrocientos hombres, y por otro camino, pero para reunirse en el punto de embarque, otra fuerza de trescientos hombres, incluso ochenta infantes á las órdenes del coronel don Bernardino Lopez, nombrado jefe del E. M. de la división expedicionaria. El objeto era engañar la espectación pública, en un negocio en que era vitál que el enemigo ignorase el verdadero punto adonde se dirigian estas fuerzas.

Una extraordinaria creciente del Paraná hacía más difícil el pasaje de las caballadas, y para que sufriesen menos, se pidieron buques á Corrientes, y embarcados, hicieron la travesía. En los últimos dias de Junio emprendió Lopez su marcha por el Chaco, y en Julio logró sorprender completamente el cantón de Andino, á inmediaciones de la capital de Santa Fé, que guarnecía la división del famoso mazorquero Santa Coloma, la que fué del todo muerta ó prisionera; pasó en seguida á la capital, absorta con una aparición tan inesperada, y batiendo con suma facilidad la fuerza que había podido reunir el general Echagüe, se posesionó de ella. Tomó cinco piezas de artillería, bastante armamento, un depósito de efectos para vestuarios, y más

de trescientos prisioneros. El pueblo de Santa Fé recibió bién á nuestras tropas, y todo induce á creer, que se hubiese podido sacar mucho provecho de este primero é importante suceso, si el general Lopez se hubiese conducido como las circunstancias lo requerian. Nada suponian las paredes de la población, y no mucho el vecindario pacífico del pueblo, que por otra parte, no podía ser hostíl á nuestra causa. En Santa Fé, más que en ninguna otra de nuestras provincias, el nervio de la fuerza está en la campaña, y á esto debió atender con preferencia el General. Si inmediatamente hubiese hecho marchar la mayor parte de su fuerza en la dirección del Rosario, sacando partido del estupor que había causado su victoria, es seguro que se decide la mayor parte de la provincia, y que algunas fuerzas de Buenos Aires, que estaban acantonadas por las inmediaciones del Rosario, y que ya habian empezado á retirarse, le hubieran abandonado completamente el terreno.

Nada de esto se hizo, y Lopez se dejó estar en la ciudad, bailando y sirviéndose de la buena banda de música que había tomado á Echagüe, contentándose con adelantar á muy corta distancia, al comandante don Cruz Gorordo, con una partida insignificante. Dió lugar á que los enemigos azorados, se recuperasen, á que retirasen las caballadas, y á que el vecindario volviese á esa situación de espectación, que precede á los cálculos egoistas; aún los hombres bién dispuestos á nuestro favor, se acobardaron al ver su lentitud, y no trataron sinó de conservarse en una posición que les permitiese arreglarse con el vencedor, cualquiera que fuese. Ni aún en la ciudad dió paso alguno que pudiese disculpar su permanencia; ni una sola medida política, ni un solo acto administrativo, que mereciese atención. Se me ha dicho de algunas pobres intrigas que quiso poner en práctica para conmover la provincia, pero, además de la nu-

lidad de ellas, era él mismo, víctima de sus menguados artificios. Solo citaré una, y fué la de hacer ofrecer amistad é indulto á Echagüe, por medio de algunos de sus amigos. Estos, le dieron esperanzas para entretenerlo, mientras aquel se reforzaba para tomar la ofensiva. Para colmo de desaciertos, estalló la división entre él y el jefe del E. M., coronel don Bernardino Lopez, que representaba á los correntinos; este, se quejó de que sus paisanos eran desatendidos y mal gratificados, y ellos prorumpieron en las mismas quejas. Hubo algo más, y aún peor, y fué que descuidó enteramente la disciplina de la tropa que estaba acantonada en su mayor parte fuera del pueblo; los jefes y oficiales se iban á pasear, y á su ejemplo, los soldados hacian lo mismo; para ello, era preciso caballos, y estos pasaban el día y aún la noche enfrenados y ensillados á la puerta de las pulperias en que se encontraban sus dueños; la fuerza santafecina se dispersó por las casas de su conocimiento, y si no hubo grandes excesos y latrocinios, fué debido más bién al caracter de nuestros soldados, que al cuidado de sus jefes; pero los caballos se destruyeron, y cuando se acordó, estaban en malísimo estado los de toda la división.

Entre tanto, el enemigo empezó á dejarse sentir, y el general Lopez vió que era inevitable su retirada; aún para este caso, nada había preparado, y al emprenderla en los últimos dias de Julio, tuvo ya que abandonar parte de la artillería y del depósito de efectos para vestuario, que había adquirido. Cuando se movió de Santa Fé, ya el enemigo picaba su retaguardia con sus partidas; después de algunas leguas, todavía hubo excitaciones, y perdió momentos preciosos, que le costaron después muy caros.

A pesar de que se veía el general Lopez precisado á una retirada, había engrosado su fuerza con más de cuatrocientos santafecinos, que se le habian incorporado, y con

más de doscientos prisioneros, que había agregado á sus filas; traía tres cañones, mucho más armamento del que llevó, y unos pocos efectos para vestuario. Ya la expedición producía algo, y este algo habría sido mucho mayor, si él hubiera obrado con más previsión, mejor discernimiento y más tino, aún admitida la necesidad de retirarse; más, de todo carece el general Lopez, y después de algunos años de emigración y de experiencia, puede aplicársele el dicho, *de que nada ha aprendido*, y puedo vaticinar, que nada aprenderá.

Se precia de tener un ascendiente indisputable sobre los indios del Chaco, y dá á sus relaciones con los caciques, una importancia suma, por no decir exclusiva. Cuando venía algún miserable indio, ó más comunmente, uno de esos asquerosos renegados, á que llaman *cautivos*, con un recado del indio Pedrito, ó de otro caciquillo, se llenaba de tal vanidad, y daba tal valor á la misión, como podía haberlo hecho por una embajada de la reina Victoria, ó del Czar de todas las Rusias; llegué á hablarle francamente sobre esto, como sobre otras mil cosas, pero me desengañé de que todo era inutil. *Me parece muy bién, General*, le dije varias veces, *que usted cultive las relaciones con los indios, pero no quisiera que diese á su amistad, más valor del que tiene, y que le haga desatender otros asuntos mucho más importantes del servicio; su amistad puede sernos util hasta cierto punto, pero comprenda usted, que la base y nervio de su poder, está en el arreglo de sus soldados, y no en dos ó tres centenares de indios veleidosos, falsos, infieles, y venales, y ultimamente, cobardes hasta el extremo.* Todo esto era predicar en desierto, porque no teniendo él, más modelo que su finado hermano don Estanislao Lopez, ni más escuela que las montoneras que este presidió, no daba un paso fuera de esa línea; y como no tenía ni sus cualidades, ni el caracter de aquel caudillo, no podía medrar como él. Mucho menos

comprendía que las circunstancias habian variado, en términos, que aunque resucitase su finado hermano, no podría marchar por el mismo camino.

Más, no solo es el general Lopez el que ha incurrido en este error; jefes conspícuos han sido víctimas de él, sin advertir que Rosas, aunque erigido en un tirano, no ha dejado de ser el representante de la barbarie y gaucherío. Las ventajas que ha obtenido, y sus victorias, las debe á la habilidad con que ha sabido servirse de ese prestigio, que adquirió entre la multitud, para organizar sus ejércitos y hacer soldados, mientras nosotros, queriendo democratizar, hemos hecho todo lo contrario. Causa admiración el recordar á algunos jefes nuestros, nacidos y criados en las ciudades, haciendo una ridícula ostentación de los atavios y modales gauchescos, que tan mal saben imitar; en cuanto á mí, he mandado ejércitos compuestos de esos mismos gauchos, montando en silla inglesa, sin que me hayan desobedecido ni despreciado; pero he tenido también buén cuidado, de no despreciarlos á ellos, ni ridiculizar un traje, que hasta cierto punto, puede llamarse nacional.

El general Lopez abrigaba otra pretensión, que aunque no más disimulada, no dejaba de percibirse. Fiél á su proyecto de ser la copia exacta de su modelo (el finado hermano), pensaba ser el caudillo, no solo del gauchaje santafecino, sinó también del correntino, santiagueño, etc. Entre los queél llamaba santafecinos, y que formaban su división, había por lo menos, la mitad de otras provincias; pero hubiese mirado como un desafuero, que algún jefe que no perteneciese á ellas, quisiera ejercer alguna influencia entre sus comprovincianos. Esto explicará sus celos con el coronel Salas, cuando llegue la ocasión de hablar de ellos y de sus funestos resultados. En cuanto á los que podía inspirarle yo, pienso que llegó á tranquilizarse, bién fuese porque no me veía descender á *gauchear* á su manera,

ó bién porque se penetrase del desinterés con que procedía.

En muy malos caballos, en gran desorden, y después de mil vacilaciones, emprendió al fin el general Lopez su retirada sobre el Chaco, aproximándose á Corrientes. Para que se resolviese, fué preciso que su vanguardia sufriese un descalabro, aunque no de gran importancia, sobre uno de los pasos del Salado; entonces, desatendiendo enteramente la columna de tropas regulares que había llevado, y dejándola del todo á cargo del jefe de E. M., coronel don Bernardino Lopez, se rodeó de algunos hombres de confianza, y de dos ó tres centenas de indios salvajes, con los que tomó impudentemente la delantera; desde allí daba ó no daba algunas órdenes insignificantes al cuerpo principal, y recibía los partes que le traian. Cuando le decian que el enemigo se aproximaba, contestaba simplemente, *que la columna siga la marcha*, y hacía él lo mismo con sus indios, llevando por lo común, un par de leguas de ventaja. Se me pasaba decir, que una magnífica tropilla de parejeros hacía parte de su comitiva, y que no era la que menos atenciones le merecía.

Así continuó la retirada por algunos dias, sin que se avistasen más enemigos, que algunas partidas ligeras, lo que le infundió confianza, y se persuadió de que no se le hacía una persecución en forma. Esta necia confianza acabó de perderlo, no porque le aconsejasé tomar un partido valeroso, sinó porque creyó que podía permanecer en el Chaco, establecer su Cuartel General fuera del territorio de Corrientes, y conservar algo de la soberanía que acababa de dejar en Santa Fé: luego explicaré todo esto; más, antes quiero hacer mención de las providencias que yo había tomado, para precaver un desastre y asegurar su retirada.

Inmediatamente que la expedición pasó el Paraná, hizo lo mismo el coronel don Juan Francisco Soto con cién

hombres, que después fueron aumentados al duplo, y fué á situarse en San Javier, quedando asi escalonada esta fuerza, á más de la mitad del camino. El general Lopez tuvo la singular ocurrencia de pedirme dos mil caballos antes de emprender su retirada, y también algunos jefes y oficiales; lo primero era un despropósito imposible de realizar, pero en cuanto á lo segundo, lo complací, apresurándome á mandar al coronel Salas, al comandante Olmos y á don Benito Miguens, y los coroneles Saavedra y Ocampos, tenian orden de seguirlos con otros muchos. El mayor Cárdenas había sido situado á la parte del Chaco, frente al paso de Pindotí con una partida para servir de intermediario á la comunicación. El general don Juan Madariaga, con una fuerza de más de quinientos hombres, había ido á ocupar la margen izquierda del Paraná, con orden de pasarlo si el caso lo requería, y llevaba encargo de reunir caballadas y demás recursos que se pudiese. Un oficial de artillería con un piquete de tropa de la misma arma, había también pasado el Paraná para incorporarse al general Lopez, y servir las piezas que había tomado al enemigo. Finalmente, el teniente coronel Ricarde, que cubría el punto de la Esquina, y que el mismo día y á la misma hora que el general Lopez caía sobre Santa Fé, perseguía al cuerpo enemigo que tenía á su frente, haciéndole algunos prisioneros, y llamando asi la atención por otro punto que aquel por donde se dirigía el principal ataque. Lo mismo se hacía por la parte de Curuzú-Cuatiá, adonde fué destacado el coronel Hornos, para hacer demostraciones con idéntico objeto.

Desde el momento que supe que el general Lopez se retiraba de Santa Fé, se pusieron á disposición del general Madariaga, todos los buques que habian servido para el pasaje de la división, con orden de reunirlos en los puntos en que hubiese de pasar el general Lopez; este, designó

el paso de Pindotí, que es el que presentaba más comodidad, tanto por su inmediación, que es casi frente á Goya, como por los puntos de defensa que ofrecía para protejer el pasaje. Madariaga, en consecuencia, acumuló los buques y demás recursos en dicho paso; pero con asombro suyo, supo en los mismos momentos en que enfrentaba Lopez, que este había resuelto no pasar el río allí, y que se dirigía á otro paso, siete ú ocho leguas más arriba, adonde encargaba se le llevasen los buques y auxilios. Esto fué la víspera de su derrota, y por más que hicieron algunos para disuadirlo, no pudo conseguirse hacerlo variar de intento. Entre tanto, era imposible hacer subir aguas arriba, buques grandes de cruz, sin un viento hecho, y este no lo había, de modo que fueron absolutamente inútiles todos los medios de trasporte que se habian preparado.

Véase cual fué la causa de esa fatal resolución. Ya indiqué, que la flojedad con que el enemigo perseguía la columna expedicionaria, persuadió al general Lopez de que solo lo seguian pequeñas partidas de observación, y entonces creyó que podía establecer en el Chaco, la silla de su gobierno, y formar una especie de provincia separada que lo dejase en más independencia, y que le diese los aires de jefe supremo, del nuevo estado improvisado. Con el fin de hacerme esta propuesta, había mandado desde el camino, á su secretario don Agustín Sañudo, para que me lo propusiera, y obtuviera mi aprobación; acompañaba á su solicitud, la petición de toda clase de recursos, y la muy singular propuesta de que le cambiase los doscientos prisioneros que había incorporado á su división, por otros tantos soldados del ejército, que le merecian más confianza que los noveles patriotas. Era precisamente el día 12 de Agosto á las nueve de la mañana, el mismo día y hora en que sucedió el desastre de *Mal Abrigo*, cuando el secretario Sañudo desempeñaba su comisión, y desenvolvía las razones que apoya-

ban la solicitud de su Jéfe. Su tono tenía algo de descomedido, fuera de lo que tenía de insensata la proposición, lo cual motivó una muy severa reprimenda, que me fué forzoso aplicarle. Mi contestación fué enteramente negativa; pero no tuvo tiempo de llevarla, porque la derrota de Mal Abrigo, hizo inutil toda diligencia á este respecto.

Se inutilizó todavía otra operación de que se pudo sacar mucho partido. El bravo griego, el intrépido marino, el patriota don Jorge Cardasi, había venido meses antes de Montevideo con un buquecillo armado, de su propiedad, y agregándole algunos del Estado de Corrientes, se había formado una flotilla de guerra, muy capáz de competir con la que los enemigos tenian en las aguas de la Bajada. Descendió el Paraná para cooperar con las fuerzas de tierra que había llevado el general Lopez, y llegaba al Rincón de Santa Fé, cuando se disponía este, á abandonar la ciudad. Impuso á la escuadrilla enemiga, que no se atrevió á medirse con Cardasi, y pudo muy bién servir para conducir algunos de los enseres, y la artillería que quedó abandonada por falta de medios de trasporte. Más, como todo fué confusión y desorden, la flotilla no hizo otro servicio, que hacer tremolar nuestra bandera en el bajo Paraná, por unos dias, y quizá impedir que subiese la enemiga á incomodar nuestras costas, y acaso estorbar el pasaje de la división expedicionaria.

Voy á detallar la jornada de Mal Abrigo, ese fatal combate que nos hizo perder todas ó la mayor parte de las ventajas que con tanta gloria habíamos adquirido un mes antes, y que influyó muy desfavorablemente en el ánimo de los correntinos. Desde los desastres del ejército Libertador, su repugnancia á salir de su país, se había robustecido, y los Madariaga, según he indicado, habian secundado con todo su poder, este sentimiento. Con solo conseguir que marchasen á Santa Fé, había obtenido un triunfo, y si el

éxito hubiera sido cual debió ser, ó por lo menos, hubiesen llegado salvos, esa repugnancia hubiera disminuido inmensamente, y allanádose mil dificultades para las futuras operaciones de la campaña: sucedió lo contrario.

Marchando el general Lopez, según su costumbre, dos leguas adelante de la columna con sus indios, enfrentó el día 11 de Agosto al paso de Pindatí, donde con solo dar una conversión á la derecha y acercarse á la costa del Paraná, que no distaba más de legua y media ó dos leguas, se habría encontrado con el general Madariaga y los buques y recursos que lo esperaban. Más, revolvía en su mente otras ideas, las que le parecieron realizables, en la persuasión de que el enemigo había dejado de perseguirlo, porque sus partidas se habian hecho sentir menos, en los dias próximamente anteriores. Estas ideas eran las que había ido á proponerme su secretario Sañudo, mediante las cuales, él habría instaládose en el Chaco, erigiendo una especie de *republiqueta*, reservándose al uso de los indios, entablar cotidianamente solicitudes de vestuarios, de raciones (vicios), de caballos, de ganados, de municiones, de armas, etc., en fin, haciendo una cosa parecida á lo que hacía Rosas desde *el desierto* con el gobierno de Buenos Aires, en años anteriores.

No es que yo renunciase á la idea de operar por el Chaco; muy al contrario, comprendí las grandes ventajas que debía sacar de operaciones bién combinadas y dirigidas, pero ya no era tiempo de hacerlas en escala mayor, como acababa de practicarlo sobre Santa Fé. Mi plán era entonces hacer expediciones más pequeñas sobre la frontera de Córdoba y Santiago, sin olvidarme de Santa Fé, y pensaba extenderme hasta Salta, de donde teníamos noticias que había buenas disposiciones. Cuando insinué mi pensamiento al secretario Sañudo, fué que me contestó, reproduciendo las intenciones del general Lopez, *que este*

no consentiría en dar al coronel Salas, que era el indicado para estas expediciones, *ni un hombre de las fuerzas que mandaba.* Fué esta contestación la que motivó la fuerte reprensión que hice á Sañudo, y que antes mencioné, y á la que me contestó excusándose con que no había sido su intención decir que el general Lopez desobedecería, sinó únicamente, que no gustaría de la medida. Más tarde veremos los efectos de esta resistencia solapada de Lopez, que causó males gravísimos.

El general don Juan Madariaga, viendo que Lopez había pasado de Pindatí, dejando atrás los medios que habian de servirle para pasar el Paraná, y poner en completo salvamento no solo su fuerza sinó el cargamento de familias que habian seguido á la expedición desde Santa Fé, hizo los mayores esfuerzos para subir el Paraná, é irle á buscar al otro paso que últimamente indicaba, y que como se ha dicho, quedaba algunas leguas más arriba; pero el viento era contrario y fué imposible vencer la corriente que era mayor, por cuanto el Paraná estaba crecido. Nada, pués, pudo hacerse para que al siguiente día hubiera encontrado en el punto nuevamente elegido, los auxilios que debian serle tan necesarios.

La noche del 11 acampó su columna, y al tiempo de moverse el 12, ya se dejaron ver algunos enemigos, cuyo número fué sucesivamente aumentándose; luego se percibió que estos acumulaban fuerzas considerables, y que aceleraban la marcha, de modo que iba á ser inevitable un choque decisivo. El coronel don Bernardino Lopez, fué trasmitiendo continuamente estos partes al general Lopez, que llevaba siempre sus dos leguas de delantera, sin poder obtener más orden ni contestación, sinó que *siguiese la marcha,* y acelerándola él mismo, de modo que la distancia que lo separaba de la columna, era cada vez mayor. Llegó el caso preciso de que los enemigos se echaban sobre la

retaguardia de la columna, y que era forzoso combatir ó dejarse lancear por la espalda; fué el primero de estos extremos el que muy dignamente eligió el coronel Lopez, y dando media vuelta, formó apresuradamente su línea. Seguramente que no obró con gran inteligencia en la disposición del combate, pués se quedó sin reserva, y cometió otros defectos no menos importantes; pero de todos modos, abandonado cobardemente por el General, cargando con una responsabilidad que no le incumbía, y resolviéndose á tomar el partido más digno de los dos únicos que le quedaban, él obró bién y militarmente. El consejo de guerra de oficiales generales, le hizo plena justicia en este punto, aunque no hubiese sido tan inculpable como subalterno, pués durante toda la retirada, y aún en Santa Fé, se constituyó en censor continuo del General, y se puede decir, que promovió la indisciplina.

El resultado del combate no fué dudoso; nuestra caballería cargó á la enemiga, la contuvo por algún tiempo, y aún me aseguraron, que en algunos puntos la hizo retroceder; algunos escuadrones, según la maniobra favorita de los federales, se presentaron sobre los flancos; nuestra tropa, cuyos caballos eran pésimos, se desordenó y huyó; la derrota fué completa. Nuestros infantes, que con los prisioneros incorporados ascendian á más de cién, quedaron en el campo, rodeados de enemigos; los prisioneros se pasaron á los suyos, y el valiente y desgraciado mayor Orzeto, con los pocos que le quedaban, se corrió por su flanco izquierdo, ganó un bosque, y defendiéndose y continuando su retirada por lo más fragoso, logró al cabo de uno ó dos dias, llegar á la costa del Paraná, y salvarse con la mayor parte de los suyos.

Veamos lo que hacía entre tanto el General: según se ha dicho, en proporción que recibía los partes de la proximidad del enemigo, de su aptitud y de su inevitabilidad de

un combate, aceleraba su marcha y se alejaba del teatro de la pelea. Aún creyó que le era conveniente separarse de poco más de cién indios de que se rodeaba, y los dejó atrás, adelantándose con solo los hombres de su absoluta confianza, y la magnífica tropilla de caballos. En el camino alcanzó al mayor Cabral, que con un piquete de infantería custodiaba unas carretas de parque y otros efectos, y sin decirle una palabra del combate que atrás tenía lugar, le ordenó que hiciese alto y se sostuviese, continuando él su precipitada fuga. El Mayor obedeció, y muy luego los derrotados le anunciaron lo que había sucedido: las carretas se perdieron, pero se salvó el Mayor y la mayor parte de su piquete, habiéndose ahogado algunos hombres, al pasar un arroyo profundo. El General, al dar la orden que hemos visto, al mayor Cabral, ignoraba quizá la suertedel combate, y sin embargo, él huía como un desatinado; ó si ya la sabía, su objeto fué sacrificarlo, para que entretuviera, ya que no pudiera contener á los enemigos, y que estos se detuviesen en saquear las carretas, para disparar más á su salvo.

El cacique Pedrito, que mandaba los indios, que según he indicado, dejó atrás el general Lopez, hizo á muy poca costa, un servicio de la mayor importancia. A tres leguas del campo de batalla, perseguian aún á los nuestros, algunas partidas, que aunque poco numerosas, eran bastantes para acabarlos, en el estado de dispersión y desorden en que huian; el cacique con sus indios las cargó, y les mató un oficial, y ocho ó diez hombres de tropa, con lo que les hizo suspender la persecución. Esta cesó entonces de todo punto, y pudo salvarse la mayor parte de nuestra tropa; ella fué llegando al Paraná en partidas, y hasta individualmente, y no siendo ya molestada por el enemigo, y siendo todos nadadores, en lo general, la pérdida fué menor de lo que hubiera debido.

Preciso es que concluya este asunto, que ya es demasiado largo, pero era indispensable completar la ingrata relación de la jornada de Mal Abrigo. El general Lopez manifestó en ella y durante toda la retirada, una cobardía y una ineptitud sin ejemplo; pero no se crea por eso, que esta miserable conducta, provenía en todo, de falta de valor ó de caracter. A un hombre que ha sido militar, y que ha mandado soldados, que ha obtenido puestos elevados, no se le puede suponer tanta falta de corazón; y tal anonadamiento, provenía en mucha parte, del modo con que esos paisanos, vestidos de uniforme, esos campesinos de espada, esos generales gauchos, entienden el valor, el honor, y los deberes militares. El general Lopez era hombre, que en alguna guerrilla de poca importancia y cabalgado en un excelente parejero, era quizá muy capáz de presentarse, de hacer algunas arremetidas, y caracolear, ostentando á la par de su destreza en el caballo, una bravura *sui gèneris*. Si esto arranca á los gauchos, que como él guerrillean á pata de caballo, algunos aplausos pueriles, cree haber hecho una cosecha de crédito, que le ahorre el del peligro, en las ocasiones verdaderamente importantes, y que lo excuse de arrostrarlo noblemente; no se puede explicar de otro modo, tan portentoso olvido de todo pundonor, y hasta de toda vergüenza. Aún hay más para comprobante de mi modo de pensar, y es, que como los hombres de la educación del general Lopez, entienden de diverso modo el honor, que lo entienden los hombres que se han educado en él, comprenden también de manera muy diversa, el patriotismo, la virtud, y las conveniencias sociales: más de una prueba tendremos en el curso de esta historia.

En medio de la inaudita imprevisión, del más completo abandono, que manifestó el general Lopez durante toda la retirada, tuvo el más exquisito cuidado de poner en salvamento un par de baules, que mandó con un oficial y una

escolta escogida, por el paso de Pendotí, para que fuesen entregados á su señora esposa, que estaba en la provincia de Corrientes; estos baules fueron embargados, sellados y remitidos á mi disposición, por el general Madariaga; luego veremos el contenido y el destino que tuvieron ellos. Volvamos al General, que habiendo pasado al Paranacito, que es un brazo profundo aunque angosto del Paraná, y creyéndose á cubierto de la persecución del enemigo, que no había dado un paso más, pensaba sin duda conservarse fuera del territorio de Corrientes, y realizar en cuanto fuese posible, su soñado proyecto. Con este motivo, el general Madariaga le pasó órdenes terminantes, abusando por supuesto, de una autoridad que no tenía, y aún mandó al coronel Soto para que le hiciera una intimación fulminante, y trajese consigo los pocos hombres y caballos que se habian reunido con aquel. Lopez no tuvo más remedio que pasar el Paraná, sin esperar mi contestación, que era el motivo que él alegaba, para su resistencia.

Aún hizo otros avances el general Madariaga, pués se atrevió á quitar el mando de la fuerza expedicionaria, de su propia autoridad, al general Lopez, y ponerla á las órdenes del coronel Salas, bajo el pretexto de que era el único medio de salvar á aquel de la *irritación popular*, é impedir mayores desórdenes. Siempre que oigo irritación popular, recuerdo los excesos de la mazorca de Buenos Aires, y *la benevolencia de Rosas que tanto hace por contenerla*. Madariaga quería parecérsele en algo, pero como es tan mal copista, no ha hecho nada de fundamento en su carrera de caudillo; el ensayo le salió muy mal, porque la medida que él decía que tomaba como salvadora, produjo el efecto contrario, y la división empezó á desbandarse, no porque Lopez tuviese concepto, ni disfrutase popularidad, sinó porque los santafecinos creyeron herido su espíritu provincial, que poseen en alto grado, y acaso porque temieron que

el nuevo jefe los sujetase á un orden, á que no son muy afectos. En resultado, Madariaga tuvo que retroceder, retirando del mando á Salas y reintegrando á Lopez, muy á su pesar. Todo esto se sucedía con tal rapidéz, que no había tiempo de esperar mis resoluciones, á las cuales todos ellos se referian en su mutua correspondencia, y en las comunicaciones que me dirigian; de modo que llegué á verme en conflictos, porque variando por momentos la situación de las cosas, mis órdenes llevaban el peligro de llegar después de un cambio completo, y fuera de toda oportunidad. Agréguese á esto, la ansiedad en que me ponian los informes de Madariaga, que aseguraba que la tropa se rebelaba contra Lopez, y aún quería asesinarlo, y los de este, que me decía todo lo contrario.

Finalmente, mi resolución fué, que el mando de la fuerza de Santa Fé quedase en el general Lopez, pero que marchase inmediatamente con ella á Villa Nueva, lo que tampoco agradaba á este jefe, porque ya que no podía quedar en el Chaco, hubiera preferido quedar en la costa del Paraná separado del ejército, en lo que estaban también conformes los santafecinos; pués los ejercicios, el orden y la disciplina, por más moderada que fuese, les desagradaba.

Me es forzoso decir algunas palabras sobre el gobernador don Joaquín Madariaga, que en este asunto jugó un papel singular. Tampoco será fuera de propósito, que retroceda un poco, para hablar de una ocurrencia no menos particular, de que no he hablado antes, por no acelerar esta relación, pero cuya referencia me parece ahora de alguna importancia, y que hasta cierto punto, se liga con la presente.

En el mes de Mayo, si no me engaño (todas las correspondencias de esta referencia están en mi poder), recibí carta de don Agustín Murguiondo, sujeto patriota, y amigo mío,

que estaba en la Uruguayana, avisándome la llegada de don Benito Optes, socio en el comercio, de Montero; ya se sabe que este es íntimo amigo, hermano político, y socio en negocios mercantiles, de Urquiza, el cual traía encargos de entenderse con alguno de mis amigos, para hacerme conocer las disposiciones, tanto de dicho General, como de Garzón, y de don Angel Pacheco. Según Optes, había entre los tres un perfecto acuerdo para derribar de sus puestos á Oribe y Rosas, en los que debian colocarse aquellos, quedando Urquiza como su colaborador, con una influencia proporcionada. El coronel don Lucas Moreno, íntimo en la confianza de Garzón, había hecho estas revelaciones á Optes, para que las trasmitiese en la forma que se ha dicho. La importancia del asunto, y la necesidad de una rigorosa reserva, me decidieron á no comunicar este asunto con el gobierno de Corrientes, hasta que estuviese más en sazón, porque tenía un conocimiento perfecto del desgreño de aquella administración; las mujeres no le eran extrañas, y las familias de Madariaga, del ministro Valdéz, y otras, eran siempre depositarias de los secretos de Estado, de que hacian un uso vergonzoso. Más, hubo una ocurrencia extraordinaria que me obligó á variar de resolución, y lo impuse á don Joaquín, de las *aberturas* de Optes y del estado del negocio; la ocurrencia fué la siguiente:

Un tal Ascona, correntino, emigrado á Entre Rios, vino á la Uruguayana, y debía regresar, espirado que fuese el plazo de su licencia; tenía en el ejército un sobrino, el mayor Ascona, que mandaba el escuadrón Payubre, el cual me pidió licencia para ir á visitar á su tío, en lo que consentí sin dificultad. Este, logró persuadir al tío á que en vez de volverse á Entre Rios se viniese á Corrientes; pero para hacerlo, sin faltar en la apariencia á la palabra que había dado á Garzón, y no comprometerse, propuso que lo capturasen á su regreso, situando una canoa con gente

armada, que lo sustrajese del buque en que hacía su viaje. El mayor Ascona se entendió con el comandante don Zenón Perez, que lo era de la costa del Uruguay; este, apostó la canoa en el lugar conveniente, y Ascona fué sustraido violentamente, en la apariencia, con alguna correspondencia, que fué abierta por Perez, y en este estado me fué remitida con los partes de lo sucedido. Ahora, pués, Ascona era precisamente el conductor que Murguiondo y Optes habian escogido para llevar las contestaciones á las proposiciones que había traido el último, y al saber que había sido capturada y embargada la correspondencia, de que era conductor, concluian que lo más reservado de ella, estaba en poder de los opresores. Como en la que me remitieron no se encontraban, tenian por seguro, que la parte reservada había sido remitida á Madariaga, haciéndome un misterio del hallazgo. Conservo las cartas del señor Murguiondo, en que pretendía probarlo hasta la evidencia, y que pusieron en tortura mi discernimiento. Es excusado decir, que hice las más prolijas diligencias para averiguar el rumbo que habian tomado dichas comisiones reservadas, sin que pudiese adelantar un punto. De todas maneras, subsistiendo la duda de si estaban ó no en poder del Gobernador, creí mejor noticiarlo por medio del doctor Derqui, que á esa sazón había venido á mi Cuartel General, á recibir instrucciones para su misión al Paraguay. Ya se deja entender, que no dejaría de recomendarle la más rigorosa reserva, pero unos dias después, tuve el desagrado de saber que era poco menos que público en Corrientes, y que en una tertulia de malilla, que tenía el Gobernador en su casa, se hablaba de él sin rebozo; fuese objeto de pueril debilidad, fuese cálculo para hacer escollar la negociación, lo cierto es que ella se generalizó lo bastante, para que algunos adictos al partido federal que hubiese en Corrientes, lo pudiesen avisar á Entre Rios. No puedo discernir si á eso fué debido que

Optes recibiese una carta en que se le decía, que no se ocupase de cosa alguna fuera de sus negocios mercantiles, en lo que quedó terminado el que tan bellas esperanzas había hecho concebir.

El señor Murguiondo, como he dicho, insistía con una perseverante tenacidad, en creer que las comunicaciones reservadas de que era portador Ascona, habian sido interceptadas, y que reservándomelas, habian sido remitidas á los Madariaga; todas las diligencias que hice para descubrir este arcano, fueron vanas, hasta que con el tiempo llegué á persuadirme, que las comunicaciones de que hablo, llegaron efectivamente á su título, y que Ascona no traicionó sinó á medias, sus compromisos con Garzón; queriendo quedarse en Corrientes, se hizo capturar, pero tratando de disimular su inteligencia, confió el paquete reservado al patrón del buque, el cual lo condujo fielmente.

Aunque entonces creí que podía haber algo de real en el proyecto presentado por Optes, al que es excusado decir, que dí mi plena aprobación, y aún ofrecí cooperar con todo mi poder, lo que después se ha visto, en la malhadada negociación de los Madariaga con Urquiza, dá motivo á sospechar de la buena fé con que hicieron sus proposiciones, ó mejor diré, abertura. De cualquier modo, ellos, los enemigos, debieron conocer á primera vista, que firme en mis principios, y leál á mis compromisos, no apearía un punto de los que había defendido, bién que estuviese dispuesto á cualquier sacrificio personal, y á concesiones que solo afectasen mi individuo. Después no volvió á tratarse de este negocio, que quedó sepultado en el olvido.

Si ahora he hecho mención de él, ha sido para manifestar las razones que tuve para dar al Gobierno una noticia anticipada del proyecto de expedición á Santa Fé, pués aunque lo traté con don Juan Madariaga, y con el general Lopez, y no dudaba que el primero avisaría reservadamen-

te á su hermano, el Gobernador, quería hacer recaer sobre él, la responsabilidad, si llegaba á traslucirse, y entonces creía que don Joaquín sería más consecuente á su hermano que á mí, como pienso que efectivamente sucedió. Es verdad que el proyecto se traslujo, pero se supo que fué por culpa de Lopez, ó al menos, lo persuadian así los datos que se obtuvieron. Solo se habló expresamente al Gobernador, llegado el caso de verificarlo, y para pedirle ya, los buques en que los hombres y caballos habian de atravesar el Paraná, y demás, que podian reclamar su cooperación.

Por entonces, nada dijo el Gobernador, ni se quejó de que no se le hubiese iniciado en el plán, desde que se concibió; por el contrario, se manifestó tan satisfecho, que se trasladó personalmente desde la capital hasta el paso del Rubio, que era donde se practicaba el pasaje del Paraná, á activar con su presencia los preparativos, y hasta aumentó las caballadas, que yo había destinado para la expedición, con algunos cientos, que ofreció expontáneamente al general Lopez; estas disposiciones satisfactorias, fueron mayores en los momentos en que la expedición entró triunfante en Santa Fé, en términos, que sus adeptos le atribuian en sus oscuros conciliábulos, la mayor parte de la gloria, sin que yo me inquietase en contradecirlos; pero cuando las esperanzas que se habian concebido, empezaron á flaquear, y mucho más, cuando el desenlace nos trajo tan amargos desengaños, el gobernador Madariaga, y lo que es peor aún, su hermano don Juan, que había sido un entusiasta aprobador de la expedición, se constituyeron en sus censores, procurando hacer recaer sobre mí, la responsabilidad del suceso. Entonces empezaron las quejas del Gobernador, diciendo que se había guardado para con él, la más ofensiva reserva, ya diciendo que no debí confiar á la ineptitud de Lopez, una empresa de tanta importancia, ya en fin, manifestando un dolor desesperante por la pérdida de los

correntinos que murieron en el combate de Mal Abrigo, sin que le mereciesen la menor condolencia los que no tenian *la honra* de ser sus paisanos. Con este motivo fué que escribió á su hermano las más sentidas cartas (de las que ví algunas), en que se acusaba de haber consentido en que los correntinos saliesen de la provincia, pudiendo echarles en cara, que no habian sido consecuentes con sus promesas. Don Juan Madariaga, que como he dicho, estaba en la costa del Paraná, empezó entonces sus trábajos hostiles, y con una ligereza de que él solo es capáz, se permitió censuras amargas y conversaciones sediciosas. El pretexto que tomó, consistía en dos cargos: Primero, que yo no me interesaba por los correntinos. Segundo, que no obraba contra el general Lopez con la energía que debía hacerlo, y que él merecía. Yo había ofrecido sujetarlo á un consejo de guerra, y obrar en toda justicia, que era cuanto correspondía, más como Madariaga no buscaba más que un pretexto, poco le importaba la razón; lo que él quería, era desacreditarme en el concepto de sus paisanos, y creyó equivocadamente, que era ocasión de conseguirlo. A su regreso al campo de Villa Nueva, ya era un hombre diferente, sumiso, y hasta adulón.

Sin embargo lo sucedido, aunque en gran parte cubierto de tinieblas, y que no puede clasificarse sinó de un ensayo, probaba sus reprobadas intenciones, y que no buscaban sinó que se les presentase la ocasión de sacar á la plaza sus miras. Si entonces escogieron mal la oportunidad, porque en lo general se hizo justicia á lo acertado de mis operaciones, no dejarian de aprovechar otra que se les presentase, ó de crearla. Cualquiera pensará, que los Madariaga deseaban que yo dejase el puesto que ocupaba, y que saliese de Corrientes. Nó, nada de esto; ellos veian muy bién que les era preciso, así es que siempre era una amenaza, mi ofrecimiento de dejarlos. Lo que ellos querian, era servirse

de mi nombre, de mi crédito exterior, y de mi prestigio entre los mismos correntinos, para hacer á mi sombra, todo cuanto deseaban; en una palabra, pretendian dejarme toda la responsabilidad, y tener ellos todo el poder. Esta pretensión no era única y exclusiva en ellos; lo mismo habian procurado aquellos jefes facciosos de que hablé antes, y que entonces se habian ligado estrechamente con los Madariaga; lo mismo, con ciertas modificaciones, se habian propuesto ciertas categorias argentinas de Montevideo, que se denominaban pomposamente entre sí, *altas inteligencias*, y lo mismo, puede ser que se propongan algunos que crean posible que llegue yo á ser necesario en los negocios públicos ó militares.

CAPÍTULO XXXIX

INVASIÓN DE URQUIZA Á CORRIENTES

Adversión de los correntinos á las operaciones ofensivas.—Los Madariaga fomentan esta adversión. — Formación del consejo de guerra para juzgar á Lopez. — Sentencia. — Expedición al Chaco al mando del coronel Salas.—Los celos personales de Lopez, la hacen fracasar.—Los Madariaga, censores perpétuos del general Paz.—Fuga de Lopez. —Pretensiones territoriales del Imperio del Brasíl.—Su interés por el desmembramiento de la República Argentina.—La misión de don Florencio Varela, acerca del gobierno inglés.—Proyecto de separación de las provincias de Entre Rios y Corrientes.—Oposición del general Paz á este proyecto.—El encargado de negocios del Brasíl, en Montevideo.—Sus sentimientos con respecto á su país.—La nacionalidad argentina en Entre Rios y Corrientes.—La política del gobierno del Paraguay.—Su proyecto de alianza con el Brasil.—Fracaso de este.—Alianza del Paraguay y la provincia de Corrientes.—El pueblo paraguayo y su gobierno.—Su ejército.—El soldado paraguayo.—Un general de diéz y ocho años.—Las relaciones del presidente Lopez con el general Paz.—El general Paz manda su renuncia de Director de la guerra, á la Sala de R. R.—Los Madariaga se encargan no llegue á su destino.—Invasión de Urquiza.—La columna paraguaya.—Urquiza llega al paso de Santillán.—Mal servicio en la vanguardia correntina.—Reunión del ejército aliado.—Masa informe que presenta la columna paraguaya.—Madariaga toma el mando de la vanguardia.—Situación de ambos ejércitos.

Al fin tenemos al general Lopez en Villa Nueva con la fuerza santafecina expedicionaria; la correntina había sido licenciada por don Juan Madariaga, después de cantarle

tristísimas *endechas*, para que fuesen á descansar de su campaña de mes y medio. Era graciosamente ridículo oirlo deplorar hipócritamente, las desgracias de sus comprovincianos; se enternecía, lloraba, y declamaba al hacerlo. Al oirlo, se podría creer que las pérdidas eran mayores que las de la tristemente célebre campaña de Napoleón en Rusia de 1812, cuando no habíamos perdido más de cincuenta correntinos; su hermano el Gobernador, le *hacia duo*, lo que hubiera importado menos, si no hubiera tenido el objeto de influir en la tropa, inspirándole aversión á las operaciones ofensivas fuera de su provincia. Para poder hacer algo de provecho, me era forzoso luchar contra esta preocupación; más, era necesario tiempo, paciencia y fortuna.

Se inició la causa que mandé formar al general Lopez, y otros jefes principales de la expedición, que eran el coronel don Bernardino Lopez, el coronel Canedo y el comandante Gorordo. El proceso, que compone un grueso volumen, fué encomendado al coronel don Ramón de Cáceres, quién lo siguió con tanta proligidad como eficacia; él, existe en mi poder, y atestiguará enteramente las enormes faltas del general Lopez, y la justicia con que fué condenado. El consejo de guerra de oficiales generales, cuya sesión duró diéz y seis horas continuas, fué el acto más imparcial y más solemne de cuantos yo he tenido noticia en estos paises; el secretario de Lopez, don Agustín Sañudo, que fué su defensor, leyó un cartapacio de cerca de cuarenta fojas; el presidente, fué el general Deheza; los jueces, por todos, once. Los nombrados eran trece, pero habiendo Lopez recusado á uno, se hizo salir otro, para que quedase número impar. El fiscal lo acusó de cobardía, falsedad, y malversación, y pidió la pena de muerte; el consejo le salvó la vida, pero lo destituyó de todos sus empleos y grados militares, confiscando al mismo tiempo, cuatrocientas ocho onzas de oro, que se hallaron en aquellos baules que habian

sido embargados y remitidos por don Juan Madariaga, devolviéndole alguna ropa y alhajas, que igualmente contenian. Los demás jefes salieron absueltos.

Entre tanto, yo no renunciaba á mi plán de obrar por el Chaco sobre las provincias del interior de la República, pero en escala menor, y sin emplear fuerza correntina. El coronel Salas deseaba ardientemente prestar esta clase de servicio, y autorizado por mí, hizo los más vivos esfuerzos para obtener un número de hombres voluntarios, de los que formaban la división santafecina, que como se ha dicho, tenía naturales de todas las provincias. Para esas expediciones aventureras y lejanas, era indispensable en nuestras circunstancias, consultar la voluntad de los que habian de formarlas, de lo que se valió Lopez, para emplear las mayores bajezas é intrigas, á fin de que Salas no reuniese el número de hombres necesario. A pesar de esto, algo se hacía, tanto en ese sentido, como en el de captar la voluntad de algunos indios del Chaco, que debian auxiliar la pequeña expedición, lo que excitaba los celos de aquel caudillo, de un modo extraordinario. Hasta entonces había hecho cuanto podía, por medios indirectos y subterráneos, para oponerse á la expedición; más, repentinamente mudó de plán, pareció conformarse, y se notó con sorpresa, que muchos de sus aficionados, se prestaban á hacer parte de la expedición. Ellos debian obrar á su tiempo.

Reunidos ya de ción á doscientos hombres, y contando con la cooperación de algunos indios, marchó Salas, de Villa Nueva, provisto por mí de algunos auxilios y de otros que se proporcionó él, de su propio peculio; pués debe advertirse, que el tiempo que estuvo separado del ejército, lo había empleado útilmente, ejerciendo su industria. En proporción que Salas se aproximaba al Paraná, se dejaban sentir rumores siniestros sobre el éxito de la expedición, en términos, que cuando pasó este río, habian tomado un

caracter alarmante. Ellos llegaron hasta á mí, lo que me obligó á dirigirme urgentemente á Salas, para que me informase sobre las disposiciones de sus soldados, y para que suspendiese el movimiento, si mis temores eran fundados; la contestación de Salas, fué darme las más completas seguridades.

Un capitán Echagüe, que es el mismo que con el grado de mayor figura ahora en Santa Fé, había venido con Lopez, y se conservaba en el Chaco, con cuarenta hombres; en conformidad á mis órdenes, debía incorporarse á Salas y concurrir á la expedición, la que tenía por objeto caer sobre la frontera de Santiago, y tomar caballadas y hombres, que agregaría á sus filas; luego se rebatiría sobre la de Córdoba, donde Salas tenía prestigio y relaciones, y haría otro tanto. Después de estos primeros golpes, se hubieran preparado otros, que hubiesen puesto en alarma muchas provincias, y quizá producido importantes resultados.

Salas pasó el Paraná, más á muy pocas leguas, el famoso cacique Pedrito, íntimo amigo de Lopez, se le presentó de un modo hostíl, y la mayor parte de la tropa capitaneada por Echagüe, se pasó á aquel, poniendo á Salas en el más inminente peligro. Después de la fuga de Lopez, es cuando pude ver algo más claro estas cosas, y entonces supe que sus instrucciones reservadísimas, contenian expresamente la prevención, de que el coronel Salas y el comandante Gorordo, fuesen asesinados. Felizmente no sucedió así, pués aquel jefe, con un puñado de hombres y algunos indios que permanecieron fieles, pudo resistir á la persecución que se le hizo, y repasar el Paraná, malogrado enteramente el proyecto, y lo que es peor, con pocas esperanzas de volverlo á emprender. El capitán Echagüe, después del crimen que había cometido, dió oidos á las proposiciones del gobernador de Santa Fé, y se fué

arrastrando consigo, á la mayor parte de los sublevados. ¡Hé aquí el fruto de las pasiones y de los celos personales de Lopez! Por dañar á Salas y frustrar su empresa, hizo perder para la causa, varios oficiales y muchos hombres de tropa, sin que los ganase él, pués pasaron á las filas de su rival y su enemigo, el general Echagüe, gobernador de Santa Fé. ¡Ojalá hubiese sido este el único ejemplo que presentó durante este período, el clásico extravío de esos ambiciosos caudillos! Nos restan aún que ver muchos, y sus funestos efectos.

Era indudable que Lopez había sido el agente secreto de esta horrible trama, pero no pude obtener pruebas positivas, y además, mediaban otras consideraciones que me retraian de una medida violenta. Los Madariaga, que me habian censurado porque no procedía rigorosamente contra Lopez, desde que vieron que lo sujetaba al fallo de un tribunal, y que comprendieron que lo ejecutaría sériamente, declinaron de su animosidad, y manifestaron algún interés por él. Se habian constituido, aunque con disimulo, en acechadores y censores de todas mis operaciones, de modo que bastaba que emanasen de mí, para que procurasen desacreditarlas entre sus paniaguados. Por eso es que censuraban en secreto la expedición de Salas, aunque nada me dijesen á mí contra ella, y creo muy fundadamente, que no fueron extrangeros al fatal desenlace de la expedición, por el intermedio de su tío el coronel don Juan Francisco Soto, comandante del partido de Santa Lucía: el mismo que después los abandonó para pasarse á Urquiza.

Lo que había pasado, era más que bastante para que debiese *acautelarme* de Lopez, y como una medida, en la apariencia, de conveniencia, pero en el fondo, de precaución, le ordené que desocupase la barraca que habitaba en el campo santafecino, dejándola para el jefe que debía mandarla, y que pasase á otra que se le señalaba, para alo-

jamiento. Su conciencia, que no estaba sana, le hizo sin duda temer las ulterioridades de esta medida, y aparentando obedecer, hizo trasladar algunos muebles de poca importancia, y al anochecer del mismo día, desapareció del campo con tres ó cuatro hombres. Mi primera sospecha fué, que se dirigía al Chaco de acuerdo quizá con algunos de los que había mandado; pero muy luego supe, que no era más que una miserable fuga, para sustraerse á la acción de la autoridad, y ganar el territorio brasilero. Colocado allí, nadie pensó en molestarlo, sin embargo de que no dejó de escribir algunas cartas, tan hipócritas como ridículas.

Voy entrando en lo más interesante de mi narración, y me es sensible, que mi poca versación en escribir, no me permita tratar dignamente la materia; sin embargo, haré lo que pueda. Quiero ahora dar una idea del Paraguay y de su Gobierno, sin olvidar el del Brasíl, que tanta influencia ha tenido en estos negocios.

El gobierno imperial, y en general, la población brasilera, ha heredado de los portugueses, esa insaciable sed de territorios que devoraba á sus mayores. Como si no poseyeran terrenos inmensos, que no pueden poblar ni utilizar, de que ellos mismos no saben qué hacer, conservan pretensiones territoriales en todas sus fronteras. Sus límites con la Banda Oriental y con Bolivia, están indefinidos, teniendo por todas partes cuestiones territoriales que ventilar. Obrando en el mismo sentido, procura debilitar á sus vecinos, y como el más poderoso, es la República Argentina, es consiguiente que pretenda subdividirlo hasta el infinito. Rodeado, además, el Imperio, de Estados pequeños, su influencia será omnipotente, y vendrá á ser de hecho, el regulador universal de Sud América. Ya vimos en años anteriores, que siéndole imposible conservar su conquista en la provincia Cisplatina (Banda Oriental), se contentó

con segregarla de la República Argentina, haciendo que se constituyese en Estado independiente. Esto mismo explica el interés que el Brasíl ha tomado en la independencia del Paraguay, sin que sea necesario suponerle otras miras, que no han dejado algunos de entrever, para hallar la clave de su política.

Muchos han considerado á esta monarquía, única en el nuevo mundo, como una planta exótica, cuya conservación será dificilísima. De aquí han deducido, que este Imperio concluirá por la influencia de los principios democráticos, ó que él anonadará las Repúblicas, haciendo triunfar los monárquicos. Sea de esto lo que fuere, pienso que son cuestiones agenas de mi propósito, y dignas de ser tratadas con más detención é inteligencia. A mi objeto basta probar, que el gobierno imperial ha mirado con placer el desmembramiento de la República Argentina, y que ha obrado consecuentemente. Puedo asegurar también, que algunos de mis compatriotas han entrado en esos proyectos, sin que pueda discernir si sériamente pensaban en ellos, ó si únicamente los promovian como un arbitrio para suscitar enemigos al dictador de Buenos Aires.

Cuando el señor don Florencio Varela partió de Montevideo á desempeñar una misión confidencial cerca del gobierno inglés, el año 1843, tuvo conmigo una conferencia, en que me preguntó si aprobaba el pensamiento de separación de las provincias de Entre Rios y Corrientes, para que formasen un Estado independiente; mi contestacion fué terminante, y negativa. El señor Varela no expresó opinión alguna, lo que me hizo sospechar que fuese algo más que una idea pasajera, y que su misión tuviese relación con el pensamiento que acababa de insinuarme. Yo, obrando según la lealtad de mi caracter, y no escuchando sinó los consejos de mi patriotismo, y en precaución de lo que pudiera maniobrarse subterráneamente á este respecto, me

apresuré á hacer saber al comodoro Purwis y al capitán Hotham, que mi opinión decidida, era que se negociase sobre estas dos bases: Primera, la independencia perfecta de la Banda Oriental. Segunda, la integridad de la República Argentina, tal cual estaba. No tengo la menor duda de que estos datos fueron trasmitidos al gobierno inglés, y que contribuyeron á que el proyecto no pasase adelante por entonces. El señor Varela desempeñó su misión, á la que se ha dado gran valor, y por lo que después hemos visto, y de que hablaré á su tiempo, me persuado de que hizo uso de la idea de establecer un Estado independiente entre los rios Paraná y Uruguay, la que se creía halagaría mucho á los gobiernos europeos, particularmente al inglés. Puede ser que después me ocupe de las razones en que me apoyé para combatirlo, y que creo fueron más eficaces en la consideración de esos mismos gobiernos, que las que aducian los partidarios del proyecto. Estos mismos habian lisonjeado desde mucho tiempo antes, á los orientales, con el de reunir esas mismas provincias á la República del Uruguay, sin lograr otra cosa, que eludirlo y hacerlo cada día, más impracticable.

En ese tiempo apareció en Montevideo el señor Sinimbú como encargado de negocios del Brasíl, quién manifestó las más pronunciadas simpatias por el Gobierno que residía en la Plaza, y por el triunfo de nuestras armas. Son sabidas de todos, sus operaciones, desconociendo el bloqueo de Rosas, y la desaprobación de su Corte. En dos visitas que nos hicimos, conferenciamos sobre este negocio, y mis opiniones fueron las mismas que había expresado al señor Varela, y á los señores Purwis y Hotham. Mi franqueza era tanto más debida, por cuanto el señor Sinimbú había tenido la de manifestarme iguales sentimientos con respecto á su país. La provincia brasilera del Río Grande del Sud, combatía aún por separarse del Imperio y constituirse

en República independiente, y él declaró que su Gobierno estaba dispuesto á sepultarse entre sus ruinas, antes que consentir en la desmembración de una sola provincia. A un caballero tan leál como el señor Sinimbú, y tan penetrado de los intereses de su país, no podian desagradarle los idénticos sentimientos que me animaban respecto del mío; así fué, que se manifestó muy complacido, y creo no equivocarme en decir, que merecí su estimación.

Era muy claro que el pensamiento de separación de las provincias de Entre Rios y Corrientes, había llegado al conocimiento del señor Sinimbú, pués quiso explorar mi opinión; más, después he sabido que un argentino notable, órgano por supuesto de la facción de Montevideo, redactó una memoria ensalzando el proyecto, y la presentó al diplomático brasilero. El mismo sujeto me lo ha referido y me ha escrito largas cartas, persuadiéndome á que lo adoptase cuando yo estaba en Corrientes. Lo particular es, que para recomendarlo, se proponía probar que era utilísimo á la República Argentina. Que se adoptase como una arma para debilitar el poder de Rosas, se comprende; pero que se preconizase como conveniente á nuestro país, es lo que no me cabe en la cabeza.

Aún en el sentido de debilitar el poder de Rosas, era equivocado el pensamiento, porque la nacionalidad argentina, es popular en Corrientes y Entre Rios: los trabajos del general Lavalle y los mios, la han fortificado y robustecido. Dicho General, fué muy querido de los correntinos, y lo recuerdan siempre con entusiasmo; en cuanto á mí, tuve siempre el mayor cuidado en ligar á los correntinos, con los otros argentinos, y en que estos se condujesen de un modo capáz de llenar tan noble objeto. El fruto se está palpando, pués que esas ideas de separación y de una burlesca soberanía, no han tenido acogida entre las masas, aunque los caudillos las hayan hecho algunas veces vis-

lumbrar, y aunque hayan hecho cuanto les haya sido posible por desacreditar á los que no eran correntinos. En Entre Rios, aún tienen menos valor esas ideas.

La separación y progreso de la Banda Oriental, que se alega como un luminoso ejemplo, no tiene aplicación por varias razones: Primera, porque su situación geográfica le concede puertos exteriores, quizá mejores que los de la República Argentina. Segunda, porque mediaron celos y ódios profundos. Ya se recordará, que de un ángulo á otro de la entonces provincia oriental, se oía el grito de, *¡mueran los porteños!* cuando Artigas desobedeció á las autoridades nacionales, y aún después.

Aunque solo se considerase la cuestión bajo un aspecto puramente militar y de circunstancias, era ese pronunciamiento sumamente anti-político y perjudicial. Era indudable, que limitando la nacionalidad de esas provincias con el río Paraná, no verian sus intereses positivos más allá de esa barrera, y asegurada que fuese, poco les importaría lo que sucediese del otro lado; por otra parte, los argentinos de otras provincias, que entraban por mucho en la balanza, no querrian hacer sacrificios exclusivamente reducidos á la defensa de un país, que había dejado de pertenecerles. El hecho es, que los Madariaga, á quienes ninguna consideración ha detenido cuando ha estado de por medio su interés personal, nunca se atrevieron á pronunciar la palabra *separación*, porque conocian muy bién que esa palabra los privaba de muchos auxilios, y los despopularizaba en su propio país. Cuando más, se permitieron una ú otra expresión vaga, incierta, ó misteriosa; al menos yo no he sabido que se avanzasen á más.

El Paraguay, ó mejor diré, su Gobierno, por una política equivocada y errónea, participa de los deseos de ver fraccionada la República Argentina, bién sea esto por un espíritu de antipatía á Buenos Aires, ó bién porque cree con-

sultar su propia seguridad. Pero, ¿cómo es que no vé aquel Gobierno, que debilitando á un vecino que cree peligroso, robustece á otro más fuerte aún? Las vistas de la política deben extenderse más allá de la vida de los hombres, y si el presidente del Paraguay no ha alargado las suyas lo bastante, no ha comprendido la misión que le ha encomendado su país. Cuando la misión del doctor Derqui, á consecuencia de aquella invitación anónima, en que ofrecía prestarse á la alianza, *si se hacía ver la posibilidad de la separación de Corrientes*, se le trató de persuadir con razones poderosas, cuales eran los verdaderos intereses del Paraguay, sin que nada se consiguiese por entonces. Es de creer, que más tarde produjeron algún efecto, pués vimos á dicho Gobierno, entrar francamente en una alianza ofensiva y defensiva, *sin que se aclarase su horizonte*, ó al menos, sin que yo lo llegase á percibir ; sin embargo, de creer es, que hubo otro motivo para esta mudanza.

El gobierno imperial, que tan interesado se mostraba en la independencia del Paraguay, la había reconocido, y acreditado un ministro residente en la Asunción; este era el señor Pimenta Bueno, quién hizo todo lo posible por insinuarse en las buenas gracias del Presidente, y que efectivamente obtuvo hasta cierto punto, su intimidad. Llegó hasta celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, entre ambos gobiernos, el cual, después de mucha demora, no fué ratificado por el Brasíl, que no llevaba su benevolencia con el Paraguay, hasta comprometerse en una guerra contra Rosas. El pretexto, fué decir, que era antes necesario hacer una demarcación ó reconocimiento de límites, lo que el Paraguay juzgó inadmisible; sin embargo, se remitió por Itapúa, pólvora, y aún creo que algunas armas. Viéndose frustrado el presidente Lopez, en su proyecto de alianza con el Brasíl, buscó por segunda vez la de Corrientes, y la propuso al gobernador Madariaga, con quién con-

servaba correspondencia; conmigo solo habian mediado algunas comunicaciones oficiales sobre puntos accesorios, después de las que cangeamos con ocasión de la malograda misión Derqui.

El señor Pimenta Bueno, apoyó sin duda el proyecto de alianza con Corrientes, y quizá fué el alma de esta negociación, porque rehusando su Gobierno tomar parte activa en la guerra, le convenía buscar enemigos al dictador argentino, que á la vez garantiesen al Imperio contra su poder, y afianzasen la independencia de la nueva República. Pero, aún entonces, no abandonó enteramente el pensamiento de desligar á Corrientes de la República Argentina, como se verá en lo que más abajo diré.

El gobierno del Paraguay conocía muy bién la ley de 13 de Enero, que establecía el directorio de la guerra, y cuyas disposiciones autorizaban exclusivamente á este, para ajustar tratados y entender en las relaciones exteriores; no obstante, el presidente Lopez, al hacer su invitación, manifestaba deseos de tratar conjuntamente con el director de la guerra, y con el gobierno de Corrientes, y aún proponía al último, una entrevista para arribar más facilmente al arreglo de la alianza. El gobernador Madariaga se excusó con su falta de salud, y propuso mandar en su lugar, á su hermano don Juan, que era su *alter ego*, á quién asocié al señor Marquez, muniendo á ambos de los más cumplidos poderes y cartas credenciales. Por más que el señor Marquez representó, que solo el Director de la guerra estaba autorizado por la ley para celebrar tratados, el Presidente se obstinó en que figurase el gobernador de Corrientes, como parte contratante, llegando á hacer una condición *sine qua non*, de este requisito. En ello era secundado por el señor Pimenta Bueno, el cual decía muy candidamente al señor Marquez, que no podía comprender la autoridad que se había dado al Director de la guerra, ni la facultad de

que había sido investido. Como si los nombres importasen mucho, se fijaba en el que me había conferido la ley de 13 de Enero, sin advertir, que mucha mayor irregularidad envolvía la pretensión de asociarme á una autoridad ilegal, para el efecto que se buscaba. Sin embargo, era el asunto demasiado importante para que no se hiciesen sacrificios, si era menester, y consentí en que el gobernador de Corrientes autorizase por su parte, á los mismos enviados, como al fin se hizo. Este empeño en desconocer hasta cierto punto la capacidad del Director de la guerra, en hacer intervenir al gobernador de Corrientes, y en conferenciar con Madariaga personalmente, revela la intención del presidente Lopez, y de su consejero, el señor Pimenta Bueno, de desvirtuar esa sombra de autoridad nacional, que en mí residía, y de separar en cuanto les era posible, al gobierno de Corrientes, del resto de la República; aún el deseo de entenderse personalmente con los Madariaga, dá lugar á sospechar que algo pretendian adelantar, que no debía confiarse á la pluma, ni á un tercero. Fuese lo que fuese, lo más interesante era la alianza, y ella se consiguió.

No se crea por lo que antecede, que yo no mereciese crédito y buena opinión al Presidente y á sus compatriotas; por el contrario, pienso que me lo dispensaban más allá de lo que merezco; pero sabía el señor Lopez mis sentimientos argentinos, no ignoraba la lealtad de mi caracter, y esto bastaba para que se me excluyese de confianzas que debian herirlos. Por lo demás, es fuera de duda, que la alianza reposaba en mi reputación militar, y en el concepto de probidad con que me honraba, como él mismo lo ha declarado posteriormente.

Sobre todo lo que se haya dicho del Paraguay, es preciso suspender el juicio: se habrá oido ponderar la inocencia, la docilidad y las virtudes de los paraguayos; sus bellas disposiciones, su patriotismo y su entusiasmo contra Rosas;

hasta su robustéz, su destreza en nadar y cabalgar, han sido objetos de admiración á la distancia. Pués bién; sépase que en todo hay que rebajar mucho, muchísimo. Con un gobierno como el del doctor Francia, ¿qué adelantos morales podía haber obtenido aquel desgraciado pueblo? ¿Qué virtudes podian haberse cimentado? ¿Qué género de progreso puede concebirse? Es verdad que el paraguayo obedece con una servilidad, de que no hay ejemplo, á la autoridad que ha sucedido á la del finado dictador; es fuera de duda, que mira como un sacrilegio la menor acción ó expresión que pueda ofenderla; es cierto también, que lleva tan lejos esa obediencia, que se hace un deber de conciencia, el espionage y la delación; pero esto es todo, y no pasa de ahí la decantada subordinación del soldado paraguayo.

Educado por el doctor Francia, á nadie respetaron sinó á él, ó al que le ha sucedido, y que designan con el nombre de *El Supremo*. No hay gradaciones en aquella sociedad; todo está nivelado, fuera del gran personaje que ejerce la primera y quizá la única autoridad. En el ejército sucede poco más ó menos, lo mismo. Ya se recordará, que el dictador no concedió grados militares sinó hasta capitán, y estos eran tan precarios, que poco ó nada significaban de lo que significan en todo el mundo. Aunque el actual Presidente ha hecho algunas variaciones á este respecto, está muy distante el ejército paraguayo, de tener una organización regular, ni de haberse aproximado á ella.

He visto una proclama del señor Lopez, con motivo de su venida al campamento del ejército, en que dice: *Que está maravillado de tener un ejército en que no hay crímenes que castigar*. La cosa parecerá rara y es algo peregrina, sinó es que concedamos que los paraguayos se han convertido en *ángeles;* sin embargo, no tengo duda que hasta cierto punto tiene razón el señor Lopez, porque el prestigio de la auto-

ridad suprema, es tal, que contiene á los más osados. Estoy persuadido, de que el campo paraguayo sería un modelo de quietud y silencio, como lo era la calle de Rosas en Buenos Aires, ó como serian los Santos Lugares, si á este se le antojase mandar que nadie levantase la voz, y que todos se hablasen en secreto. A primera vista, podría cualquiera comparar á ese ejército con una tropa de tímidas ovejas, que el pastor conduce á su arbitrio; pero se equivocaría completamente, el que creyese que esa moderación tiene otro principio que el que he indicado; esas aparentes virtudes, como que no toman su origen en una buena educación moral, ni en la rectitud del corazón, desaparecen luego que cesa de obrar el resorte que las sostenía, y se dejan ver los vicios opuestos, en su más chocante deformidad.

Esta es la razón por qué el soldado paraguayo, que según las circunstancias, parece un manso cordero, es en otras, ladrón, desordenado é insolente. En el *ejército aliado pacificador*, se mostraron tan aficionados al robo, que temí que me hubiese sido muy difícil contenerlos cuando se hubiese avanzado la campaña, y hubiésemos penetrado en otros territorios. Otro tanto sucede en punto á subordinación, pués si el soldado obedece á sus oficiales, solo es en cuanto los considera sostenidos por la primera autoridad; pero si esta creencia se debilita, ó cesa, toda disciplina está perdida. Cuando digo, *si esta creencia se debilita, ó cesa*, no quiero significar que el subalterno se haya constituido en rebelión contra el Gobierno, y este lo haya desautorizado. Nada de esto; basta que el inferior haya desagradado al gobernante, y caido de sus buenas gracias; basta que este lo haya hecho apercibir por un acto cualquiera, y que lo haya entendido el soldado; se acabó entonces, todo ese fingido respeto; se acabó la ley militar, si es que puede decirse que la hay, en un estado semejante de cosas;

se acabó esa ordenanza que solo invoca el mandón, en su exclusivo provecho. Repetidísimos hechos que tuvieron lugar con los jefes y oficiales argentinos, que agregué durante la campaña á las tropas paraguayas, atestiguan esta verdad; los que ocurrian entre los paraguayos, no llegaban por lo común á mi conocimiento. Mientras alguno de aquellos conservaba la benevolencia del general don Francisco Solano Lopez, era considerado y obedecido de los paraguayos; más, bastaba que se resfriase la amistosa correspondencia, para que se resintiese el orden militar.

Este General, de diez y ocho años, este don Francisco Solano Lopez, es hijo del Presidente, y como tal, es considerado por sus paisanos, como una emanación de la suprema autoridad, como un retoño del Gobierno, y como su representante nato en el ejército. No debe, pués, admirar, que sea obedecido ciegamente, y que represente en su respectivo teatro, el mismo papel que hace su padre en la República. Por otra parte, el señor Lopez, que no puede tener celos de un niño, que sin duda lo tiene destinado por sucesor, y que quiere acostumbrar á los paraguayos á que le obedezcan, apoya con todos sus medios, el poder de su hijo. Es probable, que cuando termine su carrera el señor Lopez, todo esté preparado para que el General empuñe las riendas del Gobierno, y que esto suceda sin dificultad, si alguna combinación, interior ó exterior, que por ahora no puede preverse, no cruzase estos planes.

Dejaré estos pormenores para ocuparme otra vez de la negociación: después de algunas dificultades fué llevada á cabo, y dió el tratado de alianza ofensiva y defensiva que vió la luz pública. Se celebró otro, secreto, que no importaba gran cosa, y que se conocerá algún día. En cuanto á la inteligencia personal entre el señor Lopez y los Madariaga, no creo que se avanzó gran cosa, porque don Juan se hizo conocer bién pronto, por más que las disposiciones de

aquel, fuesen las mejores á este respecto. Sin embargo, no dejó de hacerse algo en su principio, que después no dió ningún resultado á los interesados; luego me ocuparé de ello.

Mi comunicación desde esa época, empezó á ser regular y frecuente con el señor Lopez; nuestras relaciones parecian estrecharse. ¿Había sinceridad en ellas? Diré lo que pienso, y que ya creo que indiqué antes. Gozaba del mejor concepto en el del señor Lopez; pienso que tenía por mí, verdadera estimación; en los paraguayos había hasta entusiasmo; más, era argentino de buena fé, no ocultaba estos sentimientos, y por más que los manifestase amigables á la nueva República, no se me creía á propósito para los manejos secretos que se tenian en vista. Temian también, que ganase influencia entre los paraguayos, y querian lo que han querido otros muchos: servirse de mis conocimientos y crédito, para hacerlos servir á sus miras.

Por Noviembre de 1845, como antes he dicho, marchó don Juan Madariaga al Paraguay en la mejor armonía, y autorizado suficientemente para negociar el tratado de alianza con aquella República; al despedirse, me rogó que le escribiese cartas de suma confidencia, para manifestar al presidente Lopez, y probarle la confianza que yo le dispensaba. Todo se hizo así, y también el tratado, que llenó la medida de su orgullo. Creyó á su vuelta ser el hombre de los destinos, y el que debía regir los de estos paises; creyó que el ejército del Paraguay estaría á su devoción, y que podría emplear los mismos medios para desmoralizarlo y acaudillarlo, que había puesto en práctica con el de Corrientes; creyó en fin, que había llegado el tiempo de quitarse la máscara, y mostrarse al descubierto.

Desde que regresó á Corrientes, sus cartas y el tono que empezó á usar, me revelaron este cambio; las de su hermano, á quién le hacía prescindir en esta clase de intentonas,

me lo habian mostrado aún más claro. Mandé entonces una persona de mi confianza cerca de ellos, á pedir explicaciones, y darlas, si fuese preciso, y sus discursos manifestaron sus miras hostiles. El ataque había principiado.

Sin embargo, aparentaron que amainaban, y propusiéronme una entrevista en Bella Vista, á que no quise concurrir, porque ya conocí su objeto, y entonces fué que mandaron al ministro Marquez, con aquella célebre y nunca bién ponderada intimación, que motivó mi renuncia de la *dirección de la guerra,* hecha en 28 de Diciembre á la Sala de R. R., donde nunca llegó, porque ellos se intimidaron un tanto, pero sin apear de sus pretensiones, que se prometian renovar y obtener por otro camino.

Llegó al Rincón de Soto la primera columna paraguaya, y el Gobierno me hizo entender, que era de su exclusiva incumbencia, el proporcionar todo lo necesario para su marcha por tierra: manutención, caballos, etc.; todo esto estaba acordado en el convenio que se franquearía por los valores estipulados. Prescindí de ello absolutamente, y me reduje á esperar el resultado de mi dimisión, de que había dado cuenta al gobierno del Paraguay. El coronel Tejerina había salido de la capital con una fuerza de ciento sesenta infantes que venian al ejército, y solo lo sabía yo, por noticias particulares; este jefe, como si rehusase estar á mis órdenes, venía deteniéndose en el camino, esperando que se pusiese en marcha don Juan Madariaga con la columna paraguaya, que se prometía regentear. Y á fé que tenía motivo para esperarlo, porque era el candidato para mandar el ejército paraguayo, luego que se retirase el hijo del presidente Lopez; felizmente se hizo muy luego conocer, y no hubo ese peligro. Yo, que veía todos estos manejos, los dejaba obrar, y me preparaba para dejarles el campo libre: quizá con todos los medios de acción y de poder, tendría mejor don Juan el de salvar la patria y llevar á cabo la obra de

la revolución. Mi mando era pasivo, mi acción muy limitada, y mi desagrado sumo.

En esta penosa situación, es que nos tomó la rápida invasión de Urquiza; tuve que volver á tomar un mando, que ya de hecho iba cesando. Muchos jefes, que habian traslucido el estado de las cosas, por más que había tratado de ocultarlo, habian caido en el más grande desaliento; el ejército todo, se resentía de estas disposiciones, sin que fuesen de todos conocidas las causas que las producian. Era preciso toda la inminencia del peligro, para restablecer las cosas en su quicio, y aún esto, era con trabajos, y después de esfuerzos costosos.

En la madrugada del 13 de Enero de 1846, tuve el primer parte de la aparición de una partida enemiga en Pago Largo. Ya esto decía bastante, pero no era lo suficiente para convencer á los incrédulos; don Juan Madariaga había sido siempre el primero de ellos, y daba tanta importancia al poder de Corrientes y á sus recursos militares, que se reía cuando se hablaba de invasión, aún en tiempos más desgraciados. Sin embargo, despreciando hablillas ridículas, se empezaron á tomar medidas que justificó el aviso que se recibió esa misma tarde, del coronel Baez, en que avisaba que Urquiza y Garzón, se habian dirigido á Corrientes.

Por los avisos que se me habian dado, suponía yo á la columna paraguaya en marcha, y aún la creí ya pasando el río de Corrientes en el paso de Borda. Como yo no podía ni debía llevar esa dirección, expedí órdenes para que se detuviese del otro lado, y que si ya hubiese pasado alguna parte, repasase el río inmediatamente. ¡ Qué error! no se había movido aún del Rincón de Soto, y yo la creía hacía dias en movimiento.

El ejército se movió de Villa Nueva el 16 por la tarde, habiendo despachado sus parques, comisaría, hospitales, y

bagajes, por el paso Nuevo. El enemigo había perseguido el día antes á nuestra vanguardia hasta *María grande* (arroyo), y se había concentrado en Abalos.

Era incierta la dirección que tomaría Urquiza; era lo más probable, que siguiese las huellas del ejército, pensando apurarlo en el paso del río Corrientes, como ya lo había hecho Echagüe; otros creian que por lo mismo, no haría tal, y además, se referian á conversaciones tenidas muy anteriormente en el campo enemigo, en que los jefes correntinos se proponian aconsejar que el ejército invasor se dirigiese al paso de Santillán. Pero, ¿cómo debía esperarse que lo consiguiese estando á la inmediación de una fuerte columna, y habiendo, además, ordenado al general don Juan Madariaga, que formase una división para observar dicho paso, compuesta de la infantería que traía Tejerina, del escuadrón de la Esquina, de la fuerza que reuniese en los departamentos inmediatos, y de la que necesitase y pidiese al general paraguayo, de quién ya sabía que no había llegado al río Corrientes, pero que venía en marcha? Nada de esto se hizo, y el enemigo llegó á Santillán, cuando solo había una pequeña guardia de vecinos, que disparó á su aproximación.

Es incomprensible, como habiéndose movido de Abalos el enemigo en la tarde del 18, yo no tuve parte hasta la madrugada del 21. Fué un descuido inexplicable de nuestra vanguardia, en que había jefes prácticos y experimentados; el comandante don Nicanor Cáceres, culpó al coronel Velazco, y este, á Cáceres, y á Paiva.

Sea lo que fuese, yo no supe el movimiento del enemigo hasta la madrugada del 21, hallándome en las inmediaciones de la posta de García. En el acto se puso en movimiento la columna que estaba á mis inmediatas órdenes, con dirección al paso Nuevo, y yo me adelanté sobre el mismo punto; á muy corta distancia recibí comunicación

del general don Juan Madariaga, en que me avisaba que por unos paisanos se había sabido que el enemigo en la tarde antes se había aproximado á Santillán, y principiado á pasar; que si esto último era cierto, iba á separar mil caballos del cuerpo paraguayo, los que se me incorporarian, y él, con el resto de la columna, á ponerse en retirada para el interior de la provincia, con el fin de salvar el convoy y bagajes, juntamente con la infantería; que tomaba sus medidas en este sentido, para el caso de que se confirmase la noticia de que el enemigo estaba pasando el río en Santillán.

A la sazón, el cuerpo paraguayo se había ya movido del Rincón de Soto y había pasado el río de Santa Lucía, para dirigirse al paso de la Huesta en el Batél, y de allí al paso Nuevo, en el río Corrientes. La disposición que me anunciaba el general Madariaga, era la más anti-militar, y podía ser de las más fatales consecuencias. Practicada ella, el ejército enemigo venía á quedar interpuesto entre los dos cuerpos del ejército, y se hacía dificilísima su reunión. Sin duda, el general Madariaga, al pensar en ella, se persuadió de que nuestro ejército tardaría mucho en pasar el río Corrientes, y que el enemigo lo haría con más facilidad; pero era todo lo contrario. El enemigo empezó á pasar en la mañana del 21.

Mis órdenes en esta situación, fueron urgentes, terminantes y positivas, para que la columna paraguaya se dirigiese al paso de Bedoya en el Batél, y para que la que venía de Villa Nueva, forzando la marcha, viniese al mismo punto. Yo me adelanté personalmente, y en la noche del 21 estuve en el campo paraguayo, que se hallaba á tres leguas del paso de Bedoya, donde estaba ya la fuerza argentina, que es la que venía de Villa Nueva. En la mañana del 22 se encontró reunido el ejército aliado, y fallido el proyecto del enemigo (si es que lo tuvo), de interponerse entre los dos cuerpos.

La orden general de ese día, produjo la organización del ejército en dos cuerpos, de los cuales, el primero, era formado del ejército argentino, á mis inmediatas órdenes, y el segundo, de la columna paraguaya, á las del general don Francisco Solano Lopez, joven paraguayo, de 18 años, hijo del presidente de aquella República. Adornarán quizá á este joven muy bellas cualidades privadas, pero ningunos conocimientos militares, y lo que es más, ideas ningunas de la guerra, y del modo de hacerla. Por otra parte, desde el momento dejó entrever una exquisita susceptibilidad y vivísimos deseos de que en el ejército de su país, no se introdujesen jefes ni oficiales, sinó en el caracter de instructores, y sin tener mando ni influencia alguna. Todo esto era una terrible dificultad, mucho más si se considera que la fuerza que mandaba, no era otra cosa que una *masa informe*, sin instrucción, sin arreglo, sin disciplina, é ignorando hasta los primeros rudimentos de la guerra. En el mismo grado se hallaba la infantería y la caballería, y es fuera de toda cuestión, que dicha fuerza no estaba en estado de batirse, y que no se podía contar con ella para cosa alguna.

Sea dicho en honor del joven Lopez, que muchas de las dificultades que presentaba para el arreglo de su cuerpo, eran sugeridas por un coronel Oto, que hacía las funciones de *mentor*, hombre díscolo y caviloso, muy conocido por muchos de los que estuvieron en el ejército de Rivera, en tiempos pasados, en donde había dejado los más ingratos recuerdos. Como una prueba de esto, debe decirse, que desde que se separó del general Lopez, marchó todo mucho mejor, y mejoró cada día la instrucción del cuerpo paraguayo; por lo demás, mereció la confianza del general Lopez, y apreció sus buenas cualidades.

Al mismo tiempo que se daba esta forma al ejército aliado, se mandaba formar una vanguardia al mando del

general Madariaga, nombrado jefe de ella. Desde el día antes, 21, había sido destinado el coronel Salas, á observar al enemigo en Santillán, pero el 22 se organizó definitivamente este importante servicio.

Sin embargo de la precipitación con que había invadido el enemigo, de la celeridad de sus maniobras, y de la horrible situación en que nos encontrábamos, él no había obtenido ventaja alguna, pero había pasado sin oposición el río Corrientes, más abajo de su confluencia con el Batél, y nos encontrábamos ambos ejércitos sobre un terreno llano, unido, y sin obstáculo alguno intermedio. Este terreno es una hermosa lonja, ceñida por los rios Batél y Santa Lucía, la cual se vá estrechando en proporción que se sube por la margen de estos rios.

CAPÍTULO XL

TRAICIÓN DE LOS MADARIAGA

Movimiento de los ejércitos contendientes.—Camino adoptado por el general Paz, para evitar una batalla.—Los rios de la provincia de Corrientes. — Operación del ejército de Urquiza. — Las marchas y contramarchas del ejército de Paz.—Críticas de los *sábios de fogón*.—Don Juan Madariaga cree llegado el momento de apoderarse del ejército correntino.— Indecisiones de Urquiza.— Resuelve seguir al ejército de Corrientes.—Plán del general Paz para batirlo. —*Los castillos en el aire*, que se hizo Madariaga.—Resuelve hacer ¡un simulacro de combate!—Cae prisionero de Urquiza.—Completa dispersión de la vanguardia correntina.—Pobre estado de la caballería paraguaya.—Situación del ejército de Corrientes, después de la derrota de su vanguardia.—La infantería paraguaya.—Marcha del ejército correntino.—Partes falsos.—La posición de Ibajay.—Carta de don Juan Madariaga.—Urquiza llega frente á la posición de Ibajay.—Precipitada retirada que ejecuta.—La falta de caballos. --Papel del ejército correntino y del Gobernador, en la retirada de Urquiza.— Los coroneles Ocampo y Hornos.—Fuerzas que operaban sobre el enemigo.—Debil acción de la vanguardia de Corrientes.—Sus causas.—Trabajos del gobernador Madariaga á favor de Urquiza y contra el general Paz.—Negociaciones de Urquiza con los Madariaga.—Flojedad y poco empeño de los correntinos, para hacer la guerra.—Habilidad de Urquiza para salir de una difícil situación.—Conferencia del general Paz con el gobernador Madariaga.—Falta de decisión y energía, en el ejército correntino.—Sus causas.

El 23 de Enero de 1846 empezaron á sentirse los movimientos del enemigo por la banda norte del río Corrientes, y nuestro ejército los hizo también muy lentos,

alejándose y aparentando tomar el camino de San Roque, pero habiendo llegado el 24 á la posta de Rolón, dos leguas del paso de Bedoya, los dejamos á la izquierda, para tomar el que se dirige á la isla de Juarez.

Nuestro ejército, obrando en el sentido de evitar una batalla, para la que no lo creía preparado, tenía dos caminos que tomar: Primero, pasar el de Santa Lucía y replegarse sobre la capital, ó Caa-Catí. Segundo, seguir por la lonja estrecha que queda entre los rios Batél y Santa Lucía, en una altura en que estos son impracticables por los inmensos *esteros* que bordean sus orillas. Este último fué el preferido.

El gobernador don Joaquín Madariaga, estaba situado en San Roque, donde reunía un cuerpo de tropas, al que agregados dos escuadrones paraguayos, y cién infantes, pasaba de mil hombres. Se le previno que pasase el Santa Lucía, y defendiese esa línea hasta donde le fuese posible. Dicho señor, manifestó sus temores de que el enemigo pasase también dicho río, y amenazase la capital. Se inclinaba á que nuestro ejército pasase también el Santa Lucía, pero esto, ni era conveniente, ni era posible, como se verá. Mandé hacer prolijos reconocimientos de los pasos de San Roque, é Isla-alta, y estaban casi impracticables por la creciente de las aguas é inundación de las costas, que llaman *bañados*.

Los rios de la provincia de Corrientes tienen una originalidad que los diferencia de todos los demás rios; estos, por lo general, son más caudalosos y menos practicables en proporción que se alejan de su origen; con los de Corrientes sucede lo contrario, pero remontando hacia sus cabeceras, son inaccesibles por los esteros, bañados y malezales, que los bordean; mejor será dicho, que esos esteros, y malezales, sirven de origen á esos rios. El de Santa Lucía, como también el Batél, tienen esta cualidad, y de consi-

guiente, mientras más avanzase el enemigo, más se metía en un cajón, del cual no podía desviarse.

Sin embargo, estuvo indeciso, bién porque no se hubiese resuelto sobre la dirección que había de tomar, ó bién porque ignorase la situación de nuestro ejército. Sus primeros movimientos fueron costeando el Batél subiendo por su margen derecha, y de consiguiente, parecía resuelto á seguir el cuerpo principal de nuestras fuerzas; pero desde la altura de la posta de Rolón, tomó á la izquierda, dirigiéndose á los pasos de la Isla-alta, y aparentando pasar el Santa Lucía. Es indudable, que en esta operación, por pronto que la hiciese, no podía invertir menos de dos ó tres dias, y en tal caso, mi plán consistía en caer sobre la retaguardia de su ejército, y desbaratarla; por tanto, me era necesario conservarme siempre á una jornada de su ejército, y para ello era preciso tener una vanguardia activa y diligente, que me instruyese por momentos de sus operaciones. El general Madariaga desempeñó este servicio con actividad, y efectivamente, sus partes fueron continuos, de modo que no me dejó ignorar la situación del enemigo.

De aquí resultaron las marchas y contramarchas que hizo el ejército, maniobrando siempre en una limitada área de terreno, pués cuando el enemigo se aproximaba á Santa Lucía, era preciso observarlo más de cerca, y cuando se desviaba, era preciso seguir su movimiento. Esto no lo comprendian todos, y de aquí resultaba, que los *sábios de fogón*, se permitian á veces, críticas, ó por lo menos, discusiones, propias de la indisciplina y de la ignorancia. De uno y de otro, había en nuestro ejército.

Al General de vanguardia fué preciso revelarle algo de estos planes, y mi numerosa correspondencia se ocupaba, como es natural, de muchos de mis pensamientos á este respecto, lo que más tarde produjo males, cuando esta correspondencia fué á poder de Urquiza.

Como se ha dicho antes, el general Madariaga no carecía de actividad, pero tenía un juicio muy limitado, y una ambición desmedida. El proyecto de mandar el ejército correntino, había fracasado con mi firme resolución en no consentirlo, y más que todo, con la invasión enemiga, pero no se había abandonado el pensamiento de realizarlo por otro camino que se presentase. El peligro en Corrientes, más que en ninguna otra parte, tiene el poder de uniformar los ánimos, y acallar exorbitantes exigencias. Sea dicho de paso, que el Gobernador, en una de sus cartas, desde San Roque, cuando la invasión era ya indudable, creyó conveniente decirme, que *la autoridad del Directorio era reconocida, y que obrase en esta inteligencia*; lo que prueba que antes la había desconocido, y que el peligro le hacía volver sobre sus pasos, y desmentirse á sí mismo. ¡Qué hombre! ¡Qué Gobierno!

Pero volvamos á don Juan, que alucinado con el mando de la vanguardia y con el servicio que hacía, que á su juicio sería sin duda de gran mérito, aunque no había hecho un solo prisionero, ni sostenido un combate cualquiera, creyó hallar un medio de llegar á su objeto, que era apoderarse de la fuerza correntina. Con este fin empezó á pedirme varios cuerpos de caballería, que no trepidé en mandarle, pero la demanda iba tan en progreso, que llegaba la ocasión de negarla, cuando sucedió la catástrofe que lo puso en poder del enemigo; más, no anticipemos los sucesos.

El general Urquiza, después de muchas excitaciones, y aún de algunos dias perdidos en indecisiones, levantó su campo del paso de la Isla-alta, y se dirigió á San Roque, en cuyo pueblo desierto, entró sin resistencia. No era creible que allí quisiese pasar el Santa Lucía, porque el paso es peor que el de la Isla-alta, y era difícil atinar con el objeto de este movimiento. Hasta ahora creo que fluctuaba en

penosas incertidumbres, y que solo vino al pueblo de San Roque, porque era preciso hacer algo.

Más, duró poco su permanencia en dicho pueblo, pués inmediatamente salió por el mismo camino que había entrado, y esta vez ya fué para lanzarse decididamente por la huella de nuestro ejército. Esto era precisamente lo que yo más deseaba, no porque nos diese más seguridad del triunfo, sinó por evitar las alarmas de la capital y las quejas del delicado Gobernador. He dicho que esto no daba más seguridad del triunfo, porque si el enemigo hubiese intentado pasar el Santa Lucía, podíamos hacerle costar caro su arrojo en la Isla-alta, ó San Roque, y si hubiese contramarchado para pasarlo más abajo, donde son mejores los pasos, lo hubiéramos también pasado nosotros en otro punto, quedando sobre su flanco, y en actitud de maniobrar con conocida superioridad.

Empeñado ya el enemigo en seguir á nuestro ejército por la lonja de tierra que queda entre los dos rios, no nos restaba más que conducirlo hasta el punto que fuese más conveniente para batirlo, haciendo antes lo posible para debilitarlo, y hacerle fatigar sus caballadas. En este sentido fueron dadas las órdenes al General de vanguardia, cuya fuerza montaba ya á mil quinientos hombres, de nuestra mejor caballería. Deseaba que se hostilizase al enemigo, que se presentasen ligeras guerrillas, que se le diesen alarmas de noche, y se le obligase á una gran vigilancia, pero que de ningún modo se comprometiese un choque formal, de cuyo éxito no podía tener seguridad, ni aún probabilidad.

Así siguió nuestro ejército hasta la mañana del 4 de Febrero, que se hallaba en Cayubay, estancia de Neveiro, mientras la vanguardia se había conservado alejada, á distancia de seis leguas. En esa mañana se puso á la vista de la enemiga, á quién contuvo, y hasta un escuadrón

nuestro, cargó con suceso á otro enemigo, que hizo retroceder con poca pérdida. Este pequeño suceso exaltó la imaginación de nuestro General de vanguardia, y perdió la cabeza; ya se creyó el héroe de la campaña, y dueño de la victoria. Entonces fué que hizo *castillos en el aire*, y que reveló su plán, de hacer de la vanguardia un ejército, y de atraer á ella, toda la caballería del primer cuerpo, dejándome con la paraguaya. Después he sabido, que conferenciaba y trataba de probar á los que lo rodeaban, la conveniencia de formar en la vanguardia, dos columnas: una própiamente dicha vanguardia, y otra de reserva. ¡Qué tal!!! Esa misma mañana fué que me escribió mudando de tono, y pidiéndome siete escuadrones más para reforzarla, y son estos los que debía negarle terminantemente. Pero no hubo tiempo para esto, porque sus ilusiones duraron tan poco, que no tuvo ni el de recibir mis contestaciones.

El ejército enemigo había reunídose á su vanguardia, y acampado á media legua de la nuestra; varios jefes representaron á Madariaga el peligro de mantener á la inmediación una columna de caballería tan numerosa, en un paraje estrecho, ceñido por esteros y bosques de palmas; le indicaron también, la inconveniencia de mantener una guardia en el paso de un estero, y cuya permanencia comprometería á las demás fuerzas, sinó era que se le abandonaba enteramente. Nada bastó para convencerlo, pués declaró que quería hacer un simulacro. (¡¡¡ Un simulacro!!!) de combate. Aprendan los militares lo que es simulacro, y sépase cuán peligroso es fiar la suerte de muchos, á manos inexpertas.

En este estado permanecieron ambas fuerzas en espectación por algunos, hasta que á las dos de la tarde, el enemigo decampó y se puso en movimiento, lanzando una parte de su caballería con extraordinaria rapidéz. La guardia mencionada, fué, por supuesto, envuelta inmediatamen-

te; esta, envolvió á dos mitades que se habian dejado para protejerla, las que hicieron lo mismo con un escuadrón, colocado más atrás con idéntico objeto, y estas fuerzas, ya en completa derrota, fueron arreando toda la columna, que en varias fracciones estaba colocada de distancia en distancia, por todo el camino.

Entre tanto, el General venía envuelto en este torbellino, y tuvo la desgracia de rodar y caer con su caballo: estaba rodeado de los suyos, y lejos aún del enemigo; su caballo no pudo levantarse, pero le ofrecieron otro; otros quisieron alzarlo á la grupa, pero nada se pudo conseguir: parecía estupefacto, anonadado. Al fin llegaron siete hombres del enemigo, de que huyeron más de doscientos, y lo tomaron prisionero.

La disparada hubiera seguido hasta el mismo ejército, sin la acertada medida de haber colocado al general Abalos con su división, en un punto intermedio entre la vanguardia y el ejército. Esta misma división estaba poco menos que deshecha, porque el general Madariaga le había estado pidiendo escuadrones y partidas sueltas, para emplearlas según sus caprichos; estaba reducida á doscientos cincuenta hombres. Sin embargo, sirvió para contener, ya á puestas de sol, á los pocos enemigos que perseguian nuestra derrotada vanguardia, y aún para hacerle algunos muertos, con lo que cesó enteramente la persecución.

Esta noticia se recibió en el ejército, al anochecer, por los primeros derrotados que vinieron, y luego por parte que dió el general Abalos, é inmediatamente se tomaron medidas. Mi primer cuidado fué tomarlas para contener la dispersión de los derrotados, y establecer otra vanguardia, de la que se encargó desde luego el general Abalos. El ejército se puso en marcha hacia San Miguel, donde estuvo en la madrugada siguiente. Entre tanto, no habian llegado sinó algunos dispersos sueltos, á quienes había sido preciso

imponer, para contenerlos, é impedir que siguiesen su derrota hasta sus casas: no había salido un escuadrón, ni una compañía reunida. De mil quinientos ó mil seiscientos hombres de la mejor caballería que formaban la vanguardia, faltaban nueve décimas partes, y casi todos los jefes; del general Madariaga, ya se decía que había caido prisionero, pero no había aún un dato cierto.

Nuestra caballería había sufrido un golpe tremendo; la del enemigo, tanto en número como en moral, había adquirido una superioridad decidida.

La caballería paraguaya se hallaba en estado de no prestar, sinó muy poco servicio; sobre no tener una organización regular, sobre no tener ni la teoría, ni la menor experiencia de la guerra, carecía de oficiales y de clases inferiores; había escuadrón que no tenía más oficial, ni jefe, que un teniente, y estaban muy mal montados, no porque no se les hubiese dado caballos, sinó porque no los cuidaban, y los destruian en muy pocos dias. Era extraordinaria la incuria que había en esta parte, solo comparable á la dificultad de remediarla, por la imposibilidad de hacer entender al joven General, y demás jefes, la necesidad de cuidar escrupulosamente este poderoso elemento de guerra, y de victoria. Así es que la caballería paraguaya, fué en toda la campaña, de poquísima utilidad, porque cuando se le nombraba para cualquier servicio, luego se contestaba que no tenian caballos.

Muy luego se supo, á no dudarlo, que el general Madariaga había sido prisionero, y que una galera que llevaba, había sido tomada con toda la correspondencia. Esta pérdida fué fatal, pués le revelaba á Urquiza nuestros planes; le hacía ver claramente, que nuestro ejército se retiraba con el fin de atraerlo á una situación conveniente, para destruirlo, y que la que él graduaba una fuga, era una retirada sistemada, que tendría su término, y que no carecía de objeto.

Sin embargo, él continuó avanzando, porque era consiguiente que tratase de sacar partido de una ventaja tan remarcable, como la que acababa de conseguir; pero aún esto, lo hizo con precaución, y siempre con su ejército reunido.

Nuestra situación, á la verdad, había desmejorado inmensamente, porque fuera de hacernos perder, el contraste del 4, una gran parte de nuestra mejor caballería, había hecho una fuerte impresión en los ánimos, y la moral había sufrido con exceso. En una palabra, nuestra caballería era en todo inferior á la del enemigo, y no podía pensarse en una batalla, sin correr el riesgo inminente de ser batida la nuestra, y expuestos nuestros batallones á quedar en el campo, aislados, en medio de todo el ejército enemigo, en donde era seguro que hubieran sucumbido. Aún sin esto, era expuesto llevar al combate una infantería tan bisoña, que no sabía disparar, ni cargar sus armas; su primer y único ejercicio, había sido en el Batél, al día siguiente de su incorporación al ejército; la falta de oficiales y clases inferiores, era la misma que en la caballería, y los que había, eran tan extrangeros á su profesión, á sus deberes, y al arte de la guerra, que no podian rendir ningún servicio. Los dos batallones que había, eran de mil hombres cada uno, y tenian por única dotación, un mayor (que se decía tal), ocho oficiales, y diez y seis sargentos. Por este tenor era todo lo demás, sin exceptuar el vestuario y equipo, menos su armamento, porque sus fusiles eran de buena calidad.

Era, pués, indispensable buscar una posición en que la caballería enemiga no pudiese obrar libremente, y en que nuestra bisoña infantería, apoyada en la artillería, pudiese hacer su aprendizaje práctico de la guerra, en una batalla, con probabilidades de buén suceso. Esto es lo que se encontró en Ibajay; pero no anticipemos los sucesos.

El 5 de Febrero hizo el ejército una marcha de dos leguas, y acampó muy temprano, arriba de San Miguel; allí se supo que el coronel Paiva se había incorporado á nuestra retaguardia (á la que hemos llamado antes y seguiremos llamando vanguardia), con una fracción de su regimiento, de más de cién hombres, y que daba la noticia de que otros jefes con otras fracciones, que habian recostádose á la izquierda en la derrota, estaban en aptitud de hacer otro tanto. Preciso era no dejar sin apoyo estas fuerzas, y el general Abalos tuvo orden dè practicar un movimiento inverso, mientras el ejército permaneció á dos leguas de San Miguel, más de veinte y cuatro horas. Más tarde se consiguió, porque en la mañana del 6, el enemigo se hizo sentir por las inmediaciones de San Miguel, que ocupó ese mismo día. Los jefes dispersos que esperábamos, no llegaron, porque habian tomado otra dirección, para salvar; habian descendido por la margen izquierda del Santa Lucía, para atravesar este río más abajo, y así lo hicieron.

Nuestro ejército se movió en la tarde del 6, dejando la vanguardia á no larga distancia, y en la noche continuó su marcha; desde temprano empezaron á recibirse los partes, de que el enemigo se echaba sobre nuestra retaguardia; que la escopeteaba con tesón y encarnizamiento; que el enemigo aceleraba su marcha; que la precipitaba, etc. Estos partes me hicieron concebir, que el enemigo se había decidido á forzar la marcha de un modo extraordinario, y que pensaba sin duda, comprometer al ejército á una batalla, en el paso fragoso de la cañada de Ibiratingay, adonde íbamos á llegar; de consiguiente, era preciso precederle de algún tiempo, para no vernos enredados en este mal paso, con las columnas del segundo cuerpo que iban adelante, y con el inmenso tráfago de carretas, tanto del ejército, como del numeroso familiaje, que se retiraba en esa dirección.

Así se hizo, y al amanecer, cuando estábamos cerca de la cañada de Ibiratingay, se supo que no había habido tal enemigo, ni tal persecución de nuestra retaguardia, ni tales guerrillas, ni cosa semejante. Por entonces creí que había sido originado el error de estos partes, de una equivocación crasa del jefe de vanguardia, pero después he sabido su verdadera causa: fué de un juguete que quiso hacer el comandante de los puestos avanzados, para eludir, ó si se quiere, asustar al General de vanguardia, y reirse á costa de su miedo. ¡Que se forme idea, por este hecho, del estado moral y disciplina del ejército! ¡Que se aprecie aún más esto, sabiendo, que cuando mucho después lo he sabido, he creido conveniente darme como inapercibido, de ese suceso! Sin embargo, él sirvió para revelarme más claramente el estado del ejército, y confirmarme más en mi propósito de no dar una batalla á lances iguales, y de solo aceptarla, con ventajas de una posición escogida. En esa célebre noche, se vió muy claramente el desaliento de nuestra caballería, la que estoy seguro, que hubiera aguantado muy poco, si el ataque hubiera sido efectivo.

En la mañana del 7 se pasó Ibiratingay, cañada ancha de más de una legua, penosísima en tiempo de lluvias, y sumamente molesta por el malezal, aún cuando está seca, como nosotros la encontramos. Acampamos en la parte norte, y en la tarde nos movimos á una corta distancia, para aproximarnos á la Barranquera. Al día siguiente fuimos á un arroyo de poca agua, llamado también Santa Lucía, y á la noche fuimos á un campo inmediato, en donde la pasamos.

En ese día hubiéramos dado alcance al gran convoy en que iban más de diéz carretas, con efectos de parque, maestranza, y cosas de más importancia. Las carretas eran viejas, los bueyes malos, y aquellas iban sembrándose en las quiebras del camino. Se dió orden al coronel Allende,

encargado de dicho convoy, de quemar la carreta que se rompiese, echando su carga en otras, y quemando asimismo, lo que no se pudiese cargar, de bancos, catres, mesas, y otras chucherias, con que los particulares las habian recargado. Así se hizo.

En la mañana del 9, el ejército maniobró en la línea, en el campo de Itaguate, sobre su marcha, que continuó para entrar en el bañado de Ibajay; luego que se pasó este, el ejército tomó posición, y fué esta la elegida para esperar al enemigo. El gobernador Madariaga debía llegar ese mismo día á las inmediaciones, con la división que había formado al norte de Santa Lucía; efectivamente, esa noche estuvo á dos leguas de distancia.

En la mañana del 10, había reunido los generales y jefes principales; fuimos costeando el bañado, y reconociendo la posición que ocupábamos, y que debíamos defender. En persecución de este intento, llegamos al campo del Gobernador, que estaba en la posta de Argüello; después de los primeros cumplidos, me dijo que quería hablar á solas, y nos entramos á una pieza aislada.

Allí se manifestó fuertemente conmovido, para decirme, que hubiera deseado que su hermano hubiese muerto mil veces, antes que hacer el desgraciado ról que se veía obligado á representar; que le había escrito con fecha 5 (al otro día de su captura); que me iba á mostrar la carta, pero que me rogaba que no me incomodase, por lo que contra mí decía; que considerase su terrible situación, y que lo disculpase. Se lo prometí, asegurándole que no vería en sus producciones, cualesquiera que fuesen, más que la voluntad del enemigo, bajo cuyo férreo poder se hallaba, y que descansase en este concepto. Me dió efectivamente la carta, pero no habiendo yo traido anteojos, se ofreció á leerla, y lo hizo, no sé si con fidelidad; lo cierto es, que las disculpas anticipadas de él, me parecieron infundadas, porque nada había

en la carta, que me ofendiese personalmente. En sustancia, decía así: *Que por un suceso, no raro en la guerra, había caido prisionero; que don José Virasoro lo había servido, y considerado mucho; que lo mismo había hecho el general Urquiza,* cuya amabilidad y generoso proceder, encomiaba sobremanera; *que había tenido ocasión de conocer, que sus proyectos sobre la provincia de Corrientes, eran los más útiles y benéficos, y que estaba dispuesto á entenderse con él y transar, pero debiendo yo ser excluido de toda ingerencia en el asunto, y de la escena política.*

Me dijo, que el 8 había contestado, y que por la seguridad de su hermano, se había visto obligado á contemporizar aparentemente. Efectivamente, así lo hacía en la contestación que me leyó, en que se prestaba á la negociación, y le prometía que iba á preparar los ánimos, luego que se reuniese al ejército. Me aseguró que toda esta promesa era fingida, y que si deseaba hablar con los jefes correntinos, era por el contrario, para decirles que estuviesen prevenidos, por si recibian alguna carta de don Juan, no prestarse á sus exigencias. No sé si lo hizo, aunque efectivamente conferenció con los de su mayor confianza; luego volveré sobre este particular.

En la mañana del 11, el enemigo se presentó en la margen opuesta del bañado de Ibajay, y su vanguardia principió, desde luego, á pasarlo; á cosa de dos tiros de cañón, hicieron alto sus descubridores, y muy luego la columna, que los seguía; después de una hora de quietud, retrocedió y se situó á poco menos de una legua, en la otra banda del bañado, donde permaneció todo el día. Nuestra posición era fuerte, pués el enemigo no podía llegar á ella, sinó por un lodazal de muchas cuadras, pero, era demasiado extensa, porque tenía frente de dos leguas; era preciso hacer difíciles los pasos más practicables, para que el enemigo nos diese tiempo de ocurrir con nuestras fuerzas, adonde aco-

metiese. Se empleó, pués, ese día, en poner algunos obstáculos ligeros, pero bastantes para entorpecer la marcha de una columna, muy principalmente de noche.

El 12 se pasó en reconocimientos, que practicó el enemigo sobre nuestro frente, con que aparentaba abrigar el proyecto de forzar la posición, pero que á la verdad, no tenian otro objeto que ocultar el de retirarse precipitadamente, que había concebido. Efectivamente, en la noche del 12 levantó su campo, y volvió por el mismo camino, precipitando su marcha de un modo extraordinario; no fué sinó el 13, que nuestras partidas alcanzaron su retaguardia, en las Lomas de San Juan, á siete leguas de Ibajay, y cuando ya mediaba entre ambas, el bañado de este nombre, y la cañada de Ibiratingay, de que se ha hecho antes mención.

Era preciso sacar el partido posible de la violenta retirada del enemigo, moviéndonos nosotros en su seguimiento, pero esto podía ser por varios caminos: ó tomando el mismo que habíamos traido, y por donde había contramarchado el enemigo, ó costeando por la derecha el Santa Lucía, para pasarlo enfrente á San Roque, y aproximarnos al río Corrientes, al mismo tiempo que el enemigo. El primero de estos caminos, sin duda era algo más corto, pero estaba completamente desrastrado, era más fragoso, exceptuando el paso de los rios, y era imposible, de toda imposibilidad, remontar nuestra caballería, que lo necesitaba absolutamente.

El otro, aunque tuviere algún insignificante rodeo, nos ofrecía la ventaja de venir por el centro de nuestros recursos, recibiendo caballadas y auxilios de toda clase. Debe advertirse, que el ejército no había tomado caballos del vecindario, y que los únicos que había empleado en la campaña, eran los que sacó de Villa Nueva. Cuando me ví por la primera vez con el Gobernador en Ibajay, me ofreció caballos, suponiendo que debía necesitarlos; más, yo que

tenía los precisos para un día de combate, y que ocupaba en Ibajay una área limitadísima, lo que me obligó á quedarme con un caballo por hombre, haciendo alejar los demás, que no quería consumir el poco pasto que había, y que finalmente, no quería distraer la tropa en reconocimiento y elección de caballadas, estando al frente del enemigo, no acepté por el momento, diciéndole que los conservase para su tiempo, es decir, para cuando fuese preciso marchar trás de Urquiza, y perseguirlo. Con esto contaba, cuando bién pronto tuve un muy amargo desengaño.

A la artillería le faltaban algunos caballos, y al día siguiente del ofrecimiento del Gobernador, y de haberle rehusado por el pronto, y aceptádolo para su tiempo, es decir, el 11 de Febrero, le hice pedir cién caballos para la artillería. ¡Cuál fué mi asombro cuando me dijo que no los tenía, porque la división que él mandaba había desflorado la caballada y dejado inútiles rezagos! ¿Qué se había hecho la caballada de la provincia? ¿Qué la que por todas partes se había recogido? Sin embargo, me dijo, que se buscarian caballos, y se mandarian los cién pedidos, y más cuantos se pudiesen, para remontar nuestra caballería y acelerar nuestra marcha, para arrinconar al enemigo sobre el río Corrientes.

La división del Gobernador, fuerte de ochocientos hombres, porque los paraguayos se me habian incorporado, estaba perfectamente montada, y tomó la vanguardia; era de esperar, que se anticiparía con mucho á las demás columnas en que marchaba el ejército, el cual, llevando artillería, carretas, é infantería desmontada, debía hacer menores marchas; pero no sucedió así, pués en todo el camino, fué la segunda columna echándose sobre la primera, que parecía solo moverse para desocuparle el terreno, de modo que casi juntas llegaron á San Roque.

Desde el mismo Ibajay había sido destinado el coronel

Hornos con doscientos entrerianos, la legión Curuzú-Cuatiá, y el piquete del mayor Careaga, para que forzando sus marchas y pasando el río Corrientes por los pasos de más abajo, se anticipase á Urquiza en la frontera de Entre Rios, é hiciese una rápida excursión. Debía en el tránsito remontarse, como era indispensable, pero no lo pudo conseguir, sinó muy tarde, no solo porque el señor Gobernador no le dió caballos, sinó porque hasta le impidió que los tomase. De todo resultó, que no pudo anticiparse á Urquiza, y que únicamente pudo incorporarse á la vanguardia que mandaba el coronel Ocampo, el 1º de Marzo, cuando dieron alcance á la retaguardia de Urquiza, en Mocoretá.

El ejército en varias columnas, había continuado sus marchas, forzándolas en cuanto era posible, y siempre en la esperanza de que llegarian las caballadas ofrecidas. Estas no parecian, y cada día se hacía mayor la dificultad de alcanzar en el paso del río Corrientes, al ejército enemigo, que había sido el objeto de nuestro movimiento. Cuando menos, era de desear que algunos cuerpos bién montados, se adelantasen á hostilizarlo, y sacar ventajas positivas, de la difícil operación que iba Urquiza á practicar; como la columna del Gobernador tenía la más completa movilidad, había contado con ella para este fin; pero no fué así, como vá á verse, permitiéndome también expresar las razones que influyeron para esto, y las deducciones consiguientes.

Los jefes correntinos, empleados en la vanguardia, á quienes naturalmente llegaron las comunicaciones del enemigo, para el Gobernador, y vice versa, les daban dirección, pero guardando un misterioso silencio; sin embargo, las noticias se trasmitian por otros conductos, y llegaban á mí; así sucedió con la correspondencia que despachó Urquiza desde el Yaguareté-corá, y después, desde Villa Nue-

va. La voz de que Urquiza quería la paz, de que estaba dispuesto á separar su causa de la de Rosas, y la de què solo quería entenderse con los correntinos, iba generalizándose.

Con este motivo, se hacian entrever proyectos conciliatorios que halagaban á muchos, y entibiaban á casi todos los del país, cansados de sacrificio, vigilias y campaña. A los más adictos á los Madariaga, se les presentaba también el expediente de una transación, como el medio de recuperar á don Juan, y para conseguirlo, era necesario no irritar, y de consiguiente, no incomodar la retirada de Urquiza.

En prueba de ello, referiré lo que me dijo terminantemente el gobernador don Joaquín Madariaga, en las inmediaciones de San Roque. Ya se recordará, que la división que él mandaba, tanto por su confección como por sus medios de movilidad, además de su situación avanzada, era la indicada para anticiparse al enemigo en el río Corrientes, incomodarlo, y dificultar este peligroso paso, mientras se reunian las restantes columnas del ejército, y podian dar golpes decisivos; pués bién, cuando llegó el caso de verificarlo, el gobernador Madariaga no vaciló en declararme que él no pasaría el Batél, que está á tres leguas del paso del río Corrientes, por donde lo atravesaba Urquiza, porque eso sería comprometer á su hermano. El hecho es notorio, que él hizo alto con su división en la margen del Batél, y que para franquearlo, fué preciso que llegasen las columnas que venian atrás, las que no tuvieron tiempo de obrar sobre el ejército enemigo, que ya se había adelantado. El Gobernador hizo solamente pasar un escuadrón con el mayor Alemis, que sin duda tendría órdenes únicamente, de observar, y de hacerle llegar misteriosamente las comunicaciones que le viniesen del enemigo, ó de su hermano. No fué sinó después que hubo pasado el Batél todo nuestro ejército, y que recibió noticias de su hermano, en

que le decía, que Urquiza había resuelto definitivamente seguir á Entre Rios, que él atravesó este río.

Se me dirá, que por qué no dispuse que quedándose él, obrase la fuerza que mandaba, á cargo de otro jefe, en el sentido que convenía; me es facil responder, que él había ido reuniendo en su división, todo lo que había de descontentos y conspiradores contra la autoridad del Directorio: allí se encontraban los coroneles Saavedra, Baltar, Paz, y otros, que abiertamente procuraban, para desacreditar al General en Jefe, hacer ver que la campaña había fallado, que el enemigo se retiraba intacto, que se habian ya perdido las ocasiones de destruirlo, y que todo lo que se hiciese, era inutil y vano; de esas mismas ideas participaban muchos correntinos (por esos y otros motivos), lo que dió lugar á que otros jefes concibiesen sospechas siniestras. Véase la carta del coronel Velazco, á quién, habiendo hecho pasar el río Corrientes con una fuerza adecuada, no pudo hacer nada de provecho; todo, pués, prueba que cuando yo hubiese tomado la medida de quitar al Gobernador el mando de dicha división, poco hubiera conseguido, pués el espíritu de los que la componian, con pocas excepciones, era el mismo, y además, hubiese sido adelantar un rompimiento que hubiera inutilizado la medida; fué, pués, preciso tolerar y procurar sacar el mejor partido de los medios que me quedaban.

Cuando Urquiza emprendió su violenta retirada de Ibajay, el coronel Ocampo fué destinado con dos escuadrones á seguir su retaguardia, é incomodarla; llevaba á sus órdenes, al comandante don Plácido Lopez, enteramente adicto á los Madariaga, al cual destinó á los puestos avanzados, muy lejos de pensar que así proporcionaba un medio al enemigo de girar sus comunicaciones más seguras, con el Gobernador. Efectivamente, este Jefe sirvió de intermediario, y las despachó á su título, sin parti-

ciparlo á su inmediato Jefe, ni á mí. Sea dicho en honor del coronel Ocampo, que obró siempre con la mayor lealtad, y que cuando le fué posible, fatigó al enemigo, y contribuyó á que dejase la multitud de caballos flacos, de que quedaba sembrado el camino: el número de los que dejó Urquiza en la provincia de Corrientes, no baja de diéz mil.

El coronel Ocampo pasó el río Corrientes, poco después que el ejército enemigo, y muy luego los coroneles Velazco y Salas, á quienes, con cuatro escuadrones hice salir desde el Batél, á tomar la vanguardia que había quedado, por la resistencia á marchar del Gobernador; entonces fué, que Velazco, desde el paso de Pucheta, en Payubre, me dirigió la nota de que se ha hecho referencia.

Las fuerzas que obraban en este momento sobre el enemigo, eran las siguientes:

Coroneles Velazco y Salas, con 4 escuadrones	400	hombres
Coronel Ocampo, con 2 escuadrones.	150	»
Coronel Hornos, con 1 escuadrón	200	»
Comandante Cáceres, con 2 escuadrones . . .	250	»
Mayor Careaga, con un piquete de	50	»
El mayor Ascona, disperso desde la acción del 4 de Febrero, que se había reunido á don Antonio Madariaga, y la fuerza que estaba en la costa del Uruguay.	200	»
Total.	1250	hombres

La parte de estas fuerzas que se habian desprendido del ejército, estaban mal de caballos, porque como se ha indicado, el Gobernador me había faltado completamente, á los ofrecimientos que me había hecho de este artículo; más, sin embargo, los coroneles Ocampo y Hornos alcanzaron al enemigo en Mocoretá, y dieron un golpe pequeño

á su retaguardia. A pesar de esto, es indudable que pudo hacerse mucho más, si se considera el número de fuerzas que se había destinado á incomodar al enemigo, y á que este (aunque es digno de todo elogio, el esmero con que supo conservar sus caballos), no iba mejor montado. Hubo poca armonía en los movimientos de las fuerzas de vanguardia, poco acuerdo entre los jefes, y no mucho ardor generalmente en perseguirlo. Acaso se pudiera explicar esto, porque habiéndose libertado la provincia de la invasión, la misma desaparición del peligro, hacía á sus hijos menos exigentes, en el castigo del invasor. Pero nó; la causa principal, es preciso buscarla en la anarquía que empezaba á sentirse mediante los manejos del Gobernador y sus adherentes, que querian mancillar mi reputación militar, elevando la del General enemigo, y por los otros motivos más personales aún, que hemos indicado, y en la falta de mutua confianza, que cundía con una rapidéz extraordinaria.

La narración de estos sucesos me ha hecho adelantar un poco, en términos, que me es forzoso retroceder al río Corrientes, donde quedé con el ejército. Este había principiado á pasarlo en Caaguazú, en la inteligencia, de que Urquiza haría alto en Villa Nueva, según se lo había escrito al Gobernador, y en donde me proponía estrecharlo y batirlo, llegada que fuese la ocasión. Entonces fué que supe casualmente, de una nueva comunicación, que había llegado á S. E., el cual, á mi interpelación, contestó sin mandarme la comunicación, pero avisándome que Urquiza había resuelto desocupar la provincia, y seguir su retirada al Entre Rios. Entonces fué también que el Gobernador se creyó autorizado para pasar el Batél, y seguir la retaguardia del ejército, como lo hizo con una pequeña parte de su división, destinando lo demás, á la pacificación interior de la provincia, según lo expresó.

El viaje del Gobernador á Mercedes, aproximándose al ejército, al que nunca llegó, tenía por objeto sembrar la anarquía, y preparar el desquicio que tuvo lugar en Abríl; allí se hacía visitar de los jefes y oficiales que eran sus favoritos, los instruía en lo que debian hacer, los regalaba y despachaba para que fuesen á hacer prosélitos en el ejército; el coronel don Bernardino Lopez, agente principal del Gobernador, para esta obra de iniquidad, obtuvo una asignación reservada, de los fondos públicos, para corromper oficiales y tropa; entonces, más que nunca, se puso en juego ese tremendo resorte para el soldado correntino, de que, *el general Paz quería sacarlos de su país, para llevarlos á otras provincias*, añadiendo algunos, pérfidamente, *á la de Córdoba.* Con bién poco disimulo se hacía correr la voz, de que *Urquiza era amigo de Corrientes, que ofrecia separarse de Rosas, y que quería la paz, á la que no había más obstáculo que yo.* El gobernador Madariaga llegó á decir á sus allegados, *que el general Urquiza era amigo que convenía á Corrientes,* teniendo, además, poder y recursos de que yo carecía.

El general Urquiza había efectivamente pensado detenerse en Villa Nueva, para desde allí continuar las negociaciones con el gobernador Madariaga, según lo había anunciado desde Yaguareté-corá, más, viendo que nuestro ejército lo estrechaba, y que pasando el río Corrientes iba á verse muy pronto amenazado de cerca, resolvió continuar su retirada, desocupando definitivamente la provincia de Corrientes. Buén cuidado tuvo don Juan de avisarlo, de orden de Urquiza, á su hermano el Gobernador, previniéndole que mandase comisionados á Entre Rios (como lo diremos en otro escrito separado), destinados á tratar exclusivamente de esta nefanda negociación.

El desaliento, una inquietud vaga, y la más cruél ansiedad, empezaban á apoderarse de los ánimos menos preve-

nidos; todos sentian que algo se tramaba, y que mis relaciones con el Gobernador, estaban en el fondo alteradas, aunque en lo público no hubiesen sufrido interrupción; la conversión del general Urquiza era un acontecimiento que halagaba; la perspectiva de una paz, hallaba buena acogida. Como se me suponía resistir esa paz, desde entonces, mis órdenes y la eficacia de los jefes que me secundaban, hallaban obstáculos casi invencibles en esa fuerza de inercia, más embarazosa que una desobediencia declarada; los jefes que de buena fé desempeñaban sus deberes respectivos, sentian y no podian explicarse esa flojedad y poco empeño de los correntinos. De estos, aún los que no estaban iniciados en los secretos de los Madariaga, creian haber hecho todo, con repeler la invasión, y parecian querer dar á entender, que no debía pasarse de allí, y que no habian de salir de su país, para llevar la guerra á otra provincia.

Creo haber demostrado, que sin esas fatales disposiciones, que todo lo embarazaron y frustraron durante toda la retirada del enemigo, en que apenas el benemérito coronel Ocampo disparó algunos fusilazos, pudieron sacarse grandes y quizá decisivas ventajas, aún después que Urquiza hubo pasado el río Corrientes. El prestigio de su superioridad, estaba desvanecido con su precipitada retirada; el encanto estaba roto. Había dejado en su fuga, de ocho á diéz mil caballos rezagados, y habian empezado á presentársenos, pasados, que llegaron al número de treinta, en tres ó cuatro dias. Por lo demás, es seguro que hubiera quedado la mayor parte de la división correntina, y que muchos entrerianos hubieran ganado los bosques, para luego pertenecer á nuestra causa. Urquiza lo conoció muy bién, y es forzoso hacer justicia á su tino, para decir que obró muy habilmente, precipitando sus pasos para salir de una situación, que sin embargo, de la *traición* de los Ma-

dariaga, y de la inconcebible ceguedad de otros, no le ofrecía sinó pérdidas y desastres. Se marchó, pués, á Entre Rios, para evitar la completa desmoralización de su ejército, y para dar lugar á que las intrigas de los Madariaga, produjesen su efecto, sin dejar por eso de continuar las suyas.

El Gobernador me había ofrecido una visita, pero retardándose esta, y queriendo penetrar en lo posible, estos tenebrosos negocios, me trasladé á Mercedes, donde tuve una larga conferencia.

Cualquiera pensará, que obtuve en ella algo de importancia, pués nada de eso. Principió por tratarse de las negociaciones con Urquiza, y me hizo oir la lectura de una larga carta, que había redactado (sin duda por el célebre escritor don Marcelino Parejas, quién había sido traido de Corrientes, y desempeñaba cerca de S. E. las funciones de secretario privado), en que se extendía pomposa y filosóficamente, lamentando los males de la guerra, encareciendo las ventajas y dulzura de la paz, y levantando á las nubes, sus ardientes deseos de llegar á un tal resultado. Cuando observé que aquello, en mi opinión, nada significaba, convino, y añadió (fueron sus propias palabras), lo consideraba como un *sermón de agonía,* dando á entender, que consideraba todo esto, como de poca importancia, y que si seguía ese juego, era con el fin de entretener á Urquiza. Sin embargo, como este le pedía mandase un enviado, en medio de su molesta reticencia, dió á entender, que cuando llegase ese caso, se aclararía más el asunto, y podríamos ver mejor. Cuando se le exigía una explicación más positiva, sin dejar el misterio, daba á entender, que la conservación de su hermano, le obligaba á observar esta línea de conducta, pero protestando vagamente su patriotismo, su honor, sus compromisos con la causa, etc.

Hemos dejado sentado, que se hubieran obtenido ma-

yores resultados de la campaña, *si nuestro ejército hubiese obrado con más decisión y energía.* Quizá se preguntará, ¿por qué no se hizo? ¿Será porque no lo mandase y exigiese el general Paz? De ningún modo; yo, que comprendía muy bién las situaciones respectivas, hice los mayores esfuerzos, ya con mis órdenes, ya con mi ejemplo. Más, todo fué inutil: el Gobierno solo tenía en vista sus intrigas, para salvar á su hermano *á toda costa;* mis enemigos, solo trataban de dañarme, pretendiendo probar prácticamente, que había hecho una campaña esteril; y los correntinos, en la generalidad, solo pensaban en descansar, arreglar sus casas, y sus muchos ó pocos intereses, que habiau padecido con la invasión.

(Hasta aquí los manuscritos del general Paz).

COMPLEMENTO

Fragmento del «Ensayo histórico».—Cartas del general Paz á don Domingo de Oro.—Memoria del Ministro de Guerra y Marina, el año 1853.—Jefes y oficiales que existen y sirvieron con el general Paz, con designación de los que revistan en el Ejército Nacional.

---

(1) « Nadie ignora el pronto y fatal resultado que dieron las intrigas y manejos que se describen en esta última parte de las *Memorias póstumas.*

« En una de las noches primeras del mes de Abríl de 1846, sin el menor peligro ni causa aparente, el ejército correntino, en su totalidad, se dispersó, marchándose todos á sus casas, incluso los jefes adictos á los gobernantes, que naturalmente buscaron su reunión, después de satisfechos sus tenebrosos designios.

« Rota de hecho, la alianza ofensiva y defensiva con el Paraguay contra Rosas, el ejército de aquella República, emprendió con todo orden y regularidad, la retirada para su territorio. El general Paz, con una escolta de dicha fuerza, y acompañado del coronel Hornos con su escuadrón entreriano, de multitud de jefes y oficiales, y alguna poca tro-

---

(1) Primera edición, tomo IV, páj. 262.

(*El Editor*).

pa, que se conservó fiél, tomó la misma dirección. Su tránsito por el territorio correntino, fué como por un país enteramente enemigo, y aún se le dispararon algunos tiros, por partidas aisladas, que lo perseguian.

« Pasando el Paraná, frente á la Encarnación (Itapua), envió el general Paz una persona de su confianza, á anunciar al señor Presidente del Paraguay, su llegada, y poco después, de acuerdo con dicho señor, verificó su viaje hasta la Asunción del Paraguay, donde fué bién recibido por su Gobierno.

« Después de una permanencia de diéz meses, solicitó permiso para pasar al Brasíl, y le fué concedido, aunque no sin bastante repugnancia del señor Lopez; sin embargo, una vez resuelto su viaje, le facilitó auxilios, y una escolta de caballería, para que cruzase por las antiguas Misiones Jesuíticas, hoy desiertas, y pertenecientes á la provincia de Corrientes. En Enero de 1847 marchó de la Asunción el general Paz, y después de penosos trabajos, llegó á San Francisco de Paula (provincia brasilera de Río Grande del Sud), á mediados de Abríl, en compañía de su familia, y varios jefes y oficiales, que habian obtenido permiso para salir con él, del territorio paraguayo.

« A pesar de que en Río Grande, el general Paz era víctima de las calumnias y persecuciones de una gran parte de los emigrados argentinos, encabezada por algunos descontentos y díscolos, de que algunos habian pertenecido al ejército aliado pacificador, él, solo anhelaba vivir tranquilo y retirado en el seno de su familia, y prefería aquel punto, ó el de Santa Catalina, por ser los más concurridos por la emigración del Río de la Plata. Sin embargo, las reclamaciones del señor Guido, ministro de Rosas en la corte del Brasíl, arrancaron á este Gobierno una intimación irrevocable, para que el general Paz pasase á residir en Río de Janeiro, *sin poderse alejar ni un paso para el sur.*

« Durante cuatro años y medio de permanencia en esta ciudad, fué varias veces invitado y requerido por el gobierno oriental, para hacerse cargo de la defensa de la Plaza, pero él se negó constantemente.

« Luego que la batalla de Monte Caseros dió en tierra con el poder de Rosas, el general Paz se trasladó á Montevideo, con intención de pasar á Buenos Aires, pués creía abiertas para todos, las puertas de la República. El general Urquiza miró con desagrado su aproximación, y lo hizo llegar á su noticia, por diferentes conductos; forzoso le fué, pués, permanecer en Montevideo. Entonces el general Urquiza le hizo proponer el pensamiento de enviarlo con una misión diplomática cerca de S. M. el emperador del Brasíl; esta idea fué aceptada, en el deseo de no ser de ninguna manera incómodo al vencedor, pero no se llevó adelante.

« Inmediatamente que llegó la noticia de la revolución del 11 de Setiembre, se trasladó á Buenos Aires, donde fué llamado por el Gobierno, para enviarlo en comisión cerca de las demás provincias argentinas; los obstáculos que puso el general Urquiza, le impidieron llenar debidamente su objeto, y el general Paz, al aviso del motín, encabezado por el ex-coronel don Hilario Lagos, regresó á esta ciudad, adonde llegó en los momentos de ponérsele sitio por las fuerzas sublevadas.

« Como comisionado del gobierno de Buenos Aires, contribuyó al ajuste de los tratados de Marzo de 1853, que no fueron ratificados por el general Urquiza.

« En cuanto á la parte activa que tuvo en la defensa de esta ciudad, nos referimos á los diferentes escritos de esa época, que trascribimos á continuación.

« El Gobierno, por decreto de 27 de Enero de 1853, creó una junta de guerra, que en aquellas circunstancias azarosas, le sirviese de consejo para la adopción de las medi-

das militares, que la defensa de la capital reclamase, y la seguridad de la provincia. Ella, era compuesta del brigadier general don José María Paz, del general don Gervasio Espinosa, y de los coroneles don Pedro José Diaz, ministro de guerra y marina, y don Manuel Escalada, la cual debía ser presidida por el Gobernador interino de la provincia, ó en su defecto, por el General en Jefe del ejército.

« La reconocida ilustración y capacidad militar del brigadier general don José María Paz, daban grande importancia á aquella disposición; su experiencia en la guerra, y sus notables antecedentes, le hacian el general más adecuado para dirigir los consejos del Gobierno, en órden á la guerra, y para ponerse también al frente de ella.

« Muy luego se sintieron las favorables consecuencias de aquella medida. La junta de guerra se ocupó activamente de la mejora de las débiles trincheras que defendian la capital, aumentando su poder, formando otras más fuertes, organizando nuevos medios de defensa, revistando y ordenando en el ejército, y en la marina, todos los elementos necesarios para darle á la defensa el aplomo y caracter que necesitaba, previendo que ella podría ser de larga duración.

« El brigadier general Paz, con celo infatigable, se hallaba en todas partes, y la circunstancia de ser uno de los miembros de la junta de guerra, el mismo General en Jefe del ejército, facilitaba la ejecución de las medidas que instantáneamente debian adoptarse.

« Por decreto del 20 de Marzo del mismo año, fué nombrado Ministro Secretario de Guerra y Marina, el Brigadier General don José María Paz; este nombramiento fué una nueva esperanza, y una seguridad más, para la causa pública. Su capacidad militar y administrativa, su moralidad y extraordinaria actividad, daban un gran poder á los elementos de la defensa, inspirando confianza en la se-

guridad del triunfo. El Ministerio de la Guerra, desempeñado por el Oficial Mayor de él, no llenaba las importantes exigencias de aquellos momentos, pués que el coronel Diaz, General en Jefe del ejército, no podía contraerse al despacho de aquel departamento.

« La situación era bién grave; todo anunciaba que debian aumentarse las dificultades, y continuar la guerra, sin esperanzas de un próximo arreglo. Sin embargo, el general Paz, con abnegación patriótica, aceptó el destino á que se le llamaba, entrando en él con fé, y resolución completa.

«José Luís Bustamante».

. . . .

(1) El general Paz, no ha sido solamente un soldado valiente, estratégico y pundonoroso; las Memorias que dejó escritas, le han revelado como sesudo escritor y habil crítico.

Las cartas que publicamos, en homenaje á su memoria, harán conocer sus opiniones en 1849 y 51. En la primera, está vaticinado el pronunciamiento de Urquiza, y en la segunda, explicada su ausencia en Caseros.

. . . .

Señor don Domingo de Oro.

Río Janeiro, Octubre 16 de 1849.

Mi estimado amigo y compatriota:

Casi de intento he demorado contestar su carta de 17 de Enero, como para tener un nuevo motivo de leerla, y consi-

---

(1) «Revista Nacional», tomo IV, páj. 194.

(*El Editor*).

derarla. La conservo con esmero, porque es una muestra de sincera amistad, y porque me es altamente honorífica por sus conceptos: no me sucediera, nó, sin el aprecio que hago de su juicio y de su veracidad; veracidad que me ha acreditado usted en todo el largo curso de nuestras relaciones, y juicio que reconocí en usted desde su juventud, y que es el fruto de su distinguida capacidad. Por estas razones, el testimonio de usted, es para mí del mayor peso, y la aprobación que le merece mi conducta pública, me lisonjea y satisface. Espero tener derecho á mi vez, para que usted me crea sincero en cuanto digo relativamente á su persona, y para que se persuada que le debo toda la estimación de que soy capáz.

Tiene usted razón en no querer hablar de nuestros hombres y nuestras cosas. Sería una tarea inutil y superior á los límites de una carta, y quizá á mis propias fuerzas; sin embargo, no dejaré de decir, que esos mismos hombres que tanto agitaron al país contra Rosas, que lo proclamaron como el tirano más abominable, corren presurosos á echarse á sus piés: después de haber estado en Buenos Aires, si salen á virtud de sus particulares negocios, y llegan á este país, se deshacen en ponderaciones, de la riqueza, comercio, y adelantos de la Capital Argentina, y solo es en privado, y en el seno de la confianza, si llegan á confesar los crueles terrores de que son víctimas voluntarias. Y con tales hombres, ¿qué ganará la causa de la libertad? Nada; dice usted muy bién, que el mal por ahora es sin remedio.

Tampoco pienso que lo tendrá la pobre Montevideo, cuya suerte actual pende enteramente de la resolución que tome la Francia. Si hay algo en cuanto puede imaginarse de más acerbo, todo lo ha sufrido aquel bello país; para colmo de desgracia, no hay humillación, y hasta puede decirse, bajeza por donde no haya pasado. Ahora mismo se dice, que el gobierno de Montevideo está dispuesto á sacri-

ficar todo, todo, hasta . . . á trueque de que se le ayude á conservarse, ya que no sea á vencer.

Compadezco con lo íntimo de mi corazón, la desgracia de nuestros hermanos, y deploro la fatalidad que los ha puesto en tan difícil conflicto; tampoco quiero condenarlos, ni agravar su situación, con censuras amargas; quiero solo hacer saber su estado, y dejar lo demás á su discernimiento.

Como aprecio aquel país, como tengo por él sinceras simpatias, me afecta lo que le concierne, y tanto más, cuanto el actual Gobierno me ha manifestado hasta cierto punto, una ilimitada confianza.

A principios de este año, me llamó oficialmente del modo más urgente y honorífico, para que tomase el mando del ejército que defiende Montevideo; posteriormente, me escribió el Presidente, diciéndome, cuanto más puede imaginarse usted, que puede decirse, para inspirar confianza, y obligarme á aceptar su propuesta; pero todo se oponía á mi admisión: mi salud, mis circunstancias, mis desengaños, y más que todo, el convencimiento de que serian inútiles mis sacrificios, me hicieron excusarme, agradeciendo sin embargo, el honor que se me hacía. Cada día tengo nuevos motivos de aplaudir mi resolución. No desespero por esto, de nuestra patria; pienso con usted, que ella se rehabilitará, aunque no concuerde en cuanto al tiempo, pués no miro tan distante esa época; no sucederá esto sin duda con los mismos elementos que vanamente se han ensayado, pero surgirán otros, de donde menos lo pensamos. Yo me he asombrado al saber que han llegado el año pasado á Montevideo, á emplear su dinero, algunos jóvenes de las provincias interiores, que si no saben hacer versos, tienen un juicio despejado, y conocen más á fondo de lo que podía esperarse, la situación del país y sus verdaderas necesidades; diría mucho más, pero es tiempo de concluir.

Volveré á su carta. Si fuese capáz de arrepentirme de haber obrado bién, me hiciera ella volver sobre mis pasos; usted desmiente á Bruto, y demuestra la falsedad de la sentencia que le arrancó la desesperación; hace usted amar la virtud por sí misma.

Aquí vivo pobre, pero no quiero llamarme desgraciado; no me ha faltado lo bastante, y espero que el cielo me lo concederá hasta el fin de mis dias. Si algo me aflije, es la suerte de mis hijos, á quienes ni aún puedo dar la educación que quisiera, y mucho menos, un bienestar regular. ¡Qué patria esta nuestra! Y, ¿por qué no diría? ¡qué mundo! Si así, casi es todo... pero lo nuestro es más que todo.

Adios; hasta otra ocasión. No crea usted, que cuando usted manifiesta tanto interés por mi suerte, me sea indiferente la suya; quisiera que fuese muy próspera, muy feliz en todo sentido; tendré el mayor gusto en saberlo, como tengo en asegurarle que soy con toda la efusión de que soy capáz, su muy afecto amigo

José María Paz.

El conductor de esta, es don Antonino Taboada, que se dirige á esa República. Desea en seguida trasladarse á Bolivia, y de allí pasar á Santiago del Estero, donde está su familia. Mi familia se ha disminuido ahora, porque acabo de perder mi último hijo; lo que queda, saluda á usted afectuosamente.

Señor don Domingo de Oro.

Río Janeiro, Setiembre 23 de 1851.

Mi muy estimado amigo:

Hace tres meses que tengo escrita la carta que adjunto, y

que no había despachado ya, porque no se había presentado ocasión segura, ó porque cuando la hubo, lo ignoré hasta después de haber pasado. Otro motivo hubo también, que es la inquietud en que hemos permanecido de meses á esta parte, por los amigos que están en ese país, y principalmente por Paunero, que es á quién dirijo mi correspondencia. Temíamos que el suceso de Abríl, lo hubiese comprometido. Felizmente, aunque no he tenido carta de él ni de nadie, una que recibió el doctor Lamas, del doctor Valencia, dice lo bastante para sacarme de cuidado.

Héme, pués, resuelto á aventurar esta comunicación, á pesar de tan extraordinario como inexplicable silencio, y á incluirle la que escribí en Junio pasado, que si, como es consiguiente, nada tiene de nuevo, expresa una parte de mis ideas, que espero sabrá usted apreciar, con su acostumbrada indulgencia. Por poco que valgan, habré satisfecho mi deseo de comunicarlas, pudiendo usted hacer el uso que quiera, de mi carta, si bién parece prudente por ahora, no nombrar personas.

Con la del doctor Valencia, vinieron á dicho señor Lamas, algunos impresos del señor Sarmiento, y entre ellos, una *Réplica* al «Archivo Americano», en que toca algo de los puntos que abraza mi carta. He gustado mucho, mucho, de poder presagiar, por ese trozo, que nuestras ideas se conforman, y tanto más, cuanto que al escribir él, ni yo, no había entre ambos, el menor acuerdo de inteligencia.

Si el estudio y examen de las diversas instituciones de los Estados de América, puede convenir para determinar las que son adaptables á la República Argentina, pienso que no sería inutil el de la que sigue el Imperio del Brasíl; no en cuanto á la forma monárquica, que estoy más que nunca convencido, que no puede aplicarse á nuestros paises, sinó en cuanto á su organizacion, particularmente en cuanto á la percepción de la renta, las relaciones de la

capital con las provincias, y el régimen interior de ellas. Si usted me dijese que quieren por ahí disponer de algo que se parezca á esto, me ocuparía también con muchísimo gusto, de reunir datos, que le remitiré con su aviso.

Tanto más oportuno creo llamar su atención sobre este punto, cuanto otros argentinos empiezan á ocuparse de él. Sé que el doctor Alsina, actual redactor del «Comercio del Plata», ha pedido á un sujeto, que reside en esta Corte, cuantos conocimientos pueda suministrarle en punto á estatutos, reglamentos, leyes orgánicas, y demás disposiciones constitucionales del Imperio. Creo conveniente hacer notar á usted, que después de la muerte de don Florencio Varela, y de la muy reciente de don Julián Segundo de Agüero, se puede considerar al señor Alsina, como el hombre más conspícuo entre los unitarios de Montevideo, razón por la cual, no miro como un hecho aislado el encargo que ha hecho á su amigo de aquí, sinó como un acuerdo, más ó menos explícito, del partido de que puede reputarse como cabeza.

Para mí ha sido esto (que no es hasta ahora más que una conjetura), de la mayor satisfacción, porque nada puede igualar al placer que me causa, ver que nuestros hombres de luces, se empiezan á ocupar de la organización nacional de nuestro país, particularmente siendo de aquellos que tan obstinada como sistemáticamente han guardado por más de veinte años, el más profundo silencio. Esto prueba, que la fuerza de la opinión es omnipotente, y que ellos ceden hábilmente, haciendo una maniobra que reclama la necesidad. Como ni á ellos ni á nadie puede disgustarles que se reuna el mayor número de luces posible, pienso que será muy conveniente la concurrencia de otros escritores.

Se me pasaba decirle algo sobre las producciones del señor Fragueiro. Quise hacerlo con detención, en dias pa-

sados, y ví que era una obra más seria que lo que á primera vista parecía. Aún así, me propuse emprenderla, pero me sobrevino un ataque al pecho, que me ha tenido enteramente inutilizado por cerca de tres meses. Quizá lo haga más tarde, y se lo remitiré á usted, si me dice francamente, que merece la pena de ocuparse de ello. Entre tanto, no dejaré de decirle, que el señor Fragueiro, es muy acreedor á la clasificación que usted y otros de nuestros compatriotas, han hecho de él.

Sin dejar de conocer su caracter equívoco, su lealtad sospechosa, y su mal disimulada hipocresía, lo tenía en un mejor concepto, concepto que había manifestado siempre de palabra, y acaso en algún escrito; pero él, se ha tomado el trabajo de revelarse completamente. Por más que quiera ocultarlo, confiesa que no me pudo engañar en Córdoba, y que acaso contra su voluntad, lo hice servir á la causa á que no pertenecía de todo corazón. A eso se deben los sustos que le dió Rosas, bién que si pudo evitar los peligros que corrieron los que se creian sus amigos políticos, no fué sinó á costa de nuevas prevaricaciones y bajezas.

Me es difícil hablar con sangre fría sobre este punto; si usted lo cree conveniente, volveré sobre él, en la inteligencia, que aunque no sea oportuno decir algo en público, no dejaré de hacerlo en mis apuntes privados, que serán la única herencia de mis hijos. Una sola reflexión me permitiré ahora, que es la siguiente:

Parece que se hubiese puesto de acuerdo con el desgraciado general La Madrid (y puede ser que en los ocios de la emigración, se hayan entretenido á mi costa), para reprocharme una indecisión ó debilidad de caracter, que inutilizaba otras ventajas. No es que me crea libre de defectos, pués por el contrario, pienso que tendré infinitos, pero bién meditado este cargo, he reflexionado de este modo. El defecto que se me atribuye, es de aquellos que precisamente

crecen con los años, y con una prolongada cadena de sufrimientos, como es la que ha pesado sobre mis dias; debía, pués, ser una consecuencia necesaria, que se hubiese aumentado, y que hubiese dado mayores pruebas de él, en mis posteriores campañas.

Lejos de eso, tanto en las de Corrientes como en la defensa de Montevideo, más bién que indecisión, me han censurado los descontentos, una terquedad de caracter que me hacía inflexible, á las impresiones que de todas partes venian, según los intereses ó el modo de pensar de cada uno. Si esto no dice algo á mi favor, demuestra por lo menos, la injusticia con que me atacan los señores La Madrid y Fragueiro. Parece que ambos quisieran que se les adjudique la palma de la constancia y firmeza característica, aunque hayan sido alternativamente enemigos, y muy humildes servidores del tirano de los argentinos. Es probable que se equivoquen, y que la historia y sus compatriotas, les hagan la debida justicia. Dejaremos esto, para hablar del estado actual del Río de la Plata.

Los generales Urquiza y Garzón, pasaron el Uruguay en Julio, y penetraron seguidamente hasta el Río Negro, que como usted sabe, atraviesa por medio el Estado Oriental. Se les incorporaron con sus respectivas divisiones, el general don Servando Gomez, y otros jefes de consecuencia. La insurrección les ha precedido de muchas leguas. Según las últimas noticias, pasaron aquel río, en los últimos dias de Agosto, y marchaban sobre Oribe, que se retiraba sobre Montevideo, hostitizado y escopeteado vivamente, no por las fuerzas invasoras que no le dán alcance, sinó por las milicias orientales, que poco antes le pertenecian.

Su ejército (el de Oribe), estaba casi reducido á las tropas argentinas, que temerosas de represalias, lo seguian forzadamente. Como el gobierno de Montevideo, y los generales libertadores, han tomado las medidas convenientes

para desengañarlos, es fuera de duda, que imitarán á los orientales: ya habian empezado á hacerlo. Oribe estaba del todo perdido, no solo por la creencia universal, sinó por su propia y expresa confesión. Despnés de algunos pasos inútiles, dados en los primeros dias de este mes, el 6, pasó desde el arroyo de la Virgen, diéz y ocho leguas de Montevideo, y en marcha, una nota á los ministros de Francia é Inglaterra, pidiendo su protección para embarcarse y retirarse á Buenos Aires, con las fuerzas argentinas, y los orientales que quieran seguirlo. Ya usted comprenderá, que el gobierno de Montevideo se ha opuesto, reclamando la observancia de la neutralidad, lo que no han podido menos de reconocer como justo, los ministros extrangeros. Tiene, pués, irremisiblemente perdido á Oribe, y el mejor ejército que tenía Rosas; digo perdido, para él, pero ganado para la patria, porque él servirá para pasar el Paraná, y derrocarlo.

El ejército brasilero, por causas que no es del caso investigar, demoró sus marchas, de modo que solo penetró en el territorio oriéntal, el 4 del corriente. Sin embargo, ha sido un fuerte apoyo moral, además de que debe estar ya muy internado, y quizá en vísperas, en todo ó en parte, de reunirse con el general Urquiza.

Un doctor joven, hijo de este General (1), desempeña en Montevideo las funciones de Encargado de Negocios, por el Entre Rios y Corrientes. El 20 ó 22 del pasado, le fué dada una serenata por los argentinos de Montevideo, á que concurrieron sin excepción. Los oradores fueron el doctor Alsina y don Jacobo Varela. Ambos hablaron en sentido muy nacional. Aplaudo con todas mis fuerzas, tan patriótico modo de obrar.

---

(1) Don Diógenes Urquiza.

Si Oribe, como todo nos lo prueba, ha perdido la cabeza, en términos, que no atina ni sabe lo que ha de hacer, estoy tentado á creer, que á Rosas empieza á sucederle otro tanto.

Sus «Gacetas» están plagadas de trozos y versos ridículos, que revelan su crítica posisión. Es inconcebible como no ha intentado algo para salvar á Oribe, como por ejemplo, invadir la provincia de Entre Rios. Además de versos, traen sus «Gacetas», las notas que ha pasado últimamente al ministro inglés, residente en Buenos Aires. ¡Oh! ¡cómo ha variado de tono con los europeos, el GRANDE AMERICANO! Escoge las expresiones, para agradecer la fina benevolencia del gobierno de la Gran Bretaña.

Se cree generalmente, que el señor Benavides, gobernador de San Juan, se separará de la causa de Rosas, sin embargo, que este publica una proclama de aquel, del 25 de Mayo, que nada de esto indica. No por eso se han perdido las esperanzas, antes por el contrario, se aducen datos que las confirman. La decisión del general Benavides, será importantísima, cuando llegue el caso de obrar al occidente del Paraná. Esto será tan luego como regrese el general Urquiza del Estado Oriental, es decir, para el verano. Se asegura de una carta de este, en que anuncia que su campaña en la República Argentina, será un paseo militar, semejante al que ha dado en su hermana la Oriental.

Este Gobierno está tan dispuesto á concurrir á la desaparición de Rosas, que si se le llegasen á poner embarazos por la Inglaterra, á una guerra declarada contra Rosas, á virtud de la convención de paz del año 28, consentirá, en que, enrollando la bandera brasilera, sus batallones pasen el Paraná á las órdenes del General argentino, que está al frente del movimiento libertador. ¡Ojalá no sea eso preciso, y que la obra de redención, sea exclusivamente nuestra! Así lo espero.

En cuanto á mí, ¿qué diré á usted? que permanezco aquí, sin poder determinar cuando me trasladaré al Río de la Plata. He creido un deber de patriotismo, limitarme á cooperar en la forma y en la esfera que me es posible, desde la situación excéntrica que ocupo. A solo mi nombre, que conoce más de cerca, podrian alarmarse algunos gobernadores del interior, como creo que ha sucedido con otros, que ni eran gobernantes ni estaban en el interior, y sufriría sin duda la buena causa. Preciso es tener presente, que la revolución actual, es de federales, sin que por eso deje de ser muy justa y muy benéfica al país, pero por lo mismo, es preciso no turbarla en manera alguna. Pienso que obrando así, me conformo con las miras muy racionales del general Urquiza. Hablando este, del general La Madrid, que se ha ido á meter en Entre Rios, decía: *No sé qué hacer con este hombre, porque si lo emplease, daría la alarma al gobierno de Tucumán, que puede mirar en él un competidor. Tiempo le vendrá, y pronto, en que pudiese volver á su patria, sin estos inconvenientes.*

Adviértase también, que la revolución que se está operando en la Banda Oriental, como esperamos que suceda en la Occidental, más bién es el pronunciamiento de la opinión pública, largo tiempo comprimida, que el resultado de victorias y combates. No conviene, pués, contrariarlo en lo mínimo, antes es bueno quitarle hasta los pretextos de extraviarse. Venga el bién de cualquiera parte que sea; dejemos á los que coadyuvaron á la tiranía de Rosas, el prurito de derrocarla. No seamos tan egoistas.

He hablado de los que coadyuvaron á la tiranía de Rosas, porque los que alguna vez creyeron que él sería capáz de hacer el bién del país, bién lejos estuvieron de ayudarlo en su obra de opresión. No así los que lo han acompañado durante su ominosa dictadura.

Contrayéndome otra vez á mí, le diré, que espero que las

circunstancias me indiquen el tiempo y el modo en que pueda ser util, que entonces no dejaré de hacerlo, por más que mi edad y mi poca salud, me priven de consagrarme con tanta dedicación.

Escribo al señor Sarmiento, y le acompaño también una atrasada, que fué escrita en la misma fecha que la suya. No marchó por idéntica razón. Le remito igualmente una de Albarracín, y otra del general Urquiza, que supongo será una simple contestación. En mi primera á Sarmiento, algo le digo sobre las opiniones que á usted le manifestó sin restricción, pero ni la mitad de lo que á usted le expreso, en la íntima confianza de la amistad. Sin embargo, si usted quiere mostrarle mi pobre carta, hágalo usted, pués me remito en todo, á su prudencia.

Me manifestó deseos de que le escribiese, y los he satisfecho á tal punto, que temo haberlos excedido. Es sin duda efecto de la vejéz, la charlatanería, pero si así fuese, crea usted que tiene también parte la confianza con que me llamo su muy sincero compatriota y amigo

José María Paz.

Por lo que se vé, aún no he acabado, porque se me olvidaba decir á usted algo del Paraguay, que todos hemos contado y debemos contar, con un aliado.

El general Urquiza, asociado al gobierno de Corrientes, acreditó cerca del gobierno del Paraguay, su comisionado, con el fin de celebrar un tratado de alianza, en virtud del cual, se reunirian las fuerzas de todos. El presidente Lopez rehusó positivamente entenderse con Urquiza, y publicó un artículo sumamente desairante, por su prensa periódica, que como nadie ignora, es el eco del Gobierno, aún más, si es posible, que la de Rosas. Los ejemplares que llegaron

aquí, se suprimieron, lo que no fué difícil con un papel de tan poca circulación. De este modo, se ha evitado el malísimo efecto que hubiera producido. Entre tanto, este Gobierno le propuso emplear su influencia para calmar los ánimos, y traer las cosas á un estado más razonable. Mucho se ha conseguido, pero todavía insiste el señor Lopez, en dos condiciones, para entrar en la alianza: Primera, que una cuestión territorial que tiene con Corrientes, porque ahora dos años, más ó menos, se apoderó por fuerza de la magnífica isla de Apipé, quede *in statu-quo*. Segunda, que los poderes contratantes se comprometan á no dejar las armas, ni hacer la paz con el gobierno argentino, que suceda á Rosas, mientras este no reconozca la independencia del Paraguay. En cuanto al primer punto, parece que se opina y se trabaja, para que se complazca al señor Lopez, pero no así en cuanto al segundo, ofreciéndole sin embargo, ligarse y comprometerse el Brasíl y Montevideo, á defender la independencia del Paraguay, si esta fuese atacada.

Dije al principio, que el presidente de dicha República había cedido de sus primeras pretensiones, porque se extendian nada menos, que á que el general Urquiza desligase las provincias de Entre Rios y Corrientes, y se declarase independiente. No me eran desde mucho tiempo desconocidas estas pretensiones, ni la mira ulterior con que se hacen, pero por ahora han fracasado, más que nada, en el bién manifestado propósito del general Urquiza, de conservar la integridad de nuestra patria, tal cual está.

Todo lo que acabo de decir, merece reserva, y mucho más le diría, si tuviese seguridad de mi correspondencia. En los papeles públicos, verá usted la declaración que hace el gobierno imperial, en contestación á una nota del señor Lamas, ministro oriental, de respetar la independencia é integridad de sus vecinos, y de no mezclarse en sus negocios internos.

Perdones mil, por los borrones de esta carta. Estoy viejo y cansado, como se lo dice mi letra. Dios le dé paciencia para entenderla. Escribo como puedo, y . . . *qui potest capere, capiat.* Esto sí que es confianza.

Aún otra cosa, que importa bién poco: El gobierno imperial, ha condecorado con la Gran Cruz de la Orden de Cristo, al presidente del Paraguay, mandándole un rico hábito, y la correspondiente condecoración. Ha sido aceptada, para lo que dió una audiencia pública y solemne, al Encargado de Negocios brasilero, que se la presentó en nombre de su Gobierno. El hijo recibió en la misma forma, la encomienda de la misma Orden.

---

(1) Memoria que el Ministro Secretario en el Departamento de Guerra y Marina, presenta á la Honorable Sala de Representantes.

Buenos Aires, Octubre de 1853.

A la Honorable Representación de la Provincia.

Cuando en Marzo del corriente año me hice cargo del Ministerio de Guerra y Marina, no desconocía la dificultad del desempeño de las funciones que aceptaba, sobre todo en tan difíciles circunstancias. Pero me animaba la resolu-

---

(1) Primera edición, tomo IV, páj. 266.

(*El Editor*).

ción firme que tenía, de no retroceder ante ningún sacrificio para conseguir la salvación del país, y contribuir á librarlo de la desgracia que lo amagaba. Vengo ahora ante vosotros, honorables Representantes, á haceros una suscinta y breve relación de la marcha seguida desde entonces por este Ministerio, y pedir vuestra aprobación.

El ejército que defendía la ciudad, se resentía naturalmente de la situación, y del modo como fué creado. Servian en él, multitud de jefes y oficiales que no habian pertenecido antes al ejército de la provincia; otros muchos, que eran solo oficiales de milicias; y un crecido número, que habian pertenecido y ganado sus grados en otros ejércitos, y que á la voz de la Patria, habian acudido á ofrecer su espada, en sostén de las instituciones legales. Los escuadrones de Guardia Nacional de caballería, eran mandados indistintamente por oficiales de línea ó de milicias. La Comisaría General de Guerra, había sido suprimida desde 1834; el ejército se pagaba por medio de comisiones de ciudadanos, que han procedido siempre con una intachable pureza y patriotismo. Pero de todas estas causas, nacía alguna confusión y desarreglo en el personal de nuestro ejército.

Y no podía ser de otro modo. La fuerza de las cosas había dado ese resultado inevitable. Se habian presentado, y se presentaban de todas partes, jefes y oficiales; y no era posible rechazarlos, ni tampoco distraerse de las atenciones urgentes de la defensa, para hacer un molesto y prolijo examen, de su verdadera graduación.

Estas razones movieron al Gobierno á declarar con fecha 15 de Julio último, que todos los jefes y oficiales de la caballería, gozarian el sueldo de la clase que representasen, sin que esto importase un reconocimiento de esos empleos, cuya efectividad solo pueden darla los despachos. El Gobierno, al dictar esa medida, tuvo en vista prevenir las reclamaciones que podrian sobrevenir, dejando para

tiempos más tranquilos, el arreglo definitivo de la Plana Mayor activa del ejército.

Mientras tanto, el Gobierno siguió moralizando el espíritu de las tropas de línea, y regularizando los Guardias Nacionales, que con valor y denuedo han defendido su libertad. En tan importante trabajo, he sido poderosamente auxiliado por los diferentes jefes que han estado á la cabeza de los defensores de la Plaza. Su valor, su decisión, y sus virtudes patrióticas, los hacen sobremanera acreedores á la consideración de V. H.

El 13 de Julio último, por las causas que V. H. conoce, y que están en el dominio público, tuvo lugar la completa disolución de las fuerzas rebeldes, que acaudillaba el general Urquiza. Con ella, se consiguió el completo triunfo de la causa de la civilización, y se cimentó en este país, el reinado del orden y de la libertad.

Pero para conseguir tan importante y felíz resultado, ha sido necesario hacer el sacrificio de inmensas cantidades de dinero, que han casi agotado las arcas del Erario. Sin embargo, siempre son muy pequeños semejantes sacrificios, cuando se hacen por conseguir la libertad.

Es aquí la ocasión de hacer notar á V. H., que aunque en las cuentas presentadas á V. H. en Agosto último, aparecen gastados en el ramo de Guerra, cincuenta y tres millones, quinientos cuarenta y ocho mil, quinientos cincuenta y seis pesos y tres y cuarto reales moneda corriente, y trescientos treinta y un mil pesos y cinco reales metálicos, sin embargo, solamente menos de la mitad de esta cantidad, ha sido pagada en virtud de órdenes de este Ministerio. Bajo el número 1°, se acompañan á V. H. las notas que á este respecto se han dirigido á los contadores generales, y su contestación. Por ellas, verá V. H. que ha sido imposible examinar las cuentas que existen ante esa corporación. Pero los datos privados que obran en mi poder, me autori-

zan á creer, que más de la mitad de los cincuenta y tres millones, quinientos cuarenta y ocho mil, quinientos cincuenta y seis pesos, y tres y cuarto reales moneda corriente, y trescientos treinta y un mil pesos y cinco reales metálicos, que aparecen en las cuentas, gastados en el Departamento de Guerra, no lo han sido en virtud de órdenes de este Ministerio. Si fuese necesario, podrian examinarse con la venia de V. H., las cuentas presentadas, y entonces resultaría la completa verdad de mi aserto.

De esta irregularidad, han sido única causa las dificultades del sitio. Ante la ley suprema de la salvación del país, han debido ceder todas las otras consideraciones, y la administración no ha podido tener la marcha ordenada de los tiempos ordinarios, cuando la presencia del enemigo á nuestro frente, exigía medidas inmediatas, instantáneas, para conseguir con ellas, el triunfo de la libertad.

Finalmente, honorables Representantes, la rebelion concluyó. La decisión y constancia de los defensores de la Plaza, y la misma desmoralización de las masas indisciplinadas que nos rodeaban, destruyeron totalmente ese motín, que tantos males ha causado.

Con la conclusión del sitio, se creó para la provincia, una nueva situación. Decidido el Gobierno á no llevar la guerra á nadie en el territorio de las provincias, nuestras hermanas, se hacía necesario moralizar nuestro ejército, y establecerlo de un modo duradero. Era necesario tener un ejército fuerte, para repeler las agresiones extrañas, y atender al cuidado de nuestras fronteras, y que presentase en su organización, garantias de moralidad y perfecto arreglo, sin lo cual es imposible tener ejércitos regulares, y mantener la tranquilidad del país.

Para conseguir este resultado, era preciso luchar con los malos hábitos que ha dejado una tiranía de veinte años, con las irregularidades que eran consecuencia del sitio, y

más que todo, con los intereses personales que se oponian á toda reforma, que dañase, como debía necesariamente dañar, las consecuencias particulares.

Pero es urgente, honorables Representantes, para el porvenir del país, que se empiece alguna vez á cortar los abusos, y á arreglar la administración. No he temido entrar en esta difícil senda, y no me han arredrado para ello, las consideraciones personales, porque la considero indispensable por la salvación del país, y para la consecución de la verdadera libertad.

V. H. ha sido instruida por el mensaje del Gobierno, de las razones de conveniencia, de utilidad y de justicia, que demandaron el inmediato licenciamiento de la Guardia Nacional de infantería. También conoce V. H., que fué imposible asignarle un premio, que por otra parte, hubiera sido indigno, de la santidad y grandeza de acción; y yo creo, honorables Representantes, que no habrá ningún hombre de corazón, que no sienta, que no es con mezquinas cantidades de dinero con lo que pueden recompensarse los sacrificios que en defensa de su libertad, ha hecho la Guardia Nacional de Buenos Aires. Defender su patria, es un deber demasiado santo, y los que lo cumplen dignamente, no necesitan otro premio que la satisfacción de su conciencia.

También conoce V. H. las razones que hacian necesario disolver las legiones extrangeras. En vista de ellas, era de poco fundamento el temor que inquietaba á algunos, de que quedase indefensa la provincia. El Gobierno tenía los datos suficientes para creer lo contrario, y el resultado ha probado, que no se había equivocado. La mayor tranquilidad reina en toda la provincia, y sus débiles enemigos, no se atreverian á hostilizarla, cuando cuenta como hoy, con un bravo ejército, y con la decisión y entusiasmo del pue-

blo, que estará pronto á tomar el fusíl, siempre que peligren sus libertades.

No ha sido olvidado el estado de la campaña, ni que era preciso restablecer en ella y moralizar el espíritu público, tan trabajado por los caudillos. Uno de los distinguidos soldados de la Libertad, el general Hornos, fué comisionado para salir con una fuerte división, que tenía también el objeto de prevenir cualquier ataque, que pudiera intentarse sobre nuestra frontera del norte. Las comunicaciones que de él se han recibido, anuncian las disposiciones favorables con que los habitantes de la campaña acatan la marcha del Gobierno.

A los departamentos del sur, ha sido enviado con otra columna, el coronel don Julián Martinez. Su infatigable actividad y su inteligencia, hacen concebir fundadas esperanzas, de que sus trabajos darán muy benéficos resultados. El Gobierno se ocupa en este momento, de considerar un nuevo plán para la organización militar de los departamentos, que ha elevado el coronel Martinez, en el que se consultan las disposiciones topográficas, las conveniencias sociales, y la comodidad de los habitantes de la campaña.

Con cada una de estas columnas, ha marchado un Comisario especial, con los fondos suficientes, para que de este modo no haya necesidad de sacar auxilios. También se ha ordenado á todos los comandantes militares, que procuren no sacar esos auxilios; y cuando sea preciso hacerlo, el Gobierno dispondrá lo conveniente, para que sean prontamente abonados.

Los habitantes todos de la campaña, han aplaudido estas medidas, que inspiran confianza en la marcha recta del Gobierno.

El estado de sitio en que nos hallábamos, y la suma carestía de los víveres, habian obligado al Gobierno á acordar seiscientos pesos de sueldo á los soldados de caballería,

y trescientos cincuenta pesos, á los de infantería, comprendiendo el rancho. El Erario no podía sufragar tan inmensos gastos. Habiendo, pués, cesado las causas que produjeron el aumento de sueldos, el Gobierno los redujo al estado en que estaban anteriormente en las tropas de la guarnición, y algo más, en las destinadas á campaña. El Gobierno se ha complacido, por el desinterés con que todos se han prestado á esta justa, pero importante reducción.

Deseando el Gobierno, á la vez que proceder con estricta economía, proporcionar al ejército las comodidades necesarias, y teniendo presente la escaséz de los sueldos, ha dictado varias resoluciones, acordando una ayuda de costas á los jefes y oficiales en actual servicio, y elevando los sueldos de los oficiales de infantería, al nivél de los de caballería.

También se ha prohibido que se hagan anticipaciones de sueldos, y se ha abolido el abuso que se había introducido, de dar vestuarios á jefes y oficiales, por cuenta del Estado.

Se han aumentado las cantidades asignadas para rancho, á la tropa de la guarnición de la ciudad, regularizando de este modo, ese gasto.

El Gobierno ha deseado también proceder del mismo modo, respecto á las tropas en campaña, y á las fuerzas que guarnecen nuestras fronteras. Con este objeto, se dictó una disposición en 17 del próximo pasado, asignando á la tropa en campaña, cuarenta y cinco pesos por plaza, por todo rancho. Se hubiera conseguido con esto, cortar el abuso que existía hace tiempo, pués no había ninguna proporción entre el número de gente que el Gobierno tenía en campaña, y las cantidades que se gastaban para su mantención.

Sin embargo, pronto siempre el Gobierno á escuchar las observaciones que se le hagan, y á proceder con pru-

dencia en el plán de reforma adoptado, ha tenido que modificar en algo su resolución. Bajo el número 2, se acompañan á V. H. cópias de las notas que á este respecto se han cambiado con el señor Comandante General de los Departamentos centro y norte de la provincia.

Entre las medidas que se han tomado para regularizar la administración, merece citarse el restablecimiento de la Comisaría General de Guerra y Marina. A pesar del poco tiempo que hace que empezó á ejercer sus funciones, ha producido ya importantes ahorros al Estado; además, con ella se dá toda la publicidad posible, á los gastos de este Departamento, y al modo de hacerlos, y se hacen inútiles los Proveedores generales, que no son convenientes en las circüustancias ordinarias de un país, porque constituyen un monopolio, que no debe admitirse.

Esta es la oportunidad de hacer conocer un error que se ha propagado en los últimos tiempos. Se ha creido, que los Proveedores generales han dependido únicamente del Ministerio de la Guerra; que este, fiscalizaba sus cuentas, las examinaba, aprobaba, y aún las mandaba pagar.

Sin embargo, esto no es exacto; los Proveedores han sido siempre nombrados por el Ministerio de Hacienda, y si bién es cierto que el Departamento de Guerra tenía la facultad de librar órdenes por los objetos que necesitaba, pero también tenian la misma facultad los otros Ministerios, y durante algún tiempo, la tuvieron la Inspección General, la Policía, y aún el Mayordomo de la Casa de Gobierno.

Es cierto que por este Ministerio se han hecho, como es natural, los pedidos de mayor cuantía; pero hasta fines de Junio último, jamás había tenido conocimiento de las cuentas que presentaban los Proveedores, que á ese respecto solo se entendian y debian entenderse, con el Ministerio de Hacienda. Recién desde esa fecha, es que le han mandado

las cartas para que informe este Ministerio, y han sido pasadas á una comisión especial de ciudadanos, con cuyo informe ha procedido siempre este Ministerio. Con este motivo, he tenido ocasión de observar, 'que las personas que últimamente han desempeñado la Proveeduría, han procedido con la mayor equidad, pureza y probidad.

Todos estos inconvenientes, que durante el sitio no pudieron remediarse, han cesado con el establecimiento de la Comisaría General de Guerra y Marina.

A pesar de algunas irregularidades, el estado actual de nuestro ejército, es sobremanera satisfactorio. El, se compone de algunos cuerpos de infantería de línea, que han pertenecido á la defensa, que se hallan perfectamente disciplinados, y son mandados por jefes y oficiales valientes y patriotas. Se están formando también, cuerpos de caballería de línea, para ocuparlos en el cuidado de las fronteras, y aliviar así, las cargas de los Guardias Nacionales de campaña.

A este respecto, no puedo menos de llamar la atención de V. H. hacia un gran vacío que se nota en nuestro sistema militar. Faltan totalmente leyes de reemplazo, y es preciso llenar las filas, ó con enganchados, ó con individuos que son aprehendidos por vagos, pués respecto á los criminales que antes de ahora han sido destinados por los jueces, no deben ser admitidos en las filas del ejército, donde ván á deshonrar con su presencia, la condición del soldado. V. H. no puede menos de convenir, en que es imposible tener un ejército tal como el país lo necesita, siguiéndose ese sistema.

Es preciso y urgente, pués, que se dicte una ley de reemplazo, que repartiendo con igualdad entre todos los ciudadanos, el servicio de los cuerpos de línea, obligue á todas las clases á concurrir por sí, ó por personero, y en una justa proporción, á llenar las filas del ejército. Con es-

to, se ennoblecerá la condición del soldado, y no habrá necesidad de arrancar de sus familias y de sus trabajos, á todos los ciudadanos en la hora del peligro.

Nuestra Plana Mayor activa es demasiado numerosa, y causa grandes erogaciones al Erario. Estas circunstancias hacen difícil dar al ejército un estímulo necesario por medio de una regla general de ascensos. El Gobierno considera este asunto, y pronto tomará las medidas convenientes, conciliando la justicia y los intereses del país.

Nuestro Parque se halla regularmente provisto de armas, municiones y pertrechos de guerra, de todas clases.

El Gobierno ha dado cuenta á V. H. con fecha 29 de Agosto último, de haber incorporado á la Plana Mayor activa del ejército, al general don José M. Flores. En esto, el Gobierno ha creido hacer un acto de justicia, que no duda merecerá la aprobación de V. H. La aparición del general Flores en el norte de la provincia, enarbolando el estandarte de la legalidad y de la obediencia, á las autoridades legítimas, ha sido una de las causas que influyeron de un modo eficáz, en la disolución de las masas rebeldes.

Por esto, el Gobierno no pudo menos de reconocerlo en su grado, del mismo modo que al coronel don Ramón Bustos, y otros jefes influyentes, que uniéndose á dicho General, aceleraron el triunfo de la causa de la libertad.

El Gobierno ha sentido no poder reconocer también los grados que el señor general Flores confirió á muchos que se le reunieron. Pero á ello se oponian razones muy obvias, de justicia y de política, que no pueden ocultarse á V. H.

También ha sido instruido V. H. por nota de 26 de Agosto próximo pasado, de los inconvenientes que tocaba el Gobierno para dar un exacto cumplimiento á la ley de 9 de Diciembre último, que mandaba borrar de la lista militar, á todos los jefes y oficiales del ejército que no se presentasen en el término de veinte y cuatro horas. El

Gobierno espera la resolución de V. H., para proceder de conformidad á lo que V. H. determine.

Los enemigos de la provincia, nada podrán contra ella. Apoyada en su ejército y en el pueblo, fiél guardian de sus libertades, está en aptitud de resistir con ventaja, las agresiones que pudieren hacérsele.

MARINA

Bién conocida es la historia de nuestra marina en esta época, para que deba detenerme mucho en narrarla. Sin embargo, haré notar que una cadena de sucesos, todos desgraciados, disminuyó nuestros medios marítimos, yendo á engrosar los del general Urquiza. Su escuadra, que solo consistía en el vapor «Correo», cuya propiedad era también de esta provincia, fué sucesivamente aumentada por el bergantín «Maipú» y el vapor «Merced», que pasaron á pertenecerle, mediante manejos inexplicables. La impericia, la cobardía, y acaso la traición, contribuyeron á darle este aumento de fuerza, debilitando las nuestras.

Sin embargo, el Gobierno no se desalentó, y se propuso restablecer el equilibrio marítimo, para disputar el dominio de las aguas, comprando y armando nuevos buques, enganchando marineros, y admitiendo al servicio en clase de oficiales, á los que se creian con aptitudes para ello.

El Gobierno no se distrajo ni dejó de continuar esta operación, durante el armisticio de Marzo, y al romperse la tregua, nuestro poder marítimo era capáz de luchar con el del general Urquiza.

No se perdió tiempo en buscar el combate, que tuvo lugar bajo tristes auspicios, el 18 de Abríl último, en las inmediaciones de Martín García.

La impericia, ó la traición, nos arrancaron un triunfo que contábamos seguro. Perdimos nuestros mejores buques, y

los restos de nuestra escuadra volvieron á ganar el puerto, y buscar la seguridad, al abrigo de nuestras baterias.

No tardó el enemigo en presentarse á nuestro frente, é imponernos un rigoroso bloqueo, que reconocieron sin dificultad, los agentes extrangeros.

El Gobierno, después de aumentar las baterias de tierra, para dar más seguridad á los restos de nuestra escuadra, á esos restos que no estaban desnudos de gloria, pués aunque habian sido vencidos, habian combatido con valentía, se ocupó de reparar las pérdidas, moralizando el personal, restableciendo la disciplina, y armando nuevos buques. El jefe mismo de la escuadra, fué retirado, y reemplazado por otro oficial, que ofrecía las más fundadas esperanzas.

Se compró un vapor, que fué armado á toda prisa, y se negoció la compra de otro de gran fuerza, adelantando una importante suma de dinero. Con ambos, nuestra escuadra hubiera estado otra vez, en situación de tentar la suerte en nuevos combates, pero por causas que el Gobierno aún no ha podido comprender, el último vapor nunca llegó. El Estado, sin embargo, ha sido reembolsado de su anticipación.

Mientras se hacian estos aprestos, el Gobierno tenía entre manos otra operación, que manejaba con la mayor reserva. Grandes y graves dificultades se presentaron, que muchas veces hicieron desesperar de su éxito, hasta que finalmente se consiguió que el 19 de Junio próximo pasado, se presentase el coronel Pinedo con dos buquecillos, que los rebeldes habian armado en guerra, en Barracas; y al día siguiente, toda la escuadra bloqueadora entró á nuestra rada interior, poniéndose á las órdenes del Gobierno, y sometiéndose á su autoridad.

Este suceso, importante en sí mismo, y más aún, por sus consecuencias, desmayó á los rebeldes, al paso que llenó de las más próximas esperanzas del triunfo, á los defenso

res de la Plaza. Fué un golpe tremendo que sufrió el poder del general Urquiza, y preparó la subsiguiente disolución de las fuerzas que acaudillaba.

Nos encontramos entonces con una escuadra de más de veinte buques de todos portes, y con un personal proporcionado. No era posible conservarla, porque ni la provincia la necesitaba, ni podía soportar los inmensos gastos que ocasionaba.

Por este motivo, se licenciaron todos los jefes y oficiales de la escuadra, antes bloqueadora, á quienes había sido preciso premiar con cuantiosas sumas de dinero. También se procedió á desarmar y vender todos los buques que no era conveniente conservar, por su construcción ó mal estado.

Bajo el número 3, se acompaña á V. H. un estado general de nuestra escuadra, y de los pertrechos navales, etc., que poseemos. Por ellos verá V. H. que contamos con poderosos medios marítimos, capaces de hacer respetar nuestros derechos.

A pesar de los cuantiosos gastos que esta escuadra ocasiona, no creo conveniente reducirla por ahora, hasta que estén completamente terminadas las cuestiones políticas que interesan á la provincia.

Al hablar de nuestra marina, es imposible no hacer mención honorífica del actual Comandante General de Marina, que procura siempre mejorar su estado con celo infatigable é inteligente. Merece también la consideración de V. H., el jefe de nuestra escuadra, que ha dado repetidas pruebas de su valor, inteligencia y decisión, por la causa de Buenos Aires.

Hé aquí, honorables Representantes, el breve relato de la marcha seguida por este Ministerio; no es una memoria completa y ordenada, ni podría serlo así, por las épocas excepcionales porque hemos pasado.

En el desempeño de las funciones de mi empleo, creo haber cumplido siempre mi deber. Durante la guerra, no he retrocedido ante ningún sacrificio, para asegurar el triunfo. Y cuando este se consiguió, he mirado al porvenir, y he procurado empezar ya, á reformar algunos abusos, de que se resiente la administración, á pesar de las dificultades é inconvenientes que presentaba para ello, el estado actual de la sociedad.

Yo me considero felíz, señores Representantes, de haber tenido ocasión de combatir una vez más, por la libertad, y de haber presenciado la abnegación y arrojo con que el pueblo de Buenos Aires ha sabido defender sus derechos é instituciones; y confio en que podré añadir la sanción de V. H., como un testimonio altamente honroso, á la satisfacción de mi propia conciencia, que me atestigua que he procedido siempre, con honradéz y lealtad.

JOSÉ MARÍA PAZ.

---

(1) Nómina de los jefes y oficiales de línea que han servido á órdenes del brigadier general don José María Paz, en el sitio de Montevideo, ejércitos en Corrientes, y defensa de Buenos Aires en 1852 y 53, y que revistan en el Ejército Nacional, con especificación de clases entonces, y empleos de hoy.

NOMBRES	EMPLEO ANTERIOR	EMPLEO ACTUAL
Sr. Bartolomé Mitre. . .	Coronel	Teniente General
» Emilio Mitre	Tte. Coronel	» »
» Manuel F. Cutiellos .	» »	Coronel
» Juan A. Gelly Obes .	» »	Teniente General
» José Mª. Bustillos. .	» »	General de División
» Antonio Susini. . . .	» »	Coronel
» Plácido Lopez. . . .	» »	»
» Mariano Paunero. .	» »	»
» Juan A. del Campo .	» »	»
» Cándido Galvan. . .	Mayor	Tte. Coronel
» Ramón Ruíz.	»	Coronel
» Pedro R. Rodriguez.	»	Mayor
» Avelino Susviela. . .	»	Tte. Coronel
» José M. Lagos	»	» »
» Juan B. Garibaldi . .	Sub-Teniente	Teniente 1º

(1) Debido al señor jefe de la Fiscalía Militar, teniente coronel don Dalmiro Hernandez.

(*El Editor*).

NOMBRES	EMPLEO ANTERIOR	EMPLEO ACTUAL
Sr. Julio de Védia	Capitán	General de División
» Alfredo Seguí	»	Coronel
» José M. Lopez. . . .	»	Mayor
» Gregorio G. Carreras.	»	Coronel
» Bernabé Padér. . . .	»	Tte. Coronel
» José M. Avalos. . . .	»	Coronel
» Carlos Urien.	»	»
» Santiago Calzadilla.	»	Tte. Coronel
» Pedro C. Diaz	Ay'te. Mayor	Coronel
» Federico Mitre. . . .	Teniente 1°	»
» Severo Espeleta . . .	» 1°	Mayor
» Fernando Schneider.	» 1°	Tte. Coronel
» Mariano Vazquez . .	» 1°	Mayor
» Ramón Acosta. . . .	» 2°	Coronel
» José Mª Morales. . .	» 2°	»
» José M. Arredondo .	» 2°	General de División
» Bernardino Mazariego	» 2°	Tte. Coronel
» Dalmiro Hernandez.	Sub-Teniente	» »
» Nicanor Quirno . . .	»	General de Brigada
» Mariano Ruíz	»	Tte. Coronel
» Alejandro Bedoya. .	»	» »
» Juan B. Barquiza . .	»	Capitán
» Dionisio Quiroga .	»	Tte. Coronel
» Maximino Matoso . .	»	Coronel
» Manuel Rodriguez. .	»	Mayor
» Joaquín Viejobueno.	»	General de División
» Federico Barbará. .	»	Tte. Coronel
» Juan Ayala.	»	» General
» Carlos Lagrada . . .	»	» Coronel
» Evergisto Vergara. .	Alferez	» »
» Baldomero Lugones.	»	» »
» Benito Machado. , .	»	Coronel
» Martiniano Charras.	»	»
» Juan Penna.	Sargento 1°	»
» Agustín Martinez . .	» 2°	Tte. Coronel

Agosto 25 de 1892.

Nómina de compañeros de armas del general Paz, que existen, y que sirvieron á sus órdenes en la defensa de Montevideo, y en otros ejércitos.

Sr. Agustín Silveyra	Sr. Juan N. Madero
» Ventura Rodriguez	» Pedro Zas
» Fernando Torres	» Wenceslao Ferreira
» José M. Muñóz	» Luís Barreda
» Ramón Irigoyen	» Roso Allende
» Santiago Fernandez	» Antonio Bove
» Ignacio Madriaga	» Salvador Larrolla
» Sebastian Solsona	» Manuel Biedma
» Ciriaco Burgos	» Manuel Montenegro
» Feliciano Gonzalez	» Pío Baldovino
» Gavino Rodriguez	» Marcelo Gamboa
» Ramón Tabares	» Juan José Biedma
» Luís Viera	» Juan Henestrosa
» Floro Madriaga	» José Mª Todd

Agosto 25 de 1892.

MUERTE DEL GENERAL PAZ

Decreto del Poder Ejecutivo.—Orden general.—Aviso del Ministerio de Gobierno.—Necrología.—Suscrición.—Método de curación.—Autopsia y embalsamamiento del cadaver.—Crónica local.—Honores fúnebres: Discursos.— Cámara de Representantes.— Honores rendidos por el paquete inglés «Menay».—Funerales.—Juicio póstumo.

El Poder Ejecutivo.

Buenos Aires, 22 de Octubre de 1854.

La Patria acaba de perder uno de sus más ilustres y esclarecidos hijos; uno de aquellos pocos y venerables restos de sus antiguos guerreros, que sellando con su sangre la Independencia de la América, porque han combatido con arrojo, vino á consolidar con su brazo, la obra de aquellos héroes, defendiendo las instituciones y la libertad de Buenos Aires contra el hierro fratricida de los caudillos, después de haber sido el azote incansable de los tiranos de la República.

El Gobierno, que desea asociarse al profundo y muy justo pesar que siente el pueblo de Buenos Aires, por esta desgracia pública, que le ha privado de uno de los más virtuosos y valientes defensores de la República, queriendo, además, perpetuar su memoria, y tributar altos y bién me-

recidos honores al benemérito Brigadier general don José María Paz, ha acordado y—

DECRETA:

Art. 1º Por el Ministerio de Guerra y Marina, se ordenará lo conveniente, para hacer al ilustre finado los honores correspondientes al elevado grado militar que ocupaba en el ejército del Estado.

Art. 2º El Gobierno, con todas las autoridades, corporaciones, y empleados civiles y militares, se dirigirá á la casa mortuoria, para acompañar hasta el cementerio público del Norte, á las doce del día de mañana, los restos mortales del Brigadier general, don José María Paz.

Art. 3º Todos los referidos empleados civiles y militares, llevarán luto en el brazo izquierdo, que conservarán hasta el 24 del corriente.

Art. 4º Todo lo necesario para el entierro, exequias, y demás gastos funerarios, será de cuenta del Estado; y por su cuenta igualmente, se levantará un mausoleo, en que se perpetúe la memoria de los grandes servicios públicos del ilustre finado, y la gratitud del Estado, y del Gobierno, por ellos.

Art. 5º El día en que tuvieren lugar las exequias fúnebres, se harán las mismas demostraciones de duelo, y asistirán igualmente á ellas, el Gobierno y todas las autoridades, corporaciones, y empleados civiles y militares, encargándose al Departamento de Guerra y Marina, las órdenes para los altos honores militares debidos, y recomendándose á las autoridades eclesiásticas, la solemnidad religiosa correspondiente en ese acto.

Art. 6º Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

PASTOR OBLIGADO.
IRENEO PORTELA.—JUAN BAUTISTA PEÑA.—MANUEL ESCALADA.

ORDEN GENERAL

La Patria de los Argentinos acaba de perder uno de sus más beneméritos guerreros de la Independencia. El ilustre general Paz, ha dejado de existir hoy á las seis y media de la mañana, pasando á la morada de los justos. El Gobierno, y el ejército todo, lamenta esta inmensa pérdida; ella, por las virtudes y capacidad militar del finado General, deja un gran vacío entre sus compañeros de armas, verdaderos apreciadores de su mérito. En su virtud, se ordena por disposición superior, que el ejército use luto por tres dias desde hoy; que se establezca en el acto una guardia de honor por el batallón San Martín, en la casa mortuoria, para custodia del cadaver, á la quc concurrirán los jefes nombrados de la Plana Mayor, para alternar entre ellos, á fin de permanecer allí constantemente dos, hasta su traslación, mañana, al Cementerio, la que tendrá lugar á las doce. El batallón San Martín formará de gran parada á la misma hora, al frente de la casa mortuoria, con una batería de artillería de cuatro piezas, y un piquete de treinta hombres de caballería de la Escolta de Gobierno. Una comisión, compuesta de los señores brigadier, don Guillermo Brown, y generales, don Matias Zapiola, don Gervasio Espinosa y don José M. Pirán, formará el duelo, y ocupará uno de los coches dispuesto al efecto, destinándose el otro para los deudos. Los señores Generales, Jefes, y Oficiales francos, que puedan concurrir, se les recomienda su asistencia, como un homenaje justo á la memoria del ilustre finado. El batallón y la batería de artillería que forma el cortejo, harán una descarga al tiempo de sepultarlo, y acto continuo la batería Libertad, disparará quince cañonazos.

Rojas.

AVISO OFICIAL

DEL MINISTERIO DE GOBIERNO

Debiendo mañana á las doce del día, ser conducidos á su última morada los restos mortales del ilustre Brigadier general don José María Paz; y deseando el Gobierno que este acto tenga lugar con toda la solemnidad que se merece la memoria de aquel distinguido patriota, se invita á nombre del mismo Gobierno, á acompañarle en esa ceremonia, desde la casa mortuoria, de donde saldrá el acompañamiento, á todos los señores que gusten concurrir.

Buenos Aires, Octubre 22 de 1854.

José Manuel Lafuente,
Oficial Mayor.

NECROLOGÍA

EL GENERAL DON JOSÉ MARÍA PAZ.

El Estado de Buenos Aires, ha perdido al más virtuoso defensor de sus derechos; la Nación Argentina, ha perdido al más ilustre de sus hijos; las Repúblicas del Río de la Plata, han perdido al más noble campeón de sus libertades; la América toda, ha perdido ayer su primera inteligencia militar, el más habil General, que reunía en sí á la pru-

dencia salvadora del Favio Romano, las virtudes de Epaminondas, y las valientes y seguras combinaciones del genio de Turena.

Ayer á las seis menos cuarto de la mañana, espiró en el lecho del dolor, el Brigadier argentino don José María Paz.

La luz del nuevo día, disipando las tinieblas de la noche, vino á herir la pálida frente de un cadaver laureado, cuyo último suspiro, ha de resonar por largo tiempo en el corazón de todos los argentinos.

La triste noticia, difundida con rapidéz por toda la ciudad, fué la señal de un duelo general; el ejército vistió espontáneamente luto, en señal de dolor; los placeres se interrumpieron; los espectáculos se suspendieron desde temprano, y el pueblo entero ha acudido durante todo el día y la noche de ayer, á dar el último adios al ilustre veterano, tendido sobre su féretro. Una compañía del batallón San Martín, con bandera y cajas enlutadas, daba la guardia de la casa mortuoria, y dos coroneles se turnaban de hora en hora, velando el sueño de la eternidad, á la cabecera de aquel frío lecho, del cual, el hombre no se levanta jamás. El cadaver del ilustre General, fué embalsamado por orden del Gobierno, y así, se depositó en el féretro.

El general Paz ha muerto á los sesenta y tres años de su edad. Nacido en Córdoba en 1791, fué uno de los primeros que empuñó la espada libertadora, apenas estalló la revolución del 25 de Mayo de 1810; desde entonces, no ha caido un solo día de su mano, ni ha cesado de dar golpes sobre las cadenas de nuestra esclavitud, hasta que la muerte ha venido á postrar en tierra, para siempre, y desarmar el brazo del infatigable campeón de nuestras libertades.

El general Paz, en el curso de su vida militar, se ha hallado en veinte y dos campos de batalla: Salta, Tucumán,

Pequcreque, San Lorenzo, Puesto Marques, Wiloma, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, Tamacuá, Ituzaingó, Filiberto, le han visto combatir contra los enemigos de la patria, así en la derrota, como en la victoria; San Roque, la Tablada, Oncativo, la Herradura, Pilar y Calchines, le han visto combatir por su creencias políticas, oponiendo su espada al caudillaje; Caaguazú, Montevideo y Buenos Aires, le han visto combatir por la libertad Argentina, con la austera firmeza, y la sublime y modesta abnegación de un varón incontrastable, que sin buscar aplausos, ni tener reprobaciones, procuraba llenar cumplidamente su deber, iluminado por la lúz interna de su conciencia.

El general Paz ha mandado en jefe seis ejércitos, y todos esos ejércitos han sido modelos de organización militar, y ha vencido siempre, porque sabía preparar con perseverancia, los instrumentos del triunfo.

Ha mandado en jefe cinco batallas campales, y las cinco, las ha ganado completamente, apoderándose de la totalidad del ejército enemigo; y esos triunfos han sido debidos, á su alta inteligencia de la guerra, á su pericia militar, á las combinaciones de su genio prudente, más que á la fuerza, que subordinaba á sus cálculos elevados.

Ha presidido á los dos sitios más gloriosos y más memorables que cuenta la historia del Río de la Plata, y que forman los dos timbres más hermosos de su gloria política y militar.

Ha sido dos veces Gobernador de dos provincias, dos veces Ministro de Guerra, dos veces Director de la Guerra contra Rosas; ha dado su tiempo, su sangre, su alma, su inteligencia, su brazo, su reputación, su felicidad, al servicio de la Patria, y ha muerto pobre, como mueren entre nosotros los hombres ilustres, y los hombres virtuosos; y ha vivido olvidado de sí, pensando en los demás, y traba-

jando para ellos, sin esperar ni pedir recompensa por tan nobles sacrificios.

El general Paz es la gloria más pura y más excelsa de la desgraciada patria de los argentinos; es el símbolo más completo de las grandes cualidades del guerrero, unidas á las virtudes cívicas y privadas, que hacen de ese bello caracter, el tipo de un heroe de Plutarco.

Fué poderoso, sin tener más ambición, que obrar el bién de su patria;

Fué enérgico, sin mancharse jamás con ejecuciones arbitrarias y sangrientas;

Fué General, sin ser caudillo;

Vencedor, supo conservar su moderación;

Cautivo, supo conservar su dignidad;

Desterrado, supo conservar el fuego sagrado que lo animaba;

Muerto, ha descendido al sepulcro con la aureola del más habil, del más ilustre, del más constante, y del más virtuoso soldado del ejército argentino.

Que la tierra le sea leve, y ya que no le ha sido dado ver organizada y felíz esa patria argentina, á la que consagró todos sus afanes, que al menos repose en paz, hasta el día en que con palmas en las manos los pueblos unidos, conduzcan sus restos mortales envueltos en la bandera de Mayo, al panteón de los grandes hombres de la nación argentina.

«El Nacional» Octubre 23 de 1854.

SUSCRICIÓN

Registramos un aviso sobre una suscrición á favor de los hijos del finado general Paz, y podemos decir desde ahora, que si el estado en que dejaba á su familia, amarga-

ba los últimos dias del ilustre General, el pueblo de Buenos Aires, atenderá sin la menor duda, á los hijos del hombre virtuoso, que consagró su vida entera á la defensa de su Patria, y que al morir no les deja más que el honor de su nombre.

AVISO

Suscrición á favor de los hijos menores del finado General don José María Paz

Habiéndose hecho el día de ayer una numerosa reunión para levantar una suscrición, á favor de los hijos del finado General, han nombrado para recolectarla, á los señores doctor don Dalmacio Velez Sarsfield, don Mariano Saavedra, don Manuel José Cobos, y don Ambrosio Lezica, los cuales entregarán las cantidades que reunan, al señor don Manuel Ocampo, para que oficialmente las ponga á depósito á interés en el Banco, de donde no podrán sacarse durante la menor edad de los hijos del finado General, entregándoles sus intereses para su subsistencia.

Los señores á quienes no fuese posible pedirles directamente, y quisieren favorecer á los hijos del señor general Paz, podrán mandar su nombre con la designación de la cantidad que ofrezcan, á las oficinas de la imprenta de «El Nacional».

«El Nacional» Octubre 23 de 1854.

MÉTODO DE CURACIÓN

Como toda observación, completa por la autopsia, presenta algún interés, me he dedicado á publicar esta. Ella no ofrece nada de muy extraordinario, no es un caso raro,

pero la duración de la enfermedad, las recaidas tan frecuentes, y las alteraciones de la inteligencia, han ocupado tanto la atención de los diferentes facultativos que me han acompañado, y cooperado con todo el poder de su inteligencia, al alivio de un personaje de tanta importancia, que creo util compendiar los diferentes síntomas que hemos observado, y consignar las alteraciones patológicas, que ha presentado la autopsia.

El general Paz, tuvo por primera vez, en el mes de Mayo, un ataque de congestión cerebral con forma epileptiforme, que determinó una paralisis del lado izquierdo, estado de que se triunfó á fuerza de un tratamiento sabio y enérgico, quedando después de algún tiempo en un estado en apariencia satisfactorio, hasta que se empezó á notar por algunas personas que lo rodeaban, fenómenos que llamaron su atención, tales como un cambio notable en su caracter y habitudes, falta de memoria, é inclinación al sueño, y que fuí llamado á apreciar y remediar. Los síntomas que se presentaron á mi observación, fueron inyección de la cara, adormecimiento notable, postración de fuerzas, pulso lleno y frecuente, ligera desviación de la boca hacia el lado derecho, perturbación de la inteligencia; mi primer idea fué, que tenía que combatir una congestión cerebral, que podía traer como resultado, la hemorragia en dicho órgano; el tratamiento disipó al poco tiempo el estado congestivo, quedando solamente la falta de memoria, la incoherencia de sus ideas, y una debilidad notable en el lado izquierdo del cuerpo; durante los quince primeros dias, volvió á repetirse, por cuatro veces, el estado de congestión, quedando después que pasaba, siempre las alteraciones ya notadas; en este tiempo, se había usado del tratamiento racional en estos casos, como las sangrias, generales y locales, derivativos sobre el tubo intestinal, aplicaciones frias, baños, vegigatorios, y

todos los medios conocidos, que solo dominaban el estado confectivo, pero que nada modificaban las alteraciones de la inteligencia y del movimiento; fué entonces, que no tuve duda, que tenía que luchar con una afección grande del cerebro, y pedí el consejo y cooperación de otros facultativos. En la primer consulta, manifesté mis temores, de que teníamos que tratar de una alteración patológica de lo tegidos del cerebro, y que esta era probablemente un reblandecimiento, idea que también tuvieron mis comprofesores, llamados en consulta. En el tratamiento, durante el curso de esta larga enfermedad, en que se han repetido los mismos síntomas, ya aumentando ó disminuyendo, á fuerza de los cuidados más perseverantes, que hicieron agotar todos los recursos que la ciencia nos ofrece, hasta llegar el momento, que desgraciadamente viene en las afecciones graves del cerebro, que, ó arrebatan bruscamente la existencia, ó cuyo efecto, es abolir poco á poco la inteligencia y la facultad de sentir y de moverse, como ha sucedido en el caso de que me ocupo.

No concluiré esta ligera historia, sin hacer una mención honorable de mi compañero el doctor Duchesnois, quién se ascribió voluntariamente en la primer enfermedad del señor general Paz, y habiendo sido solicitado en esta última, ha sido incansable en auxiliarme diariamente con sus conocimientos profesionales, y prodigar, cuando estos eran inútiles, los consuelos más afectuosos.

AUTOPSIA

Habiendo procedido á la autopsia, con el doctor Duchesnois, encontramos, abierto el cráneo, una inyección considerable de las venas superficiales del cerebro, una secreción sero albuminosa, hacia el vértice de los hemisferios, bajo la aracnoides, que en algunos puntos estaba inyecta-

da; toda la sustancia cerebral, presentaba un grado ligero de reblandecimiento, á excepción del cerebelo, que conservaba su consistencia normal; toda la parte anterior del cóbulo derecho, estaba en un grado de reblandecimiento y difluencia remarcable, sin cambio notable de color en la parte posterior; del mismo lado se observan tres puntos del mismo caracter, y de ocho á doce líneas de dimensión; descubriendo los ventrículos, se encontró una abundante exalación serosa; no se ha encontrado en otro punto de este órgano, otra alteración que las que ya se han indicado.

EMBALSAMAMIENTO

Diéz y seis onzas de sublimado fueron disueltas en dos litros de alcohol. Seis dracmas y media de ácido arsenioso se disolvieron en la cuarta parte de un litro de agua caliente. Una dracma de esencia de clavo, una onza de esencia de lavanda, fueron mezclados con dos litros de alcohol; las tres cuartas partes de estas soluciones se inyectaron en la arteria carotida primitiva izquierda, y el resto en las dos pleuras y el peritoneo, después de evacuar los gases; todo el cadaver fué después envuelto en una triple venda de tela.

Julián Fernandez.

CRÓNICA LOCAL

Honores rendidos al cadaver del ilustre General Paz

A las cinco y tres cuartos de la mañana del día de ayer, este ilustre patriota y esclarecido defensor de las libertades argentinas, había desaparecido de entre nosotros; á las seis fué ordenado por el Superior Gobierno al Comisario, capitán Rossi, mandándose preparar tres cajones para encer-

rar en ellos los restos preciosos del ilustre finado, siendo uno de plomo, otro de pino, y el último de caoba.

Por la inspección General se libraron inmediatamente las órdenes, á fin de que se hiciese de un modo conveniente el servicio de honor á tan respetables restos, y en su consecuencia, se estableció desde luego una guardia de oficiales superiores.

Habiendo dado orden S. E. el señor Gobernador, para que fuese embalsamado el cadaver, esta operación fué hábilmente practicada por los facultativos, según el nuevo sistema de inyecciones. Hiciéronle igualmente la autopsia en la cabeza, y de ella resultaron confirmados los diagnósticos de dichos facultativos, sobre la enfermedad que ha privado á la República, del mejor de sus hijos. En adelante publicaremos el acta levantada por los facultativos, en que explican los detalles de la enfermedad de un modo más claro y lógico, de lo que nos es dado hacerlo á nosotros.

La sala de la casa mortuoria, fué vestida de rigoroso luto: levantándose en su centro un sarcófago adornado de banderas, sobre el que se hallaba colocado, abierto el cajón que contenía los preciosos restos, á la espectación pública.

Vestía el General la casaca que llevaba durante la defensa de Montevideo. Sobre el cajón, estaban colocados entre guirnaldas de flores y coronas, la casaca de Brigadier y el sombrero apuntado, adornado de plumas blancas, y la rica espada de oro, con que el pueblo de Corrientes obsequiara al finado. Dicha espada contenía la siguiente inscripción: *El Congreso de Corrientes, al vencedor de Caaguazú* (1). Hacíanle la guardia, dos centinelas, dos oficiales coroneles, y

---

(1) La inscripción dice: *La gratitud del pueblo correntino, á su Libertador, el brigadier don José María Paz.*

(*El Editor*).

un oficial abanderado, que tenía en sus manos, desplegada y enlutada, la inmortal bandera azúl y blanca.

Desde las cuatro de la tarde del día de ayer, la casa mortuoria ha sido un verdadero jubileo de gentes de todas las escalas de la sociedad, que iban á ver por última vez, el apagado rayo, y el helado brazo, vencedores en tantas batallas. El pueblo generoso y patriota de Buenos Aires, ha hecho ayer y hoy, su ovación de lágrimas sobre los restos del incansable vencedor de los caciques. La Asamblea General se reunió anoche á las siete y media, y nombró dos comisionados que la representen hoy en el cortejo fúnebre.

Hoy á la una de la tarde, se movió el convoy hacia el cementerio del Norte: formaban el batallón San Martín, cincuenta hombres de caballería, cuatro piezas de artillería, y los jefes y oficiales de la guarnición, presidiendo el duelo, la comisión de la Asamblea General, y otra de Generales, representando el ejército, el Gobierno, la lista civíl, y un inmenso pueblo, que seguía á pié haciendo el cortejo.

En el momento de cerrar nuestro diario, el cortejo habrá llegado quizá al cementerio. Mañana daremos los demás pormenores, así como las alocuciones.

El pueblo de Buenos Aires, fiél apreciador de las nobles virtudes de sus grandes hombres, así como su Gobierno, hacen todo cuanto está de su parte, para pagar en parte, la inmensa deuda contraida para con el ilustre General, cuya muerte lamentamos. Las provincias interiores, lo mismo que la República Oriental, reconocen igual deuda, y no dudamos que ellas se apresurarán á su vez, á testimoniarle igualmente su reconocimiento y gratitud.

Que reposen, pués, en paz, los restos del ilustre vencedor de San Roque, la Tablada, Oncativo, Montevideo y Buenos Aires, mientras su nombre vive grabado para siempre, en el corazón de todos los argentinos.

«El Nacional» Octubre 23 de 1854.

HONORES FÚNEBRES

Los grandes hombres son como las grandes montañas: miradas á la distancia desaparecen sus asperidades, y solo se contempla la magnitud de su masa y la armonía del conjuto. Por eso ha dicho un escritor de nuestros dias: «¿Quereis ser grandes hombres mañana? Moríd hoy».

El general Paz era uno de esos hombres á quién puede calificarse de grande, pero como era modesto en su abnegación, severo en el cumplimiento del deber, austero hasta en los actos más insignificantes de la vida; como no aspiraba á hacerse partidarios, sinó á servir á la patria; como no tenía ambición, como odiaba por instinto y por convicción el caudillaje; como era uno de aquellos varones justos, cuya alta moralidad impone el respeto y la veneracion, más que inspira el entusiasmo efímero que brota al calor de cualidades más brillantes, pero menos sólidas, el general Paz en vida, era en apariencia, menos grande de lo que se nos presenta hoy tendido para siempre en el sepulcro, y sin embargo, esa especie de opacidad de su larga y trabajosa carrera, es la aureola resplandeciente que rodea hoy las sienes del decano del ejército argentino, cuyo elevado caracter honra á su patria, tanto ó más que sus hechos militares. Obraba el bién por instinto, era justo sin afectación, era grande en el campo de batalla, en el destierro, en la prisión, y hasta en el rincón oscuro del hogar doméstico, y en ninguna de estas situaciones, se desmintió ese caracter fundido en el molde de un heroe de la antigüedad.

El pueblo de Buenos Aires, en cuyo seno ha gozado el general Paz los únicos momentos de tranquilidad que ha

tenido en su vida, ha sabido comprender ese magnánimo caracter, y le ha consagrado espontáneamente la espléndida ovación, que solo alcanzan aquellos á quienes se consagra un culto por sus servicios y sus virtudes, y á quienes se levantan altares en el corazón de cada ciudadano.

En el día de ayer, los restos mortales del Brigadier general argentino don José María Paz, fueron conducidos al cementerio del Norte. El pueblo entero de Buenos Aires, las corporaciones civiles y militares, el ejército, presididos por el gobierno del Estado, y marchando á pié detrás de su féretro, condujeron sus restos á la morada del eterno descanso, marchando bajo un sol abrasador por el espacio de más de media legua.

Antes de descender el cadaver á las lobregueces del sepulcro, resonaron en torno del ilustre muerto, las preces de la Iglesia, que lo acompañaron hasta el borde mismo de la fosa. Colocado el féretro al borde de ella, un silencio religioso siguió en todo el cementerio, y entonces el coronel don Bartolomé Mitre, en nombre del Ejército, pronunció las siguientes palabras:

« Señores:

«Hé aquí otro antiguo veterano de Mayo, que deja un nuevo claro en las filas raleadas por el infortunio y la metralla; hé aquí otro atleta de la revolución americana, que cae exhausto de fatiga al pié de su bandera; hé aquí al más ilustre soldado de la patria de los argentinos, vencido por la muerte, que solo la muerte pudo vencerlo y desarmarlo. La espada que ha caido de su brazo, ha resplandecido en su diestra por el espacio de cuarenta y cinco años, y el espíritu inmortal que lo animaba, ha volado al seno de la divinidad, dejando impregnada nuestra atmósfera, con el perfume eterno de sus virtudes y de sus glorias.

« Ya nunca más el nombre glorioso del general Paz se oirá repetir con entusiasmo entre las masas populares; ya nunca más resonará su voz en los campos de batalla, ni será saludado vencedor laureado, por las falanges que condujo á la victoria, ni se le verá dictar la ley entre los próceres de la patria, y marchar con paso seguro, hacia los altos destinos que le esperaban; pero el lamento de un pueblo entero, pero las bendiciones de la posteridad, resonarán eternamente en torno de ese melancólico sepulcro, y este apoteosis sublime de la muerte, vale mucho más que las vanas pompas de la vida. Ese ilustre muerto, que descansa por siempre tendido en su sepulcro, jamás aspiró á esas pompas; profesaba la religión austera del deber; no buscaba la efímera gloria de la popularidad, ni pedía la gratitud, ni temía la reprobación, porque á su conciencia rígida, bastaba llenar cumplidamente su deber; y lo ha llenado cumplidamente, como no lo llenó nadie en esta tierra, como no lo ha llenado ninguno de los que en este momento rodean su sepulcro. En presencia de esa tumba, que encierra en breve espacio, medio siglo de trabajos y de infortunios, la capacidad militar más vasta de la América del Sud, la gloria más excelsa de nuestra patria, las ideas más elevadas del patriotismo, la probidad más severa, y lo que vale más que todo esto, la virtud más acrisolada del ciudadano, en presencia de ese sepulcro, señores, somos bién pequeños los que lo rodeamos. El general Paz nos lega la más rica herencia de su nombre y de su gloria, y en cambio, nada le hemos dado, nada nos ha pedido: ni poder, ni riqueza, ni gratitud, ni nada de lo que puede halagar la vanidad humana; bastaba á esa alma tan bién templada, la satisfacción de cumplir con su deber. El, no pidió á su patria sinó un lugar entre los combatientes de la buena causa; él, no pidió al poder sinó los medios de servir á su patria; él, no pidió á las armas sinó la fuerza para hacer triunfar

los principios de su credo polítíco; él, no pidió al corazón de los demás, sinó la firmeza para perseverar en la religión austera del deber. Modesto y desinteresado, lleno de esa sublime abnegación, que caracteriza á los hombres predestinados para llevar á cabo grandes cosas, es el tipo, el símbolo más alto del sacrificio sin ostentación, que derrama á manos llenas su existencia á lo largo del camino de su vida, sin esperar más recompensa, que la aprobación silenciosa de su conciencia. Por eso ha muerto pobre, por eso ha sido desgraciado, por eso no ha probado en su vida la embriaguéz del mando supremo; esta circunstancia es la bella aureola que rodea su frente inanimada, porque para coronar tan noble vida, para completar tan sublimes sacrificios, para hacer comprender que su nombre nada debía á las formas exteriores que rodean al poderoso, era lógico, era necesario, que se presentara así, á presencia de su Dios, del Dios que le envió á esta tierra infortunada, para llenar una misión de que ha sido el apostol armado. Sí, era lógico, era necesario que muriese así, despojado de ese falso brillo, dejando rica á la tierra con su gloria, y muriendo pobre, sin deber nada á nadie, debiéndole á él, todos, su existencia y su libertad; porque servicios tan eminentes como los del general Paz, porque virtudes tan excelsas como las de ese ilustre muerto que duerme el sueño de la eternidad, no tiene el mundo precio con que pagarlas. No culpamos por esto á la ingratitud de los pueblos; la Providencia lo ha querido así, sin duda para darnos en ese ejemplo de una existencia tan gloriosa como infortunada, tan pura como borrascosa, una lección viva que muestre de lo que es capáz el patriotismo, y aliente en la escabrosa senda del deber, á los que marchan trás sus huellas luminosas. Bello destino, que envidiarán las almas fuertes que no vén la felicidad en la satisfacción de sus apetitos: vivir cumpliendo con su deber; y morir, con mansa resignación en-

vuelto en el manto de una gloria, que fué la obra exclusiva de sus altas inspiraciones.

« Al fin reposa en el sepulcro ese infatigable trabajador de nuestra felicidad, que hace cerca de medio siglo no ha tenido una sola hora de descanso; vivió en medio de las borrascas que nos han agitado, y jamás desertó el puesto de la labor común. Alma sensible, formada para gozar y comprender las dulzuras de una existencia tranquila, ha pasado los últimos cuarenta y cinco años de su larga y fatigosa carrera, ó bajo la tienda del campamento militar, ó en el calabozo del cautivo, ó en las tristes mansiones del destierro; esas han sido sus posadas sobre la tierra; la postrera, es la tumba. Era preciso que así fuese, pára que el sacrificio magnánimo, brillase en todo su esplendor.

« Permitidme arrojar una mirada retrospectiva sobre la brillante y melancólica carrera de ese muerto, laureado por la victoria, y ungido por el infortunio.

« Hace cuarenta y cuatro años, que esos frios despojos que yacen en el sepulcro, sustentaban á un joven lleno de vida, de entusiasmo y de esperanzas. La centella de la revolución de Mayo, había incendiado su alma en el fuego santo del patriotismo, y poseido de ese noble aliento que templa los caracteres varoniles, ese joven había ceñido la espada, y marchaba á incorporarse á las legiones de la patria, en el Alto Perú. Salido de Córdoba, la tierra querida de su nacimiento, ese joven era conductor de las armas con que debian armarse las legiones inermes del alto Perú, porque en aquella lucha de gigantes, los hombres se lanzaban á la pelea, sin más armas que sus brazos, y con ellos triunfaban. A treinta leguas de Córdoba, el joven oficial, que no era otro que el mismo don José María Paz, que entonces apenas tenía diéz y seis años, se encontró con el mayor Tollo, que traía á Buenos Aires la noticia de la batalla de Suipacha, del primer triunfo que coronó las armas de la

Nación Argentina. El joven Paz, dijo al mayor Tollo, que él marchaba á incorporarse al ejército del alto Perú, para participar de sus peligros, y ayudar á sus hermanos, en la magnánima empresa que habian acometido. El mayor Tollo, parándose sobre sus estribos, con toda la arrogancia de un vencedor, le contestó: *Ya es tarde; las armas de la patria han triunfado completamente en Suipacha;* y siguió su camino, dejando á Paz desalentado y sumido en la más profunda melancolía. Le he oido repetir varias veces este suceso, y me ha asegurado, que casi lloró de tristeza en aquel momento. En su inexperiencia de la vida, en la sublime aspiración de una alma devorada por el amor de obrar el bién, creyó que ya no había lugar en las filas para un nuevo combatiente, y que las puertas de la gloria se le cerraban para siempre. No le fué dado en aquel momento presagiar al través del tiempo, el porvenir de su patria, que en su primitiva inocencia de la vida pública, creía que había conquistado la libertad y la paz, en un solo combate; y sin embargo, ese joven, que asi desesperaba de los altos destinos que le esperaban al pisar el umbral del templo de la gloria, es el mismo que hace cerca de medio siglo, no ha cesado de combatir por los principios de Mayo; es el mismo que en tan largo espacio de tiempo, ha sustentado con vigor en su mano la bandera de la civilización en estos paises, y cuya espada ha estado dando golpes repetidos sobre las cadenas de nuestra esclavitud, por el espacio de cuarenta y cinco años, desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el 22 de Octubre de 1854, época infausta de su muerte.

« En el curso de tan larga y fatigosa carrera, el general Paz ha representado dignamente, la fortaleza y el sacrificio, de que ha sido siempre la más bella y más alta expresión. Poseía esas cualidades sobresalientes del guerrero, y esa fé incontrastable que siempre anima al justo, que inoculan en los pueblos, el aliento para salvarse, obedeciendo á la

mano poderosa que los conduce. En esos momentos solemnes, de que está llena nuestra historia, cuando el poder de la buena causa se ocultaba entre el polvo de la derrota, cuando los lauros de la libertad se marchitaban, cuando los corazones pusilánimes renegaban de la esperanza, y los cobardes desertaban de las filas, próximas á ser debeladas por la tiranía y la barbarie, allí se nos presenta la noble figura del general Paz, con la severa intrepidéz que cuenta con los recursos de su genio, para levantar del polvo la bandera caida, para reanimar la antorcha moribunda que se apagaba, para templar de nuevo los corazones al calor de su incontrastable corazón, para conquistar nuevos lauros, y salvar la causa que parecía perdida.

« Tal ha sido la misión que ha llenado entre nosotros ese guerrero que yace inanimado en el sepulcro.

« Recorred las páginas inmortales de su vida política y militar, y le vereis constantemente rehaciendo falanges derrotadas para conducirlas nuevamente á la victoria.

« En 1828, él repara en el interior con sus triunfos, los desastres de su partido en Buenos Aires, combatiendo contra los caudillos que atormentaban á los pueblos, y habría tal vez coronado su obra, si esa fatalidad, que siempre lo ha perseguido en medio de sus más giganteseas empresas, no hubiese paralizado el desarrollo de sus atrevidas concepciones políticas y militares.

« En 1839, él, oscuro fugitivo de Buenos Aires, que huía, no de la muerte, sinó de los favores con que el tirano de su patria pretendía mancharlo, llega al campamento del general Lavalle, en los momentos en que el ejército Libertador acababa de ser batido en el Sauce Grande, el mismo que más tarde fué derrotado en el Quebracho, y cuyas últimas reliquias, se han arrastrado batallando hasta los Andes, marcando su itinerario con un ancho reguero de sangre generosa, hasta conducir á la tierra extraña, el cada-

ver de su heroico General. Mientras esto sucedía, el general Paz organizaba un nuevo ejército Libertador en la provincia de Corrientes, que parecía exhausta de recursos; reanimaba el espíritu público decaido, y preparaba modesta y silenciosamente, la rehabilitación de la libertad argentina. Cuando todos habian caido, cuando el tirano Rosas, aparecía por todas partes triunfante, y cuando parecía que ya nada había que hacer, sinó tender el cuello á la cuchilla del verdugo, entonces, en ese momento aterrador y solemne, el general Paz desplegó la enseña de los libres del otro lado del Paraná, y el triunfo espléndido de Caaguazú, resultado de sus profundos cálculos militares, restableció nuevamente el equilibrio de la lucha contra la tiranía, haciendo concebir la esperanza de un desenlace próximo y favorable.

« Cuando ya parecía que tocaba el término de sus árduos trabajos, otra de esas fatalidades que siempre le persiguieron, lo separó de la escena pública, y todo se perdió en el fúnebre campo de batalla del Arroyo Grande. Montevideo fué entonces la última esperanza, el último refugio, el último baluarte de la libertad y de la civilización del Río de la Plata, y en esos momentos desesperados en que casi todos se preparaban á tender las manos á las cadenas, allí también se presentó sereno el general Paz para clavar con denuedo en lo alto de la brecha, la bandera de la nueva Troya, que por el espacio de diéz años, ha desafiado el poder de Rosas, desde los muros de Montevideo, de cuyo centro partió más tarde el movimiento que dió en tierra con él.

« Más tarde, lo vemos otra vez en los momentos del conflicto, reorganizar las indomables legiones de Corrientes, reunir bajo sus banderas, doce mil soldados, y ser de nuevo paralizado en la carrera ascendente de sus triunfos, por otra de esas fatalidades que solo á él le estaban reser-

vadas. Desapareció él de la escena, y todo se perdió. En medio de este naufragio, la libertad argentina, vencida en todas partes, alzaba el último fanal de la esperanza sobre las murallas de Montevideo, salvadas bajo el escudo de la pericia militar del vencedor de Caaguazú.

« Pero aún faltaba la última prueba á esta vida de abnegación y fortaleza, que nunca desertó las causas perdidas, que simbolizaban los altos y generosos principios de su fé política. Restituido al seno de la patria, permaneció tranquilo sobre sus armas, hasta que sonó la hora del verdadero peligro. Sitiado Buenos Aires, rotas nuestras falanges en San Gregorio, perdida toda su esperanza de un advenimiento honroso, la situación era casi desesperada; entonces el general Paz aparece por última vez en la escena pública, para salvar á Buenos Aires, para acompañarlo hasta el día del triunfo, y retirarse después modestamente á la oscuridad de la vida privada, pobre como ha vivido, pobre como ha muerto.

« Pero al menos ha muerto en el seno amoroso de la patria, ha muerto á la sombra de su vieja bandera, en medio de los suyos, rodeado del amor, de la veneración y de las bendiciones de todo un pueblo, que le ha acompañado en su lenta y dolorosa agonía, y que le acompaña hasta este momento en que vá á descender para siempre, á la mansión misteriosa del sepulcro.

« ¡Leve le sea la tierra de la patria que tanto amó! Al darle nuestro último adios, á las puertas de la eternidad, rieguen nuestras lágrimas esa gloriosa tumba, para que, como se dijo al borde de un sepulcro, húmedo todavía, nos las retorne en esas misteriosas bendiciones de los muertos, que alientan la virtud, cuando flaquea, la energía, cuando desfallece, y la perseverancia, cuando desespera.

« ¡Adios por siempre! ¡¡Gloria en el mundo y paz en el

sepulcro, á las cenizas del Brigadier general argentino don José María Paz!! »

En seguida el doctor don Valentín Alsina, como representante del cuerpo legislativo de que el general Paz hacía parte, pronunció con profunda emoción, el siguiente discurso, que arrancó lágrimas de los ojos de su auditorio:

« Señores:

« Rodeamos aquí un ataúd del que brotan inspiraciones fuertemente melancólicas, porque la presencia del depósito venerable que se le ha confiado, renueva honradamente los sentimientos de nuestras almas, y aviva recuerdos que serán imperecederos.

« Ni podía ser de otro modo. No es la mediocridad vulgar, ni la fastuosa riqueza, ni el poder orgulloso, sinó que es el mérito reál, los servicios eminentes, la probidad en su mayor alteza, lo que estaba simbolizado bajo el respetable nombre de José María Paz.

« Doloroso es, sin duda, que cuando este hombre, por todos aspectos benemérito, rodeado de una aureola de gloria, y de la estimación de todos los buenos, parecía haber empezado á gozar el reposo de que casi siempre se vió privado en su borrascosa existencia, sea entonces, á los sesenta y tres años de edad, que la Providencia le arrebate á su familia, que le llora, á sus amigos, que le veneraban, y á Buenos Aires, que tanto necesitaba de su cabeza y su prestigio. ¡Inclinémonos, señores, ante sus decretos inescrutables!

« ¡¡¡Paz, ha muerto!!! Por todo el ámbito de la República Argentina, estas lúgubres y penetrantes palabras, acallan-

do por el momento pasiones menos nobles, y agitando sentimientos generosos, ván á tener una sublime repercusión en todos los corazones verdaderamente argentinos.

« Sí, señores. Porque se trata de Paz, cuyo nombre y cuyas glorias, son ya el patrimonio común de todos los argentinos. ¡Oh! Pocas ilustraciones, tan merecidas y tan puras, como la del hombre que está ahí, tendido é inerte, presenta la historia de los paises del Plata. El, saludó entusiasmado los albores de la gran revolución americana, ciñéndose á los quince años de edad, la espada consagrada á defenderla y afianzarla; y desde entonces, viviendo la vida de los campamentos, aumentando siempre los conocimientos adquiridos en el colegio, siguiendo perseverantemente todas las vicisitudes de la guerra de la independencia argentina, conquistándose nuevas palmas en las llanuras de Ituzaingó, combatiendo después, y venciendo siempre en las batallas contra el caudillaje y el despotismo interno, este hombre, señores, supo, por su indisputable mérito, por su elevada inteligencia, ascender de grado en grado, desde el más modesto hasta el más eminente de nuestra milicia; y en todas partes, y en todas épocas, exacto como oficial, valiente como jefe, vencedor como general, honrado como administrador, intachable hasta como hombre privado, y siempre en la pobreza, ha completado el círculo de su ilustre carrera, llegando á las puertas de este sepulcro, con una reputación esplendente é inmaculada.

« ¿Ni cómo olvidar tampoco, señores, el especialísimo mérito que contrajo el virtuoso Paz, para con el pueblo de Buenos Aires, cuando plugo al cielo, enviar sobre este, tantas horas de amargura, de prueba y de infortunio? ¡Ah! ¿Olvidarlo? ¡Jamás! porque no es cierto, señores, ¡no! que las Repúblicas sean ingratas. Por eso, el pueblo de Buenos Aires ha seguido con tan viva atención los progresos del

mal que le consumía; por eso, ha oido profundamente conmovido, que su interesante vida había apagádose; por eso, con el luto en el corazón, le acompaña hasta este recinto, tributando á su memoria querida, una elocuente ovación de respeto y gratitud.

« Acéptala, Paz, acéptala. Mi voz es apenas un debil reflejo del poderoso sentimiento que lo ha producido; pero yo, intérprete de él, al hacerte mi última despedida, ruego al Dios que te ha llamado á su seno, que se digne dar á la patria común de los argentinos, hombres públicos como tú; hombres que, como tú, lleguen á ser su honor y su orgullo, y que, fijos constantemente en el grandioso ejemplo de tus virtudes, marchen siempre sobre los rastros luminosos de tu gloria.

« ¡Descansa en paz! »

El doctor don Dalmacio Velez Sarsfield, embargado por el dolor que le causaba la irreparable pérdida del amigo, llegó á darle también el postrer adios, en nombre de todos sus fieles amigos, invocando la gloriosa sombra, que, si llegase la hora del peligro, volvería á conducir nuestros ejércitos.

« Señor Gobernador :

« A mí me corresponde ahora cumplir un triste deber á nombre de los amigos del señor general Paz; pero mi voz no puede alzarse ante este sepulcro, ante estos restos mortales, que ván á ser encerrados en él para siempre. Honrado con la amistad y confianza del señor general Paz, desde largos años atrás; testigo de sus sacrificios, de la consagración absoluta de su vida á los grandes intereses de

su patria; conociendo íntimamente al hombre privado, en los diversos azares de su trabajada vida, yo, señores, puedo deciros, que no hay lágrimas bastantes para tanto duelo. Aquí termina la existencia del hombre que por más de cuarenta años combatió por la independencia de su país, ó contra sus tiranos.

« Alcanzadas las victorias encomendadas á su fuerte brazo, llenado ya su destino sobre la tierra, ahora descenderá al sepulcro. Así la Providencia lo había decretado. Pero si los peligros renacieran, todavía su nombre, su grande sombra, defendería el suelo de la patria! Deja en ella un grande ejemplo, lecciones eternas, que no serán perdidas para su país. Así lo promete esta misma grande y solemne reunión. El conocimiento de sus altas cualidades, la gratitud á sus grandes servicios, ha traido hasta este lugar, á todo el pueblo de Buenos Aires, á sus autoridades, á todos sus compañeros de armas, á todos aquellos á quienes su poderosa espada abrió las puertas de la patria. Todos se hallan reunidos alrededor de sus restos, para darle el postrer adios en el último día que debe alumbrarlos esta luz del cielo de la patria. Descendeis, General, á la tumba, lleno de honor, llorado de todos vuestros compatriotas, recibiendo la recompensa, que vos juzgabais más digna sobre la tierra. El Dios Todopoderoso, habrá llevado vuestra alma á las regiones celestiales, donde habitan los hombres virtuosos, á la mansión y descanso de los justos. Estos consuelos llevan vuestros amigos, al dejaros eternamente. ¡General Paz! ¡Adios para siempre!

Para que nada faltase á esta ovación, el general don Melchor Pacheco y Obes, vino á unir su voz á los representantes del pueblo de Buenos Aires, para saludar en nombre

de la República Oriental, al ilustre muerto, que la había salvado con su esfuerzo, proclamando en alta voz, á la fáz de todos, que sin el general Paz, su patria estaba perdida, y Caseros no habría tenido lugar.

Señores:

« Si alguna vez las lágrimas de una sociedad, si alguna vez el luto de la Patria, puede comprenderse, es en esta ocasión, porque en el hombre que llora la sociedad porteña, y que enlutece á la Patria Argentina, no se ha perdido solamente un grande hombre, un General esclarecido, un ciudadano ilustrado, por eminentes servicios y acciones inmortales. . . . . . El general don José María Paz, era además de todo eso, un varón justo, un hombre virtuoso, si jamás alguno lo fué sobre la tierra.

Vosotros sabeis, señores, que en estas palabras no hay nada que se asemeje á un elogio. La América entera, al oirlas, ha de decir que ellas son apenas la simple expresión de la verdad, y ha de acompañaros en vuestras lágrimas, y en el duelo de vuestra patria; porque, permitidme que os lo diga, señores, el general Paz es una de esas glorias que no puede pertenecer á un solo pueblo, y que sí, son un timbre de la América entera.

« Estudiando su vida, habeis de encontrarle, en virtudes, igual al Arístides de vuestra patria, el inmortal Belgrano; habeis de encontrar, que su genio militar casi igualó al genio del gran Capitán de la América, al genio de San Martín; habeis de encontrar, que en abnegación y servicios, para vosotros, está á la par de la gran víctima que lleva el nombre de Lavalle.

En la lucha de la independencia, sigue á Belgrano, y es uno de los campeones esclarecidos en las lides gigantes del Perú, lides que riega por veces con su sangre. En la

guerra de la libertad civíl, es él quién doma al terrible Quiroga, dándole esas tres hermosas batallas, que serán siempre admiradas por el hombre de guerra. Luego es á él, es á su genio, á quién cabe la gloria de dirigir la inmortal defensa de Montevideo, donde se estrella inutilmente el formidable poder del tirano, que por veinte años fué el dominador de la tierra Argentina, y el azote de mi Patria . . . .

« Sin la resistencia de Montevideo, Rosas reinaría todavía! Sin el general Paz, el triunfo de la resistencia de Montevideo, era imposible!..... Delante de la tumba yo me honro de hacer esta declaración, me complazco en decir, que el general don José María Paz, fundó he hizo posible todos los prodigios de la defensa de Montevideo.

« En los primeros dias de Febrero del año 43 entregaba yo al general Paz, sobre las trincheras de la invencida ciudad, esa bandera, que once años más tarde, mis manos han tenido el triste honor de colocar sobre su tumba. La entregaba para una de las reuniones de ciudadanos, que el general Paz organizaba en batallones. Pocos dias después, el ejército de Rosas estaba sobre nuestras trincheras, y esos batallones de ciudadanos dirigidos por el general Paz, eran luego soldados capaces de rivalizar con los viejos soldados del tirano.... Tres meses no se habian pasado desde el 16 de Febrero, y ya el batallón Extramuros, á quién perteneció esa bandera, había fundado la reputación que lo inmortalizó!.....¡Oh! que he tenido razón cuando os he dicho que el general Paz, en la defensa de Montevideo, ha hecho lo imposible, ha realizado prodigios!

«Parecía que entonces la vida del general Paz estaba llena, que nada más podía hacer para ilustrarse, y sin embargo, en esos once años que preceden á su muerte, ¡cuanto no ha hecho por la libertad de su Patria, cuanto no ha hecho por la inmortalidad!..... En esos once años, hay de

nuevo todo lo que constituye al heroe, todo, hasta la adversidad, la ingratitud, y la injusticia.

« Desapareciendo la tiranía que pesaba sobre vosotros, para otros han sido las bendiciones que pertenecen al Libertador, y la injusticia, parece encontrarse aún en los decretos de la Providencia, cuando vemos que en los campos de Caseros, es en las manos de un teniente de Rosas, que caen los poderosos elementos de que al fin dispone la causa de la libertad.... Antes, empero, de ofender á la Eterna Justicia, acatando sus designios inescrutables..... esperemos..... esperemos, sí, al fallo de la historia. Ella, que se eleva sobre las pasiones y miserias de circunstancias, ella ha de decir, no lo dudeis, señores, que es el vencedor de Caaguazú, que es el defensor de Montevideo, quién ha vencido la tiranía en vuestra patria, quién ha salvado la libertad y la civilización, en la América del Sud.

Y en lo que me toca, no estrañeis, señores, el que haya osado presentarme después de las voces elocuentes que han conmovido esa tumba. Como ciudadano, debo al general Paz, inmensa gratitud; como hombre, lo he querido y admirado con entusiasmo. En vida, sonando la hora de la adversidad para el general Paz, he proclamado altamente su gloria por donde quiera. En la tumba, creo tener derecho de unir mi voz á la de América, cuando me parece que la oigo decir:

« General Paz:

« ¡Ilustre campeón de la libertad!

« ¡Honor de la Patria Argentina!

« ¡Gloria del suelo de Colón!

« ¡Adios! . . . Para siempre, adios! »

« El Nacional » Octubre 24 de 1854.

CÁMARA DE REPRESENTANTES

ESTRACTO DE LA SESIÓN DEL 24 DE OCTUBRE

Proyecto de premio acordado á los hijos del Brigadier general Paz. Leida y aprobada el acta de la anterior, se dió cuenta, etc., etc. Se entró á la orden del día, con la consideración del proyecto siguiente:

El Senado y Cámara, etc., etc.

Art. 1º Concédese á los hijos y madre política del Brigadier general don José María Paz, la cantidad de doscientos mil pesos, por vía de premio extraordinario, sin perjuicio de la pensión que por la ley de pensiones militares corresponde á los primeros.

Art. 2º Cárguese como crédito suplementario al presupuesto de gastos del presente año, la cantidad votada por el artículo anterior.

Art. 3º Comuníquese al P. E.

Mitre—Lezica—Tejedor—Esteves
Saguí—Obligado.

El señor Mitre, fundándolo, dijo: que á nombre de los que suscribian el proyecto, se había pedido la convocación extraordinaria de la Cámara de Representantes, con el objeto que indica el proyecto, de hacer una manifestación de gratitud por los servicios del benemérito general Paz; demostración que era bién moderada, si se atendía á las

sumas que había ahorrado al Erario, y que si se fuera á abonarle los sueldos que se le deben, deberian importar mucho más. Que el proyecto estaba suficientemente apoyado con el número de diputados que lo suscribian, mayor aún, que el que debe componer una comisión; por cuya razón, se permitía pedir á la Cámara, que el proyecto fuese considerado sobre tablas.

Habiéndose así acordado, y no ofreciendo discusión, se votó y aprobó el proyecto en general.

En la discusion en particular, el señor Ministro de Hacienda, ofició por el aplazamiento de este asunto, porque á su juicio debía meditarse con madurez la materia, á fin de no dejar el mal precedente para el futuro, de estar acordando premios extraordinarios, y los señores diputados, Mitre, Velez Sarsfield, Montes de Oca y Albarellos, porque el premio se acordase sobre tablas, sancionándose el artículo en discusión.

Votado el artículo 1º, resultó sancionado.

Igualmente lo fueron los siguientes, sin variación alguna.

Concluida la orden del día, se levantó la sesión á las ocho de la noche.

« El Nacional » Octubre 25 de 1854.

HONORES RENDIDOS POR UN BUQUE INGLÉS

Capitanía del Puerto.

Buenos Aires, Octubre 25 de 1854.

Al señor Ministro de Guerra y Marina, general don Manuel Escalada.

El infrascripto, tiene el honor de poner en conocimiento de V. S., el cortés proceder del Comandante del paquete

inglés «Menay», que con motivo del duelo decretado por el superior Gobierno, por el fallecimiento del señor Brigadier don José María Paz, el lúnes 23 puso sus banderas á media asta, y mandó recado al infrascripto, avisándole que así entraría al puerto de Montevideo, por ser su buque el conductor de tan infausta noticia.

Este hecho de urbanidad, se hace meritorio al reconocimiento público, y es por esto que el que firma, cree de su deber solicitar su publicación.

Dios guarde á V. S. muchos años.

FRANCISCO SEGUÍ.

Octubre 26 de 1854.

Contéstese la nota acordada y publíquese.

Rúbrica de S. E.
ESCALADA.

Ministerio de Guerra y Marina.

Buenos Aires, Octubre 26 de 1854.

Al Capitán del Puerto, coronel don Francisco Seguí.

Por la nota de V. S. fecha de ayer, dirigida á este Ministerio, queda impuesto el Gobierno de la urbanidad con que el Comandante del paquete inglés «Menay» ha procedido, con motivo del fallecimiento del Brigadier don José María Paz, el día 22 del corriente. En su virtud, el Gobierno, que aprecia suficientemente la cortesía del Comandante británico, en ese día de duelo para la Patria, ha encargado al infrascripto trasmita por el órgano de V. S. á dicho Comandante, las más expresivas gracias, á nombre del Gobierno y Estado que preside.

Dios guarde á V. S. muchos años.

MANUEL ESCALADA.

FUNERALES DEL GENERAL PAZ

ORDEN GENERAL DEL 31 DE OCTUBRE DE 1854

« El Sábado 4 del entrante Noviembre, tendrán lugar las exequias fúnebres del finado benemérito Brigadier general don José María Paz, en la Santa Iglesia Catedral, á las once de la mañana.

« El batallón 1° de línea, una batería de artillería, y la compañía de caballería Escolta de Gobierno, estarán formados en la Plaza de la Victoria, á las diéz, y en el lugar que designe el Jefe de la Línea, para hacer al ilustre General, los honores que le corresponden.

« Queda nombrado Jefe de la Línea, el general don Juan Madariaga.

« Los señores generales, jefes y oficiales francos del ejército, concurrirán á la Catedral á la hora indicada, debiendo ir tomando sus respectivos asientos.

« Una comisión compuesta de cuatro jefes, pasará á la casa mortuoria á objeto de acompañar á los doloridos, en su ida y regreso.

« Concluidas las exequias, se despedirá el cortejo de la puerta del templo.

EXEQUIAS FÚNEBRES

Hoy han tenido lugar las exequias fúnebres del Brigadier general don José María Paz, habiendo sido celebradas con toda la pompa y el lujo dignos de la memoria del

ilustre patriota, cuya pérdida jamás deplorará suficientemente la Patria.

Nuestro hermoso templo de la Catedral, vestido de riguroso luto, ofrecía en el centro el magnífico catafalco, adornado de banderas, en que estaban depositadas las insignias militares del finado. Asistieron al templo el señor Gobernador del Estado y sus Ministros, los funcionarios diplomáticos, y la lista civíl y militar. La concurrencia del pueblo ha sido muy numerosa, habiendo asistido las principales familias del país. En la Plaza, hacía el servicio militar, el Batallón 1º de línea, una batería de artillería, y el piquete Escolta del Gobierno, según estaba mandado en la orden del día. Las baterias de artillería, y el Batallón de línea, hicieron tres salvas durante los oficios.

«El Nacional» Noviembre 4 de 1854.

El ilustre Brigadier general

DON JOSÉ MARÍA PAZ

« El luto que aparece hoy en las co-
« lumnas de este diario, simboliza un
« gran dolor, producido por un gran-
« dísimo acontecimiento».

Valentín Alsina.

« La pérdida de un grande hombre
« en la vida de un pueblo, es uno de
« los acontecimientos que más le cons-
« ternan y llenan de abatimiento».

F. Varela.

I

¿Qué argentino no se disputará hoy el honor de tomar la pluma para escribir el cuadro biográfico del hombre

grande, del militar intachable, y del invencible guerrero que acabamos de ver bajar á la tumba, rodeado de la admiración y respeto de todo un pueblo?

¿Quién dejará de reconocer en eso, un deber de justicia, que debemos pagar como el último tributo que se paga de la vida á la muerte?

Sí! hoy más que nunca, habríamos deseado representar el sacerdocio de la elocuencia, para canonizar las virtudes, y los justos títulos de respeto del ilustre general Paz.

Pero, ¿acaso porque la inteligencia nos falte y la elocuencia sea ingrata para nosotros, debemos negar al corazón, los nobles deseos que brotan de lo más íntimo de él?

No, por cierto.

Si somos incapaces de honrar la memoria del valiente guerrero de la Independencia, escribiendo un artículo digno de él, de su nombre, de sus antecedentes, y más que todo, de sus hechos gloriosos, que formaban el más bello timbre de su existencia, iremos á beber en una fuente agena, los datos y los conocimientos más precisos para poder ofrecer el cuadro de los antecedentes biográficos del hombre y del amigo que lloramos.

II

La República Argentina, acaba de perder uno de sus hijos más esclarecidos; la América entera, su primer capacidad militar; la causa de la civilización y de la justicia, un atleta incansable, y los argentinos por fin, hemos perdido una de nuestras más caras esperanzas......

Pocos, muy pocos son los hombres que nos quedan del temple y de la energía del ilustre varón, cuyos restos se han conducido ayer al panteón de los muertos.

Muchos otros han bajado á la tumba, cubriendo de luto

á la nueva generación, que se agita sobre sus sepulcros.

Así, han ido alejándose, según lo ha dicho recientemente un guerrero argentino, en su postrer romería, uno trás otro, los hijos de esa generación fuerte, que templó su acero en el crater de los más encumbrados volcanes, para fulminarlo desde allí, como un rayo, á la frente de sus enemigos.

¡No importa! Los hombres como Paz, ¡no mueren jamás! Bajan á la tumba, obedeciendo á esa ley inmutable de la naturaleza, ante la cual todos inclinamos la cabeza, pero su memoria vuela de generación en generación, cada vez más respetada, cada vez más querida.....

¡Hombre singular! Desde los primeros años de su vida abrazó la causa del orden; combatió con constancia á los caudillos; sufrió resignado las adversidades de la fortuna, y con una abnegación digna de imitarse, hizo frente á la larga cadena de desgracias en que está envuelto todo su pasado.!

Sería inutil el que intentásemos por fin escribir nada con calma, sobre la muerte del hombre que lloramos; amigos de él, y compañeros de destierro é infortunio, su muerte nos ha afectado.

Empezaremos, sin embargo, la publicación de los apuntes que sobre su persona ha escrito el señor Pellegrini, reservándonos el deber de complementar nosotros ese trabajo.

Hé aquí lo que dice este señor, sobre el general Paz:

III

Como elemento guerrero del año 10, el general don José María Paz, es acreedor á la estimación de la América; lo es á la gratitud de los argentinos, por su consagración á la causa del progreso, por su oposición constante á las

tendencias del caudillaje, á las demasias del despotismo.

En la gran lucha emancipadora, su gloria, sin elevarse á la altura de un Bolivar, de un San Martín, refleja, sin embargo, un rayo brillante de nuestra aureola republicana. Si no tuvo la fortuna de trepar, como esos felices héroes, hasta el crater de nuestra revolución en busca de una inmortalidad que mezquinan los siglos, y cual meteoro fascinador, guiar y electrizar masas libertadoras, supo sin embargo, en este mismo sendero, hacerse espectable por su bravura, su inteligencia, y un desprendimiento á toda prueba.

Más, no es tanto un laurel, como un manojo de espigas doradas, que la «Revista» intérprete del trabajo productivo, quiere dejar caer sobre la cabeza del guerrero; no es tanto en la altura de los Andes que se complace en mirar al ilustre veterano, como cuando salva, bajo el escudo de su pericia militar, la civilización refugiada en los santuarios de la libertad Platina. En este puesto envidiable, la reputación del General, queda sin riváI. Allí, su vida, pura de todo exceso, es un holocausto incesante, hecho en las aras de la Patria, sin la menor ostentación; es el civismo unido al denuedo militar, el triunfo á la pobreza.

Bajo este punto de vista, nosotros miramos en el general Paz, á un amigo sincero del progreso material, porque defendió á la nodriza de las artes. Su espada, ha prestado á las luces, á la industria del país, el mayor servicio de que sea capáz un ciudadano; á ella debemos tal vez, el poder dedicarnos á su fomento. Séanos, pués, permitido escribir en su obsequio los siguientes apuntes:

El año 1810, Paz se hallaba cursando el tercer año de derecho, cuando estalló en Buenos Aires la revolución que dió en tierra con el poder de los vireyes. Los estudiantes de la Universidad de Córdoba, su patria, estaban ya tocados del movimiento político, que debía muy luego abrazar

toda la extensión del antiguo vireinato del Río de la Plata, y conflagrar en seguida, toda la América española.

Paz participaba de las nuevas ideas, con todo el ardor de la juventud, pudiendo decir, que nadie le aventajaba en entusiasmo patriótico. Así fué, que desde entonces perteneció á la causa de la revolución, ó sea de la independencia política de nuestro país, con todas las fuerzas de su alma. Contribuyó á fortificar estos sentimientos, la decisión de sus padres, por la misma causa, á la cual nunca dejaron de ser adictos.

Su hermano Julián, poco menor que él, y que seguía también los estudios, estaba en el mismo caso. Así fué, que al llegar á Córdoba la primera expedición libertadora, y luego que se instaló el primer gobierno patrio en la provincia, que lo desempeñó, el entonces coronel don Juan Martín Pueyrredón, tanto ellos como su familia, se distinguieron por sus sentimientos liberales.

Inmediatamente que este señor se recibió del gobierno, se propuso formar un batallón de milicias. En él fueron nombrados oficiales los dos hermanos. Don José María entró de teniente, pero muy luego ascendió á capitán.

En esta graduación se hallaba en los últimos meses del año 10, cuando llegó la triste noticia del descalabro que habian sufrido nuestras armas en Santiago de Cotagaita, al mando del Mayor general don Antonio Balcarce.

En aquellos tiempos era tal el entusiasmo, que sobraban soldados voluntarios, pero faltaban fusiles y otras armas. Por falta de ellas, se corría riesgo de no poder reparar nuestra pérdida, y contener á los engreidos españoles. En Córdoba se empaquetaron y cargaron en una carretilla de caballos, los fusiles de que se pudo disponer, y Paz fué comisionado para conducirlos, en posta, al ejército, donde estuviese.

Cerca de treinta leguas de Córdoba, encontró al mayor

Tollo, que traía la noticia de la victoria de Suipacha, que no solo había vengado la afrenta de Cotagaita, sinó que abrió á nuestro ejército, las puertas de todo el Alto Perú. Paz creyó candorosamente, que habian concluido para siempre las batallas y las guerras, y el mayor Tollo, le confirmó en esta idea, cuando al darle la noticia, se empinó sobre los estribos orgullosamente, y le dijo: *Vá usted ya tarde; pués está todo concluido.*

Sin embargo, aquel continuó su marcha, y llegó á Jujuy, donde encontró el Cuartel General, siendo que el general en jefe, Ocampo, que no estuvo en la batalla, se había detenido y debía regresar de allí, por órdenes recibidas del gobierno de Buenos Aires.

El mismo dispuso que Paz regresase, y este lo verificó con su compañía, después de lo cual, volvió á seguir sus estudios, sin perjuicio de su capitanía. Esto se explica, porque no estando en servicio sinó dos compañias del batallón, los demás estaban enteramente francos.

Debemos advertir, que Paz, por indicación de sus padres, al tiempo de marchar había cedido su sueldo, y desistido de todo emolumento.

A mediados del año siguiente (1811), su madre tuvo que pasar á Buenos Aires, y él la acompañó. Con este motivo se encontró con el célebre bombardeo de los marinos, que tuvo lugar en la noche del 15 de Julio, siendo esta, la vez primera que sintió el estrépito del cañón. La noche la pasó patrullando con otros jóvenes, y haciendo escaramuzas á las bombas, que de cuando en cuando arrojaban los bombarderos españoles.

Al mismo tiempo se tuvo noticia del fatal desastre del Desaguadero, lo que obligó al Gobierno á poner en ejercicio todos los medios de reconstruir y aumentar el ejército vencido. Paz tuvo entonces orden de volver á Córdoba, y marchar al ejército del Perú, con una compañía de milicias

de artillería, cuyo mando se le dió, y cinco piezas de montaña, que había en la provincia. Asi lo verificó en Setiembre del mismo año. Esta vez también cedieron él y su hermano, el sueldo al Estado, pero solo se admitió la mitad.

Durante la marcha tuvo ocasión de experimentar uno de esos lances, que tan frecuentemente ponen á prueba la firmeza de un oficial, y que, si no sabe expedirse en ellos, ponen en peligro su reputación militar.

En el fuerte de Cobos, á inmediaciones de Salta, hubo de sublevarse su compañía, lo que era tanto más temible, cuanto que el mismo día, y á su presencia, acababa de sublevarse otra que marchaba con el mismo destino, á cargo del antiguo oficial Eustaquio José Gonzalez. Sinembargo, logró contenerla, y al otro día pudo llegar al Cuartel General de Jujuy, en donde estaban los restos del ejército á las órdenes del general Viamont.

Este General dispuso que la fuerza que iba á sus órdenes pasase á un cuerpo de infantería, y que su hermano y él, quedasen agregados á la Plana Mayor. Así permanecieron algunos meses, casi olvidados, hasta que obtuvieron colocación en el escuadrón que podía llamarse regimiento de Húsares de la guardia general.

Había sido elevado á este destino, don Juan Martín Pueyrredón, quién, no sin emplear medios de su fina y astuta urbanidad, los comprometió á renunciar al pensamiento de regresar á su casa, y aceptar el servicio con un grado menos del que tenian, en atención á ser solo oficiales de milicias.

Poco después se recibió del mando del ejército el general don Manuel Belgrano, y destinó su cuerpo con otros, á la vanguardia que ocupó la posición de Humahuaca. Entre tanto, había llegado el barón de Holemberg al Cuartel General, y recibídose del mando de la artillería. Sin que Paz le conociese, le pidió al General para que pasase á ser-

vir á dicho cuerpo. Paz recibió una orden para ser agregado á este cuerpo, sin dejar de pertenecer al suyo, del que jamás quiso separarse, aunque se lo propusieron.

De este modo se halló en la laboriosa retirada que hizo el general Belgrano hasta Tucumán, perseguido de cerca por el ejército Real, y tuvo parte en la acción de las Piedras, y en la batalla de Tucumán, en que sin ser más que un simple teniente, que desempeñaba funciones de ayudante del comandante general de artillería, corrió aventuras originales.

Después de esta batalla, el regimiento de Húsares fué incorporado al de Dragones Ligeros de la Patria, y fué promovido á ayudante mayor á principios del año 13, rehusando otra vez la colocación que se le ofrecía en la artillería.

Aunque, como se deja ver, había vuelto á su regimiento en la víspera de la batalla de Salta, fué destinado por el General del ejército, momentáneamente á la artillería, y sirviendo en esta arma, es que concurrió á tan gloriosa jornada.

Penetraron en el Alto Perú, y su regimiento fué destinado á formar la vanguardia. Esta, sostuvo sin desventaja el combate de Pequereque que obligó á replegarse á la enemiga.

Por la victoria de Salta, se había dado un grado á todos los oficiales del ejército, lo que hizo que Paz obtuviese el de capitán. En Setiembre del mismo año, lo fué efectivo, y es en esa graduación, que se encontró en las desgraciadas batallas de Vilcapugio y Ayohuma, en las que le cupo correr aventuras, no menos peligrosas que las de Tucumán. En la última, habiendo perdido su caballo, salvó en el de otro oficial muerto, y en el mismo lugar salvaron de entre los enemigos, á su hermano (era también capitán de Dragones), que acababa de perder el suyo.

Los mutilados restos del ejército se replegaron á las Provincias Bajas, perseguidos de cerca por los vencedores, pero sin dejar de disputar el terreno, según era posible. Se halló en el combate de San Lorenzo, en las goteras de Salta, el mismo día que la vanguardia enemiga ocupaba esta ciudad, á principios del año 14.

Cuando llegaron á Tucumán, el general San Martín, que era ya General en Jefe, dió una nueva forma á su regimiento, con el título de Dragones del Perú, siendo Paz uno de los cuatro capitanes que quedaron en él.

IV

En el mismo año 14, obtuvo licencia para hacer una visita á sus padres, que residian en Córdoba. A su vuelta al Cuartel General, que estaba en Jujuy, halló la revolución hecha en el ejército contra el general Alvear, la que hacía continuar en el mando, al general Rondeau, que había sucedido al general San Martín.

Se abría otra vez la campaña del año 15, en el Alto Perú, y se encontró en el combate del Puesto del Marqués, en que fué destrozada la vanguardia enemiga.

Por Octubre del mismo año, fué promovido á sargento mayor de su regimiento; apenas habian pasado dos dias, cuando tuvo lugar el malogrado combate de Venta y Media, en que recibió una herida en el brazo derecho, que se lo dejó casi inutilizado.

Después de la retirada á Tucumán, en 1816, tomó el mando del ejército, el general don Manuel Belgrano; y su regimiento, al que se incorporaron dos pequeños escuadrones de Dragones de la Patria, que habian servido en el sitio de Montevideo, tomó el nombre de Dragones de la Nación. Su arreglo y disciplina le fueron exclusivamen-

te encomendados, como que era el único jefe que tenía entonces.

En el siguiente año, 17, fué promovido á comandante de escuadrón, siendo ya coronel del cuerpo, don Cornelio Zelaya.

A fines del año 18, marchó con su escuadrón á la provincia de Córdoba, y se encontró en los combates del 18 y 19 de Febrero del año siguiente, en la Herradura; é hizo la campaña que se abrió sobre Santa Fé, la cual se suspendió por el armisticio que había ajustado el general Viamont, que ocupaba el Rosario.

A principios del año 20, sucedió la revolución de Arequito, en la que tomó parte con unos cuantos jefes más que se pusieron á su frente. Daremos tal vez pormenores y causas de este suceso.

El general Bustos, que quedó al mando del ejército, le confirió el grado de coronel. Quiso alejar toda sospecha de ambición que podía suponerse le había guiado al tomar parte en el citado movimiento, y se apresuró á devolverle su despacho.

Luego estalló la guerra civíl en Córdoba, á consecuencia de la resistencia de Bustos, á que el ejército se ocupase contra los españoles, que eran sus enemigos comunes. Hubo dos combates desgraciados en el norte de Córdoba, de cuyas resultas, Paz emigró á la provincia de Santiago del Estero, en la que permaneció un año.

Cuando el general San Martín promovió la formación de una división en la provincia de Salta, que llamase la atención de los españoles por el sur, á las órdenes del coronel Urdininea, este lo invitó á tomar parte en ella, como segundo jefe. Aceptó, y se trasladó á Catamarca, y luego á San Carlos, provincia de Salta, para ponerse al frente de la tropa que con este fin vino de San Juan, sufriendo mil contradicciones de varios gobiernos, y mil

privaciones, por la falta de recursos. Así se conservó una buena base para formar sobre ella, un más numeroso cuerpo de tropas.

A principios del año 24, fué nombrado gobernador de Salta, el general Arenales, quién invitó á Paz que bajase á la capital con una parte de la fuerza que estaba á sus órdenes (el coronel Urdininea permanecía en Tucumán procurando auxilios y reclutas), con el fin de ayudarle á sofocar una revolución que había estallado en la campaña, contra su autoridad. Asi lo hizo; la revolución fué sofocada, y terminó con la ejecución del célebre coronel Morales, y teniente coronel Olivera. Entonces aceptó el empleo de coronel.

En seguida se empezó á formar un batallón de Cazadores bajo su dirección, el mismo que vino al ejército nacional, y que pasó á ser regimiento núm. 2 de caballería.

Después de la victoria de Ayacucho, quedaba todavía en pié el ejército español, que á las órdenes del general Olañeta, dominaba el Alto Perú, hoy Bolivia. El general Arenales se propuso organizar una división que marchase contra aquel, para concurrir cuando menos, con las tropas colombianas, que era de esperar no se conservarian ociosas después de su triunfo.

Con esta expedición marchó Paz á las órdenes del general Arenales, llevando la vanguardia el coronel Urdininea, con un buén cuerpo de tropas de caballería. Este jefe, faltando á la confianza que le había dispensado Arenales, defeccionó luego de la muerte de Olañeta, incorporándose á los colombianos, y desconociendo la autoridad de su General, y de todas las demás de estas provincias.

Aquí empezó de hecho la separación de las provincias del Alto Perú, de la República Argentina. Vanos fueron los conatos del leál y patriota general Arenales, para que se conservasen en la antigua unión. Los añejos resentimien-

tos de los peruanos, la protecciów de Bolivar y Sucre, y más que todo, nuestras miserias y desgracias, hicieron irreparable esa pérdida.

De vuelta á Salta, después de la absoluta desaparición del poder español en esta parte de América, el gobierno de Buenos Aires empezó á promover la creación del Ejército Nacional, que había de concurrir á la guerra del Brasíl. El batallón de Paz, aumentado hasta el número de setecientas plazas, marchó como contingente de dicha provincia.

El entonces coronel La Madrid, estaba encargado de activar la remisión de los contingentes de las Provincias del norte; pero habiendo realizado una revolución contra el gobierno de Tucumán, y colocádose en su lugar, le fué retirada la comisión, y se confirió á Paz. Este, se hallaba en Loreto, veinte leguas acá de Santiago, con su batallón, cuando recibió esta orden, para cuyo cumplimiento hizo que su cuerpo siguiese la marcha, regresando él á Tucumán.

Poco después se le previno que viniese á Buenos Aires, lo que verificó cuando ya estaba instalada la presidencia del señor Rivadavia; su batallón en San Nicolás, había sido transformado en núm. 2 de caballería, y en esta forma había marchado á San José del Uruguay, donde estaba el Cuartel General, y el ejército.

Por Abríl se incorporó á él, y por Mayo ya hicieron una corta campaña sobre el Cuarein, á las órdenes del general Rivera. Al mes siguiente marcharon con el General en Jefe sobre el Durazno, donde se hallaba el General Lavalleja, gobernador de la Banda Oriental, quién se mostraba muy remiso á cumplir las disposiciones superiores sobre el contingente que debía la provincia para el Ejército Nacional.

Medio arreglada esta diferencia con la separación del

general Rivera, antagonista de Lavalleja, Paz fué destinado con su regimiento para obrar sobre Yaguarón, después de haberse unido á la división de don Ignacio Oribe acantonado en el Cordoves. El proyecto era sorprender á Bentos Gonzalves, que con la suya acampaba en Francisquillo. Esto no tuvo efecto, por causa que no es del caso referir; pero una parte del regimiento de Paz, junto con una partida oriental, tuvieron un fuerte encuentro en Caraguatá con los brasileros. El resultado no fué felíz, sin duda por la desproporción del número, pero no sufrió el honor de nuestras armas. El jefe de la expedición, mayor Berdune, murió bravamente, como también el teniente Guiraldes de aquel regimiento. El alferez Ubierna, del mismo, cayó prisionero.

Al fin, el general Alvear tomó el mando del ejército, y solo se penso en prepararlo para la campaña del Brasíl. Efectivamente, esta se abrió á fines del año 26, y en la designación de divisiones, le cupo á Paz mandar la 2ª de caballería.

Paz se encontró en la batalla de Ituzaingó, en que tuvo orden de cargar con dos escuadrones, la misma columna donde acababa de perecer el coronel Brandzen, lo que se efectuó con poco éxito.

Después hizo lo mismo sin orden del general Alvear, y le mereció su más viva reprobación, por el arrojo del ataque, pero después de sufrir sus reproches, tuvo la satisfacción de que le dijese en público, y aún creemos que lo dijo en la orden del día, que sentía no poder hacerlo general en el campo de batalla, porque no estaba autorizado, pero que lo proponía al Gobierno. Idéntica cosa dijo, é hizo del general Lavalle.

Efectivamente, á vuelta del correo recibió Paz los despachos de General, y en esa graduación fué que asistió al combate de Camacria (segundo de este nombre).

El general Mansilla, jefe de E. M. G., obtuvo licencia para pasar á Buenos Aires, y le fué encargado este ramo.

Llegado el ejército al Cerro Largo, tuvo el general Alvear que trasladarse á la capital, por cuyo motivo se encomendó á Paz el mando del ejército, en circunstancias bién difíciles, mejor diremos, en extremo críticas, por la suma escaséz y miseria, y por la desmoralización que cundía á pasos agigantados. Sobre el disgusto que producía una campaña penosa, que, aunque felíz, no nos había dado resultado, vino el irresistible anhelo de pasar á solazarse á Buenos Aires, y en el general Alvear, el prurito de conceder licencias, y aún estimular á que las pidiesen. Resultó, que la mayor parte de los jefes y un gran número de oficiales, vinieron á Buenos Aires. Debe agregarse á estas causas de desorden, el mal ejemplo de los orientales, que todos, excepto un pequeño cuerpo que mandaba don Servando Gomez, se fueron á sus casas. Esto hizo muy delicada la situación, y muy penosa la del ejército, durante el terrible y lluvioso invierno de este año.

En la primavera fué nombrado general en jefe, el general Lavalleja, pero permaneció en el Durazno hasta fines del año. Cuando se presentó en el Cerro Largo, llevando un cuerpo de orientales, se emprendieron algunas operaciones parciales, más con el objeto de facilitar la estracción de ganados, de que había una incansable avidéz, que de hostilizar al enemigo. Penetraron, sin embargo, en la frontera enemiga, y después de haber ocupado con una división, el pueblo del Cerrito, Paz se encontró en el combate del Padre Filiberto, que nada decidió.

Entonces se acordó por el General en Jefe, á propuesta de él, la ocupación del Río Grande, que debía darnos grandes recursos, y procurarnos la navegación de los lagos, cambiando hábilmente la línea de operaciones.

Se dió principio á este movimiento, que el enemigo inu-

tilizó sin preveerlo, ni aún soñarlo, con la casual sorpresa de las Cañas, que puso á casi toda nuestra caballería, á dos dedos de su pérdida. Salvó por un milagro, ó mejor digamos, porque el enemigo no supo sacar partido de su primera ventaja; pero el movimiento del Río Grande, fué paralizado, y Paz tuvo que regresar con dos batallones y una batería, con que se había desprendido del ejército.

Desde entonces ya no se trató de operaciones militares, sinó de grandes arreos de vacas, para fundar vastas estancias, que enriquecieron á los empresarios. El, no podía autorizar este desorden, y pidió su licencia para venir á Buenos Aires, adonde llegó junto con el general Lavalle, el mismo día que se recibía la conveniencia preliminar de paz.

Antes de un mes volvió á partir de Buenos Aires, para ir á tomar el mando del ejército, que debía distribuir en dos divisiones, despachando la 1ª, con el general don Enrique Martinez, y quedando él con la 2ª, en el Estado Oriental, conjuntamente con otra brasilera, según estaba arreglado en la convención.

Esa 1ª división, luego que llegó á Buenos Aires, fué la que, presidida por el general Lavalle, hizo la revolución del 1º de Diciembre del año 28. Paz vino á saberlo estando en el centro del Estado Oriental. Muy luego recibió órdenes de venir con la suya, lo que efectuó en 1º de Enero del 29.

En Marzo marchó á la provincia de Córdoba, adonde tuvieron lugar los sucesos que son de notoriedad pública.

En el Pilar, nueve leguas antes de la capital, hubo un pequeño encuentro, que terminó haciendo poner en retirada á Bustos con su ejército. A los pocos dias, Paz obtuvo la victoria de San Roque, que dejó en su poder, ocho cañones, carros de municiones correspondientes, un gran parque, muchos prisioneros, etc.

En Junio tuvieron lugar las célebres victorias de la Tablada, en los dias 22 y 23. En los dos dias anteriores, se había combatido en la Plaza, que al fin había caido en poder de Quiroga, y que solo fué rescatada con el triunfo del último día.

Se siguieron mil encuentros parciales en toda la extensión de la provincia de Córdoba, y en las vecinas, en los que se distinguieron muchos de los bizarros jefes que servian á las órdenes de Paz, á los que no concurrió este.

A principios del año 30, se verificó la no menos célebre campaña de la Sierra, que exterminó las montoneras que la infestaban, después de la revolución, de una parte del ejército acaudillado por el capitán (después Coronel) don Faustino Velazco. La tropa que no participaba de los sentimientos del caudillo, y de sus desleales oficiales, á los pocos dias, dirigida por los sargentos, hizo la contrarevolución, entregando presos ocho de aquellos, de los cuales, cuatro fueron fusilados después de sometidos á un consejo de guerra. El coronel Velazco, con otros tantos oficiales, logró fugar, pero habiendo sido después preso en Mendoza, fué remitido, y Paz le hizo gracia de la vida.

El 25 de Febrero obtuvo el ejército de su mando, la completa victoria de Oncativo (Laguna Larga), en la que se tomaron ocho cañones, y mil quinientos prisioneros, con parque, bagajes, etc. Cayó también el mayor general, Padre Aldao, y el secretario de Quiroga, general don Santos Ortíz.

Mendoza reclamó al primero de estos dos personajes, con toda la energía que podía inspirarle la memoria de sus atroces crímenes. Paz rehusó su entrega, considerando que su juicio sería apasionado, y que aún cuando ejerciese un acto de justicia, lo revestirian de apariencias de la más sangrienta venganza. Por otra parte, después de una victoria tan señalada, creyó que podía aspirar á la gloria de

mitigar ese caracter atróz que iban tomando nuestras guerras civiles. Si su cálculo fué errado, fué al menos basado sobre principios de humanidad; en cuanto á sus ventajas ó desventajas políticas, dejemos al juicio imparcial de la historia, el fijarlas.

Desde entonces las armas que mandaba, se extendieron por todo el interior de la República. Varios de los jefes obtuvieron el mando de algunas provincias, y la guerra desapareció momentáneamente de todo su territorio.

Los caudillos, aunque vencidos, no estaban ociosos, pués que se redujeron á suscitar sublevaciones parciales, y á promover la guerra de partidas, ó sea de montoneras, en todos los puntos donde había posibilidad de ello.

Los resultados, sin embargo, no podian ser dudosos, y es evidente que hubieran fracasado todas sus tentativas sin el apoyo que les dió la traidora invasión que los gobiernos de Buenos Aires y Santa Fé, practicaron á principios de Febrero de 1831.

La sorpresa del Fraile Muerto, fué el primer acto de esta invasión. Si sufrieron un contraste las tropas de Paz, también se cubrieron de gloria; doscientos hombres sorprendidos, completamente cortados por más de mil quinientos, de las mejores tropas de Buenos Aires y Santa Fé, arrollaron cuanto se les puso por delante, y se abrieron paso, no sin gran pérdida, para incorporarse al ejército; cuarenta infantes se sostuvieron ocho dias en un bosque, y solo capitularon y se rindieron por falta de subsistencia.

Paz se puso en campaña con el designio de buscar una batalla, que el enemigo evitaba, valido de la mayor agilidad de sus tropas, pués que no traía ni cañones ni infantería. En los Calchines tuvo un serio encuentro en que fué perseguido el enemigo por seis leguas, pero se le fué de entre las manos, porque siendo este, superior en caballería, Paz no podía emplear esta arma aisladamente.

Más ó menos le sucedió lo mismo en otras tentativas que hizo para obligar al enemigo, á un combate decisivo; siempre se escabullía quedando las cosas en el mismo pié.

Si esto le impedía acabar la guerra de un golpe, hacía también que el enemigo no pudiese obtener ventajas, pués siempre encontraba una muralla de fierro, que le estorbaba penetrar en el corazón de la provincia; y que cuando alguna división ó partida lo hacía, tenía luego que salir con más prisa de la con que había entrado.

Facil es comprender, que fuera de las operaciones en escala mayor de los ejércitos, había otras infinitas parciales entre las partidas irregulares ó de montonera, que habian plagado el país, y otras que les oponía el Gobierno. De ello resultaron infinidad de choques, tanto fuera como dentro de la provincia. Fueron los más notables, la toma del Río 4°, por Quiroga, la derrota y muerte del bravo coronel Pringles, en Río 5°, y la de Videla Castillo, que mandaba el cuerpo del ejército de Mendoza en el rodeo de Chacón. El coronel Deheza, sin haber sufrido un contraste en forma, había tenido que abandonar Santiago del Estero, porque pidiéndole Paz parte de su fuerza, creyó no poderse conservar con la que le quedaba.

No obstante, en la provincia de Córdoba, la balanza se inclinaba á favor de los agredidos, pués á principios de Mayo, las montoneras estaban casi vencidas, y Lopez con el ejército de Buenos Aires y Santa Fé, estaba replegado á la parte despoblada de la provincia.

Lopez, convencido de la insuficiencia de su sistema montonero, ó guerra de partidas, iba renunciando á esas operaciones que tenian ya demasiado fatigado su ejército; había pedido á Rosas cuerpos de infantería, y gruesos trenes de artillería. Efectivamente, estaba en marcha por ese tiempo, el ejército de Reserva de Buenos Aires, á las órdenes de los generales Balcarce y Martinez. Luego que hubiese

llegado al teatro de la guerra, imposible era á Lopez evitar una batalla general, la que Paz pensaba empeñar eligiendo la ocasión favorable, que no podía dejar de ofrecerse muy pronto.

No obstante, quiso hacer antes una tentativa sobre Lopez que estaba en la frontera del Tío, por si lograba comprometerlo antes á un combate. Con este objeto, se movió con un buén cuerpo de tropas el 10 de Mayo, por un camino que atraviesa un bosque espesísimo.

Una fuerte guerrilla se sostenía por las partidas avanzadas y otras del enemigo, y quiso reconocer personalmente la situación, para proveer lo conveniente. Se adelantó con un ayudante y una ordenanza, equivocadamente casi en medio de los enemigos, y fué hecho prisionero.

Sufrió ocho años de rigorosa prisión en Santa Fé y Buenos Aires, en que apuró hasta las heces, la copa de la amargura.

En Abríl del 39 se abrieron las puertas de su calabozo, y pudo venir á Buenos Aires, con la ciudad por carcel.

En Noviembre se le incorporó, por Rosas, sin solicitarlo ni presentirlo, á la Plana Mayor del ejército; de modo que vino á quedar en una posición indefinible. Le era imposible sostenerla, y se halló en el caso de tomar un partido decisivo. No pudo ser otro, que el de emigrar, como lo hizo clandestinamente la noche del 3 de Abríl del 40.

A fines de Junio marchó al ejército del general Lavalle. No se encontró en la batalla del Sauce Grande por causas independientes de su voluntad, pero sí en el paso del Paraná, que verificó él ejército Libertador, auxiliado poderosamente por la división de la marina francesa que allí se encontraba, bajo los fuegos del de Echagüe.

El general Lavalle iba á bajar el Paraná para aproximarse á Buenos Aires, quedando la provincia de Corrientes, indefensa y á merced de Echagüe, quién, con todo su

ejército, dominaba al Entre Rios. Paz creyó que mejores servicios podría prestar, dirigiéndose á dicha provincia, que al fin había sido y debía ser un manantial de soldados para la libertad, y una poderosa base de acción.

El abandono que había hecho de ella el general Lavalle, había causado una fuerte impresión, y hecho subir al colmo, la indignación de su Gobierno. Paz trató desde luego, de calmar la irritación, y traer al señor Ferré á sentimientos más templados. Solo á este precio se recibió del mando militar de la provincia. El general Rivera le hizo un gravísimo cargo de sus procederes conciliatorios.

Inmediatamente se procedió á formar un batallón y algunos escuadrones, de modo que cuando á los veinte dias apareció la vanguardia de Echagüe, ya había un simulacro de ejército. Este, se mejoraba y aumentaba cada día y cada hora, en términos, que cuando Echagüe se dejó sentir, y se reunió á su vanguardia mandada por el general don Servando Gomez, ya su poder era más considerable que antes. Sin embargo, se redujo á maniobras defensivas y guerra de partidas, que entretenian y daban que hacer al enemigo. Este, súbitamente levantó su campo, y emprendió su retirada de las inmediaciones de Goya.

El general Lavalle, después de haber abandonado la provincia de Buenos Aires, había caido sobre Santa Fé, y este fué el motivo que eligió Echagüe para colorear su retirada precipitada. Sea como fuese, ese ejército naciente de Corrientes, que después debía aniquilar completamente el suyo, es fuera de duda que empezaba á imponerle respeto y causarle temores.

Entonces se acantonó el novél ejército en Villa Nueva, y se le empezó á dar una instrucción más metódica y regular; el gran inconveniente era la falta de jefes y oficiales, el que se suplía hasta cierto punto, con la buena voluntad, que sobraba. El Gobierno de Corrientes se empeñó en que

Paz aceptase el empleo de Brigadier, cuyos despachos le mandó.

Un nuevo tratado se había ajustado con el general Rivera, presidente del Estado Oriental, por el cual este fué nombrado Director de la Guerra. Paz lo reconoció sin dificultad, y empezó á entenderse con él, en lo relativo á ella, acordando el tiempo en que debian abrir conjuntamente la campaña. Cuando se aproximaba el plazo señalado, y vió el general Rivera que Paz había tomado á lo serio sus promesas, y que reclamaba su cumplimiento, se disgustó, y rompió con él. Paz hubo de dejar el ejército, cuyo mando renunció; pero el gobierno de Corrientes resistió su separación hasta el punto, que era imposible dejar de complacerle.

Por Setiembre del 41, después de haber completado Echagüe sus preparativos, invadió á Corrientes. Con este motivo, se renovó la correspondencia de Paz con el general Rivera, la que contiene datos curiosísimos. Ellos suministrarian colorido bastante, para añadir algunas pinceladas al retrato que tantos han querido hacer de este hombre singular.

La batalla de Caaguazú, que tuvo lugar el 28 de Noviembre, dió por resultado la más completa victoria. Echagüe huyó á Entre Rios, y Paz se preparó para seguir inmediatamente á ocupar aquella provincia, y dar la mano á la de Santa Fé, que se había declarado en su favor. La falta de actividad del gobierno de Corrientes, para mandarle las caballadas que estaban prontas, le hizo perder unos cuantos dias preciosos, lo que produjo dos gravísimos resultados:

Primero, tuvo la provincia de Entre Rios tiempo de volver de su estupor, de elegir á Urquiza de Gobernador, y de medio preparar su defensa. Segundo, dió lugar á que el general Rivera, á quién la victoria de Caaguazú había sacado del letargo en que yacía en el Durazno, se pusiese

en campaña, y penetrase en Entre Rios al mismo tiempo que los correntinos, para cruzar sus propósitos, y acabar por inutilizar todas sus ventajas. No son aún del dominio público, los males que hizo entonces á la causa, la política del general Rivera, la que al fin vino á causar la ruina de su país, y la suya propia.

Sin embargo, maniobrando convenientemente, Paz se anticipó á la Bajada, ocupó la capital, y se nombró un gobierno simpático, á los intereses argentinos. El señor Ferré no tardó en presentarse en aquel punto, y empezó á manifestar celos, y lo que es peor, á reclamar de la provincia de Entre Rios, indemnizaciones por los gastos de la guerra y las contribuciones que Echagüe había impuesto á Corrientes, después de Pago Largo.

Otros jefes correntinos, cansados de la disciplina que Paz imponía al ejército, y deseosos del pillaje, favorecian la deserción, y excitaban á la tropa á volver á su país. Siendo enemigos del mismo Ferré, cooperaban con él para inutilizar las ventajas que habian obtenido, y para impedir que el ejército continuase su gloriosa carrera.

Desesperanzado de poder vencer tantos obstáculos, que á la verdad eran insuperables, quiso Paz dejar el ejército, y volver á reunirse á su familia. A más de media noche del día en que debía emprender su viaje, se agolpó á su casa una parte del pueblo de la Bajada, para rogarle que lo suspendiese. Luego le obligaron á que admitiese un gobierno, que ni pensaba ni quería conservar, pero en cuya posición creian con fundamento, que podía oponerse á las pretensiones del de Corrientes, y salvarlos de cuantiosas contribuciones. Aceptó el gobierno, y desde entonces el señor Ferré no insistió en sus indemnizaciones, pero trató de acelerar el regreso de los correntinos.

Había ofrecido dejar á Paz una división, con la cual y algunos prisioneros de Caaguazú, que este conservaba re-

gimentados, y alguna milicia de Entre Rios, Paz se prometía apoyar á Santa Fé, amenazada por el ejército de Oribe, y conservar, por lo menos, la línea del Paraná. Más, el señor Ferré faltó otra vez á lo prometido, é hizo la señal de marcha, sin dejarle un solo hombre.

Paz quedó, pués, en Entre Rios con algunos jefes y oficiales fieles, con que había vencido dos meses antes. La insurrección estallaba entonces por todas partes, en términos, que en Nogoyá, Paz se hallaba con los pocos que lo acompañaban, estrechado de cerca, y en una de las más críticas situaciones de la vida.

Venciendo dificultades, llegó al río Gualeguaychú, en donde se encontró con el general Rivera, y en donde olvidando sus antiguas diferencias, hizo con él un nuevo tratado. Desde entonces su firme propósito fué retirarse á Montevideo, pero aún tuvo que aplazarlo, á insinuación de dicho General.

Por Octubre tuvieron lugar las célebres conferencias de Paisandú, de que resultó, que el general Rivera se pusiese nuevamente al frente de la cruzada contra Rosas. Paz fué vivamente solicitado para el segundo puesto, pero rehusó con resolución, no porque quisiera el primer lugar, sinó por su convicción íntima de la inutilidad de sus esfuerzos. Marchó, pués, á Montevideo con algunos jefes y oficiales amigos, que lo acompañaban, adonde llegó al mismo tiempo que se recibía la noticia de la insignificante correría de Nogoyá, practicada por el ejército del general Rivera, á la que se pretendió dar la importancia de una victoria decisiva. Pronto vino el desengaño con la desastrosa derrota del Arroyo Grande, sufrida el 6 de Diciembre del mismo año 42.

Paz, que había sido recibido por el gobierno de Montevideo con la más chocante frialdad, fué entonces vivamente solicitado, para que se pusiese al frente de un ejército de

reserva, que iba á ser todo, porque en la campaña nada quedaba, capáz de detener un día al enemigo. Le fué preciso ceder, y aceptar un mando rodeado de espinas, erizado de dificultades que oponian los celos nacionales, y las estúpidas prevenciones del general Rivera.

« La Tribuna» Octubre 24 de 1854.





REPRODUCCION DE LAS PLACAS COLOCADAS EN EL PEDESTAL DE LA ESTÁTUA DEL GENERAL PAZ

INAUGURACIÓN

DE LA

ESTATUA DEL GENERAL PAZ

Decretos del Gobierno Nacional.—La Intendencia Municipal de Córdoba. —Orden general.—Oración patriótica.— Discursos.—Telegrama del Presidente de la República.—Ecos de la prensa.

Departamento de Guerra.

Buenos Aires, Junio 4 de 1887.

Habiendo comunicado el gobierno de Córdoba, que terminados ya los trabajos de instalación, se ha fijado el día 18 del próximo Diciembre, para que tenga lugar la inaugución solemne del monumento que se erige en aquella ciudad, á la memoria del general don José María Paz, y considerando el gobierno de la Nación, que el ejército debe estar representado en ese acto, concurriendo en el número posible, á asociarse á esta demostración del pueblo argentino, en favor de aquel guerrero ilustre y esclarecido pa-

triota, que luchó con abnegación heroica por la libertad é instituciones de su patria;

El Presidente de la República en acuerdo de Ministros—

RESUELVE:

Art. 1º Por el Ministerio respectivo se dispondrá lo conveniente para que asistan al acto de la inauguración de la estatua del general don José María Paz, en Córdoba, y rindan los honores militares correspondientes, las dos escuelas militares, tres batallones de infantería de la 1ª división del ejército, el batallón 4º, y el escuadrón de artillería del regimiento 2º, que se halla en Córdoba.

Art. 2º Solicítese al Honorable Congreso, por el Ministerio respectivo, un crédito suplementario por la suma de veinte y cinco mil pesos moneda nacional, para atender á los gastos que demande el trasporte de estas tropas, y su alojamiento en Córdoba.

Art. 3º Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

JUAREZ CELMAN.
E. RACEDO.—E. WILDE.—F. POSSE.—
N. QUIRNO COSTA.—W. PACHECO.

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina, reunidos en Congreso, etc., sancionan con fuerza de—

LEY:

Art. 1º Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir de Rentas Generales, la cantidad de veinte y cinco mil pesos moneda nacional, para el trasporte y permanencia en Cór-

doba, de las tropas que deben concurrir al acto de la inauguración de la estatua del Brigadier general don José María Paz.

Art. 2º Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, á catorce de Noviembre de mil ochocientos ochenta y siete.

C. Pellegrini.
Adolfo J. Labougle,
Secretario del Senado.

Carlos S. Tagle.
Juan Ovando,
Secretario de la C. de D.D.

Departamento de Guerra.

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1887.

Cúmplase, comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

JUAREZ CELMAN.
E. Racedo.

INTENDENCIA MUNICIPAL

Córdoba, Diciembre 15 de 1887.

Debiendo tener lugar el día 18 del corriente la inauguración de la estatua erigida en honor del Brigadier general don José María Paz, el Intendente municipal, en uso de sus atribuciones, y de acuerdo con lo dispuesto por la autoridad respectiva, en cuanto á los honores militares—

RESUELVE:

Art. 1º La inauguración de la estatua se efectuará á las seis p. m. del día indicado.

Art. 2º El mismo día, á la una p. m., se cantará en la iglesia de Santo Domingo un solemne *Te-Deum,* al que serán invitados, el Exmo. señor Presidente de la República, el Exmo. señor Gobernador de la Provincia, Ministros Nacionales, Ministros y H.H. Cámaras Provinciales, Autoridades Militares, Cabildo Eclesiástico, órdenes religiosas y Cuerpo Diplomático.

Art. 3º Encárguese al Presbíterio doctor don Celestino L. Pera, de pronunciar una oración patriótica.

Art. 4º Dos batallones de línea harán los honores de práctica.

Art. 5º Invítese al pueblo y á las asociaciones nacionales y extrangeras, á concurrir á la plaza Independencia, á las cuatro y media de la tarde, para formar la columna que desde este punto se dirigirá á la plaza «General Paz».

Art. 6º El Exmo. señor Presidente de la República, Gobernadores de Provincia, Cuerpo Diplomático, Plana Civíl y Militar, y demás personas invitadas, se reunirán á la misma hora en la Casa de Gobierno.

Art. 7º A las cinco p. m., el señor Presidente y la concurrencia reunida en los puntos indicados, se dirigirán á la plaza «General Paz», por las calles «27 de Abríl» y avenida «General Paz». La marcha será á pié, y en el orden siguiente:

A la cabeza de la columna, el Exmo. señor Presidente de la República, Gobernadores y Ministros;

Cuerpo Diplomático y extrangero;

Plana Militar, Senadores, Diputados y altos funcionarios de la Nación;

Senadores y Diputados de la Provincia;

Intendente Municipal, miembros del Consejo Deliberante, y demás funcionarios de la Provincia;

Alumnos de las escuelas;

Cuerpo Docente de la Universidad y Colegios Nacionales;

Sociedades nacionales y extrangeras.

Art. 8º Las tropas de línea estarán formadas en orden de batalla, en la avenida «General Paz». Al pasar el señor Presidente, harán los honores respectivos, batiéndose marcha en toda la línea.

Art. 9º Cerrando la comitiva oficial y por su turno, los diversos cuerpos en formación, desprenderán sus banderas con la escolta correspondiente.

Art. 10. En el tablado construido en la plaza «General Paz», tendrán colocación:

En el centro: el Exmo. señor Presidente de la República, el Gobernador de la Provincia, los Ministros y los miembros de la familia del general Paz.

A la derecha: el Cuerpo Diplomático, Senadores y Diputados Nacionales, Plana Militar, y demás altos funcionarios de la Nación.

A la izquierda: los Gobernadores y representantes de los Gobiernos de Provincia; Senadores y Diputados provinciales; Cabildo Eclesiástico, Intendente Municipal; Consejo Deliberante; funcionarios provinciales, y demás personas invitadas especialmente al acto.

Los alumnos de las escuelas, ocuparán el tablado especial destinado al efecto.

Art. 11. Las banderas y escolta respectivas de los cuerpos en formación, se situarán frente al tablado que ocupará el señor Presidente de la República.

Art. 12. El espacio de la plaza encerrado por la verja, será ocupado por las señoras, y caballeros que las acompañen.

Art. 13. Ocupado el puesto respectivo por el señor Presidente de la República, todas las bandas de música, tocarán el Himno Nacional.

Art. 14. Unicamente usarán, en seguida, de la palabra, en el acto de la inauguración, el Exmo. señor Presidente de la República, y el señor Gobernador de la Provincia.

Art. 15. Terminado el discurso del señor Presidente, y descubierta la estatua, se tocarán dianas en todos los cuerpos en formación, y se harán las salvas del caso.

En seguida, los niños de las escuelas cantarán el Himno Nacional.

Art. 16. Concluido el acto, las tropas desfilarán por delante del Presidente de la República, y rodeando la plaza.

Art. 17. La guardia de honor de la estatua, durante la inauguración, será hecha por los soldados supervivientes que sirvieron á las órdenes del Brigadier general Paz.

Art. 18. Mientras se organice la manifestación, y durante la inauguración de la estatua, no podrán transitar vehículos por la calle «27 de Abríl» y avenida «General Paz».

Art. 19. Comuníquese y publíquese.

L. Revol.
Ernesto Bancalari.

AL PUEBLO DE CORDOBA

Cumplo el alto deber de recordar al pueblo de Córdoba, que en el día de mañana se le entregará en acto solemne, el monumento cívico, erigido en honor del esclarecido argentino Brigadier general don José María Paz.

Nada hay tan genuinamente popular, como un acto de esta naturaleza, consagrado á eternizar, por el recuerdo imperecedero del monumento público, el nombre de quién ha merecido bién de la Patria, rindiendo á su servicio, el homenaje sincero de su abnegación .y patriotismo.

Mañana recibirá el pueblo de Córdoba, ese legado inapreciable, que inmortaliza en el bronce, las virtudes inmarcesibles de un ilustre patriota; y no responderíamos dignamente á los deberes sagrados del civismo, rehusando el contingente personal con que hemos de contribuir á la mayor solemnidad de esta fiesta, esencialmente nacional.

Excuso recordar la participación más directa que en este acto compete de derecho al pueblo de Córdoba; la cuna del gran patricio, debe ser la más entusiasta tributaria de esa póstuma justicia, premio y patrimonio de las grandes personalidades humanas.

Ante la soberana representación del Poder Nacional, dignamente personificada en el Exmo. señor Presidente de la República, recibiremos, pués, mañana, consagrada á la inspiración popular, la estatua ecuestre del Brigadier general don José María Paz.

LUÍS REVOL.
Ernesto Bancalari,
Secretario.

ORDEN GENERAL

Debiendo tener lugar el día 18 del corriente, en esta ciudad de Córdoba, la solemne inauguración de la estatua del Brigadier general don José María Paz, á cuyo acto ha sido invitado como padrino, el Exmo. señor Presidente de la República, el ejército de la Nacion, de cuyas filas surjió aquel heroe, concurrirá á la ceremonia á tributar los honores que las ordenanzas determinan.

Considero oportuno recordar á los jefes, oficiales y sol-

dados que lo componen, que la disciplina militar, el valor en los campos de batalla, y la abnegación del sacrificio por la Patria, obtienen siempre esta recompensa de la posteridad.

El general Paz actuó en aquella grande época, en que se luchaba y se moría por la libertad, y las notables condiciones militares, que constituian el caracter y la inteligencia de aquel heroico guerrero, lo colocaron en primera línea, á la cabeza de los valientes soldados de la República, que se batieron sin descanso durante medio siglo, desde Buenos Aires hasta los confines de América, primero por la Independencia, después por la organización constitucional del país.

Es aquella, una época de la historia que debemos llevar grabada en la memoria y en el corazón, para que nos sirva de enseñanza y de ejemplo. Todo era un sangriento campo de batalla bajo el cielo de la República Argentina; dos ejércitos, dos generaciones, luchaban sin cesar, hasta que la constancia, el valor y el patriotismo de los que se batian en nombre de la justicia y del derecho, hizo triunfar la causa de los pueblos oprimidos.

El general don José María Paz, fué un soldado en aquellos ejércitos de la libertad, que obtiene ahora el recuerdo inmortal, con que los pueblos recompensan los grandes servicios de sus hombres públicos.

Servir á la Patria con el desinterés y la abnegación con que él lo hizo siempre, es adquirir el derecho de renacer á la historia, y es la recompensa á que deben aspirar los soldados del ejército, cada vez que el Gobierno los llame para sostener las instituciones de su país, ó para defender el honor de la bandera.

Los Jefes de los cuerpos leerán en sus respectivos cuarteles, á sus soldados, esta orden general, antes de concurrir á la parada:

Art. 1º Comandará la línea de parada, el señor General de división don Julio de Vedia, para cuyo efecto el Jefe de la 1ª división, General de brigada don Zacarias Supisiche, pondrá esta, á sus órdenes el día indicado.

Art. 2º El Jefe de la línea recibirá oportunamente instrucciones sobre la formación de las tropas, y el ceremonial á observarse.

Córdoba, Diciembre 17 de 1887.

E. Racedo,
Ministro de la Guerra.

ORACIÓN PATRIÓTICA

DEL DOCTOR

Don Celestino L. Pera

En el Te-Deum celebrado en la iglesia de Santo Domingo

Justitia elevat gentes.

Exmo. señor Presidente de la República:

Exmo. señor Gobernador:

Señores:

El día de luto nacional en que bajaron á la tumba los despojos mortales del general Paz, uno de sus dignos soldados, uno de sus compañeros de fatigas, una gloria de las letras y de las armas argentinas, el general Mitre, en una

palabra, dejó caer sobre el sepulcro abierto, estas expresiones memorables: « Hé aquí otro antiguo veterano de « Mayo que viene á dejar un nuevo claro en las filas; un « atleta más, que cae cubierto de gloria, pero exhausto de « fatiga, al pié de la bandera; *el más ilustre soldado* de la « Patria, vencido por la muerte.... Ya no se oirá repetir y « aclamar con entusiasmo por las masas populares, el nom- « bre glorioso del general Paz, que ha ceñido dignamente « una espada durante el largo lapso de cuarenta y cinco « años... ¡Honor al heroe que la Providencia nos ha dejado « como un ejemplo eterno del deber cumplido, á todos los « que siguen sus huellas luminosas! »

Señores: El orador, vencido por su corazón, entre el dolor del amigo ausente, y la desgracia irreparable de la Patria enlutada, se engañaba; han pasado 33 años desde aquella tarde en que se dijo que el nombre del general Paz moriría con él, y ya lo veis, su nombre es hoy más aclamado que nunca; los hijos de esta noble ciudad, la nueva Atenas de una nueva Grecia, en expresión de un extrangero ilustre, han honrado con sus vítores la memoria del que fué en vida, soldado sin miedo y ciudadano sin tacha, y seguirá siendo en las generaciones venideras, el tipo, el símbolo y el modelo del civismo sin sombra, y del sacrificio sin vanagloria.

Córdoba, la docta y religiosa ciudad, se viste de gala, se corona de flores, hace un paréntesis á la gravedad de su existencia consagrada á las vigilias del estudio y á los misterios de la piedad, para unir su voz y sus cánticos de júbilo, á este nuevo himno de gloria, que desde hoy viene á agregarse al concierto de los héroes.

Y alrededor de Córdoba veo, señores, en este día, á todas las provincias hermanas, estrechadas de la mano, para formarle una corona de honor, y saludar en coro, entre las armonias de la ciencia y de las artes, del comer-

cio y del trabajo, de la civilización y de la libertad, el nombre glorioso de uno de los mejores hijos de esta familia inmortal, que habita este pedazo de cielo, caido sobre la América, que se llama la República Argentina.

Y más allá de la República, es decir, sobre la Patria, sobre la Patria no, porque nada veo más allá en el orden político de los deberes y de los derechos del ciudadano, pero trasportándome más allá de las fronteras de la Patria, á la claridad de este día, y sobre las alas del nombre que lo llena, puedo y debo deciros: *El general Paz es un heroe que no pertenece á un solo pueblo ni á un solo siglo; su nombre pertenece á todos los pueblos que hacen de su dignidad un templo, y de su libertad un culto; sus virtudes son una joya más, que ha venido á aumentar el patrimonio de honor de la humanidad entera.*

Como ha dicho uno de sus biógrafos: « Fué un hijo digno « de esa generación robusta que templó su acero en el « crater del volcan, para fulminarlo de allí, como un rayo « de fuego, sobre la frente de los enemigos de la Patria». Y sus obras no pueden, por lo tanto, ser únicamente las flores de una sola alma, la corona de un solo pueblo, la herencia de un solo siglo; cruzarán de siglo en siglo entre los resplandores de la justicia y los aplausos no interrumpidos de todos los honrados.

¡Honradéz, justicia! Hé aquí las palabras benditas que encuentro escritas en cada uno de los trabajos é infortunios de su vida pública sobre la historia argentina, desde las claridades de la aurora de Mayo, en que se presentó por primera vez como soldado, hasta el ocaso sombrío de una tiranía de veinte años, en que las dianas de Caseros vinieron á despertarlo en su noble ancianidad, para hacerle escuchar el himno de victoria de sus pacientes y homéricos esfuerzos de medio siglo.

Señores: No pretendo abusar de los derechos de la gloria,

sobre una tumba; si para admirar el brillo de una vida purísima, levanto la losa que cubre un gran sepulcro, es porque pienso que el soplo de una palabra humilde, pero sincera, puede tocar la frente de los héroes, sin peligro de lisonja, y sin temor de lastimar ese pudor sublime que envuelve como un sudario misterioso, á los nobles hijos de la inmortalidad.

Lo que me abruma y me confunde, es la altura desde donde debo hablaros, bajo la impresión formidable de vuestra presencia, y los recuerdos que ella despierta en mi memoria. Hablo en una ciudad que ha formado el corazón y la cabeza de los sabios de este suelo, durante tres siglos; ante una asamblea en que veo sentados á los hijos de esos sabios, y en ellos, á los herederos inmediatos de su talento y de sus virtudes; en que los maestros de la palabra y la palabra de los maestros, han deslumbrado á propios y extraños, desde la cátedra, el púlpito y la tribuna; en que los poetas, han encontrado en las armonias de la estrofa y el pensamiento, nuevas y milagrosas vibraciones; en que los historiadores, con pluma de oro y en pájinas de luz, han eternizado nuestras glorias nacionales; en que los publicistas, han consagrado sus fuerzas á la causa del derecho, fulminando los excesos de la ambición y las demasias de la política; en que los hombres de Estado, los magistrados de la Patria, los representantes de las Provincias, el alto Cuerpo Diplomático, y mis hermanos en la Fé, en la Patria, y en el Sacerdocio, con el dignísimo señor Presidente de la República á la cabeza, se han dado cita, en esta academia de sabios, cuna de nuestros primeros legisladores y estadistas, verdadero corazón, por su misma topografía, antigüedad é importancia de todas las Provincias, cenáculo de los hombres de fé, de virtud y de trabajo; para honrar la memoria del que fué más que un hombre, porque era un heroe, que tuvo la religión del deber, que

la cumplió como nadie, en la carrera de su vida, que no solo fué un gran genio, un General ilustre, un ciudadano esclarecido, sinó también, siguiendo la expresión de su compañero de armas, el general Obes: «Un ciudadano virtuoso, si jamás los hubo sobre la tierra».

¡Soldado y ciudadano! El laurel y el olivo, la victoria y la paz, entretegiendo sus ramas para ceñir una misma frente en este día. Y testigo de la apoteosis el pueblo que me escucha, é intérprete de los sentimientos que ella debe despertar en vuestra alma de ciudadanos, y en nuestra conciencia de creyentes, la voz del sacerdote, resonando en un templo que conserva los ecos de una palabra inmortal, la del obispo Esquiú.

¡Soldado y ciudadano! Siento el peso terrible de estas dos palabras sobre mis hombros; voy á estudiar su significado en la vida del ilustre argentino, cuyo recuerdo nos congrega en este día, y para ello, no os pido vuestra indulgencia; un sacerdote no debe pedirla desde esta cátedra; dejaría de ser ministro de la verdad, el día que reclamara para su palabra, indulgencia y no respeto.

Oigamos la voz de Dios, y aprendamos en la historia de los grandes, la sublimidad de sus enseñanzas.

Exmo. señor Presidente de la República:

Exmo. señor Gobernador:

Señores:

En el lenguaje común, consagrado por un uso que no pretendo vituperar, los hombres que se distinguen por la ciencia, por el arte, por las letras, por el genio de la pluma, de la espada ó del gobierno, son llamados á porfía, *grandes hombres*. Para llamarlos bién, debiera tal vez decirse: son grandes pensadores, grandes filósofos, grandes capitanes, políticos ó literatos simplemente; porque se puede ser ca-

da una de estas cosas ó todas ellas á la vez, sin llevar todavía sobre la frente, la verdadera corona de la majestad del hombre. Hay muchos grandes, á quienes se les admira como colosos, que vistos bajo el prisma severo de la moral ó la justicia, aparecerian bién pequeños ó mezquinos, casi pigmeos en realidad. ¿Sabeis por qué? Porque el genio, que tiene alas, pero que á veces se ha servido de sus garras, no debe tomarse por sí solo en cuenta, en la balanza en que se pesan las almas y se miden las virtudes.

Ya lo dijo el general Paz en una fórmula tan exacta como sencilla, que encuentro consignada en sus Memorias: « Se puede ser buén teólogo, buén literato, ó buén jurisconsulto, y sin embargo, ser mal político y el peor de los « ciudadanos».

Pero, supongamos, señores, que aparece en una nación un hombre, cuyo talento y cuyas virtudes, desde la altura en que Dios lo haya colocado, resplandecen como una antorcha sobre las masas, con un brillo siempre puro é inalterable; un hombre que haya mostrado en sí mismo la triple representación de la virtud, en la autoridad que manda, en la admiración que atrae, y en el ejemplo que habla; un hombre que llega á las más altas cumbres del poder y de la gloria, y muere pobre; que después de haber deslumbrado ásus compatriotas y contemporáneos con el brillo de su genio, los sigue iluminando, después de su muerte, con la honradéz de su tumba y la pureza de su recuerdo; un hombre que habla más alto desde el fondo de su sepulcro, que con el ruido de sus victorias; de quién pueda decirse: *defunctus ad huc loquitur,* muerto todavía habla; y el duelo que su separación ha dejado entre los suyos, está mezclado, como en vosotros, con un sentimiento de admiración, de respeto y de entusiasmo! ¡Que se destaque ante mis ojos una figura semejante sobre su pedestal de gloria, y yo la saludaré con más amor y con más respeto, que á todos

los filósofos, que á todos los literatos, que á todos los artistas, que á todos los políticos y guerreros juntos!

Hago alto en estas cumbres, para descubrir mi frente ante la vida del varón ilustre que recordamos.

¡Glorioso general Paz! Yo saludo con orgullo tu espada de soldado, porque soy sacerdote, y porque soy ciudadano; porque como sacerdote, puedo decirte con el apostol, que jamás la llevaste sin razón, *non enim sine causa gladium portat;* y como ciudadano, después de la justicia, nada conozco más sagrado que la fuerza, cuando esta no es asesina del derecho, sinó su primer centinela, como tú!

No podía ser otra cosa, quién, como el general Paz hacía de la libertad, su noble ideal; amaba la libertad de su Patria, en el santuario de su conciencia, como el primer principio de la vida social, como la fuente que él hizo brotar con la punta de su espada de la frente de piedra del despotismo y la anarquía, en su vida de soldado, durante medio siglo. Y la amaba, no como el ateo, el indiferente, ó el descreido, sinó como el creyente, como el hombre piadoso, como el cristiano sincero, en los recuerdos de la historia, en las revelaciones de su fé, en las intimidades de la familia, en las agitaciones de la vida y en las incertidumbres de la muerte.

La amaba en su propia sangre, en la que sentía palpitar con las tradiciones venerandas de esta ciudad, la austeridad de sus costumbres irreprensibles, la severidad de su caracter de acero, y la energía de una vida siempre pura é intachable.

En presencia del pueblo anarquizado, de las instituciones caidas, del *vandalaje* convertido en sistema de gobierno, de los talentos consagrados al servicio de los caudillos, de las almas sin fé, de los corazones sin coraje, de todas estas vergüenzas de la historia de la tiranía, fruto maldito de una era, en la que había sido arrojada la semilla de la ser-

vidumbre; hizo de su amor á la patria, un altar sobre el que ardía la llama de su indignación, y allí, sobre la cruz de su espada, formuló el juramento de sus luchas y combates inmortales.

Nuevo Catón, adoptó como lema de su vida y escribió como cifra de su bandera, el implacable « Delenda est Cartago» de la indignación romana. ¿Sabeis cuál era Cartago? Cartago era el baluarte del coloniaje, en la aurora de la independencia; Cartago eran los *llanos* en que el tigre se cebaba en carne humana; Cartago era Palermo manchado con la sangre de las víctimas de Rosas. Señores: ahí está su vida iluminada con el resplandor de veinte y dos batallas; Salta, Tucumán, San Lorenzo, Pequereque, Wiloma, Puesto del Marqués, Ayohuma, Vilcapugio, Venta y Media, Tamacuá, Filiberto é Ituzaingó, contra los enemigos de la bandera, ó los invasores del suelo de la Patria; San Roque, La Tablada, Oncativo, Herradura, Calchines y el Pilar, contra el furor de los caudillos; Caaguazú, Montevideo y Buenos Aires, por la libertad y autonomía de sus conciudadanos.... ¡Qué nombres y qué glorias simbolizan estos nombres!

¡Toda la historia de una República resplandeciendo sobre una sola frente! Vencedor de San Roque, La Tablada, Oncativo, Montevideo y Buenos Aires, uno de tus admiradores pudo llamarte en un arranque de entusiasmo, un heroe de Plutarco; Plutarco era un historiador, y tú no has encontrado aún el tuyo. ¡Hago votos porque él aparezca cuanto antes entre nosotros! y entre tanto, ¡séame permitido saludarte como el Hércules de las libertades argentinas!

Pero bién, señores: Este procer de nuestra emancipación y autonomía política, que, según la expresión felíz de uno de sus panegiristas, fué enviado por el mismo Dios á nuestro suelo, para que fuese el apostol armado, de una misión de gloria y redención; que en el cumplimiento sagrado de

esta misión, improvisó cuatro ejércitos, y mandó seis como General en Jefe; que presidió los dos sitios más gloriosos del continente americano, y fué dos veces Gobernador, dos veces ministro de la Nación, dos veces Director de la campaña libertadora contra Rosas; que escuchó por primera vez el estampido del cañón en las calles de Buenos Aires, siendo un niño, y ganó sus entorchados de General, en aquella batalla memorable de que brotó la independencia de una Nación hermana, la República Oriental del Uruguay; este heroe, de quién se ha dicho que era igual en virtud á Belgrano, su maestro y su jefe, en energía, á San Martín, en intrepidéz, á Lavalle... (detengámonos un momento ante esta figura homérica de nuestra historia, para saludar al hermano de glorias del general Paz, que recibe el apoteosis de la posteridad en la capital de la República en este mismo día), este heroe, decía, que tuvo la firmeza de Scipión, la prudencia de Fabio y el valor de Epaminondas; llevó sobre su frente una corona de más precio que el laurél inmortal de sus victorias; es su tranquila resignación en los momentos de prueba y amargura; es su firmeza de alma, cuando el dolor oprime su corazón con su mano de hierro, hasta hacerlo derramar lágrimas de sangre, y taladra sus sienes con su corona de espinas; es su indomable austeridad, cuando prefiere el caliz de las amarguras de una carcel, á gozar de las dulzuras de la libertad que se le prometía, á costa de la abdicación de sus principios.

Paz, prisionero durante diéz años, en los calabozos de Sante Fé y de Lujan; Paz, proscripto durante cinco años más, bajo el sol abrasador de un clima extraño, en Río de Janeiro, es para mí más grande, más alto, más sublime, que aquí sobre las sierras de Córdoba, dando con un puñado de valientes, una batida de quince dias á los *montoneros* del caudillaje, librando treinta combates en la víspera de su gran batalla La Tablada, y realizando esa operación

militar, la más osada, la más comprometida y estratégica de cuantas se registran en los fastos de la guerra americana.

Señores: Un contemporaneo (1), (no es un padre de la Iglesia) que habla bién de los secretos y misterios del corazón, ha dicho: « Bajo un cielo siempre sereno, el corazón no madura ». Y lo mismo le hubiera sucedido al general Paz: bajo un cielo siempre sereno, es decir, en el término de un sendero de flores, no hubiera sido más que un heroe; era ya mucho. Pero bajo el cielo de la tempestad, en un camino de abrojos, como el que recorrió entre las contrariedades y reveses de la fortuna, tiene algo para mí, de celeste sublimidad, de la aureola magestuosa de los mártires.

El surco del dolor, ha sido también fecundo sobre su frente, porque el corazón es como la tierra: hay que abrirlo y desgarrarlo, para que produzca frutos; la víctima sufre con el golpe de hierro; pero, apenas abierta la herida, por sus labios se escapa ese grito sublime, que es siempre la nota más alta del pensamiento, y la conciencia de las almas grandes.

El corazón del general Paz, en esas horas del dolor, es un templo en que los gemidos se convierten en plegarias; en que las sombras recogen el espíritu y lo elevan, en que las palabras inspiran respeto, y sus ecos nos obligan á pensar en Dios. Yo diría, señores, que Dios, al colocar sobre su frente la corona de los héroes, quiso erizarla de duras espinas, para que el peso de las miserias mundanales no oprimiera su cabeza, bajo la mole de la vanidad y del orgullo. Y añado, que prefiero en el corazón del general Paz, esas agonias íntimas de su vida de soldado, á los goces y favores de la fortuna, que son á veces, el patrimonio de las

---

(1) Lamartine.

naturalezas áridas y vulgares. Es verdad, que á medida que vá subiendo por las cuestas escarpadas, se siente y compadece el peso del dolor sobre sus hombros; pero, vale más, mucho más, un soldado con la cruz del cristiano sobre la espalda, que la lucha esteril y vergonzosa del sibarita, que se degrada para cruzar la jornada de la vida, con una corona de rosas sobre la frente.

Y el general Paz, hay que repetirlo, es en las horas de prueba, tanto más sublime, cuanto más cristiano; no desespera jamás de la bondad de Dios, y entre las rejas de un calabozo, al ver desaparecer, de su lado y para siempre, primero á su santa madre, después á sus tiernos hijos, y por último, á su idolatrada esposa: «Respetemos, dice, los inex« crutables juicios de la Providencia; que ella nos dé re« signación para sobrellevar las amarguras de la vida». Y en otra parte: « He leido, dice, las *Prisiones* de Silvio « Pellico: su dulzura, su piedad, y sobre todo, su caridad « cristiana, que estoy muy lejos de poseer, me han confor« tado. Espero en Dios que me perdonará, teniendo piedad « de mí ».

El valiente oficial, que se había batido con el escapulario de María sobre el pecho, en la batalla de Salta; que había acompañado al general Belgrano en las célebres prácticas religiosas del ejército patriota en la Rioja, después de los desastres de Ayohuma y Vilcapugio; que había tenido el coraje de afrontar las burlas y los ódios de los que se mofaban de la piedad de Belgrano, después de la batalla de Tucumán, calificando sin ambages, sus murmuraciones, de *pueriles*, y sus críticas, de *insensatas*, se revelaba siempre de cuerpo entero, en los últimos años de una vida tan gloriosa, y sobre todo, tan cristiana.

Ni, ¿qué podian importarle los sarcasmos de la impiedad y los ódios de los impios, á él, que había despreciado las amenazas de los tiranos, la perspectiva del suplicio, las

agonias del patíbulo, porque todo lo esperaba de su Dios, y se colocaba, como un niño, en los brazos de la Providencia? ¿A él, que como Aquiles de Harlay, el primer presidente del Parlamento de París, podía repetir con noble altivéz á sus verdugos: « Mi alma, es de Dios; mi corazón, de mi « Patria; mi cuerpo aprisionado, es de los malvados; ha« gan de él lo que ellos quieran ? »

Señores: En presencia de estas revelaciones de un espíritu abiertamente religioso y cristiano, como el del general Paz, yo no vacilo en exclamar: que estos monumentos de la piedad pública, hacen más honor á los héroes, que las estátuas que se erigen á su memoria. No repruebo la que vais á inaugurar en este día; antes bién, la aplaudo como el pago de una deuda tan antigua como sagrada de la Patria, que hoy Córdoba satisface desde las alturas del poder, en que veo con placer, á uno de sus buenos hijos; pero, lo repito: los monumentos de la piedad pública, hacen más honor á los héroes, que las estátuas erigidas á su memoria; y debo declararos, que este pensamiento no es mío: fué expresado en una circunstancia análoga por un gran genio, Massillon.

Señores: Yo quisiera no tener que recordaros en este día solemne y de júbilo nacional, aquella noche lúgubre y funesta en que la Patria, como en la noche pavorosa de Daniel, era combatida por los vientos de la discordia, como un inmenso y encrespado mar cubierto de sombras; en que la anarquía, ese fantasma sangriento de nuestra historia, bién hubiera podido exclamar como la esposa de Macbeth, en la tragedia del bardo inglés: «¡Cómo tengo las manos! « ¡Su vista me hace saltar los ojos de las órbitas! ¿Bastará « todo el Océano de Neptuno, para lavar esta sangre de « mis manos...? »

En la visión de Daniel, el profeta contempla la tempestad, y al cárdeno fulgor de los relámpagos, vé salir cuatro mónstruos del fondo de las olas. Y entre el rumor de las

olas, y el silbido de los vientos encontrados, oye estallar con la majestad del trueno, una voz que les dice: «Levantaos y devorad!...» Y los mónstruos obedecen; y se aparejan para el horrible festín de carne humana; y con sus uñas de hierro y sus dientes en triple hilera, no devoran sin primero destrozar entre sus garras abiertas, los restos ensangrentados y descompuestos de sus víctimas!... ¡Basta, basta, sombrias visiones! ¡También yo os ví, no en las revelaciones alegóricas de una profecía, sinó en las revelaciones de los anales de nuestra historia!...

Toda agresión injusta á las fronteras de un pueblo, es un acto de barbarie; contra ella se arma el ciudadano, contra ella se bate Paz, persuadido, como el patriota italiano, de que la «independencia es en la fáz de una nación,lo que el pudor es en la fáz de una mujer». Pero no era este mi objeto; quería simplemente recordaros, que cuando la constitución y la libertad no se apoyan en la justicia, entonces los pueblos, ó se estrellan contra la roca de la anarquía, ó arrojados de Scila á Caribdis, vienen á hacerse pedazos contra el escollo del despotismo.

En ambos casos se llega á ese día sin sol de las naciones, en que, pulverizadas las leyes y volcadas las instituciones, ya no se encueutran jerarquias ni gobiernos organizados, sinó individuos aislados entre sí, sin lazos, sin vínculos, semejantes al polvo impalpable del camino, á los granos de arena del desierto, incapaces de sostener el edificio moral de una sociedad, y solo dispuestos á levantarse con el primer torbellino, para condensarse y coagularse sobre un lago de sangre, ó sobre un lago de cieno. Pero cuando llega esa hora, Dios, que rige á los hombres y los pueblos, que es el Rey de Reyes y el Señor de los Señores, suscita siempre entre ellos, el hombre de la Providencia que debe tomarlos de la mano, y salvarlos del naufragio y del abismo. Ahora bién; ese hombre providencial en nuestra historia,

es aquel bravo oficial que cayó desangrado por la Patria en Venta y Media; es el General intrépido que se bate tres veces con Quiroga, y lo derrota con tres hermosas victorias; es el jefe austero, resistiendo durante diéz años, en Montevideo, al que fué vergüenza de la Patria y escándalo del mundo, en ambas orillas del Plata, durante veinte; es, en una palabra, el general Paz, que nos ha dejado como una confesión, como una confidencia, esta revelación íntima que encierra todo el programa de su vida: «Desde muy « joven, dice, fuí siempre amante del orden, de la discipli- « na, de la rigurosa equidad y de la justicia». Y ahondando más y más en el corazón de sus comtemporáneos y en las heridas de su tiempo, continúa: «Cuando se relajaron los « lazos de la disciplina y se entronizó el desorden, sufrí « los más amargos pesares, y tuve deseos de abandonar « una carrera, que creí manchada, y que en mi opinión con- « ducía, no á salvar la Patria, sinó á precipitarla en el « abismo. Hé aquí la explicación de todos los actos de mi « dilatada carrera pública, en que se me ha visto marchar « siempre por el sendero que me trazara desde mis prime- « ros años». ¡Dichosos los hombres que pueden pronunciar sin orgullo y con verdad, tales palabras! Y aún más dichosos los pueblos, que, como el mío, pueden presentar con orgullo y con verdad entre sus hijos, á tan nobles y tan grandes ciudadanos!

Ser ciudadano, en opinión del general Paz, es aceptar y cumplir los deberes que la Patria nos impone, y considerarnos dichosos al defender su libertad y sus derechos, aún á costa de la sangre y de la vida; pero jamás dió el nombre de libertad, al insulto audáz, ni á la rebelión injustificada. A su juicio, la libertad es la dignidad del hombre que se inclina ante la conciencia, y por consiguiente, ante la ley y el magistrado; ser libre, es saber obedecer, y obedecer hasta morir, si es necesario; sentimiento nobilísimo

que él supo inspirar en todos los que le seguian y que hacía de todos ellos, hombres de obediencia, del deber, de disciplina, es decir, soldados; soldados, entre los cuales no había ni párias ni pretores: nada más que buenos argentinos, que aprendian la disciplina á los rayos de la luna, sobre las faldas de las sierras, y que veian en la espada de sus jefes y en la bandera azúl y blanca, tremolando sobre sus cabezas, la doble lección de la obediencia, hasta el sacrificio, de la abnegación, hasta el heroismo!

« Creo de mi deber, nos ha dejado escrito el general Paz, « consignar, que mis soldados jamás se desmintieron á sí « mismos; tan valientes, como sumisos, tan patriotas, como « abnegados, jamás desconocieron mi voz, ni me negaron « su confianza ». ¡Honor eterno al ejército argentino, que ha merecido tal elogio del más severo de sus jefes!

Era el 20 de Junio, es decir, la víspera de la gran batalla, La Tablada; ese día, uno de los jefes del ejército abandona el campamento para despedirse, tal vez por la última vez, de su esposa y de los suyos; penetra en esta ciudad y la encuentra en un templo, orando de rodillas; apenas la esposa lo vé, le intima que se vuelva al campamento, adonde lo llaman su honor y el cumplimiento de su deber. El corazón del esposo y del padre, calla; habla su alma de soldado, y aquel día se bate como el primero, dando las más altas pruebas de valor y patriotismo.

¡Qué pájina, y qué recuerdos! ¡Todo el heroismo de las madres espartanas, dignificado y ennoblecido por las plegarias de las madres cristianas, rogando en el templo por sus hijos y sus esposos, mientras se baten con honor en el campo de batalla! Martín de Zúñiga, Marcelina Allende de Zúñiga; hé aquí dos nombres que tomo, entre mil de aquella época, para entregarlos á vuestra admiración por el general Paz, que tales actos y sentimientos inspiraba!

Señores: Llego, por fin, á ese período crítico de la vida

de nuestro heroe en que, según él mismo afirma, la oposición sistemada y sistemática á su gobierno, se valía de todas las armas para desprestigiar su influencia, calificando sus intentos de tendencias anti-católicas y concitando de esta manera, el odio de los pueblos contra su nombre. Los adversarios explotaban los sentimientos cristianos de una ciudad tan religiosa como Córdoba, presentando al general Paz, y á los que le seguian, como ateos declarados, ó cuando menos, como peligrosos innovadores.

Era urgente adoptar una medida decisiva: un paso más, y el cisma, con su cortejo siniestro de ódios y prevenciones implacables, penetraba en la gran familia de los argentinos. Solo era capáz de salvarla de peligro tan inminente, un hombre que reuniese á una gran virtud, el prestigio del talento y la aureola de la popularidad.

Y bién, señores: El general Paz encontró este hombre, y este salvador, en un benemérito sacerdote argentino, el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros. Gracias á su energía decidida, á su ilustración excepcional, y á sus cualidades eminentes, la armonía entre la autoridad civíl y la eclesiástica se conservó inalterable, acallándose todos los temores, serenándose todas las inquietudes, y ¿por qué no decirlo? destruyéndose las prevenciones inveteradas que también entonces habian precipitado la excisión de los ánimos entre fieles y súbditos, entre ciudadanos y gobernantes.

« Tengo placer, dice á este propósito el general Paz, en « hacer constar, mal que les pese á sus émulos, que el doc- « tor Castro Barros prestó servicios importantes á la Pa- « tria, sin manifestar ni espíritu de preocupación, ni espí- « ritu de intolerancia. Ministro celoso, atleta robusto, ora- « dor infatigable, combatió con ardor desde la cátedra, á « todos los que pretendian hacer de nosotros, unos impios, « incrédulos y perseguidores de la religión de Nuestro Se-

« ñor Jesucristo». ¡Impío, incrédulo, perseguidor de la Iglesia el general Paz! ¡No era la primera vez que las pasiones de partido tomarian del fango este anatema, para arrojarlo á la frente de los gobernantes! ¡No era tampoco la única vez, en que para levantar un cargo injusto, se escucharía la palabra honrada de un sacerdote! ¡Impío, incrédulo, perseguidor de la Iglesia el general Paz! No podía serlo el que creía que «un hombre sin principios ó en quién « están amortiguados los sentimientos religiosos, no puede « respetar las leyes humanas, supuesto que se juzga dis« pensado de las divinas, hasta bajar por las pendientes « del abismo, al escándalo de la impenitencia final». Pero á tales extremos conducen las pasiones cuando se encienden en la llama de los ódios, y no se inspiran y moderan en ese templo de luz sobre el que centellean, como los astros, los más puros ideales de la caridad.

¿Quereis saber lo que han sido los partidos y sus obras? Escuchadme con paciencia un momento más, que ya termino.

Un poeta del norte, compuso para su patria desgraciada, la Polonia, este apólogo expresivo: « Una madre cayó des« vanecida por un síncope, y su hijo, que la adoraba, « llamó en su auxilio á los hombres de la ciencia. Al verla, « dijo el primero: «Es un caso que debe tratarse por el siste« ma de Brown». «Así morirá, le interrumpe el segundo: solo « puede salvarla el método de Hanhemann». «¡Error! replica el tercero: que muera más bién sin tratamiento alguno, « antes que hacerla víctima de los absurdos de tales escue« las». Entonces el hijo angustiado al escucharlos, en el « extremo de su dolor y desesperación; «¡Mi madre!» excla« ma; y á este grito filial, la madre despierta, vuelve en sí, « y se libra de su mal y tales médicos ».

¿Habeis comprendido? Los hombres de partido, tal cual se entiende esta palabra entre nosotros, son los médicos

que discuten eternamente en torno del lecho de la Patria, nuestra madre. Los hombres de abnegación y de civismo, son los buenos hijos, que la aman, que la adoran y que procuran volverla con su amor á la vida. Dejemos á los empíricos, á los sabios por presunción, y á los justos por conveniencia, invocar el sistema de Brown ó de Hanhemann, esto es, alzar un trapo, una bandera ó una guillotina, como símbolo único de restauración. Nosotros siempre preferiremos á aquellos que la aman, y que por esto exclaman sinceramente: ¡Mi Patria! ¡Mi madre! La patria, que es madre, nos oirá, y estemos seguros que despertará de su letargo. «Ni conjurados, ni revoltosos»; seamos «hijos». Démosle vida calentando su corazón con nuestro amor, y no permitamos que vuelva á desangrarse en las luchas de partido. Hagamos votos porque duerma á la sombra del arbol de la Cruz, y porque la justicia y la obediencia sean los ángeles que velen, bajo las alas de la paz y del amor, su casto sueño. Recordemos que la anarquía es la tromba, es la catarata que cae siempre sobre lo pueblos desquiciados, es el genio del mal que borra las fronteras, que mancha los escudos, que arrastra las banderas en el polvo de la derrota y la ignominia; la anarquía es Varsovia, es Sedan, es Chorrillos, es..... ¡basta, Dios mio!.... Y vosotros, perdonadme el que me haya alejado de mi tema, arrastrado por un sentimiento comprimido desde hace mucho tiempo sobre mi corazón.

¡Oh Dios de San Martín y de Belgrano, Dios de los grandes capitanes que han fundado y defendido nuestra Patria desde la cuna; os damos gracias por habernos presentado en nuestro siglo, un ejemplo, un modelo de las virtudes cívicas y cristianas del soldado y del ciudadano, en ese soldado siempre fiél á las inspiraciones de vuestra gracia, en ese ciudadano formado en el cumplimiento de vuestras leyes! No permitais jamás que solo podamos salu-

darlo como una reliquia, como un heroe digno de mejores tiempos, sinó como el precursor de los hombres de nuestra edad y los de las generaciones venideras, alumbradas por el gran día de la fé sobre la Patria.

Señores: He concluido mi elogio del general Paz; ahora permitidme una palabra de gratitud, y con ella, mi único adios; recibidlo en la presencia de los altares del Dios verdadero, ante las imágenes y realidades de la fé cristiana de nuestros antepasados.

¡Nuestros antepasados! No extrañeis que no haya evocado de sus tumbas esos cristianos manes para confundir su gloria con la vuestra en este día, con el abrazo de un recuerdo majestuoso y solemne. No estrañeis tampoco, el que no me dirija siquiera en este momento al heroe de quién muchos fuisteis amigos, y todos sois compatriotas y admiradores. He temido alarmar la noble modestia de los grandes, turbando la paz de los muertos con la voz de los recuerdos. Y más que todo, he querido resolveros á imitar una de sus primeras virtudes, la austeridad, no permitiendo, en esta hora sagrada, dejar acercarse hasta su tumba, sinó para recoger y escuchar las lecciones de su vida. ¡Ojalá que no las olvidemos, y que nuestra generación, incierta en su camino, aprenda sobre las huellas del general Paz, el sendero de la justicia, el desinterés y la obediencia! ¡Aprendamos, como él, á no pedir para nuestra gloria, sinó poco, muy poco, al mundo, y todo á Dios y para Dios!

Y vosotros, los que conoceis el hogar en que se meciera su cuna, y os habeis congregado hoy en el templo para consagrar su memoria; vosotros, los hijos de esta vieja Córdoba, conservad con religioso respeto, ese monumento erigido á las virtudes del general Paz, que os entregan hoy vuestros conciudadanos; y cuando un extrangero visite vuestra ciudad, y al encontrarse con esa estatua, os pregunte: «¿Quién es este hombre?» Decidle con noble altivéz y

santo orgullo: «Fué un soldado sin miedo, un ciudadano sin « tacha; el amigo honrado y bueno de todos los buenos y « de todos los honrados; un servidor ardiente y desintere- « sado de la Patria; un caballero estoico, un alma grande, « y, sobre todo, un creyente sincero, humilde, enemigo del « fausto, y generoso como ninguno; es el general Paz, es « decir, la figura más completa, sinó la más brillante, que « el siglo XIX ha visto levantarse en nuestra Patria, en to- « da la primera mitad de su edad».

He dicho.

DISCURSO DEL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA, EN EL ACTO DE DESCUBRIR EL MONUMENTO

Señor Presidente de la República:

Satisfacción, y grande, es la que experimento en este instante, al caberme la honra de representar al Gobierno de la Provincia en esta fiesta popular, que habeis querido solemnizar con vuestra presencia, rindiendo así público homenaje á la virtud militar, encarnada en la figura noble y austera del ilustre argentino Brigadier general don José María Paz.

Sed el bienvenido, señor Presidente, á esta tierra de vuestras afecciones, y de vuestros más gratos y carísimos recuerdos.

Yo saludo en vos, á vuestros dignos Ministros, á los Gobernadores de provincia, á los representantes del Cuerpo Diplomático, á los miembros del parlamento y de la justicia Nacional, al ejército, baluarte de nuestras instituciones, altos funcionarios, y demás distinguidos ciudadanos, que han querido compartir con Córdoba, la más íntima de

sus satisfacciones, presenciando en este acto de justicia póstuma, la apoteosis de uno de sus más esclarecidos hijos, y de una de las glorias más puras de la Patria Argentina.

Señor Presidente:

Aquí teneis el bronce que vá á inmortalizar la imagen veneranda del invicto general José María Paz! Hélo ahí; es el veterano de Mayo, montado en su caballo de batalla, sobre el pedestal levantado por la gratitud nacional.

Este guerrero, que el arte nos lo vá á representar en la edad madura, es aquel joven voluntario, que en el día 23 de Noviembre de 1810, abandonaba las aulas de nuestra Universidad, y partía de este pueblo, impulsado por su patriotismo, á ocupar el puesto de honor, en la falange de héroes que combatian, bajo los cielos del norte, por la redención de la América.

Es él, el capitán Paz, en cuya frente brillará siempre un rayo de la gloria que coronó las memorables jornadas de Tucumán y Salta.

Es él, uno de los vencedores de Ituzaingó, y su arrojo y pericia militar, los que decidieron la victoria, legando á la Patria los esplendores de un nuevo triunfo.

Es él, el representante de la civilización argentina en el interior, y su espada victoriosa, la que avasalló el caudillaje, y la única que lo contuvo, en su marcha impetuosa de sangre y desolación.

Es él, el habii estratégico que humilló al tirano en Caaguazú, como lo humillara antes con su patriotismo y su desprecio, desde la celda sombría del prisionero.

Es el centinela de la libertad, que detuvo con su presencia, las hordas de Oribe, á las puertas de la heroica Montevideo, y que más tarde fué también el mentor de Buenos Aires, en sus dias de peligro y tribulación.

¡Tantas glorias sustenta ese pedestal!

Señor Presidente: Á vos, como el representante de la Nación Argentina, corresponde inaugurar la estatua ecuestre del general José María Paz, y yo, á nombre de la provincia de Córdoba, os invito á que descorrais el velo que la cubre, y entregueis á la espectación de los presentes, y de las generaciones venideras, la noble fisonomía del patricio, honor de las armas argentinas, gloria del continente sud-americano, al que fué grande en sus victorias, y más grande aún, en sus infortunios.

Guarde este monumento la civilización, y que el recuerdo de su nombre y de sus virtudes, viva siempre, mientras el patriotismo aliente el corazón argentino, mientras nuestros ejércitos tengan por divisa el honor y la disciplina, y por empresa, la justicia y el orden.

¡Loór eterno al hijo de este pueblo!

He dicho.

Discurso del señor Presidente de la República

Señores:

Antes de cumplir la gratísima misión que me habeis confiado, ofreciéndome en mi primer visita á esta ciudad querida, el honor de descubrir y entregar á la veneración pública, modelada en bronce, la figura culminante de nuestro ilustre comprovinciano, necesito dar una ligera expansión á los sentimientos que agitan mi espíritu en este momento, en forma de satisfacciones íntimas, de recuerdos afectuosos, de gratitud profunda.

No sé, ni quiero saber el juicio que la historia lejana, severa é imparcial, formulará respecto á la intervención que me ha cabido ejercer en la marcha política de esta provincia, en el desenvolvimiento de los sucesos en que me ha

tocado actuar, más ó menos directamente, ó en las trasformaciones de diverso orden, operadas bajo las influencias de dos administraciones sucesivas, en que me cupo la honra de colaborar ó presidir.

Sé que los propósitos elevados y patrióticos, no son siempre prenda segura de acierto ó buen gobierno, si no ván á ellos unidas cualidades ó dotes especiales que no son en parte alguna del mundo, el patrimonio de la generalidad. Comprendo bién, que no se gobierna impunemente en pueblos jóvenes, bajo el imperio de instituciones complicadas, que solo se radican á expensas del tiempo, del ejemplo, y del estudio; que no se administran tan vastos intereses, ni se mantiene largo tiempo, cierto ascendente en la dirección de los negocios públicos, sin herir ó contrariar ambiciones, propósitos ó esperanzas, más ó menos legítimas. No me hago, pués, ilusiones á este respecto. Si bién no esquivaré jamás la responsabilidad de mis actos como hombre, ó funcionario público, tampoco tendré nunca inconveniente para reconocer mis errores, como no los he tenido para arrojar sin violencia el manto del olvido sobre todas las malas impresiones que deja siempre en pós de sí, una vida de lucha activa y constante. Pero, á mi alrededor, observo rápidamente esta selecta y numerosa concurrencia, que me es tan conocida; he estrechado con verdadera efusión la mano de una gran parte de ella, y entiendo que el espectáculo que ofrece la presencia de este gran pueblo, de mis amigos de la infancia, de mis amigos políticos, de los que lucharon á mi frente con decisión y energía, justifican estas expansiones de complacencia, que no he podido reprimir, porque ello importa dejar establecido, que en Córdoba se puede luchar con entusiasmo, con vigor varoníl, sin desconocer la lealtad, el patriotismo ni la honradéz del adversario, sin rehusar al magistrado el homenaje á que su investidura lo hace acreedor, ni negar al comprovinciano

que vuelve al centro de los suyos, el testimonio de franca y amistosa fraternidad.

Señores:

Llenemos ahora nuestra misión, descubriendo la estatua del grande hombre, é inclinémonos ante la gallarda figura del ilustre guerrero de la independencia, y de las libertades argentinas.

La erección de este monumento, puede considerarse la manifestación material tardía, de un sentimiento que se ha mantenido siempre vivo y palpitante, en el corazón del pueblo argentino; no es, pués, una reparación, es simplemente el pago de una deuda sagrada que jamás fué desconocida, pués es y será este, uno de los poquísimos bronces levantados en la América del Sud, para perpetuar la memoria de un contemporaneo, sin que una sola voz argentina ó extrangera, haya protestado contra la justicia ó legitimidad de este honor póstumo, tan merecido.

Lejos de esto, es el general Paz el único argentino que habría podido decir como Catón el Mayor, cuando maravillándose algunos, según su biógrafo, de que habiéndose erigido estátuas á muchos hombres sin opinión, él no tuviese ninguna, les respondió: Más quiero que se pregunte: ¿Por qué no me han erigido una estatua? y no que se interrogue: ¿por qué me la han erigido?

Han pasado treinta y tres años desde que el general Paz dejó de existir; la historia ha pronunciado ya su fallo sobre el hombre ilustre, y la gran figura del patriota austero, del militar de genio y del ciudadano intachable, se destaca gloriosa, imponiéndose á la admiración de la posteridad.

El retrato de Paz, está como esculpido, puede decirse, en la conciencia de sus conciudadanos. Fueron tan eminentes sus virtudes, sus dotes, sus servicios, tan indiscutible su

superioridad, que hasta hoy la tradición popular recuerda sus hazañas, con los entusiasmos de un verdadero orgullo nacional.

Su retrato no necesita, pués, otro marco que la aureola de patriotismo que lo envuelve; pedestal inamovible del que no pudieron jamás arrancarlo, ni aún las olas embravecidas de nuestras guerras civiles.

Era ilustrado y virtuoso, amaba la disciplina, que es el orden, y tenía el valor más util, sin dejar de ser impetuoso; la sangre fría, esto es, el valor reflexivo que juzga, previene y dispone, casi siempre con resultado seguro.

Nació soldado con la revolución americana por la Independencia. Observando y estudiando á sus grandes servidores, nos ha trasmitido en pájinas animadas, como los comentarios de Cesar, sus impresiones, sus juicios, sus inquietudes, inspiradas siempre, por el más puro patriotismo.

Eximio en el conocimiento de todas las armas, arrojado como ginete, inconmovible como infante, sereno y calculador como artillero, mezclado á los acontecimientos y vicisitudes de la guerra civíl, llega, sin embargo, puro é ileso hasta nosotros, porque ni aún la pasión de los partidos, ejercitando sus ódios, ha podido oscurecer el brillo de sus servicios, ni deprimir sus cualidades morales, empequeñeciendo su figura de varón fuerte é ilustre.

Soldado de la Independencia desde los primeros momentos de nuestra emancipación política, jéfe en la memorable guerra del Brasíl, caudillo constante é incansable en la larga lucha contra la dictadura, el general Paz consagró toda su vida al servicio de la Patria, sacrificándose por ella en todos los instantes, y dedicándole por completo, su brazo, su espada y su clara inteligencia. ¿La recompensa de tantos sacrificios? La tenía el general Paz en sí mismo, en la satisfacción de su conciencia.

« Defender su Patria», había escrito él en la memoria presentada á la legislatura de Buenos Aires en Octubre del 53, «es un deber demasiado santo, y los que lo cumplen dignamente, no necesitan otro premio que la satisfacción de su conciencia».

Hé ahí el retrato de nuestro gran capitán, trazado por sí mismo; sus servicios continuados y constantes, su talento y su genio militar, superiores á su época, su rectitud y severidad intachables, lo trasformaron en una figura homérica, que debe servir de ejemplo á las generaciones presentes y futuras.

Se le ha inculpado únicamente de acerbo en sus juicios, al apreciar los acontecimientos y los hombres de su época, confundiendo quizá, la inflexibilidad de su caracter, la rigidéz de su conciencia, la independencia de su juicio, la honradéz de su criterio con una calidad contraria, que revelaría un espíritu mezquino ó infatuado, una emulación pueríl, en un hombre de su talla, ó una naturaleza apasionada é injusta, absolutamente agena é incompatible con las relevantes virtudes de aquella alma fuerte y abnegada.

El general Sarmiento, parco siempre en elogios, al juzgar á los actores en el drama sangriento de nuestras luchas civiles, hacía desde su destierro en Chile, describiendo la célebre batalla de La Tablada, el siguiente retrato de su vencedor:

« . . . Paz, es el representante más cumplido del poder
« de los pueblos civilizados. Militar á la europea, no cree
« en el valor si no se subordina á la táctica, á la estrategia
« y la disciplina . . .

. . . .

« Dejadle formar un ejército, esperad que os diga: *ya*
« *está en estado;* concededle que escoja el terreno en que
« ha de dar la batalla, y podeis fiarle entonces, la suerte de
« la República.

. . . .

« Quién sabe si la Providencia, que tiene en sus manos « la suerte de los Estados, ha querido guardar á este hom- « bre, que tantas veces ha escapado á la destrucción, para « volver á reconstituir la República, bajo el imperio de las « leyes, que permiten la libertad sin la licencia, y que ha- « cen inutil el terror y las violencias, que los déspotas ne- « cesitan para mandar ».

Entre los personajes ilustres, compañeros de armas del general Paz, que rodearon su lecho en los últimos momentos, y pronunciaron sentidas palabras sobre su tumba, figuraban los generales Pacheco y Obes, y Mitre.

Escuchemos el juicio de ambos, sobre nuestro comprovinciano:

. . . .

« Sin la resistencia de Montevideo, decía el primero, Ro- « sas reinaría todavía; sin el general Paz, el triunfo de la « resistencia de Montevideo, era imposible. Tenía, agrega, « las virtudes del Arístides de vuestra Patria, general Bel- « grano; el genio militar del gran capitán de la América, « general San Martín; la abnegación y los servicios del ge- « neral Lavalle; es él, el vencedor de Caaguazú, el defen- « sor de Montevideo, quién ha salvado la libertad y la ci- « vilización, en la América del Sud ».

« En presencia de esta tumba, decía el segundo, que en- « cierra en breve espacio, medio siglo de trabajos é infor- « tunios, la capacidad militar más vasta de la América del « Sud, la gloria más excelsa de nuestra Patria, las ideas « más elevadas del patriotismo, la probidad más severa, y, « lo que vale más que todo esto, la virtud más acrisolada « del ciudadano; en presencia de este sepulcro, señores, « somos bién pequeños todos los que lo rodeamos ».

Ninguna otra personalidad, en la República, ha inspirado juicios tan honrosos, tan francos, tan altos, sin siquiera

levantar celos, provocar controversias, ni despertar rencores, lo que se explica por el respeto profundo, de que dieron siempre testimonio á su respecto, aún sus más encarnizados enemigos.

Yo, como jefe del Estado, como Presidente de esta República, grande, poderosa y floreciente, tal cual la anhelaba el ilustre patricio, é interpretando la gratitud y la hidalguía argentina, me inclino con profundo respeto ante su sombra gloriosa.

Saludemos, pués, señores, al domador del terrible Quiroga, mirando después de cincuenta y ocho años, el campo de sus hazañas.

Cuando al terminar, descorrióse el velo que cubría la estatua, un verdadero clamoreo de vítores al heroe, hendió el espacio. Las seis ú ocho mil almas que circundaban la plaza, lanzaron un solo y estruendoso grito, por largos segundos.

Todas las bandas militares ejecutaban el Himno Nacional, y cuando cesaron, acompañadas por la orquesta Furlotti é instaladas en un tablado con gradería, situado al frente hacia la derecha de la estatua, un crecido número de niñas y niños de las escuelas municipales, entonaron acertadamente las siempre tocantes estrofas del canto nacional.

Concurrieron disversas escuelas, entre las que se encontraba la de niñas de beneficencia, las asociaciones extrangeras con los respectivos estandartes, y compuesta cada una de gran número de socios.

Frente á las escalinatas que dabau acceso al tablado del monumento, habíanse colocado las banderas de los cuerpos que formaban la parada, con la dotación de ordenanza, y delante de ellas, veíase un grupo de veinte y cinco viejos veteranos, inválidos unos, achacosos los más, y

todos ellos venerables reliquias vivas, de las glorias pátrias. Los capitaneaba un octogenario sargento, negro, que con su voz y manos trémulas, no dejó de mandar y ejecutar el ¡presenten! ¡arm! en el momento oportuno.

«La Nación» Buenos Aires, Diciembre 20 de 1887.

Telegrama del Presidente de la República

Córdoba, Diciembre 18 de 1887.

Al vice-Presidente de la República, en ejercicio del Poder Ejecutivo, doctor don Carlos Pellegrini.

Al descubrir hoy ante la República, la estatua ecuestre del general Paz, que en recuerdo de las grandes luchas por la Independencia y las libertades argentinas, levanta en Córdoba, la gratitud y la veneración nacional, me asocio á la manifestación que el pueblo de la capital y de la provincia de Buenos Aires, tributan á la memoria del heroico general Lavalle, al inaugurar V. E. el monumento que perpetúe su recuerdo legendario.

MIGUEL JUAREZ CELMAN.

ECOS DE LA PRENSA

ANTE LA ESTATUA DEL GENERAL PAZ

Córdoba celebrará mañana una fiesta cívica de las más grandes y de más significación en su vida política.

El sentimiento nacional se ha condensado en un solo propósito que le honra y enaltece: el de venerar la figura histórica de un gran patricio.

Los más altos dignatarios del país, la gran mayoría de los hombres distinguidos de la República, un pueblo entero, se hallarán congregados mañana ante la estatua del hombre, que por su vigorosa inteligencia, por sus altas virtudes cívicas y por su abnegado patriotismo, llegó á ser una de las mas puras y gloriosas figuras de nuestra historia.

Paz abandona á Córdoba, su ciudad natal, cuando todavía era casi un niño. La lucha por la emancipación de su país, lo impulsa á renunciar con noble abnegación, á las dulzuras y comodidades de la pacífica vida de familia, á dejar de mano su educación para la carrera civíl, á que se le destinaba.

Al dejar Paz á Córdoba, para incorporarse al ejército que operaba en el norte, es casi seguro que no tuvo la visión, ni remota siquiera, del destino que le estaba reservado, no se figuró probablemente el alto ról que estaba destinado á desempeñar en la historia de su país.

Obedeció solamente á la impulsión generosa de su corazón de joven, y su aspiración noble por la libertad; y no pensó probablemente, que su incorporación al ejército, fuera más que un accidente de su vida pacífica de ciudadano.

La rudeza y privaciones de la larga y azarosa campaña del Alto Perú y de las Provincias del norte, la severidad de principios de la escuela militar de Belgrano, y las largas y pacientes meditaciones del vivac, formaron el caracter de Paz, dieron á sus ideas, la firmeza de la convicción, le suministraron la visión clara de las necesidades y del porvenir de su país, y desarrollaron en él la iniciativa poderosa que le distinguió en adelante.

Terminada su primera campaña, la figura de Paz se nos

presenta ya con todo el relieve propio de su caracter, y de sus elevadas concepciones.

Si se le sigue paso á paso en toda su larga vida pública, vemos que resaltan en él, dominando á todos sus actos, el sentimiento de la nacionalidad, y una fé inquebrantable en la libertad.

En Córdoba, en Santa Fé, en Entre Rios, en Corrientes, en Buenos Aires, en Montevideo, en todas partes en donde luchó, fué siempre en donde él creyó ver amenazada la unidad ó la libertad de la Nación.

En una larga vida de agitaciones y de combates incesantes, admira, y seduce, no solamente el profundo genio táctico de Paz, su austeridad y modestia reconocidas, dá también relieve, y quizá el más marcado, á su personalidad, la fé profunda que tenía en el porvenir de su país, la convicción incontrastable que abrigaba respecto á su organización y existencia como nación libre.

El azar de los acontecimientos más adversos, la mala voluntad de los hombres, no pudieron doblegar un solo instante su enérgica voluntad, ni hacer desmayar su patriotismo. En todos los actos de su vida, vemos la misma vigorosa impulsión, la misma claridad de concepción, la misma seguridad en el éxito.

Por eso, el bronce que modela la figura de Paz, y que inmortaliza su nombre, es á la vez por su tenacidad y por la fuerza de la materia, la representación de la fáz moral del ilustre procer.

El homenaje que la Nación le rinde, es una manifestación que honra también al pueblo que la hace; ello significa, que ese pueblo reconoce los sacrificios hechos en aras de su libertad, y que conoce y ama esa libertad, como su mayor bién.

Hay nobleza y elevación moral en un pueblo y sus mandatarios, cuando se abandona la tarea de la labor diaria,

cuando se hace un paréntesis á la vida y ocupaciones ordinarias, para venir á hacer acto de presencia y adhesión á la apoteosis de un heroe, para concurrir á inmortalizar la memoria de un ciudadano ilustre y benemérito.

Córdoba conservará siempre el recuerdo de la grandiosa fiesta de mañana, y sabrá, como el pueblo argentino sabe, honrar la memoria de sus buenos y leales servidores.

«El Interior» Córdoba, Diciembre 17 de 1887.

HONOR Y GLORIA

AL ILUSTRE Y BENEMÉRITO GENERAL ARGENTINO

DON JOSÉ MARÍA PAZ

---

9 de Setiembre de 1791—18 de Diciembre de 1887

Las pasiones, los ódios, el encarnizamiento de la lucha, el favor público en la época en que actuan las personalidades y los héroes que dejan el recuerdo de su paso por el mundo, como seres á quienes el destino les ha señalado un ról superior; las múltiples facetas de las debilidades humanas, todo desaparece al pasar por el molde severo de la historia, que dá á cada uno el justo privilegio al respeto y admiración de sus conciudadanos en su país, y á la consideración de los extraños fuera de las fronteras de la patria.

Hasta el movil, á veces encubierto, que agita y lleva al hombre público del tablero político á la satisfacción solo de aspiraciones personales, se trasparenta y descubre ante las fuentes saludables de una investigación minuciosa

amparada en un criterio desprevenido que mira los sucesos distanciados por el tiempo, y que busca la verdad allí donde se encuentre, para hacer de ella la guía de los sucesos que desea narrar.

Grecia y Roma, en la plenitud de su genio guerrero y literario, levantaban estátuas á sus grandes hombres, rodeando con ellas, sus templos, y el pueblo, para rendir homenaje religioso á sus dioses, pasaba saludando aquellos mármoles que recordaban, ó triunfos inmarcesibles en los campos de batalla, ó grandes torneos de la inteligencia, redimiendo á la luz, la oscuridad de los primeros tiempos.

Aquel ejemplo de gratitud, al propio tiempo que ilustraba exaltando los sentimientos patrióticos y el estudio del pueblo, se trasmitía como un legado precioso de la época pagana al cristianismo, y cuando Grecia, abatida, devorada por sus vicios marchaba á su postración suprema, y cuando Roma pasaba de la república al imperio y la decadencia, en medio del más profundo bizantinismo, todavía pagaba á sus progenitores el tributo de su reconocimiento, grabando en columnas inmortales, sus gloriosos nombres.

El cincél de Fidias, no solamente ha inmortalizado el templo del arte con el fuego de su genio: al mismo tiempo que era arrebatado por las concepciones de la belleza sígnica, trasladaba también al marmol, la idea y el hecho histórico que encerraba la expresión de las glorias pátrias.

Puede la exaltación de un momento, ó las iras de un partido triunfante, atravesar el pecho dél heroe del paso de Beresina, del Príncipe de Moskow, aquel soldado y general al mismo tiempo, más grande y más sublime que el espectáculo de las nieves perpétuas porque atravesaban los restos de su ejército, que, al abandonar la Rusia, se hacen admirar en medio de las sombras de la más célebre de las retiradas, del más triste de los desastres.

Ney, cayendo en la alameda del Observatorio, levanta

en aquel sitio el pedestal en estatua, que la posteridad conservará como la memoria de sus compañeros sacrificados por la efervescencia de la política real de los dias de Junio.

Si el fanatismo del sudista Wiltes Booth, pudo romper el craneo del Presidente Abraham Lincoln, no hay mucho trecho del teatro de Ford, á la consideración y respeto con que veneran su memoria la generación que le ha precedido.

El mariscal de Ayacucho, ya célebre en las faldas del cerro de Pichincha, cayendo asesinado en las montañas de Berruecos, se eleva más y más en la gratitud de los pueblos, á cuya independencia había contribuido.

El martir de Jujuy, entre nosotros inmolando al coronel Dorrego en las pampas de Navarro, y apelando á la historia si debía ó no morir aquel bravo soldado y virtuoso ciudadano, ha levantado la figura descollante del entusiasta Dorrego, y la gratitud nacional, por un mandato expreso del Congreso, que manda erigir su estatua en una de las plazas principales de la capital de la República.

Los pueblos á veces son tardios en distribuir la justicia, pero jamás la olvidan, porque la fugacidad del recuerdo desaparece ante la huella luminosa que reaviva el pasado en el presente, que vivifica con materializaciones seguras é ineludibles.

De esta manera vive Homero, Alejandro y Cesar, en la memoria de los pueblos, y continuarán su proceso en la cadena de los siglos, porque no hay poder humano que pueda apagar, ni siquiera empalidecer el brillo de la Iliada y la Odisea, gran testamento literario de la antigüedad, ni el estruendo guerrero de las campañas de la India y de las Galias.

Hay ciertas figuras históricas, que encarnan la personalidad de los pueblos, que pintan su caracter con vivísimos colores, y si los pueblos deben continuar en el progreso in-

definido, con igual razón y fuerza, deben continuar sus encarnaciones típicas, que no son más que la expresión concreta de su sér moral y físico.

En rigor, lo mismo es Guttemberg que Galileo, Napoleón que Stefenson; todos ellos, y, como entre nosotros la memoria de nuestros héroes, tienen legítimo derecho á vivir en el bronce, bajo el patrocinio de la voluntad nacional.

Hoy cumple la Nación Argentina su deuda sagrada hacia la memoria del benemérito general don José María Paz.

A los treinta y tres años de haber desaparecido, la provincia de Córdoba, su cuna, y la Nación, su noble madre, en fiesta popular, con los más grandes homenajes, entregará al pueblo la estatua ecuestre del soldado valiente, honrado y de talento, que ha vertido más de una vez su generosa sangre, en defensa de los intereses nacionales.

Hoy podrá también el pueblo desahogar su espíritu con efusión, porque sentirá la satisfacción de haber cumplido con su deber, pagando la justa deuda á uno de sus más grandes héroes.

El general don José María Paz, representa una encarnación nacional de la revolución, grandiosa epopeya americana en esta mitad del continente, que alzándose contra la autoridad vetusta de su antigua metrópoli, daba el grito de libertad, hinchando sus pulmones para hacerlo repercutir de la falda Andina á la quebrada margen del Atlántico.

Pero no es solamente en el vivac revolucionario, al estampido del fusíl, donde el modesto y grande hombre significa una encarnación del pueblo argentino; ni son especialmente sus triunfos inteligentes y numerosos, ganados desde 1812 á 1834, los que le caracterizan de una manera definitiva.

Son sus antecedentes de hombre honrado y patriota; sus talentos militares, su inteligente prudencia en el manejo de los negocios públicos, su moderación, su energía, su

mansedumbre, su generosidad, virtudes que le han servido de base, para conquistarse un nombre glorioso y sin mancha, en la historia de nuestro país.

Podía, como Pericles, vanagloriarse de no haber hecho derramar lágrimas por su causa, á ningún ciudadano.

Sin aspiraciones de mando, sin dejarse dominar por la idea del caudillaje, no obstante haber sido muchas veces, árbitro de los destinos de Córdoba, ha sabido prescindir del autoritarismo dominante en su época, respetando los gremios civiles y las opiniones, aunque le fuesen contrarias, porque ha vivido empapado en principios tan sanos y tan nobles, como eran desconocidos en esos tiempos de penosa memoria.

Su prudencia ha servido muchas veces de pasto á la crítica mordáz y apasionada, pero lo que al parecer significaría un cargo, no es simplemente más que un elogio cumplido, si se recuerda, que cuando se juega la vida de una causa y de un ejército, hay que medir matemáticamente la distancia, y prevecr científicamente los resultados, para no lanzarse en sangrientos é inútiles sacrificios.

La fama de Euclides está en la infalibilidad de sus afirmaciones.

« El general Paz, en el curso de su vida militar, se ha hallado en veinte y dos campos de batalla: Salta, Tucumán, Pequereque, San Lorenzo, Puesto del Marqués, Wiloma, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, Tamacuá, Ituzaingó, Filiberto, le han visto combatir contra los enemigos de la Patria, así en la derrota, como en la victoria; San Roque, La Tablada, Oncativo, la Herradura, Pilar y Calchines, le han visto combatir por sus creencias políticas, oponiendo su espada al caudillaje; Caaguazú, Montevideo y Buenos Aires, le han visto combatir por la libertad argentina, con la austera firmeza y la sublime y modesta abnegación de un varón incontrastable, que sin buscar

aplausos ni temer reprobaciones, procuraba llenar cumplidamente su deber, iluminado por la ley interna de su conciencia.

«El general Paz ha mandado en jefe seis ejércitos, y han sido modelos de organización militar, y ha vencido siempre, porque sabía preparar con perseverancia los instrumentos del triunfo.

«Ha mandado en jefe cinco batallas campales, y las cinco, las ha ganado completamente.

«Ha presidido los dos sitios más gloriosos y memorables que cuenta la historia del Río de la Plata, y que forman los timbres más gloriosos de su vida política y militar.

«Ha sido dos veces Gobernador, en dos provincias; dos veces Ministro de la Guerra; dos veces Director de la Guerra contra Rosas; ha dado su tiempo, su sangre, su alma, su inteligencia, su brazo, su reputación, su felicidad, al servicio de la Patria, y ha muerto pobre, como mueren entre nosotros, los hombres ilustres y virtuosos.

«El general Paz es la gloria más pura y mas excelsa de la desgraciada Patria de los argentinos; es el símbolo más completo de las grandes cualidades del guerrero, unidas á las virtudes cívicas y privadas, que hacen de ese bello caracter, el tipo de un heroe de Plutarco.

«Fué poderoso, sin tener más ambición que obrar el bién de su Patria;

«Fué enérgico, sin mancharse jamás con ejecuciones arbitrarias y sangrientas;

«Fué General, sin ser caudillo;

«Vencedor, supo conservar su moderación;

«Cautivo, supo conservar su dignidad;

«Desterrado, supo conservar el fuego sagrado que lo animaba;

«Muerto, ha descendido al sepulcro con la aureola del

más habil, del más ilustre, del más constante y virtuoso soldado del ejército argentino».

Militar y ciudadano tan preclaro, debía contemplar desde el fondo frío de su tumba, los gigantescos progresos que se realizan en el país que él ha regado con su sangre, fecundándolo, sufriendo el martirio que enseña y ennoblece, y cayendo al fin, postrado por la muerte, pero todavía con el brillo deslumbrante de sus virtudes.

Al genio organizador del ejército victorioso en Caaguazú, le estaba reservada una pájina de humillación y desfallecimiento, de sacrificios estériles, en un rincón oscuro de las cárceles de Santa Fé, de exhibiciones sangrientas, que le conmovian, de cuadros desgarradores, de tristeza, de sobresalto, de hastío, de empequeñecimiento, de dudas, de esperanzas, que se criaban tan pronto como morian, ante el vejamen; de miserias, de abandono, de aislamiento, obligado á veces, para tener sustento, á trabajar pacientemente, jaulas de caña, que iban á parar á manos de sus verdugos.

Sin embargo, la figura del heroe se levanta orlada de honores y gratitud, sin que haya una voz que proteste de su inmortalidad, un grito que desconcierte el coro inmenso del pueblo argentino.

Hoy será roto el velo que cubre su estatua, y el bronce inanimado se iluminará con los resplandores de las victorias; se conmoverá, animado por el espíritu del grande hombre, contemplando al ejército y al pueblo de otras generaciones, que vienen á rendir los merecidos homenajes; y mientras las ofrendas rodean el pedestal de su estatua, la locomotiva, con su penacho de humo y su silbato penetrante, cruzará el mismo campo de La Tablada, arrastrando en su seno los progresos, por rieles asentados en el teatro mismo de una acción brillante.

Esos mismos soldados que hoy ván á honrar su memo-

ria, pensarán que un día, la Patria agradecida, sabrá premiar sus virtudes, si como Paz, conquistan al genio de la guerra, sus talentos, y al corazón del hombre, sus más nobles sentimientos.

« Eco de Córdoba » Diciembre 18 de 1887.

El Brigadier General

DON JOSÉ MARÍA PAZ

No se estremece la montaña bajo el hervor del volcán ó el sacudimiento del terremoto; no se conmueve la ola por el impulso fragoroso del huracán, ó el respirar del cetáceo; no azota á nuestras inmensas llanuras del sur, el *pampero* soberbio, ni á las áridas planicies del oeste, el terrible *zonda;* no es, en fin, la naturaleza desatada y en desorden con sus múltiples manifestaciones, en los Andes y en el Pacífico, en el Plata ó en el Atlántico, tan fuerte y vigorosa, tan bullente y poderosa, como son y manifiestan los entusiasmos infinitos del corazón argentino y patriota, las emociones y palpitaciones fogosas, al recordar las figuras de nuestros héroes legendarios, de nuestros tipos épicos, que salpicaron el continente de Colón, de radiantes victorias, permutaron el porvenir de la raza latina, é inscribieron en la historia, para modelo de posteriores generaciones, lecciones de un valor heroico, de virtudes excelsas, de constancia y firmeza por la Nación de Mayo, y entre los cuales hállase el adalíd, cuya estatua recibe hoy el bautismo de su inauguración, entre los cuales hállase el manco de Venta y Media, el vencedor de San Roque y de La Tablada,

de Oncativo y Caaguazú, el prisionero de Lopez y de Rosas, el defensor de Montevideo y Buenos Aires, el eterno perseguidor del caudillaje, el Brigadier general don José María Paz.

¿Qué beneficios reportó la presencia de este gran ciudadano y célebre General en nuestras guerras sociales, después de la desarticulación del organismo argentino, en el nefasto año de 1820? ¿Cuáles fueron los beneficios recogidos por sus brillantes victorias que atrajeron sobre su nombre, el asombro de sus rivales, el entusiasmo de sus partidarios, y el terror de sus enemigos? ¿Cuáles las consecuencias de su prisión y largo cautiverio?

Habíase nutrido de ideas modernas en la lectura de los grandes capitanes, y discípulo decidido del vencedor de las Piedras, Tucumán y Salta, estaba posesionado de la moral severa que debe tener el soldado consciente de sus deberes, destacando su modesta figura, atrayéndose las miradas de sus contemporáneos, bronceados por el sol del trópico, probados en mil epopeyas, y ardientes partidarios del honor y de la gloria! Era como esos soles que al morir la tarde, fulguran pálidos destellos, y muerto el crepúsculo, aparecen en el firmamento llenos de luz, de vida y esplendor! Era un astro girando pausado y tranquilo alrededor del oriflama de la Patria, cuyos rayos, más tarde identificó con el sol de nuestro escudo!

Cuando el general Paz apareció como hombre de influencia y peso en los sucesos políticos de nuestro país, fué en la revolución de Arequito, cuyos móviles explica en sus memorias, diciendo: «Queríamos combatir al enemigo común, y no luchábamos por la guerra intestina y el caudillaje». Es decir, queríase el concierto de todos los esfuerzos para anonadar á los enemigos de la independencia, pero repugnaba á los decididos patriotas y preclaros ciudadanos, como Belgrano, San Martín, Rivadavia ó él, las disensiones

internas y separatistas, aquella escuela funesta de Artigas y Francia, cuyas semillas brotaron en el patrio suelo, engendrando la hidra del caudillaje, estagnación del fin fundamental de la revolución de 1810; esparciendo á los vientos, como una plaga de langostas, esos seres híbridos, semi-generales y semi-bárbaros, especie de hunos, cuyas hordas ensangrentaron por tres décadas esta tierra de promisión para nosotros, esta tierra argentina y americana, que sosteniendo su nacionalidad, llevó sus bayonetas y sus cañones, en auxilio de sus hermanas!

San Martín retiróse del escenario público antes de ver encendida la guerra civíl; Belgrano vió sus primeros relámpagos, acompañados de fúnebres presagios; Rivadavia descendió de la presidencia después de luchar desesperadamente con su talento de político, y su corazón de patriota, contra los primeros albores del despotismo y vandalaje, quedando en la palestra Lavalle y Paz, los dos héroes de la lucha por la libertad, los dos fantasmas, los dos terrores del sangriento dictador Juan Manuel Rosas. ¡Rosas! ese Alarico, cuyas hordas invadieron la Roma argentina, donde en un banquete de sangre y delitos, consumaron el liberticidio que más fúnebre repercusión ha tenido en la América latina!

Si recordamos al general don José María Paz, si recordamos al general don Juan Lavalle, forzoso es recordar á aquel que los hizo sus víctimas; si los dos primeros, cuyas estátuas tiene hoy en sus basamentos el pueblo argentino, conmueven el alma é incrustan en nuestro ser, como un sello de gloria, los hechos inmortales, el último nos produce el efecto del déspota sanguinario que, como Rosas hizo obispo á un energúmeno é insano, proclamó solemnemente consul á su caballo.

Y así, nuestra historia, la presente generación y las que vengan, llamarán al general Paz y al general Lavalle, los

prototipos del civismo y del más puro patriotismo; y del déspota americano, maldecirán hasta su nombre, como el estro poético:

¡Ni el polvo de sus huesos la América tendrá!

El general Paz y el general Lavalle han sido premiados por la justicia póstuma; ellos vivirán desde este día en el bronce y marmol eterno, porque fueron los mantenedores de la protesta armada, pero esa justicia no será completa, hasta el día que se levante un monumento simbólico de los mártires conocidos y desconocidos de aquella época luctuosa, que en las batallas, vencedores ó vencidos, en las calles y calabozos de Buenos Aires ó Santos Lugares, en Tucumán ó Corrientes, en Córdoba, Mendoza y San Juan, fueron sacrificados por la saña del vándalo, regando con sangre inocente el pié mismo del Nerón argentino, para formar el emblema rojo, la divisa salvaje con que se atrevió hasta manchar el estandarte sublime de Belgrano!

El general Paz, divorciado de Bustos, porque conoció las tendencias de este tiranuelo, retiróse á Santiago del Estero esperando la venida de una época más felíz para sus nobles aspiraciones, que no tardó en presentarse con la guerra del Brasíl, terminada la cual, se dijo: El nacionalismo no se realizará una vez derribado el gobierno de Rivadavia, si no se abaten los caudillos del interior. Hizo, pués, á un lado sus indecisiones y vacilaciones, comprendiendo con sus claras vistas, la necesidad de destruir aquellos ingertos del gauchaje, y dijo á Lavalle: «Castigue usted el sur, yo lo haré al norte, más tarde nos reuniremos, y el país podrá constituirse». ¡Noble anhelo de dos grandes hombres que no se realizó! Uno murió en la líd por los sicarios del tirano; el otro cayó en poder de oscuros secuaces, en medio de sus triunfos, y cuando estaba á punto de realizar sus gloriosos sueños! Por eso la República Argentina realiza hoy su apotcosis, premia sus virtudes de ciudadano y de

General, ensalza la pureza de sus ideas públicas y privadas, y ese amor inmenso á la patria de Monteagudo y Moreno, de Pringles y de Funes, de Oro y de Lopez, de Belgrano y San Martín! Era de esos repúblicos de la antigüedad, buscado en el hogar doméstico para combatir el oscurantismo, ahogando pasiones en pró del bién común, sacrificándolo todo á la causa de la civilización, dando una de esas batallas que solo él sabía ganar, con soldados bisoños que apuntaban á las nubes, con sus *escueleros* guiados por su genio militar y estratégico, que pasaban rios, atracaban al enemigo á una celada, y lo hacian mil pedazos en la acción memorable de Caaguazú!

Después del general San Martín y de Belgrano, es el general Paz la personificación más acabada del nacionalismo y de la integridad geográfica y política de las Provincias Unidas del Río de la Plata; digo después, porque aquellos le precedieron con sus victorias, y teniendo los rasgos militares del primero, poseía en alto grado las virtudes del segundo.

Este consorcio, esta afinidad de elevadas cualidades, han hecho de su personalidad la encarnación del militar científico, de rápidas concepciones estratégicas, y del digno ciudadano, que á lo Rivadavia, abandonaba la escena de sus triunfos, cuando el egoismo contumáz y las pasiones mezquinas, hacian problemático su nombre al engrandecimiento argentino, sin pensar que el fonógrafo histórico guardaría el eco de sus combates, y el pueblo argentino lo sentaría en el sólio de los hijos inmortales de la libertad americana!

De Cesar, se dijo: *Supo escribir como pelear*, y puede repetirse lo mismo del general Paz.

La historia ha recogido los perfiles, hechos por su pluma, en un estilo severo y sobrio, como fueron todos los actos de su vida, ratificándolos en su mayor parte; prueba feha-

ciente del sólido criterio que poseía y de la estricta imparcialidad de sus juicios.

Ibarra, en Santiago del Estero, Ramirez, en Entre Rios, Aldao, en Mendoza, Araoz, en Tucumán, Bustos y Reinafé, en Córdoba, Quiroga, el terrible Quiroga, en la Rioja, Estanislao Lopez, en Santa Fé, y Juan Manuel Rosas, en Buenos Aires, todos caen al golpe de su crítica, todos quedan fotografiados por él, que en todo les superó, y que como la hada mitológica los toca para trasformarlos en polvo impalpable ante el juicio histórico.

Son mariposas sombrias revoleteando en el círculo de su luz, que queman sus alas en sus fúlgidos destellos.

Partidario decidido de la disciplina, el general Paz no comprendía sin ella á los ejércitos, considerándola uno de los factores primordiales de la victoria, y en el estado anormal del país, de las influencias de las montoneras, de mil causas complejas que pudieron disolver su ejército, este, mantúvose compacto, unido como una muralla de cal y canto, estrellándose cual en una falanje macedónica, el prestigio de mística popularidad, la audacia y el talento, si se quiere, del Tigre de los Llanos, Juan Facundo Quiroga.

Sostenía su autoridad con ese espíritu de equidad señalado por nuestro código especial.

A él, más que á ninguno, puédesele decir: «era firme en el mando, graciable en lo posible, castigando sin cólera y siendo comedido en sus palabras, aún en la reprensión».

Glacial ante el peligro, poseía incontrastable dominio de él mismo; todo lo disponía artísticamente con la seguridad del éxito, y al ver el resultado de sus batallas, debe creerse decididamente, que el molde de su cabeza era privilegiado; trasportado á otro campo, á una guerra de mayores proyecciones, hubiera dejado tras sí, no solo la estela de Ture-

na, con quién se le ha comparado muy acertadamente, sinó la de los generales más eminentes de nuestro siglo.

El general San Martín, ha sido comparado con su paso de los Andes, á Napoleón en el de los Alpes; el general Paz, puede á su vez ponerse al lado de Turena. Ambas, notables figuras guerreras, unian á sus dotes militares, grandes bellezas morales. Turena ha sido el general, cuyas combinaciones estratégicas rara vez fallaron, porque eran productos de una cabeza sabia y profunda en la meditación, pesando el peligro antes de abordarlo, y, una vez en él, el triunfo coronaba sus planes, llevándolo á ser el heroe de Zumershausen, Durra, Mulhauser y Acherr. El general Paz en un campo más modesto, pero no por eso menos glorioso, rodeado y cercado de enemigos, pisando un suelo sembrado de montoneras, venció á Bustos y operó atrevidamente en La Tablada, aislando y destrozando á Quiroga. Llevó á cabo la célebre batida á las sierras de Córdoba, que hervian de caudillejos; luego reconcentra su ejército, cuyas divisiones se movian y dispersaban como los brazos de un pulpo, y derrota en Oncativo al nuevo y formidable ejército de su terrible adversario. Quizá un tercero hubiera arrastrado el mismo fin, si Quiroga le formara, á pesar del desprestigio que como consecuencia le dieron sus derrotas.

Ya el General científico tomaba la ofensiva, ya el caudillo Estanislao Lopez iba á sufrir la suerte de Quiroga; todo estaba dispuesto, y el fallo era infalible, cuando el general Paz, dejándose llevar de su espíritu de observación, cayó por una verdadera fatalidad en poder de sus enemigos. ¡Terrible contraste! La libertad veló su augusta frente, y la mazorca blandió su cuchillo en la garganta de los argentinos!

Las campañas del general Paz en el interior contra los ejércitos sucesivos de Quiroga, tienen rasgos similitivos con las operaciones del Gran Capitán en Italia, contra los

ejércitos de Wurmser y Aloinci; aquel riesgo de caer prisionero en Arcole, después de un movimiento envolvente y audáz, hacen más interesante esta similitud, pero el general Paz no tuvo la fortuna de salvarse como Bonaparte; cayó en manos de salvajes que le despojaron de sus vestiduras, queriendo apagar aquella vida gloriosa, aquel espíritu fuerte, siempre idéntico en la fortuna como en el contraste, en el poder como en el cautiverio, que en diéz años de reclusión no flaqueó por la causa de la libertad, renació al combate después de una fuga atrevida, presentándose al banquete de los esbirros del tirano, como el comendador á la mesa de don Juan ¿para qué? para señalar la frente de los réprobos, para ser su azote y cernirse en las alturas de la gloria, como el condor se cierne en el espacio infinito!

El general Paz es el tipo perfecto del soldado; la idiosincrasia de su naturaleza era la que caracteriza en su verdad más acabada, el pedido de Napoleón: soldado cuadrado. Hente excepcional, en todos sus actos y acciones, marcaba una senda, determinaba un plán conductor imprescindible á un fin: si en la guerra, á la victoria; si en la política, al progreso físico y moral de sus conciudadanos. Su gobierno en la provincia de Córdoba, es el modelo delas administraciones, como sus batallas, dignas de la· pluma de Jomini. Los resortes invisibles que mueven el cerebro humano, tenian en el general Paz un empleo fecundo, pués el alma privilegiada no disipa sus fuerzas en estériles ensayos. Su elevada penetración todo lo disponía con la seguridad y convicción del resultado felíz, y así vésele al frente de sus legiones sin hesitar jamás, riéndose con superior inteligencia del artero caudillaje. La ignorancia de Bustos, el arrojo de Quiroga, la hipocresía de Lopez y la astucia de Rosas, todas son estudiadas por el general Paz, como un tomologo, los insectos, un naturalista, las conmociones del globo, ó un

médico, sus enfermos; y á todos burla y desengaña, á todos vence con su espada, dibujándolos raquíticos en el gran cuadro de sus hazañas. Solo la pérdida de amigos queridos y de miembros de su familia, doblegaron al dolor aquel espíritu de bronce; solo latió acibarado aquel corazón, al perder la compañera querida, la esposa amada, fiél testigo en las amargas horas del cautiverio!

Y si agregamos que mandando ejércitos, gobernando provincias, y siendo ministro, concluyó su vida como un patricio, sin despojarse de la aureola de humildad, que fué su bandera como hombre, y de su horror á la tiranía, como General y patriota, entonces este ejemplo vivo de desinterés y acrisolada virtud, puede ser biografiado por un escritor de la talla de Irving, que se encargue de cincelar su nombre en nuestra historia con ámplios relieves, como está fundida su efigie en su pedestal!

El estudio militar de nuestras guerras, su análisis estratégico, y las lecciones que como materia prima se desprenden de ellas para el soldado, no está escrito; ha de ser una pluma bién cortada la que tome sobre sí el peso de esa tarea, suficiente para inmortalizar á su autor; y, en ese estudio táctico, en esa fisiología del combate, en esas consecuencias de la lucha, en ese alfa y omega de la victoria, el nombre del general Paz cuajado de laureles, estará al lado de San Martín y de Bolivar, de Miranda y de Washington, de Kleber y de Massena!

El pueblo argentino ha hecho justicia al general Paz; la provincia de Córdoba se enorgullece en haberle dado cuna. El general San Martín, en su representación ecuestre, señala con su dedo rígido, Maipú y Chacabuco; el general Belgrano, empuña nuestro lábaro; el general Paz, mira los campos de La Tablada y Oncativo, sepulcro de la barbarie, donde como Estilicon en Fésulos, destrozó al invasor. Las murallas de la Troya del Plata, recuerdan su presencia,

los cantones bonaerenses, el paso de su caballo; la belicosa Corrientes, la formación milagrosa de ese ejército, sin jamás haber mostrado esas huestes, la espalda de la derrota, único y clásico ejemplo, en las guerras americanas; y, el ejército y el pueblo que circuyen su estatua, el que compone la República entera; ese ejército y ese pueblo, que han escrito en la frente de emperadores y reyes, las libertades de tres naciones, y con ellas las de un continente, saludan su imagen, ceñida de laureles, inspirándose en ese genio y en esas virtudes; algún día, con esa conducta, podremos hacer lo que él: imprimir en nuestro pendón de nieve y cielo, astros espléndidos, que unan sus luces infinitas á la potencia inmortal del sol de Mayo!

«Eco de Córdoba» Diciembre 18 de 1887.



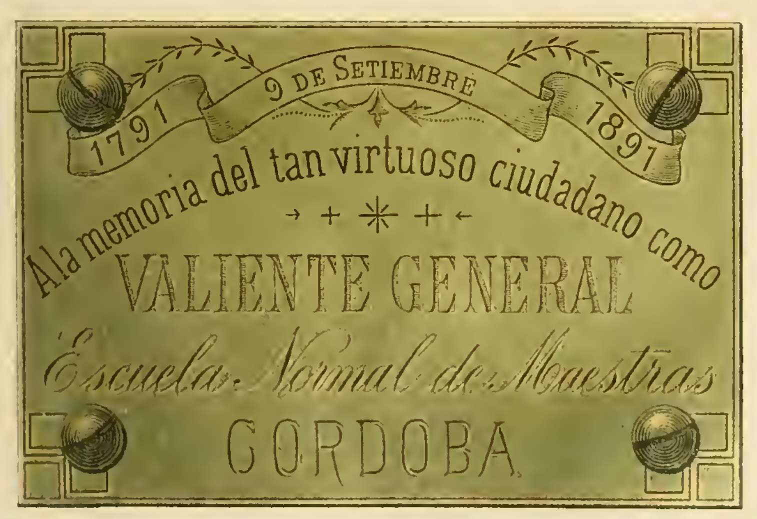
REPRODUCCION DE LAS PLACAS COLOCADAS EN EL SEPULCRO DEL GENERAL PAZ



REPRODUCCION DE LAS PLACAS COLOCADAS EN EL PEDESTAL DE LA ESTÁTUA DEL GENERAL PAZ

Lit Sola Hnos Sese y Cª 46 Esq La Plata





REPRODUCCION DE LAS PLACAS COLOCADAS EN EL PEDESTAL DE LA ESTÁTUA DEL GENERAL PAZ

CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

Ley del H. Congreso.—Decretos del Gobierno Nacional.—Orden general.—Placas conmemorativas, colocadas en el sepulcro y en la estatua del general Paz.—Discursos en la capital de la Nación.—Discursos en la ciudad de Córdoba.—La prensa argentina.—«La Patria Italiana».—Pensamientos.

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina, reunidos en Congreso, etc., sancionan con fuerza de—

LEY:

Art. 1º El Poder Ejecutivo mandará entregar á la comisión popular, organizada en la ciudad de Córdoba, para conmemorar el centenario del general Paz, la suma de diéz mil pesos moneda nacional.

Art. 2º Mandará construir y colocar en el sepulcro que guarda los restos del general Paz, una placa conmemorativa, con esta inscripción: *La Nación Argentina al General José María Paz, en su centenario.—Setiembre 9 de 1891.*

Art. 3º El Congreso Nacional se hará representar en las fiestas del centenario, por una comisión especial de su seno.

Art. 4º Los gastos que demanden la ejecución de esta ley, se harán de Rentas Generales, imputándose á la presente.

Art. 5º Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, á diéz de Agosto de mil ochocientos noventa y uno.

MIGUEL M. NOUGUÉS.	B. ZORRILLA.
Adolfo J. Labougle,	*U. S. Frias,*
Secretario del Senado.	Secretario de la C. de D.D

Departamento del Interior.

Buenos Aires, Agosto 10 de 1891.

Cúmplase, comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

PELLEGRINI.
J. V. ZAPATA.

Buenos Aires, Setiembre 2 de 1891.

El Presidente de la República—

DECRETA:

Art. 1º Nómbrase una comisión compuesta del teniente general don Emilio Mitre, y de los generales de división don Julio A. de Vedia y don José M. Bustillos, para representar al Gobierno de la Nación, en la ceremonia oficial, que en conmemoración del centenario del Brigadier general don José María Paz, tendrá lugar en la ciudad de Córdoba, el día 9 del corriente.

Art. 2º Comuníquese al Exmo. Gobierno de Córdoba, y al Estado Mayor General del ejército, á sus efectos, publíquese y dése al Registro Nacional.

PELLEGRINI.
N. LEVALLE.

Buenos Aires, Setiembre 4 de 1891.

El Presidente de la República—

DECRETA:

Art. 1º En ejecución de lo establecido por el artículo 2º de la ley de fecha 10 de Agosto próximo pasado, el Estado Mayor General del ejército, nombrará una comisión de oficiales superiores que se incorporará á la comisión del ejército, presidida por el teniente general don Bartolomé Mitre, encargándola de colocar en el sepulcro del Brigadier general don José María Paz, la placa conmemorativa de su centenario, determinada por aquella ley.

Art. 2º La ceremonia deberá efectuarse el día 9, con las formalidades de ordenanza.

Art. 3º La comisión recibirá del Arsenal de Guerra, la placa fundida en sus talleres, con este fin.

Art. 4º Comuníquese, etc.

PELLEGRINI.
N. Levalle.

ORDEN GENERAL

Buenos Aires, Setiembre 7 de 1891.

En ejecución de lo establecido por el artículo 2º de la ley de 10 de Agosto último, y superior decreto de 4 del actual, que dispone los honores que en su centenario se han de tributar al ilustre Brigadier general don José María Paz, se ordena:

1º El 9 del actual, á las 2 p. m., se hallarán formados en traje de parada, frente al cementerio del Norte, los bata-

llones 8 y 12 de infantería de línea, dos secciones con sus piezas, del regimiento 2º de artillería, y un escuadrón del regimiento 11 de caballería.

2º Estas fuerzas serán mandadas por el coronel Alejo Belaunde.

3º Nómbrase una comisión, compuesta del general de división Teodoro García, de los generales de brigada José I. Garmendia, Miguel Molina, Daniel Cerri, de los coroneles Carlos Smith, Manuel Usandivaras, Alejandro Montes de Oca, para que en representación del Estado Mayor del ejército, se incorpore á la comisión presidida por el señor teniente general don Bartolomé Mitre, encargado de colocar en el sepulcro de aquel ilustre General, la placa conmemorativa de su centenario.

4º Por el Detall General, se nombrará un teniente coronel, tres mayores, y tres capitanes, en calidad de ayudantes de los señores oficiales superiores de la comisión.

5º Hágase saber al ejército.

AYALA.

EN HONOR DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ

LA CEREMONIA DE AYER—LOS DISCURSOS

Notable y digna de su objeto, fué la ceremonia que en homenaje á la ilustre memoria del general José María Paz, se efectuó ayer en el cementerio del Norte, con motivo de celebrarse el centenario de su nacimiento.

Una concurrencia distinguida y numerosa acudió y rodeó el sepulcro que guarda sus cenizas, rindiendo así justo tributo á la memoria del esclarecido patriota y del militar

aguerrido. De acuerdo con el programa que había combinado la comisión del centenario, se reunió á las dos de la tarde en el Estado Mayor del ejército, la comisión de militares y ciudadanos que debía conducir hasta el cementerio, las dos grandes placas de bronce que el ejército y el Gobierno destinaban al modesto panteón donde descansan los ilustres restos.

Componian la citada comisión, los siguientes señores:

Teniente general Bartolomé Mitre, general de división Teodoro García, generales de brigada José I. Garmendia, Miguel Molina y Daniel Cerri, coroneles Alejandro Montes de Oca, Carlos Smith, Manuel Usandivaras, doctor Francisco Alcobendas, Tomás Santa Coloma, doctor Juan José Castro, Melitón Panelo, doctor Horacio Calderón, doctor Juan A. Argerich, Mariano Saubidet, Apolinario Orlandini, Ignacio del Mazo y Constant M. Ruiz. Estos últimos iban en representación del Club de gimnasia y esgrima.

Acompañó á esta comisión hasta el cementerio, una compañía del 2º batallón de infantería con su correspondiente banda de música, en traje de parada. Hacian los honores militares en este lugar, los batallones 8º y 10º, dos escuadrones del regimiento 2º de artillería y un escuadrón del regimiento 11 de caballería.

Cuando la comisión llegó al cementerio, las bandas batieron marcha, y las piezas de artillería hicieron los veinte y un disparos de ordenanza.

Una vez que se llegó á la tumba que guarda los restos del general Paz, el general Teodoro García pronunció unas breves palabras, haciendo entrega al general Mitre, presidente de la comisión, de la placa que procedía del Gobierno. Después de llenado este requisito, el general don Bartolomé Mitre leyó el siguiente discurso:

Señores:

En el espacio de un siglo, la República Argentina ha te-

nido dos grandes generales tácticos, que en vida se llamaron San Martín y Paz.

La América del Sud no los ha producido más grandes, y en su medida, pueden compararse con los más ilustres de los tiempos antiguos y modernos. El uno fué el heroe de la independencia nacional y el libertador de la mitad de la América meridional, á la par del libertador Bolivar, que emancipó la otra mitad. El otro fué el campeón de su libertad, á la par de los generales Lavalle y La Madrid. Ambos pusieron su genio guerrero al servicio de los grandes principios que se debaten por las armas, y cuyo triunfo constituye la grandeza de los pueblos independientes y libres. ¡Gloria á ellos!

El general José María Paz, discípulo de la severa escuela de Belgrano, el vencedor de Tucumán y Salta, pugnó á la vez por la independencia y por la libertad de su Patria, y á este doble título, es el representante de las glorias del ejército argentino en el presente y el pasado, en el trascurso de tres generaciones de combatientes. ¡Gloria á él!

El general Paz, en la época contemporanea, es no solo la más alta expresión de la ciencia aplicada á la guerra entre nosotros, sinó también el invencible campeón de las campañas perdidas por la libertad, que en el campo de la derrota, ó en lo alto de la brecha abierta, aparece sereno, inspirado y fuerte con la espada en la mano y una idea en su cabeza, para restablecer la lucha y legar la victoria final á la posteridad.

Por eso el pueblo, el Gobierno y el ejército argentino, le tributan hoy su homenaje de admiración y gratitud póstuma en el día de su centenario, inclinándose con amor y respeto ante su genio, sus memorables servicios y sus virtudes cívicas y militares.

La grandeza militar no consiste solo en ganar batallas, sinó en hacer servir la fuerza organizada, la estrategia, la

táctica y el valor humano, al triunfo de las causas inmortales, que dá por resultado, la creación de nuevas fuerzas morales en el organismo de las naciones, legando ejemplos y lecciones que dán su temple á las almas y á las armas de los soldados de un pueblo libre, que combate bajo la bandera de su derecho.

No son las armas inertes las que constituyen la fuerza viva de los ejércitos, sinó el espíritu que anima á los combatientes que las manejan, y no son solo los vivos los que combaten y triunfan, sinó también los muertos en las batallas, que al legar su fortaleza á sus compañeros de armas que les sobreviven, no desertan jamás de sus filas.

Por eso los grandes generales, no solo son inmortales en la gloria, sinó que siempre están vivos en el corazón y en la memoria de los soldados que les relevan de generación en generación. Su nombre, guía á los ejércitos que marchan á la pelea y los acompaña en medio del fuego. Su genio, inspira á los futuros generales. Su aliento, está en todas las almas heroicas de un pueblo. Ellos están presentes en todos los momentos de peligro, confortando á todos con su espíritu inmortal, y triunfan por la potencia de su genio trascendental, aún después de muertos, como Turena, vencedor en muerte.

El general Paz es uno de esos génios trascendentales en el orden militar y moral.

Después de San Martín, que es nuestro numen guerrero, él es nuestro primer maestro. El, es el padre de la familia militar argentina, reunida y unida á la sombra de la bandera, de la disciplina y del sacrificio modesto y deliberado. Es nuestro general en jefe permanente, que pasa siempre revista de presente, en nuestras filas compactas. Su ejemplo nos enseña, su fortaleza nos alienta, trazándonos nuestro deber en la paz, y señalándonos nuestro puesto en la lucha. Después de haber ganado batallas en vida, con

su inteligencia, él ganará batallas con su espíritu, aún después de muerto, viviendo eternamente en nosotros, y en los que después de nosotros empuñen las armas nacionales que caigan de nuestros brazos fatigados.

En nombre de los que han tenido el honor de servir bajo las inmediatas órdenes de tan ilustre General, asociados á los que honran su memoria en representación del Gobierno de la Nación, deposito esta plancha de bronce sobre su sepulcro, en nombre del ejército argentino, que dirá á los venideros, como decimos todos en este momento : ¡Gloria eterna al general José María Paz, en el día memorable de su centenario!

Habló en seguida el coronel don Pedro C. Diaz, y dijo:

Señores :

Inclinémonos con íntimo recogimiento ante este sepulcro, que guarda las cenizas de un heroe.

Nosotros venimos en el día de su centenario, como soldados del ejército en que él formó con tanta gloria, á colocar en su tumba, este modesto homenaje de nuestra gratitud y respeto.

El ilustre general José María Paz, fué no solamente un gran hombre de guerra, sinó un campeón infatigable de la libertad, sin que nada ni nadie, pudiera jamás quebrar su constancia heroica, en medio siglo de lucha terrible y continua.

Su espada brilló gloriosa en la guerra de la Independencia, y sus triunfos contra la tiranía, fueron el resultado de su alta capacidad militar.

Y si ha sido grande en los campos de batalla, también lo fué en las desgracias de su vida, por el infortunio; su energía no desmayó en los largos años de su cautiverio, y las

amarguras del destierro, enaltecieron más aún, el temple vigoroso de su alma.

Que su espíritu inmortal goce en el cielo, de la paz que no encontró en la tierra; que el ejército argentino, guarde el culto de su memoria, y que su sombra veneranda, nos inspire y aliente en las horas de prueba.

Cerró el acto el capitán don Juan A. Mendoza, que leyó el siguiente discurso:

Señores:

Existen en la historia de los pueblos, hechos fatales que se realizan, cual si fuera una ley en las sociedades. Los más grandes hombres, los que desempeñaron una noble misión y llegaron á la cima del poder y de la gloria, realizando actos sorprendentes y de fecundo fruto para los fines que persigue la humanidad, han experimentado forzosamente la amargura de la ingratitud de sus contemporáneos, de los beneficiados por el esfuerzo de sus virtudes y sus talentos. La naturaleza, cuya sabiduría se nos revela á medida que la ciencia descubre sus secretos, ha hecho del sér moral, su obra más acabada, dotándolo de su fluido divino, aún cuando se encuentre envuelto en las flaquezas de su existencia física.

De aquí, ese heroismo en el hombre, de aquí también, ese crisól de alta temperatura moral, en que solo se modelan los grandes caracteres, sometidos á todas las pruebas, las que únicamente pueden graduar las almas provistas del valor y la virtud, dispuestas á su vez, á los mismos sacrificios. La pasión, que tanto ciega, llega muchas veces hasta presentar los más sublimes actos de abnegación y de mayor sacrificio, en bién de la Patria, como impulsados por la ambición y hasta por la perfidia, y estas pasiones

las mantienen y encienden, los que careciendo del talento de la acción, solo poseen el de la palabra, con que fácilmente engañan á las masas inconscientes.

Desgraciados por esto, los pueblos que no sabiendo apreciar á sus ilustres contemporáneos, hacen más grandes las figuras de estos, ante la posteridad que, desprovista de los intereses de los partidos ó de los círculos, puede medir con exactitud toda la potencia de su genio y de sus virtudes. Tales fueron el general Paz, Lavalle, Rivadavia, Pueyrredón, San Martín, Belgrano. Superiores por caracter, patriotismo y talento, á las crisis, que les dió dias amargos, soportaron en silencio los ataques de los que hacen de la política un oficio, en vez de una ciencia, para gobernar á los pueblos. Los historiadores nos han mostrado el alcance de su acción y sus ideas, y el general Paz, nos ha dejado sus Memorias póstumas, de indisputable mérito, especialmente para los que hemos hecho de la profesión militar, una vocación.

Señores:

Era el día nueve de Setiembre de mil ochocientos treinta y tres, aniversario del nacimiento del General, cuyo centenario celebramos en este momento, uno de los dias más tristes, de los muchos que tuvo el grande hombre de guerra, en que se consideraba tan desgraciado, preso en un oscuro calabozo, sin consideración por parte de sus guardianes, que eran sus conciudadanos, por cuya independencia y libertad había luchado desde sus primeros años, combatiendo en Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, en dias de gloria y de luto para la Patria, donde el soldado argentino fué más digno de admiración en los reveses que en las victorias, presentando el más brillante cuadro del poder de la disciplina, que se pueda mostrar como ejemplo, en la historia de las guerras modernas.

En Ituzaingó, le cabía el primer lugar en la jornada

heroica de aquel memorable día, y en La Tablada y Oncativo, daba brillo y honor á las armas argentinas, porque sus victorias, fruto de movimientos estratégicos y maniobras tácticas, fueron de gran trascendencia para el triunfo de la civilización sobre la barbarie, dando así, un golpe de muerte á uno de los formidables caudillos.

El destino le reservaba, en premio de tanto esfuerzo, nueve años de cautiverio, del que llevaba dos años en la fecha que nos ocupa.

Hoy, el ejército argentino, al ofrecerle este homenaje póstumo, al más grande de sus generales, al inmortal vencedor de Caaguazú, y Jefe de la Plaza en el memorable sitio de Montevideo, por la iniciativa del hijo de un soldado de última fila, perteneciente á la legión argentina, y que nació seis años después de muerto el ilustre General, dá una prueba de que se mantiene fiél á sus gloriosas tradiciones, y que la generación que se levanta, llena de gratitud para con los servidores al país, sabrá inspirarse en los grandes principios militares, que fueron el ideal del general Paz, y que servirá para fundar la organización del ejército, en un día no lejano, y como el mejor homenaje para con nuestros generales, que fueron los precursores de la revolución argentina, con Belgrano, de la independencia americana, con San Martín, de la cruzada libertadora, con Paz y Lavalle, y de la organización nacional, con Mitre, ellos, siendo el alma de sus ejércitos, imprimieron dirección á las ideas á que servian, y señalaron, con demostración incontestable, el honroso papel que le estaba marcado á la fuerza armada de la Nación, puesta siempre al servicio de sus instituciones, y como el mejor pedestal de su propia grandeza, sin lo cual, el derecho y la justicia, tendrian tan solo dominio en la región del pensamiento.

¡Honor eterno á nuestros guerreros del pasado, que nos dejaron señalado tan honroso camino!

LAS PLACAS

Las dos placas conmemorativas, tienen la siguiente inscripcion:

1791—El ejército argentino al general Paz—1891
en su centenario.

La Nación Argentina al general José María Paz, en su centenario.—Setiembre 9 de 1891.

Esta placa fué ejecutada en el Arsenal de Guerra, por orden del Ministerio del ramo.

«La Nación» Buenos Aires, Setiembre 10 de 1891.

CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

Los diarios llegados de Córdoba, traen la crónica detallada de los diversos festejos celebrados en aquella ciudad, con motivo del centenario del general José María Paz.

Aún cuando nuestro corresponsal nos ha dado cuenta de esas fiestas, las completamos hoy, haciendo un extracto de lo que dicen los diarios cordobeses.

El paseo «General Las Heras», que debía ser oficialmente inaugurado el lúnes, estuvo adornado con profusión de banderas y gallardetes, y un arco triunfal, en el cual se leian los nombres de las principales batallas, dadas por aquel ilustre guerrero. La ceremonia oficial de la inauguración, no pudo tener lugar por inconvenientes de última hora, pero el paseo estuvo sumamente concurrido.

En el teatro «Rivera Indarte», tuvo lugar el lunes por la noche, una velada literario-musical, pronunciando discur-

sos los señores del Viso, Rodriguez de la Torre, Santillán Velez, J. Garzón y M. Río.

El martes á medio día, se efectuó la bendición del dique «San Roque», por el arzobispo Aneiros. Asistió á la ceremonia, mucha gente trasportada en trenes expresos. En ese acto, el ministro de gobierno, doctor Figueroa, dió lectura de un discurso del gobernador Garzón, quién no pudo leerlo personalmente, por encontrarse indispuesto. En seguida hablaron varias otras personas.

El día 9, las fiestas adquirieron mayor animación y lucimiento.

A la diéz la iglesia catedral se encontraba completamente llena.

Ocupaban lugar preferente, el Gobernador de la provincia, jefes militares, miembros del Congreso, ministros, senadores, diputados, jueces y demás comitiva oficial.

El orador, doctor Jacinto R. Rios, pronunció desde la cátedra sagrada, un discurso sobre el general Paz, discurso que tanto bajo el punto de vista histórico, como del filosófico y literario, es una pieza oratoria, que ha hecho honor al acto que se celebraba.

Después de concluida la fiesta religiosa, las tropas que formaban en la plaza, hicieron el desfile por frente de la Casa de Gobierno, en cuyos balcones se encontraban el señor Gobernador, y los generales Mitre, Bustillos y Vedia.

El mismo día tuvo lugar la procesión cívica. A las tres, próximamente, se ponía en marcha la columna, observándose en ella, la colocación siguiente:

Escuelas normales, graduada superior de la provincia y municipales. Después de las escuelas, venian las autoridades eclesiásticas, seminario conciliar, autoridades civiles, tanto nacionales como provinciales, bandas de música, las tropas y el pueblo.

Entre la comitiva y la concurrencia de pueblo, calcúlase

que había en las calles y plaza, como quince mil personas.

Llegada la columna al pié de la estatua, el presidente de la comisión popular, leyó un discurso, que fué muy aplaudido.

Hablaron después, los señores Tagle, Pizarro, Mitre, Siburu, Ipola, etc.

En la misma noche, tuvo lugar un baile en el teatro «Rivera Indarte», el que estuvo muy concurrido y animado.

«La Nación» Buenos Aires, Setiembre de 1891.

ORACIÓN PATRIÓTICA

POR EL DOCTOR

Don Jacinto R. Rios

EN LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Liberavit gentem suam á perditione, et in diebus suis corroboravit templum.

«Libró su Nación de la ruina, y en sus dias, robusteció la religión» (Eccl. L. I. et. 4).

Exmo. y Rvmo. señor Arzobispo:

Ilmo. señor Obispo:

Exmo. señor Gobernador:

Señores:

Corría el año 1854. Después de un medio siglo de luchas colosales, iniciadas y sostenidas para emancipar de su metrópoli á la América Española, y para organizar políticamente el país, el pueblo argentino, dividido en dos fracciones, pero cubierto de laureles, reposaba un momento,

iluminado por el sol esplendoroso de Caseros. En la mañana del día 22 de Octubre de aquel año, un anciano general, que había desempeñado un papel prominente en aquellas luchas heroicas, cargado de infortunios, de méritos y de glorias, entregaba piadosa y tranquilamente su espíritu al Dios de los ejércitos, en la ciudad de Buenos Aires. Al punto se difunde con la rapidéz del rayo por todos los ámbitos de la República, como el anuncio de una calamidad pública, esta lúgubre nueva: ¡El general Paz no exis te yá! ¡El general Paz ha muerto! En presencia de su tumba entreabierta y regada con nobles lágrimas, el sentimiento nacional se despierta, los gobiernos de Buenos Aires, del Paraná y de Córdoba, olvidan sus disidencias políticas, hacen á un lado sus preocupaciones locales, ahogan sus mútuos agravios y resentimientos, y aparecen estrechamente unidos por un vínculo sagrado: una desgracia, un duelo común. Los tres gobiernos mencionados, rivalizan en celo para decretar honores militares al general Paz, y todas las clases sociales, el ejército, la magistratura, las letras, el pueblo, en fin, de todas las provincias, con demostraciones de un dolor profundo y esas patéticas palabras salidas del corazón, se asocia al cortejo fúnebre. Y para que nada faltara, la Iglesia, con sus preces, sus esperanzas celestiales y su augusta majestad, viene á encontrarse con la Patria alrededor del catafalco del heroe cristiano, comunicando á sus funerales, una grandeza y una dignidad excepcional.

La imponente solemnidad de aquellos funerales, no era, señores, un vano aparato preparado por el sentimiento de una admiración ficticia, ni por el espíritu extraviado de partido ó de secta, que explota la muerte de los hombres que adquieren cierta notoriedad durante su vida, para hacer propaganda de doctrinas malsanas. Fué la consagración hecha por la religión y la Patria, de una gloria nacio-

nal, legítima, pura, excelsa, que, lejos de disminuir y disiparse, como todo lo que es falso é inconsistente, debía crecer en esplendor y majestad con el trascurso del tiempo. Porque escrito está, *que la memoria del justo no perecerá;* antes bién, pasa de generación en generación como un perfume precioso que regocija, fortifica y eleva las almas. Así sucedió, que treinta y tres años después de la muerte del general Paz, su posteridad agradecida, erige en su honor la magnífica estatua ecuestre que adorna una de las plazas de esta ciudad, á cuya solemne inauguración concurrieron también unidas la religión y la Patria. Y ocurriendo en el presente año, el día de hoy, 9 de Setiembre, precisamente, el centenario del natalicio del procer inmortal, apenas se trajo á la memoria esta fecha auspiciosa, resolvióse, á pesar de las agitaciones producidas por la lucha electoral, tributarle el solemne homenaje de una fiesta secular. Habiendo sido Córdoba la cuna venturosa del general Paz, ¿qué cosa más natural, que su pueblo y su Gobierno tomaran la iniciativa para celebrar la fiesta de un centenario que les recuerda las pájinas más brillantes de su historia? Pero, por más viva que sea la admiración, que las virtudes y los méritos del insigne guerrero excitan en el lugar de su nacimiento, ella no debía encerrarse en los límites de esta provincia. El homenaje debe ser nacional, americano, como el beneficio y la gloria de la obra realizada por aquel. Por eso el pueblo y Gobierno de las demás provincias, hánse asociado de alguna manera al pueblo y gobierno de Córdoba, y el Honorable Congreso y el Poder Ejecutivo Nacional, han dispuesto contribuir eficazmente á las fiestas del presente centenario, y enviar á ellas, esclarecidos representantes. Por su parte, el dignísimo y benemérito señor Arzobispo de Buenos Aires, háse dignado emprender un viaje á esta ciudad para asistir personalmente, en compañía del virtuoso obispo de Córdoba y su clero, á

las fiestas del centenario del general Paz, dándoles con su presencia, un brillo singular y un caracter marcadamente religioso. De este modo, la religión y la Patria hánse unido por tercera vez para honrar solemnemente la memoria del procer argentino, y glorificar su obra. ¿Quién es, pués, este hombre? ¿Cuál ha sido su misión? ¿Qué obras ha llevado á cabo para que merezca ser honrado de una manera tan singular, por la religión y la Patria? Es lo que yo voy á deciros, señores, desde lo alto de esta cátedra sagrada, aunque vosotros lo sepais. Luchando heroica é infatigablemente cerca de medio siglo, el insigne capitán, cuyo centenario celebramos hoy, libertó la Patria, salvó á su Nación de la ruina, defendió la civilización cristiana, preparó la organización política del país y robusteció la religión.

Hé aquí, por qué me atrevo á aplicarle la magnífica alabanza que el libro divino del *Eclesiástico*, tributa al esforzado y piadoso Simón, uno de los ilustres Macabeos; *Liberavit gentem suam á perditione, et in diebus suis corroboravit templum.* Después de haber implorado humildemente el auxilio de Dios, vengo, mis hermanos, á hablaros de la noble y heroica vida del general Paz, y de las grandes obras que realizó, para tributarle un honor religioso y señalar á la consideración de la generación contemporanea, las graves lecciones que surgen de aquella. Es con estos propósitos que comienzo, bajo los auspicios de la Reina de los cielos, el elogio del heroe cristiano, Brigadier general don José María Paz, honor de Córdoba, gloria de la República, ornamento de la América.

Dios, señores, que creó de la nada el Universo, y desde lo alto de los cielos lo gobierna, conforme á los inefables designios de su sabiduría y de su bondad, es quién hace los grandes capitanes, que, con su genio y su valor, deciden de la suerte de las naciones. ¿Quién sinó él, formó á Ciro y á Alejandro, cuyo caracter y prodigiosas conquis-

tas, fueron anunciados muchos siglos antes que ellos nacieran, por los profetas Isaias y Daniél? Por eso el real profeta Davíd, que fué también un gran guerrero, lleno del más piadoso reconocimiento por sus victorias, cantaba alborozado: « Bendito sea el Señor Dios mío, que enseña mis manos á combatir, y mis dedos á manejar la espada». *Benedictus Dominus Deus meus, quí docet manus meas, ad prælium, et digitos meos ad bellum.* (Ps. CXLIII, I). De él proviene todo, el talento, el caracter, el valor, la fortaleza, y las demás cualidades que adornan á los guerreros extraordinarios. Pero cuando Dios envía á la tierra un hombre encargado de desempeñar una misión trascendental, acostumbra colocarlo en un medio adecuado á la naturaleza de ella, á fin de que los dones que le ha concedido para llenarla, adquieran su conveniente desarrollo y perfección. Destinado para luchar por la emancipación de la América Meridional, y la organización política de la República Argentina, y para defender la civilización cristiana, por medio de la espada, José María Paz debía nacer en Córdoba, ciudad eminentemente católica y universitaria. La armonía que hay entre su cuna y su misión, es evidente. Para sostener una lucha de medio siglo próximamente, por la independencia del país, su constitución política y su civilización cristiana, es necesario tener un caracter inquebrantable, y un patriotismo profundo é indefectible. Ambas cosas, solo puede darlas, desarrollando y perfeccionando las disposiciones naturales, la religión y una educación viríl, basada sobre aquella. La religión católica, con sus verdades sublimes, inmutables, eternas, afianza y robustece el caracter de los que la profesan de una manera tan efiċáz y maravillosa, que, desde el principio de su establecimiento en el muudo, mereció ser llamada la religión de los mártires. Ella es, también, la fuente más fecunda del patriotismo, como lo muestra la historia. Sentados sobre las

orillas de los rios de Babilonia, colgadas de los sauces las arpas mudas, llorando y volviendo hacia Sión, la mirada de su alma, los israelitas exclamaban: « ¡Si alguna vez me olvidare de tí, ó Jerusalen, que mi mano derecha sea entregada á un eterno olvido!» Es la religión, la que arrojó este grito patriótico, el más tierno y patético que haya salido del pecho humano, y es el amor á ella, el que ha inspirado en todos los tiempos y paises, los más hermosos cantos pátrios, como las más heróicas virtudes. Nada más natural. Pués, como dice Lacordaire: « La Patria es nuestra iglesia del tiempo, como la iglesia es nuestra patria de la eternidad, y si la órbita de esta, es más vasta que la órbita de aquella, ambas tienen el mismo centro, que es Dios; el mismo interés, que es la justicia; el mismo asilo, que es la conciencia; los mismos ciudadanos, que son el cuerpo y el alma de sus hijos» . . . .

« Nuestra patria, es el suelo que nos ha visto nacer, la sangre y la casa de nuestros padres, el amor de nuestros parientes, los recuerdos de nuestra infancia, nuestras tradiciones, nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestras libertades, nuestra historia y nuestra religión. Ella es todo lo que nosotros creemos y todo lo que nosotros amamos, bajo la guarda de aquellos que nacieron con nosotros en el mismo punto, del tiempo y del espacio, de la tierra y del cielo».

Hé aquí como se cumplieron los bondadosos designios que tuvo la Providencia, al colocar en esta ciudad la cuna del niño José María Paz. Sus virtuosos padres, procuraron darle desde la más tierna infancia, una educación cristiana y completa. Del seno de su madre, mujer fuerte y valerosa, la religión pasó al suyo, como una leche pura y sana. En el seminario de Nuestra Señora de Loreto, en donde fué colocado al comenzar la segunda enseñanza, aquel licor precioso se convirtió en su propia sangre, con

las prácticas de piedad, la frecuente recepción de los sacramentos, y el estudio de la teología. La religión y la ciencia penetraron á un mismo tiempo su rica naturaleza, desarrollando y elevando todas sus facultades. Próximo á terminar el curso de Derecho, era ya un hombre, un verdadero cristiano. Poseía un raro talento, enriquecido con una instrucción sólida y variada; una voluntad firmemente adherida á la verdad, á la justicia, al deber; y un corazón noble y valeroso. El sufrimiento, que es un auxiliar tan poderoso de una educación robusta y fuerte, aún antes de abandonar los claustros del seminario de Loreto y las aulas de la universidad de San Carlos, comunicó á su caracter ese temple de acero, que mostró después, durante toda su vida. En suma, á la edad de diéz y nueve años, Paz era un joven formado yá: temía á Dios, y no tenía miedo al cañón.

Tal era su condición, cuando el 25 de Mayo de 1810, el pueblo heroico de Buenos Aires arrojó el grito de libertad, que anunciaba la emancipación del Nuevo Mundo. Había llegado, señores, la hora solemne, marcada en los decretos del Altísimo, en que la América descubierta, colonizada y civilizada por la España, recorriendo otra etapa más en la carrera del progreso, debía sacudir el yugo de su metrópoli, para aumentar la comunidad de los Estados soberanos, con nuevas y gloriosas naciones, y para comunicar á sus maltratados colonos, con la dignidad y los derechos del ciudadano, el inapreciable beneficio de una Patria. Todas las provincias argentinas se apresuran á responder á la noble y fecunda iniciativa de la capital del Vireynato. La Intendencia de Córdoba concurrió en primera línea, desde el primer momento.

En vano el ilustre y prestigioso ex-virey Liniers, el gobernador Concha, y el coronel don Santiago Allende, movidos por un sentimiento de lealtad caballeresca, intentan

detener el curso del movimiento regenerador de Mayo; el pueblo de esta provincia, siguiendo el autorizado dictamen del dean Funes, y dirigido por don Tomás Allende, más tarde coronel y ministro de la guerra en Buenos Aires, los reduce á la impotencia y no les deja ni caballos para retirarse á las Provincias del norte á organizar la resistencia. Apenas llega á esta ciudad el Ejército Auxiliar que se dirige al Alto Perú, Córdoba le proporciona espontáneamente abundantes recursos, é incorpora á su filas un regular número de jóvenes, pertenecientes á las más distinguidas familias, que en tierras lejanas derramaron su sangre por la redención del país. Entre ellos iba el capitán Bernardo Velez Sarsfield, hermano del insigne jurisconsulto del mismo apellido. Y después de la victoria de Tucumán, cuando el peligro que nos amenazaba por el lado del Alto Perú, había desaparecido por el momento, la misma intendencia de Córdoba, envía á Chile, al mando del benemérito coronel don Santiago Carrera, la División de Auxiliares Argentinos, que escaló los Andes, hizo tremolar por primera vez sobre su cumbre, la bandera azúl y blanca, y señaló la ruta que más tarde debía seguir el gran ejército de San Martín. En esa gloriosa división iban el mayor don Juan Gregorio de las Heras, que llegó á ser la primera figura del ejército de los Andes, después de San Martín; el teniente don Román Deheza, más tarde valiente y benemérito general de tres Rupúblicas; Argüello, Lencina y otros hijos distinguidos de esta ciudad. No necesito deciros, señores, que entre los jóvenes que en el mismo año 10 resolvieron cambiar la instituta por la espada, y se presentaron voluntariamente á Pueyrredón, el primer intendente de Córdoba nombrado por el gobierno patrio, figura el joven don José María Paz, á quién se le dió el grado de capitán de un batallón de milicias.

En esta graduación, el joven oficial marcha en los últimos

meses del mencionado año á conducir un armamento al Alto Perú, después que se tuvo noticia del revés de Cotagaita. Apenas había caminado treinta leguas, encuentra y comunica al mayor Tollo, su resolución de incorporarse al ejército Libertador, para compartir sus peligros. Más, este le contesta con énfasis: «Ya es tarde; las armas de la Patria han triunfado completamente en Suipacha». Una profunda tristeza se apodera de su corazón al oir esta respuesta; imaginóse candorosamente, que la guerra de la Independencia, que recién comenzaba, había terminado ya para siempre. El sentimiento de dolor que experimentó en esta ocasión, nos recuerda las lágrimas de amargura que derramó Julio Cesar al contemplar la estatua de Alejandro, diciendo: *A la edad de treinta años este hombre ya había conquistado el Asia, y yo no he hecho nada todavía.* El genio de la guerra que oscila en la frente del joven oficial, le presenta el reposo como un suplicio. No te dejes dominar por la tristeza, animoso joven; la Providencia te reserva una larga y laboriosa carrera, en la cual desplegarás tu ardor marcial en favor de la emancipación de la América Española, de la organización de la República y de su civilización cristiana: *Restat tibi magna vía.*

El año 11 se incorpora definitivamente, señores, en calidad de teniente de artillería de línea al ejército Libertador; comparte sus peligros y padecimientos en las famosas campañas al Alto Perú; recibe en Venta y Media un balazo que le inutiliza el brazo derecho; fortifica su espíritu religioso, y se acostumbra á vencer el respeto humano, con los grandes ejemplos de la piedad de Belgrano; recoge los laureles de las victorias de Tucumán y Salta, y sufre la ignominia de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma; milita sucesivamente bajo las órdenes de Pueyrredón, Belgrano, San Martín, Rondeau y Arenales, los grandes generales que conquistaron la Independencia y abrieron con su espada los

cimientos de la Nación Argentina; y permanece en el puesto que le señalaban el honor y el patriotismo, hasta la hora solemne en que el estampido del cañón de Ayacucho, coronando la obra de San Martín y Bolivar, anunció al mundo, que la América era libre.

Desde que aparece en el ejército el joven oficial, dá una alta idea de su valor, y revela algo de extraordinario en su persona; pero vá conquistando por orden los grados de la milicia hasta obtener el de teniente coronel, distinguiéndose siempre por su cultura, la gravedad de su caracter, el espíritu de justicia, el amor á la disciplina, la aplicación al estudio, el acierto y la seguridad de su juicio, una actividad infatigable y una rara fortaleza en los reveses.

A consecuencia de la anarquía que había estallado en el interior del país, mientras las legiones argentinas combatian en el exterior por la emancipación de la América, el Gobierno Directorial ordena el año 19, á San Martín y Belgrano, que regresen con sus respectivos ejércitos. Un poco antes había vuelto á la provincia de Córdoba el comandante Paz al frente de su escuadrón de caballería, con el objeto de contener la invasión de los guerrilleros santafecinos, llamados *montoneros*. Estos, extendidos luego en todo el territorio argentino, eran masas informes de campesinos, que, puestas en efervescencia por la revolución política y democrática de la independencia, orgullosas con los triunfos obtenidos, é irritadas con los agravios recibidos, se habian alzado contra el Gobierno General, se oponian á la organización del país en nombre de la federación ó separación de las provincias, y, siguiendo sus inclinaciones semibárbaras, declaraban la guerra á la ilustración, á los hábitos y á las costumbres cultas que dominaban en las ciudades; iniciando á su vez, una revolución social que haría derramar raudales de sangre, y que á la larga, ejer-

cería una influencia eficiente en nuestro organismo político. Paz bate y escarmienta á los entusiastas y bravos montoneros en los campos de la Herradura, en cuya acción comienza la lucha en favor de la civilización cristiana y de la constitución política del país, aún antes de que terminara la guerra de la Independencia.

¡Ah! desgraciadamente el espíritu de anarquía que se había apoderado de las campañas, contagia á los ejércitos Libertadores apenas se internan en el seno del país: la sedición estalla en Tucumán y en San Juan; San Martín desobedece en Mendoza, y repasa los Andes, para emprender su gloriosa expedición á Lima; el ejército del Perú se subleva en la posta de Arequito; la guerra civíl recrudece en el litoral, y el Directorio cae, dejando á la República sumergida en el caos del célebre *año veinte.* Yo hubiera querido pasar en silencio, señores, esa funesta sublevación de Arequito, en la cual, el comandante Paz, desempeñó un papel principal; pero, puesto que es necesario tratar de ella, por la naturaleza del asunto, no hablaré para justificar un hecho injustificable, y sobre el cual la historia ya ha pronunciado su fallo severo. Diré solamente, que, á pesar del espíritu de orden y de obediencia que lo caracterizaban, Paz sufrió en aquella ocasión, el pernicioso influjo de las pasiones contemporáneas, y salió de la revolución, más culpable que lo que había entrado, porque los móviles que lo determinaron á tomar parte en ella, fueron elevados, y aún honrosos.

Más, apenas vé los resultados desastrosos que produjo, y que él no había previsto, concibe el más vivo arrepentimiento de la participación que había tomado, y aquella falta momentanea, solo sirve para confirmar en adelante, su amor al orden, su respeto á la disciplina y su obediencia á la autoridad de sus legítimos superiores. Más aún. Como toda alma generosa que se siente culpable, á pesar

suyo, procura reparar su extravío, con acciones de un mérito extraordinario, el coronel Paz, marcha á la campaña del Brasíl á defender la integridad del territorio argentino, con el propósito de lavar con su heroismo, la mancha de Arequito. ¿Quién no sabe cómo cumplió su noble propósito? ¡Campos de Ituzaingó! Vosotros fuisteis testigos del talento superior, de la serenidad y de la intrepidéz, con que Paz, rompiendo los formidables cuadros enemigos, decidió de la suerte de aquella memorable batalla, cuyo fruto fué la independencia de la República Oriental del Uruguay! Todo el ejército lo admira, y el ilustre Alvear lo proclama General, sobre el campo de batalla.

Llamado Alvear á Buenos Aires, Paz, en el apogeo de su talento y de su gloria, queda al frente del ejército victorioso. Desgraciadamente, las disensiones internas que derribaron á Rivadavia de la presidencia, y suprimieron la constitución unitaria, sancionada por el Congreso del año 26, no le permiten pasear triunfante la bandera argentina por las calles de Río Janeiro, y le obligan á volver al país, convertido en presa de los caudillos federales. ¿Qué harán en semejante situación, los héroes de Ituzaingó? El fracaso de Rivadavia, debido en gran parte á sus desaciertos, no los desalienta ni acobarda. Al pretender constituir la República, vaciando su organismo en el molde del sistema unitario, aquel famoso estadista cometió el error fundamental de desvincular el orden político del orden religioso, desconociendo que la religión, es el principio generador de las constituciones políticas. Paz y Lavalle, se proponen constituir la República, sobre la base del principio religioso, al menos este fué el plán que desarrolló el primero, en el interior; debiendo ambos, limpiar préviamente el país de los caudillos vitalicios, que impedian la organización nacional. Con este objeto, Lavalle derroca á Dorrego, del gobierno de Buenos Aires, y se pone en

campaña, para batir á Rosas, y á Lopez, de Santa Fé. Paz, al frente de una división de mil veteranos, se dirige á Córdoba, en donde domina Bustos, desde hace nueve años.

La empresa que había acometido, era sumamente árdua y peligrosa. Batir á Bustos, como lo hizo en San Roque, no era difícil. Pero los caudillos se declaran solidarios, y hacen causa común. Lavalle, es vencido en Buenos Aires; Rosas y Lopez, quedan dueños del litoral; y en el interior, domina el terrible Quiroga, caudillo de genio, cuyo solo nombre inspira pavor y espanto, á las muchedumbres. Después del triunfo de San Roque y de la capitulación de Lavalle en el Puente de Marquez, Paz hubiera deseado contraerse á implantar en Córdoba el régimen constitucional, á desarrollar sus elementos de progreso, á establecer relaciones amistosas con los gobiernos de las demás provincias, y á esperar mejores tiempos, para proseguir la obra de la organización de la República. Pero Quiroga no le permite esta trégua, y viene á buscarlo, á la cabeza de un formidable ejército. Durante dos dias consecutivos, combaten encarnizadamente en La Tablada, haciendo prodigios de valor y habilidad, por una y otra parte; más, al fin, queda triunfante la civilización sobre la barbarie, Paz sobre Quiroga. Muy luego procura este, tomar la revancha, para borrar la afrenta de La Tablada; pero Paz le vence nuevamente en Oncativo, con la superioridad de su táctica, después de haber hecho, en vísperas de esa batalla, una campaña de pacificación en la Sierra, admirable por sus combinaciones estratégicas.

Las espléndidas victorias de La Tablada y Oncativo, producen resultados benéficos y trascendentales; salvaron á esta ciudad, de las garras del Tigre de los Llanos; rompieron el poder y el prestigio de Quiroga, que amenazaba extender sobre el país, una especie de superstición mahometana; colocaron bajo la dirección de Paz, nueve provincias;

hicieron posible, y aún probable, la organización de la República; y finalmente, convirtieron á Córdoba, centro de la civilización argentina, en la época colonial, en un poderoso foco que irradia profusamente la luz y la vida, sobre la nueva era republicana. Paz restablece la noble y fecunda alianza de la política con la religión; busca y acepta, para la obra en que se halla empeñado, el importante concurso del prelado diocesano, doctor Castro Barros, la más pura encarnación del patriotismo, en el clero argentino, el eminente sacerdote, que en las primeras asambleas pátrias, en medio del estruendo de las batallas, acertó á formular la constitución cristiana de la República; hace construir en el Fuerte del Tío, hoy Villa de la Concepción, un horno de ladrillos, para edificar una iglesia, un cuartel y una escuela, tres instituciones que reflejan los elevados propósitos que lo animan; al regresar después de las batallas, las señoritas de esta ciudad lo reciben con cánticos triunfales, como á Davíd, las doncellas de Israel; pero, él dá públicamente á Dios, en los santos templos, la gloria de las victorias con que lo ha favorecido, y obsequia á Nuestra Señora de Loreto, los ricos cordones de su traje militar, en testimonio de su filial piedad; procura reconciliar los partidos unitario y federal, nombrando de ministros, á los doctores Fragueiro y Saráchaga, conspícuos representantes de las dos fracciones en que estaba dividida la opinión de este pueblo; hace una administración honrada y económica, que aumenta considerablemente las rentas públicas; concede á los ciudadanos toda la libertad compatible con el estado de guerra; é infunde en los cívicos de Córdoba, ese entusiasmo, ese espíritu de patriotismo que los lleva á los campos de batalla á luchar con indomable valor por la causa de las instituciones libres, de suerte que en lo sucesivo, basta pronunciar el nombre de Barcala, su glorioso jefe, para que ellos corran presurosos á incorpo-

rarse en las filas de los soldados de la libertad y de la civilización!

¡Inexcrutables juicios de Dios! Mientras el gobierno de Córdoba, presidido por su hijo más ilustre, realiza aquellas obras que iluminan con fulgores de esperanza, los sombrios horizontes de la República, los ejércitos combinados de Lopez y Rosas, invaden el territorio de la provincia. El vencedor de San Roque, La Tablada y Oncativo, sale á su encuentro; el éxito no parecía dudoso: en la lengua militar de Paz, no existen los vocablos derrota ni derrotados. Más, un incidente inesperado, y que, como ha dicho un célebre escritor nacional, es necesario ser argentino para comprenderlo, le arrebata del frente de su ejército y es llevado prisionero al cuartel del general Lopez. ¡Todo se perdió! Con la captura de Paz, el plán de la organización nacional, fracasa, los destinos del país, quedan por de pronto en las manos de Quiroga, Lopez y Rosas, y más tarde, únicamente en las del último de estos tres famosos caudillos. Tal vez, señores, los crímenes de los partidos argentinos reclamaban una larga y terrible expiación antes de la organización de la República. . . . .

En cuanto al general Paz, la suerte que le cabe, es la más desgraciada que puede imaginarse. En Santa Fé y en Luján, sufre ocho años de cautiverio bajo la custodia de carceleros crueles é implacables. Sus amigos y compañeros de causa, le olvidan y abandonan en la hora del infortunio.

Solo Dios, á quién invoca con humilde plegaria en la soledad de su prisión, se acuerda y tiene compasión de él, haciendo encontrar al antiguo alumno del Seminario de Loreto, en las enseñanzas de su santa religión, consuelos inenarrables, y las fuerzas necesarias para no sucumbir. Y para hacerle aún felíz en el mismo recinto de su carcel, le envía un angel en figura de mujer, la noble Margarita,

que quiso compartir los padecimientos del ilustre cautivo, para salvarle la vida. ¡Honor á Margarita, la digna esposa del general Paz! Oíd las propias palabras con que el mismo General manifiesta su piedad y gratitud á Dios, hablando de ella. «Ese angel del cielo, dice, que Dios me enviaba por compañía, se avenía á todo; es imposible mayor abnegación, ni mayor constancia, que las de las personas que me pertenecian, muy particularmente que las de mi joven esposa, mi incomparable Margarita; solo la Providencia ha podido conservarme, y á ella, y después de ella, á mi querida Margarita debo el haber sobrevivido (1)». ¡Dichosa mujer la que ha merecido semejantes elogios de su esposo, y de un esposo como Paz!

Amenazado de graves peligros exteriores, en los cuales podría necesitar de un habil general, y alimentando la esperanza de atraerlo con favores á su sistema, Rosas, á quién el prestigio de la gloria y la magestad de la desgracia, habíanle inspirado una relativa moderación respecto de Paz, le abre al fin las puertas de la prisión de Luján, y le dá por carcel la ciudad de Buenos Aires. La ingratitud de los unitarios para con el ilustre cautivo, fué el fundamento que hizo concebir aquella esperanza al tirano; pero Paz, muestra que su amor y su adhesión á la causa de la libertad y de la organización nacional, eran independientes de la conducta que guardaran con él, sus correligionarios políticos. Aunque había luchado por el triunfo del sistema de la unidad, no era lo que se llama un hombre de partido: su nombre, su sangre, su vida, pertenecen á la Patria, y la Patria no muere porque algunos de sus hijos se extravien ó desconozcan á los mártires de ella. En la primera oportunidad que se le presenta, sale furtivamente de Buenos Aires,

(1) Memorias Póstumas.

acompañado del doctor Barros Pazos. A pesar de la frialdad é injuriosas sospechas con que le reciben los argentinos en la Banda Oriental, considerándole como una especie de trásfuga, porque Rosas no lo había fusilado, luego de llegar, marcha á incorporarse á la expedición libertadora que acababa de partir de Martín García, á las órdenes del general Lavalle. «Por mi parte, dice Monseñor Freppel, yo no conozco en la historia, pájinas más hermosas que aquellas en las cuales veo una gran causa en apariencia vencida, y que encuentra á su servicio, hombres bastante valerosos, para no desesperar de ella». A esta clase pertenece, señores, la pájina de la vida del general Paz, en la cual vemos que apenas escapa de su larga y dura prisión, vuelve á recomenzar con nuevo vigor la lucha por la libertad y la civilización argentinas. Su constancia es inquebrantable, como incontrastable su fortaleza.

Tratado con desvío por el mismo Lavalle, mientras el ejército Libertador pasa el Paraná en Punta Gorda, en Julio del año 40, Paz se dirige á Corrientes á formar un ejército de reserva. Los recursos de esta noble é importante provincia, están casi agotados con el valioso contingente que acaba de prestar al ejército del general Lavalle. Apenas llega á Corrientes, Paz se dá plena cuenta de la situación, nada escapa á su penetrante mirada. Con esa infatigable actividad que desplegó en las campañas del Perú y en las del Interior, crea como por encanto un ejército, lo organiza y disciplina. Sin economizarse trabajos ni fatigas, con su presencia, comunica á los soldados el ardor que lo inflama. Con estos soldados bisoños, espera la invasión de Echagüe al frente de tropas numerosas y aguerridas, después que Oribe y Pacheco han deshecho definitivamente el ejército Libertador en Famallá y Rodeo del Medio. Como sucedió el año 29, el 41, él es la única fuerza que queda en pié en toda la extensión del territorio argentino, cual una

columna que se eleva solitaria sobre las ruinas de un edificio derrumbado.

El 28 de Noviembre del año mencionado, aniversario de la derrota del Quebracho Herrado, obtiene sobre Echagüe, la brillante y clásica victoria de Caaguazú, con la cual reanima y vigoriza en el corazón de los pueblos oprimidos y abatidos, la causa de la libertad y de la organización de la República. Cuando el gobernador Ferré, por una ceguera é ingratitud incomprensibles, le despoja del ejército que había formado y conducido al triunfo, para hacerlo derrotar luego en la jornada del Arroyo Grande, Paz fortifica la ciudad de Montevideo y organiza su defensa, mostrándose un General tan invicto é invencible en los sitios, como en las batallas campales. En los muros de la nueva Troya, señores, se estrella el poder del tirano que oprime las Repúblicas del Plata; ellos son el último baluarte de la libertad y de la civilización en la América del Sud; de ahí parte, en 1852, el movimiento salvador. Así, pués, al heroe de Caaguazú y defensor de Montevideo, se debe la preparación eficáz de la caida del dictador argentino. El influjo de su acción y el ascendiente de su gloria, conquistaron para la causa de la libertad y de la organización de la República á su mismo adversario, el general Urquiza, quién derroca á Rosas en Monte Caseros, y organiza la Nación sobre las bases políticas y religiosas que Paz había contribuido á restaurar y robustecer. Con sobrada razón, pués, puedo decir en alabanza suya, compendiando en dos palabras, los trabajos y las hazañas de su larga y gloriosa carrera, que libró á su Nación de la ruina, y en sus dias robusteció la religión; *liberavit gentem suam á perditione, et in diebus suis corroboravit templum.*

No bién regresa al país, Paz ocúpase en reconciliar como mediador, las dos fracciones en que se dividió el pueblo argentino al día siguiente de la inmortal jornada de

Caseros. Rotas las negociaciones entabladas en este sentido, acepta la tarea de defender la ciudad de Buenos Aires contra el sitio que le ponen las tropas del Director provisorio de la confederación, desplegando por última vez, sus extraordinarios talentos militares. En mi concepto, señores, Buenos Aires no procedió con acierto al rechazar el Acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, tratado preliminar de la gloriosa Convención Constituyente de Santa Fé, iluminada por Alberdi y sostenida por Urquiza, la cual es la más grande asamblea argentina, después del Congreso de Tucumán. Sin embargo, no haré un cargo á Paz por haber defendido la ciudad de Mayo, perla de la América latina. En aquellos dias, la situación era confusa, oscura; más, había de llegar el tiempo en que un insigne orador, hijo de Buenos Aires, formulando el juicio de la historia, reconocería, que «después de la fecha inicial del 25 de Mayo, el punto más elevado y luminoso de la historia argentina, es la Constitución del año 53» (1). Y esta Constitución, que, á pesar de sus defectos, es cristiana y auspiciosa, fué en gran parte, obra de las luchas titánicas y de los trabajos políticos del general Paz.

Sus talentos eran múltiples, como sus virtudes. Con San Martín y Bolivar, Paz es uno de los tres grandes capitanes del Nuevo Mundo, de suerte que el haber militado bajo sus órdenes, ha venido á ser un mérito especial y un título para obtener el comando de los ejércitos. Superior en la estratégia, no tiene riválen la táctica. Modesto y clemente en la victoria, sabe unir al honor de vencer, el placer de perdonar. Es intrépido en el peligro y fecundo en recursos, y en inspiraciones felices en los momentos decisivos. Conserva

(1) El doctor Goyena en el discurso prenunciado en la tumba de Avellaneda.

la serenidad en los contrastes, la dignidad en la desgracia y el patriotismo en la emigración, siendo único en la constancia y en la fortaleza. Su acrisolada honradéz, no se desmintió jamás. Las virtudes que despliega en la vida pública, son el reflejo de las que practica en la vida privada. Fué un esposo fiél, un padre ejemplar y un amigo afectuoso y leál.

Su talento político resalta en el gobierno católico, conciliador y fecundo que hizo en Córdoba, y en el entusiasta aplauso que tributa á la grande idea de Rivadavia, de la nacionalización de la ciudad de Buenos Aires, gloriosamente realizada el año 80. Escribe sus hechos con admirable estilo, pudiendo decirse de él, lo que se ha dicho de Cesar, que *sabía escribir tan bién como pelear*. Sus *Memorias* encierran preciosas enseñanzas y un vivo interés para el militar, el político, el literato y el historiador. A este conjunto de excelentes dones, une el más precioso de todos: la piedad cristiana, en virtud de la cual, en el colmo de sus méritos y de sus trabajos, muere como Davíd, tributando á Dios el homenaje de su fé y de su amor.

No os quejeis demasiado, general Paz, de vuestros largos infortunios, de vuestros eminentes méritos desconocidos, de la injusticia é ingratitud de vuestros contemporáneos; la alta y heroica virtud encierra tanto precio, que bién merece ser adquirida á costa de los más grandes sacrificios. Vuestro nombre no sería tan querido y sagrado para nosotros, si no contempláramos vuestra frente ungida con el óleo del dolor, y vuestra digna persona, cubierta con el prestigio misterioso que la desgracia añade á la virtud. Los enemigos del país y sus torpes servidores, podrán despojaros del mando de los ejércitos que conducíais á la victoria, manteneros cautivo largos años en malsanas prisiones, y obligaros á vagar errante en playas extrangeras; pero ellos no podrán impedir jamás, que el nombre de

la Patria que vos contribuisteis á emancipar y á constituir, haga estremecer á los hijos de la tierra argentina, desde las orillas del Plata hasta las faldas de los Andes. Ellos tampoco podrán impedir que algún día se restaure el régimen institucional, el imperio de la justicia y de la libertad, en el suelo regado con el sudor de vuestro rostro, y la sangre de vuestras venas, ni que las generaciones venideras vayan á derramar lágrimas de admiración y de ternura sobre vuestra tumba, ni que vuestros descendientes cubran de flores vuestra cuna, y entonen cánticos de regocijo y de acción de gracias al Supremo Hacedor, en el centenario de vuestro nacimiento.

Y ahora, señores, ¿que lecciones debemos recoger de los hechos y ejemplos que acabo de recordar? Lo primero que ellos nos enseñan, con una elocuencia irrefragable, es que se puede ser un gran servidor de la patria, permaneciendo al mismo tiempo un fiél hijo de la iglesia, y que nada hay más glorioso para el hombre, que defender con talento y heroismo, la causa de la religión y de la patria.

Pero, cuando contemplo la situación en que nos encontramos, me parece que en este solemne día, desde el fondo de su sepulcro, el general Paz nos dice con la franqueza del soldado: «¡Oh! mis queridos conciudadanos, profesad y respetad profundamente la religión, que es la luz y la dignidad de la vida, el consuelo y la fuerza en la desgracia, y la fuente de todos los bienes, aún en el orden social y político; ahogad los funestos ódios y rencores, que engendran las luchas intestinas; reconciliaos con sinceridad, olvidando generosamente, en aras del bién público, vuestros mútuos agravios y resentimientos; uníos bajo los auspicios de la justicia y de la libertad, para formar un gobierno legítimo, apoyado con todas las fuerzas vivas del país, á fin de que sea eficáz para curar los males que os abruman, restaurar el régimen institucional y promover

la prosperidad pública. La división es la ruina. En la unión establecida sobre la base de la caridad cristiana, está la fuerza, la salvación y el porvenir de la patria.» ¡Pueda esta voz de ultratumba, ser escuchada dócilmente por todos mis compatriotas, en reconocimiento á Dios, y en homenaje á la memoria del heroe cristiano, cuyo centenario celebramos!

HOMENAJE

Buenos Aires, Setiembre 9 de 1891.

Señor doctor Pablo Julio Rodriguez.

Tengo el agrado de comunicar al señor Presidente de la comision directiva de la fiesta conmemorativa del centenario del general don José María Paz, que la H. Cámara que presido, al abrir su sesión de la fecha, se puso de pié en honor á la memoria de aquel esclarecido ciudadano.

Saludo al señor Presidente.

BENJAMÍN ZORRILLA.
Alejandro Zorondo,
Secretario de la C. de D.D.

DISCURSOS

DOCTOR PABLO J. RODRIGUEZ

Respetables concurrentes:

Facilmente comprendereis la difícil situación en que me ha colocado la necesidad de desempeñar el honroso encar-

go que se me ha conferido de dirigiros la palabra en tan solemne acto. Temo, y con razón, no poder responder satisfactoriamente, ni á vuestra anhelosa espectativa, ni á mis propios deseos, ni mucho menos, á la magnitud del argumento que motiva esta solemnidad de póstuma ovación, á un guerrero ilustre.

Todo me contraría en este momento; todo contribuye á dificultar la conveniente hilación de las ideas y sentimientos, que en tropél se agolpan á mi mente, pugnando por exhibirse.

Vuestra sola presencia, es para mí un justo motivo de confusión propia, que me hace dudar del resultado que desearía produjera en vosotros, mi alocución.

Conozco demasiado vuestra ilustración, y temo, por lo mismo, no poder decir algo, que sea digno de ella.

Deben vibrar aún en vuestros oidos las frases y conceptos elocuentes que, revestidos de galanas formas, habeis escuchado en el patriótico discurso del ilustrado orador sagrado, pocas horas há, por una parte. Tengo presente, por otras, el como Peries, el famoso filósofo, político y orador de Grecia, que hablo ante personajes venidos de la Atenas Argentina; que hablo en Córdoba, cuya atmósfera parece estar impregnada de jérmenes de ciencia y de virtud, pués ha sido siempre emporio del saber, produciendo tantos hombres virtuosos y sabios. Tengo presente que hablo, como aquel, ante un pueblo libre, ó que por lo menos, tiene hambre y sed de libertad, para saciar las aspiraciones que ella le suscita.

Tengo presente, que entre vosotros está representada la más alta idea del más alto principio que yo concibo para la existencia de las sociedades religiosa y civíl: la autoridad.

Tengo presente, que hablo ante las hijas de las que vestidas de gala, y ataviadas con todos los encantos de sus

femeniles atractivos, representando á las nueve Musas de la Mitología, recibieron, sesenta años há, con elocuentes arengas, al vencedor de Oncativo.

Que hablo ante los descendientes de los denodados «Cívicos de Córdoba» y «Cazadores de la Libertad», que con valeroso denuedo obligaron á volver la espalda á las hordas semi-salvajes del caudillo feróz de los Llanos.

Tengo presente, sobre todo, que hablo ante esa brillante juventud, á la que se debe la iniciativa de esta solemne y popular fiesta; de esa juventud, de la que decía pocos dias há, con verdad y donaire, un digno vástago de mi ilustre amigo, doctor Avellaneda, «somos la raza predilecta de los Dioses», *cara Deum soboles;* y que es, en verdad, la porción escogida para sostener la labor constante de ese día sin ocaso; el porvenir, que dá por resultado el engrandecimiento moral, intelectual y material de los pueblos; de esa juventud que, cual renuevos de robusta víd, bajo la acción eficáz de la podadera del comicio libre, se presentará cargada de savia, de ideas y sentimientos grandes, que, madurados al calor de la reflexión, producirán muy luego abundantes racimos, de medidas legislativas y administrativas, de las que ha de elaborarse el generoso vino, que habrá de servirse en los banquetes á la libertad, cuando ella pueda trasmitir al pueblo, las embriagueces del saber, é inculcarle la necesidad de separar del tronco de las funciones públicas, los gajos secos, dañados y endebles; de esa juventud, que ávida por ver convertidos á la práctica los eternos principios del derecho, con cuyo estudio alimenta y vivifica sus inteligencias, llega hasta inventar ovaciones como esta, que por lo menos significa que ella ama los grandes ideales, que á su juicio sirvieron de norte al heroe, cuyo centenario celebramos con intenso regocijo.

Tengo presente todo esto, y mucho más, señoras y señores; y es por eso, que me encuentro contrariado, muy con-

trariado, al servir de intérprete á los grandes propósitos de esa misma juventud.

Felizmente vosotros habeis pronunciado ya el elogio de vuestro heroe, presentándoos con jubiloso contento, y con la cooperación valiosísima de las autoridades religiosa y civíl, á celebrar el centenario de su natalicio.

Pero, ¿por qué habeis elegido este día? ¿Qué es, señores, un centenario?

Un centenario no significa más que la repetición en la sucesión de los tiempos de una fecha análoga, que ha quedado ya muy lejos de nosotros, envuelta en la nada del pasado, que se reproduce en el presente, para repetirse más tarde en el porvenir. Es una fecha de un día, cuyo ról no ha iluminado ninguna de nuestras existencias; un día que aún no ha precedido al advenimiento del gran Pueblo Argentino á la vida de las Naciones; y que por consiguiente, no es ni siquiera una fecha de la cronología de la Patria.

Todo esto es cierto, señores: un centenario no es más que eso; y el presente es todo eso. Empero, las naciones y los pueblos, las familias y los individuos, tienen, como la humanidad misma, dias memorables; dias especiales; dias que se recuerdan por alguna razón especial también, por algún acontecimiento remarcable y de trascendencia; ya sea porque ellos hayan tenido participación en estos, ya porque los mismos hayan influido en el desenvolvimiento de sus destinos futuros.

A estos últimos pertenece el centenario que celebramos. En un día como este, de la última década del último siglo, el Dios que rige los destinos de los pueblos, hizo venir á la vida, á un niño, que había de ser más tarde, honra y préz de una Nación, que había de levantarse después gloriosa en la fáz de este hemisferio. No parece sinó que todo ha sido bién calculado en el nacimiento de este niño, aunque

nada extraordinario le haya precedido, ni acompañado.

El, viene, observadlo, señoras y señores, precisamente en los últimos dias de la estación helada; en el mes, en que los árboles empiezan á vestirse de las flores primaverales que contienen en germen los frutos que han de sazonarse luego, con el calor del estío; como si la Providencia hubiera querido advertirnos que el intenso frío de la dominación colonial, que mantenía congelados todos los jugos del vigor americano, estaba próximo á terminarse, para ser reemplazado por frutos de heroicidad y patriotismo, madurados al calor que encendería en los corazones argentinos, el sol de Mayo de 1810!

Y así fué, en efecto. El pueblo colonial desapareció para dar lugar al pueblo de Mayo, que sabría rendir bajo de sus plantas, al formidable león de las Españas. Y entre los héroes que han de afianzar este cambio, presentando ante el mundo «una nueva y gloriosa Nación», debía tener su puesto distinguido el niño que naciera veinte lustros antes de hoy.

Por eso, muy joven aún, abandona la *Instituta* de Justiniano para trocarla por la espada del soldado, defensor de la independencia de su Patria; por eso, consagra toda su vida á coadyuvar con su denuedo y pericia militar, al triunfo de los principios que han de afianzar la estabilidad de la grandeza del pueblo argentino; por eso, se cubre de gloria, ampliando el catálogo de las de su Patria, en muchos combates, contra las armas del enemigo extrangero; por eso, triunfa en La Tablada y Oncativo, contra las huestes de la barbarie, irritadas por incultos tiranuelos; por eso, están á su lado todos los hombres de más valer é ilustración, con que entonces contaban la docta Córdoba y la que fué capital del Vireynato; por eso, los Estados todos, del interior, le confieren el *Supremo Poder Militar*, con que habría subyugado á los caudillos intemperantes y despóti-

cos, á no sobrevenir el malaventurado accidente de su desgraciada prisión, debida precisamente á un rasgo de su excesivo celo militar; por eso, la única vez que ha faltado á la severa estrictéz de la obediencia y disciplina del soldado, lo hizo impulsado por el bélico ardor de hacer triunfar una vez más la bandera azúl y blanca, que estuvo á punto de ser despedazada entre las garras de las águilas imperiales; y la salvó con intrépido arrojo y bizarría, aunque sin orden de su superior, dando en Ituzaingó, al ejército nacional, la victoria de esta célebre batalla, que le mereció los entorchados de General, con que lo premiara el justiciero Alvear.

Más, no es todo, esto; ni Caaguazú, ni su defensa de Montevideo, ni el sitio de Buenos Aires, ni muchos otros hechos de armas, bién notables y conocidos, lo que hace simpática y espectable la figura de este Epaminondas argentino; es más que todo esto: es su abnegación, su honradéz, su desinterés, reconocidos aún por sus mismos adversarios y émulos.

¡Cómo! ¿Ha tenido émulos y adversarios, un hombre tan elevado en sus propósitos, tan abnegado en sus sacrificios, tan moderado en sus triunfos, como el general Paz?

Sí; los ha tenido, y muy obstinados; y tal vez han tenido no pocos motivos para ello. ¿Acaso no hay manchas en el mismo sol?... Lo que importa, es no ver solo y aisladamente las manchas, descuidando los fulgores.

Más, yo no trato de hacer la monografía de vuestro heroe; esto sería materia de gruesos volúmenes, no de una alocución improvisada, por no haber podido eludir una inmerecida distinción.

No es aún oportuno el momento, ni de juzgar á aquellos, ni de juzgar tampoco, en definitiva, la vida eminente del general Paz.

No nos hallamos aún, desgraciadamente, en condiciones

propicias para fallar con toda la imparcialidad que exigen los juicios críticos de la historia.

Precisamente los objetos de gran mérito, no deben juzgarse, no se juzgan, sinó á la luz plena del día; nosotros nos encontramos todavía envueltos en las sombras que produce la discordia civíl. Estamos aún, fatalmente, divididos, como entonces, ó poco menos, en partidos luctatorios; y luchando, no como luchan los ciudadanos libres, cuyas armas son solo el voto libre, sinó como implacables enemigos, que ni la reputación individual se respetan. Estamos aún, infelizmente para el pueblo argentino, debilitando nuestras fuerzas vitales y nuestra actividad productora, por medio de la desunión, fomentada por estrechas ambiciones y por extrañas clasificaciones, olvidando los nobles objetivos y los medios fáciles de alcanzarlos, que están trazados con caracteres de oro, en las pájinas de la Constitución de Mayo.

No estamos, pués, habilitados para pronunciar la última palabra sobre el grandor cívico del general Paz. Ya vendrá un Livio argentino, y pienso que no se hará esperar demasiado, cuando haya un Augusto presidente, que se preocupe preferentemente de proteger los estudios históricos, para que se nos haga conocer toda la inmensa epopeya de acciones heróicas que se contienen en ese múltiple abecedario, que empieza por Alvear, Arenales, Belgrano, Brown, Cruz, Carríl, y sigue hasta Rodriguez, Rivadavia, San Martín... Zelaya, Zamudio, y tantos otros.

Entonces solo podrá conocerse cuanto vale toda la honradéz, todo el civismo, todo el patriotismo del general José María Paz.

Pero, mientras llegue aquel día, que os aseguro vá á llegar pronto, de futuro esplendor para la Nación, podemos afirmar desde ya, que Córdoba se reputará siempre honrada y orgullosa, por haber sido cuna de este hombre tan

abnegado. Prueba de ello, es este acto de solemne ovación que presenciamos, anticipándonos con él, al juicio del historiador argentino, como se han anticipado ya para juzgarle, algunos de nuestros hombres eminentes, que han militado con él y á sus órdenes, entre los cuales, no falta quién haya llamado al general Paz, el primer táctico de Sud América.

¿Habráse querido con este juicio sobreponerlo al inmortal San Martín? ¿Habráse querido agrandar sus méritos militares por encima de los del eximio general Belgrano? No lo creo. No se ha pretendido hacer parangones; no se ha pretendido estudiar comparativamente sus génios, sus grandes acciones, sus elevados móviles y sus propósitos patrióticos. Y aunque así fuera, aquel juicio no amenguaría la gloria de estos. ¿Acaso es menos magestuoso y grande el Pichincha ó el Chimborazo, porque no alcancen la altura del Aconcagua? No! Cada uno tiene su grandor especial; á cada uno corresponde una especial admiración.

Demos, pués, tiempo á que pase el vértigo de las pasiones civiles que nos dividen, y esperemos el fallo, que con severa imparcialidad pronunciará la historia sobre el general Paz, cuya vida habrá de ocupar en ella, muchas y extensas pájinas.

A mí me basta, para justificar vuestra conducta en la celebración de su centenario, recordar, tomada al acaso, una pájina de las Memorias del general Paz, en la que él mismo, sin pensarlo, nos ha dejado la fotografía de su espíritu elevado, trasparentado en estas palabras: «Más « tarde, perseguido, proscripto, fugitivo, rehusé obstinada« mente reunirme á unos hombres, cuyos principios no « concordaban con los mios». Esos hombres á que se refiere, eran los caudillos de las multitudes embrutecidas, á las que pretendian mantener en su deplorable estado. ¡Qué luminosa enseñanza de política recta! ¡Qué lección

tan elocuente para la juventud amante de los principios!

Y escribe las palabras enunciadas, después de haberse reconocido *culpable* de tener, como sus partidarios y amigos, el «*defecto* de preferir sucumbir, fieles á los principios de orden y libertad, á triunfar con el desorden».

¡Tal es el general Paz! Profesa como un principio inquebrantable de su conducta, la honradéz cívica y la honradéz política.

Esto solo, es bastante para que él sea merecedor del homenaje que hoy tributa á su memoria, un pueblo que ansía por gozar de los beneficios de la libertad, por la que tanto combatió aquel, legándonos un modelo de virtudes cívicas y militares.

¡Oh! Si pudiéramos complementar esta solemne fiesta de póstumo homenaje, protestando aquí, ante ese bronce que inmortalizará al general Paz, y en testimonio de veneración á su memoria, estrecharnos todos los argentinos en paternal abrazo, que nos conduzca unidos al santuario de la soberanía popular, las urnas electorales, para designar con acierto el diestro piloto que ha de salvar la nave de la República que amenaza naufragar!. . . . .

¡O juremos, al menos, por la memoria del heroe del centenario, que de hoy más, no discutiremos jamás nuestros derechos políticos, sinó en la forma en que lo hacemos con los civiles, con los medios que nos facilitara la Constitución de Mayo!

¡Loór eterno á los argentinos, si así fuese!

¡Loór eterno, al patricio catoniano, invicto general José María Paz!

¡Loór eterno, eterno loór, á las Provincias Unidas del Río de la Plata!!

He dicho.

Discurso pronunciado á nombre de las comisiones del Congreso, por el Senador Nacional, doctor Manuel D. Pizarro.

¡llénos aquí, señores, al pié del monumento!

Sobre base de granito, menos sólida y durable que sus títulos á la inmortalidad de la historia, se alza la estatua ecuestre del heroe!

El arte, lo presenta sobre ese pedestal día y noche, cabalgando en su corcél de guerra, más que para expresar su alta gerarquía militar, ó la predilección á su arma en los ejércitos de la patria, para decir la incansable actividad de su vida, á los que llegan á este sitio, y se detienen al pié de este monumento, á contemplarle.

Ha modelado en bronce su figura, para expresar así, mejor, que se descubre en las acentuadas líneas de su rostro, las grandes cualidades de su espíritu, la intensidad del pensamiento, la energía de la voluntad, la nobleza de los sentimientos, la firmeza incontrastable del caracter.

Señores: ¡Saludemos al heroe! Este acto no es una glorificación; es simplemente un homenaje. En este acto no pronunciamos un fallo de la historia; nos inclinamos ante él. Hoy no venimos en nombre de la justicia póstuma, á desenterrar del olvido, un nombre ilustre, para darle entrada en el panteón de nuestras glorias; venimos en nombre de las generaciones contemporáneas, á abrir la marcha á las generaciones del porvenir, que, de siglo en siglo, y mientras exista el pueblo argentino sobre la tierra, llegarán como nosotros á este sitio, para saludar en el altar de

la Patria, la imperecedera y ya esclarecida memoria del Brigadier general don José María Paz!

Señores:

Reducido y estrecho es el recinto de esta plaza, para la gloria del heroe, cuyo nombre, más que del pueblo de su nacimiento, pertenece á la Nación y á la América toda. Soldado infatigable de la emancipación americana, á la que consagró su vida en los mejores dias de su juventud, el grito de libertad, lanzado en la metrópoli del Vireynato antiguo, encuentra á Paz en este sitio, á caballo y en marcha á las campañas del Alto Perú, donde hizo su carrera militar, combatiendo en Salta, Tucumán, Vilcapugio, Ayohuma, y otros pedazos de tierra americana, testigos de nuestras victorias ó de nuestras derrotas, pero al fin, conquistadas al dominio español.

Esto solo, basta para ilustrar su nombre, darle caracter continental, y hacer duradera su memoria.

Ella no sería menos digna de la historia, si la bala de Venta y Media hubiera puesto término á su carrera de gloria, y en vez de destrozar el brazo vengador de Brandzen en Ituzaingó, hubiese atravesado el corazón del vencedor en La Tablada, ó hubiese despedazado el craneo del que organizó la defensa de Montevideo, en el sitio de Oribe, ó arrancó sus laureles á la victoria en Caaguazú, ó cambió el plán de campaña á la sierra de Córdoba, como prólogo á la subsiguiente batalla en Oncativo.

El Brigadier general don José María Paz, que ha combatido en veinte y dos campos de batalla; que ha mandado en jefe, cinco batallas campales, coronadas todas de la la más espléndida victoria; que ha organizado y dirigido la defensa de dos plazas militares, en asedios memorables en los pueblos del Plata, ha fundado sobre base granítica, sus títulos á la gloria marcial.

Modesto, como el heroe mismo, en sus más gloriosos

dias, este monumento no ostenta palmas, ni laureles, ni aparatosos trofeos militares. Un simbolismo peculiar y propio del genio que lo habita, sustituye á esos emblemas de la gloria marcial, el catálogo, símbolo de la estrategia y de la táctica militar, en que se aquilata y ennoblece la guerrera gloria de su heroe.

Táctico y estratégico, de la escuela de Turena, con quién el general Paz ha sido comparado, la guerra era para él, más que un arte, una ciencia. La batalla era un problema que debía resolver, y resolvía, primero sobre el mapa, y después sobre el campo de acción, en que escribía con sangre la victoria.

De esta suerte, la guerra, antes que acción, era en Paz, pensamiento, idea destinada á dominar la fuerza y fundar la libertad y el derecho de los pueblos.

Tal es la síntesis de su acción política, que se condensa en estas dos grandes aspiraciones de su alma: la independencia de América, y la organización constitucional de la Nación Argentina, su república representativa, bajo cualquiera de las dos fórmulas, federativa ó centralista, que dieron ocasión á esa guerra civíl de cuarenta años, cuyos estremecimientos conmueven todavía el edificio de la nacionalidad de estos pueblos.

Dentro de aquella doble aspiración de su espíritu, se desarrolla toda la acción política y militar del Brigadier general don José María Paz, quién, en las contiendas de la organización nacional, no fué unitario ni federal, sinó nacionalista apasionado del orden y de la libertad.

Inteligencia superior, el general Paz, no consentía el desorden; espíritu organizador, no concebía el orden, sin la ley militar; no comprendía el ejército, sin la ordenanza política; no comprendía la patria, sin la constitución. Hombre de orden, amó la libertad, y combatió la tiranía de Rosas, como combatió el despotismo colonial; hombre de ley,

amó la autoridad, y como combatió la montonera, combatió la dispersión, el aislamiento y la anarquía de los pueblos de la República.

Tal fué su vida pública, tan activa, fecunda, tan rica de enseñanzas y de ejemplos, como de peripecias y contrastes; ya se la considere en la elevación de sus posiciones oficiales, como Director de la guerra, Gobernador de provincia ó Ministro de Estado; ya se la considere en el abatimiento de sus desgracias, desterrado en Santiago y Tucumán, voluntariamente, expatriado en el Brasíl, prófugo en Montevideo, ó prisionero del destino, porque no puedo llamarle prisionero de guerra, en los ocho años de su cautiverio en las cárceles de Santa Fé y de la Villa de Luján.

En tan diversas situaciones de la vida, el general Paz fué siempre general Paz, por la austeridad de sus principios, la nobleza de sus sentimientos, la energía de su voluntad, y la firmeza incontrastable de su caracter.

No se puede, sin embargo, hablar de las virtudes cívicas del general Paz, sin traer á la memoria, la revolución de Arequito, en que aparece envuelto y complicado su nombre. El mismo general Paz, dice á este respecto:

«¿Produjo bienes el movimiento de Arequito? ¿Fué causa de los males que sufrió en seguida el país? Previno otros mayores? ¿Sin él, se hubiese constituido la República? Cuestiones son estas, que yo no sabré resolver; pero sí diré, con la franqueza que me he propuesto, que jamás pensarian sus autores que sobreviniera el cúmulo de desgracias y desórdenes de que hemos sido testigos; y en cuanto á mí, puedo asegurar, que si los hubiese remotamente previsto, aún cuando creo que sin él se hubiese, más ó menos, pasado por los mismos trances, me hubiera abstenido de tomar parte, dejando la responsabilidad á quién realmente le incumbía».

Bajo el sentimiento severo de su responsabilidad, el gene-

ral Paz juzga aquel movimiento como acto militar, y dice: «Es fuera de duda, que si se le juzga aisladamente, es un crimen contra la disciplina, pués los subalternos deliberaron, y resolvieron quebrantar sus leyes; pero este argumento hecho de un modo absoluto, no solo podría emplearse contra los revolucionarios de las Fontezuelas, sinó también contra los autores de la revolución de Mayo, que desconocieron la autoridad del Virey y capitán general Cisneros. Será, pués, preciso hacer una excepción y poner algún límite á esa subordinación, que soy el primero en reconocer como el principal fundamento del orden militar. Es sensible, que nuestros legisladores hayan dejado á nuestros militares á merced de las facciones, ó mejor diré, de las sugestiones interesadas de los verdaderos revolucionarios. Es punto este, muy interesante de nuestra Constitución, cualquiera que sea su forma, para que deba describirse. Su solución, importa al honor de la milicia, á la quietud pública y á la estabilidad de los gobiernos».

Esto decía el general Paz antes de la organización constitucional de la Nación; y después de tan significativas palabras, yo no diré una sola palabra más sobre la revolución de Arequito. Si su participación en aquel movimiento fué un error público; si él es un honor en la carrera militar del general Paz, su gloria es, después de todo, refulgente como el sol con sus oscuros tintes, y su figura histórica grande en el pasado, será grande en el más lejano porvenir, como es grande en la mañana la sombra de este monumento, cuando el sol lo dora con sus primeros rayos, grande al caer la tarde, cuando derrama sobre él sus últimos fuegos.

Por lo demás, señores, la inmortalidad, no es el marmol ó el bronce de la estatua; la gloria, no es la estatua con sus palmas y laureles; la gloria, es el hombre mismo: la inmortalidad es el espíritu del hombre!

Bajad, señores, de su pedestal esa honrosa estatua, y co-

locad en lugar suyo, caballero en ruín cabalgadura, con un lomillo sin faldas y dos riendas nudosas, al prisionero del año 31, con su pantalón de brín, en mangas de camisa, con un ponchito andrajoso, y una mugrienta gorra de trapo, y cuando á vista de ese conjunto grotesco, sintais que vuestros corazones se conmueven, como el del coronel don Pascual Echagüe, con un sentimiento de compasión, escribíd en esa piedra: «Considero que soy el mismo hombre que cuando estuviera cubierto de bordados y galones»; y entonces, vuestra piedad se convertirá en admiración, y la gloria del prisionero, será por lo menos igual, sinó mayor, que la del vencedor en Oncativo, La Tablada ó Caaguazú.

Algo falta, señores, á la gloria de los héroes cuando la desgracia no ha impreso en ella, el sello del dolor.

Un día, el prisionero siente que la piedad de un oficial subalterno que llega á saludarle, camino de su prisión, deja en su mano con urbanidad y disimulo, algún dinero. El corazón del guerrero se conmueve, y la emoción sube al rostro. Solo entonces comprende el desgraciado, toda la crueldad de su destino! Empero, la resignación del heroe, guarda aquellas monedas, y la gratitud del hombre, escribe sobre el corazón, henchido y palpitante, el nombre de Domingo Paján, capitán de la población del Sauce, en Santa Fé.

Ocho años han pasado. El dictador, ya que no por justicia, por cálculo, ha querido conservar la vida del guerrero, sacado de las cárceles sucesivas en Santa Fé y en la Villa de Luján, se encuentra por fin, en la ciudad de Buenos Aires, con la ciudad por carcel. Un día se le anuncia que la piedad del tirano ha querido reconocerle en su grado de General, y ordena se le ajusten sus haberes. La dignidad del prisionero, se subleva, se alarma la conciencia de patriota, y la moral del ciudadano rehusa al dictador, lo que otorgó al capitán del Sauce, en Santa Fé.

Empero, la situación era crítica y peligrosa. ¿Cómo esquivar la magnificencia del tirano? ¿Cómo desagradar y provocar su cólera? La prudencia aconsejó la evasión, y el prisionero del destino, fué entonces el prófugo del despotismo, en la Colonia de Montevideo.

Señores:

Vosotros sabeis lo demás; vino en seguida Caaguazú, el sitio de la que se llamó Nueva Troya, la expatriación del Brasíl, etc.

Tal es, señores, el heroe á quién celebramos en el primer centenario de su natalicio. El tiempo, que todo lo destruye y aniquila, podrá con sus golpes de devastación y de muerte, desmenuzar en pedazos, la estatua cuyos restos quedarán sepultados bajo gruesa capa de tierra. Otras generaciones, tal vez otras gentes, poblarán un día este suelo, en que se habrá perdido la memoria de los hombres y de las cosas, obedeciendo á la ley de lo creado. Pero, mientras dure la historia, que es el espíritu de las edades, sobreviviéndolas en la memoria de los pueblos; mientras ella viva en la memoria de las gentes, llegará hasta ellas, con el recuerdo de nuestros héroes, el nombre ilustre del Brigadier general don José María Paz.

Señores:

¡Que su espíritu vele, intertanto, los destinos de la Patria Argentina, al amparo de sus instituciones democráticas!

¡Que su gloria inspire el patriotismo de sus compatriotas!

¡Que la austeridad de sus principios, la nobleza de sus sentimientos, la firmeza de su caracter, su amor al orden y á la libertad, su respeto á la autoridad y á la ley, sean la escuela cívica y militar de nuestro ejército y de nuestro patriciado!

Y que en día como este, del siglo venidero, la República Argentina, libre y próspera en la América independiente, traiga á este monumento, custodiado con amorosa solici-

tud por el pueblo de Córdoba, el testimonio de la admiración y de la gratitud nacional, grabando en su pedestal, la inscripción que la ley manda hoy grabar sobre la tumba del heroe, en la Capital Federal: «El Congreso de la Nación, á la memoria del Brigadier general don José María Paz».

Teniente general Emilio Mitre

Señores:

Podemos levantar en alto la voz, para saludar en su centenario, en nombre del gobierno de la Nación, á quién tengo el honor de representar en este acto, la memoria del invicto general Paz, cuyos servicios á la Patria, llenos de abnegación, patriotismo, honradéz, valor é inteligencia, le han hecho acreedor al amor y estimación de sus conciudadanos, por lo que uniéndose hoy pueblos y Gobiernos, vienen á tributarle el debido homenaje, inclinándose ante su estatua, para que todos puedan ver en ella la figura del más completo de nuestros generales, y uno de sus más virtuosos ciudadanos; contribuyendo así, á que no pueda borrarse jamás, de la memoria ni del corazón del pueblo argentino.

El general Paz, empieza á distinguirse desde sus primeros pasos en la carrera militar, para llegar al apogeo de su gloria, como General; sus batallas son, cada una de ellas, un modelo táctico del arte de la guerra, y demuestran su caracter resuelto, prudente y previsor, asegurando la victoria, antes de chocar con el enemigo.

En San Roque, la rapidéz de movimiento y de concepción de ataque, decide la jornada.

La Tablada, en la que se encuentra en una posición difícil, por hallarse con su capital tomada por el general Qui-

roga, ocupada por la infantería de este, teniendo el resto de su ejército acampado en La Tablada, á una legua de distancia.

Vacila un momento, mientras piensa cual es el mejor partido á tomar; decidiéndose por atacar el ejército, concibe en el acto su plán, realiza una habil marcha, y abriendo los cercados de un gran potrero, desemboca en la planicie, donde este estaba acampado, y dá una de las batallas más encarnizadas de nuestras guerras, consiguiendo el triunfo, por la habil manera de manejar sus tropas en el combate, haciendo caer su reserva sobre el flanco del enemigo, que había conseguido una ventaja sobre su ala derecha, y aprovechando el triunfo de su reserva, realiza en persona, una persecución perseverante y valiente, con una fuerza muy inferior en número, á la del enemigo, hasta arrojarlo completamente deshecho, á más de dos leguas fuera del campo de batalla.

Quiroga, con su valor indomable, con los restos de su caballería vencida, que ha podido reunir, vá á buscar su infantería, que había dejado en la ciudad de Córdoba, y unido á ella, realiza una operación ofensiva, de las más atrevidas que puedan ejecutarse en la guerra, dando una nueva batalla en la mañana siguiente, sorprendiendo por su retaguardia, con un ataque audáz, el ejército del general Paz, en marcha, en el momento que este se encontraba encajonado en un camino cercado por su flanco. Lo arrojado del ataque, se quiebra ante el valor sereno, dirigido por una cabeza que piensa y resuelve, aún en medio de los mayores conflictos. El general Paz despeja el camino con prontitud, y ataca á su vez á Quiroga, que es vuelto á ser vencido, después de un reñidísimo combate, triunfando nuevamente la pericia y la disciplina de los unos, contra la notable bravura de los otros, á términos, que jefes experimentados en la larga guerra de la Independencia, decian:

« Que se habian batido contra tropas más disciplinadas, más aguerridas, pero más valientes, jamás».

Oncativo, concepción admirable de estrategia con su previa campaña sobre las montoneras de la Sierra, concentración en tiempo oportuno de su ejército, coronada por su movimiento táctico en la batalla, en la que con una marcha oblicua á la vista del enemigo, queda este desconcertado y obligado á recibir la batalla, en condiciones tan desventajosas, que estaba ya derrotado antes de combatir.

Con este motivo, el general Quiroga, que tenía el genio de la guerra, pero sin ninguna instrucción, dijo, «que el general Paz lo había vencido con figuras de contradanza».

Caaguazú, su previa retirada de Villa Nueva, la concentración prevista de su ejército sobre el río Corrientes, sus maniobras en previsión del pasaje del río, por el enemigo. El pasaje de su ejército de este río, en vista de que el invasor no se atreve á realizar esta operación, y por fin, la batalla misma en que consigue el triunfo, por la habilidad con que sabe sacar grandes ventajas del terreno, atrayendo al enemigo á una emboscada en su ala izquierda, y echando todo el peso de la caballería sobre su derecha, estableciendo allí una superioridad de fuerza tan marcada, que le asegura completamente la victoria, hacen de esta batalla y esta campaña, un estudio digno de la meditación de los que se dedican á la carrera militar.

Esta estratagema de guerra es superior á las que usó Anibal, el gran general cartaginés; porque esta, no tiene el solo objeto de derrotar un cuerpo de tropas enemigas, tiene además, el propósito táctico más recomendado, el de ser en un momento dado, más fuerte que el enemigo en un punto determinado.

El general Paz sigue posteriormente su carrera de gloria en el sitio de Montevideo, después de la derrota del

Arroyo Grande, en el que con su caracter y firmeza, consigue imponer en pocos dias al invasor que venía triunfante con un ejército numeroso y aguerrido, paralizándolo á las puertas de Montevideo.

En su segunda campaña de Corrientes, que se distingue por su habilísima retirada, puede decirse ofensiva, ante el general Urquiza, en que seguramente hubiera conseguido un señalado triunfo, si no hubieran sobrevenido sucesos desgraciados que retardaron el triunfo de la libertad en la República, causa á la que estuvo siempre consagrada la espada de este ilustre General.

Estos sucesos le obligaron á dejar el mando del ejército en Corrientes, marchando al destierro á vivir en la pobreza, porque su vida, consagrada al servicio de las más nobles aspiraciones de su Patria, jamás se ocupó de sus intereses personales, viviendo siempre puro y sin mancha, pudiendo hoy presentarse con orgullo á la posteridad, esta gran figura tan llena de grandezas y de virtudes.

Vuelto á Buenos Aires, después de la revolución del 11 de Setiembre, tiene aún ocasión de prestar nuevos é importantes servicios en el Ministerio de la Guerra, cuando la revolución, encabezada por los generales Urquiza y Lagos, pusieron sitio á esta ciudad, contribuyendo con su actividad y energía, que no disminuía el peso de sus años, á dar nervio á su defensa.

Poco tiempo después, el general Paz rindió su gloriosa vida, pudiendo ver antes de su fin, alborar la organización de la República sobre las inconmovibles bases de la libertad y de la ley, ideal por el que tanto había batallado!

Murió el general Paz para revivir en la posteridad, iluminando su memoria los rayos de luz que arrojaran eternamente los grandes servicios, los grandes ejemplos que ha dejado tras de sí este gran capitán, este noble ciudadano.

¡Gloria y honor á su memoria!

Doctor Carlos Tagle

Señores:

El Senado de la Nación argentina, me ha nombrado uno de sus representantes en la apoteosis del heroe que hoy congrega á pueblos y gobiernos, en torno del bronce imperecedero en que la póstuma gratitud ha perpetuado los rasgos pronunciantes de su vida pública.

Era todo un soldado en este siglo, en que la estrategia militar abarca las prominentes de una ciencia.

Salió de aquella famosa universidad de San Carlos, estimulado por dulces ensueños de libertad y de gloria, á la redención por el hierro de un continente, en el cual disputaba sus fueros la conquista; de esa Universidad, amenazada en el día por la perturbación moral de los calamitosos tiempos que alcanzamos, en nombre de economias que yo reputo perjudiciales, y porque si bién es noble hacerlas aún sobre el hambre y sobre la sed de los pueblos, según la expresión de un ilustre estadista argentino, á condición de salvar el decoro Nacional, es imprevisor y es funesto llevarlas á cabo, perturbando el desenvolvimiento intelectual de la República.

Vano será, señores, por hoy y por siempre, todo esfuerzo dirigido á la prosperidad industrial y al incremento de la riqueza pública y privada, aún sobre un suelo en que la materia prima se ofrezca espontáneamente á la actividad individual, si faltan las condiciones de moralidad é inteligencia, que no se adquieren ciertamente en el taller, sinó en la escuela.

Empero, nuestros hombres públicos, al revés de lo que tantas veces ensayó la Europa con éxito indiscutible, en cada período de perturbación económica, que es un hecho

natural y lógico en la vida de las sociedades, se apresuran á clausurar escuelas y colegios, como si con esta inmolación de la vida intelectual, entendiesen aplacar los enojos de alguna divinidad irritada.

Un día, el pueblo suizo, señores, adormecido al blando rumor de sus lagos trasparentes, sobre la verde falda de sus artísticas montañas, despertóse aterido y hambriento, para entregarse bajo las sugestiones de un presente doloroso y de un porvenir amenazador, á la solución del problema que entrañaba todas sus condiciones de nación independiente y de pueblo civilizado.

Sin industria, ni comercio, ni grandes vias de comunicación, enrolando á sus hijos, de soldados en los ejércitos europeos, como si el oficio de mercenario fuese la más noble y lucrativa ocupación, vió acercarse aquella hora psicológica de meditaciones profundas, y de interrogaciones trascendentales, pero al fin, su sinceridad y paciencia, obtuvo la respuesta que buscaba, y la hizo suya. Fundó escuelas, instruyó á su pueblo, y según Mr. Duruy, «merced á ellas, del seno de aquella esterilidad, se exportan ahora productos bastantes, para hacer frente á los consumos importados y á los doscientos millones de francos en mercaderias, que la Francia sola, vende á aquel pueblo».

Aquí, señores, vuelvo á repetirlo, cada dificultad financiera, provoca supresiones escolares y clausura de establecimientos públicos de enseñanza superior ó secundaria, y es en el presupuesto de instrucción pública, donde siempre buscan nuestros hombres públicos, los recursos necesarios para restablecer el equilibrio entre los gastos fiscales y la renta.

Deliberadamente, pués, aprovecho la ocasión que este centenario me ofrece, para hacer pública mi desinteligencia, con los que, ejerciendo funciones oficiales, que les dán ingerencia en la administración escolar del país, no tienen

inconveniente en limitar los recursos de suyo insuficientes, destinados á tal objeto, contribuyendo así, á la decadencia intelectual de los pueblos.

Reclamo, señores, vuestras excusas, con motivo de esta digresión, y reanudo mi discurso, con la enumeración de los combates en que figuró el general Paz, combates que miden la extensión y la importancia de su brillante foja de servicios, y abonan su reputación de militar estratégico y valeroso.

Fué soldado en Salta, Tucumán, Pequereque, San Lorenzo, Puente del Marqués, Wiloma, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, Tamacuá, Ituzaingó, Filiberto, y comandó victoriosamente en San Roque, La Tablada, Oncativo, la Herradura, el Pilar, Calchines, Caaguazú, Montevideo y Buenos Aires.

El juicio de Sarmiento, sobre las dotes de Paz, como guerrero, aunque conocido, es oportuno, porque es la palabra autorizada de un contemporaneo y de un hombre ilustre.

Incorporémoslo, pués, desde la tumba en que reposan sus mortales despojos, á esta solemnidad, que recibe su importancia y alta significación del sentimiento nacional que la ha inspirado.

« El general Paz, dice, no es un genio como el artillero de Tolón, y me alegro de que no lo sea; la libertad, pocas veces tiene mucho que agradecer á los genios; es un habil militar, y un administrador honrado, que ha sabido conservar las tradiciones europeas y civiles, y que espera de la ciencia, lo que otros aguardan de la fuerza brutal; es, en una palabra, el representante legítimo de las ciudades, de la civilización europea, que estamos amenazados de ver interrumpida en nuestra Patria».

Preguntado el general Garibaldi, un día, á dos mil leguas de nosotros, por el más habil soldado que había co-

nocido, respondió sin titubear: «José María Paz, á quién he tratado en un apartado rincón de este planeta»; y Quiroga, explicando sus últimos desastres, repetía: «Paz me ha vencido con figuras de contradanza».

Más, no es el éxito, ni sus grandes condiciones bélicas, lo que nos ha traido en procesión cívica hasta el pié mismo de su estatua ecuestre, á despecho del juicio encontrado de propios y de extraños, con motivo de la guerra social, en que tan notable papel desempeñó.

Nuestra presencia aquí, significa la enérgica condenación de la tiranía, por los excepcionales honores discernidos al más tenáz y astuto de sus adversarios; significa, la apoteosis de la probidad pública, en el momento actual, en que la sociedad argentina se halla conturbada por el más grande desastre financiero, de que ofrezcan ejemplo los tiempos, debido á causas que no es oportuno tratar.

Significa, sobre todo, por si los presagios se cumplen, la protesta viríl de sucumbir en la demanda, contra la dictadura, que acaso finjan la pasión política y los rencores del momento, pero que espíritus avezados y patriotas, temen en este instante de incertidumbre y de anarquía.

En presencia, señores, de lo desconocido, y en són de reto á los ambiciosos sin conciencia y sin escrúpulos, hemos llegado al pié mismo de esta estatua, que conmemora, no solo la táctica y el valor militar, sinó también la pureza administrativa, y muy principalmente, el odio á la tiranía, para rendir público homenaje á tan excelsas virtudes.

He dicho.

Teniente Emilio Ípola

Señores:

Traigo de mis hermanos de armas, su amor y su respeto

hacia el gran heroe que representa esta estatua. Vengo yo, lleno de alegría, con esta religión en mi alma, con este legado en mi espíritu, á colocar mi rodilla en las gradas de este monumento, levantado por la gratitud de un pueblo, destacado sobre la patria chica, y conservado por la patria grande.

Pero, esta ceremonia magestuosa, es quizá uno de los actos más imponentes de nuestra historia cívica, por el significado, por la idea y por el precedente que ha de sentar.

Conmemórase los cién años de un hombre, de un soldado, de un patriota, de un ciudadano, de un heroe. La ciudad natal, se viste con sus mejores galas; la República, se llena de júbilo; los argentinos, se inclinan con cariñoso respeto; las pasiones, se acallan; las vicisitudes, se desvanecen; los sufrimientos, se amortiguan; los rencores, se aplacan; la paz grande y plácida, reina sobre nuestras cabezas, como enseña de tributo, como insignia de hermandad, como emblema de civismo, como vínculo de raza, como bandera de fuerza levantada ante la virtud que irradia, de ese hombre de bronce, que copia á un hombre de gloria.

Yo siento el influjo de la veneración sobre mi sangre, y aquí mismo, al pié de la estatua, querría gritar:

¡Oh Patria, yo no te daré la gloria de ilustre hijo, yo no arrancaré laureles para coronar tus sienes, yo no te haré dichosa, pero juro, por la memoria de nuestros padres, darte mi brazo, mis bienes y mi vida!

Y bién, cuando el corazón late fuerte, inspirado por pasiones elevadas, todo se retempla, el espíritu abraza sobérbios ideales, el brazo se siente sólido, la voluntad inquebrantable. Expresión espontanea del ejemplo, brotada al solo recuerdo de los mártires, fenómeno sencillo y grandioso, que auna las más hermosas fibras del hombre hacia un solo y único anhelo; altiva pasión del alma, que llena

de luz las sombras, de nobleza los corazones, de virtud los pensamientos.

Con cuanta fé decía bién, entonces, al señalar este acto como solemne en la historia de nuestro pueblo, como se señala la fuente de agua pura, trás de las grandes jornadas, no con el ánsia del reposo, sinó con el anhelo del vigor.

Si nos adelantamos al porvenir, vemos dibujarse una gran Nación, un pueblo rico, un mercado floreciente; pero, ahora mismo este pueblo, pobre, abatido, está rico de orgullo, rebotante de dignidad. En ese porvenir iluminado por dias felices, nuestros hijos bendecirán la sangre que ha fecundado el emporio, y nosotros, en cambio, solo podemos bendecir la memoria de los que fecundaron nuestra suprema grandeza de pueblo libre. Los unos, nacieron para el sacrificio; nosotros, para la lucha; los otros, nacerán para la dicha.

Pués bién, señores, si algo me satisface en estos momentos, si se siente la alegría en mi corazón, si me siento dichoso, es por la esperanza de depositar un grano de ese oro que han de recoger nuestros descendientes, así como aquellos que murieron, elevarian sus preces al Señor, por haberles concedido la suerte gloriosa, de morir por los grandes sacrificios que la Patria les reclamaba.

¿Quereis que hable del heroe? ¿Que siga á grandes rasgos la larga línea de sus gloriosas hazañas, que trace algunos hechos de su epopeya, que bosqueje algunos pasajes de su existencia, que dibuje alguna de sus mil prendas de hombre, de ciudadano, de soldado, y de patriota?

Sí, aunque lo hagan otros también de mis hermanos, aunque las pájinas de la historia hayan cantado hosanas á esta vida austera y ejemplar, yo quiero siquiera, repetir algo de lo que he oido, de lo que he leido, de lo que he aprendido, á fuerza de querer tener siempre cerca de mi

amor patrio y de mi honor militar, esta leyenda ejemplar, que inspira, encanta y apasiona; que sacude la conciencia y la dirige, que florece las nobles ilusiones de la juventud, que hace surgir de cada pedazo de tierra un recuerdo glorioso, que arrastra hacia el bién, que levanta altares á la libertad, al sol de Mayo, al pabellón que flamea sobre este suelo americano, cuya constitución es la doctrina más altiva y más preclara de la tierra.

Sí, señores, hablemos del gran patricio, é invoquemos su nombre, con la misma unción que se invocan los santos principios que sustentan las virtudes.

El recuerdo de este ilustre hijo de Córdoba, habrá de extender un manto de púrpura sobre el suelo que le vió nacer.

Era Paz, desde su infancia, aficionado á las armas, y su patriotismo le llevó al ejército de la Libertad, asistiendo á los famosos campos de Tucumán y Salta, llegando hasta el Perú, en donde, al lado de Belgrano y otros experimentados guerreros, principia á ejercitarse en las artes de la guerra.

Vuelve á la Patria, medita y ordena el inmenso caudal de conocimientos, recogido con la práctica y la luz de su ingenio, derrama fulgores de gloria en la guerra contra el Imperio.

Luego, la organización nacional reclama su brazo y su cerebro; entonces empieza á destacar en las sublimes manifestaciones de su inteligencia, admirable y fecunda. Colócase al lado del gran Lavalle, en esta obra de reparaciones para la provincia de Buenos Aires.

Mientras tanto, Córdoba; Córdoba, la docta y la gloriosa, como madre del heroe, yacía aletargada, oprimida y cautiva, de un usurpador de sus tesoros, de un usurpador de sus derechos, de un usurpador de sus libertades, durante ocho años consecutivos.

Era preciso librarla de la deshonra de que era víctima; más aún, era menester reconstruir á Córdoba, regularizar sus instituciones, organizarla en fin. Empresa doblemente difícil, por cuanto debe desplegar aquí su ciencia, como militar, como estadista, como magistrado; Paz no desmaya, organiza un ejército, encamínase á ella, vence mil dificultades, lucha, triunfa, la salva y la organiza.

Es esta campaña un modelo perfecto, una fuente siempre segura de instrucción, donde la generación militar actual americana y las venideras, hallarán recursos inestimables de estrategia y arte de la guerra, y digo de las generaciones presentes y futuras, porque, como lo ha dicho ya un escritor notable, el general Paz vivió en una época que le era anterior á sus profundos conocimientos militares.

Pero la desgracia le persigue, y al fin le avasalla, aunque sin avasallar su espíritu; Paz es hecho prisionero, y allí, desde el fondo de su prisión, no deja un instante de mirar esa Patria tan querida y tan gloriosa, entonces desgarrada y oprimida.

Evadido diéz años más tarde, defiende á Montevideo; pasa luego á Corrientes; desde allí, al Brasíl, y en todas partes lucha sin tregua ni descanso por la sagrada libertad, por la constitución y por las leyes; y cuando rinde su vida al Creador, lega á la posteridad el ejemplo de sus virtudes, y los caudales de su ciencia.

Señores:

La gratitud hacia los héroes que nos dieron patria y libertad, no queda satisfecha con manifestaciones como esta solamente, que, aunque unánimes y espontáneas, y también sinceras, porque son hijas de nuestros corazones de argentinos, en su fondo no expresan del todo, el sentimiento que las inspira. Es necesario algo más, y que cuesta muy poco asimismo. Vosotros bién lo sabeis, y, al hacer un voto, ¡quiera Dios, que vela los destinos de la Patria!

lo acepteis con fé en vuestros corazones, con regocijo en vuestras almas, en la seguridad, de que hareis un gran acto de justicia y de felicidad para la Patria, demostrando así, con los hechos, que somos dignos descendientes de los grandes, nuestros antepasados. De otro modo, señores, sería lo mismo que los hijos alabaran con fiestas al padre que les legó los tesoros del bién, pero que esos hijos no lo practicaran. Por eso, al aceptar, complacido, el honor que se me dispensa, lo he hecho en gran parte, por elevar ese voto de mi corazón, que lo es también del ejército, que lo es también de vosotros, ciudadanos nobles, que os habeis apresurado á teger guirnaldas sobre el monumento del heroe; quiero asentar un voto, repito, cual es, que así como habeis olvidado preocupaciones imperantes del espíritu, para acudir presurosos á glorificar al procer, os conserveis así siempre unidos, y si luchais por el bién de la Patria, hacedlo con la pluma y el pensamiento. Recordad de la España, hoy sin fuerzas, si apenas puede incorporarse en su lecho de agonía, á causa de las fatales guerras entre hermanos, que á nada conducen, que no sea al desorden, al caos y á la ruina. Acordaos también, y es un extraño el que os lo dice, puesto que soy militar, y no pertenezco á ningún partido, de que si alguna vez ha de derramarse la sangre de nuestros pechos, en buena hora sea en defensa de la constitución y de las leyes, de la honra nacional, cuando la codicia extraña pretendiera mancillarla; que la sangre derramada en lucha fratricida, por más que parezca fecunda al suelo donde cae, lo esteriliza, y si volveis un instante los ojos á la Patria, al contemplar su imagen dolorida y llena de angustias supremas, tendreis que os clama por la unión y por la paz.

He dicho.

Señor Juan B. Siburu

Señores:

A nombre del Club de Gimnasia y Esgrima de esta ciudad, cuya representación me ha confiado, y en cuyo nombre os dirijo la palabra, me asocio efusivamente al sentimiento popular, dominante en esta fiesta.

El Club, como factor social de esta ciudad, debía tomar en el centenario alguna participación, y la toma, si bién modesta en sus formas, tan entusiasta como la que más, en el movil.

Señores: No es la coacción del deber frío, la única fuerza que nos congrega en las plazas, en los teatros, en este grande centenario. Existe algo más que el deber; existe el sentimiento popular que estalla en gigantes expansiones; la veneración por los ciudadanos que han merecido bién de la Patria, manifestada en íntimos recogimientos; el noble orgullo por nuestras tradiciones, traducido en legítimas complacencias, y sobre todo, señores, el amor acendrado á la Patria, vivo y palpitante en el respeto público por sus grandes personalidades, y los entusiasmos tumultuosos, por sus brillantes glorias.

Esta fiesta, es una resultante de grandes ideales y grandes sentimientos. Para realizarla, se han salvado las divisiones de partido, se han aunado las fuerzas mas antagónicas, y hemos venido todos, atraidos por el prestigio incontrastable del recuerdo de un hombre, soldado valiente y ciudadano de selectas virtudes, como el ático Arístides.

Córdoba, tendida á la falda de sus graníticas sierras, evocando su pasado, sembrado de glorias como el cielo de estrellas, sacudiendo el sopor enervante en estos momentos de grandes amarguras nacionales, se viste de gala, cubre de flores la cabellera de sus nobles matronas, pide

la palabra ardiente á sus tribunos, hace flamear en los aires la bandera de la Patria, y todo, en honor de su hijo más predilecto, de su ciudadano más grande, de su soldado más heroico, del general Paz, cuyo centenario celebramos con los entusiasmos, dignos de los grandes acontecimientos nacionales.

Señores: No necesito recordaros la vida del general Paz, escrita en la memoria y el corazón de los argentinos, con los imborrables caracteres de la admiración, el cariño y el agradecimiento, pero sí quiero que observeis conmigo, que su nombre se encuentra vinculado á todas nuestras glorias, como que su genio de soldado y sus virtudes de hombre, se han encontrado en constante actividad en las gigantes luchas de nuestra independencia y las oscuras noches de nuestras anarquias y despotismos, siempre en consecución de los que fueron los ideales de su vida: la Patria y la Libertad.

El general Paz, presenta, no solo á sus conciudadanos, sinó también á los pueblos extrangeros, uno de esos ejemplares de hombres públicos, en que el valor militar, la virtud cívica y la cultura intelectual, se equilibran en un espíritu, para constituir la grandeza de alma, patrimonio exclusivo de algunos hombres que la Providencia lanza á la vida, y dejan en su trayectoría histórica, una estela purísima de luz.

En efecto, señores, el general Paz ha peleado en veinte y dos batallas, ha defendido en ellas, la independencia, la integridad y el honor de la Patria, y ha dejado, como Julio Cesar, los comentarios, las Memorias de su vida, que son las memorias de toda una época.

Son, pués, sus rasgos, prominentes de caracter, la elevación de propósitos y la heroicidad en la guerra, la labor intelectual y las virtudes públicas en la paz, de modo, que sus conciudadanos, perpetuando su memoria en mármoles

y bronces, como estaba perpetuado ya en su corazón, por el respeto y el cariño; evocando los recuerdos de su vida, consagrada á nobles ideales y sublimísimas aspiraciones; festejando el centenario de su natalicio, como festejaban los griegos del tiempo de Pericles, sus grandes aniversarios, elevan monumentos, evocan recuerdos y hacen nobles fiestas donde pueden reanimar y retemplar las generaciones presentes, el patriotismo, la fé, el aliento que pudiera faltarnos para guiar á la República en su marcha triunfal, entre las naciones modernas.

Hace hoy un siglo, señores, que el vencedor de La Tablada, surgió á la vida. ¡Cuantas trasformaciones, cuantos progresos, cuanto engrandecimiento se ha realizado en ese lapso de tiempo! El siglo trascurrido, presenta á nuestra vista, un cuadro grandioso de sobresalientes detalles: la independencia de la dominación española, esa explosión galvánica del patriotismo argentino; la derrocación de una tiranía nefasta, esa reivindicación augusta del derecho hollado; la unidad nacional, esa aspiración ingénita de todas las provincias; la civilización llevada al aduar del salvaje; el progreso que avanza; el porvenir que sonrie; la instrucción propagada; la anarquía extinguida. Y á todos esos puestos culminantes de nuestras glorias y progresos, el general Paz ha llevado el contingente de sus esfuerzos ó de su patriotismo, blandiendo su espada victoriosa ó consagrando su labor tenáz, en la obra del adelanto y engrandecimiento común.

Córdoba debe tener legítimo orgullo de haber sido la cuna del general Paz, del mismo modo que Cornelia, la mujer de Scipión, tenía orgullo en ser la madre de los Gracos; Córdoba se dignifica festejando este centenario, y avivando los recuerdos que evoca, como se dignificaban los últimos mesénios, recordando después de cincuenta años, las victorias de Aristodemo, porque, señores, el gene-

ral Paz se ha identificado de tal modo á esta ciudad, que pudiera decirse con cierta exactitud, que es el símbolo de todas sus tradiciones de gloria, la encarnación en el hombre del espíritu del pueblo.

Sin dejar de ser esta fiesta, una fiesta nacional, desde el momento que es de veneración para una de las personalidades mas brillantes de la historia argentina, es una fiesta esencialmente de Córdoba, cuna del heroe, y por consiguiente, más íntimamente vinculada á él.

No es extraño, pués, ver reunidos en este festival á todos los habitantes de esta ciudad y representadas á todas las agrupaciones que cuenta en su seno. Cada uno ha querido traer su grano de arena, sus entusiasmos, sus reminiscencias, sus expansiones cariñosas, y es por eso que decía hace un momento, que esta fiesta es una resultante de grandes ideales y grandes sentimientos. Confundamos las palpitaciones de nuestro corazón en esta apoteosis del heroe cordobés, rindámosle nuestro tributo póstumo, porque no serán muchas las veces que podamos hacer igual cosa, con un hombre más grande, más digno, más ilustre, y conservemos el nombre de Paz, rodeado siempre de la misma veneración, para trasmitirlo á las generaciones que han de venir, como una enseña de gloria, como un símbolo de grandeza, como un ejemplo de los tiempos pasados, destinado á servir de modelo á los tiempos futuros.

Señores: Al pié de este monumento deposito esta placa conmemorativa, en nombre del Club de Gimnasia y Esgrima.

He dicho.

Señorita Carlota Weber

Señores:

La elocuencia del sentimiento os hará comprender lo que no pueda expresar la pobreza de mis pensamientos é ideas.

Hija del mismo suelo y de la misma naturaleza que acarició en su dorada cuna el genio inmortal, del inmortal vencedor de Caaguazú, he creido que el deber de la gratitud, y el orgullo satisfecho de las puras virtudes del heroe que iluminó con sus victorias este querido pedazo de tierra argentina, que se llama Córdoba, excusaban toda modestia é insuficiencia.

Dominando mi espíritu estas reflexiones, he aceptado gustosa, la honrosa misión que la filantrópica asociación de las Damas de la Provincia, me ha confiado.

Tengo en este sentido ideas propias; ya por educación, por tradición y por convicción íntima de mi espíritu, he profesado siempre la santa religión de aquellos soberbios titanes del año 10, que con una mano reconstruyeron la Patria, y con la otra extendieron el sol de la libertad en nuestros espíritus, enseñándonos, que solo por el sacrificio y el martirio, se alcanzan los grandes progresos en el mundo.

Los justos honores que la República toda, tributa hoy á la memoria del eminente Brigadier general José María Paz, es deuda de eterna gratitud que todos reconocen, y que con cariñoso respeto, le pagan los argentinos todos.

El glorioso centenario de su natalicio, conmemorado en la forma y con la solemnidad que lo hacemos, es el medio más propio de recordar hasta donde se dilata nuestro es-

píritu, hasta qué apartados puntos nos llama el pensamiento y el recuerdo de nuestra historia patria.

Amar mucho á la madre patria, y venerar el recuerdo de sus buenos hijos, dedicarles nuestras ideas, ese pan del alma, y recibir en nuestro seno las brisas de su naturaleza, establecer entre ellos y nosotros esa corriente magnética establecida por la divina ley en toda la tierra, es realizar un ideal hermosísimo que inmortalizará en las pájinas de la historia, el recuerdo de nuestra generación.

Las tristes épocas que cubrieron de sombra el luminoso horizonte de nuestra Patria, en los dias sin sol de las homéricas luchas de nuestra independencia, vinieron luego, á confundirse como eslabones de una misma cadena, en el monstruoso cautiverio que el tirano de nuestras instituciones levantó en las conciencias de los que como el general Paz, llevaba en su alma de patricio, el fuego de la redentora idea de la civilización.

Su vida de soldado, ofrecida desde temprana edad en favor de la Patria, fué como la del histórico Prometeo, que luchando por aspirar la perfumada brisa de la libertad, hacía temblar y retemblar el Cáucaso, cuando se retorcía de dolor bajo sus hierros.

Sí, señores: El general Paz, pertenecía por el valor indomable de su espíritu, por la tranquila serenidad de su caracter, y por la pujante altivéz de su cristiana fé en los destinos futuros de su país, á esa legión de héroes, coronados por la universal bendición de todos los pueblos, y sobre cuyos recuerdos se arrojan diariamente frescas coronas de delicadas flores, símbolo de pureza y cariño, con que la humana gratitud puebla los húmedos sarcófagos donde duermen tranquilos los venerados restos de estos benditos héroes.

La vida del general Paz se dilata en nuestros recuerdos, como se dilata el espíritu en el espacio; sus glorias, sus

sacrificios y victorias, hieren con poético encanto, nuestra mente, llevando entre celajes de matizada luz, el pensamiento, hacia los encuentros del Quebracho, del Arroyo Grande, de Caaguazú, del Sauce Grande, de Montevideo, y por último, llega á perderse como dorado rayo de un sol vivísimo, en las lejanas cumbres de las altas montañas del Alto Perú, donde, triunfante y vencedora, brilló su nunca abatida espada, que obedecía fielmente á la violencia de su pensamiento de fuego.

El ideal político del general Paz, era la democracia; él creía que la democracia era la depositaria de la nueva vida, arca de alianza donde se guarda el sagrado pacto del hombre con el hombre, de los pueblos con los pueblos, única doctrina que encierra en sí, la santa doctrina del verdadero derecho.

Por eso, hoy todos los que fijan su atención en la gran asamblea de 1810, bendicen á Paz, á Moreno, á San Martín y á Belgrano, como á los mejores artistas de la anhelada forma de libertad.

Sus recuerdos son saludados y respetados por todos, como su vida, como su ideal, como su Dios, porque el espíritu del hombre, tiende á la libertad, como la planta nacida en un abismo, levanta sus ramas al cielo, para recibir el beso de la luz.

Tal fué, señores, la vida del ilustre patricio cuyo centenario festejamos, y cuya preciosa existencia, como el fugáz resplandor del sol que calienta nuestros cuerpos, y dá nervio y animación con la fecundante acción de su luz á nuestras ideas, pasó, como pasan en esas noches serenas del estío, el misterioso aereolito dejando en la límpida esfera, la estela luminosa de su diáfana trasparencia.

El general Paz, señores, en cuya mente se agitaba el gran pensamiento de la revolución de Mayo, no pudo ser, ni hacer más de lo que fué é hizo; él, era el águila altanera

que dominaba con su mirada el espacio; él, el táctico é inteligente jefe que con un movimiento de convenida estrategia, envolvía á su enemigo, de ánimo sereno, de inalterable fé, de inmutable valor, atendía y resistía todas las acciones, hasta conseguir vencer á su enemigo, ó salir con airosas ventajas.

La severa historia, señores, quita muchas veces al heroe humano, el brillo de que está cubierto el heroe divino, de tal manera, que los actos que están regulados por un orden físico, cuya mecánica no es difícil conocer, pierden de común la pureza de sus intenciones, cuando toca en los dominios de la realidad, siempre impura.

Las inspiraciones del ideal que acaricia la mente del hombre, no puede, nó, compararse con los medios maravillosos empleados por un Dios que todo lo saca de su poder, ó con un heroe que tiene misteriosas relaciones con el cielo, y que vé siempre flotar en los aires, un genio superior que le remueve los obstáculos y le auxilia en sus empresas, enseñándole el camino de la vida.

Yo, señores, al depositar humildemente esta placa, símbolo modesto, pero sincero de respeto, coloco también con ella, el pensamiento y el corazón de todas las damas, cuya asociación represento, haciendo votos porque el frío del indiferentismo, no descienda jamás, sobre la iluminada frente del valiente y esforzado guerrero.

He dicho.

Señorita María Luque

Señores y señoras:

Contóme un día, mi padre, la historia de un heroe, que los argentinos colmaron de honor, ciñendo su frente con guirnaldas de laurél.

Aquel hombre había abandonado, familia, hogar y riqueza, para consagrar su brazo al servicio de su Patria, y su corazón, á los esplendores de la gloria.

Valiente en la adversidad, humilde en su grandeza, previsor, sagáz y flexible, fué un ariete invencible en el campo de batalla, un bronce su caracter, un águila, su genio de la guerra.

Vencedor, supo conservar su moderación; cautivo, la dignidad heroica; desterrado, el fuego con que las vestales guardan el culto de los dioses, en los altares de la patria amada.

Como el sol que se levanta, engendrando crepúsculo, auroras y torrentes de intensa y diáfana claridad, cumpliendo la eterna ley de las evoluciones siderales, para bién de los destinos humanos, aquel heroe brotó, despuntando los extremos del pasado siglo, crepúsculo de hondas conmociones; elevóse en el oriente de nuestras luchas nacionales, aurora brillante de nuestro patrio anhelo, y cubriéndose en el cenit, con los arreboles de la gloria inmarcesible, desplegó á nuestra vista, la epopeya inmortal que ha dado vida á un pueblo valeroso, sembrando la América con la semilla fecunda de la libertad.

Ese heroe, era el general don José María Paz.

Repentinamente, densas nubes velaron el porvenir; el mónstruo del horror, manchó la fáz de nuestros destinos; los clarines de los combates nacionales, dejaron de resonar, yerto el vivac de la guerra al extrangero, se inflamó con fatídicos gritos de muerte; la familia argentina, repudiándose, exhibió el cuadro ingrato de un recuerdo bíblico, en cuyo fondo, el brazo armado de Caín, desploma al hermano, para siempre! . . .

El heroe, que desde Tucumán á Venta y Media, y de Tamacuá á Filiberto, combatió por la independencia nacional, sintióse conmovido ante el sangriento desenlace de la

tragedia argentina; La Tablada y Caaguazú, cubriéronle de gloria; pero, en el fondo de su corazón, la herida causada por la arma fratricida, manaba sangre y amarguras.

Cuando mi padre recordaba al heroe, tegiendo para vivir, jaulas de caña, en los oscuros calabozos de Santa Fé, le temblaba la voz, y de sus ojos, las lágrimas del patriotismo, corrian generosas.

José María Paz, el padre de las glorias cordobesas, elevándose como un astro radiante, en los horizontes de nuestra historia, recibe el voto de sus hijos, en el gran día de su centenario, invitando á la concordia.

El guerrero, quiere la paz de la familia.

Su gloria, reclama las libertades que conquistó.

En nombre del guerrero ilustre y de la gloria inmaculada, ¡oh Patria! no permitas que se enfríe el fuego que custodia el real tesoro de tus grandes héroes.

No permitas, que las santas reliquias de nuestros antepasados, sirvan de enseña de guerra, para esclavizar á los argentinos.

No permitas, que nuestras glorias se pierdan en la oscuridad del combate fratricida.

¡Patria! sé digna del heroe que ha cumplido un siglo, reposando el sueño de la muerte!

Señorita María E. Funes

Señores:

Hé aquí uno de los más ilustres y beneméritos soldados de la Patria; hé aquí un veterano de Mayo, que ha dejado en nuestra historia, pájinas de imperecedero recuerdo.

No pretendo hacer su biografía, señores, porque eso importaría una tarea superior á mis débiles fuerzas, y porque la gratitud y la admiración argentinas, la ha escrito ya en el corazón de cada uno de sus compatriotas; quiero solamente, dirigir una ojeada á través de su loza funeraria, y recordaros, que su vida fué intachable, su abnegación sin límites, y su patriotismo, comparable solo al de esos antiguos héroes, cuya fama viene desafiando á los siglos mismos.

Si el general Paz no ha brillado como San Martín y Bolivar, no por eso es menos grande, ni deja de ser considerado como uno de los primeros talentos militares de la América.

Las circunstancias hacen los hombres; cuando aquellos dos libertadores, de pié sobre el gran coloso de la naturaleza, se extasiaban en contemplar los vastos horizontes del mundo que acababan de libertar, á la vez que el eco de sus clarines, resonando por el universo entero, daba á conocer sus nombres, don José María Paz, era el simple soldado, que llegaba recién al pié de la montaña, que debía escalar, para cubrirse de gloria.

Como oficial subalterno, jamás cometió una falta contra la disciplina, y la única penumbra de su vida militar, la participación que tomó en el sublevamiento de Arequito, en 1820, se encargó él mismo de hacerla desaparecer, derrocando al primer caudillo cordobés, que surgió de aquel hecho, para quitar al mundo, hasta el menor motivo de poder decir: *cometió errores.*

En el desastre que sufrió Pueyrredón en Huaquí, y en las victorias obtenidas por Belgrano, en Tucumán y Salta, Paz se distinguió por su valor intrépido, su presencia de ánimo en la desgracia y su moderación en el triunfo.

Organizado el ejército nacional, en 1826, pasó á la Banda Oriental, á servir con el grado de Coronel, bajo las ór-

denes del general Alvear; hizo la campaña contra el Brasíl, distinguiéndose, sobre todo, en la batalla de Ituzaingó, la que le hizo acreedor al grado de General.

Poco después, Alvear es llamado á Buenos Aires, y el general Paz designado para ocupar el mando en jefe de aquel ejército.

Desde 1820, Córdoba estaba en poder de Bustos, que se había hecho un caudillo odioso; el general Paz se propone libertar la provincia de su nacimiento, y el triunfo alcanzado en la batalla de San Roque, reparó su falta de Arequito, ciñendo á su sién, una nueva corona de laureles. En 1829, nos invade Facundo, y en los campos de La Tablada, el general Paz es de nuevo coronado por el triunfo. Trascurre un año, y otra vez Quiroga se encuentra frente á frente de Paz, y otra vez, nuestro ilustre General, es saludado con las dianas de la victoria.

San Roque, La Tablada, la Expedición á la Sierra, Oncativo, son cuatro focos de luz, que brillarán siempre sobre la frente del ilustre campeón de las libertades argentinas.

Pero el general Paz, nos ha legado, no solo libertades, sinó también el ejemplo de su constancia y fortaleza, de sus virtudes y acendrado patriotismo, de que ha sido siempre la más bella y más alta expresión.

Por eso, la Patria lo reconoce como uno de sus hijos predilectos; por eso, su nombre ha pasado á la posteridad, que lo bendice y aclama, como una de sus primeras glorias; por eso, su recuerdo vivirá eternamente en el corazón de los argentinos; por eso, el primer centenario de su nacimiento, es hoy saludado con el júbilo entusiasta que inspiran los genios protectores; y por eso, os pido, noble y generoso pueblo cordobés, me concedais colocar esta corona, como símbolo de admiración y gratitud, al pié del

bronce que representa al ilustre y benemérito argentino, Brigadier general José María Paz.

He dicho.

Doctor Rodriguez de la Torre

Señores y señoras:

Córdoba, el pueblo de las grandes y gloriosas tradiciones, en donde se meció la cuna de hombres eminentes, y en donde se alimentaron con los principios sublimes de la ciencia, tantas ilustraciones, de quienes recibió siempre la influencia legítima del saber.

Córdoba, la patria de Funes y de Iudarte, se pone hoy de pié, vestida de gala y llena de júbilo, para cumplir con uno de los más nobles deberes que la virtud cívica reclama, tributando á la memoria de los héroes, las ofrendas de una posteridad reconocida, y entre vítores de aclamación y de entusiasmo, todos, sin distinción de clases ni posiciones, se apresuran á dar formas tangibles á una idea, que evolucionando en el cerebro, ha repercutido en los espíritus, y ha sido abrazada con el entusiasmo febríl, que caracteriza las grandes manifestaciones de la opinión.

Honrar y glorificar la memoria de un esclarecido patricio, de uno de los mas grandes hijos de la heroica provincia de Córdoba, del benemérito Brigadier general don José María Paz.

La memoria de su nombre ilustre, que palpita en todos los labios, y está escrito en todos vuestros corazones, que es el vínculo común que nos unifica y aproxima á todos.

Su nombre, que ha pasado sin manchas á la historia, en donde se rememoran los tiempos que alcanzó; que ha sido perpetuado en el marmol y en el bronce, por la gratitud de

los pueblos reconocidos, y delante del que desfilan las generaciones, rindiéndole homenaje póstumo, de justicia y admiración.

Su nombre, que flota aquí en la atmósfera, como efluvios de vida, que penetran en el organismo, es el que os hace, señores, dejar en los clubs, vuestras opiniones políticas; en los cuarteles, vuestras espadas; en las bibliotecas, vuestros libros; para correr á confundiros en un solo sentimiento, y hacer un solo é igual momento para todos.

Su nombre, que en la sucesión eterna de los tiempos y al través de los años, contados por centenares, encadena las voluntades, amalgama las opiniones y retempla el patriotismo, que se levanta como columna de fuego, para guiar á las generaciones de ahora y del futuro, que entraña una época y simboliza una y muchas glorias, que es hoy aclamado en las calles y en las plazas, por el pueblo de Córdoba, hijo de gloriosas tradiciones y de hombres eminentes.

Su nombre, en fin, que yo os lo entrego á vuestros resonantes aplausos.

De ese patricio, de quién un orador argentino ha dicho, con entera propiedad, «que su causa era la patria y su ideal la libertad, porque amaba la libertad en el santuario de su conciencia, como el primer principio de la vida social; porque la amaba en su propia sangre, en la que palpitaba la austeridad de sus costumbres irreprensibles, la seriedad de su caracter de acero, y la autoridad, sinceridad y pureza de sus procederes. Amaba la Patria, porque esa era su causa; y por eso, sobre la cruz de su espada, hizo el juramento de sus luchas y combates, para hacerla grande y libre».

Señores:

«Cuando el grito de Mayo, decía un joven escritor, anunció á los argentinos, que había una Civilización que

fundar y una Patria que redimir, Paz, que era un niño todavía, pero que sentía latir en sus arterias, sangre de héroes, fué de los primeros en trocar las comodidades del hogar por el peligro de los campamentos, y cuarenta y cinco años después, de constantes fatigas, de incesante reluchar, ese niño, que se había hecho hombre en el molde de los grandes patricios, selló con su último triunfo, la postrer tentativa de los enemigos de la Patria, en retirada.

« Cada uno de sus gloriosos hechos de armas, fué un golpe de muerte, en el corazón del caudillaje, y un paso avanzado en el camino del progreso.

« Aparece en San Roque, y Bustos, envuelto en el polvo de la derrota, se aparta para siempre, de la escena pública; reaparece en La Tablada y Oncativo, y Quiroga deja en el campo, su negra bandera destrozada, y huye á confundir sus rugidos impotentes, con los de las fieras del desierto; triunfó en Caaguazú, y el Calígula argentino, tambalea en su trono, sostiene por espacio de diéz años, el sitio de la Nueva Troya, y con su aliento poderoso, anima la fragua en que debía forjarse el rayo que derribara al tirano.

« Por último, aparece en Buenos Aires, y la ley fué el regulador de sus actos de ciudadano, y la República inicia una era de gloriosa regeneración, en el campo de las instituciones libres».

Señores :

¡Qué grandioso es el espectáculo que presentan los pueblos congregados alrededor de las estátuas de sus héroes, para tributarles el culto cívico que se debe, á los que con la chispa de su genio incendiaron las tiranias, para sobre sus cenizas, levantar el coloso de las democracias, que hace á todos iguales, é igual el derecho para todos; á los que con una espada, mutilaron al despotismo, arrebatando de sus garras, la presa representada por las sociedades indefensas, allá en la cuna de su génesis; á los que con

su palabra, arengaron á las muchedumbres, para hacerlas conocer hasta donde alcanzan sus deberes y derechos; donde tiene su origen la potestad de mandar, y donde muere el derecho político, en virtud de ella ejercido!

¡Y qué grande y qué elevado se muestra el hombre, cuando por el esfuerzo de una voluntad inquebrantable, se coloca sobre la soberbia montaña de las pasiones, y ahoga con su pié el crater del volcán, desafiando el fuego candente, que todo lo devora, para entregar su inteligencia y su corazón, al servicio santo de las epopeyas humanas.

Entonces, señores, parece que la figura moral del hombre, se agigantara, porque en el homenaje rendido al saber, al valor y al patriotismo, hay algo de sublime y divino, que lo empuja y lo acerca hacia sus grandes destinos.

La humanidad no es menos grande ni menos imponente, cargando sobre sus hombros, la carroza de la gloria, en que diviniza á sus héroes, que derramando su sangre por la Patria, en la guerra, ó regando la tierra con el sudor de su frente, en la paz.

Y podría decirse, señores, que el Dios mismo de lo justo y de lo bueno, desde su excelso trono, se inclina complacido, para mirar esos movimientos de los corazones, cuando laten al calor del ardiente fuego que inflama el patriotismo, porque los pueblos han menester de grandes sacudimientos y de profundas conmociones psicológicas que reanimen y vivifiquen el espíritu agobiado, por esa capa de plomo que eternamente lleva sobre sí, la materialidad de la existencia, y que despierte el estímulo al día claro de los sentimientos, para mirar, iluminado con el sol de la gloria, el modelo de virtudes cívicas que se encarnan en los patricios, cuyos nombres, los siglos se pasan de mano en mano para conservar incólume su memoria, y porque ese Dios, que preside los destinos de la humanidad, no puede ser indiferente al sacrificio ofrecido en los altares

profanos, en holocausto de aquellos á quienes él mismo les dió una chispa de su genio y un átomo de su amor, para engrandecer la patria, dignificando al ciudadano con la observancia del deber y de la ley, por medio de la muerte que purifica, ó de la palabra que persuade.

Señores:

Nunca fué esteril el suelo de la patria, cuando se enrogeció bañado por torrentes de sangre; ni nunca fué infecundo, cuando se derramó sobre él, la semilla para que la fecundara; y por eso, nosotros, los argentinos, somos, y podemos llamarnos, hijos del sacrificio y del trabajo.

Sí, del trabajo, porque solo al esfuerzo propio y único de ilustres argentinos, á quienes ya la posteridad ha consagrado pájinas de luz y de reconocimiento en la historia, se debe la realización de los bellos ideales, que constituyen nuestra existencia institucional y libre; porque ellos aclimataron entre nosotros, el benéfico arbol de la libertad, á cuya sombra fueron los escultores del pensamiento y de la idea, á sentarse, para modelar las instituciones y leyes propias que hoy nos rigen, á cuya sombra ocurrieron los perseguidos, y quedaron libres; á cuya sombra ocurrieron los esclavos, y sus cadenas fueron rotas; á cuya sombra se agruparon los hombres de todas las naciones, y todos fueron libres y hermanos.

Hijos también, del sacrificio y de la abnegación, porque por nuestras venas corre la misma sangre de los mártires y patricios, que con heroico desprendimiento, y hasta con su vida, sellaron para siempre, en 1806 y en 1810, nuestra emancipación de extraño tutelage, y sinó, decidme: ¿Quienes son San Martín, Dorrego, Moreno, Rivadavia, Lavalle, Belgrano, Paz, Frias, Alberdi, Velez Sarsfield, y tantos otros, á quienes el pueblo argentino erige estátuas y levanta altares, para venerar su memoria, y evoca sus nombres, tanto en los dias angustiosos de la adversidad, como en los

dias prósperos y esplendentes, de las glorias nacionales?

¿Quienes son, sinó ellos, los estadistas ilustres, los políticos elevados, los publicistas de fama, los guerreros valerosos, los jurisconsultos eminentes, los que como obreros infatigables de la paz y del bién, contribuyeron en una ú otra forma, á que un día, la Nación Argentina, pudiera darse una de las constituciones más liberales del mundo, á cuyo frente está aquella leyenda magestuosa y veneranda, que encarna los más grandiosos y nobles objetivos á que pueden aspirar las colectividades humanas, para llegar al apogeo de su perfeccionamiento político y social?

¡Gloria inmortal para los titanes de Mayo! y, ¡gloria inmortal, para aquellos que llegaron á constituir la Unidad Nacional, á afianzar la justicia, á consolidar la paz interior, promover el bién general, y asegurar los beneficios de la libertad, para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres que quieran habitar en el suelo argentino; porque así es, señores, como se alcanza la cúspide de la civilización; así es, como se redime la Patria!

Y por eso, la Patria fué redimida, y la civilización asegurada. Fué entonces, que del mapa geográfico se borró el nombre de aquellas colonias con que éramos conocidos, y sobre él se escribió el nombre de República Argentina, la más rica, la más gloriosa y la más heroica del Continente Sud-americano, y en ella se fundó una familia, cuyos preceptos, para propios y extraños, eran: *igualdad, libertad y trabajo.*

Señores:

Si los griegos y romanos fueron grandes, por sus monumentos y sus leyes; si los atenienses y los espartanos, fueron denodados y valientes, nosotros, los argentinos, somos también grandes por la libertad de nuestra ley, grandes por el valor, porque somos de raza de próceres y de bravos, que jamás retrocedieron ante el peligro.

He dicho.

Señor Ignacio M. Garzón

Señores y señoras:

Es un hecho comprobado por la historia, y que la filosofía estudia hoy día, el que las naciones y los pueblos, desde los tiempos primitivos de su existencia, aún cuando se encuentren sumergidos en el fango de la corrupción y la miseria, hay ciertas leyes sobrehumanas é ineludibles, que los arrastran fatalmente á manifestaciones grandes, que enaltecen y dignifican la naturaleza humana.

Diríase, que son actos iluminados por un destello de la inteligencia divina; á esas manifestaciones pertenece el juicio póstumo de los hombres.

¡Tal vez no alcanzamos á comprenderlo en toda su importancia! ¡Pero el hecho se realiza y encierra un problema filosófico profundo! No lo neguemos; el juicio de las generaciones que vienen sobre las generaciones que pasan, tiene algo de grande, de inmenso y un no sé qué de la sublimidad del misterio.

Es lo que hace Córdoba en estos momentos de imperecederos recuerdos. Efectivamente; nos encontramos congregados en esta fiesta, á objeto de conmemorar el centenario del natalicio de un gran hombre, que por su inteligencia y su caracter, supo hacerse benemérito de la Patria: el de José María Paz, uno de los primeros generales de la América del Sud.

Para el pueblo de Córdoba, no es un patriota desconocido; pués el año 87, al inmortalizarlo en el bronce, supo hacerlo con un profundo conocimiento de sus hechos, de sus servicios y de sus virtudes. Creo, pués, innecesario entrar á una narración suscinta de su vida, y solo abarcaré

los hechos más culminantes, y que más bienes reportaron para la emancipación de nuestra Patria.

Corrian los últimos meses del glorioso año 10, y el ejército revolucionario comenzaba á librar sus primeras batallas, en defensa de los hermosos principios, proclamados por la heroica Junta de Buenos Aires. Córdoba, tan generosa entonces como ahora, en cuanto á servidores de la Patria, apenas supo el desastre de nuestras armas, acaecido en Santiago de Cotagaita, se aprestó á organizar un contingente y remitirlo sin tardanza, á los sangrientos campos de las Provincias hermanas del norte.

Las aulas de la universidad de San Carlos, foco de ciencia clásica, quedaron desiertas; pués, sus bulliciosos y constantes moradores, los estudiantes, abandonaron el Justiniano y los Pergaminos de Indias, para correr ansiosos de libertad y enagenados de entusiasmo patrio, á enrolarse en las filas de los batallones argentinos; entre aquellos, se encontraba José María Paz, alumno aventajado de tercer año de jurisprudencia. Desde entonces, empieza esa vida del campamento, en la que tantas glorias alcanzó más tarde, legando á la historia, pájinas sublimes de abnegación y civismo.

Contaba apenas veinte y un años, cuando la célebre batalla de Tucumán, y sin embargo, reveló allí, cualidades privilegiadas para la carrera militar. Allí se admira de la apatía de Belgrano y demás jefes superiores, cuando después de la victoria, se ignoraba aún del éxito de la jornada.

No concebía en su imaginación gigante, que la indolencia pueda tener cabida en el espíritu de un general.

¡Es que él juzgaba por sus propios sentimientos, é ignoraba que poseía un alma alimentada en la copa de los genios!

Desde Tucumán, sigue en el ejército al Alto Perú, encontrándose en todos los combates, librados con las legiones realistas; esa campaña, fué su escuela militar;

fué allí, donde aprendió las nociones rudimentarias del arte bélico; fué allí, donde experimentó los primeros desengaños de la vida, y donde bebió la primera gota de ese cáliz de amargura, que solo con la muerte lo agotó.

Hombre de gran observación, fijábase hasta en los defectos más insignificantes de que adolecian las tropas libertadoras, y escrudiñaba sus causas; dotado de clarísima inteligencia, analizaba los hechos, con la lógica de un habil y juicioso pensador. Poseía un valor indomable.

Luchó con el heroismo y entusiasmo del patriota, en Tucumán, Salta, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, donde lo hirieron, y mientras servía con la fuerza de su brazo á los intereses de la Nación, sometía su espíritu á un estudio concienzudo sobre los sucesos que se desarrollaban; de allí, es de donde proviene ese conocimiento profundo que tenía del estado moral de nuestro pueblo; y es de allí, también, de donde emana esa táctica guerrera que lo caracterizó siempre, y comparada por Sarmiento con la desplegada en Europa, por el Gran Capitán del siglo, en sus batallas colosales.

Dejemos al joven y cumplido comandante de caballería, en la campaña del Norte, para contemplar al General de división, en nuestra Córdoba querida.

Comenzaba el año 29, y encontrábase Paz en Buenos Aires, fuera del ejército, y después de haberse batido en la gloriosa victoria de Ituzaingó. Solicita del Gobierno, la designación de un puesto, manifestando al mismo tiempo, deseos de partir para la provincia natal, la que en esas épocas calamitosas, corría la suerte de sus hermanas del interior; es decir, pisoteada y mancillada por el caudillaje desenfrenado, que todo lo desmoralizaba y lo corrompía; sin embargo, la situación de Córdoba, no era tan desesperante, siendo su Gobierno algo moderado, pero había hecho causa común con los mandatarios gauchos.

En Enero del 29, abandonaba Paz la Capital Federal, comandando unos cuantos veteranos, y en Abríl del mismo año, vencía á Juan Bautista Bustos, en el llano de San Roque, pasando en seguida á esta ciudad, á ponerse al frente de sus destinos.

Consideremos ahora las circunstancias que lo rodeaban en esos críticos momentos, para poder apreciar, cuantos sufrimientos, cuantas decepciones crueles tuvo que experimentar en los dos años cortos que permaneció en el mando, y al mismo tiempo, pesaremos los inmensos servicios que reportó, no solo á Córdoba, sinó al país en general.

Los Estados argentinos presentaban entonces, uno de los cuadros más desgarradores y salvajes que registran las pájinas de la historia; una turba de caudillos, sin más ley que sus caprichos, ni otra moral que la que dictan sus pasiones mezquinas, de un corazón corrompido, eran las autoridades encargadas del orden en nuestras poblaciones.

Todas esas palabras nobles, por decirlo así, creadas para expresar lo grande y lo bello, no tenian razón de ser: virtud, respeto, honradéz, eran vocablos absurdos.

¡Sí, señores! La lanza aterradora de Quiroga, y el sable formidable de los Aldao, eran los representantes únicos de la justicia, de ese ideal á que aspiran los pueblos civilizados y grandes.

El salvagismo imponía su ley á la clase culta de la sociedad. Manifestar á uno de aquellos gauchos, que la delicadeza y el honor se albergaba en algún hogar, era provocar contra los seres que lo habitaban, la ira terrible del caudillo; y se ultrajaba á la mujer, se escarnecía al anciano, y se asesinaba al joven.

¡Hé aquí el estado en que se encontraban las provincias al posesionarse Paz de la de Córdoba!

¡Contraste singular! El crisól de la dignidad y del orden, la personificación de la honradéz y la disciplina, rodeado

por el desorden, la anarquía y la barbarie. La lucha se presentaba terrible; pero José María Paz, pertenecía á esos hombres dotados de un temple moral extraordinario á quienes no arredran los peligros ni las fatigas, cuando persiguen un propósito loable y generoso para el progreso de un pueblo; y es así como se dispuso para vencer ó morir en la jornada.

No hacía un mes á que se encontraba en el Gobierno, cuando una liga de caudillejos, encabezada por el *Tigre de los Llanos,* invadió el territorio de la provincia, resuelto á escarmentar al temerario general que se atrevía á imponer un freno al vandalaje que imperaba en el seno de la República.

La capa sana de la sociedad, aquella que había permanecido refractaria á la corrupción, por lo que se encontraba sumida en el olvido, sufriendo mil género de humillaciones, miraba á Paz como al redentor de los pueblos, y creía ver en él, un martir de la Patria: no se engañó.

El 7 de Junio de 1829, el general Paz abandonaba esta capital, y el 22 del mismo mes, tiene lugar su célebre acción de La Tablada, en la que deshace por completo las huestes numerosas de Quiroga.

El Tigre no se acobarda; corre rujiendo á sus guaridas de la Rioja, reune nuevos elementos, y más rabioso que nunca, vuelve con ánimo de vengar la ofensa, pero su cólera, su arrojo, su fiereza, se estrellan por segunda vez, contra la táctica admirable del general que consigue derrotarlo en los campos de Oncativo.

Más tarde, cuando el poderoso caudillo vagaba sin rumbo por los llanos de su sierra, cuentan los criollos antiguos, que al recordar sus desastrosas batallas, se enfurecía hasta el delirio, y que, concluyendo, balbuceaba: «Puedo luchar contra todos los gobernantes coaligados y tener fuerzas para vencerlos; puedo pelear contra las tropas realistas,

por aguerridas que sean, y tengo la convicción de derrotarlas; pero contra el general Paz, es imposible!» Señores: ¡Es que la fiera halló su domador, es que Paz era la antítesis de Quiroga! ¡Es que el primero, era el orden, la disciplina y el cálculo, mientras que el último, era el desorden, el escándalo y el error!

Consecuencia de estos hechos, fué la desaparición del caudillaje, que vencido, fué á ocultarse entre las quebradas de Famatina y el Ambato.

Nueve provincias argentinas confirieron á Paz, el honroso título de Jefe Supremo Militar.

Córdoba, entonces, en esos meses de fatigas, de sangre, se convirtió en antorcha resplandeciente, cuyos rayos luminosos reflejaban sobre sus hermanas desgraciadas, que yacian sumidas en la negra noche del infortunio y del atraso.

Era la antorcha de la libertad, de la civilización y del progreso.

Paulatinamente comenzó á sentirse en las ciudades, la animación y el regocijo que caracteriza á los pueblos cultos y poseedores de los derechos absolutos del hombre, el sosiego se apoderaba del hogar, las consideraciones sociales se restablecian, y las garantias individuales tomaban los hermosos visos de la existencia.

La campaña participaba de tan halagüeña trasformación, en donde, á las correrias vandálicas de los montoneros, se sucedió el movimiento halagador de las faenas rurales, el hacha del leñador y la canción tristísima del paisano, y en fin, por todas partes comenzaba á reinar la calma arrobadora de la naturaleza.

¡Sin embargo! el espíritu de Paz se encontraba meditabundo y abatido; un presentimiento inexplicable lo atormentaba; un rumor lejano, que de vez en cuando se escuchaba hacia las riberas del Plata, al parecer, lo hacía

estremecerse, ocasionándole un malestar inmenso que rayaba en el martirio.

Un día, el rumor creció y semejó una tormenta que se desencadenaba á lo lejos, en dirección al sur... Entonces Paz, organizó sus batallones, y partió. ¿Qué sucedía? ¿Qué rumor era ese? ¿De donde procedía? De la heroica Buenos Aires, que imploraba protección á sus hermanas, porque en esos momentos dolorosos, Juan Manuel Rosas la sumergía en el abismo, y José María Paz, grande como siempre, generoso hasta el sacrificio, se apresuraba á socorrerla. Frente ya al ejército de Lopez, aliado del verdugo, se preparaba á librar sus primeros combates, se adelantó sin más compañía que un ayudante, á reconocer el campo, cuando por uno de aquellos designios de la Providencia, incomprensibles para el hombre, porque son misterios, cae prisionero, se le aleja de sus soldados, y es conducido á las cárceles de Santa Fé. Sus tropas, sin cabeza entonces, puesto que les faltaba su General, fueron una máquina sin dirección, y no pudo obrar, y hé aquí como el presentimiento que hacía estremecer á Paz, tuvo por fin la realización de un hecho, sin el cual, tal vez la Nación Argentina no habría atravesado por el martirio espantoso de los veinte años de la tiranía.

Es en las cárceles de Santa Fé, en donde el gran militar pasó los dias más amargos de su existencia. Es allí donde sintió desgarrarse el corazón, al contemplar las desgracias de la Patria. Allí apuró su alma todos los tormentos, todas las angustias, de que es susceptible el hombre.

Y, sin tener un amigo á quién comunicar sus penas. ¡No! hubo un sér de sentimientos elevados y lleno de cualidades exquisitas, que lo amaba con delirio: Era una mujer joven y hermosa, que al saber los sufrimientos del prisionero, no trepidó en compartir sus penas, uniéndose á él con los lazos indisolubles del himeneo.

Más tarde, el General en sus Memorias póstumas, relata esa reclusión de ocho años; es un libro en el que abundan pájinas conmovedoras, que inspiradas en el dolor, nos hace recordar las escritas por Silvio Pellico, desde los calabozos de Espieberg y de Venecia.

En Abríl del año 39, recuperó Paz la libertad, y al año siguiente emigraba á las riberas orientales del Plata, resuelto á tomar las armas en contra del hombre funesto que continuaba ensangrentando á la República; de Montevideo atraviesa el Paraná para incorporarse á las fuerzas libertadoras de Lavalle, y mientras este general sigue su campaña al interior, Paz se estaciona en Corrientes, donde consigue organizar unos cuantos batallones, con los que al poco tiempo obtuvo la brillante victoria de Caaguazú.

Entre Rios lo nombra su Gobernador; más tarde retorna al Estado Oriental, á cuya capital salvó de los ataques incontrarrestables de Oribe, y así, de triunfo en triunfo, de gloria en gloria, el general Paz parecía el hombre predestinado á realizar en el orden interno de las naciones Sud-americanas, lo que en las guerras de la Independencia, llevó á cabo el atleta de aquellos tiempos: José de San Martín. Pero esa fatalidad, que le impidió consumar su obra el año 31, lo persiguió siempre en todas sus jornadas, por lo que, á pesar de nunca ser vencido, no le fué dado alcanzar su único ideal, su única aspiración: libertar á la República Argentina del yugo ignominioso del tirano.

Concluiré, señores, con las palabras de un diario, dedicadas al gran hombre cuando entregó su espíritu al Omnipotente, y su nombre á la posteridad: «Ha sido dos veces Gobernador de dos provincias; dos veces Ministro de la Guerra; dos veces Director de la Guerra contra Rosas; ha dado su tiempo, su sangre, su alma, su inteligencia, su brazo, su reputación, su felicidad, al servicio de la Patria, y ha muerto pobre, como mueren entre nosotros los hom-

bres ilustres y los hombres virtuosos, y que han vivido olvidados de sí, pensando en los demás y trabajando para ellos, sin esperar ni pedir recompensa por tan nobles sacrificios».

He dicho.

Señor Adolfo Mansilla

Señores:

Todo pasa, todo tiene su fin constante é inmutable, en este vaivén continuo de la existencia humana; pasan las décadas, los años, los meses, pero hay algo que siempre subsiste en la memoria de los pueblos agradecidos; algo que todos aquellos que sentimos vibrar en nuestra alma la fibra sagrada del patriotismo, recordamos siempre, con veneración y respeto profundo. Y ese algo, son las glorias inmarcesibles de nuestra Patria, los campeones que con su sangre y con su espada gloriosa, contribuyeron á ellas, anteponiendo á todo, los intereses sacratísimos de nuestra Patria grande y hermosa, que todos respetamos y veneramos.

Se han cumplido cién años, desde que vino al mundo José María Paz, el argentino ilustre, que más tarde había de dar tanta gloria al ejército argentino. El que con su valor y con su esfuerzo, había de escribir en las pájinas de la historia patria, hechos gloriosos, dignos de aquellos tiempos heroicos de la Grecia.

En la batalla de San Roque, con mil contrariedades y desventajas, caminando siempre de noche, al frío penetrante de las montañas, consigue derrotar al viejo caudillo

que ensoberbecido con el poder, se había adueñado, por decirlo así, de Córdoba.

Más tarde, cubriéndose de gloria en La Tablada, en Caaguazú, y luchando contra el tirano que ensangrentaba con sus crímenes y vejaciones el suelo argentino, como en la defensa de Montevideo en 1843, la figura del general Paz se agiganta y aparece rodeada por la aureola purísima del patriotismo austero, del valor legendario de los hijos de la Patria de San Martín y Belgrano.

Un paréntesis: Cuando después de haber surcado el ámbito dilatado de los mares, adelantábase sereno Cristobal Colón al Continente americano, de repente silva el viento, fulguran los relámpagos, ruge el trueno, rómpense las jarcias, pierde el tino el piloto, y vá el bajél á estrellarse contra los escollos, ó sepultarse bajo las ondas.

Pero, mientras que rezan los marineros arrodillados, impávido Colón, y confiado en sus altos destinos, toma el timón, gobierna el buque á través de la tormenta y lóbregas tinieblas, y sintiendo que toca la proa las playas del Nuevo Mundo, grita con retumbante voz: *¡Tierra! ¡Tierra!*

Así, cuando en Montevideo peligraban las instituciones, con áncoras rotas y destrozadas velas, el general Paz se puso al frente del ejército, y consiguió triunfos legendarios.

Animado el general Paz, de aquel entusiasmo sublime que infunde en el alma del guerrero esforzado, la presencia de los grandes peligros, y anhelando siempre, nuevas ocasiones de mostrar su adhesión á la causa de la libertad y de la civilización, á la cual consagra su existencia, ocupó toda su vida en servir á su Patria.

Con honor podría figurar su biografía al lado de la de cualquiera de los varones de Plutarco.

Felíz me consideraría, si al dulce rocío de las alabanzas que las acciones heroicas del ilustre cordobés, cuyo cente-

nario celebramos, arrancado á la justicia y á la verdad, viera crecer las virtudes de la noble Córdoba, cual crecen las plantas, al rocío benéfico del cielo.

He dicho.

PRENSA ARGENTINA

EL GENERAL PAZ

Los cordobeses conmemoran hoy el centenario del más ilustre de sus comprovincianos, inmortalizado ya por la historia, en la memoria de los pueblos americanos, y por el arte y la gratitud de sus conciudadanos, en la estatua erigida en su ciudad natál.

A Córdoba, cuna y hogar del ilustre guerrero y patricio, le correspondía la iniciativa de esta conmemoración del centésimo aniversario del natalicio de su hijo más preclaro; pero, figura nacional, gloria común á todos los argentinos, como que su acción tuvo por teatro la República, á esa fiesta se asocia toda la Nación.

Paladín valeroso y patriota, consagra su brazo, niño aún, al servicio de una de esas opopeyas que por dos veces tuvo por escena, tierra americana: la primera, para conquistarla en nombre de la civilización; la segunda y más gloriosa, para emanciparla y constituirla en nacionalidades independientes.

Es en este memorable momento histórico, en el que aparece el general Paz, voluntario de esa idea emancipadora, que como una chispa conflagra los pueblos sud-america-

nos, los identifica en una aspiración común, y confraternizando en la solidaridad de destinos, se borran las fronteras que la naturaleza ó la política colonial ha levantado entre ellos, y la América se presenta como una sola patria, en la que todas las huestes comulgan bajo los auspicios del genio de la libertad americana.

A esta época de prueba, que produjo aquellos grandes varones, de caracteres fuertes, con el temple acerado del guerrero y la vocación austera del patriota, pertenece el ilustre general Paz.

No toma la milicia como una carrera, sinó como un deber, como una inspiración; es el apostol armado, el pensador militante, que cierra los libros para ceñir las armas con que ha de sostener su pensamiento, para confirmar con el esfuerzo de su brazo, que la emancipación americana, no solo es un derecho consagrado por la fuerza de la razón, sinó también, por la razón de la fuerza.

Así, joven de veinte años, estudiante de tercer año de derecho, se presenta un día á su padre, y lo sorprende, según tradiciones de familia, con la noticia de que parte á alistarse en un batallón de patricios, de los que operan en la provincia de Jujuy. Su padre ha dejado escrito, en un libro de memorias íntimas, estas palabras: «El 23 de Noviembre de 1810, mi hijo Pepe, por oferta voluntaria, fué comisionado por el señor gobernador intendente don Juan Martín de Pueyrredón, para conducir fusiles á la expedición auxiliadora. Se ofreció servir sin sueldo alguno, pero se le señaló la mitad del que le correspondía, como consta de documentos justificativos».

Su primer paso en la vida pública, pone así de relieve, los rasgos más salientes de su fisonomía moral: el entusiasmo por una gran causa, y su desinterés para servirla; dos virtudes generosas, que caracterizan á todos los hombres predestinados á una misión humanitaria y civiliza-

dora. Y son ellas, las que en medio de las vicisitudes porque atravesó en más de cuarenta años de lucha, le inspiran sus atrevidas hazañas, le alientan en su perseverancia cívica, y le infunden ese temple tenáz de caracter, para sobreponerse á todos los desalientos del infortunio.

Las huestes en que se ha alistado, lo vén desde el primer momento, descollar por su valor, su pericia y su ilustración, que le granjean el honor de ser destinado á la artillería, el arma científica donde ha de aplicar sus conocimientos del cálculo.

El Desaguadero, Las Piedras, Tucumán, Salta, Pequereque, San Lorenzo, Puesto Marquez, Wiloma, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, jornadas gloriosas de la odisea libertadora, le cuentan entre los denodados campeones de esos hechos de armas, que en nombre de la democracia y de la victoria, toman posesión de los caducos vireynatos.

Triunfante la causa de la Independencia, reconocidas las nacionalidades sud-americanas, empieza para el general Paz, la segunda etapa de su carrera militar y política; la que refleja más luz sobre su habilidad de guerrero, y su abnegación de patricio, consagrada por la admiración y el cariño de sus contemporáneos y de su posteridad.

Conquistada la independencia de estos pueblos, quedábales la tarea más árdua: la de organizarse políticamente y fundar la libertad interior; tarea cívica, que debía ser paciente, pero que fué borrascosa, porque los elementos de esta naciente nacionalidad, informe aún, agitados por la anarquía y el caudillaje, sin el vínculo del sentimiento nacional, sin hábitos ni nociones institucionales, fomentaron esa lucha intestina de disolución, que ha retardado en medio siglo, la consolidación nacional. En esta lucha contra el caudillaje bárbaro, ávido de predominio personal, rebelde al orden y al imperio de la ley, que pretendía im-

poner la omnipotencia del pago que él dominaba, á la soberanía de la Nación, el general Paz prestó distinguidos servicios á la causa de las instituciones. San Roque, Tablada, Oncativo, Calchines, Herradura, Pilar, Caaguazú, son otras tantas acciones, en que la espada de Paz se midió con la chuza del montonero, luchando en muchos de esos encuentros, con fuerzas inferiores en número, pero superiores por la disciplina, la fé y el espíritu marcial que con su talento militar, sabía infundir al soldado.

La tiranía le contó entre sus más temibles é implacables adversarios, encontrándole al frente en Corrientes, triunfante en Caaguazú y en los sitios de Montevideo y Buenos Aires, las tres esforzadas campañas con que cierra su gloriosa carrera de guerrero y político.

De Paz, puede decirse con verdad, que su vida fué milicia; atleta de la emancipación americana, primero; soldado infatigable del orden, de la libertad y de las instituciones, después.

Durante cerca de medio siglo, su existencia la pasó en los campamentos, cuando no, en los calabozos ó el destierro. Cualquiera fuera el teatro en que se desenvolvian sus facultades, se le vé siempre inspirado por un movil noble, sin más norma, que la que rígida y austera le impone el deber; cumplido sin ostentación, sin otra ambición que el triunfo de los principios, confortándose siempre en los duros trances porque pasó en su vida tan trabajada, con los ideales de una patria grande, libre é indivisible, como él la entreveía, en sus visiones de pensador y soldado.

Tal fué, en sus rasgos salientes, la fisonomía histórica del ciudadano cuyo centenario celebra hoy la Nación: militar valeroso en el combate, magnánimo en la victoria, sufrido en el contraste, que obraba sobre su espíritu fogoso y batallador, como el frío sobre el metal candente, para darle temple.

Ciudadano, es el tipo moral de una raza histórica, predestinada á fundar una patria y legarla en herencia á su posteridad, junto con sus ejemplos de heroismo, de fortaleza y abnegación. A nada aspiraba que le fuera personal: ni mando, ni recompensas, ni riqueza, ni gratitud. Obrero de un pensamiento trascendental, no tenía los desencantos ni las impaciencias de esos personajes episódicos, que forman las luchas mezquinas del partidismo estrecho; bién sabía que obra duradera como la suya, era el tiempo y la conciencia nacional, la que había de darle vida imperecedera, en la memoria de las generaciones.

Por eso, como un fallo de justicia póstuma, los argentinos celebran el centenario del ciudadano, que vino al mundo, destinado á llenar tan gloriosa misión en los destinos de su país.

« La Nación ».

EL JUICIO DE LA POSTERIDAD

Si no hubiera más recompensas para la virtud, el heroismo y el genio, que el olvido después de la muerte, acabaría el estímulo de las ambiciones generosas, y el hombre, desalentado ante la perspectiva del eterno silencio, andaría errante sobre la tierra, como un animal salvaje.

Pero el secreto de todas las grandes cosas que dignifican la vida y ensanchan los ámbitos del progreso, es la esperanza de vivir en el recuerdo de la posteridad más remota.

Así, el labrador encorvado sobre el surco que fecunda con el sudor de su frente, piensa en los hijos que han de continuar su tarea, y perpetuar su nombre en el modesto hogar donde nacieron.

Todos encuentran en esta fé inquebrantable de una su-

cesión sin término, el movil generoso que pone en juego los resortes poderosos del corazón, y las facultades creadoras de la mente.

Galileo pudo bajar al sepulcro, consolado de las ingratitudes y de los dolores de su larga ancianidad, viendo más allá de los espacios celestes, explorados por su genio, la gloria imperecedera que dejaba en herencia, á la especie humana.

Colón pudo morir resignado, en una pobre hospedería de Sevilla, oyendo al través de los siglos, el inmenso rumor de su fama, reivindicada de las injusticias de su tiempo.

El general Paz pudo rendir su vida en las tristezas de la indiferencia y del desencanto, convencido de que sus virtudes y sus sacrificios, tendrian su recompensa en el día de la justicia.

El premio ha sido tardío; pero hay en estas postergaciones de la gratitud pública, un acrecentamiento de renombre, para los que han apurado largos años las amarguras del olvido.

La gloria es tanto mayor, cuanto más grande es la distancia de donde se la mira.

El tiempo y el espacio, no hacen más que dilatar la fama de los que han llegado á colocarse en un lugar culminante de la historia.

El general Paz, necesitaba este nuevo prestigio, para agrandar la base sobre que descansa su estatua ecuestre, y ensanchar el radio luminoso que la circunda.

Hoy nadie discute su personalidad, levantada sobre las pasiones de una época, que desfiguró los más nobles caracteres.

Su figura austera y melancólica, se presenta ante nuestros ojos, como el más acabado modelo de virtud republicana, y bién podemos decir del general Paz, lo que él

mismo ha dicho en sus Memorias, del general Belgrano: « Poseía un juicio recto, una honradéz á toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina, y un valor moral, que jamás ha desmentido».

El, fué todo eso; grande en todo: en su altivéz, en su moderación, en su desprendimiento, en el ejercicio del poder, en las tribulaciones de la adversidad, en la pureza inalterable de su vida privada y pública.

Fué grande, por su clemencia en la victoria, por su resignación en la desgracia, por su abnegación en el sacrificio, y porque, después de una larga existencia, consagrada toda entera á la Patria, en cuyos destinos creyó siempre, pudo exclamar como Pericles, en su lecho de muerte: «Tengo el consuelo de no haber hecho derramar una sola gota de sangre inútil, á mis conciudadanos».

No son las victorias, las que más enaltecen á este soldado heroico; son las condiciones especiales de su naturaleza bién equilibrada.

Sobre el guerrero que orla su frente con los laureles de San Roque, de Oncativo y de La Tablada, está el hombre de principios, que todo lo arrostra y lo sacrifica á sus convicciones y á sus deberes.

Más grande que el vencedor de Quiroga, es el ciudadano que emprende el camino del destierro, como Arístides, ó el camino de la muerte, como Catón, después de haber dado el uno, el ejemplo de su virtud, y el otro, el de su caracter.

Bastante es esto para la gloria del heroe, cuyo centenario se celebra este día, á la vista del campo de batalla, donde afianzó su celebridad militar.

Si él no puede asistir á estas fiestas, celebradas en honor de su memoria, los que llevan su nombre imperecedero,

recogerán las ovaciones del pueblo, como única herencia que dejan comunmente, los grandes hombres.

« La Constitución ».

General José María Paz

EL PRIMER CENTENARIO DE SU NATALICIO

La contemplación del pasado del pueblo argentino, mirado al resplandor de los sucesos, deja en el alma la sensación de las lejanas perspectivas históricas; el cuadro de los acontecimientos desarrollados, parece que no cupiera sinó dentro del marco labrado por el andar de los siglos; tan acelerada ha sido la marcha.

¡Cuantos cambios sobre el escenario, ocupado ayer no más, por los héroes legendarios de las libertades argentinas!

Ahora, evocamos la figura bizarra y noble del general don José María Paz, para honrar su memoria venerable, concitando sobre ella, la gratitud y la admiración del pueblo de la República.

Heroe insigne en los dos grandes dramas militares, iniciados y concluidos, para dar nacimiento á la Nación y preparar su organización constitucional, contaría cién años, si viviese, y podría relatar su propia leyenda, rodeado por compañeros de armas, que, con la mente clara aún, consagran á su recuerdo, el día de hoy.

Tan joven es este pueblo, que medimos su existencia con la medida de la vida de sus hijos, que velaron su cuna gloriosa.

Córdoba ostenta con orgullo, como una propiedad suya, la partida de bautismo del procer ilustre; pero cerca de veinte millones de hombres, que habitan una vasta zona de nuestro hemisferio, pueden y deben ponerse de pié en esta fecha, saludándolo como guerrero benefactor de su libertad; es una gloria, con que Córdoba concurre al largo catálogo de las glorias Sud-americanas.

Hay un vacío en la historia argentina, que se colmará, cuando un escritor de alto criterio, pincele la fisonomía militar y política, y marque la estela luminosa del general Paz. Es una personalidad que se impone al espíritu, con una fuerza privilegiada; se la ama y se la admira, al mismo tiempo, y la impresión se vigoriza, á medida que se intima la aproximación del observador.

Niño, apenas salvados los dinteles de la pubertad, abandona las aulas, cambiando las bancas universitarias, por el fogón del campamento; y veinte años después, llena la escena de la guerra con la figura de un General de escuela, experto, ilustrado en el arte de organizar ejércitos y dar batallas, con la previsión y la precisión admirables de los capitanes de renombre, en las viejas naciones del mundo antiguo.

El gran táctico argentino, se ilustró en la observación, y se formó en los combates, haciéndose maestro por sí mismo, y precursor de la evolución progresista de la ciencia de la guerra.

Carecemos de preparación histórica, para hacer parangones y trazar paralelos; pero, se nos ha de permitir, que en esta oportunidad, consignemos una impresión personal: parécenos que ninguna figura militar nuestra, supera á la de Paz; el general que hizo prodigios, desarrollando los misteriosos privilegios del genio, en el escenario estrecho y sombrío de la guerra civíl, cargado de miserias, en medio de debates, que enervan al patriotismo, con clemen-

tos reducidos é indisciplinados, habría descollado soberbiamente en el extenso campo de la guerra de la Independencia, levantándose al nivél de los primeros, si hubiera asistido á ella, á la edad en que se comandan ejércitos y se presiden sus destinos.

Su inteligencia fué múltiple: poder de penetración, sagacidad, previsión, iniciativa, facultad de asimilación, fuerza de análisis, entereza de caracter, nada le faltaba como soldado; su espíritu parecía una máquina de lógica, bajo el régimen de una unidad inquebrantable y de un equilibrio moral é intelectual, que rara vez se mantienen en los hombres de acción.

El general Paz, en la guerra de la Independencia, en la campaña del Brasíl, en la Troya Americana, en Corrientes, Entre Rios, Santa Fé, en Córdoba, en los calabozos de Rosas, en el gobierno civíl y militar, siempre, en todas partes, era el mismo espíritu prudente, levantado, caballeresco, persistente, activo y escrupulosamente honrado; su visión clara y sus objetivos, parecian gozar el privilegio de la estabilidad imperturbable.

La guerra civíl argentina, que siguió á la lucha titánica por la emancipación, puso á prueba los caracteres de los guerreros vencedores; aquí, como en toda la América libertada, muchos de ellos sucumbieron, víctimas de la influencia malsana del medio ambiente de las contiendas fratricidas, manchadas por la ambición; otros murieron á tiempo, para la historia, y otros salvaron en el extrangero, el lustre de sus hazañas.

El general Paz, cruzó de un escenario al otro, con una seguridad de criterio sorprendente; luchando con todos los escollos de una civilización política embrionaria, chocando con el caudillaje y las ambiciones desenfrenadas, confundido en el drama oscuro de la fermentación de todas las malas pasiones, su paso fué firme, su acción fué vigo-

rosa, sus ideales de libertad, intergiversables; la patria libre é íntegra, custodiada y presidida por el derecho, era el guía fiél de sus movimientos.

Ha atravesado todo el trayecto á pié, con la espada en la mano, perennemente en la agitada y sangrienta demanda, y su personalidad se ostenta al otro lado de la jornada, envuelta en los resplandores que destella su triple aureola de guerrero, de patriota y de estadista virtuoso y levantado.

El general Paz, indudablemente, es uno de los espíritus superiores y selectos que ha producido la América, bajo cualquier aspecto que se contemple su sér moral y su potencia intelectual.

Sus méritos adquieren un relieve extraordinario, cuando se les aprecia con relación á los medios en que desenvolvió sus aptitudes, y los recursos de que pudo disponer, para dar vida á sus esfuerzos; y su acentuación se completa, parangonando sus cualidades, con las de los hombres públicos descollantes en la escena, después de su desaparición, cuando la República tomó posesión de los elementos de organización y de progreso, puestos á su alcance, desde la era constitucional á esta parte.

A la pureza de la intención, al desprendimiento de su patriotismo, á su probidad acrisolada, á su buena fé política, á sus facultades administrativas, agregaba un principio de iniciativa vitál, que no desfallecía jamás; el infortunio, que tan cruelmente lo persiguió, solo logró demostrar el temple de sus virtudes, indomables por la adversidad.

El general Paz, habría derribado la tiranía, si el espíritu de la dislocación general, no le hubiera retirado los medios de lucha que reclutaba, y que la ignorancia desbarataba, tan luego como recibian el sello de su genio organizador y de su sagacidad militar.

Doble modelo de guerreros y hombres de gobierno, el heroe y el estadista, ha hecho de su vida diaria de combatiente, una escuela para pueblos, ciudadanos, soldados y gobernantes.

No es un reproche, sinó un reclamo que formulamos, al echar de menos en este día, un gran movimiento nacional, encabezado por los altos Poderes de la República.

El estado político de la Nación, alejó del procer, mientras vivió, las consideraciones que le eran debidas; y hoy, al celebrar el primer centenario de su natalicio, una situación desgraciada, extraordinaria, contribuye á amenguar la solemnidad de la fiesta, que se celebra en honor de su memoria augusta.

No parece sinó, que una ley humana prescribiese que las personalidades destinadas á la vida intensa de la historia, tuviesen que aguardar la justicia tardía de la posteridad. La República entera, ha debido ponerse de pié en este día excepcional, por su significado; Córdoba, vestida de gala, es el santuario del culto del patriotismo, en esta fecha argentina; allí es el punto de cita de una peregrinación nacional, cuya cabeza corresponde á los altos dignatarios de la República; es un homenaje que los pueblos tributan con entusiasta regocijo, á hombres como Paz, que representa heroismo, esfuerzo y doctrina, en elevada escala, en bién de la Patria.

En esta hora de tribulaciones y de desfallecimientos, la memoria del preclaro ciudadano, es fuego que retempla, y ejemplo que eleva el espíritu; es un nuevo servicio que presta á su país, desde el fondo de la tumba, jamás cerrada para la gratitud de sus compatriotas.

Hé ahí la demostración grandiosa, de que los hombres públicos que cumplen con sus deberes, con lealtad y honradéz, tienen asegurada una existencia, que se perpetúa en la existencia del pueblo á que consagraron su vitalidad.

Su vida pública, no es fuego fátuo, ni éxito momentaneo; lleva dentro de sí, el germen de lo perdurable, que se manifiesta por el desdén ó el desprecio, ó el cariño encarnado en un hosanna solemne, de las generaciones que sucedan al actor, en el rodar incesante de los tiempos.

El general Paz vive en el recuerdo del pueblo, porque fué bueno; la posteridad, lo saluda como blasón de su apellido, de su provincia natál, de su patria. ¡Noble estímulo para los que luchan en la demanda, sobre la arma que él removió como guerrero y como político!

«La Prensa» se honra cumpliendo con el deber cívico de recomendar á las generaciones vivas, la memoria del preclaro argentino, recordando que el homenaje que se le debe, es la imitación sincera y patriótica de sus grandes virtudes.

« La Prensa ».

JOSÉ MARÍA PAZ

Dice la historia, que cuando siendo muy joven partió para la guerra, encontró en su camino á un jefe que traía á Buenos Aires el parte del triunfo de Suipacha, y que casi lloró al creer frustrado su propósito de servir á la patria; extraña angustia, que se apodera á veces de los hombres superiores, en el momento supremo que decidirá de su suerte.

Incorporado Paz, en el año 1810, al ejército argentino, destacado al norte, asistió á las batallas de Tucumán, Salta, Ayohuma y Vilcapugio. En Venta y Media fué herido en el brazo derecho, y quedó manco. En todas, mereció

encomio de los jefes, por la circunspección de su caracter y buén comportamiento militar.

En 1827 se encontró en la batalla de Ituzaingó, donde su acción fué la más eficáz para obtener el triunfo. El general Alvear, en su parte, dice: « El coronel Paz, después de haber prestado servicios distinguidos desde el principio de la batalla, dió la última carga á la caballería del enemigo, que se presentaba sobre el campo, y obligó al ejército imperial á precipitar la retirada».

En 1829 y 1830, dió las batallas de La Tablada y Oncativo, batiendo completamente á Quiroga. Estas batallas le revelan un capitán de primer orden, entre los guerreros de América. Por un accidente casual, cae prisionero del general Lopez. Está en prisión durante ocho años. Sacado de ella, escápase una noche á Montevideo, huyendo de los favores de Rosas.

Organiza después un ejército en Corrientes, y dá en 1841, contra el general Echagüe, la batalla de Caaguazú, que es un modelo de estrategia militar.

Parecía ser omnímoda la tiranía de Rosas, y solo quedaba Montevideo fuera de sus garras. Oribe llegaba á esta ciudad con un ejército considerable. En tan extremada situación, el Gobierno oriental acude á Paz, y este, con insignificantes recursos de dinero y hombres, organiza la defensa, retemplando los ánimos el prestigio de su nombre. La acción militar que desplegó en esta defensa, es admirable. Montevideo, por virtud de ella, se sostuvo durante nueve años; tanta resistencia originó, que Alejandro Dumas la llamara «Nueva Troya», en una novela que consagró á su heroismo. Garibaldi, alguna vez, juzgando esta defensa, ha hecho un cumplido elogio de Paz, diciendo que es el general á quién con menos elementos, ha visto hacer más.

Reaparece defendiendo á Buenos Aires contra Urquiza,

el año 52. Esta ciudad no habría podido resistir, sin su dirección, pués en esos momentos no había otro jefe, de suficiente prestigio, para hacer debidamente una defensa militar. Buenos Aires salva, y Paz es su salvador. Después se retira á la vida privada, y pasa modestamente los últimos dias de su vida. Muere pobre, el 22 de Octubre de 1854.

Rapidísimo bosquejo es este, de los hechos principales de la vida militar de Paz. Desde 1810 sirve á su patria, guerreando hasta poco tiempo antes de su muerte. Solo dos años, los dos últimos de su vida, tuvo de descanso. Como militar, Paz ha revelado tres grandes cualidades: impulso guerrero, conocimiento de los medios, y seguridad en la acción; y ha hecho su personalidad altamente descollante y simpática, porque ha puesto estas cualidades, siempre al servicio de la libertad.

Es posible que algunos de sus actos dén ocasión á debates históricos, sobre el acierto ú oportunidad con que fueron producidos; pero, lo que nadie pondrá en duda, es que Paz obraba con propósito serio y con corazón recto. El que lée sus Memorias, desearía encontrar claramente formulada la idea trascendental de gobierno que él buscaba, para la constitución política del país. No puede dudarse, que él la tenía; pero, á este respecto, se manifiesta reticente, aunque hay motivos para sospechar, que por contener algo de esta índole, se mantengan aún ocultos, los capítulos que escribió sobre el sitio de Montevideo y la campaña del Brasil.

Más, si Paz, como político, es deficiente, por no conocerse su extensión intelectual gubernativa, que correspondía ciertamente haber expresado, á un hombre de su talla, como militar, está á una inmensa altura, y como ciudadano y hombre de bién, es un modelo. Sarmiento, al trazar su retrato, dice: «Dejadle formar un ejército, esperad que os diga: *Ya está en estado;* y concededle que escoja el ter-

reno en que ha de dar la batalla, y podeis fiarle entonces, la suerte de la República». El general Mitre le juzga, «la capacidad militar más vasta de la América del Sud». Y Velez Sarsfield, enternecido en presencia de su féretro, exalta la nobleza y el patriotismo del ilustre muerto, afirmando, que «si los peligros renacieran, todavía su nombre, su grande sombra, defendería el suelo de la Patria».

Paz, era hijo de Córdoba, y salió de su Universidad para luchar por la independencia. Acompañado él, de su hermano Julián, siguió el impulso revolucionario que se había despertado en aquella ciudad, desde los primeros dias después de llegar la noticia del pronunciamiento de Mayo. Antes que ellos, habian partido al ejército numerosos hijos de Córdoba, notándose entre las personas de distinción que murieron en las batallas del Norte, el sargento mayor Vallejos, los capitanes Velez y Colet, el teniente Cabrera y el alferez Colet.

La Universidad, que fuera de las de Méjico y Lima, es la más antigua de América, había desarrollado en Córdoba un alto grado de elevación intelectual, por cuya causa, la idea de la libertad halló cerebros bién preparados, para servirla. El dean Funes, que llevó el ról prominente en esta empresa, se había educado en sus aulas, lo mismo que Agüero, Gorriti, Castro Barros y Monteagudo; quizá han salido de ella, la tercera parte de los representantes de las provincias, que asistieron al Congreso que declaró en Tucumán la Independencia en 1816.

Corresponde á Córdoba, el honor de haber formado el cuerpo de auxiliares, de ochocientas plazas, que primero pasó las cordilleras de los Andes, al mando de Las Heras, para ayudar á Chile en su esfuerzo por la independencia. Estos soldados estuvieron en la batalla de Membrillar, y

vueltos á Mendoza, antes de Rancagua, sirvieron de base al ejército de San Martín; se batieron después con brillo en Chacabuco y Maipú, y en todas las demás batallas que dieron los ejércitos libertadores.

Consta de los archivos municipales de Córdoba, que esta provincia concurrió con más de seis mil hombres, á la guerra de la Independencia, distribuidos entre los ejércitos del norte y del oeste. La recluta de tantos soldados, era costosa; el Erario público era pobre, y son innumerables los sacrificios que el vecindario se impuso para tal objeto, distinguiéndose las señoras, por el patriotismo y abnegación con que obraron en esos momentos.

La ciudad de Córdoba, fundada por un noble, don Gerónimo Luís de Cabrera, había encerrado en su recinto, un grupo de hombres y familias distinguidas. La tradición del honor se había conservado siempre, y habíase ella especialmente exaltado desde mediados del siglo diéz y ocho, en que constituida capital de la provincia del Tucumán, sus gobernadores disfrutaban, por real cédula, del mismo rango de los gobernadores de la provincia del Río de la Plata. Tales antecedentes hicieron de Córdoba una ciudad patricia en los albores de la gran revolución, lo que hizo que Paz fuera á luchar por la libertad, salido del seno de una sociedad esclarecida. Llevó así, consigo, el joven guerrero, el derecho de su universidad y la cultura de su pueblo.

Hoy solemniza la República el centenario de Paz. Los telegramas que llegan de su ciudad natál, comunican las fiestas ruidosas que se hacen en torno de su estatua.

« El Argentino ».

CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

La docta ciudad de Córdoba se honra á sí misma, honrando á sus preclaros hijos.

Cumple hoy cién años que vió la luz del día, bajo el cielo de Córdoba, el guerrero de la Independencia y heroe argentino, José María Paz, nacido en 9 de Setiembre de 1791, y fallecido en Buenos Aires, el 22 de Octubre de 1854.

Larga es su hoja de servicios prestados á la Patria, y muchos sus méritos, para que el pueblo le conmemore, y la historia inscriba su nombre en brillantes relieves.

Siendo sargento mayor de caballería, fué herido en el combate de Venta y Media, en el Alto Perú, en 21 de Octubre de 1815, quedando manco para siempre; en 8 de Enero de 1820, se sublevó en Arequito, para terminar una guerra civíl que diezmaba al país; hizo la campaña del Brasíl, poniéndose á las órdenes de la revolución triunfante, encabezada por el general Lavalle, y regresando á Buenos Aires en 1º de Enero de 1829; tres meses después, batió á Juan Bautista Bustos en la finca de San Roque, en el departamento de Punilla, apoderándose de la ciudad de Córdoba, de donde fué Gobernador delegado hasta el 26 de Agosto, en que le eligieron en propiedad; en Junio del mismo año, somete á las Provincias del norte, derrotando á Juan Facundo Quiroga en La Tablada, y batiéndolo nuevamente en Oncativo, á los ocho meses.

En 1830, se firmó en Córdoba un tratado, creando un poder militar provisorio, bajo el ejercicio de Paz, con facultades ámplias para organizar un ejército y entenderse en los asuntos de guerra, firmándolo Córdoba, Mendoza, San

Luís, San Juan, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y la Rioja.

Al año siguiente, caía prisionero de Estanislao Lopez, en un monte del camino de Santa Rosa al Tío.

En 1841, derrotó en Caaguazú al general Pascual Echagüe, causándole novecientos muertos y mil prisioneros, y apoderándose de toda su artillería, armamento y municiones; un año después, al frente de una división correntina, invadió á Entre Rios, tomando posesión de la ciudad del Paraná, en donde hizo su entrada triunfal el 4 de Febrero, para ser nombrado el 12 de Marzo, Gobernador de la provincia, gobierno que solo le duró veinte y un dias; dirigióse luego á Montevideo, á pelear contra el general Oribe; en 1845, se alía con el gobierno del Paraguay y el gobernador de Corrientes, para derrocar á Rosas, siendo nombrado Jefe de las fuerzas aliadas; marcha contra Urquiza, y tiene que asilarse en la Asunción, por felonía de Joaquín Madariaga.

Por último, un año antes de su muerte, fué delegado en el gobierno de Buenos Aires, junto con los doctores Lorenzo Torres y Francisco de las Carreras.

Córdoba cumple con un sagrado deber, honrando á su ilustre hijo, y los ciudadanos se dignifican, asociándose con respetuoso entusiasmo, á estas manifestaciones de pública justicia.

«El Argentino».

CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

Nos hallamos ya en los dias clásicos del centenario del ilustre General.

El pueblo entero de Córdoba, se prepara para rendir á su memoria, el homenaje que merecen sus virtudes y sus sacrificios.

Y de todos los pueblos de la República llegan egregios ciudadanos, deseosos de asociarse á las fiestas que han de celebrarse en honor á su memoria.

Pocas veces se habrá presentado á la veneración de los pueblos, una figura más noble ni más austera que la del invicto General, y pocas veces también, en nuestra historia, el momento habrá sido más propicio para evocar estas sombras gigantes, é inspirarse en su ejemplo, para continuar sin desmayo, la fecunda lucha de la democracia.

Guerrero y ciudadano, tan habil General, como honrado administrador, patriota y abnegado como ninguno, perseguido siempre por la desgracia, no se sabe qué admirar más en él, si el valor nunca desmentido con que afrontaba la muerte en el campo de batalla, ó la serena y olímpica altivéz con que sobrellevaba el dolor y el infortunio.

Soldado desde los quince años, abandonando las aulas para lanzarse á la guerra, siguiendo los consejos y los generosos impulsos de una madre valiente y patriota como pocas, fundida en el molde de las antiguas lacedemonias, esgrimió su espada por la causa de la libertad y de la civilización, en todas las latitudes del vasto territorio argentino, y en todas las zonas de esta parte del continente.

En Tucumán, en Salta, siguiendo la enseña gloriosa de Belgrano; en Vilcapugio y en Ayohuma, en medio de los ruidos seculares, envuelto en el desastre de los ejércitos patriotas; en el Brasíl, en el campo inmortal de Ituzaingó, bajo el sol abrasador, contra el enemigo extrangero; en San Roque, La Tablada y Oncativo, contra el *Tigre de los Llanos,* sediento de sangre, encarnación de la barbarie; en el sitio de Montevideo, contra la tiranía; en las cárceles de Santa Fé y de Luján, siempre altivo, sereno, austero, bravo, indo-

mable, no desmintió jamás su caracter, y el triunfo y la adversidad, le encontraron siempre el mismo, en su puesto de combate, sin vacilaciones ni desmayos; no se sabe qué admirar más, cuando se estudia esta noble figura de guerrero cristiano, si su valor indomable, si su admirable táctica y estrategia militar, ó su austeridad de gobernante y su rigidéz de administrador.

Su delicadeza en este punto llegaba á tanto, que cuando preso en la carcel de Luján recibió el primer socorro que le enviara su familia, consistente en *dos* onzas de oro, no quiso que se le diese en adelante, gratuitamente, la comida de la prisión, y resolvió pagarla él mismo de su bolsillo, por no ser una carga para el Tesoro público.

Justo es recordar, que en esa famosa lucha por la civilización que emprendiera contra los caudillos del interior, era acompañado por una pléyade de patriotas, formados en su escuela.

Con él iban el coronel Deheza, su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Manuel Rivero, bizarra figura de soldado, que después de haber batallado veinte años, fué á concluir su vida cayendo atravesado por las balas traidoras de Quiroga.

A su lado peleó en San Roque, el doctor Felix María Olmedo, una de las personalidades más culminantes de aquella época de gloria inmarcesible, que tan bién esgrimía el sable como la pluma, que fué su secretario en Córdoba y Auditor de Guerra en Montevideo, periodista, juéz, soldado, hombre de Estado y habil político, á quién pertenecen los capítulos de historia nacional que publicamos en seguida, y que merece una biografía especial que prometemos trazar en breve.

Y cuando, después de una vida de luchas y batallas, de abnegación y de sacrificios, el general Paz veía clarear en el horizonte los primeros resplandores de la aurora de la

libertad, por cuyo triunfo tanto había batallado, sus ojos se cerraban para siempre, y su postrer mirada era dirigida á esa bandera azúl y blanca, que fué de los primeros en jurar en el Pasaje, que fué su guía en la victoria, y la única digna de cobijar á un heroe de su talla.

En su lecho de muerte, pudo él pronunciar las palabras que Cicerón pone en boca de Epaminondas: «El más grande hombre que tuvo la Grecia»; según su expresión: »Bastante he vivido, porque muero sin haber sido vencido».

Y tenía derecho para agregar: «y por el ejemplo que con mi vida lego á la posteridad».

¿Qué se puede decir en un estrecho artículo de diario de los apremios del momento, sobre esta larga y fecunda vida tan noblemente empleada en servicio de la Patria?

Canten sus glorias los oradores que estos dias ván á perfilar su grandiosa personalidad, celebre el pueblo el centenario del día venturoso en que vió la luz este, que tanto debía irradiar sobre nuestra historia nacional, mientras nosotros, humildes obreros de la idea, colocamos en el monumento consagrado á perpetuar su nombre, la corona de olivo y de laurél, destinada á ornar la frente del guerrero y del ciudadano.

Virgilio cuenta, que cuando Eneas, fugitivo de Troya, atravesaba los mares con rumbo á Locoó, hizo un robo á Febo, para que le hiciera propicios los vientos, y en otras ofrendas le prometía instituir dias de su nombre.

Instituanque die de nómina festos.

Hagamos como Eneas, consagremos estos dias con el nombre de Paz, y que la paz de su nombre y la concordia, reine en el ánimo de todos los que hoy se agrupan en el suelo que lo vió nacer, para presentarle el homenaje de su admiración y el testimonio de su gratitud, por los bienes que nos legara con sus hechos y su sacrificio.

« El Porvenir ».

HONORES PÓSTUMOS

El estruendo del cañón, las descargas de fusilería, los tambores y clarines con sus toques de diana, y el tañido de las campanas, en ruidoso conjunto, habrán celebrado hoy el centenario del hombre ilustre, del eminente patriota y del severo ciudadano, que en 1791, vió en la docta Córdoba, los primeros rayos de luz y respiró el primer ambiente, para más tarde honrar á su provincia natál, y por su honradéz, abnegacion é inteligencia, merecer una pájina gloriosa en la historia de los varones esclarecidos de la República Argentina, que supieron dar gloria á su patria ó marchar imperturbables al sacrificio, en los altares de la libertad, de la justicia y de la democracia, antes que mancillar su nombre con los halagos del despotismo, ó someterse, por debilidad, á los rigores de la tiranía imperante.

Dos figuras gigantescas se destacan en la pléyade de argentinos que fueron honra y gloria patrias, por su elocuencia ó por la espada, y estas dos figuras son los generales San Martín y Paz; el uno, traspasando los Andes para independizar á los pueblos sud-americanos y darles libertad y autonomía, venciendo á enemigos valientes, poderosos y aguerridos, en cién combates, y el otro, destruyendo en San Roque y en Oncativo, el poder más temible de los caudillos Bustos, Quiroga y Aldao, que esclavizaban despiadadamente las Provincias del interior, y como si un mismo destino cerniese sus negras alas sobre ambos, los dos fueron *mártires por la libertad,* soportando el ostracismo con resolución heroica, antes que asociar su nombre á planes anárquicos y subversivos.

Quiroga, el *Tigre de los Llanos de la Rioja*, que cual Atila hacía sacar con el casco de su caballo, los *pastos enrojecidos* por la sangre de sus víctimas, y entraba á las comarcas, alumbrado por los resplandores de las llamas á que por su orden eran entregados los hogares de los opositores á su barbarie; fué el caudillo más temible de las Provincias mediterráneas.

Bustos, el azote de Santiago del Estero, y Aldao, de Mendoza, célebre por su apostasía y ferocidad, fueron vencidos por el bravo y astuto general don José María Paz, habiendo hecho prisionero á Aldao en Laguna Larga, y respetado la vida de su feróz enemigo.

Destruidos estos tres formidables caudillos, el general Paz, destacó al general Deheza, sobre Santiago, al coronel Lamadrid, sobre la Rioja, al coronel Castillo, sobre Mendoza, y á los tenientes coroneles Albarracín y Videla, sobre San Juan y San Luís, conservándose él en Córdoba, base de sus operaciones, para contener al general Lopez, de Santa Fé, que continuamente asediaba á la provincia con sus montoneras.

Las victorias sobre los caudillos del interior, y contando el vencedor con suficientes elementos, tomó la ofensiva, tratando de sorprender al general Estanislao Lopez, en sus propios aduares.

Operaba el heroe de Oncativo en el Tío, cuando el 10 de Marzo de 1831, cayó en poder del capitán Esteban Acosta, que comandaba un pequeño grupo de santafecinos, debido á la destreza con que un gaucho Zeballos manejaba las boleadoras, habiendo maniatado las patas del caballo que montaba el General, y héchole rodar por tierra.

Prisionero, fué conducido á Santa Fé y remitido á Buenos Aires, se le encarceló en el Cabildo de Luján donde permaneció hasta el 20 de Abríl de 1839, en que Rosas lo dió de alta en el ejército de Buenos Aires, en su grado

de General, creyendo ganárselo, pero el prisionero jamás se le doblegó.

Aquellas guerras fueron la cruzada de la civilización contra la barbarie, cruzada desgraciada que terminó con la prisión del heroe, que no pudieron hacerlo claudicar, ni el rigor del cautiverio, ni los trabajos del tirano.

Por el contrario, inquebrantable en sus propósitos, lo vimos en Corrientes adiestrando á los correntinos en las tres armas, levantando su espíritu abatido, desde Pago Largo, y preparándolos para resistir á los ejércitos de Rosas en sus devastadoras invasiones á aquella provincia; como lo vimos ponerse al frente de los defensores de Montevideo, después de ser derrotadas las fuerzas orientales en el Arroyo Grande, provincia de Entre Rios, lo vimos fortificar aquella plaza, dirigir las primeras operaciones, y contener por nueve años al ejército del general Oribe, triunfante á las puertas de la ciudad asediada.

Siempre que flameó la bandera de la libertad republicana en ambas márgenes del Plata, allí aparecía imponente la figura del ilustre general Paz, para organizar las huestes libertadoras, y combatir por el triunfo de los principios y por la igualdad ante la ley.

Así lo vimos en Corrientes, enfrenando al indómito general Urquiza, y en la República Oriental del Uruguay, conteniendo á las puertas de la *Nueva Troya,* al experto general don Manuel Oribe, vencedor de los ejércitos comandados por los bravos generales Lavalle y La Madrid, en Quebracho Herrado, en Mendoza y Tucumán, y por el astuto general Rivera, en el Arroyo Grande, provincia de Entre Rios, sobre las orillas del caudaloso Río Uruguay.

El general Paz, se hizo temible del *caudillaje* bárbaro y oscuro, por su valor, por su severidad militar, por su disciplina, y más que todo, por su prudencia y por su astucia.

A este bravo é inteligente soldado del orden, de la mo-

ral y de la democracia se debieron las fortificaciones de Vences en Corrientes, y de Montevideo en la República Uruguaya.

Pero, habiendo prevalecido la intriga, y creyendo el egoismo y la ignorancia, que bastaban la organización de los ejércitos y la fortificación inexpugnable, para vencer enemigos ensoberbecidos con sus repetidas victorias, vióse obligado el táctico General, á entregarles su obra, para evitar el desaliento y la anarquía, y se marchó al ostracismo, desde donde comtempló el desquicio, la ruina y la sangre que corrió esterilmente á raudales para la causa del orden, de la libertad y de la ley.

Impertérrito el general Paz, volvió á la patria, derrocada la tiranía de Rosas el 3 de Febrero de 1852, en los campos de Caseros; pero bién pronto tuvo que ponerse al frente de la organización, de la defensa de esta ciudad asediada y bloqueada por el caudillaje, hasta vencerlo en 1853.

¡Oh! cuán digno es el ilustre patricio de los honores póstumos que sus comprovincianos le consagran en conmemoración de su natalicio en el día de hoy!

¡Cuanta inteligencia, cuanta abnegación y cuantos sacrificios por la redención de su Patria!

¡Qué convicciones tan profundas abrigó en su corazón incorruptible y templado al fuego del verdadero patriotismo!

La presente generación debe imbuirse en el ejemplo de honradéz, de civismo, de moral y de abnegación, que nos legara el ilustre general don José María Paz, quién siempre expuso su vida combatiendo al despotismo, á la arbitrariedad y á la tiranía, bajando á la tumba sin haber empañado su conciencia, y sin haber pactado con el caudillaje.

Nosotros nos asociamos á las justas manifestaciones

que la docta Córdoba, su ciudad natál, consagra á la memoria del ilustre patricio en su centenario, y concitamos á la presente y futuras generaciones, no solo á la veneración de su memoria, sinó á imitar sus hechos hasta ver á la patria grande y felíz, por el imperio de la constitución.

« La Voz de la Iglesia ».

EL CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

La curva que describe en el cielo de la historia el curso de cién años, á partir del día que alumbró por vez primera al general Paz, se cierra hoy en torno de su nombre como una aureola gloriosa.

El tiempo, que borra lo vulgar y abrillanta lo bueno, pasará en adelante sobre aquella línea luminosa, haciéndola cada vez, más refulgente á los ojos de la posteridad.

Parece una ley de la historia, que los personajes de un mérito positivo y que esquivaron en vida los honores y el estruendo del aplauso, obtengan después de sus dias mortales, un homenaje perpétuo y que expresa sentimientos más hondos que la popularidad atronadora, grata siempre á los lisonjeros de las pasiones de la muchedumbre.

Era el general don José María Paz, un tipo de austera moralidad, á la vez que un talento militar de primer orden, y un escritor de la más alta distinción.

Muy joven aún, deja de lado la Instituta de Justiniano que estudiaba en la universidad de Córdoba, y se incorpora al ejército del general Belgrano para asistir á todos los combates que se dán en el norte de la República naciente, hasta dejar librada su defensa, á los milicianos de Güemes.

Su figura militar se distingue entre los jóvenes, no escasos por cierto, que se ilustraron en aquella campaña, y hace augurar en él lo que fué, es decir, un General en quién se reunieron las dotes mas relevantes de caracter, de previsión, de perseverancia, de valor abnegado y magnánima generosidad.

En la guerra del Brasíl, su figura se acentúa y llega á los grados superiores de la milicia.

De vuelta á su país, manda en jefe ejércitos formados, para combatir el caudillaje y la tiranía, y despliega aptitudes militares que le aseguran en todas partes la victoria.

Humilla la soberbia de Facundo Quiroga, cuyo prestigio legendario se deslustra en derrotas que muestran la superioridad de la táctica, sobre el empuje de las masas.

Prepara la defensa de Montevideo sitiada por Oribe, y asegura así, aquella resistencia de nueve años en la ciudad, á la cual cupo el insigne honor de ser el único baluarte de la libertad en el Río de la Plata, cuando la dictadura de Rosas estaba en el auge de su poder.

Al general Paz le ha sido dado realizar los dos términos del programa disyuntivo, que un antiguo trazaba á los hombres capaces de distinguirse en la vida pública: *aut agere scribenda, aut scribere agenda.* Sus hechos militares le colocan en el más alto nivél que hayan alcanzado entre nosotros, el talento y la virtud del soldado, y sus *Memorias* lo exhiben como un escritor distinguidísimo, del cual no se puede prescindir, cuando se estudian los sucesos de nuestra historia en las épocas á que él se refiere.

Otros apreciarán los quilates de su mérito en la especialidad de su carrera, haciendo comprender la importancia de sus acciones de guerra.

Nosotros observaremos, que sus *Memorias* son una obra verdaderamente notable como elemento de información histórica y como producción literaria.

Su estilo, de una gran naturalidad, tiene el sello de distinción, propio del caracter del escritor, y se adapta admirablemente y sin violencia, á todos los incidentes del relato.

Las *Memorias* no fatigan, como otros libros escritos con pretensiones estéticas, y que no llegan á ser más que enfáticos y ridiculamente solemnes. Las descripciones de las batallas en que tomó parte el general Paz, como subalterno ó jefe, son de una claridad tal, que pueden citarse como modelos del género.

Pero, no solamente se distingue el autor, cuando habla de lo que es la materia de su competencia especial, sinó que se revela un estadista y un sociólogo, cuando ensanchando el cuadro de la narración, aprecia los sucesos políticos y el desarrollo de la vida nacional.

Las *Memorias*, son una fuente preciosa para la historia de nuestro país, y para abonar esta afirmación, basta recordar las citas frecuentísimas que hacen de ellas Mitre y Lopez, y la consideración con que invocan el testimonio del general Paz.

Severo á veces, hasta ser rigoroso en algunos casos, parece resentirse en ello, del pliegue que suele dar al espíritu el mando superior, en el cual, el optimismo y la tolerancia, pueden ser fatales.

General de gran talento, escritor no menos notable, patriota abnegado, y hombre ejemplar en la vida privada, don José María Paz, es una de las más puras y brillantes glorias de la República Argentina. Su gran mérito moral, es debido á la fé religiosa, que lejos de apagarse un momento en su alma, fué, como lo ha declarado en sus *Memorias*, luz para su mente, y fortaleza para su voluntad!

¡La religión y la patria se asocian en este día, para complacerse en la memoria del general Paz! ¡Hé ahí, sin duda, el honor supremo!

« La Voz de la Iglesia ».

EL GENERAL PAZ

SU CENTENARIO

Córdoba, cuna del general don José María Paz, tomó la iniciativa para celebrar dignamente el centenario de aquel celebrado militar de nuestros ejércitos.

El general Paz, representa en nuestra historia, no tan solo al soldado pundonoroso y valiente, sinó también al soldado ilustrado y reflexivo, que domina el campo del enemigo con el ojo de águila de los hombres, y que á una inteligencia descollante, unen esa serenidad que permite sacar grandes ventajas, en las horas del peligro. Entre nuestros militares libertadores, Paz es el tipo del soldado pensador, que abarca los detalles sin descuidar el conjunto, ajusta sus movimientos á cálculos racionales, y deja ver la influencia de la observación y del estudio, en las operaciones que emprende. No pertenece al número de esos soldados excepcionales, que como Lavalle, en sus famosas cargas de caballería, ó como Ney, en las batallas de Napoleón, todo lo fian á su valor impetuoso.

Tiene líneas de semejanza con San Martín, en su manera de apreciar y utilizar el arte de la guerra.

Es más grande todavía, el general Paz, si lo juzgamos por su obra en los tiempos en que le cupo actuar, tiempos harto difíciles para la República, en los cuales peligró más de una vez, la obra de varón de los guerreros de la Independencia. Era necesario combatir el enemigo interior; la guerra civíl, encarnizada y tenáz, provocada por los mismos caudillos que habian sido los elementos libertadores por excelencia, en las primeras batallas, y rechazar la invasión extrangera, que pugnaba todavía por dominar en esta parte de América.

Es ahí donde hay que estudiar el caracter y la acción de este hombre singular, sobre cuya figura severa, con la severidad de los hombres superiores, y altiva, con la altivéz de los que consagran su vida á la defensa y engrandecimiento de la Patria, la generación actual, que ha recogido los beneficios de su magna obra, pronuncia su fallo justiciero. Pero Paz, no es únicamente el soldado disciplinado, que ataca y destruye un ejército con otro ejército, poniendo á contribución sus conocimientos y su pericia de habil estratégico: actuando en una época de formación, diremos, de nacionalidad argentina, sabe sacar partido de los acontecimientos, para estrechar más las filas de sus compatriotas, oponiendo á las ambiciones personales de algunos de sus contemporáneos, su generosidad y su desprendimiento, y haciendo primar en todos sus propósitos, la idea de los pueblos argentinos unidos en cuerpo de la Nación. Y fué esa la idea que hizo triunfar en Oncativo y La Tablada, desbaratando la obra dañosa y bárbara del caudillaje ensoberbecido, del interior; á no haberle detenido en los alrededores de Córdoba, con su táctica y el empuje vigoroso de sus fieles soldados, quién sabe cuanto tiempo se habría retardado la reconstrucción nacional, combatida por esos mismos caudillos, dueños y señores absolutos de la mayor parte de las provincias. Y aquella fué también la idea que impulsó su brazo en el sitio de Montevideo.

Como hombre de pensamiento y hombre de verdad, el general Paz ha dejado el legado precioso de sus *Memorias póstumas*, que son en síntesis, la historia de sus campañas y de su época. En esas pájinas, el historiador filósofo, puede estudiar fielmente la misión del brillante soldado, y su intervención en el desenlace de los grandes problemas políticos y sociales, á que ha ligado gloriosamente su nombre.

El pueblo nacional, que es siempre justo en sus fallos

definitivos, rodea hoy su estatua simbólica, y celebra regocijado y respetuoso, el centenario del noble soldado. Y al pié de esa estatua, están también en espíritu, todos los argentinos.

Pero el verdadero monumento del general Paz, es el conjunto de sus virtudes patricias, que se conservará, por tradición en el pueblo, y al cual se puede aplicar con verdad, el *aere perennius*, más duradero que el bronce, del renombrado poeta de la clásica antigüedad.

« El Nacional ».

JOSÉ MARÍA PAZ

SU CENTENARIO

El bronce y el granito han modelado su figura para recuerdo perpétuo de sus glorias.

La provincia de Córdoba, fué su cuna; la República, su teatro; la América del Sud, espacio de sus ideas redentoras; los horizontes argentinos, límites de sus ambiciones nobilísimas; los altares de la Patria, asiento de los ídolos de su religión caballeresca.

En Salta, con Belgrano, puso el primer laurél entre sus dos galones de teniente, en bizarra liza, contra los veteranos de Tristán; Venta y Media, lo señaló para siempre como uno de los héroes de la emancipación de un continente; en Herradura, se afianzó su fama de intrépido; Arequito, lo encontró entre los que se sublevan, convencidos de contribuir á una obra santa, pero nunca partícipe de las ambiciones calculistas y los planes absorbentes de Bustos.

Fué el rebelde de convicciones ingénuas, de propósitos

levantados, con ideales generosos, con impulsos de varón sano y sincero.

Había nacido para ser soldado, pero no para ser traidor. Era su causa, la de la libertad, su objetivo, la honra y la soberanía de su tierra.

Tenía rasgos del talento de Napoleón, y sentimientos de la clase de los de San Martín.

No ganó sus palmas de General, en la vida de los salones, ni confundido en las cortes de los poderosos.

Grado por grado, galón por galón, presilla por presilla, zahumados fueron por el humo de los combates, desde que se alistó en el ejército heroico de la nación que surjía, hasta que, como comandante en jefe de un ejército, admiraba á amigos y adversarios, como soldado táctico, como genio militar, descollando por sus cualidades singulares, entre los primeros generales de América.

La historia, que él contribuye á ilustrar con sus *Memorias,* le ha designado culminante sitio entre las figuras descollantes de aquellos tiempos beneméritos para los pueblos de la gran epopeya, y la historia ha hecho justicia á sus méritos y ha enseñado á la posteridad, como se entendía entonces el honor de la Patria y la libertad nacional.

Mañana cumplen cién años del nacimiento de aquel notable soldado de la emancipación y de la organización argentina, y Córdoba, suelo querido de Paz, se levanta unida, para tributar homenaje á su memoria, haciendo un paréntesis á sus disensiones domésticas, para llevar roble y lauréł al pedestal de la estatua que representa á su ilustre hijo, y llevará á la posteridad, el ejemplo de sus hazañas y de sus virtudes.

Bién venidos sean, de cuando en cuando, estos aniversarios de años y épocas, que se fueron con toda su espléndida coloración de batallas, iluminando el cielo de una patria nueva, origen de una Nación en que los hombres

nacen odiando á los tiranos, y sacrificándose por la libertad y por el derecho.

Estos recuerdos de los que fueron grandes por sus obras y por su espíritu, de los que tuvieron el privilegio de fundar una nacionalidad en los cimientos perdurables de la abnegación, y de la heroicidad sin ostentaciones, son necesarios á los pueblos, en ciertas horas de su vida, cuando distantes de sus primeras etapas, parecen olvidar su origen y resignar sus tradiciones.

Que á lo menos viva latente en las generaciones argentinas, la memoria de los que presidieron la época más hermosa de su organización nacional. Que en sus modelos puedan fundirse otras figuras semejantes, de talla gigantesca. Que la sucesión de los héroes y de los mártires, no se interrumpa, mientras haya libertades que sustentar y soberanias que enaltecer.

La vida del general Paz, cuyos cién años ván á celebrarse en su misma cuna, fué una serie de preciosas enseñanzas cívicas, para los que habian de sucederle en las fatigas de la lucha, por el afianzamiento de tanta conquista de honra universal.

No concretemos nuestros deberes, á solemnizar su centenario. Vamos mucho más allá, en los respetos por su memoria, y en la conciencia de sus virtudes; imitémosle á él, como á los que en su tiempo fueron sus jefes y sus soldados, sus maestros y sus discípulos. Como él, y como ellos, hagamos de la Patria el símbolo purísimo de la religión republicana.

Su historia la conocemos. Cada uno de sus hechos, ha dado una pájina honrosa al libro de oro de la tradición nacional argentina.

No limitemos nuestra acción, á la repetición de la frase, la declamación y el discurso de esas crónicas recopiladoras de su vida de soldado y de patriota.

No estamos obligados á ser generales de su talla, pero sí, ciudadanos de sus virtudes. Su genio militar, era atributo exclusivo é intrasmitible; pero, si no podemos tomar de él la habilidad del guerrero, sí podemos copiarle en su abnegación y en sus aspiraciones, y dejaríamos de ser dignos del título que llevamos como hijos de este suelo, si puesto á prueba el temple de alma de cada argentino, desmereciéramos de aquella resignación estóica, con que nuestros antepasados afrontaban las más temerarias empresas.

Esforcémonos por llevar al ciudadano la convicción profunda, de que no ha cumplido con su deber, reduciéndose á las manifestaciones de gratitud para con sus grandes compatriotas, y que no serán dignos de ellos, en tanto no sepan imitarlos.

Para eso, ha de servir la sucesión de los recuerdos de aquellos dias, y de la memoria de aquellos próceres. Esa es la razón fundamental de las fiestas de mañana, en Córdoba. Los hijos de aquella provincia, como todos los que han nacido en la patria de Paz, necesitan esas expansiones cívicas, ante los modelos de la estirpe antigua, para retemplar su espíritu y apercibirlo á las lizas de la libertad y de la justicia.

No seamos simples adoradores de las imágenes de nuestros varones. Procuremos ser como ellos: fuertes, nobles, leales, justos é intrépidos, cuando el deber del ciudadano nos emplace ó la honra nacional nos convoque.

Si no grandes como ellos, sí, dignos de ellos.

« Las Instituciones ».

JOSÉ MARÍA PAZ

De algunos años á esta parte, el pueblo argentino ha emprendido la obra de reparación y de justicia póstuma, respecto de sus grandes servidores. A medida que avanza en el camino de la civilización y del progreso, viendo engrandecerse la herencia que recibió de generaciones que ya se han extinguido, vuelve sus ojos, la Patria agradecida, hacia los que contribuyeron con su genio ó su valor, á fundar su independencia y su libertad.

No eran los contemporáneos los que podian hacer justicia. Mezclados á los acontecimientos y á las luchas del tiempo, ellos no pudieron apreciar la magnitud de la obra realizada, ni menos sus resultados definitivos. No es extraño que tampoco supieran apreciar en su justo valor, las virtudes acrisoladas, la abnegación, el desinterés y el heroismo, de que dieron ejemplo nuestros antepasados.

En esas épocas embrionarias de nuestra historia, en que al mismo tiempo se desarrollaban escenas y dramas diversos; épocas de confusión y de anarquía, en que no había própiamente un objetivo claro y un propósito definido, que unificara y concentrara el esfuerzo y la voluntad de los pueblos; en esas épocas, en que la política argentina aspiraba por una parte, á redimir á los demás pueblos del continente, y por la otra, tenía que defenderse de sus enemigos internos, ¿qué extraño es que no hallasen justicia los próceres de la nacionalidad, los héroes y los estadistas eminentes?

La reparación fue tardía para las figuras más altas de América. Todavía hay servidores dignísimos y varones esclarecidos, cuya vida fecunda en bién de la República y

de la América, no ha sido honrada como corresponde, á la parte activa que tuvieron en la lucha de la emancipación.

Acaso se han anticipado al homenaje en obsequio de algunos patriotas, dejando en la penumbra á los que debieron precederlos en el pensamiento y en el corazón del pueblo. La justicia histórica no procede siempre con la mayor equidad; pero queda siempre abierto de todos modos, el camino de la reparación.

Toca hoy el turno á la figura histórica del general José María Paz. Vá á cumplirse su centenario, y el pueblo argentino quiere honrar su memoria, y en ella, la de los campeones que lidiaron durante medio siglo por la idea de la patria y de la nacionalidad argentina, ya contra las huestes opresoras del coloniaje, ya contra los elementos anárquicos que fermentaban en el interior.

La vida del general Paz, tiene diversas fases. Hay en ellas, luces y sombras, y sería deficiente todo juicio que se basara en uno ú otro de los períodos de esa existencia activa y batalladora, que se vé aparecer en los primeros combates de la independencia argentina, y apagarse poco después de haberse derrumbado la tiranía de Rosas, como si su misión hubiese terminado desde entonces.

Muy joven aún, en efecto, el general Paz, marcha á incorporarse á los que en el Alto Perú luchan contra los ejércitos españoles. Toma parte en la batalla de Salta, es de los últimos en la retirada heroica de Ayohuma, y recibe en Venta y Media la herida que inutilizó su brazo derecho. Jefe de vanguardia del ejército de Belgrano, educado en su escuela, parecía haber adquirido alguna de las condiciones del vencedor de Salta.

Fué el general Paz, un espíritu fuerte, inquebrantable en la lucha, desinteresado y modesto, que jamás exigió de su Patria, recompensas ni sacrificios, y que estuvo siempre dispuesto, sin embargo, á sacrificarse por ella.

No tenemos el derecho de erigirnos en censores de los defectos ó de las faltas que cometió, porque tal vez eran propias del medio en que actuaba, ó no deben pesar exclusivamente sobre él. Escribiendo sus propias Memorias, el general Paz ha hecho su defensa. Al pronunciar nuestro fallo, teniéndola en cuenta, debemos recordar ante todo, que fué uno de los soldados de la libertad argentina, y una de las más culminantes personalidades de la América del Sud.

« Tribuna ».

LA DEUDA HISTÓRICA

Parece escucharse aún el eco armonioso de las fiestas, y la ciudad entera ha recuperado ya casi por completo el aspecto de su normalidad diaria, volviendo al yunque del trabajo después de las horas del alborozo público.

Nuestra hoja contendrá apenas una reseña suscinta, y una reproducción incompleta de la elocuencia patriótica, inspirada ante los hechos inmortales, la vida heroica, y el destino excelso del gran patricio.

Más, no importa, que grata y durable memoria dejará en la crónica histórica y en la tradición popular de Córdoba, el primer centenario de su «hijo predilecto».

Córdoba ha tributado al general Paz, de una manera digna, su homenaje de respeto, de admiración y reconocimiento. La erección de su estatua ecuestre, hace cuatro años; las solemnidades de su primer centenario, ahora, han

perfilado ya con líneas de luz, la figura del guerrero, del político, del ciudadano, y del noble pueblo prosternado con reverencia ante su sombra ilustre.

Como se ha observado magistralmente ayer, al pié de su estatua, falta todavía la grande apoteosis nacional, unánime, completa, en la metrópoli, en todas las ciudades provinciales, en las más apartadas aldeas del suelo patrio.

Y esa apoteosis anunciada, llegará en los tiempos. No bastan los trasportes del entusiasmo popular en la segunda ciudad de la República, ni la eximia representación de los dignatarios de la iglesia y de los altos Poderes del Estado, ni las placas é inscripciones mandadas grabar sobre una tumba.

Paz es una gloria nacional, como San Martín, como Belgrano, Moreno, Dorrego, Rivadavia; y la República le debe todavía, como á Belgrano, á Dorrego y á Moreno, la glorificación póstuma, que, irradiando desde Buenos Aires, reuna todos los corazones argentinos en una sola idea de justicia, y en un solo sentimiento de admiración.

La vida de nuestro pueblo se desliza entre penumbras.

Somos apenas los jornaleros que no verán cumplida su faena, ni recogerán el fruto apetecido, obra de la generación actual y de las generaciones que la han precedido.

Pero, en aquel futuro distante, que halaga y exalta al patriotismo, lucirá la aurora de los dias espléndidos en que no sea una frase vana la libertad y el orden, porque combatieron nuestros mayores, la confraternidad nacional sin rencillas, y la glorificación de nuestros grandes próceres, sin emulaciones ni mezquindades de barrio y de provincia.

Debíamos en las notas rápidas de este editorial, la enun-

ciación clara y precisa de esa idea, que la tomamos de la arenga del grande orador que ayer conmoviera las multitudes, hablando al pié del monumento erigido por el patriotismo de Córdoba, en memoria del Gran Capitán.

Y terminamos, con este voto íntimo que se alberga en el fondo de los corazones patriotas: *que los pueblos todos de la Nación, cumplan su deuda histórica con el general Paz, como la ha cumplido Córdoba en su primer centenario.*

«La República».

EL GENERAL PAZ

El pueblo argentino se congrega en torno de la estatua que perpetúa en bronce inmortal, la memoria del general don José María Paz, uno de sus patricios esclarecidos.

Es deuda de justicia la que se paga, al que selló con su sangre la independencia americana, combatió al caudillaje, en las épocas oscuras de nuestras discordias civiles, y fué azote incansable de los tiranos de la República, según la frase con que el gobierno de Buenos Aires, se anticipó al juicio de la posteridad, en un documento solemne.

Brillante, como pocas, es la vida militar del general Paz. A los diéz y nueve años de edad, abandonó á Córdoba, su provincia natál, para alistarse en las filas de los ejércitos libertadores; fué uno de los primeros en responder al grito lanzado en la plaza de Buenos Aires, el 25 de Mayo de 1810.

Pasada la época de aquellos combates memorables, que dieron por resultado, la emancipación política de medio continente, puso su espada al servicio de la organización

nacional, y así le vemos pesar como un azote del cielo, sobre los caudillos que estorbaban la realización de aquel gran pensamiento, lanzando sobre la República sus turbas indisciplinadas, pero hambrientas de sangre y de botín, desde sus cuarteles de la Rioja, Córdoba, Corrientes y otras provincias.

La Tablada, Oncativo, la Herradura, y tantas otras acciones de guerra, donde conquistó fama de oficial científico, le aseguran un lugar prominente en la historia militar de la República. Los sitios de Montevideo y Buenos Aires, que le cupo dirigir, corroboran igualmente, aquella fama tan justa como rara, en años de anarquía y desorganización completas.

Pero no son estos los títulos que más enaltecen la figura del austero General; muchos rivales encontraría entre los jefes de su tiempo, si solo del valor sereno y del ánimo inquebrantable, se tratara.

Lo que hace doblemente gloriosa su figura, es la irreprochable corrección de sus procederes, durante el período en que, dando tregua á las fatigas de la guerra, vióse llamado al manejo de la cosa pública, en puestos administrativos de alta importancia.

Gobernador y Ministro, por dos veces, hízose proverbial su honradéz en esos cargos, y todos los que han juzgado su conducta de entonces, se complacen en reconocerle, que su probidad y sus talentos de gobernante, no desmerecen de sus envidiables dotes y triunfos militares.

Hé aquí lo que el pueblo argentino trata de rememorar, con respeto, en el centenario del natalicio del general Paz, y lo que puede ofrecerse como modelo digno de imitación, á los gobernantes, que después de muchos años y en pleno reinado de la tranquilidad pública, no realizan los ideales por él elevados á la práctica, en el seno de la anarquía y del caos!

« Sud-América » cumple un deber de patriotismo, asociándose á los festejos populares con que se honra la memoria de tan ilustre argentino.

« Sud-América ».

EL GENERAL PAZ

Don José María Paz, nació en la ciudad de Córdoba el 9 de Setiembre de 1791, y fueron sus padres, don José de Paz, natural de Buenos Aires, y doña Tiburcia Haedo, cordobesa, quienes le proporcionaron una educación esmerada, é infundieron en su corazón, generosos sentimientos, la grandeza de ánimo, el patriotismo, el amor á la gloria, y las virtudes cívicas, que conservó en toda su azarosa vida.

En 1810, cursaba en la Universidad el tercer año de derecho, el joven Paz, cuando estalló la revolución que derribó el poder de los vireyes, y nadie le aventajó en entusiasmo patriótico.

Así fué, que instalado el nuevo Gobierno, como se propusiera el coronel Pueyrredón formar un batallón de milicias, nombró tenientes á los dos hermanos Paz.

Después del desastre del Desaguadero, Paz recibió la orden de marchar al ejército del Perú, con una compañía de milicias de artillería, cuyo mando se le dió, con grado de Capitán. Cuando Belgrano tomó el mando del ejército, el barón de Holemberg recibióse del mando de la artillería, y Paz se agregó á dicho cuerpo.

Imposible es relatar en pocas líneas, las proezas del insigne Paz, durante la guerra de la Independencia, y bastará consignar, que fué actor principal en Las Piedras, Tu-

cumán, Salta, Pequereque, San Lorenzo, Puesto del Marqués, Wiloma, Vilcapugio, Ayohuma y Venta y Media.

En 1825, se incorporó al ejército que abrió la campaña contra el Brasíl, en su grado de Coronel, mandando un regimiento de caballería, y tan bizarra fué su conducta en Ituzaingó, y tan eficazmente concurrió á asegurar el resultado de aquella victoria, que fué elevado inmediatamente, al rango de General de División.

Pagado Alvear de la superioridad incontestable de la caballería, decidió romper los cuadros enemigos, mandando estrellarse contra ellos, brillantes regimientos. La infantería argentina tomó una debil parte en la acción, y la caballería perdió brillantes jefes, entre ellos el coronel Brandzen. Por esta precipitación, los brasileros y los mercenarios alemanes, pudieron retirarse del campo de batalla.

El general Alvear fué llamado á Buenos Aires, y Paz, encargado del mando del ejército, que continuó operando. Paz concibió un plán, que, en su juicio, daría por resultado, la infalible destrucción de las fuerzas brasileras; más, no fué sometido al crisól de la experiencia.

Sin embargo, sus campañas posteriores y sus victorias, sobre fuerzas casi siempre dobles en número, hacen presumir, que su pericia militar hubiera obtenido el triunfo. Desgraciadamente, Rivadavia renunció la presidencia, y Dorrego negoció la paz á todo trance, que fué, en efecto, firmada en Río Janeiro.

Después de la campaña del Brasíl, la figura política y militar del general Paz, toma proporciones colosales, porque se constituye en el paladín de la civilización, oponiendo su espada á la barbarie y al caudillaje desenfrenado.

En San Roque, dispersó el ejército del general Bustos, tomando doscientos prisioneros é inmenso parque de artillería.

Su humanitaria conducta, en tal ocasión, es digna de elogio, pués dió libertad á los prisioneros, para que regresaran á sus hogares, agregando, que «el más dulce fruto del triunfo, es la facultad de perdonar y enjugar lágrimas».

En Mayo de 1829, entró en la provincia de Córdoba, precedido del terror que inspiraban sus sangrientas ejecuciones, Facundo Quiroga, con cinco mil llaneros, verdaderos cosacos americanos. El general Paz, solo podía oponerle dos mil trescientos hombres, con los que le presentó batalla en La Tablada, y después de cuatro dias de combate, le batió tan completamente, que Facundo juró no cortarse pelo ni barba, hasta tomar venganza.

La campaña que efectuó el general Paz en la Sierra de Córdoba, le preparó el terreno para volver á derrotar al *Tigre de los Llanos,* en Oncativo ó Laguna Larga, donde, después de envolver á la infantería y artillería, puesto Paz al frente de su caballería, persiguió á los centauros de Quiroga, en desenfrenada carrera de seis leguas y multiplicados entreveros. Dejándose llevar de su nobleza de alma y excesiva moderación, con los prisioneros, en vez de emplear castigos ejemplares, perdonó vidas, como la del sanguinario y disoluto fraile apóstata Felix Aldao.

Calchines, Herradura, el Pilar, Caaguazú, son otras tantas coronas de laurél, que orlan las sienes del general Paz. Mandó en jefe seis ejércitos, que vencieron siempre, porque sabía preparar con perseverancia los instrumentos del triunfo.

Presidió con austera firmeza, á los sitios de Montevideo y Buenos Aires, los dos sitios más gloriosos y memorables que cuenta la historia del Río de la Plata, y que forman los timbres más hermosos de su gloria política y guerrera.

Como todos nuestros hombres ilustres, murió pobre, en Buenos Aires, en el año 1854.

Al estudiar la vida del general don José María Paz, se

adquiere la convicción de que, en abnegación, padecimientos y sacrificios, está á la par de Lavalle; en virtudes, igual al Arístides argentino, al inmortal Belgrano; y, en genio y y pericia militar, casi á la altura del gran capitán de Améca, don José de San Martín.

« El Escolar Argentino ».

LOS GRANDES RECUERDOS

En estos dias conmemora la República, dos fechas grabadas con caracteres diamantinos, en los fastos de su historia: el natalicio del general Paz, y la muerte de Sarmiento. Y no tenemos inconveniente en juntar tales recuerdos, por cuanto uno y otro, si han desaparecido del mundo material, viven y vivirán por todo el tiempo, en el corazón de las democracias sud-americanas.

Recordar los grandes hechos de tan ilustres varones; para que su ejemplo retemple el espíritu de los pueblos, en los momentos aciagos para la Patria, es obra sumamente agradable, y en todo tiempo, homenaje de admiración y respeto, que honra su memoria y fortalece la acción de gobernantes y gobernados, marcando el derrotero de las verdades cívicas, para su mayor felicidad, como nación libre.

Ambos á dos, nos enseñan á luchar y vencer.

Paz, en los campos de batalla, combatiendo por la independencia nacional, comparte con nuestros primeros guerreros, aún muy joven, los laureles del Desaguadero, Las Piedras, y cién funciones más, en las cuales, el pabellón

argentino quedó cubierto de gloria, flameando libremente por todos los ámbitos de la América del Sud.

Dias de prueba le esperaban, sin embargo; el bárbaro caudillaje, ávido de posiciones que creyera corresponderle, como recompensa á los sacrificios hechos para la más justa de las guerras, no tardó en manifestarse, dispuesto á ensangrentar de nuevo, en luchas fratricidas, el suelo abundantemente regado con sangre preciosa, durante muchos años. Careciendo de nociones institucionales, hubo de lanzarse en una desastrosa serie de aventuras, las cuales han retardado en más de medio siglo, la consolidación del régimen, al que rindieron fervoroso culto, los próceres del año 10, los legisladores del 16, y los guerreros de toda la epopeya americana.

En esa irregular contienda contra el predominio personal, rebelde al espíritu de la nueva ley, pretendiendo la subdivisión del territorio, en tantas partes, como caudillos se levantaban, rodeados de sus servidores ordinarios, Paz, prestó importantísimos servicios á la causa nacional, escribiendo en sus Memorias: San Roque, Tablada, Oncativo, Calchines, Herradura, Pilar y Caaguazú; luchando varias veces con fuerzas muy inferiores en número, á las que le opusieran los rebeldes del feudalismo imposible.

Más tarde, la tiranía había de contarle entre sus más irreconciliables enemigos, y acaso la hubiera derribado, á no desbaratarse los elementos de lucha que él dispuso, fraccionándolos después de recibir la instrucción y organización que su genio militar les proporcionase, en medio de las agitaciones de una época calamitosa, por la soberbia de unos, y la falta de unidad en el proceder de otros.

Hombre de inteligencia superior, dotado de perspicacia, sagacidad, valor y entereza, era, á la vez de militar distinguido, político consumado, sin más norma de conducta, que la virtud y la justicia, en cualquier concepto que se le

considere, conformándose, en los variados trances de su vida, con los ideales de la Patria, á la que dedicó todos los instantes de su preciosa existencia.

Cumplía sus aspiraciones; por esto, nunca solicitó recompensas personales, riqueza, honores ó gratitud.

En la guerra de la Independencia, en Corrientes, Entre Rios, Santa Fé y Córdoba, como en los calabozos de Rosas, en el gobierno civíl ó militar, se mostró prudente, honrado, sin que ni sus encarnizados perseguidores pudieran negar esas grandes virtudes, propias del caballero perfecto, así en los campamentos, como en las salas de la autoridad superior.

Tal fué el heroe, cuya memoria honró ayer la República entera.

« El Día ».

CENTENARIO DEL GENERAL PAZ

Por la iniciativa de Córdoba, su provincia natál, la República Argentina celebra hoy el primer centenario del general Paz, una de las personalidades más puras y brillantes de la gran generación precursora, que dedicó su esfuerzo, su sangre, su vida toda, á crear y consolidar la nacionalidad argentina.

Soldado consciente de su misión, á los veinte años abandona las comodidades del hogar y la vida sedentaria de las aulas, en que cursaba la ciencia del derecho, para entregarse abnegadamente, á la que luego fué la misión de su vida.

Soldado de las legiones libertadoras, primero; soldado del orden de la civilización, de la unidad argentina des-

pués, el general Paz no solo demostró en su vida militar, ser un táctico eminente, sinó que también, un estadista distinguido, rigiendo los pújantes esfuerzos de su espada, su visión clara de los destinos del país, que había contribuido á emancipar.

Nada más justo, que este tributo que rinde á su memoria el pueblo argentino, pués su vida puede citarse como ejemplar modelo, no empañando su gloria, ni la ambición desdorosa, ni la pasión sanguinaria, ni la cobardía moral, en los dias de prueba y de derrota.

El general Paz, es uno de los ejemplares más puros del soldado ciudadano, con que haya contado la causa emancipadora de Sud América, que con tan gloriosas personalidades se honrara. Medio siglo de vida, pasado en los campamentos, prestando eminentes servicios á la libertad y á las instituciones, son títulos sobrados, para merecer la gratitud de un pueblo.

Pero el general Paz, conoció, además, sin que ello quebrantara su fé ni su férrea firmeza de soldado, la lobreguéz de los calabozos y el pan amargo de la proscripción.

La generación actual, paga, pués, una deuda sagrada, honrando y perpetuando la memoria de tan eminente repúblico, cuya vida toda, fué nobilísimo ejemplo de patriótica abnegación.

« El Diario ».

IL GENERALE PAZ

José María Paz, di cui il popolo argentino oggi festeggia il centenario, inaugurando un monumento alla memoria di lui nella sua nativa città di Córdoba, fu figura che spiccó

fortemente per sapere e valore militare nonché per virtú civili.

Il *caudillaje,* questa pianta nefasta, non ancora del tutto estirpata nell'Argentina, ricevette dal generale Paz i colpi piú fieri.

La Tablada, Oncativo, la Herradura e gli assedi di Montevideo e di Buenos Aires ed altri numerosi fatti d'armi, gli assicurarono nella storia della Republica fama imperitura.

Governatore e Ministro per due volte, lasció nome di onesto ed intelligente amministratore.

Fu anche scrittore di cose militari e le sue *Memorias póstumas,* che sono la sintesi della storia delle sue campagne e della sua epoca, hanno trovato posto onorevole nelle biblioteche militari delle grandi potenze europee.

« La Patria Italiana ».

PENSAMIENTOS

El general Paz, era un General en todo el concepto de la palabra; su constante actividad, su mando enérgico y justo, su sereno valor en el combate, unido á una clara inteligencia, formaban el conjunto de un caracter que hacian de él, un General de primera línea, cuya personalidad puede figurar con honor á la par de un Turenne.

Setiembre de 1891.

Emilio Mitre.

El talento y el valor militar dejan recuerdos fugaces, cuando no influyen favorablemente en el desenvolvimien-

to de las sociedades; pero son inmortales, si contribuyen á reivindicar la libertad y á consolidar el destino de las naciones. Los héroes de nuestra emancipación, arrancaron á las restricciones coloniales, los territorios, los rios y los mares de la América Meridional, y entregaron esas conquistas de su genio, al progreso y á las expansiones legítimas de la humanidad. El trascurso del tiempo no ha debilitado las líneas de aquellas figuras históricas; mantiénense, como la del general Paz, vivas en la memoria de las repúblicas que incorporaron al movimiento internacional; y si después de un siglo, el patriotismo las exhibe y somete al juicio de los pueblos, reciben el homenaje de la posteridad agradecida.

Setiembre de 1891.

Bernardo de Irigoyen.

Las *Memorias* del general Paz, que son el texto bíblico del historiador argentino, en expresión de otro eminente hijo de Córdoba, han llegado á ser hoy una curiosidad bibliográfica, que las nuevas generaciones no han leido, porque hasta ignoran su existencia.

Es, sin embargo, una obra clásica en su género; es un libro que hace falta en los hogares nacionales, y al que pueden pedir inspiraciones el escritor y el magistrado, el general de los ejércitos y el más humilde ciudadano, para aprender como se cumple el deber cívico, en todas las situaciones de la vida.

Reimprimir esas Memorias y anotarlas, sería ofrecer el homenaje más cumplido á la memoria de su glorioso autor.

Setiembre de 1891.

Lorenzo Anadon.

HOMENAJE Á LA MEMORIA DEL GENERAL PAZ

Como se yergue magestuoso, ostentando su sempiterno verdor, el secular Ombú de nuestras pampas, allá en medio de esa inmensa sábana de flores y de grama, sembradas por la mano misma de la Providencia, como para llamar la atención del mundo, sobre la inagotable fertilidad del suelo argentino, así se destaca de entre la generalidad de los ciudadanos probos, circundada de la aureola de la gloria, la personalidad histórica de los hombres, que, con desinterés y abnegación, supieron sacrificarse por las instituciones de su patria: á estos pertenece el benemérito general José María Paz.

Setiembre de 1891.

P. Julio Rodriguez.

Sin renegar de este ídolo que se impone y que se llama «el progreso del siglo XIX», los que amamos el pasado en lo que tiene de austero, desearíamos que Córdoba se conservase tal como fué, con su fisonomía de ciudad antigua, con sus casas blancas, de sólidos muros y de hondos cimientos, abiertos á la luz del sol, con sus patios ámplios y cuadrados, con sus grandes edificios coloniales asentados sobre fundamentos de piedra, con sus altas y blancas torres; pués, que todo este conjunto humilde, sencillo y severo á la vez, retrata la vida, el caracter y las costumbres de esta Córdoba, que amo.

Hondas como esos cimientos, son las virtudes de sus hogares, sólidas y firmes, como esos muros, sus costumbres, altos como esas torres, sus ideales. Sencillo el corazón, noble el espíritu, recto el pensamiento, Córdoba en la geometría moral, puede ser representada por tres líneas rectas.

Si un hogar refleja el caracter del que lo habita, una ciudad refleja el caracter de sus moradores.

Pero la clásica Córdoba, no escapará á la ley de las trasformaciones.

¡Ah! cuando estos viejos hogares se derrumben, cuando no quede ni vestigio de esta ciudad colonial, ¿como la reconocerán los venideros? ¿Como penetrarán su espíritu, sin su imagen apacible y austera de ciudad antigua, en que ese espíritu se reflejaba?...

Pero entonces, la historia, repitiéndose el eterno *fiat lux* que enciende la vida en el caos, evocará los nombres de Paz, de Funes y de Velez Sarsfield; y Córdoba, la religiosa, la heroica y la erudita, aparecerá en toda su plenitud ante los ojos de las generaciones.

Agosto de 1891.

Pedro Bourel.

Nunca se blasona más de patriotismo, que cuando esta virtud falta en el pueblo.

Es que la naturaleza *siente horror al vacío.*

Setiembre de 1891.

Manuel D. Pizarro.

El general Paz, es en las evoluciones internas de la revolución argentina, lo que San Martín en sus proyecciones externas: es la emancipación de una idea.

En su labor guerrero, político y social, el hombre y sus pasiones se eclipsan, y solo descuella el apostol y su misión, que era la redención de la Patria.

Cuando todo parecía perdido para la libertad, cuando al norte se perdian en tierra extraña, los nobles compañeros de Lavalle, salvando trabajosamente el cadaver del heroe, y La Madrid se perdía entre la nieve de los Andes,

menos fría que la crueldad de sus enemigos, cuando en el escenario de la lucha solo quedó el tirano erguido, levantando en alto, en señal de omnipotente poderío, la enseña roja de la barbarie, Paz bajó á la arena del combate, para romper las cadenas de la Patria, ó regar con su sangre sus altares convertidos en aras de generosos sacrificios.

Por eso, su posteridad reconocida, se congrega en estos dias, para evocar su nombre y su memoria, al mismo tiempo que cubre de flores su tumba y su estatua, esos dos símbolos eternos de la fugacidad de la vida y la perpetuidad de la gloria.

Setiembre de 1891.

J. M. Olmos.

Los laureles de San Roque, La Tablada y Oncativo, son dignos de alternar con los de Ituzaingó. Así como la victoria obtenida á favor de las usurpaciones y de la barbarie, no tiene lauros, hay gloria en la derrota, cuando se lucha por la civilización y la libertad. Y cuando el genio militar es ungido por el patriotismo y coronado por el triunfo, la patria recuerda perdurablemente la victoria, é inmortaliza al vencedor.

Setiembre de 1891.

E. J. Weigel Muñoz.

Más que por el valor y la pericia militar, que reunió en alto grado; más que por el genio organizador y las dotes de estadista, de que dió pruebas brillantes; más que por los laureles de Ituzaingó, San Roque, La Tablada, Oncativo y Caaguazú, el Brigadier general don José M. Paz, es una de las figuras prominentes de nuestra historia, y merece el homenaje de admiración que le tributa la posteridad,

por la dignidad y entereza con que supo sobrellevar los grandes infortunios que amargaron su existencia.

Ocho años de cautiverio, durante los cuales, resistió sin flaquezas ni vacilaciones, los halagos y las amenazas de un poder omnímodo, manteniéndose invariablemente fiél á sus principios políticos, revelan que el general Paz era todo un caracter, es decir, que poseía por modo singular, esa cualidad eminente que acentúa más que ninguna otra, la fisonomía moral del hombre, y le alienta y sostiene, así en la próspera como en la adversa fortuna.

En América, ha dicho Alberdi, abundan los talentos y faltan los caracteres. La observación es exacta, y por eso se imponen al respeto y admiración de sus conciudadanos, los que, como el Brigadier general don José María Paz, aquilatan con el caracter, sus condiciones relevantes.

Setiembre de 1891.

Juan M. Garro.

Nada más detestable que el despotismo militar asentado sobre las ruinas de las instituciones y la sangre de los pueblos. Nada más hermoso en los movimientos revolucionarios, que los triunfadores modestos y desinteresados, como Washington, Laffayete, Belgrano y Paz. Felices los pueblos que en los momentos solemnes de su historia, cuentan con ciudadanos militares virtuosos y tácticos, de la talla del general José María Paz. Con ellos se derriba la opinión, se conquista la libertad, y sobre la influencia de los caudillos civiles ó pretorianos, se alza inmarcesible la magestad de la ley.

Setiembre de 1891.

Francisco A. Berrotaveña.

El Brigadier general don José María Paz, el primer táctico de su época, ha sido ya definitivamente juzgado como militar y como político.

Su nombre, vinculado á los acontecimientos de aquella época en que se luchaba y se moría por la libertad, lo pronuncian hoy millares de argentinos con el respeto que inspiran solamente los verdaderos patricios, y los reflejos de su gloria purísima, iluminarán su memoria por los siglos de los siglos.

Cuantas veces, en mis noches de insomnio, he creido ver que cruzaba, entre las sombras confusas del delirio, muda y desolada, la imagen de la Patria, teñida otra vez su blanca vestidura, con sangre de argentinos, y he pensado, que no existe ya entre nosotros, el patriotismo de nuestros padres.

La libertad, no es en sí ni por sí misma, un bién intrínseco y eterno, y no es lícito entonces, invocarla para turbar la paz y tranquilidad pública.

La libertad, es la más grande de las conquistas de la humanidad, principalmente porque ella ampara todos los derechos, y si ella impide los excesos de los gobernantes, debe impedir también, los desórdenes de la anarquía.

Ella proteje á las personas y ampara las propiedades, estimula las industrias, las artes y las ciencias, para obtener por el trabajo, todos los adelantos de la civilización moderna, que constituyen el bienestar social, realizando así, el verdadero y único ideal que hoy persiguen los pueblos cultos de la tierra.

Reaccionemos, pués, y, como aquellas naciones guerreras de la antigüedad, que meditaban sobre la tumba de sus héroes, antes de lanzarse á los combates, busquemos también nosotros, inspiraciones patrióticas, en la vida de aquellos de nuestros grandes hombres, que, como el ge-

neral Paz, todo lo sacrificaban á los intereses de la Patria.

Setiembre de 1891.

Alberto Capdevila.

Es un deber de los pueblos libres y viriles, rendir homenaje á los grandes atletas de las revoluciones que se iniciaron contra la tiranía, á los caballeros errantes del patriotismo, que en el alma grande y generosa, soñaron la redención de los hermanos esclavos, y ofrecieron su brazo, su inteligencia, su valor, su prestigio, á esas causas que honran la Humanidad, y en medio de la negra noche del oprobio, hacen resplandecer la fé, y despiertan las esperanzas en el corazón de los oprimidos.

Por ello, Córdoba, festejó el centenario del general Paz; por ello, conmemora con entusiasmo, el recuerdo del vencedor de La Tablada.

Paz, es entre los guerreros de la Independencia, entre los jefes que combatieron contra la tiranía de Rosas, la figura más simpática y más humana. Hay en él, algo que recuerda Sandor Petöfí, combatiendo por la libertad de los madjiares, algo de parecido á Garibaldi; recuerda en las acciones, el corazón de Washington, y la serenidad de Murat, frente al enemigo. En La Tablada, en Oncativo, en Caaguazú, en sus varios combates, vencedor ó vencido, nos lleva el pensamiento á los Gracos; en el respeto que los mismos tiranos, por él tenian, nos encontramos frente á un Coriolano ó un Scipión.

Paz es el aschimandrita de la táctica, de la estrategia, de la lógica, en la República Argentina; el matemático que derriba la barbarie y gana al gaucho del desierto, mereciéndose las alabanzas de los guerreros europeos.

Si hubiese tenido bajo sus órdenes, ción mil hombres, su

fama sería más grande; era capáz de mover un ejército colosal, con la misma serenidad que dirigía pocos centenares de soldados. Sin embargo, frente al filósofo, al humanitario, al patriota, Paz está como está Garibaldi, más alto que Napoleón, y que los ilustres conquistadores de Europa; ellos eran titanes, pero tiranos; combatian por sed de oro, por subyugar naciones y pueblos; Paz, quería tan solo aplastar bajo su talón de fierro, la tiranía.

Habrá tenido menos genio que los primeros, pero el ideal que lo guiaba, era tan sublime, que lo eleva sobre un pedestal, lo hace inmortal, dándole derecho á la admiración de sus compatriotas, y de todos los que sienten en sus venas, correr sangre de libres, y latir un corazón generoso.

Paz fué el amigo de Garibaldi, y como el vencedor de Marsala y del Volturno, no vió y no soñó más que su Patria librada de tiranos, fuerte y poderosa.

En las luchas del Uruguay, ambos generales desnudaron juntos la espada en favor de los oprimidos, y mútuamente tuvieron campo de conocerse, de amarse, de admirarse.

Por ello, nosotros italianos, á quienes tanto costó la independencia de la patria, hoy participamos con el alma conmovida, de la fiesta á Paz, y unimos al justo entusiasmo de los argentinos, el nuestro; hoy que se habla de un heroe, de un progresista, de un patriota sin mancha, de una figura espléndida, luminosa, que destella torrentes de luz purísima, divina, que entusiasma, que arrebata, y que, á semejanza del astro de los Reyes Magos, indica al pueblo cual sea su deber en esta época de esclavitud, de desquicio, de corrupción; cual sea el camino que debe seguir, para levantar á la República Argentina, del fango en que arrojáronla sus torpes gobernantes.

Setiembre de 1891.

Eugenio Troisi.

Las hazañas militares deslumbran, como el brillo de una armadura por los rayos del sol.

Setiembre de 1891.

Carlos Guido y Spano.

Unas gotas de lluvia ocasionaron el desastre de Waterlóo, y la ruina de la Francia napoleónica.

Una minuciosidad escrupulosa del general Paz, ocasionó su largo cautiverio, é impidió al ínclito táctico cordobés, concluir con la tiranía de Rosas, que aniquiló en Caseros, posteriormente, el valiente general Urquiza.

Una falta de disciplina del general Prim, ocasionó la victoria del ejército español, en Castillejos.

Otra semejante del general Paz, coronó la gloriosa victoria de Ituzaingó.

Felix qui potuit rerum cognóscere causas.

Setiembre de 1891.

Enrique L. Martinez.

Solo son grandes y esclarecidos ciudadanos, los que saben rendir culto á la verdad, al patriotismo y á las leyes. Es precisamente en esto, que consiste la gloria del general Paz; fué un apostol de la verdad, un campeón decidido por la causa del pueblo, y un entusiasta defensor de la Constitución de su país.

Setiembre de 1891.

Abraham Molina.

En las luchas armadas, la victoria no pertenece al más fuerte por los elementos ó por el número, sinó al más fuerte por las previsiones de la inteligencia; de aquí, que el éxi-

to dependa de las dotes del hombre, bajo cuya dirección actuan los elementos en pugna.

El general Paz, reunía á esas dotes, la firmeza del caracter rígido y austero, alma y fuerza del soldado.

Los hechos de armas, á los cuales concurrió como actor, se desenvolvieron dentro de un escenario relativamente limitado, y sin embargo, revelaron la latitud de su genio militar.

Si su acción se hubiese desenvuelto en el vasto campo de contiendas internacionales, su nombre habría adquirido esa celebridad universal que rodea á los grandes capitanes.

Pero, dentro de su Patria, cuyas instituciones contribuyó á cimentar, y en los Estados del Plata, por cuyas libertades luchó, su nombre vibrará siempre rodeado de la veneración con que los pueblos consagran á los campeones esforzados, á los patriotas austeros, que concurren con el poder de su espada y la influencia de su genio, al desarrollo de su civilización y al afianzamiento de sus derechos.

Ríndole en el día de su centenario, el tributo de mi admiración en nombre de mi Patria, saludando en él, al egregio Capitán argentino.

Setiembre de 1891.

Santiago Vaca Guzman.

MEMORIA IN ETERNA

En cualquier tiempo y en cualquier país en que aparezca un hombre de acción representativa, su memoria será histórica; pasará á la más remota posteridad, aunque la escena de los acontecimientos en que se destaque, sea pequeña. Todo hombre sellado con la cifra de la grandeza, está sujeto á una ley moral inmutable. Su gravitación en la

humanidad, es sempiterna también. Es como un mundo estelar. Sufre eclipses; no desaparece jamás. El día en que llegare á desaparecer, lo finito y lo infinito no serian; todo habría vuelto á la hora prístina del caos, á la nada.

Agosto de 1891.

Lucio V. Mansilla.

Las hazañas militares inspiran siempre admiración á la posteridad, pero los pueblos cultos, no veneran á sus héroes, sinó cuando estos han puesto su genio y su vida, al servicio de la causa del bién y del progreso. La espada, símbolo de la fuerza, ha influido de muy diversas maneras en el destino de las sociedades; ella, según la tendencia que la impulsó, hizo nacer un nuevo mundo á la civilización y á la verdad, como América, ó la hundió en la barbarie, como al Asia. Es un poder formidable y peligroso, porque se abusa de él frecuentemente.

Cuando un hombre ha tenido en su mano ese poder, cuando en su mano ha tenido la salvación ó la ruina de su patria, y ha usado de él, tan solo para hacer el bién, como el general Paz, entonces sí que merece la gratitud de un pueblo.

Setiembre de 1891.

Nemesio Gonzalez.

Confieso no haber leido las *Memorias* del general Paz. Admiro al heroe sin conocerlo, y he querido permanecer en esta ignorancia, temeroso de admirarlo menos, al conocerlo más.

Paz se llamaba, y, como todo militar valiente, era la antítesis de su apellido.

Paz se llamaba, y su elemento natural era la *guerra*.

Sin duda profesaba como axioma, el antiguo aforismo latino: *Si vis pacen para belium.*

Y así se quería á sí propio, y estaba preparado para la lucha, para la batalla, para la guerra.

Los pueblos que honran la memoria de sus próceres, son dignos de haberlos tenido. Al honrarlos, se honran.

¡Velez Sarsfield, Rivera Indarte, Funes, Las Heras!

Sombras augustas de los que fuisteis un tiempo gloria y préz de Córdoba, al honrar la memoria del ínclito José María Paz, os honramos á todos.

Un pueblo amante de sus glorias, jamás olvida á sus grandes hombres.

Setiembre de 1891.

José Menendez Novella.

Una falange de argentinos inmortales ha llenado con sus esfuerzos y sacrificios, la más bella pájina que registra la historia de las grandes luchas por la libertad; á esa raza ilustre, pertenece el general José María Paz.

Honrando su memoria é imitando al heroe, perpetuaremos para la Patria, su tradición de gloria y grandeza.

Setiembre de 1891.

Emilio Gouchon.

Entre el concierto armónico que forman las muchas virtudes que adornaron al general don José María Paz, la honradéz y el caracter, son las notas salientes, que sin apagar las otras, resonarán eternamente, en el corazón de los argentinos.

Setiembre de 1891.

J. Rodriguez de la Torre.

Tributar honores á los hombres, mientras hacen la tarea de la vida, es exponerse, cuando ménos, á interrumpirlos. Rendir homenaje á la memoria de los que cumplieron su misión como buenos, es hacer á la vez, acto de justicia á los que se ván y de estímulo á los que vienen: enlazar el pasado y el porvenir en las recordaciones generosas del presente.

De ahí, que las apoteosis que decreta la justicia póstuma, son las únicas que resisten al juicio severo de la filosofía de la historia.

Setiembre de 1891.

J. Figueroa Alcorta.

FIN DEL TOMO TERCERO











MEDALLAS CONMEMORATIVAS DISTRIBUIDAS POR LA MUNICIPALIDAD DE CÓRDOBA
CON MOTIVO DE INAUGURAR LA ESTÁTUA DEL GENERAL PAZ Y DE CELEBRAR SU CENTENARIO
18 DE DICIEMBRE DE 1887 Y 9 DE SETIEMBRE DE 1891

ERRATAS

PÁJINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
84	15	como todos	como no todos
212	8	insubordinación	subordinación
312	33	con mucha	. Con mucha
378	20	que eludirlo	que eludirse
585	26	Rupúblicas	Repúblicas
656	22	opopeya	epopeya

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

PÁJINA

CAPÍTULO XXVIII.—La guerra contra Rosas. — El ejército Libertador en la provincia de Buenos Aires.—Reflexiones sobre la conducta de Lavalle en esta campaña.—Su retirada.—Causas que influyen en el general Lavalle para tomar esta resolución.—Sus movimientos en Santa Fé.—Fatalidad que presidió los destinos del infortunado General.—Plán de resistencia en las Provincias del norte.—Desastre de San Calá.—El general Rivera.—Su origen.—Su educación.—Su conducta pública, y aptitudes como guerrillero.—Causas de desinteligencia con el general Paz.—Sus intrigas y desleal conducta.—Entromisión de Urquiza en estos manejos.—Los hermanos Madariaga.— Pretensiones que persiguen. — Traiciones que preparan.—Proyecto de hacienda. — Trabajos y preparativos de defensa.. 1

CAPÍTULO XXIX.—El «Ejército de Reserva».—Traidora negociación de don Juan Madariaga.—Torpezas y falsedad de este.—Importancia que daba Echagüe al doble papel de Madariaga.—Desavenencia de Paz y de Ferré.—Su causa.—El general Paz promulga nn bando en el ejército.—Llega á Corrientes la familia del General.—Hechos de armas.—Echagüe emplea la seducción.—Provincialismo. — El general Nuñez.—Oficiales desertores.— El doctor Ferrera.—Sus pretensiones y su caracter.—Aplicación de leyes militares.— La ordenanza militar y los castigos.—El «Ejército de Reserva».—El general Nuñez toma el mando de la vanguardia.—Sus cualidades para este servicio.—Paso del arroyo Payubre y el río Corrientes.—Plán del general Paz para batir á Echagüe.—Reconocimiento del paso de Capitaminí.—Posición del ejército federal.—Movi-

PÁJINA

mientos del ejército de reserva.—Dificultades del general Paz. —Arbitrio adoptado.— Preocupaciones del Gobernador.—La caja del ejército.—Operaciones de campaña.—Ataque de Mercedes.—El estado de las fuerzas de la revolución obligan al general Paz á precipitar la batalla.—Cuatrocientos hombres del ejército Libertador atraviesan el Chaco.—Su incorporación al ejército de reserva.—El coronel Salas.—Recibimiento á las fuerzas que comanda.—El capitán Acosta.—Cartas del general Lavalle.—Su fatal destino........................... 30

CAPÍTULO XXX.—CAAGUAZÚ.—Carta del general Rivera.—Análisis de esta carta.—Principios militares de Rivera.—Valor de sus promesas.—Los coroneles Chenaut y Baez.—Ferré, visita al ejército.—Echagüe se mantiene clavado en el rincón de Moreira.—Incidentes.—El doctor Acuña. —Llegada del enviado del gobierno de Santa Fé acerca del de Corrientes.—Antagonismo entre Rosas y Juan Pablo Lopez.—Doble papel de Lopez.—Honores con que se recibe en el ejército al enviado santafecino.—Discursos. —Preparativos de combate.—El general Paz resuelve tomar la ofensiva.—Difícil situación del general Paz.—Pasa el río Corrientes.—Maniobras de la vanguardia.—Campo de batalla preparado.—Combate nocturno. —Estero, convertido por el general Paz, en llave de la posición.—Instrucciones al general Nuñez.—Papel de este en la batalla.—Sus aspiraciones.—Orden á los generales y jefes de división.—Resultado de los cálculos egoistas. — Escuadrones femeninos. —La artillería de los contendientes.—Rechazo de la derecha de Echagüe.— Soldados bisoños.—Carga de Ramirez y de Velazco.—Dispersión de la caballería enemiga.—El centro de ambas líneas.—Paz, vencedor.—Retirada del ejército de Echagüe. —Se rinde su infantería y artillería.—Triste papel de don Juan Madariaga. — Fuga de Echagüe.—Combate original.—Demostraciones en el campo correntino.—Partes de la victoria. — Perseverancia del general Paz por conservar la disciplina.. 67

CAPÍTULO XXXI. — CARACTER COMPLICADO DE LA GUERRA.—Observaciones sobre Caaguazú.—Echagüe como general.—Sus errores de estrátego y táctico.—Prisioneros.—Distracciones.—Inequívoca conducta de Ferré.—Precauciones que toma.—Nueva fáz de la guerra.—Premios que propone Paz para evitar el pillaje.—Los Madariaga representantes del desorden.—El fan-

PÁJINA

tasma aterrador.—Inmovilidad del ejército.—Sus causas.—Rivera antes y después de Caaguazú.—Urquiza, gobernador de Entre Rios.—Paz y Rivera penetran en esta provincia.—Rivera marcha contra Urquiza.—Este consigue escapar por la ineptitud de Nuñez.—Situación de los beligerantes en Entre Rios.—Juan Pablo Lopez.—Su comisionado: Ruíz Moreno.—Decadencia de los santafecinos........................... 115

CAPÍTULO XXXII.—Momento histórico de la revolución.—Atraso de la oficialidad argentina.—Sus causas.—Redacción de estas Memorias.—Dificultades del autor.—La capital de Entre Rios.—Disposiciones de sus habitantes.—Conducta de Rivera en estas circunstancias.—Resultado de sus errores.—Sus falsas promesas á los entrerianos.—Provoca la rebelión.—Los proyectos de anexión de Entre Rios y Corrientes á la República Oriental.—Epoca fecunda en errores.—La deserción en el ejército correntino.—Causas que la producen.—Ferré llega al Paraná.—Tramas que prepara.—Sus pretensiones y mezquindades.—Ridículos convenios que propone.—Crítica situación del general Paz.—Deja el mando del ejército.—Acepta el gobierno de Entre Rios.—Ingratitud de Ferré.—Abandona al general Paz.—Los Madariaga y Ferré........................... 138

CAPÍTULO XXXIII.—El fatal error de Ferré.—Don Juan Pablo Lopez.—Su retrato.—Falta de sinceridad en los hombres pensadores.—La prosecución de una idea.—Causas que se oponen á su realización.—Los ejércitos de Oribe y Pacheco.—Recursos diplomáticos del general Rivera.—Pretende atacar al general Nuñez.—Resistencia de sus subalternos.—Nuevas relaciones de Paz con Rivera.—Ferré niega á Paz todo recurso.—Buenos oficios do don Manuel Leiva.—El comandante Pirán.—Su influencia con Ferré.—El apego de este, á las insignias militares.—La elocuencia de Pirán.—Vindicaciones de Ferré.—No puede justificar su fatal error.—Motivos públicos y secretos, que lo impulsan........................... 163

CAPÍTULO XXXIV.—Marcha del general Paz por la provincia de Entre Rios.—Los que se conservaron en el puesto del honor.—Los hermanos Virasoro.—El general Paz resuelve situarse en Gualeguay.—La Sala de Representantes.—Estado de la capital de Entre Rios.—Partida del general Paz con trescientos hombres.—Dificultades de marcha.—Dispersión de

PÁJINA

las fuerzas de los coroneles Velazco y Baez.—Terrible situación del general Paz.—El arroyo Nogoyá.—Extrema resolución.—El doctor Florencio del Rivero.—Caracter y sentimientos de Urquiza.—Triste fin del doctor Rivero.—Orden de marcha de la pequeña columna que sigue al general Paz.—Sublevación de una parte de esta.—Necesidad de separar la infantería.—Extraordinaria tempestad.—Atractivo en el camino.—Hay que renunciarlo.—Digno comportamiento del mayor Echenagucía.—El general Rivera.—Rápida ojeada sobre el ejército oriental.—Tratado de Galarza.—El general Paz deja el campo de la lucha, al general Rivera.—Delega el mando de la provincia, en una persona de la voluntad de Rivera.—Partida del doctor Derqui para Corrientes 182

CAPÍTULO XXXV.—Rosas opone el terror á los extravios de sus opositores.—Sucesos en la capital de Entre Rios.—El doctor Francisco Alvarez. — *Espléndida derrota* de los santafecinos. — El general don Juan Apostol Martinez.—Su muerte *en la forma ordinaria.*—Dispersión del ejército santafecino.—¡Lo que vá de Lopez á Lopez!—Inútiles cuestiones que ocupan á Lopez.—Rivera parte á Montevideo.—Queda el general Paz al frente de las fuerzas orientales.—Delegación irregular y equivoca.—Desgreño de la tropa.—Ignorancia de los jefes.—Subordinación solapada.—El general Paz se sitúa en Paysandú.—El general Aguiar.—Su actitud.—Escandaloso comercio.—Insinuación del general Paz para que cesasen las crueldades con que se hacía la guerra por parte de Rosas.—El señor Mandeville.—Digna actitud del comodoro Purvis.—Rosas, el más bárbaro de los tiranos.—Circunstancias en que ordena los asesinatos.—Los emigrados en Montevideo.—El general don Martín Rodriguez.— Su carta al general Paz.—Contestación á esta carta.—Las virtudes y las manias en la juventud.—El coronel Olazabal.—Irregularidades en el gobierno oriental.—Patriótico pensamiento del doctor Manuel Herrera y Obes.—Causas que se oponen á su realización.—La administración del general Rivera.—Las fracciones del partido unitario.—Errores.—El almirante Brown.—Sus sentimientos.—Sus servicios á la tiranía.—Perspicacia de Rosas, para conservarlo adicto.—Los padecimientos mentales del almirante Brown.—La escuadra oriental 205

CAPÍTULO XXXVI.—El general Paz en Corrientes.—El ge-

PÁJINA

neral Paz parte de Montevideo.—Obstáculos en la marcha.—Motivo de esta.—Llega á Río Grande.—Semillero de intrigas.—Abismo de anarquía.—*Nacionalidad y orden.*—Tendencias del partido que hacía la guerra á Rosas.—Los militares que peleaban contra la tiranía.—La Constitución de la República.—Reticencias en los directores del partido unitario.—El coronel Baltar y los negocios de Corrientes.—Las comunicaciones de los Madariaga.—Don Mariano Gainza.—Tentativas del general Paz para explorar la opinión en Corrientes.—Su embarque en San Francisco de Paula.—Peligros en la travesía.—Tentativas de asesinato.—El general Paz llega al paso de los Libres.—Regocijo en las poblaciones.—Llegada á Corrientes.—Pretensiones de los Madariaga.—Los intereses de familia.—Antecedentes militares de los Madariaga.—Sus odios á las personas acomodadas y decentes.—Grados militares de los Madariaga.—Incidente entre Baltar y Gainza.—Conferencia que sobre él tiene el general Paz con el Gobernador.—Causas de la reyerta entre Baltar y Gainza.—El general Paz manda sobreseer la causa de Baltar.—Las deudas de Corrientes.—Don Juan Pablo Lopez.................................. 230

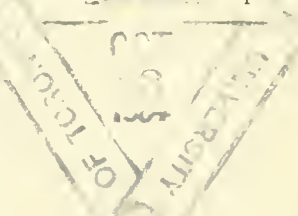
CAPÍTULO XXXVII.—Corrientes y los hermanos Madariaga.—El general Paz llega al campo de Villa Nueva.—Un aventurero.—Estado militar de Corrientes.—Las habilidades de don Juan Madariaga.—El material del ejército.—Colocación á don Juan Madariaga.—Pérfidos designios de este.—Los coroneles Baez, Velazco, Cáceres y Lopez.—Vástago de la facción de Montevideo.—Deserción en masa.—Tentativas de sublevación.—Es promovida por los Madariaga.—El alferez Candía.—Relaciones de Corrientes con el Paraguay.—El doctor Derqui es enviado acerca del Gobierno de esta Nación.—La familia Cossio.—Sus relaciones con el doctor Derqui.—Desaire á don Juan Madariaga.—Se pone este frenético.—Su oposición declarada á Derqui.—Situación de Corrientes después del Arroyo Grande.—Patriotismo de sus hijos.—Los señores Marquez y Murguiondo.—El servicio de los Madariaga á Corrientes.—Don Joaquín es electo gobernador.—Su campaña á Entre Rios.—El general Garzón hostiliza al ejército de Madariaga.—Unas partidas bastan para convertir en fuga la retirada de este.—Incidente en el encuentro de la vanguardia en el Arroyo Grande.—Desórdenes y hasta asesinatos dentro del ejército correntino.—La distribución de carne, tabaco, sal, yerba, etc.—Bos-

PÁJINA

quejo de la administración financiera.—Negocios de los Madariaga.—Destrucción de las haciendas.—Descaro y falsedad de los Madariaga.—Desahogo del general Paz................ 275

CAPÍTULO XXXVIII. — Plán del general Paz para la defensa de Corrientes.—Empeños del general Paz para moralizar el ejército de Corrientes.—Don Justo Pastor Figueras. —La administración de justicia.—Trabajos inícuos de los Madariaga.—Academias de jefes y oficiales.—La ordenanza española.—No satisface á don Juan Madariaga esta ley militar.—Bárbara medida de Madariaga para contener la deserción.—Los correntinos engañados por los Madariaga.—Las censuras al general Paz.—Elementos con que se contaba para voltear á Rosas.—Destrucción de las armas del Estado.—Corrientes, después de la derrota de Rivera.—La Tranquera de Loreto.—El plán defensivo del general Paz.—Ventajas de la posición de la Tranquera.—Lo que pudo hacer Rivera para evitar su derrota.—La guerra popular.—El coronel Manuel Saavedra.—El teniente coronel de ingenieros, F. Wirner.—Dificultades para organizar los trabajos de la defensa.—Importancia de Santa Fé.—La falta de un hombre.—El general Lopez al mando de la expedición á Santa Fé.—Llega á esta ciudad.—Inaudita imprevisión de Lopez.—Se vé obligado á retirarse.—Relaciones de Lopez con los indios.—Error en seguir la escuela de las montoneras.—Pretensiones de Lopez.—Desorden en su retirada.—Providencias del general Paz para precaver un desastre. —Lopez rehusa los auxilios que se le ofrecen.—Propone al general Paz, cange de soldados.—Rechazo de esta propuesta.—Don Jorge Cardasi.—La soñada republiqueta de Lopez.—Jornada de Mal Abrigo.—Cobarde fuga de Lopez.—Digno comportamiento del coronel don Bernardino Lopez. — Retirada del mayor Orzeto.—Abandono del convoy.—Carga del cacique Pedrito.—Cobardía é ineptitud de Lopez.—Como entendian el honor militar los generales gauchos.—Lopez pasa el Paraná. —Papel de Madariaga.—Incorporación de Lopez al campamento en Villa Nueva.—Carta de don Agustín Murguiondo.—Los secretos de Estado en casa de los Madariaga.—Papel singular de don Joaquín.—Trabajos hostiles de don Juan.—Las *altas inteligencias*.. 328

CAPÍTULO XXXIX.—Invasión de Urquiza á Corrientes.—Adversión de los correntinos á las operaciones ofensivas.—Los




PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 17 12 02 012 8